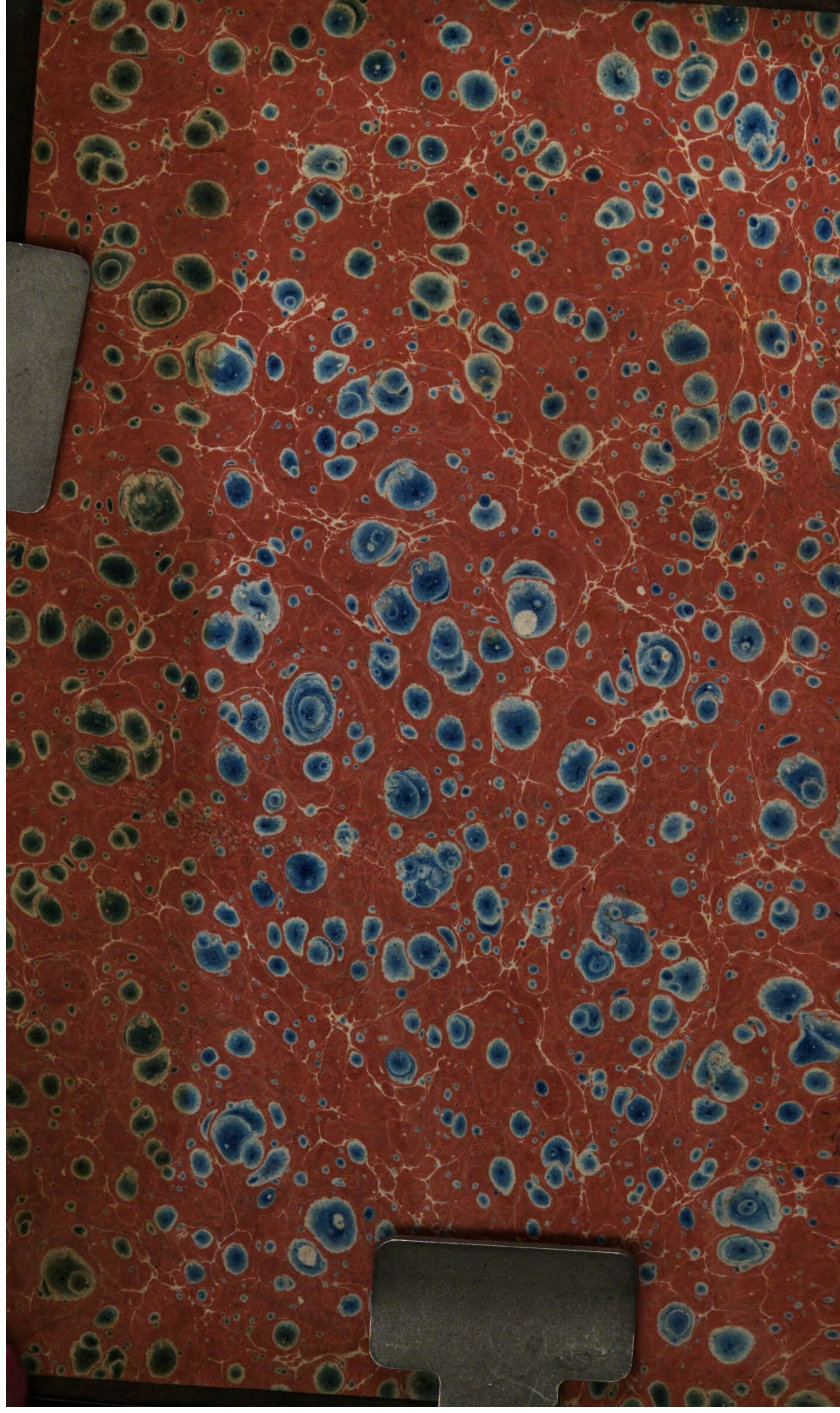
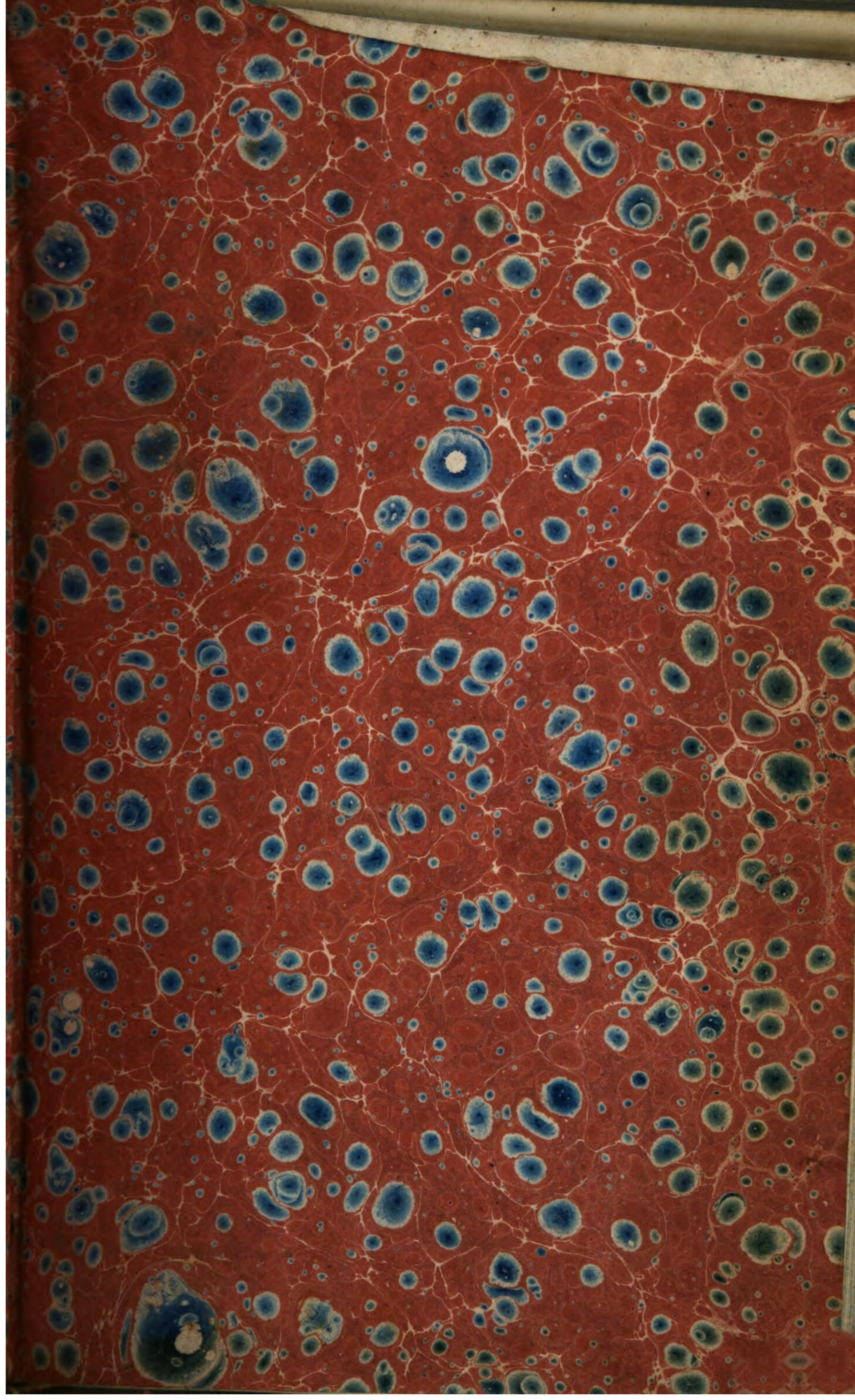








Mon.

590 ^{mc}
—

SERMONES

DEL

PRESBITERO D. JUAN GONZALEZ.

SEPTIEMBRE

SEPTIEMBRE

PRESBITERO D. JUAN GONZALEZ.

CON LICENCIA DEL GOBIERNO

IMPRESA

IMPRESA

SERMONES

DOCTRINALES, MORALES, DOGMÁTICOS, PANEGÍRICOS,

Y APOLOGÉTICOS Ó DE CONTROVERSIA CATÓLICA Y SOCIAL,

acomodados á las mas urgentes y apremiantes necesidades de los
actuales tiempos.

Ó SEA

EL CATOLICISMO Y LA SOCIEDAD,

defendidos desde el púlpito.

OBRA ORIGINAL,

ESCRITA POR

EL PRESBITERO D. JUAN GONZALEZ,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA, DIGNIDAD DE CHANTRE
DE LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA DE VALLADOLID, Y PREDICADOR DE S. M.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

TOMO IV.

MADRID:

IMPRENTA DE **LA ESPERANZA**, Á CARGO DE D. A. PEREZ DUBRULL,
calle de Valverde, núm. 6, cuarto bajo.

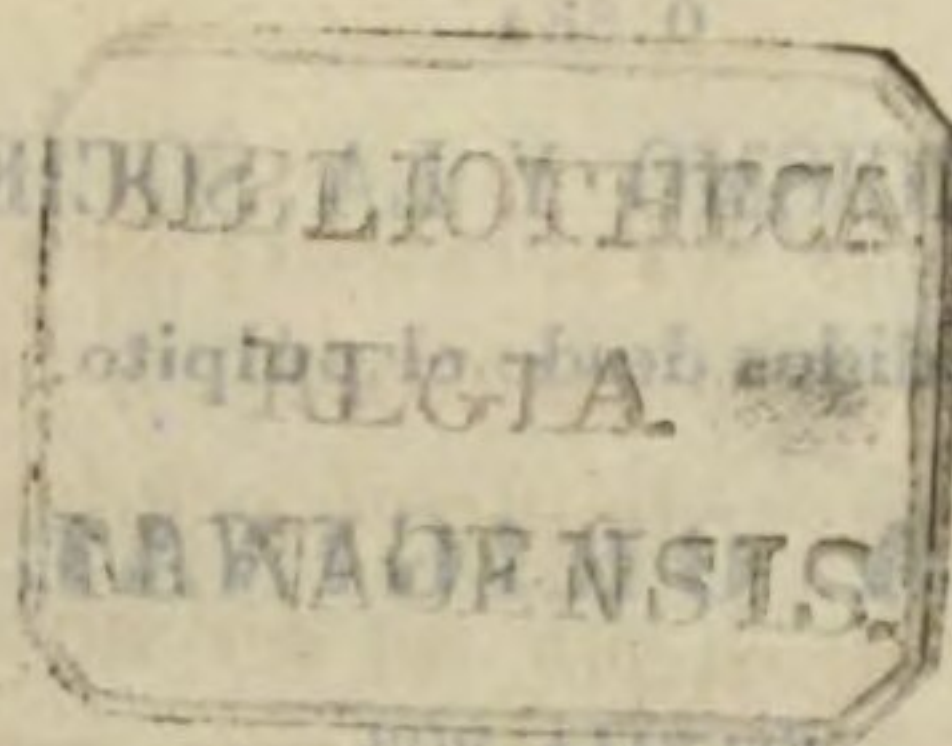
—
1854.

SERMONES

DOCTRINALES, MORALES, DOGMÁTICOS, PASTORALES

Y APOLOGETICOS O DE CONTROVERSIAS CATORCE Y SEIS.

acompañados de las más importantes y oportunas necesidades de los
seculares tiempos.



Esta obra es propiedad de su autor, y ni en
todo, ni en parte, podrá nadie reimprimirla sin
su espreso y formal consentimiento.

Bayerische
Staatsbibliothek
München

TOMO IV

MADRID:

IMPRESA DE LA ESPERANZA, A CARGO DE D. A. PEREZ DUBAUT,

calle de Valverde, núm. 6, cuarto bajo.

1874

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El autor no compone los sermones de esta obra para que sean predicados todos en todas partes, y tales como se hallan impresos. Habrá sermon donde el orador tendrá que omitir alguno ó algunos párrafos, por no ser necesarios ú oportunos para su auditorio, pero que lo serán indudablemente para otros. Conocedor, en algun tanto, del espíritu de la actual sociedad y de la rapidex con que se propagan los errores aun en las mas retiradas aldeas, bien por el trato con las ciudades, bien porque haya en el pueblo ó aldea un solo sabidillo, ha querido y se propone conciliar la instruccion religiosa del pueblo y la impugnacion de los errores que, hoy ó MAÑANA, han de penetrar aun entre las gentes sencillas.

El autor suplica una y mil veces á sus hermanos en la fe y en el sacerdocio, que no pierdan de vista el porvenir tempestuoso que se prepara para las buenas doctrinas.

Con esto responde el autor á tres ó cuatro eclesiásticos que le han indicado no ser sermones para aldeas los que contiene esta obra. Así como no hemos de juzgar á la actual sociedad por lo que es Madrid, tampoco hemos de juzgarla por lo que es una aldea.

En algunos domingos se refiere el autor á los sermones que se hallan en los anteriores tomos, por no repetir los mismos asuntos y adelantar la conclusion de la obra.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El autor no compone los sermones de esta obra para que sean predicados todos en todas partes, y tales como se hallan impresos. Hábrase sermón donde el orador tendrá que omitir alguno ó algunos párrafos, por no ser necesarios ó oportunos para su auditorio, pero que lo serán indudablemente para otros. Conocedor, en algunas cosas, del espíritu de la actual sociedad y de la rapidez con que se propagan los errores aun en las más retiradas aldeas, bien por el trato con las ciudades, bien porque haya en el pueblo ó aldea un solo sabidillo, ha querido y se propone conciliar la instrucción religiosa del pueblo y la impugnación de los errores que, hoy ó MAÑANA, han de penetrar aun entre las gentes sencillas.

El autor suplica una y mil veces á sus hermanos en la fe y en el sacerdocio, que no pierdan de vista el porvenir tempestuoso que se prepara para las buenas doctrinas. Con esto responde el autor á tres ó cuatro eclesiásticos que le han indicado no ser sermones para aldeas los que contiene esta obra. Así como no hemos de jugar a la actual sociedad por lo que es Madrid, tampoco hemos de jugarla por lo que es una aldea.

En algunos domingos se refiere el autor á los sermones que se hallan en los anteriores tomos, por no repetir los mismos asuntos y adelantar la conclusión de la obra.

SERMON

predicado en el primer día de Pascua de Resurreccion en el alumbrado de las Cuarenta Horas en Madrid, en 1853.

*Etenim Pascha nostrum immo-
latus est Christus.*

(1.^a ad Cor. 5, 7.)

EL pueblo de Israel ha roto ya las cadenas de su esclavitud. Del endurecido Faraon ha triunfado Moisés, y el pueblo escogido puede ya ofrecer sacrificios á Dios. Los primogénitos de Egipto han sido esterminados, y la nueva nacion que lleva consigo tantos destinos, se salva tiñendo sus puertas con la sangre del Cordero. Ya está fuera de Egipto todo el ejército del Señor. Principia la religion del tránsito, ó fase, y todo Israel debe guardarla en mil y mil generaciones. Faraon, rehecho de su primer espanto, persigue de nuevo al pueblo de Dios, confiando el éxito de la empresa á lo numeroso de sus fuerzas; pero el cielo se constituye guia de la descendencia de Jacob, al mismo

tiempo que el mar confunde entre sus olas á los soberbios ginetes. Comienza Israel su peregrinacion por el desierto, y las aguas amargas se hacen dulces, y las mas áridas piedras se convierten en torrentes. Pero hay todavía mas: padeciendo hambre en el desierto el pueblo escogido, murmuró de Moisés sintiendo le hubiese sacado de Egipto, donde comia pan y carne en abundancia. Entonces el Señor les envió aquel prodigioso y sabrosísimo maná, que sa-
beis fue su alimento durante la peregrinacion. Por manera que el Cordero Pascual recuerda á los israelitas su libertad, y al mismo tiempo su feliz escepcion en la gran catástrofe de los primogénitos, y el maná les suministra su cotidiano sustento; y con este recuerdo y este alimento entra el pueblo de Dios en la tierra prometida á sus antiguos padres.

Si en estos rasgos, aunque imperfectamente tirados, no habeis visto la historia del pueblo cristiano; si no habeis visto en ellos la Iglesia militante, y el pórtico, digámoslo así, de la triunfante; si no lo habeis visto, yo procuraré descifrarlos.

Bajo la dominacion del demonio llevaba gimiendo, no ya setenta años, sino muchos mas, todo el género humano, oprimido con el peso de anatemas que trajo en pos de sí la culpa de un primer padre delincuente. Si se esceptúan unos pocos justos que, así en la ley natural como en la escrita, y con la fe en el futuro Redentor, ofrecen á Dios el sacrificio de sus corazones por medio de los signos respectivamente adoptados ó prescritos, casi toda la tierra ignoraba, no digo dónde y qué era lo que habia de ofrecer á Dios, sino que todo lo miraba como á Dios menos á Dios mismo. Al nacer el Moisés divino que habia de salvar, no solo al Israel predilecto, sino el mundo todo, fuéronle ya puestas asechanzas, de que se salvó, como se salvó el antiguo en el cesto colocado sobre las aguas. Todo Egipto, es decir, todo el infierno se conjura contra el celestial liber-

tador, el cual, aceptando oportunamente la lid, vence á su adversario, no matando á sus primogénitos con esterminadora espada, ni anegándole en un mar borrascoso, sino sacrificándose él mismo para vencer muriendo, y derramando á mares su preciosa sangre, como cordero que es conducido al lugar del holocausto. El pueblo cristiano alcanza así su libertad. Un Cordero sacrificado la recuerda, la representa, la realiza. Pero este pueblo y en esta vida nueva tiene tambien necesidad de comer para sostenerla, porque siendo llamado á tan altos destinos, y habiendo entrado ya en algun modo en el goce de ellos, necesita un alimento correspondiente á su categoría de hijo, para que no se acuerde de las viandas con que se sustentaba cuando era esclavo. Dásele, en efecto, un maná como alimento diario, en el mismo Cordero sacrificado y en la misma carne crucificada.

Esta es, pues, nuestra Pascua, esta es. Se nos llama al convite en que vamos á participar, no de un simple cordero que nos recuerde nuestra libertad y la escepcion de los primogénitos, sino del Cordero mismo que nos la ha dado y nos la conserva. Esta es nuestra libertad, nuestra resurreccion, nuestra vida. Os llamo al convite eucarístico donde el Cordero libertador y el maná celestial son una misma cosa. Considérome yo hoy como uno de los exploradores enviados por Moisés á averiguar qué clase de pais era la tierra prometida á los patriarcas; y despues de esos cuarenta dias de tristeza y como de vacilacion en que habeis esperado el resultado del mensaje, vengo á deciros que he hallado tras la Cruz una tierra fertilísima, que mana leche y miel; vengo á deciros que allá, mas allá del Calvario, he encontrado esa tierra, ese don, esa abundancia de frutos... la Eucaristía, cristianos, la Eucaristía... con que se forman, no hombres, sino gigantes... la Eucaristía, hermanos mios, la Eucaristía es lo que he encontrado ser la tierra prometida á nuestros antiguos padres.

No sé cómo podré poner ahora en orden mis ideas; porque ademas de ser hoy aquí todo grande y no poder yo menos de considerarme muy pequeño, hay la circunstancia de que aun están muy vivas en el ánimo las impresiones dolorosas de la muerte de Jesucristo para que pueda ya con aleluya celebrar su memoria. No se pasa con tanta facilidad de un extremo á otro en este género de impresiones. Ha cambiado repentinamente el espectáculo. A una Cruz pobre ha sustituido ese altar magnífico: á los insultos de un pueblo deicida, los homenajes de un pueblo fiel: el Hombre-Dios, que pedia una gota de agua para sus labios abrasados por el ardor de la muerte, es ahora un Hombre-Dios que se nos da á todos por modo de alimento: á un pueblo que le niega aquella gota de agua, ha sucedido otro que no puede vivir sino participando de ese Cordero, y comiendo de ese pan, y bebiendo de esa sangre que bajo tan humildes apariencias se contienen y ocultan. Esta real archicofradía, una de las mas distinguidas del orbe católico, no quiere dejar que pase mucho tiempo despues de la muerte del Salvador sin celebrar ya su memoria, pero su memoria en su espresion mas amorosa, que es la Eucaristía, segun quiso Jesucristo lo hiciésemos. *Hoc facite in meam commemorationem.*

Oid, pues, el giro que voy á dar al discurso en esta solemne mañana. *La Eucaristía, segun que es la inmolation del Cordero inmaculado, nos saca de la esclavitud de Egipto.* Lo haré ver en la primera parte. *La Eucaristía, segun que es maná llovido del Cielo, nos alimenta hasta introducirnos en la tierra de promision.* Lo haré ver en la segunda.

Pascua ó tránsito feliz para los que de ese Cordero y de ese maná, que son una misma cosa, participen debidamente, pues pasan desde la muerte á la vida, desde la esclavitud á la libertad, y desde las lóbregas no-

ches del sepulcro al glorioso día de su resurrección.

Etenim Pascha nostrum immolatus est Christus.

Ave María.

PRIMERA PARTE.

A la antigua Pascua de los judíos ha sucedido, en cierta manera, entre los cristianos la Pascua de Resurrección; porque así como aquellos, comiendo el Cordero según prescribía la ley, recordaban su libertad del poder de Faraon y su escepcion en la muerte de los primogénitos, del mismo modo nosotros, celebrando la Pascua de Resurrección, perpetuamos la fiesta de nuestra libertad de la tiranía del demonio, y nuestra feliz exención en las catástrofes que el ángel de la muerte causa entre los primogénitos del pecado. Pero nuestra presente Pascua sería, en cierto modo incompleta, si no comiésemos el Cordero como le comían en la antigua los judíos; y hé aquí lo que hay de notable, de grande y de sublime en estas solemnísimas fiestas eucarísticas, que unimos ó identificamos con la Resurrección del Señor, la cual es nuestra libertad y nuestro tránsito de un estado de tinieblas á un estado de luz. Si no hubiese Cordero en esta Pascua; si no hubiese, además del convite ordinario, este otro solemnemente público y públicamente solemne; si no hubiese reunion de familia en la casa de Dios para comer el Cordero, podríamos decir faltaba algo á esta gloriosa realidad, supuesto no se cumplía en todas sus partes la figura. Luego en el pueblo cris-

tiano, la fiesta eucarística y la participacion eucarística son como inseparables de la fiesta de esta Pascua.

Comprendo que la Cruz representa nuestra redencion y nuestra libertad; y que si bien á la obra del Calvario, en cuanto al mérito para redimirnos, nada la falta, habríale faltado algo, considerada como obra de amor, si Jesucristo no hubiese instituido la sagrada Eucaristía. Y de tal modo es así, que, á fin de poder decir desde la Cruz que *todo estaba consumado*, Jesucristo instituyó ya antes de ir al Calvario este augusto sacramento, en que, como verdadero Cordero Pascual, se dió él mismo á sus apóstoles despues de la Cena legal, y en que hasta la consumacion de los siglos se da y se comunica á todos los hombres. Digo que como á obra de amor habria, si se me permite hablar así, faltado aun algo á la obra de la Cruz si Jesucristo no hubiese instituido la sagrada Eucaristía, porque de los encendidos afectos es natural tendencia comunicarse ó identificarse en la proporcion posible con la persona ó con el objeto hácia donde van dirigidos. Andar juntos, pasear juntos, vivir juntos, no separarse nunca, pensar lo mismo, sentir lo mismo, hablar lo mismo: hé aquí lo que la amistad exige de las personas que se aman; y cuanto mas pura es la amistad, y cuanto mas santa, mas inviolable es esa union y mas duradera, pues principia en la tierra y dura hasta y con la feliz eternidad.

¡Ah! si en este órden humano, tan estrecho, tan limitado y tan imperfecto los corazones se ven tan fuertemente arrastrados hácia la identificacion; si aquí, esas mujeres que se han separado tan tarde del sepulcro, no han querido esperar á que despues del sábado luzca el dia para venir á ver á su Maestro; si esa Magdalena, al saber que no está en el sepulcro el cuerpo de su amado, llora, se inquieta y pregunta al supuesto hortelano si él era quien se le habia llevado, porque su amor la daria fuerzas para traerle otra vez; medid ahora la esfera ilimitada en que se

agita y obra el amor del Hombre-Dios , y no estrañareis que desde muy temprano, cuando aun no habian sido disipadas las tinieblas de nuestra larga noche , antes de que resplandeciese en el Calvario el sol de la redencion, fuese ya á buscar el corazon de sus apóstoles en el sepulcro de su mortal pecho , para ungirle con el bálsamo de su divina gracia y robustecerle con el alimento de su carne divina. El amor no sufre dilaciones; y, por lo que toca á Cristo, no encuentra jamás dificultades el suyo , y no dice como las mujeres: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del monumento? *Quis revolvat nobis lapidem ab ostio monumenti?* Jesucristo debe y quiere darse á cada uno de nosotros , porque su amor es infinito; y se da, en efecto, porque su amor es omnipotente. No dice , como las devotas mujeres del Evangelio: ¿Quién me quitará la piedra de la sustancia del pan para ocultarme yo en el sepulcro de las especies sacramentales? *Quis revolvat nobis, etc.?*

La palabra de Dios desciende sobre una Virgen, y Jesucristo es concebido. Jesucristo pronunció una corta frase, y el sacerdote la repite, y su cuerpo es en la tierra como multiplicado y perpetuado. En la encarnacion se dió á todos, tomando nuestra naturaleza sin dejar la suya: y en la Eucaristía se nos da á cada uno de nosotros en particular, elevándonos en cierto modo á la participacion de su ser divino. En la celebracion de esta Pascua no tomamos una parte del Cordero , sino que le tomamos todo , y cada uno de nosotros recibe á Cristo , Dios y hombre , todo entero. Nuestra libertad ha sido completa, y por esta completa libertad corresponde el ofrecer una víctima perfecta , que sea , sin los caractéres sangrientos de la Cruz , perpetua memoria del sacrificio del Hijo de Dios , é incesante y eficaz propiciacion por los pecados , cada vez mayores , de la tierra. Justo era que habiendo de morir nuestro Padre y Redentor nos quedásemos con su perfecto retrato, que es

ese Cordero inmaculado, miniatura, digámoslo así, del Hombre-Dios que exhala en Gólgota el último suspiro. Con frecuencia nos hacemos reos de muerte ante los ojos de Dios, y la justicia divina nos pide una víctima, que hemos de ser nosotros mismos, si aspiramos á aplacarla. Mostrándonos dóciles á las superiores inspiraciones, y conociendo la necesidad de mitigar los enojos de Dios, preparamos quizá el altar, la leña y la cuchilla; pero al ir á consumir el sacrificio en nosotros mismos, el Angel del Nuevo Testamento nos advierte que tras nosotros hay un Divino Carnero, enredado en las zarzas de la humana naturaleza, y el sacrificio se suspende, porque tras las especies sacramentales está ya inmaculado ese Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo.

Yo no atribuyo á otra cosa esta especie de impunidad en que vive el pecador, y aun el mundo todo, desde que fue crucificado Jesucristo. Antes, tras la culpa, venia inmediatamente la pena; y como no podemos decir ni que Dios se ha mudado, ni que ahora sean menos en número y en malicia nuestras iniquidades, no queda otro remedio sino confesar que la justicia de Dios, así como fue aplacada con el sacrificio de la Cruz en cuanto á la satisfaccion que pedia por la original culpa, del mismo modo se ve hoy, se ve en todos los siglos como impedida para descargar sus tremendos golpes sobre los pueblos pecadores, por amor y miramiento á esa víctima pura, santa é inmaculada que todos los dias sacrificamos y ofrecemos al Eterno Padre, y ante cuya oblacion parece como que renuncia á todos sus derechos, mucho mas propicio que habria estado con Sodoma si allí hubiese encontrado solamente diez justos, y mas generoso aun de lo que estuvo con Israel, por miramientos, digámoslo así, á los ruegos de Moisés. Si este caudillo hacia con sus ruegos una especie de violencia á Dios, y le obligaba á que perdonase una y muchas veces las infidelidades y culpas de Israel, ¿cómo no hemos de presu-

mir que esa Hostia, siempre acepta á los ojos de Dios, y que ese sacerdote eterno, cuya oracion es siempre escuchada, son los que detienen el formidable brazo de la eterna justicia, siempre por nosotros ofendida?

No acabo nunca de admirar hasta qué punto ha mostrado Jesucristo su inagotable bondad hácia los hombres en el Sacramento eucarístico. Natural cosa es, como sabéis, celebrar, por medio de convites, los sucesos que son lisonjeros, prósperos ó gloriosos para las familias, reuniendo alrededor de una mesa espléndida á todos aquellos que han reportado ventajas del suceso que se celebra, ó que se interesan, por lo menos, en nuestra suerte y felicidad. *Edere quoque ipse dicitur*, dice Eutimio, hablando del convite dado por el padre del hijo pródigo, *ad lætitiæ communicationem*. Y San Gerónimo, hablando de lo mismo, dice: *Nulla enim nobis potest esse jucunditas, nisi patre nobiscum celebrante convivium*. No hay alegría para nosotros no dándonos el padre un convite. Esto es lo comun y casi lo natural. El gran beneficio de la exencion de los primogénitos y de la libertad del pueblo israelítico, con el convite del Cordero Pascual ordenó Dios se celebrase. Pues bien, hermanos míos: ved á Jesucristo disponiendo sea festejado y perpetuado con el mas puro y maravilloso convite el suceso mas próspero y feliz para el género humano; porque no hallando en los secretos de su amor y de su poder otro medio mas ingenioso y eficaz para hacernos participantes de la alegría que rebosa en su divino corazon viendo desagraviado y satisfecho al Eterno Padre, que el comunicarse él mismo á nuestro pecho, dásenos, en efecto, como Cordero en ese convite con que, no solo se recuerda de mil en mil generaciones nuestra libertad del infernal Faraon, sino que una y otra vez esa misma libertad recobramos si por desgracia la culpa nos hubiese hecho de nuevo esclavos. Jesucristo es el libertador, y es al mismo tiempo el convite y el Cordero; pero un Cordero

asado al fuego de su amor, y que por el fuego del nuestro quiere sea tambien consumido. *Edent carnes nocte illa assas igni... si quid residuum fuerit, igne comburentis.*

Esto me conduce naturalmente á considerar cómo hemos de comer el inmaculado Cordero que representa y causa nuestra libertad de la esclavitud del mundano Egipto. Debemos acercarnos con frecuencia á participar del divino Cordero de nuestros altares, porque así como por la participacion del antiguo Cordero Pascual daba el pueblo israelítico á significar que pertenecía á aquella nacion sacada de Egipto por Dios para que fuese suya, del mismo modo, acercándonos nosotros al convite eucarístico, protestamos pertenecer al pueblo redimido de la esclavitud del demonio; y como para nosotros nada debe de haber mas glorioso que el ser y el que se nos tenga por cristianos ó hijos de Cristo, por lo tanto nos debemos sentar con frecuencia en la mesa de nuestro celestial Padre. Y no es esto solo; sino que siendo la Eucaristía la unidad del cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvacion, á tanto equivale tambien el acercarse frecuentemente á la mesa eucarística como á protestar que pertenecemos, que queremos pertenecer á la Iglesia católica, fuera de la cual no hay unidad, y, por consiguiente, no hay salvacion. Las piadosas mujeres de quienes habla hoy el Evangelio, no una, sino varias veces vinieron al sepulcro, como opinan San Gerónimo y Dionisio Alejandrino, conciliando por este medio las diferencias que se advierten en los sagrados evangelistas cuando describen la interesante escena de la Resurreccion del Señor. Pero no solamente con frecuencia, sino tambien con santas disposiciones es preciso acercarse siempre al altar donde hemos de participar del celestial Cordero: lo cual se halla perfectamente indicado en aquellos panes ázimos ó sin levadura, y en aquellas lechugas agrestes, símbolo de la mortificacion con que habian de comer

los israelitas su Cordero Pascual. Dejad á un lado, hermanos míos, la antigua levadura del pecado: ya sois ázimos; ya estais purificados en el hecho de haber sido inmolado Cristo, que es nuestra verdadera y única Pascua; y, renunciando á la malicia y á la corrupcion, no os acerqueis al eucarístico convite sino en verdad de creencias y en sinceridad de sentimientos. *In azimis sinceritatis, et veritatis.*

Mucho mas podria decir acerca de las disposiciones con que nos debemos acercar á la participacion de ese celestial Cordero, que es una realidad divina, supuesto que tantas preparaciones exigió Dios al pueblo de Israel para comer el Cordero Pascual, que era de este una sombra ó figura. Pero pasando ahora á demostraros que *la Eucaristía, considerada como el maná llovido del cielo, nos alimenta hasta introducirnos en la tierra de promision*, todavía encontraré oportunidad para insistir en el mismo pensamiento en la

SEGUNDA PARTE.

La Iglesia encuentra en Jesucristo, en solo Jesucristo, el cumplimiento de sus profecías, el tipo de sus símbolos, el objeto de sus misterios, la virtud de sus milagros, los motivos de su fe, las garantías de su esperanza, las expansiones de su caridad, toda su fuerza, en fin, toda su gloria, toda su consumacion. El Cordero Pascual fue la principal figura de Cristo, y, por consiguiente, de la Eucaristía, por lo que toca á la pasion; pero por lo que mira al alimento de los fieles, el maná es la mas propia figura del Sacra-

mento eucarístico. La Eucaristía, simbolizada en el Cordero Pascual, nos ha sacado de la esclavitud; pero la Eucaristía, simbolizada en el maná, nos alimenta y sostiene en el camino que ha de conducirnos al cielo ó á la perfecta libertad.

Para el pueblo de Israel debia de comenzar una vida nueva desde el instante en que Dios determinó separarle de las demas naciones. Para que se entendiese el destino extraordinario á que era llamado aquel pueblo, y lo extraordinariamente bondadoso que Dios se mostraba y habia de mostrarse con él, convenia, no solo que fuese libertado, á fuerza de prodigios, de la esclavitud en que vivia, sino que el mismo alimento que tomase fuese para él un testimonio vivo y continuo de la proteccion que Jehová le dispensaba. Siendo una necesidad tan apremiante el tomar alimento, debia de ser doblemente agradecido el prodigio que hiciese Dios para que al pueblo de Israel no le faltase nunca comida en las asperezas del desierto. En efecto: no bien habia llegado la nacion escogida á Elim, mes y medio despues de su salida de Egipto, cuando principió á murmurar contra Moisés y Aaron, diciendo que habria preferido morir esclava al lado de las ollas de carne, á encontrarse sin pan en aquella soledad. A consecuencia de estas quejas, prometió Dios á Moisés enviar panes del cielo á los israelitas, como lo hizo, lloviéndoles un suavísimo maná ó rocío, y prohibiéndoles que tomasen mas de lo que les fuese necesario para el presente dia; con el fin, sin duda, de que en todos los momentos reconociesen la necesidad que tenian de la proteccion divina, y de observar Dios si eran fieles los israelitas á sus beneficios, y retirarles, en caso contrario, sus favores.

En los ásperos desiertos de la vida humana, el pueblo redimido de su esclavitud por el sacrificio del Cordero, que es Cristo, necesitaba de un alimento sobrenatural cor-

respondiente á la sobrenatural vida que principia para él en una Cruz, á fin de que en los tedios, desmayos y privaciones que le impone el nuevo carácter de nacion cristiana, no se acordase jamás de aquellas ollas de carne con que saciaba sus vicios y sus pasiones cuando vivia esclavo en Egipto. Aquí teneis, hermanos mios, la razon del maná eucarístico, que se nos da como alimento, como fuerza y como vida, y que se desprende del mismo costado de Jesus, ó, mejor dicho, que es Jesus mismo, que es Dios mismo, que es el Hombre-Dios mismo. Pero admirad las bondades de Dios. Aquí, en la sagrada Eucaristía, se nos da todo, se nos da á todos, y se nos da para siempre. No solo ha hecho aquí escesos, digámoslo así, el amor divino y portentos su omnipotencia, sino que se ha quedado, en cierto modo, Dios hasta sin voluntad. Al pueblo de Israel no le daba maná el cielo mas que para un dia, y al siguiente podia negársele; pero aquí, en la Eucaristía, yo, yo, indigno como soy, el mas indigno de todos los sacerdotes del mundo, tengo sujeto á Dios á mi voluntad, y abriendo yo mis labios, y pronunciando debidamente unas pocas palabras con la intencion que es precisa, hago bajar un dia y otro dia á aquí, á allí, á Dios, á Dios mismo, sin que se resista, digo mas, sin que pueda resistirse á mi palabra, que, por virtud de la suya, es omnipotente. A esto llamo yo encadenar Dios su voluntad, para que en el altar esté sujeta á la mia. No os retirará el maná, no: el sacrificio que ha hecho por nosotros es completo, y todo para que vuestra nueva espiritual vida sea perfecta.

Si diariamente tomamos alimento para reponer las pérdidas que el cuerpo experimenta á cada hora, con mayor razon habremos de tener necesidad de tomar ese maná divino con frecuencia y aun diariamente, para evitar la ruina que tantos enemigos hacen experimentar en la vida espiritual, en la vida cristiana, y podamos convertirnos todos los dias, al pie de ese altar, en leones que,

arrojando por la boca llamaradas de celestial fuego, como dice el Crisóstomo, tenga miedo el demonio de acercarse á nosotros. *Ut leones flammam spirantes, sic ab illa menta discedimus terribiles effecti diabolo.* Este maná es diario; cómele diariamente si quieres que diariamente te aproveche, segun dice San Agustin. *Iste panis quotidianus est: accipe quotidie, ut quotidie tibi prosit.* Vive, pues, de tal manera, que todos los dias puedas acercarte á recibirle.

¡Cuánto es de deplorar, hermanos míos, y cuánto lo deplora la Iglesia, el que los fieles se hayan alejado tanto de aquellos tiempos y de aquellas santas costumbres en que la mesa eucarística era una mesa diaria; y cuánto sería de desear el que resucitase el antiguo fervor, para que al lado de esa mesa creciésemos en virtudes, como crecen en lozanía los árboles plantados en la corriente de las aguas! Pero ¡oh dolor! que en nuestras iglesias está el maná, y son muy pocos los que quieren gustarle. ¡Oh dolor! La Iglesia se ha visto obligada á fulminar anatemas para que, una vez siquiera al año, se acerquen á comer ese maná los que se llaman católicos. Y de estos que una vez al año se acercan al convite eucarístico, ¿cuántos preparan para el maná un Gomor ó un vaso sin mancha? ¿Cuántos, para este cuerpo de Jesucristo, preparan una sábana limpia y un sepulcro nuevo en la dura piedra de sus corazones? La Iglesia llora, y no hay quien la consuele. *Mulier, quid ploras? Si tu sustulisti eum, dicito mihi, et ego eum tollam.*

¿Por qué lloras, mujer? ¡Ay! Que se han llevado el cuerpo de Jesus sacramentado, y no sé dónde le han puesto. Si te le has llevado tú, dimelo, que yo le traeré otra vez al sepulcro para ungirle con este ungüento. *Quid ploras?* Tú te le habrás llevado, soberbio; tú, para pisarle mientras subes á la cumbre de tu engrandecimiento. Tú te le habrás llevado, codicioso, tú, para poner sobre él

la losa de tu dinero. Tú te le habrás llevado, impuro, tú, para azotarle otra vez sus purísimas carnes. Tú te le habrás llevado, blasfemo, tú, para escupirle en su hermosísimo rostro. Tú te le habrás llevado, corazon de hielo, tú, para apagar el fuego de su amor con la frialdad de tus afectos. *Mulier, quid ploras?* Pues si os habeis llevado el cuerpo de mi Jesus, decídmelo, que yo le colocaré de nuevo en un sepulcro glorioso. *Si tu sustulisti eum, dicito mihi ubi posuisti eum, et ego eum tollam.* Yo le prepararé, dice la Iglesia, corazones humildes, pechos generosos, labios limpios y encendidos afectos, que le coloquen en el santo lugar que le corresponde. *Et ego eum tollam.* Yo buscaré almas puras que vengan temprano al monumento á visitar y ungir á Jesus, y á tener á su lado dulces entretenimientos con los ángeles. Yo llamaré á las piadosas mujeres; es decir, yo convocaré á las almas verdaderamente cristianas, para que, como los ángeles, vengán á guardar y velar ante el sepulcro de Jesus sacramentado, vestidas de blanco; esto es, adornadas de inocencia y de virtudes.

Ved aquí ya cuál es el objeto que se propone esta religiosísima archicofradía, no solo al tributar ahora los presentes magníficos cultos al Cordero inmaculado, al divino maná, que se contiene bajo las especies sacramentales de pan y de vino, sino al acompañar á Jesucristo y al ofrecerle todos los dias sus reverentes homenajes en el círculo de las Cuarenta Horas de esta muy católica Corte. Venid, dice al pueblo cristiano; venid á participar del Cordero Cristo, que, como nuestra única Pascua, ha sido inmolado. Venid á alimentaros con este celestial maná con que Dios provee diariamente á las necesidades de nuestro espíritu. Venid, devotas mujeres; venid temprano á ungir ya con el suave ungüento de vuestra devocion el cuerpo de Jesus, que se halla en aquel sepulcro. Venid, hombres cristianos, corred como Pedro y Juan al monu-

mento de nuestro Redentor sacramentado, luego que la campana, que es la voz del cielo, os diga dónde está la Galilea adonde ha de precederos; esto es, cuál es la Iglesia donde espera recibir los homenajes de sus discípulos. Salid de las tinieblas, corred, llegad antes de que alumbré el sol. La losa sepulcral no faltará quien la levante. No os arredren, pues, las dificultades que el demonio tiene el oficio de suscitar cuando se trata de rendir culto á su glorioso vencedor. Venid, corred, llegad, tomad, comed. Dad vuestros nombres á Jesus Sacramentado; dadle vuestro corazon; dadle vuestros hijos; dadle vuestras familias.

Seria gran desgracia vuestra que, como el antiguo Israel, me dijéseis: «Nuestra alma está ya como seca, no viendo nuestros ojos mas que maná, y siempre ese maná.» *Anima nostra arida est, nihil aliud respiciunt oculi nostri nisi mana.* Si esto me dijéseis, yo os traeria tambien á la memoria el funesto resultado que tuvo para los israelitas el acordarse en aquella ocasion de las carnes y peces que comian en Egipto. Yo les daré carnes, dijo Dios á Moisés, hasta que les salgan por las narices y les causen náuseas; pero aun tenian, dice la Sagrada Escritura, la carne entre sus dientes, y hé aquí que el furor de Dios se levanta contra ellos, los castiga con una plaga grande sobremanera, y fue enterrado allí el pueblo que habia deseado otro manjar. Aquel sitio se llamó en lo sucesivo Sepulcros de la concupiscencia. *Vocatusque est ille locus, sepulchra concupiscentiæ.*

La aplicacion es de suyo sencilla. Los sepulcros de la concupiscencia os aguardan si, cansándoos de comer el maná celestial, pedís las carnes y los peces del tiempo de vuestra esclavitud, las carnes y los peces de los antiguos pecados á que renunciásteis. Por las narices os volverán á salir entre náuseas esas carnes, y vuestra alma se hallará como seca, no porque vuestros ojos no vean otra cosa mas

que maná, sino porque no le vean nunca ó no le vean con frecuencia. El furor del Señor se levantará contra vosotros, y será sepultada la nacion que al alimento que el cielo la envia hubiese preferido los manjares de la tierra.

Estos manjares hartan el cuerpo, pero no satisfacen nuestro espíritu; y el hombre tiene necesidad de vivir una vida bastante mas noble, bastante mas pura, bastante mas sublime que la vida de la carne. Por eso en aquellos momentos en que la vida del cuerpo toca á su fin, la vida del espíritu parece que recobra todo su ascendiente; y mas apreciamos entonces el divino maná que, desde el Gólgota del Sagrario, se nos lleva á nuestro pecho, y mas nos conforta y mas nos consuela que todas las viandas y tesoros del mundo. Vamos á morir, es verdad; pero la punzada del aguijon de la muerte no debe sernos sensible, sabiendo que el que come de este pan tiene la vida eterna, y que es para todos los que dignamente le toman una verdadera resurreccion. Hé aquí por qué observamos con tanta frecuencia, no solo la conformidad, sino hasta la alegría con que, despues de recibir el Sagrado Viático, esperan el terrible instante de la muerte aun aquellos ánimos apocados y pusilánimes que se asustaban con solo ver ú oir el movimiento, que suponian siniestro, de las veletas de una torre. Tan natural y tan adecuado es para el espíritu el maná eucarístico, en clase de alimento, que, en tomándolo, se encuentra como en su centro y en su reposo, y en su tranquilidad y en su bienaventuranza. Esto no es una ilusion, ¡oh desgraciados impíos! sino una necesidad, una necesidad que vosotros sentireis, que vosotros conocereis, que vosotros querreis satisfacer cuando, al mismo tiempo que vayan á cerrarse los ojos de vuestra carne, se abran los de vuestro espíritu, y se abran para no ver ya mas que los abismos de la eternidad. Entonces, infelices, os acordareis del Cordero y deseareis maná; pero ¿quién sabe cuáles serán los juicios de Dios sobre vosotros?.....

No, no: en días de tanta alegría como este no quiero turbar la de vuestros corazones pintando lo horrible que debe de ser la situación del impío que no quiere ó no puede recibir á Dios Sacramentado en los últimos momentos de su existencia. Dejemos que el infierno guarde para sí estos secretos, y vamos nosotros á admirar la infinita bondad de Dios ante el sagrado Tabernáculo.

Ahí está para nosotros el Cordero Pascual y el maná divino. Ven, Israel; ven á participar del uno y á comer diariamente el otro. Tu libertad, tu vida y tu término ahí están significados. No te acuerdes de Egipto, donde estuvieron cautivos ó esclavos tus padres. Goza en esta tierra de promisión, donde tan abundantes frutos de vida se ofrecen á tu indigente espíritu.

Redobla, si aun es posible, tus esfuerzos, religiosísima archicofradía, para que se aumente el cristiano gozo al mismo tiempo que crezca el número de tus asociados en las adoraciones que tributas á Jesus, mientras en el augusto Sacramento se presenta á los fieles durante el jubileo de las Cuarenta Horas. Todos los corazones responderán á tu invitación, y no serán menos generosos con Dios de lo que son con el mundo.

Vos, Señor, que sois nuestro divino Moisés, háblanos tú, y que no nos hable Dios. Tanto nos espantan los truenos y los rayos de su justicia, que no podemos soportar los ecos de su voz. Háblanos tú, que tu voz es voz de hermano y voz de padre, y la de Dios es voz de juez. Háblanos tú, Moisés divino, y que no nos hable Dios; porque tu voz suena á mis oídos como voz de paloma, y la voz del Padre Eterno es voz que arranca los truenos. Háblanos tú, Moisés divino, y que no nos hable Dios; que tu voz suena en mis oídos como la de la tórtola, y la del Padre se deja oír entre abrasadores relámpagos. Sed nuestro conductor por los desiertos de la vida, é introducidnos luego en la gloria. Amen.

SERMON

sobre la epístola del mismo día.

Expurgatē vetus fermentum, ut sitis nova conspersio, sicut estis azymi; etenim Pascha nostrum immolatus est Christus.

(1.^a ad Cor., 5, 7.)

Purificaos de la antigua levadura, para que seais nueva masa, como sois panes ázimos; pues Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido inmolado por nosotros.

Dos destinos tiene la humanidad ó el género humano; el destino que le prepara la culpa, y el que le reserva la gracia. El primero le arrastra á cometer todos los escesos que son consecuencia del pecado, y el segundo le pone en el camino de todas las virtudes. El primero le degrada y envilece: el segundo le ensalza y magnifica. El primero es tinieblas: el segundo es luz. El primero hace del hombre una masa de corrupcion: el segundo forma de él una masa nueva. El mundo pagano es una levadura que corrompe toda la masa: el mundo cristiano ha de ser una universal purificacion. El mundo antiguo es la muerte introducida por el ángel de las tinieblas en casa de todos los egipcios:

el mundo cristiano es la fase , el tránsito, la Pascua de los hijos de Jacob, salvados de aquella universal catástrofe.

Pues bien: el apóstol San Pablo dirige al nuevo mundo , esto es, al mundo cristiano, las palabras que la Iglesia, en la epístola de este solemnísimos día, entrega á nuestra meditacion, para que hagamos ó practiquemos siquiera desde hoy lo que deseaba el Santo Apóstol practicasen desde un principio los fieles de Corinto. «Purificaos de la antigua levadura , les decia , para que seais nueva masa como sois panes ázimos, pues Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido inmolado por nosotros.» *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio*, etc., etc.

Sí, señores. Tenemos que hacernos nueva masa, nuevas criaturas, nuevos hombres; y si no hacemos esto, no podemos ser buenos cristianos. ¿De qué os serviria el haber asistido con recogimiento á las santas y tristes festividades que nuestra madre la Iglesia acaba de celebrar, y entonar hoy cánticos de alegría á Jesucristo vencedor de la muerte, si vosotros no habeis resucitado, si vosotros no os habeis mudado, si vosotros, por último, no sois nueva masa por haber dejado la antigua levadura? Para vosotros Jesucristo está todavía en el sepulcro, pues el que por su propia virtud resucitó de entre los muertos, no ha podido, digámoslo así, resucitar en vuestros corazones. Hay que resucitar, hermanos míos; hay que resucitar con Jesucristo desde la muerte á la vida, como resucitó el mundo antiguo desde las tinieblas á la luz. *Expurgate vetus fermentum.*

Muchos errores , así especulativos como prácticos, observo se abrigan acerca de lo que debe ser la vida del cristiano; y como en una materia de tanto interes el error nos pone á riesgo de perder la salvacion eterna, intento demostraros que

La vida del cristiano tiene que ser conforme á la

indole del Cordero Pascual que por nosotros ha sido inmolado.

Expurgate vetus fermentum, etc.

Ave María.

El cristianismo, señores, no es mas que la perpetua renovacion del hombre bajo el aspecto moral, en cuya virtud va despojándose del antiguo vestido que le puso la culpa, y adornándose con las galas de mil colores que le ha traído del cielo el divino Autor de la gracia. Guerra al antiguo hombre, al hombre de Adan, al hombre del pecado: hé aquí la voz del cristianismo. Todo ha de ser nuevo: todo lo antiguo ha de desaparecer. Aquel fruto que tomó Adan ha de corromperse y podrirse. El árbol que le produjo ha de secarse; y las aguas con que fue regado no han de volver á humedecer la tierra. La luz nueva es la que brilla despues de las oscuridades del Calvario; la verdadera vida es la que sale de la muerte de Jesus; el fruto eterno es el que produce el árbol de la Cruz sacrosanta. No volvais la vista atras. Mas allá de la Cruz no habeis de encontrar mas que prevaricaciones y universal ruina; y desde la Cruz hasta nosotros no hallareis mas que resurreccion. Todo es nuevo, todo va resucitando. ¿Veis el aspecto físico del Universo en los dias de la vivificadora primavera? Así el mundo moral, despues de la resurreccion del Señor, se rejuvenece y produce las mas bellas flores de gracia y de virtud.

San Pablo, para animar á sus amados fieles de Corinto á que ordenasen su vida segun la nueva ley, argumentaba desde el sentido alegórico de la antigua Pascua al

real y efectivo que debe de tener la Pascua cristiana. Los judíos, les decia, mientras celebraban la Pascua, que era una figura del sacrificio de Jesus, se abstenian del pan con levadura, y todo entre ellos tenia que ser puro: es así que nuestra Pascua, que es la inmolacion de Cristo, es perpetua, porque perpetuamente inmolado está Jesucristo en la Iglesia; luego siempre y perpetuamente debeis absteneros de todo vicio, que es la levadura que corrompe toda la masa de la humana naturaleza. *Etenim Pascha nostrum immolatus est Christus.*

El Cordero Pascual, bien sea aquel con cuya sangre tiñeron los israelitas sus puertas para librarse de la espada del Angel exterminador de los primogénitos de Egipto, bien aquel que inmolaban todos los años los judíos en memoria de este beneficio, fue figura de Cristo, Cordero de Dios, que vino al mundo para ser sacrificado por nosotros y librarnos de la muerte eterna. Por toda la serie de los siglos viene anunciándose, prefigurándose y preparándose el sacrificio perfecto, el sacrificio último, el sacrificio modelo, que habia de hacer entrasen en orden todas las cosas desordenadas, y que resucitasen todas las cosas muertas, y se purificasen todas las cosas manchadas. No es este sacrificio un recuerdo ni una esperanza, sino una realidad, una virtud, una eficacia, donde vienen á resumirse y terminarse las sombras y las antiguas figuras. No está aun realizado el sacrificio del Cordero de Dios, y ya por la fe en la futura víctima sálvanse muchas gentes. Realizado ya y consumado, ¿quién podrá contar los frutos de su infinita virtud?

Pero medita en qué condiciones pone al hombre este sacrificio, y vereis cómo le precisa á que un perpetuo sacrificio sea tambien su vida. Todo el origen, todo el motivo, todo el secreto, todo el misterio del sacrificio de Jesus en la Cruz y en el altar católico es el amor; y siendo primera cualidad del amor traer la persona amada á que

forme una misma cosa con la persona amante, se infiere que el cristiano no lleva este nombre únicamente por seguir la ley dada por Cristo, sino porque en cierto modo es una misma cosa con Jesus, ó, por hablar con San Pablo, somos sus miembros. En lo humano ó temporal, los hombres forman ó dan leyes á otros hombres, segun sus opiniones ó su sabiduría; pero en el órden cristiano la ley se deriva, no de las opiniones, sino de los sacrificios del legislador. La ley y el sacrificio son una misma cosa. El sacrificio da la ley, y la ley es el sacrificio. Sacrificio perpetuo supone ley perpetua; y ley perpetua supone sacrificio perpetuo.

Este es el cristianismo: esta ha de ser nuestra vida. Si somos miembros de Cristo; si somos en cierto modo una misma cosa con él, con Cristo hemos de padecer y con Cristo debemos inmolarnos. Si no lo hacemos así, no somos sus miembros, ni podemos gloriarnos de que estamos identificados con nuestro Salvador. Por eso, segun he dicho antes, aquí, en el cristianismo, el sacrificio da la ley, y la ley es el sacrificio. El sacrificio es el legislador, y la ley es el martirio.

No os engañéis á vosotros mismos formándoos de la religion una idea que está muy lejos de ser exacta. Figúraseles á muchos que su vida es vida de cristianos porque de cualquiera manera asisten al templo ó frecuentan algun sacramento, aunque, por otra parte, estén dando rienda suelta á todas sus pasiones. Hay otros que imaginan no ser obligatorias mas que para los eclesiásticos las leyes de la cristiana mortificacion; y no son pocos los que presumen que en las festividades de la Iglesia les es permitido entregarse á todos los desórdenes.

A los primeros les diré que el corazon no puede estar partido, y que no puede servir á dos señores. Porque si frecuentan ó asisten al templo, esto ha de ser con el propósito de tomar allí fuerzas para resistir á las pasiones, y

no para creerse luego autorizados á contemporizar con ellas. En espíritu y verdad es como hemos de adorar á Dios; y sin eso nuestras oraciones se convierten para nosotros en maldicion, y nuestras prácticas religiosas no serán mas que vanas ceremonias. Diré á los segundos que los eclesiásticos tenemos uno ó cuatro motivos mas que los fieles para no olvidarnos nunca de las leyes de la mortificación; pero no han de olvidar, ni pueden olvidar los cristianos las santas y solemnes promesas que hicieron al recibir el Bautismo. ¿Se les dijo, al recibir este Sacramento, que la vida cristiana consistia en seguir á Satanás y sus pompas? ¿Se les dijo que siguiesen vestidos del viejo hombre y de todos sus hábitos? ¿Se les dijo que el Bautismo los autorizaba para pecar, haciéndoles escesivamente confiados en los méritos del Esposo de la Iglesia, en cuyo gremio entraban? Las aguas con que fue esteriormente lavado el cuerpo, ¿no significan que el alma quedaba purificada, y que así debe siempre conservarse? La vestidura blanca con que aquel cuerpo de pecado iba cubierto, ¿no significa la inocencia que ha de resplandecer en sus costumbres? ¿Se ha dicho una cosa en el Bautismo á los eclesiásticos y otra á los que no lo son? ¿Se les ha dicho á los unos: para tí ha de ser la mortificación; y á los otros: vivid siempre en placeres? A todos, pues, obliga la ley del sacrificio y de la mortificación: á los sacerdotes y á los fieles, á los eclesiásticos y á los que no lo son.

A aquellos otros que presumen serles lícito en las festividades entregarse á todos los escesos, les diré que compadezco con todo mi corazon su ceguedad. Las fiestas están sabiamente instituidas con el doble objeto de dar á nuestro espíritu el alimento de la verdad por medio de la contemplacion de los misterios religiosos, y de facilitar al cuerpo un necesario descanso. En las grandes festividades del Salvador, su cruz es siempre el objeto de mayor magnitud que se ofrece á nuestras miradas, ora como ins-

trumento de su suplicio, ora como camino de su exaltacion. ¿Y quién, teniendo delante la Cruz, se niega á ser crucificado? ¿Quién, teniendo delante un gran sacrificio, se resiste á la inmolation? ¿Quién, celebrando la Pascua, rehusa el abstenerse de la levadura de las culpas? En las festividades de la Virgen y de los Santos no podemos dejar de ver las eminentes virtudes que los han elevado á tanta gloria, y las mortificaciones con que supieron domar su rebelde carne. Ante estos ejemplos de altísima virtud, ¿ha de creerse autorizado el cristiano que los recuerda á entregarse al desórden y á los vicios?

He querido detenerme á rectificar estos errores, porque veo son bastante generales, y no puede negarse que traen en pos de sí una suma trascendencia. Hay errores prácticos que interesa desvanecer tanto ó mas que los dogmáticos ó especulativos.

La Cruz es para todos los cristianos. Por lo mismo que en ella ciframos nuestras esperanzas en órden á la eterna salvacion, en ella debemos considerar tambien representados nuestros deberes. «El mundo, decia San Pablo, ha sido crucificado para mí, y yo lo soy para el mundo; y no aspiro á gloriarme mas que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.» *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo* (1). El cristiano tiene que estar crucificado, como San Pablo, para el mundo, y el mundo tiene que estarlo para él. Este es el principio: veamos ahora sus consecuencias.

Así como el que está clavado en una Cruz no puede mover á su arbitrio los pies ó las manos, sino que por precision ha de tenerlos sujetos en el madero, de la misma manera el cristiano no puede proceder y ordenar su conducta á su antojo, sino que debe sujetarla á la ley de Dios y de Cristo. El que está en la Cruz padece y sufre siempre tormento; y del mismo modo el cristiano siéntese siempre

(1) Ad Galat., 6.

como mortificado por la ley de Cristo, que le manda mortificar sus concupiscencias y refrenar sus deseos. El que está crucificado no se cuida de lo que pasa ó tiene ante su vista, de espectáculos, pompas, delicias; y de la misma suerte el cristiano debe apartar de todo esto su corazón, cuyas delicias han de cifrarse en la Cruz. El que está crucificado no se acuerda de mañana, ni le inquieta la posesion de riquezas, ni los deseos de obtenerlas; y del mismo modo el cristiano, llevando su Cruz, ha de poner un freno á sus apetitos. Por último, el que está crucificado, aunque en el cuerpo padezca tormentos, toda su atencion y todos sus pensamientos y cuidados los tiene puestos en lo que inmediatamente ha de sobrevenirle, ó infausto ó lisonjero; y á este modo el cristiano debe ser insensible á los atractivos del mundo, para no pensar mas que en el cielo que le está prometido.

El gran padre San Bernardo representa al cristiano bajo tres aspectos para enseñarle á conformar su vida con la ley del sacrificio. «El cristiano, dice, es un *peregrino*; está *muerto*; y no solo muerto, sino *crucificado*. Ahora bien: el *peregrino* va andando por su camino, y sea que observe fiestas, ó sea que observe duelos, sigue adelante, por su patria suspira, y hácia su patria es donde dirige sus pasos al mismo tiempo que sus miradas. El que está *muerto* es insensible, y tan frio le deja el vituperio como la alabanza, la adulacion como la ofensa. Está muerto, y no oye, ni ve, ni se mueve. El no vive; quien vive en él es Cristo. Lo que es de Cristo, le encuentra vivo; lo que es del mundo, le encuentra muerto. El que está *crucificado* no atiende mas que á la Cruz. Lo que el mundo llama placeres, son para él cruces, como los deleites, los honores, las riquezas y las alabanzas; y lo que el mundo llama cruces, á eso se adhiere, eso es á lo que se abraza. A lo que el mundo llama delicias, lo llamo yo Cruz; y á

lo que el mundo llama cruces, lo llamo yo delicias (1).»

«Podia el Apóstol, dice San Agustín, haberse gloriado en la sabiduría de Cristo, y dijera verdad: podia haberse gloriado en su majestad y en su poder, y tendria razon; pero no quiso gloriarse mas que en la Cruz, y donde otros encontraron el escándalo, él encontró los tesoros; porque donde está la humildad, allí está la majestad; donde está la flaqueza, allí está el poder; y donde está la muerte, allí está, para los que la buscan, la vida (2).»

Yo quiero se me diga si en la vida que hacen ahora los cristianos hay por ventura una sombra del espíritu que de sí arrojan las reflexiones que acabo de haceros. Tan distantes nos encontramos de la vida verdaderamente cristiana, que nos parece estar oyendo cosas fabulosas ó nunca vistas cuando se nos habla con el lenguaje de la Cruz y en el sentido de la mortificacion. La antigua levadura subsiste entre nosotros. Cristo está siempre crucificándose, y nuestra Pascua es perpetua; pero nosotros no comemos el pan ázimo. La levadura del vicio corrompe toda nuestra existencia. Cabeza, ojos, oidos, corazon, manos, pies, todo está fermentado ó corrompido. No hay parte sana en nosotros. Estamos crucificados, pero no en la Cruz de Jesucristo, sino por nuestras pasiones y desórdenes. Las túnicas blancas con que, en señal de inocencia, debíamos estar ahora vestidos, se han mudado en lúgubres ornamentos, señal de la muerte de nuestras almas.

Si el cristianismo es la Cruz, es decir, si el cristiano no se muestra tal sino cuando se crucifica, sujetando sus pasiones y teniendo á raya sus vicios, ¿quién podria, de cuantos nos hallamos aquí presentes, decir: *cristiano soy*, si Jesucristo nos preguntase hoy lo que somos? ¿Quién se atreveria á presentarse con túnica blanca si Jesucristo nos llamase á celebrar el convite ó la Pascua en que él mismo

(1) Serm. 7., in quadrag. (2) Serm. 20, De verbis apost.

se sacrifica? Pues no nos engañemos, hermanos míos; no nos engañemos causándonos á nosotros mismos una eterna perdición. No consiste el ser cristianos en llevar el nombre de tales, sino en practicar lo que la ley cristiana ordena. Cubrid por un momento nuestras iglesias y los demás signos exteriores que demuestran vivimos en el seno de la religión cristiana. Cubridlos, y yo estoy seguro de que el viajero que penetrase en nuestros pueblos y ciudades y observase los desórdenes de nuestra conducta, no solo no diría que éramos cristianos, sino que le parecería no éramos tampoco hombres.

Me es muy sensible hacer una tan triste pintura de los cristianos de nuestros días; pero es una pintura verdadera. Vosotros mismos no podreis dejar de reconocerlo, y, efectivamente, lo reconocéis; pero esto no basta para remediar el mal. Es preciso decidirse á practicar la moral cristiana representada en la Cruz. Con reconocernos malos ó falsos cristianos, no curamos las llagas de nuestro espíritu; es necesario además sujetar nuestra carne y nuestros deseos á la ley, que es la medicina de las humanas dolencias.

Fuera la antigua levadura. Ya sois ázimos; ya estais redimidos y purificados; y quien asiste á perpetua fiesta ó Pascua, perpetuamente debe estar limpio. Jesucristo se ha sacrificado y se sacrifica todos los días. Nos llama al convite, dándonosnos él mismo por comida. Comamos, pues, en sinceridad y verdad, para que el Cordero sacrificado nos introduzca luego en el cielo. Amen.

SERMON

sobre la misma epístola.

Expurgate velus fermentum.

(1.^a ad Cor., 5., 7.)

Arrojad fuera de vosotros toda
levadura ó maldad.

EL apóstol San Pablo reconviene á los fieles de Corinto porque habian tolerado entre ellos á un hombre notoriamente incestuoso. Con este motivo reprende tambien su orgullo, diciéndoles que, lejos de entregarse á la emulacion y á la soberbia, lo que deberian hacer y lo que les interesaba era arrojar de su compañía ó sociedad á aquel malvado. Abrasado por el celo de la salvacion de las almas, San Pablo usa en seguida de la autoridad que, como á ministro de Cristo, le compete, declarando que entrega al incestuoso á Satanás para mortificacion de su carne, sí, pero como medida necesaria para que se salve su alma y para que no se inficionen los demas. «¿No sabeis, les dice, que la mas pequeña cantidad de levadura corrompe toda la masa? Arrojad, pues, fuera de vosotros toda maldad.»

Expurgate vetus fermentum.

Es deciros, amados míos, que el apóstol San Pablo fulmina escomunión contra un público pecador de Corinto; y de este hecho he de servirme para instruiros acerca de aquella pena espiritual que mirais con indiferencia, y quizá con desprecio. Sí, con desprecio. Hase hecho ya general la frase de que *las escomuniones engordan*; frase impía, que revela toda la inmoralidad del que la pronuncia. Vemos tristes ejemplos, privados y públicos, generales y particulares, del desprecio con que es mirada la escomunión, que es la mayor de las penas espirituales con que la Iglesia castiga á sus rebeldes hijos; pero esto no disminuye su virtud y su fuerza; antes bien la aumenta para aquellos que, despreciando la voz de la Iglesia, agravan con esto su propia culpa, y se hacen merecedores de doble pena.

Confío en que rectificareis algunas ideas ó errores si consigo probar que

El estar escomulgado es la mayor desgracia que puede sobrevenir á un cristiano.

Expurgate vetus fermentum.

Ave María.

Es antiquísimo el uso de la escomunión, como que es natural, digámoslo así, en toda sociedad donde haya delinquentes. ¿Qué fue mas que una escomunión el arrojar desde el cielo al abismo á los ángeles rebeldes? ¿Qué fue mas que una escomunión el espulsar fuera del paraíso á los primeros padres pecadores? ¿Qué fue mas que una escomunión el condenar al fratricida Cain á andar prófugo por la tierra? Escomunión era en la antigua ley el arrojar fuera de los reales ó campamentos al que no obedecía al

sacerdote; y, por último, con la escomunión castigaban los judíos á todos aquellos que, por haber confesado era Jesucristo el Hijo de Dios, eran arrojados de la sinagoga.

En la nueva ley, al conceder Jesucristo á San Pedro y á los demás apóstoles la potestad de atar y desatar, *ligandi atque solvendi*, otorgoles la de imponer censuras ó penas eclesiásticas, entre las cuales la escomunión es la primera. Así que, las censuras eclesiásticas, aun por confesion del hereje Calvino (1), tienen por autor al mismo Dios. Cuando San Pablo castiga con la escomunión al incestuoso de Corinto, dice espresamente que lo hace en virtud de la potestad que por Jesucristo le ha sido conferida. *Cum virtute Domini nostri Jesu*. Lo que la Iglesia liga, ligado lo declara el cielo; y lo que la Iglesia desata, el cielo lo desata. Y cuando digo *Iglesia*, entiendo su cabeza y sus pastores, y no el cuerpo de los fieles, en quien algunos herejes han supuesto radicaba el derecho ó la potestad de escomulgar á los criminales. Esta potestad no compete mas que á aquellos á quienes dijo Jesucristo: «Lo que atáreis, atado estará; y lo que desatáreis, será desatado.» Cuando se lanza una escomunión, el que escomulga es el mismo Cristo; y en su nombre y por su virtud, el Papa ó el Obispo, como vicarios suyos.

Ved, pues, amados míos, si esto no es ya bastante para que os estremezcáis al oír solo el nombre de escomunión. Jesucristo es quien la fulmina: Jesucristo es quien os anatematiza. Pero ¿qué cosa es la escomunión? Escomunión quiere decir *fuera de la comunión*, fuera de la sociedad de los fieles, fuera de la Iglesia. Tal es el triste y terrible significado de esa palabra. La escomunión es una censura fulminada por el superior ó prelado eclesiástico, la cual priva á los cristianos de comunicarse ó de la comunicación con los demás fieles. Hay una escomunión que llamamos

(1) Lib. 4, Instit., cap. 12, citado por Gotti en su *Teología*.

mayor, y hay otra que llamamos *menor*. La menor priva de la participacion de los sacramentos ; pero la *mayor*, que es de la que voy á hablar, priva al escomulgado, no solo de la participacion ó recepcion de los sacramentos, sino tambien del trato, ó comercio , ó sociedad con los fieles. A consecuencia de este anatema ó de esta escomunion, el escomulgado es puesto ó arrojado fuera de la Iglesia, fuera del cuerpo de Cristo, fuera de la union con Cristo, fuera de la union con los fieles, quedando privado de todos los sacramentos de la Iglesia y de todas las oraciones y sufragios.

A los fieles no les es lícito besar al escomulgado: no les es lícito orar con él: no les es lícito saludarle: no les es lícito comunicar con él por medio de los sacramentos: ni les es lícito sentarse á su mesa.

Si pro delictis anathema quis efficiatur,

os, orare, vale, communio, mensa negatur.

¿Qué consecuencias se deducen de esta doctrina? Se deduce: primero, que los escomulgados no son considerados ya como ovejas suyas por los pastores de la Iglesia, ni cuidan de ellos, ni oran por ellos con la oracion que hacen á Dios por su grey, y únicamente puede orarse ó pedir que les sea otorgado el espíritu de penitencia, á fin de que puedan ser desatados los lazos de la escomunion. En segundo lugar, los fieles no pueden ya considerar al escomulgado como hermano y como miembro de un mismo cuerpo; y, por lo tanto, el escomulgado no participa de aquellas oraciones que los justos dirigen á Dios en favor de sus hermanos y de la Iglesia. En tercer lugar, los escomulgados, privados de tantos auxilios como antes recibian, quedan ya abandonados, son inscritos en la sociedad de los infieles, y entregados á Satanás como el incestuoso de Corinto. Medid, si podeis, la trascendencia de este abandono. Pues así como á los fieles los preside y dirige Jesucristo, cabeza de la Iglesia, y los ayuda é ilumina con

multitud de gracias, á los que están fuera de la Iglesia, como lo está el escomulgado, les preside y dirige Satanás, por el cual son arrastrados á cometer todo género de culpas y de excesos; á la manera que el demonio, entrando en el corazon de Judas, le arrastró á cometer la mayor traición é infidelidad que han visto los siglos.

Los escomulgados, ademas, aunque hagan penitencia y practiquen muchas buenas obras, no son restituidos por esto á participar de los bienes espirituales y de los sacramentos de la Iglesia, si antes no han sido absueltos del vínculo de la escomunión; pues primero es unirse al cuerpo, que participar del fruto del cuerpo; antes hay que unirse á la vid, para participar de su influjo. Por eso Alejandro VII condenó la proposición cuarenta y cuatro, que decía cesaban las censuras en el fuero de la conciencia corrigiéndose el reo y cesando su contumacia. Los escomulgados están asimismo privados de oír la santa misa, y de asistir á los divinos oficios, y á las Horas canónicas que se rezan públicamente en la iglesia, y á otros ritos públicos de la misma. También están privados los escomulgados de sepultura eclesiástica; por manera que si fuesen enterrados en el cementerio ó lugar sagrado, habria que reconciliar dicho cementerio, como acostumbra hacerse en la dedicación de las iglesias, segun enseña Inocencio III, hablando especialmente de los escomulgados denunciados (1).

Son tambien inhábiles los escomulgados para obtener en lo sucesivo beneficios y dignidades eclesiásticas permaneciendo ligados con la escomunión. Están privados igualmente de ejercer jurisdicción espiritual en el fuero externo; y, por último, están privados de toda comunicación ó sociedad civil y política con el resto de los fieles. Hay,

(1) Cap. Consuluisti, extra de consuetudine Ecclesiæ, vel altaris.

sin embargo , cinco casos en que á los fieles les es lícito comunicar ó tratar con el escomulgado: cuando lo requiere la utilidad espiritual de este , ó la temporal de aquel que le trata: cuando la ley lo exige en el matrimonio : cuando por sujecion ó dependencia tienen los hijos que tratar con sus padres, ó los criados con sus amos : cuando se ignora la escomunión; y cuando la necesidad , así del que comunica como del escomulgado, lo reclama.

Utile, lex, humile, res ignorata, necesse.

El fiel ó el cristiano que, fuera de estos casos , comunica ó trata al escomulgado con escomunión mayor , incurre en escomunión menor, quedando por esto privado de la participacion ó recepcion de los sacramentos , é incurriendo en pecado mortal si comunica en el crimen por el cual ha sido fulminada la escomunión, ó en las cosas divinas, ó por desprecio á la Iglesia. En el primer caso incurre además en escomunión mayor el que comunica ó trata con el escomulgado.

Dos fines se propone la Iglesia en la escomunión , que es pena gravísima, entre sus censuras : primero , el bien general del cuerpo ó de la sociedad, y el bien espiritual del escomulgado. En toda sociedad bien gobernada sufren, ya que no la muerte, una proscripción los miembros corrompidos que pueden ser ocasion ó causa de que se infecten los demás; á la manera que en el cuerpo humano, ó en cualquiera otro cuerpo sensitivo , se corta un miembro ó se quema una parte para salvar el todo. En una monarquía se proscribe todo escrito que abogue por la democracia, y su autor tiene que sufrir una condena de mayor ó menor gravedad, segun el ataque que se haya atrevido á dar á una institucion fundamental. Otro tanto sucede en los paises democráticos cuando es atacado su primer principio de gobierno. Pues ¿qué es esto , y qué son otras cosas análogas que determina la ley civil ó política, mas que escomuniones, en cuya virtud es separado, de una manera ó

de otra, de la sociedad aquel que puede corromperla? ¿Puede ver indiferente la Iglesia que entre sus hijos, redimidos con la sangre de su Divino Esposo, haya malvados que con sus errores ó vicios perviertan la sociedad cristiana? Lo que toda sociedad bien constituida está autorizada á hacer, por solo el instinto de propia conservacion, con sus miembros corrompidos y corruptores, ¿no ha de poder hacerlo la Iglesia, á cuyos cuidados están encargados intereses mas altos y sagrados que los de la temporal sociedad? La escomunion, es decir, la potestad de separar de un cuerpo ó de una sociedad lo que pueda afectar al principio de su vida, es natural, legítima, indisputable; y el que se la disputa á la Iglesia deja ya la sociedad entregada á los malvados.

El fin de la escomunion es tambien la salvacion del delincuente. *In interitum carnis, ut spiritus salvus sit in die Domini Nostri Jesuchristi.* La escomunion es una pena medicinal con que la Iglesia se propone curar alguna grave enfermedad moral de sus hijos. Hierre la Iglesia para curar, y sus penas ó castigos son salud ó lucro para el castigado. Busca la Iglesia la provechosa afliccion y la humildad de aquellos hijos que ha despedido ó arrojado fuera de la casa del padre de familia; pues viéndose abrumados bajo el peso de una calamidad y desgracia tan grande como la escomunion, ó han de estar ya resueltos á vivir entregados eternamente á Satanás, ó han de pedir con humildad el ser otra vez admitidos en la antigua casa de su padre.

El emperador Teodosio se vió arrojado del templo por San Ambrosio, á causa de la mortandad de Tesalónica. Con lágrimas, pues, y no con protestas ni con amenazas, el emperador decia al Santo Obispo: *Para los siervos y mendigos están abiertas las puertas del templo, y á mí no me es lícito penetrar por ellas. Yo sé bien que el Señor dijo: Todo lo que atáreis en la tierra, será atado en el cielo.* Por lo que humildemente pidió á San Ambro-

sio la absolucion, y, cumpliendo la penitencia impuesta, fue restituido á la comunión eclesiástica.

Esto que habeis oido hizo un emperador, no puede dejar de hacerlo cualquier fiel cristiano. No podeis, no debeis reiros de la escomunión. Es la mayor desgracia que puede sobrevenirnos. Por la potestad de quien la impone, por la naturaleza de esta pena ó censura, y por sus efectos, conoceréis cuán temible debe de ser para el cristiano, y qué impío es el lenguaje de aquellos que dicen que *las escomuniones engordan*. Engordan, en efecto, las escomuniones; pero es al demonio y al infierno. Engordan las escomuniones; pero es al cuerpo del pecado.

La impiedad ha querido y quiere, lo mismo que la corrupcion, transmitir su veneno á la sociedad, y vivir tranquila é impunemente enmedio de todos los desórdenes. Por eso, y confiada en que la ley humana no ve, ni averigua, ni puede castigar todos los excesos del hombre, y sabiendo, por otra parte, que la Iglesia es la que lleva el remedio á la raiz de todos los males, ó han negado los impíos y viciosos la potestad de la Iglesia para imponer penas espirituales, ó se han burlado de las censuras. Ciegos amantes del cuerpo ó de la carne, han llegado á imaginarse que es una ficcion nuestra ó una invencion puramente humana el orden sobrenatural ó espiritual que la Iglesia proclama. Pero ¡oh desgraciados! ¡Oh desgraciados cuantos llevais sobre vosotros el anatema ó la escomunión! Vuestra vida no puede dejar de ser una vida de crímenes y excesos, y vuestra muerte una muerte muy desgraciada y desastrosa. El remordimiento, durante la vida, no os deja descansar un instante, aunque trateis de aparentar lo contrario, y la desesperacion acompaña á vuestro último suspiro. Entonces os conoceis heridos de muerte, y de muerte eterna; pero quizá no haya ya luz para vuestras tinieblas, ni remedio para vuestros males. El infierno, que es á quien engordan las escomuniones, os

espera con sus cien bocas para devoraros sin consumiros, á vosotros, á quienes la Iglesia y la sociedad arrojaron de su seno.

Evitad, hermanos míos, incurrir en culpa, esceso ó desobediencia que atraiga sobre vosotros la escomunión. Obedeced á la Iglesia y á sus pastores, observad la ley de Dios y practicad las buenas obras, que son el camino por donde se llega al cielo. Amen.

SERMON

sobre la Resurreccion del Señor.

Surrexit. (Marc., 16.)

Ha resucitado.

Todo es hoy alegría en la Iglesia, y un perenne aleluya resuena por toda la cristiandad. Las lúgubres vestiduras se han convertido en galas de regocijo. Hace tres dias que cubrieron el Calvario las tinieblas, y hoy le ilumina el mas resplandeciente sol. *Orto jam sole.* Hace tres dias vestian de luto los amigos del Crucificado; y hoy se dejan ver al lado de su sepulcro dos ángeles, bajo la exterior figura de gallardos mancebos, vestidos con una túnica blanca. Hace tres dias se tomaron las mas esquisitas precauciones para que el sepulcro de Jesus estuviese bien custodiado; y hoy está el sepulcro vacío, y poseidos de terror sus guardias. Hace tres dias el judaismo celebró su triunfo, que fue la mayor de sus iniquidades; y hoy se le ve conturbado, ofreciendo dinero á los soldados para que digan fue robado por sus discípulos el cuerpo de Jesus. Hace tres dias murió el Salvador; y hoy resucita por su

propia virtud, poniendo de este modo el sello á las pruebas que de su divinidad tenia dadas, y asentando sobre un hecho visible el fundamento de nuestra fe; pues si Jesucristo no hubiese resucitado, vana, dice el Apóstol, seria nuestra fe, y vana nuestra esperanza.

La muerte de Jesucristo habia removido ó nos habia librado de todos los males; pero su resurreccion es ya el principio y el ejemplar de todos los bienes. No solo está ya vencido el infierno, sino que están abiertas y patentes las puertas del cielo. Nuestras cadenas de esclavos están rotas, y nuestro trono, como herederos del reino, está levantado. La resurreccion del Señor es la resurreccion de todo el género humano. Por consiguiente, esta es la fiesta, la gran fiesta cristiana: hoy es nuestra Pascua, la Pascua por excelencia, nuestro tránsito desde la muerte á la eterna vida, nuestro gozo, nuestro eterno aleluya.

El hecho de la resurreccion del Señor es un hecho fundamental en la Iglesia. Es imposible reconocerle y no ser cristianos; y es imposible negarle sin negar al mismo tiempo hasta los hechos mas públicos y evidentes. Jesucristo ha resucitado: luego no puede dejar de ser verdadera nuestra fe. Jesucristo ha resucitado: luego su resurreccion es nuestra esperanza.

La resurreccion de Jesucristo es el fundamento de nuestra fe: lo vereis en la primera parte. La resurreccion de Jesucristo es el fundamento de nuestra esperanza: lo vereis en la segunda.

Ave María.

PRIMERA PARTE.

No solamente los judíos, sino algunos deistas modernos, y, por punto general, todos los enemigos del cristianismo, han negado la verdad ó el hecho de la resurrección del Salvador; porque, como he dicho antes, no puede reconocerse este hecho y dejar de ser cristianos. Pero el hecho se halla tan comprobado y tiene en su favor tales testimonios que no deja lugar á la mas pequeña duda, y es el fundamento de toda nuestra fe.

Por de pronto vemos que, segun el relato, así de los apóstoles como de los judíos, Jesucristo murió realmente; y hé aquí ya un argumento muy poderoso contra los deistas, que en el siglo pasado trataron de poner en duda lo en que han convenido cristianos, judíos, paganos y los hombres de todas las religiones. Tácito, á quien no se puede acusar de parcial en favor del cristianismo, hace mencion de este hecho; y es bien sabido de todos que, una de las objeciones que se hacian contra la religion cristiana en los primeros siglos de la Iglesia, era que se adorase á un hombre muerto en un suplicio afrentoso. Está probado ademas el hecho de la muerte de Jesus por los soldados que, despues de muerto, no quisieron ya romperle las piernas; por el Centurion, que fue testigo de su último suspiro; y, finalmente, por los mismos jefes de los judíos, que no hicieron fuese guardado su sepulcro sino porque estaban muy seguros de que Jesucristo habia muerto. Es igualmente cierto que, estando Jesucristo en el sepulcro, los judíos pusieron allí centinelas. En afirmar esta circunstancia todos se hallan conformes; y no se concibe que se pusiesen guardias en el

sepulcro de un hombre muerto, sino recurriendo á la indicacion que hace San Mateo; á saber: por el miedo que tenían los judíos de que los discípulos robasen el cuerpo y dijese después que, según su propia prediccion, habia resucitado.

Del mismo modo es ciertísimo que Jesucristo estaba en el sepulcro el sábado por la mañana; porque si no, ¿para qué es sellada la piedra del sepulcro y se colocan en él las guardias? Es igualmente un hecho indubitable que Jesucristo no estaba ya en el sepulcro el domingo por la mañana. Ahora bien: ¿robaron los discípulos el cuerpo de Jesus, ó resucitó por su propia virtud el Salvador?

De ninguna manera pudo suceder lo primero; es decir, que los discípulos del Salvador robasen su cuerpo. Jesucristo habia anunciado que resucitaria al tercer dia de su muerte. Los judíos no ignoraban esta prediccion, y, no ignorándola, pidieron á Pilato el sábado por la mañana que dispusiese fuese escrupulosamente guardado el sepulcro hasta el tercer dia, pues podia suceder viniesen sus discípulos, y, robando el cuerpo, dijese habia resucitado de entre los muertos. Pero hay aun mas. Pilato dejó á la voluntad de los enemigos de Jesus el poner las guardias y tomar todas aquellas precauciones que creyesen convenientes para evitar la sorpresa que temian. No fue Pilato el que eligió y colocó las guardias, sino los príncipes de los sacerdotes y los escribas. Estos sellaron el sepulcro y colocaron en su alrededor centinelas de toda su confianza; y claro está que les advertirian la cautela con que debian velar para impedir el robo que presumian iban á hacer los discípulos. Es decir que los judíos no omitieron medio alguno para que el sepulcro de Jesus estuviese bien custodiado. Pero llega la mañana del domingo, y ya no está en el sepulcro el cuerpo del Salvador.

Los apóstoles, llenos de terror, andaban como dispersos y confundidos. Tímidos y espantados, apenas se atre-

ven á dejarse ver ; y cuando todavía resonaban por las calles de Jerusalem los feroces gritos de los deicidas, y celebraban su obra de iniquidad los escribas y fariseos, era imposible pensasen en acometer una empresa, no solo rodeada de mil peligros, como era la de robar el cuerpo de su Maestro estando custodiado por los soldados, sino á todas luces irrealizable. Para llevarla á cabo era preciso que tomasen parte en ella los soldados que custodiaban el sepulcro, y esto no pudo suceder. ¿Quién ignora el rigor de las penas militares contra la traicion? ¿Cómo no se castiga luego á los soldados traidores? ¿Cómo no se les aplica ni el mas ligero castigo? Suponiendo que hubieran llegado á dormirse los centinelas, ¿cómo no se les impone una severa pena por faltar así al cumplimiento de su deber y á su consigna? Un dia y una noche no es tiempo suficiente para rendir al sueño á hombres robustos, y menos cuando se espera una recompensa, se teme un castigo, ó se cree prestar un servicio á la religion. Sueño extraordinario tendria que ser, por cierto, aquel que no permitiese á los centinelas percibir el mucho ruido que por necesidad debió de hacerse cerca de ellos en el caso de que los discípulos hubieran roto el sello y quitado la losa del sepulcro, que era grande, y huido llevándose el cuerpo de su Maestro. No hubo, pues, ni traicion, ni sueño, por parte de los soldados.

El verdadero suceso es el que refieren los evangelistas, y especialmente San Mateo. Al apuntar la aurora del domingo salió del sepulcro Jesucristo sin que se hubiese quitado la piedra ó la losa que le cubria. ¿No habia de poder salir del sepulcro sin romper ni quitar la piedra el que salió del vientre de su Madre dejándola intacta? En el mismo momento percíbese en la tierra un temblor, descendiendo del cielo un ángel, remueve la piedra del sepulcro, y se sienta sobre ella como centinela de la resurreccion, ya que los soldados lo eran de la muerte. Los soldados ro-

manos son testigos de este sobrenatural suceso, y algunos de ellos van á anunciarlo á Jerusalem. El sanedrín ofrece dar á los soldados una gruesa suma de dinero si dicen y propalan por la ciudad que estando ellos dormidos llegaron los discípulos de Jesus y robaron su cuerpo; pero como esta confesion podria serles funesta, por cuanto revelaba en ellos una falta gravísima en el cumplimiento de su deber, asegúrales el consejo que los disculparia ante Pilato, y no les traeria consecuencias el afirmar lo que se les sugeria. *Securos vos faciemus.*

No puede, pues, ponerse en duda el hecho de la resurreccion de Jesucristo. El Salvador, el mismo dia de su resurreccion, se aparece ó manifiesta primeramente á su Santísima Madre, segun el comun sentir de los doctores y de los fieles, y despues á la Magdalena y á las demas mujeres, á San Pedro, á los dos discípulos que iban á Emmaus, y, por último, á los demas apóstoles. Despues del domingo se manifestó otra vez á los apóstoles estando ya con ellos Tomás, á los discípulos que pescaban en el mar de Tiberiades, á multitud de fieles en el monte de Galilea, á Santiago, á los apóstoles y fieles en el monte de las Olivas, y en otras ocasiones que no citan los evangelistas. Jesucristo déjase ver lo bastante para que sus discípulos no dudasen de su resurreccion; y no vive siempre ó de continuo entre ellos para que no confundiesen su vida, despues de resucitado, con su vida antes de morir.

Que murió Jesucristo, todos lo vieron; y resucitado, muchos le vieron, le oyeron y trataron. Se verificó el vaticinio del mismo Salvador, de que resucitaria al tercer dia de su muerte. Luego Jesucristo es Dios. Luego la religion fundada sobre este milagro, que es el sello de los demas milagros, tiene que ser verdadera. Luego la fe cristiana es la verdad. Hé aquí por qué el Apóstol dice: Si Jesucristo no ha resucitado, vana es vuestra fe, y vana es nuestra predicacion; porque el hecho de la resurreccion

del Señor es la gran virtud, digámoslo así, y la eficacia del cristianismo. Si Jesucristo no hubiese resucitado, habiendo dicho que resucitaria, no habria habido fundamento para la Iglesia. Despues de resucitado es cuando dice á sus apóstoles: «Háseme dado toda potestad en el cielo y »en la tierra... Anunciad á todas las gentes el Evangelio »(de mi muerte y de mi resurreccion), y yo estoy con »vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Ese cirio encendido, que veis, significa la nueva luz que ha venido sobre el mundo.

Ved, pues, si he dicho con razon que la resurreccion del Señor es el fundamento de nuestra fe: fundamento el mas sólido, el mas firme, el mas indestructible. Oid ahora cómo ese mismo hecho es *el fundamento de nuestra esperanza.*

SEGUNDA PARTE.

Aunque en la pasion y muerte de Cristo esté consumado el mérito ó el precio de nuestra redencion, es, sin embargo, su resurreccion como un término ó complemento de aquellos. O, mejor dicho, la pasion y la resurreccion constituyen la obra de nuestra redencion, y son como una misma completa obra moral de Cristo, en cuya virtud nos ha merecido la remision de los pecados y nuestra justificacion. El Apóstol atribuye á la pasion lo primero, y á la resurreccion lo segundo. *Qui traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram* (1).

Habiendo resucitado Jesucristo, tambien resucitaremos

(1) Ad Rom., 4, 25.

nosotros, no solo en cuanto al alma, sino en cuanto al cuerpo. Si no hubiese resucitado el Salvador, no habria quedado vencida la muerte, y, por consiguiente, ni el pecado de quien aquella es efecto; mas habiendo salido triunfante del sepulcro, triunfó de la muerte, y triunfó del pecado.

El Verbo es el principio de la humana vivificacion, y en él está la fuente de la vida, y desde él se nos comunican las aguas que sostienen nuestra existencia. Lo que es el Verbo divino para nosotros en nuestro orden natural, es decir, en nuestro orden de criaturas existentes, lo es en el sobrenatural, esto es, en nuestra categoría de hijos llamados á poseer la gloria eterna. Como Verbo, por el cual han sido hechas todas las cosas, por él hemos sido criados; y como Verbo humanado, por el cual todas las cosas han sido rehechas, por él hemos sido redimidos, es decir, resucitados. No éramos ó no existíamos, y el Verbo hizo que fuésemos ó existiésemos. Vivíamos envueltos en pecado y en muerte, y el Verbo ha hecho que alcancemos resurreccion y nueva vida. La vida estaba en el Verbo, y desde el Verbo se trasmite á nosotros. Luego si del Verbo teníamos ó recibíamos la vida, del Verbo debemos recibirla otra vez despues de haberla perdido.

Constituido, digámoslo así, autor, cabeza y jefe del género humano el Verbo divino, y no pudiendo los miembros dejar de participar ó de recibir el influjo de la cabeza, la vida inmortal que como hombre adquiere por medio de la resurreccion, es el origen ó la causa de la reparacion de nuestra vida. «Nuestro cuerpo será reformado por Cristo, dice el Apóstol, para configurarle ó asemejarle al suyo glorioso.» *Reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ* (1). Esto mismo lo esplica aun con mas claridad el Apóstol, diciendo que el primer hombre, como formado de la tierra, fue terreno;

(1) Ad Philip., 3.

y el segundo hombre, como del cielo, fue celestial. Por lo cual, así como siendo pecadores hemos llevado la imágen del hombre terreno, como redimidos hemos de llevar la del celestial.

Dos muertes llevábamos dentro de nosotros á causa del pecado; la muerte del cuerpo y la muerte moral del alma; y para estas dos muertes ha sido resurreccion la resurreccion de Jesucristo. «La muerte, dice San Pablo, entró en el mundo por un hombre, y por un hombre entró la resurreccion de los muertos. En Adán hemos muerto todos: en Cristo hemos sido vivificados. Va tan unida á la resurreccion de Cristo la nuestra, que, habiendo resucitado Jesucristo, tenemos que resucitar nosotros; y si nosotros no resucitamos, tampoco ha resucitado Jesucristo.» *Si autem Christus prædicatur quod resurrexit à mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est? Si autem resurrectio mortuorum non est, neque Christus resurrexit.*

La muerte, último enemigo del hombre, ha sido vencida resucitando Jesucristo. Si no hubiese resucitado el Salvador, en todo tiempo la muerte habria podido decir: «Ahí, en ese monte, en ese sepulcro, tengo una gran víctima: no he sido aun vencida, no, puesto que al adalid que ha bajado del cielo le tengo envuelto entre el polvo á que reduzco todos los seres. En la Cruz ha dejado vencido al demonio; pero yo puedo todavía cantar mis victorias. El triunfo de Jesus no ha sido completo. Mi imperio aun subsiste. Aun tengo al género humano bajo mi poder, como tengo á su cabeza.»

Así, triunfando Jesucristo de la muerte por medio de su resurreccion, la ha vencido, y en este triunfo del último enemigo del hombre está la completa victoria del Hijo de Dios. *Novissima autem inimica destruetur mors.* Ya se hallan todas las cosas sometidas al Verbo. Ha resucitado Cristo como primicias de los que dormian: luego resuci-

tarán todos los dormidos. Estando ya roto el estímulo de la muerte, aunque lleguemos á morir en el cuerpo, nuestra muerte será temporal, y resucitaremos para vida inmortal y eterna; y aunque por el pecado tengamos la desgracia de que experimente la muerte nuestra alma, la gracia la hará revivir sacándola del sepulcro de la culpa. *Resurrexit propter justificationem nostram.*

Debemos, pues, dar gracias á Dios, como decia el Apóstol á los fieles de Corinto, porque, por medio de Jesucristo, nos ha concedido la victoria del pecado y de la muerte; obligándonos esto á permanecer firmes é inmóviles en la fe de la resurreccion y á practicar buenas obras, supuesto que en la presencia de Dios no ha de ser vano nuestro trabajo. Tras estos trabajos ó merecimientos obtendremos la resurreccion y una vida eterna. Si el trabajo te aterra, ánimete el premio.

Sea nuestra vida lo que debe de ser: vida de resucitados á la gracia. Trabajad para no morir otra vez. Apartaos de todas las ocasiones y peligros en que vuestra alma puede encontrar la muerte. Jesucristo resucita conservando las cicatrices ó señales de sus heridas, para que no olvidemos, aun viéndole glorioso é inmortal, que ha padecido y muerto por nosotros. Esta es nuestra fe: esta es nuestra esperanza. Con su muerte ha vencido la muerte, con su resurreccion nos ha traído la vida; la vida eterna que á todos deseo. Amen.

SERMON

sobre la epístola del primer domingo despues
de Pascua.

*Hæc est victoria, quæ vincit
mundum, fides nostra.*

(Ep. 1.^a Joan., 5, 4.)

La fe es la que ha vencido al
mundo.

LA incredulidad se ha entronizado en el siglo en que vivimos. No debemos hacer consistir las mayores desgracias de nuestra época en los infortunios materiales de que se ve ó puede verse rodeada, sino en la falta de creencias, ó en la indiferencia en que vive, materializada por completo, y adherida al absurdo principio de que nada debe de creerse sino lo que se perciba con los propios sentidos. El mal, la llaga, la gangrena de la actual sociedad es esa. No ha de venirle su ruina ó su muerte por la pobreza, ni por la peste, ni por la guerra, sino por la incredulidad, que ha penetrado en lo mas íntimo de sus entrañas.

Ante los ojos de todos está abierta esa llaga: todos la ven; todos la deploran; pero son muy pocos los que trabajan para cerrarla. ¿De qué sirven los suspiros ó los estéri-

les lamentos en unas circunstancias en que es preciso obrar, y obrar pronto y con energía, si no hemos de vernos envueltos en una nube de males? Cuando la enfermedad ha llegado á su período mas peligroso, es necesario emplear, sin perder un instante, los remedios mas eficaces de la ciencia para salvar al paciente. El mal moral de que vengo lamentándome, y que no podeis menos de deplorar todos conmigo, ha llegado á su colmo. Es urgente buscar un remedio y aplicarle sin dilacion, y este remedio es la fe. Es necesario *creer*: es necesario que se someta el hombre, y que se someta la sociedad á otras verdades que las que se conocen por la ciencia humana.

Todo ha querido medirlo el hombre con el compás de su pobre razon, y no ha conseguido otra cosa que verse abrumado con el peso y magnitud de los objetos que ha tenido la temeraria pretension de encerrar en su limitada inteligencia. Era llamado el hombre á ser grande uniéndose á cosas muy grandes; y él, ¡insensato! ha querido hacerse mas pequeño, acomodando á su estatura de pigmeo los cielos y la tierra. «Oprimido se verá, ha dicho el Espíritu-Santo, el curioso investigador de la Majestad ó de las obras de Dios.»

Quiero, pues, desvanecer hoy algunas preocupaciones que reinan, haciéndoos ver que

La fe es una necesidad de la criatura racional.

Ave María.

Mucho claman contra la fe los enemigos del orden sobrenatural, y, sin embargo, el individuo no vive ni puede vivir sin fe, ora se le considere no mas que como hombre, ora se le considere cristiano. La fe, esto es, el pres-

tar asentimiento á verdades que se hallan fuera del alcance de nuestros sentidos y mas altas que nuestra razon, va tan unido á las condiciones de existencia del hombre, que toda la vida de este rueda sobre la fe, ó sobre la necesidad de creer lo que no se ha visto ni se ve, y lo que no se comprende.

Desde que el hombre nace vive con la fe de lo que le dan, y con la fe en lo que le enseñan. No sabe que aquellos con quienes vive son sus padres sino porque se le dice que lo son; ni sabe que un alimento es sano sino porque se lo aseguran. Conforme van desarrollándose sus necesidades y sus facultades, mas tiene que ser su vida una vida de fe. Estudiando, no hace mas que prestar fe á los autores que lee y á los maestros que le enseñan: si ama, es porque tiene fe en la correspondencia; si vive en la sociedad, tiene fe en los asociados; si admite compañeros en un viaje, es porque tiene fe en su honradez y probidad; si siendo amo duerme tranquilo en su casa, es porque tiene fe en sus criados; y si es hombre de negocios, no hay necesidad de decir cuánta fe tiene depositada en sus amigos y dependientes. No hay un asunto, un negocio, un paso en la vida humana en que, de un modo ó de otro, no intervenga ó no sea necesaria la fe; quiero decir, el someterse ó confiar en las seguridades que nos da la palabra humana respecto de cosas, ó hechos, ó sentimientos que no vemos.

Al que no haya visto Roma ó Atenas, ¿por dónde le consta que existen? ¿De dónde le viene la conviccion de que hay sobre la tierra dos ciudades que llevan aquel nombre, conviccion tan firme como si las hubiese visto con sus mismos ojos? Al que no ha conocido á Alejandro, ni á César, ni á Constantino, ¿de dónde le consta que han existido esos tres personajes, existencia para él tan cierta como la suya propia? Al que no ha examinado los títulos ó el derecho con que un propietario posee una finca, ¿por dónde le

consta que esta finca no es usurpada , usurpacion de que ni siquiera le ha ocurrido la mas ligera idea? El que no ha visto la credencial que autoriza á un hombre para que mande á otro, ¿de dónde sabe que es legítima la potestad á cuyas órdenes se rinde sin repugnancia? Al que lleva ante un tribunal un litigio identificado con la felicidad de su familia, ¿quién le ha asegurado que será atendido su derecho? En todo esto, señores , no hay mas que fe. Hásenos dicho que existen Roma y Atenas; y que han existido tres personajes llamados Alejandro, César y Constantino; y que esta finca es propia del dueño que la cultiva; y que los magistrados deben administrar justicia; y ahí teneis la razon de nuestra seguridad y de nuestra confianza. La fe en lo que nos afirman ó aseguran, sin que nosotros lo hayamos visto, es el móvil de todas las acciones de la vida humana. Luego la vida humana es vida toda de fe, sometién-dose á lo que no ve ni conoce.

Esto es , señores , ó esto sucede en el orden humano, donde las relaciones entre individuo é individuo son conocidas, comprendidas, visibles, y, digámoslo así, tangibles. Esto sucede en un orden que no está sobre nosotros , sino, antes bien, á nuestra vista, á nuestro alcance, en nuestras propias manos. ¿Qué sucederá , pues, cuando tengamos que ordenar nuestra vida á un fin sobrenatural, por medios ó principios necesariamente sobrenaturales ?

La criatura racional se distingue de las otras en que estas no dicen inmediata relacion á un principio universal, sino solamente á una cosa particular; pues aunque participan de la bondad divina, ó no es mas que en cuanto al ser, como sucede á las cosas inanimadas, ó segun que ademas viven y conocen los singulares, como sucede con las plantas y los animales. Pero el hombre, dice el angélico Doctor (1), como que conoce la universal razon del

(1) Suma 1.^a, p., q. 2., art. 3.

bien y del ser, al principio universal del ser ha de decir cierto orden, y con él ha de ponerse, y se pone en efecto, en inmediatas relaciones. No consiste la perfeccion de la criatura racional únicamente en lo que la conviene ó pertenece segun su naturaleza, sino tambien en lo que, por cierta sobrenatural participacion de la bondad divina, se la atribuye. Es decir que la criatura racional está llamada ó destinada á vivir en relaciones con Dios, á conocerle y amarle como objeto ó fin sobrenatural, y á gozarle por medio de la vision beatífica en que toda la dicha del hombre consiste.

Ahora bien: habiendo para el hombre otro orden mas elevado en que tiene que vivir, y en que precisamente consiste su perfeccion; un orden, digo, mas elevado que el natural, no puede en ese orden vivir si no considera á Dios como su doctor y su guia. *Omnis qui audivit à Patre, et dedit, venit ad me* (1). Por necesidad tiene que encontrar el hombre muchos misterios y oscuridades en el camino que le conduce á una region adonde no puede llegar con sus propios y exclusivos esfuerzos. Lo admirable seria, ó, mejor dicho, lo absurdo seria que lo infinito fuese comprendido por lo limitado; lo inmenso por lo pequeño; el omnipotente por el débil; el sapientísimo por el ignorante; la eternidad por el tiempo, y Dios por el polvo ó insecto llamado hombre. Dios no seria Dios si pudiese ser comprendido por nosotros. Luego en nuestras relaciones con Dios hemos de encontrar necesariamente tinieblas; pero tinieblas que nos proporcionan el mérito de la sumision, que tanto realza al hombre, por lo mismo que es la mas noble de las criaturas, bien que limitada como todas.

A todas las cosas, en efecto, ha señalado Dios un límite. Se le ha señalado á esos globos luminosos que recorren con tanta majestad los desiertos del espacio; á ese

(1) Joan., 4, 45.

astro benéfico, que parece el inmortal rey de los cielos; á ese elemento terrible, que encierra en su vasto seno tantas bellezas y tesoros; y se le ha señalado al universo, que no es á sus ojos mas que un átomo de polvo. Si, pues, en la naturaleza todo tiene su límite, ¿cómo no ha de tenerle tambien el hombre? En vano se cansaria si tratase de verlo y de saberlo todo. Desde el primer paso advertiria que, así como para vivir necesita del concurso de todos los miembros de la sociedad, y que no se basta á sí solo para satisfacer todas sus necesidades, de la misma manera en el órden moral, y mas aun en el religioso, le es necesario reconocer un maestro y un guia infalible que le vaya conduciendo por las misteriosas é inaccesibles sendas de la eternidad adonde es llamado.

Que es necesaria una ciencia religiosa, es decir, una ciencia que instruya al hombre acerca de las relaciones que le unen con Dios, y acerca de los medios ó caminos que pueden conducirle á la felicidad eterna, no lo negarán mas que aquellos que, considerando al hombre igual al bruto, supongan no hay para su vida otro porvenir que la corrupcion del sepulcro. No ha faltado ni puede faltar en el mundo la ciencia religiosa, como no ha faltado ni puede faltar el culto, y como no puede faltar Dios. Podrá haber y hay sectas y errores; pero esto, lejos de probar que no sea general la necesidad de una ciencia que nos aproxime á Dios, prueba lo contrario, probando ademas que no todos siguen ó escogen los mejores medios para aprenderla. Si es, pues, necesaria una ciencia religiosa, ó ha de crear el hombre esta ciencia, ó ha de revelarla Dios. Contra lo primero habla la historia de todos los siglos, la cual nos muestra la inutilidad de los innumerables esfuerzos hechos por el hombre para definir de un modo acertado las relaciones que le unen con Dios. Errores, extravagancias, absurdos: hé aquí lo que ha producido y lo que no ha podido menos de producir el ingenio humano cuando ha tratado

de buscar por sí solo la verdad religiosa, es decir, la verdad que espese fielmente nuestras relaciones con Dios, y señale los seguros medios y caminos que le conduzcan á la felicidad eterna. Los mas preclaros ingenios de la antigüedad nos causan hoy admiracion; y ¿por qué? ¿Porque acertaron á inventar por sí solos un sistema de religion, en armonía con las perfecciones de Dios y con las necesidades del hombre? No: únicamente los admiramos, ó porque no incurrieron en grandes errores estando rodeados de tan grandes tinieblas, ó porque llegaron á vislumbrar, con solo su razon, *la sombra* de algunas de las verdades que son capitales ó fundamentales en el cristianismo. Tiene que hablar Dios por medio de su Iglesia, tiene que hablar Dios para que el hombre sea instruido acerca de todo lo que se refiere á su vida ó á su destino sobrenatural. En la naturaleza tiene el hombre por reina á la razon: en el órden de la gracia tiene por reina á la fe.

¡Feliz mil veces el hombre que, necesitando para salvarse conocer algunas verdades superiores á su razon ó inteligencia, se las enseña ó revela el mismo Dios, por el ministerio infalible de su Iglesia! No se nos impone la fe como un yugo que nos oprima, sino como un auxilio que se nos presta. No es un impedimento con que se trata de contener todo progreso en las investigaciones humanas, sino un punto de partida conocido, un guia, una voz clamando siempre en el desierto de nuestras estraviadas ideas, la piedra fundamental y la cúpula al mismo tiempo de los conocimientos humanos. La fe es la salvaguardia de la verdad. En ella se encontrará siempre una luz para las tinieblas de nuestro espíritu. Cuando nos veamos estraviados, ó fuera del camino real de la verdad, volveremos siempre los ojos á la fe, es decir, á las verdades que por ella conocemos, como el viajero los vuelve ó los dirige, cuando se ve perdido, hácia las torres ó hácia las piedras miliarias colocadas en las orillas del camino. Por eso se

advierde que en los tiempos ó en los países donde se conserva la fe, esto es, las verdades fundamentales que la fe nos enseña, el ingenio humano, aunque con lentitud, pero por lo mismo con seguridad, ha levantado sus mas ilustres obras. Los siglos de fe han sido los siglos de la ciencia, porque la luz no puede dejar de producir resplandores. ¿Cuáles son, si no, las naciones mas ilustradas ó civilizadas? Desarrollad á vuestra vista el mapa del mundo, y notareis que allí donde reina ó ha reinado la fe católica hay mas plenitud ó potencia, digámoslo así, de razon, mas estenso y mas profundo saber, mas progreso científico, mas originales concepciones, mas inmortales obras. Nadie puede negar que desde la Europa se ha comunicado al resto del mundo la civilizacion: pues bien; esta Europa ha sido civilizada ó civilizadora á la vez, ó maestra de otras regiones por medio de la fe católica que les ha llevado, ó de los progresos intelectuales que por medio de la fe ella ha hecho.

Es asimismo evidente que conforme va debilitándose la fe, ó las verdades fundamentales que el cristianismo enseña, se corrompen hasta tal punto las costumbres, y se olvidan los saludables principios de moralidad en tan gran manera, que no tarda en volverse bárbaro ó salvaje cualquiera pueblo donde aquella fe ó aquellas verdades sean olvidadas. Constantinopla y Africa nos lo dicen; y si en algun país se conserva aun la civilizacion habiéndose perdido en él la antigua fe, es debido esto, ó á que la fe no se ha perdido totalmente, ó á que siguen siendo respetados muchos de sus principios ó doctrinas.

Hay necesidad de creer, so pena de arrojarse el espíritu humano en el fondo de todas las tinieblas. Por todas partes se nos presenta lo limitado de nuestros sentidos y de nuestra razon. En lo humano, el testimonio de los hombres nos parece suficiente garantía para creer lo que no vemos; y ¿no ha de bastar en el órden sobrenatural el

testimonio de Dios para hacernos creyentes? *Si testimonium hominum accipimus, testimonium Dei majus est* (1). Sin la fe es imposible agradar á Dios. *Sine fide autem impossibile est placere Deo* (2). El que no crea, ha dicho Jesucristo, será condenado. *Qui vero non crediderit, condemnabitur* (3).

La fe ha hecho insignes á los antiguos padres en las Santas Escrituras. Por la fe sabemos que el mundo es la obra de la palabra de Dios. La fe hizo mas aceptable la oferta de Abel que la de Cain. Por la fe se ha preservado de la muerte Enoc. La fe en lo que se le anunció, hizo que Noé fabricase el arca donde se salvó su familia. La fe hizo peregrinase Abraham hácia la tierra prometida, y que él aun no conocia, y en la cual habitó, así como Isaac y Jacob, esperando una misma promesa. Por la fe tambien en una promesa, se hace fecunda la estéril Sara. Por la fe dió Isaac á Jacob y á Esaú una bendicion para lo futuro. En virtud de su fe bendijo Jacob, al tiempo de morir, á los hijos de José, y se inclinó ante el cetro de autoridad que obtenia su hijo. La fe hizo renunciase Moisés, luego que fue mayor, á la calidad y ventajas de ser mirado como hijo de la hija de Faraon. Me faltaria el tiempo, os diré con San Pablo, de cuya carta á los hebreos he tomado los anteriores ejemplos; me faltaria el tiempo si quisiese hablaros de Gedeon, de Barac, de Sanson, de Jepté, de David, de Samuel y de los profetas, que con la fe han conquistado reinos, han cumplido los deberes de la justicia, han recibido el efecto de las promesas, han cerrado la boca á los leones, han sujetado el fuego, han demostrado inaudita fortaleza, han hecho huir á sus enemigos y han resucitado los muertos. En cárceles, en trabajos y en pobreza, todos estos, de quienes las Santas Escrituras hablan, dieron testimonio de su fe; y, sin embargo, no han recibido

(1) 1.^a Joan., 5. (2) Ad Hebr., 11. (3) Marc., 16.

sino con nosotros, es decir, hasta la venida de Jesucristo, la recompensa prometida.

Desde el principio del mundo, pues, los que han agradado á Dios, le han agradado por la fe. No hay, dice San Agustin, mayores riquezas, mayores tesoros, mayores honores que la fe católica, la cual salva á los pecadores, ilumina á los ciegos, cura á los enfermos, bautiza á los catecúmenos, justifica á los fieles, repara á los penitentes, aumenta los justos y corona á los mártires (1). La fe, dice San Bernardo, toca lo inaccesible, penetra lo desconocido, abraza lo inmenso, y estrecha en su vastísimo seno á la misma eternidad (2). Sed fieles hasta la muerte, y se os reservará la corona de la vida.

Tan necesario y aun tan natural es al hombre el tener fe, ó el creer lo que no percibe con sus sentidos ni con su inteligencia, que se ha observado haberse hecho ciegamente crédulos los pueblos ó los hombres que se negaron á ser creyentes. Por no creer á Dios ni á la Iglesia, han llegado luego á creer á cualquiera desconocido, á cualquier ignorante ó á cualquiera preocupado que les hable contra las verdades eternas que creemos por la fe. Han creído al escritor, al poeta, al cómico, al tribuno, al viajero, por no creer á la Iglesia ni á Dios. Porque un impío novelista haya dicho que no hay una vida futura, le han creído mejor que á Jesucristo, que nos enseña terminantemente la existencia de una gloria eterna y de un fuego eterno. Porque haya dicho un anticuario que entre las ruinas de una ciudad encontró una piedra con una inscripcion de remotísimo origen, no quieren creer á Moisés en su inspirada narracion sobre el origen del mundo, ni á Jesucristo, que ha sancionado la mision de Moisés. A un hombre cualquiera, á un hombre que no conocen, á un hombre enemigo de la verdad católica le creen, por no creer á Jesu-

(1) Serm. 1 De verb. apost. (2) Serm. 76, in Cantic.

cristo, que habla con milagros. ¿Hase visto mayor absurdo?

La fe es lo único que puede salvarnos. Todo anda en confusion horrible. Faltan las ideas comunes. Vamos á perecer sin la fe en el mar de las dudas. Aumenta, Señor, nuestra fe, para que, creyendo lo que nos enseñas, consigamos luego lo que nos tienes ofrecido, que es la eterna gloria. Amen.

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo, aplicado á la Eucaristía (1).

Pax vobis: ego sum.

(Joan., 20.)

Con razon, señores; con razon se celebran estas solemnísimas fiestas en la semana en que nuestra madre la Iglesia, saltando de alegría, consagra todos sus himnos á cantar el glorioso triunfo de Jesucristo sobre la muerte y el sepulcro. La resurreccion del Señor seria un hecho incompleto si no la hubiese precedido la institucion de la Eucaristía; pues si bien es verdad que sin la resurreccion de Jesucristo seria vana nuestra fe, y que la resurreccion es, por lo mismo, el fundamento de nuestra creencia, no es menos evidente que esta fe, que esta creencia seria una idea todavía incompleta si Jesucristo no la hubiese dejado encomendada á una Iglesia donde el sacrificio fuese el

(1) Predicado en el alumbrado de Cuarenta Horas en Santo Tomás de Madrid, 1852.

vínculo que uniese entre sí á los diferentes miembros de ella, uniéndolos con Dios. Por manera que la Eucaristía es el fundamento de la Iglesia, como la resurreccion es el fundamento de la fe; y ambos misterios y dogmas se hallan tan estrechamente unidos é identificados, que constituyen una sola verdadera, completa y perfecta religion. Por eso he dicho que no sin motivo se celebran estas fiestas eucarísticas en la presente semana.

En virtud de la Eucaristía, Jesucristo se pone en medio de los fieles dándoles la paz y asegurándoles que, siendo él quien la da y la promete, nada hay ya que temer. *Pax vobis: ego sum, nolite timere.* Aunque de vuestro corazón conturbado y atemorizado, al oír la voz del que pronuncia este cariñoso saludo, se levanten pensamientos de desconfianza, ved sus manos y sus pies, tocad su carne y sus huesos, y advertireis que no es un puro espíritu el que se pone en medio de vosotros. Su divinidad y su humanidad, no en especies que las hagan inmediatamente visibles, sino bajo las especies sacraméntales, se ocultan en la Eucaristía; ó, mejor dicho, se ocultan á los sentidos, pero se manifiestan refulgentes á la fe y á la conciencia. *Palpate et videte.* Examinad y ved si una ficcion hubiera podido ser aceptada por el género humano, durante un largo período de siglos, con el sacrificio mas absoluto del entendimiento y con la satisfaccion mas completa de los corazones. *Palpate et videte.* O el género humano ha vivido diez y nueve siglos fuera de las condiciones de la razon y del sentido comun, lo cual nadie se atreverá á afirmarlo, ó hay que rendirse á la omnipotente palabra de Jesucristo, que dice: *Este es mi cuerpo; esta es mi sangre; haced esto en memoria de mí.* PALPATE ET VIDETE. Respondedme si una ficcion, si una solemne mentira podría tener *la carne y los huesos*, digámoslo así, de este dogma que resiste á las fuertes repugnancias que encuentra en la razon y en los sentidos.

Todo el cristianismo debemos verle simplificado en el dogma eucarístico, toda la fe, toda la religion. Si Jesucristo vino á traer la *paz* á la tierra, la paz no podia consolidarse y perpetuarse sin la presencia verdadera, real y sustancial de nuestro Redentor en los altares cristianos, por medio de la Eucaristía. Y vedme ya colocado en el terreno que el Evangelio del dia me ofrece para ensalzar la gloria de la Iglesia cristiana en el sacramento de los altares. Oid:

La paz que Jesucristo ha dado al mundo con la institucion eucarística, nadie puede ya arrebatarla.

Pax vobis: ego sum, nolite timere.

Unica proposicion.

Ave María.

La paz entre Dios y el hombre fue interrumpida por el primitivo pecado, hijo de la soberbia, y padre de la ignorancia. Ofreciendo á nuestros primeros padres que serian como dioses y que llegarían á alcanzar la ciencia del bien y del mal, el demonio logró turbar la paz que era natural hubiese entre el Criador y su racional criatura, entre el benéfico padre y el agradecido hijo, y entre Dios omnipotente y el hombre necesitado. La promesa, por parte del demonio, no podia ser mas lisonjera; porque decir al hombre que seria como Dios, al hijo que se elevaria á la dignidad del padre, y á la criatura que ocuparia un trono junto al del Criador ó como el del Criador, era bastante ofrecer, y fue, en efecto, muy bastante para destruir. Rota la paz por este camino, el restablecerla debia hacerse por el camino opuesto: ó, mejor dicho, el restablecerla debia consistir en realizar el mismo Dios la promesa que

hizo y no pudo cumplir el demonio. Y hé aquí cómo Jesucristo nos da la paz por medio de la Eucaristía. *Pax vobis.*

Aquí encuentra el demonio su mas completa y definitiva derrota. Porque para arrebatarse de sus manos las armas, para quitar á su astucia pretextos, para cerrarle ya la boca en punto á seductoras promesas, Jesucristo cumple la que el demonio hizo á nuestros primeros padres: promesa sobre la cual ninguna otra puede ya hacerse, pues todo lo mas que al hombre se le puede ofrecer es que será como Dios; *eritis sicut Dei*: y realizando el Salvador para el hombre, del modo que puede realizarse, esta sublime deificación en la Eucaristía, el demonio ha quedado completamente derrotado, sin tener ya promesas que hacer, ni ofrecimientos con que alucinar. Cualquiera cosa que en adelante ofrezca tiene que ser menos de lo que Jesucristo nos da en la Eucaristía. *Eritis sicut Dei*. Luego quitando con esto pretextos para que el demonio no nos ponga en guerra con Dios, el Redentor Sacramentado es, en efecto, principio de inalterable paz. *Pax vobis.*

Todo aquello á que Dios se comunica no puede dejar de vivir con Dios en paz. Decir otra cosa seria un absurdo. El Padre comunica toda su sustancia á su Divino Hijo, y el Padre y el Hijo comunican su divina esencia al Espíritu-Santo, y estas tres divinas personas son una misma cosa. La segunda comunicacion divina es aquella en virtud de la cual el Verbo Eterno une á sí la naturaleza humana, no resultando mas que una sola persona, y esta divina. Y la tercera comunicacion es aquella con que Nuestro Señor se da á los fieles en la Sagrada Eucaristía, elevándonos á un estado que podria llamarse deífico. Siempre, como veis, resulta identificacion de uno ó de otro género, y, por consiguiente, paz entre el que comunica y el que recibe; entre el que eleva y el que es elevado. Dios tenia que obrar así. Porque aun despues de haber tomado nuestra carne, aun despues de haber sufrido molestias por nos-

otros, y aun despues de haber espirado, víctima de su amor, en el sangriento Calvario, á su amor aun le habria faltado algo que hacer; su amor no hubiera podido decir desde la Cruz que *todo estaba ya consumado*, si no hubiese precedido la institucion eucarística. Dios no ama sino comunicándose, de una ó de otra manera, á la persona amada; porque si en las criaturas el amor conduce á la identificacion, en Dios omnipotente el amor conduce á la identificacion mas estupenda; y esta identificacion se realiza en la Eucaristía, que es el último esfuerzo y el último prodigio del divino amor.

La Eucaristía, bajo el punto de vista de su institucion, no es un sacramento voluntario, sino necesario en la Iglesia, en el supuesto de que la nueva ley fuese perfecta, no solo por cuanto llevaba á complemento las promesas que contenia la antigua, sino por cuanto á la trasmision del pecado original por la carne debia oponerse la purificacion aun material de la carne misma, en virtud del sacramento eucarístico que nos da, por modo de comida y de bebida, el mismo cuerpo y la misma sangre, la divinidad y la humanidad del Salvador. Si el pecado original se nos comunica por la sangre, de tal modo que, si por un imposible, hubiese un hombre que no descendiese de Adan, no contraeria dicha original culpa, estaba en la razon contraria el identificar, en cierto modo, con la sangre humana, mas todavía de lo que se verifica en el misterio de la Encarnacion, la sangre de Jesucristo, que se nos da á cada uno de nosotros por modo de bebida: identificacion que á cada individuo le permite ya decir: *no soy yo el que vivo, sino Jesucristo es quien vive en mí*. La paz sea con vosotros: Adan os trajo la guerra; Jesucristo os da la paz. Adan, inficionando vuestra sangre, os hizo esclavos; Jesucristo, purificándola con la suya, os ha hecho libres. La paz sea con vosotros. Adan esperó ser como Dios, y se quedó y nos dejó á todos mas pequeños que hombres; Je-

sucristo, alimentándonos con su cuerpo y con su sangre, nos une á sí y nos da su grandeza y su inmortalidad. Adán, luego que comió del fruto prohibido, nos dejó á todos desnudos; Jesucristo, dándonos por modo de comida y de bebida en el Sacramento, nos viste de mas fulgentes resplandores que los del sol. Adán nos hizo ignorantes; Jesucristo, sabiduría eterna, nos ilumina en la Eucaristía. Adán corrompió todo el linaje humano; Jesucristo, dándonos todo, le ha elevado sobre las gerarquías angélicas. La paz sea con vosotros por medio de la Eucaristía. *Pax vobis: ego sum.* Yo soy el que está enmedio de vosotros.

Pero ¿efectivamente es Jesucristo el que nos da la paz desde la Eucaristía? *Ego sum:* el mismo es; Jesucristo, verdadera, real y sustancialmente presente en el sacramento, nos da la paz porque se nos da él mismo, como Dios y como hombre, todo entero. *Ego sum.* Los espíritus soberbios y superficiales, ó, mejor dicho, aquellos que, por hallarse habituados con el pecado y empeñados en no salir de él, temerian comerse su propia condenacion si recibiesen á Jesucristo en la Eucaristía, han buscado los mas ingeniosos subterfugios para negar la presencia real del Salvador en los altares católicos. Malditos hijos, que quieren huir como réprobos de la presencia de su Padre.

Todo, sin embargo, ha de pasar menos la palabra de Jesucristo. «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré por la vida del mundo, es mi carne.» Entendiendo los judíos estas palabras en el sentido de que Jesucristo les habia de dar á comer su propia carne, murmuraban y decian: «¿Cómo puede ser que nos dé su misma carne por comida?» Y Jesucristo, lejos de tranquilizarlos, segun debiera haberlo hecho, caso de no ser bien comprendido su pensamiento; lejos de tranquilizarlos con decirles que no era su propia carne la que debian de comer, sino el pan de la Cena, como quieren los protestantes, insiste

todavía en términos mas fuertes , y afirma con juramento que con su carne y con su cuerpo es con lo que han de alimentarse. «En verdad, en verdad os lo digo: si no comeis »la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no »tendreis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe »mi sangre, tiene la vida eterna; pues mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que »come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo moro en él: yo vivo por mi Padre, y el que me come vivirá por mí... Vuestros padres comieron el maná y murieron: el que coma este pan, vivirá eternamente.»

Al oír este discurso de Jesucristo en la sinagoga de Cafarnaun, muchos de sus discípulos exclamaron: «Duro es este ofrecimiento; y ¿quién puede escucharlo?» que equivalía á decir: ¿quién ha de poder creer que nos da á comer su carne y á beber su sangre? No pudiendo admitir este misterio muchos discípulos, abandonan á Jesucristo , y el Salvador los deja marchar sin deshacer sus equivocaciones, como lo habria hecho en el caso de no ser su propia carne y su propia sangre lo que pensaba darles. Ni los discípulos tampoco se habrian retirado como asustados si hubiesen comprendido que era un pan y un vino figurativos y simbólicos lo que Jesucristo les ofrecia. En esto ni dificultad, ni misterio, ni nada se hubiera encontrado que pudiese sublevar la razon de los hombres carnales. «¿Y vosotros tambien , preguntó en seguida Jesucristo á sus apóstoles; y vosotros tambien, por lo que acabo de decir, quereis abandonarme ? » Entonces San Pedro respondió como afligido: «¿Y á dónde, Señor, y á quién iríamos? Vos teneis palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que sois Cristo, Hijo de Dios.» Lo cual equivalió á decir: Vos sois el Dios de la verdad , y no podeis hablar mentira. No, Señor, no os abandonamos , aunque tengamos que hacer el sacrificio de nuestros sentidos.

Sí, señores: *Ego sum*. Jesucristo está en medio de nos-

otros, en la Eucaristía, y en ella, por nosotros tambien, se hace pequeño, siendo inmenso; se muestra débil, siendo omnipotente; se reduce á oscuridad, siendo fulgentísimo; vive como pobre, siendo opulentísimo; como ignorante, siendo sapientísimo; como sin voluntad, siendo la misma soberanía; como en estado de muerte, siendo la misma vida. *Ego sum.* Aunque en la Hostia no veis á Dios, ahí está: aunque no veis al hombre, ahí está: aunque veis pan, no hay pan: aunque veis vino, no hay vino. *Ego sum.* Aunque ante él os mostreis soberbios, es el mismo Cordero, en cuya presencia caen postrados y confundidos los veinte y cuatro ancianos del Apocalipsis. *Ego sum.* Aunque ante él no tengais la dignacion de encender una luz, como en señal de vuestra fe, es el mismo á quien alumbran los siete candeleros de oro que vió San Juan. *Ego sum.* Aunque no le tributeis, por indolencia ó por ingratitude, reconocidas alabanzas, es el mismo á quien, sin cansarse, llaman los ángeles tres veces Santo. *Ego sum.* Aunque lo que veis en la Eucaristía es un manso Cordero en sacrificio, este manso Cordero es el terrible leon de Judá, que algun dia tomará su presa. Aunque en ese augustísimo sacramento veis á Jesucristo como mudo, es, sin embargo, aquel cuya voz, resonando en virtud y en magnificencia, hará conmover los desiertos y tronchará como débiles cañas las fuertes encinas de Basán. *Ego sum. La paz sea con vosotros; yo soy, no temais. Nolite timere.*

¿Quién, en efecto, ha de temer, siendo el mismo Jesucristo sacramentado el que nos da y nos asegura la paz? *Nolite timere.* Preséntansenos aquí, con este motivo, muchas y muy grandes cosas que admirar. Cuando Dios en la antigua ley iba á hablar al pueblo, anunciábase con truenos y relámpagos, y densas nubes cubrian el monte que era, digámoslo así, el asiento de su cátedra. Tanto era el temor que, á causa de esto, se apoderaba del pueblo, que no cesaban de repetir á Moisés: «Háblanos tú y que no

nos hable el Señor, no sea perezcamos.» Pues ahora, el Apóstol dice á los cristianos : «Alegraos en el Señor: otra vez digo alegraos, porque el Señor está muy cerca.» ¿Qué es lo que constituye esta diferencia de lenguaje y de ideas? ¿No es uno mismo el Dios del Viejo Testamento que el del Nuevo? ¿Ha dejado de ser su justicia como los montes, segun dice Job? Es el mismo Dios, y es la misma justicia. Lo que ha cambiado es la víctima, y con esto han cambiado tambien nuestros destinos. *Nolite timere*. No temais.

En la Sagrada Eucaristía vemos reparado por las humillaciones de un Dios el ultraje que á la Divinidad hizo el orgullo del hombre. Al ver ese torrente de crímenes que inunda la tierra, podria pensarse, ó que Dios es impotente para vengar las blasfemias de la criatura rebelada, ó que no tiene interes en conservar su propia gloria, ó que es insensible é indiferente á las alabanzas como á los ultrajes de los hombres; pero el dogma eucarístico lo esplica todo suficientemente. La misericordia infinita de Dios se manifiesta aquí sin debilidad, porque su infinita justicia queda, con el sacrificio, plenamente satisfecha. Si por un lado el hombre ultraja á Dios, por otro el Dios-Hombre le desagravia, dándole, en virtud de su inmolacion, una gloria que no solo escede á los homenajes que todos los hombres reunidos pueden tributarle, sino que borra los ultrajes que todos los hombres juntos pueden hacerle. *Nolite timere*. No temais.

Dícese en el libro del Génesis que la justicia de Lot impedia á Dios el que destruyese á Sodoma, no obstante los infames vicios con que se hallaba manchada. «Apresuraos, le decia el ángel vengador; apresuraos á salir de la ciudad, para que pueda yo destruirla.» Mas aun: esa misma Sodoma habria evitado su destruccion si en ella se hubiesen encontrado diez hombres justos. Ahora bien: ¿qué comparacion ó semejanza cabe entre la imperfecta justicia

de Lot, y la infinita santidad de Jesucristo? ¿Qué hay de parecido entre los diez justos que se deseaba hubiese en Sodoma, y el Justo de los justos que se ofrece en la Eucaristía? Aquí teneis, hermanos míos, explicado el secreto de la paciente y generosa conducta de Dios, que no acierta á comprender el impío ni á respetar el pecador. Dios no destruye todos los dias la tierra, porque sobre los altares se ofrece todos los dias tambien su divino Hijo en incesante reparacion de las ofensas que le hacen nuestros crímenes. Paréceme en algunos momentos oir á Dios que dice á Jesucristo, como el ángel á Lot: *festina, quia non potero facere...* Salid, salid de ese tabernáculo, que quiero castigar á la tierra, y no puedo hacerlo mientras permanecais en ella. Salid de entre los pecadores, que debo confundirlos en su soberbia, y no puedo mover mi brazo mientras se acojan á la sombra de vuestra real presencia. *Festina, quia non potero facere...* Salid de las estrechas dimensiones de esa Hostia donde os ha puesto vuestro amor, que me he arrepentido otra vez de haber criado al hombre, y quiero inundar al mundo con otro diluvio, y las nubes se resisten á mi voz, porque vos estais en la Iglesia verdadera, real y sustancialmente presente. *Festina...* Salid del pequeño círculo de esa Hostia, que quiero castigar á este pueblo de blasfemos, y mis ángeles no pueden desenvainar sus espadas mientras vos tengais vuestras delicias en estar entre los hombres. Conoced, cristianos, y estimad lo que desde el Sacramento es Jesucristo para nosotros, y no temais. *Nolite timere.*

Esto digo á las almas justas y á los pecadores arrepentidos; que los sacrílegos bastante deben de temer su propia condenacion. *Vobis verbum salutis hujus missum est.* Esto digo á los mártires de su deber, porque, como los antiguos, hallarán en la comunión eucarística fuerza bastante para resistir á los halagos y tormentos de sus pasiones. Esto digo á las puras vírgenes, que en la Eucaristía

encontrarán el pan de los fuertes, para mostrarse invencibles á la carne. Esto digo á los verdaderos fieles, que en el Sacramento hallarán agua para templar su sed, y maná para saciar su hambre, en el desierto de la vida humana. Esto digo á los atribulados, que en su honda pena sacarán de la Eucaristía consuelos para sus corazones. Esto digo á los jóvenes, que, frecuentando el Sacramento, recibirán aumento de vida espiritual, al tiempo mismo que en vida corporal crecen. Esto digo á los ancianos, que, viendo irse estinguiendo gota á gota la luz de su vida, en la Eucaristía encenderán la lámpara de su fe para penetrar por las oscuras puertas de la eternidad. Esto digo á los moribundos, que, hallándose próximos á su corporal disolucion, encontrarán en la Eucaristía la renovacion de una existencia que ya no tendrá límites ni quebrantos. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna. *Nolite timere*. No temais.

Está visto, pues, que la paz que nos da Jesucristo por medio de la Eucaristía nadie puede quitárnosla. *Pax vobis: ego sum, nolite timere*. Porque es paz fundada en la alianza é identificacion que Jesus Sacramentado hace con nosotros; *pax vobis*. Porque es el mismo Dios el que se nos da en esta alianza; *ego sum*. Y porque lo que Dios nos da, del modo que se nos da en el Sacramento, nadie puede arrebatarárnoslo: *nolite timere*.

Nadie puede, es verdad; pero ¿cuántos cristianos no quieren recibir esta paz? ¿Cuántos la rechazan? *Palpate et videte*. Gustadla, y probareis sus consuelos. Desde la Eucaristía os muestra Jesucristo sus pies y sus manos: besadlos y bendecidlos. *Palpate et videte*. Gustad los fragmentos de ese pez que ha salido del Océano de su gloria, para que le asen y quemen sobre una Cruz, y esa miel, cuya dulzura alimenta tanto las almas, y vereis cuán profunda paz disfrutan vuestros corazones. *Palpate et videte*. Si adoramos en la Eucaristía, el cielo recibe nuestros home-

najes: si pedimos, suben hasta el trono de Dios nuestras oraciones: si damos gracias, somos oídos; y si nos arrepentimos, obtenemos el perdón y la misericordia.

Cuidad de que ese divino Lot no salga de nuestras ciudades, porque serian destruidas como Sodoma, á causa de nuestros pecados. Secundad las intenciones de esta religiosísima archicofradía, apoyad sus esfuerzos, ayudadla con vuestras limosnas, á fin de que, teniendo complacido á Jesus Sacramentado en virtud de tantos obsequios y tan solemne culto, no abandone nunca al católico pueblo español, y nos dé la paz en la tierra y la paz eterna en el cielo. Amen.

SERMON

sobre el mismo evangelio.

*Accipite Spiritum Sanctum.
Quorum remiseritis peccata remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.*

(Joan., 20, 22.)

Recibid el Espíritu-Santo. Los pecados que perdoneis, serán perdonados, y los que retengais, serán retenidos.

ESTAS palabras contienen la divina institucion del sacramento de la penitencia, segunda tabla donde se salva el pecador cuando, despues de haber recibido el bautismo, se ve anegado otra vez en las olas de la culpa. El Salvador confiere á sus apóstoles, á los sucesores de estos y á los sacerdotes la efectiva potestad de perdonar los pecados, y la de retenerlos. Para esto los reviste de un poder y los eleva á una categoría que podríamos llamar casi divina, pues les dice: «Como el Padre me ha enviado, os envío yo: una misma es nuestra mision: recibid el Espíritu-Santo. A aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados; y á aquellos á quienes se los retuviéreis, les serán retenidos.» *Accipite Spiritum Sanctum,*

Este sacramento, tan útil para los fieles, tan necesario para el pecador y tan provechoso para la misma sociedad, ha sido y es combatido, no diré solamente por la impiedad, sino por el orgullo humano, que se resiste, que se niega á reconocer y confesar sus faltas ante el ministro de Dios, en el inviolable secreto de un tribunal misericordioso y divino. Si el orgullo humano ha tenido y tiene una parte muy principal en el nacimiento de las herejías y de los errores, tiénela muy grande y casi única en los tiros que se dirigen al santo sacramento de la penitencia, donde presume ha de encontrar su confusion, cuando no deberia considerarle mas que como el remedio de nuestros males.

Muchos y muy diferentes errores se han propalado acerca del sacramento de la penitencia, negando unos su divina institucion, disputando otros al sacerdote su sublime potestad, ó reduciéndola algunos á una potestad puramente declaratoria, y no eficaz ó efectiva. En el curso de mi oracion procuraré desvanecer tales errores, al mismo tiempo que pruebo que

El sacramento de la penitencia es el medio ordinario que ha dejado Jesucristo en la Iglesia para que el pecador consiga el perdon ó la remision de sus culpas.

Ave María.

En el sacramento de la penitencia brilla de un modo portentoso el infinito poder de Dios. ¿Quién es este que perdona tambien los pecados? se preguntaban á sí mismos los judíos con relacion al Salvador. Es decir, que en la institucion del sacramento de la penitencia no hay cosa alguna que repugne al poder de Dios, ni á su bondad, ni á

su sabiduría ni á su naturaleza; sino antes bien, todo es en este sacramento tan conforme á la idea que tenemos de Dios bajo el triple aspecto de Criador, de Padre y de Juez, que lo admirable seria no hubiese en la Iglesia un conducto ó un medio por donde se nos aplicase á cada hombre en particular, segun sus necesidades morales, el mérito de la sangre del Redentor.

Por eso Jesucristo, antes de conferir á sus apóstoles la potestad de absolver ó de retener los pecados, les dijo que los enviaba como su Padre le habia enviado á él. *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. Ahora bien: la mision del Hijo de Dios en el mundo brilló por la manifestacion de los dos atributos que espresan ó comprenden casi ellos solos la naturaleza divina: el infinito poder y la infinita bondad. Luego al enviar Jesucristo á sus discípulos al mundo, como su Padre le habia enviado á él, quiere decirles que continúen esa obra donde tanto brillan el infinito poder y la infinita bondad divinas, como sucede efectivamente en el sacramento de la penitencia. ¿Tiene Dios el derecho de someternos á un tribunal donde nuestras culpas sean conocidas y juzgadas? ¿Tiene Dios un indisputable poder para perdonar nuestras culpas y conferir á sus ministros la potestad de perdonarlas en su nombre? Negar cualquiera de estas tres cosas seria negar á Dios, desconocer su poder y hacer injuria á su bondad.

No hay razon ni motivo alguno para que el hombre oponga resistencia á un sacramento instituido no mas que para su salud. Que Jesucristo le ha instituido, no puede nadie desconocerlo; porque en el hecho de conferir á sus apóstoles la potestad ó el derecho de perdonar ó de retener las culpas de los fieles, impóneles á estos el deber de sujetarlas al tribunal constituido. Habria sido una cosa ridicula crear un tribunal é instituir jueces por autoridad divina para conocer en causas que los fieles no estuviesen obligados á llevar al dicho tribunal y ante tales jueces. Dios no

obra de un modo irreflexivo ó ridículo. Todas las cosas las ordena con sabiduría ; y cuando instituye tribunal y jueces es porque declara hay reos que han de llevar allí, digámoslo así, su proceso. ¿A qué vendría el conferir á sus apóstoles la alta potestad de perdonar ó no perdonar los pecados, elevándolos y elevándonos con esto á una categoría casi divina, si no habia pecados que someter á su jurisdiccion, ó si por cualquiera otro medio podian ser borradas sus culpas? En lo primero, en lo principal, en lo esencial de la mision de los apóstoles, que es el aplicar á los fieles el mérito de la sangre de Jesucristo, perdonando ó reteniendo por su virtud los pecados, ¿habia de ser ilusoria esa mision ó esa potestad? Pues ilusoria seria, en efecto, en el caso de que ante el tribunal de la penitencia, instituido por Cristo, no estuviesen obligados los fieles á llevar y confesar con dolor sus pecados.

Una parte de este sacramento, instituido por Jesucristo, es la confesion de las culpas, hecha por el mismo pecador, al ministro de Dios. Contra esta confesion que llamamos auricular, porque se hace al oido del sacerdote, claman los soberbios ó los impíos, pareciéndoles que es exigirles demasiado el que confiesen por sí mismos sus propias culpas al ministro del Altísimo.

Ante todas cosas, al instituir Jesucristo el sacramento de la penitencia, como un tribunal donde podamos ser ó no ser absueltos de nuestras culpas, no ha pretendido instituir un tribunal despótico, donde, segun el capricho del juez, sea ó no sea condenado el reo ; ó donde, sin el debido conocimiento de la causa, emita su terrible fallo el juez que tiene que dar la sentencia. En el secreto tribunal de la penitencia, como que nadie media ó interviene sino el sacerdote y el pecador, este tiene que ser acusador y testigo al mismo tiempo que es reo ; y hé aquí la necesidad de su confesion, ó de que él mismo declare al sacerdote, que es el juez, sus pe-

cados y todas las circunstancias que los acompañan. En otro caso, el juez decidiria en una causa que no conoce; absolveria debiendo quizá condenar, ó condenaria debiendo acaso absolver. Por otra parte, el sacerdote, al mismo tiempo que es juez, es tambien médico y doctor como ministro del sacramento de la penitencia; y ni como médico puede calcular la intensidad del mal ni aplicarle remedio, si no le conoce por confesion del paciente; ni como doctor puede ilustrar al ignorante ó al corrompido, si no conoce sus errores. Exigir, pues, que Dios, por el ministerio del sacerdote, ha de perdonar las culpas al pecador sin que este las declare tales como son y como las tiene en su conciencia, es pedirle que destruya su propia obra, que haga inútil el ministerio sacerdotal, y que toda la economía ó divina organizacion de su Iglesia quede reducida á la nada.

Hay ademas otra consideracion que hace ver la necesidad de que en el tribunal de la penitencia descubra el mismo pecador todas sus culpas. Todo pecado es por lo general un acto de soberbia ó de rebelion de la criatura contra el Criador; lo cual hace necesaria la humildad en el delincuente que aspire á obtener la gracia. Pues bien: la humildad demuéstrela el pecador, no en confesar vagamente que es culpable, que es miserable, que es criminal, sino en descubrir cada uno de sus pecados, en que no puede menos de encontrar vergüenza y confusion. Reputarse y confesarse pecadores, á pocos ó á nadie cuesta trabajo, por la general conviccion en que estamos de que no somos mas que hijos descendientes de un padre culpable y concebidos en pecado; pero en lo que encuentra repugnancia la soberbia humana es en revelar minuciosamente al confesor una conciencia que no recuerda mas que culpas. Y precisamente por esta repugnancia de la soberbia humana es por lo que tiene tanto mérito la humildad; y toda vez que el pecador pide le sea aplicado el mayor mérito de la sangre del

Redentor, que es la gracia de la remision de sus culpas, justo es que él ponga por su parte la mayor humildad, que es la confesion de todas ellas. El enfermo que no revela todas sus dolencias y el origen de donde procedan, no manifiesta querer ser curado de ellas; y en tal caso, ó no hay sinceridad en el dolor, ó no hay humildad en el ánimo. El defecto de cualquiera de estas dos cosas, es incompatible con la gracia que se quiere conseguir.

Al exigirnos Jesucristo que hagamos nosotros mismos la humilde confesion de nuestras culpas para ser absueltos de ellas, no nos pide nada que no esté conforme con la naturaleza del dolor, si es verdadero, y con los preceptos ó usos establecidos. Cuando el hombre se ve abrumado con alguna gran culpa, siéntese como naturalmente impelido á revelar á un amigo su crimen, pareciéndole que con esto aleja de su corazon ó hace mas llevadero el peso que le oprime. Sea para pedir luces ó consejos, sea para que sientan con él, es lo cierto que el culpable desea encontrar un pecho fiel donde depositar sus dolores y sus crímenes. Espera siempre encontrar compasion en aquel que le oye con paciencia; y nos sentimos, en efecto, como inclinados á perdonar al que vemos se humilla confesando sus faltas.

La confesion es tan antigua como el pecado. Adan y Eva confesaron á Dios su culpa. Faraon la confesó á Moisés y á Aaron; Acan á Josué; los israelitas á Moisés; Moisés á Dios en nombre del pueblo; David á Natan; Saul á Samuel; el hijo pródigo á su padre; Zaqueo á Jesucristo; el buen ladron al Salvador, y muchos habitantes de Efeso á San Pablo. La teoría de la confesion que debe de hacerse por el mismo pecador, se halla perfectamente establecida en el sagrado libro del Levítico (1), no como un rito puramente interno, sino tomando una forma exterior, como

(1) Levit, 16, 21.

se ve en el sacrificio espiatorio (1). Además de la confesion comun que, en nombre del pueblo, hacia el gran sacerdote en la fiesta de las espiaciones, estaban tambien prescritas las confesiones individuales, segun se ve en el rito de los sacrificios que cada hombre culpable debia hacer se ofreciesen en espiacion de sus propias faltas (2). Para encontrar el origen de la confesion que de sus propias culpas debe de hacer el pecador, es preciso subir hasta la caida del primer hombre. «Entonces el arrepentimiento, dice un acérrimo enemigo del cristianismo, ocupó el lugar de la inocencia; y este arrepentimiento, añade, no se manifiesta mas que por la confesion que se hace del delito (3).» Si me detuviese á estudiar ahora las costumbres, los ritos ó ceremonias de los paganos, os haria ver que aun entre estos era reconocida la necesidad de confesar, bajo una ú otra forma, los pecados para obtener de los dioses el perdon de ellos.

Así que, al imponer Jesucristo á sus discípulos y á los fieles el precepto de la confesion, no estableció una ley nueva, sino que confirmó y perfeccionó la que ya existia. Por eso no causó sorpresa alguna ni escitó oposicion entre los judíos ni entre los gentiles el precepto de la confesion, á que estaban ya acostumbrados, y cuya necesidad les venia revelando una tradicion universal y constante.

Algunos enemigos del sacramento de la penitencia, y especialmente de la parte de este sacramento llamada Confesion, han querido sostener que esta tiene por autor al Papa Inocencio III en el cuarto concilio de Letran, y no á Jesucristo: suposicion absurda, que tiende manifiestamente á arrebatár á la confesion el carácter que la da su institucion divina. Todos los padres, desde San Bernardo hasta San Clemente, anteriores todos al citado Papa y al men-

(1) Levit., 4, 5, 6, 16. Númer., 5. (2) Levit., 4, 5, 6. Númer., 5.

(3) Voltaire, tomo 49, pág. 414.

cionado concilio, hablan de la confesion como de un precepto de Jesucristo, sin cuya observancia no se obtiene la venia de nuestras culpas.

«¿De qué sirve, pregunta San Bernardo, revelar una parte de sus pecados y reservar la otra? Estando todo descubierto á los ojos de Dios, ¿cómo te atreves á ocultar cualquiera de tus faltas al que ocupa el lugar de Dios en este sacramento (1)?» «Descubrid fielmente al sacerdote, dice San Anselmo, por medio de una humilde confesion, todas las manchas de vuestra interior lepra, y sereis purificados (2).» «Sacad, dice San Gregorio Magno, vuestros pecados del abismo por medio de la confesion, y sereis desatados por el ministerio de los sacerdotes (3).» «Nadie diga, esclama San Agustin; nadie diga: Yo hago penitencia en secreto á los ojos de Dios, y esto es bastante. Nadie lo diga, porque, en tal caso, en vano habria dicho Jesucristo á sus apóstoles que lo que desataren será desatado, y atado lo que ataren. No basta confesarse á Dios, sino que es necesario confesarse ante aquellos ó con aquellos que de Dios han recibido la potestad de atar y de desatar (4).»

El que no descubre su mal, dice San Gerónimo, no puede ser curado. A los Obispos y sacerdotes está cometido el ministerio del sacramento de la penitencia. Ellos tienen las llaves del reino de los cielos, y juzgan, en cierta manera, antes del juicio; porque á ellos dijo Jesucristo: Lo que atáis en la tierra, será atado en el cielo, y lo que desatáis, será desatado (5). El medio, dice San Juan Crisóstomo, de calmar esa llaga que consume, y de imponer silencio á ese verdugo interior que noche y dia os castiga, es hacer una confesion humilde en el seno de un hombre que os facilitará el remedio, y revelarle á él solo

(1) Opúsculo sobre los siete grados de la confesion.

(2) Obras de San Anselmo, pág. 176, edicion de Colonia.

(3) Hom., 26. (4) Serm. II, in Psalm. (5) Tom., 4, pág. 75.

el secreto. Mostrad vuestra llaga al médico espiritual, y os facilitará medios para curarla. Confesar los pecados es borrarlos (1). Descubrid, dice San Gregorio Niseno; descubrid sin temor á vuestro padre espiritual todo lo mas oculto que haya en vuestra conciencia, y mostradle vuestro corazon como mostraríais á un médico vuestras mas reservadas enfermedades (2). La confesion, dice San Gregorio Nacianceno, y la huida del pecado son escelentes remedios contra el vicio; y una de las grandes gracias que debemos pedir á Dios es la de corregirnos por el rigor de la confesion (3).

Confesad los pecados, dice San Cirilo de Jerusalem, que hayais cometido, sea por palabra, sea por obra; ora en la luz, ora en las tinieblas (4). Os avergonzais, dice San Efrem, de confesar vuestras culpas: avergonzaos mas bien de haberlas cometido (5). Es indispensable, dice San Basilio, descubrir los pecados á aquellos que están encargados de dispensar los misterios de Dios (6). El Señor, dice Lactancio, que, por su eterna bondad, se siente como obligado á tomarse un cuidado particular por nuestra verdadera vida y por nuestra salvacion, nos ha propuesto la penitencia como una especie de circuncision espiritual, á fin de que, descubriendo nuestro corazon, es decir, confesando nuestros pecados para satisfacer á Dios, obtengamos el perdón que rehusa á los que se obstinan en el mal y ocultan el que han cometido (7). Al modo que aquellos, dice Orígenes, que se sienten molestados por la abundancia de humores experimentan alivio cuando está limpio su estómago, así los que confiesan su iniquidad cortan de raiz la causa

(1) Tom., 4, pág. 175, edicion de los benedict.

(2) Homil. advers. ex qui alios severiùs judicant.

(3) Orat., 15. (4) 1.^a Catech. (5) Bibliot. Patr. por Guillou., tomo 8.

(6) Tom., 4, 167 apud Libermann. (7) Divin. Instit., cap. 30.

de su mal (1). ¿Os es acaso mas ventajoso, pregunta Orígenes, el que os condeneis ocultando vuestros pecados, que el salvaros declarándolos al sacerdote, á quien se ha concedido el poder de absolveros (2)? Por último, San Clemente de Roma, escritor del primer siglo, habla así: «Cualquiera que sea solícito del bien de su alma, no se avergüence de confesar los pecados á aquel que preside, á fin de que sea curado por la palabra de Dios y por saludables consejos (3).»

Todos estos testimonios, que son anteriores al Papa Inocencio III y al cuarto concilio de Letran, celebrado á principios del siglo XIII, prueban hasta la evidencia que el precepto de la confesion es de institucion divina, y que no debe su origen al Papa Inocencio III ni al concilio de Letran, como pretende la impiedad para apartar á los fieles del sacramento de la penitencia.

Cuando se trata de un yugo tan pesado y humillante para el orgullo humano como es la confesion, ¿se concibe que, no siendo de institucion divina, fuese admitida general y unánimemente como lo ha sido por toda la cristiandad? Los griegos y los latinos, separados ó enemigos entre sí desde tan antiguo, ¿se habrian convenido para inventarla? Y si la confesion fue impuesta por los latinos, ¿cómo no claman contra ella los griegos? Y si fue por los griegos inventada, ¿cómo no claman contra ella los latinos? Al contrario: lo que vemos es á ambas Iglesias profesando y sosteniendo el dogma de la confesion: lo cual no se verificaria si no fuese de institucion divina. Al concilio de Letran asistieron, por sí ó por delegados, todos los patriarcas de la Iglesia de Oriente: lo que en aquel concilio se decidió fue inmediatamente escrito ó traducido en griego; y los griegos, que acusan á los latinos aun por las mas pe-

(1) Homil. 2, in Ps. 37. (2) De pœnit., cap. 9 y 10.

(3) Epíst. á Santiago.

queñas innovaciones en punto á la disciplina, guardan el mas profundo silencio respecto de la confesion, que los impíos suponen impuesta á los fieles en el concilio de Letran. ¿Podemos imaginar que sobre una institucion humana tan gravosa como lo es la confesion para la soberbia, callase, no solo la Iglesia griega, sino otras muchas sectas orientales, que desde los primeros siglos del cristianismo están separadas de la Iglesia romana ó latina? Convengamos, pues, en que el precepto de la confesion no ha podido ser impuesto por los hombres, sino que es ley de la naturaleza degradada, ley confirmada y perfeccionada por Jesucristo. El precepto eclesiástico que ordena la confesion sacramental, no debe ser considerado mas que como una determinacion ó ejecucion del precepto divino.

¿Y no hay otro medio para que el pecador consiga el perdon de sus culpas? No; no le hay en el órden ordinario. Porque si le hubiese, á él mas bien que á la confesion recurririan ó podrian recurrir los fieles; y en este caso seria ilusoria la potestad concedida por Jesucristo á los sacerdotes para retener ó no retener los pecados al culpable. Aquella potestad de que pueden evadirse los fieles es una potestad ilusoria, y Jesucristo no hace las cosas en vano ni de un modo imperfecto como los hombres. A esa potestad absoluta ó incondicional corresponde un deber absoluto en los fieles, de someter sus culpas á la jurisdiccion del sacerdote, para que sean perdonadas.

Si tratase ahora de enumerar las ventajas que del precepto de la confesion resultan para la sociedad, me seria preciso emplear mucho tiempo para hacerlo. Este precepto es el mejor elemento de progreso para el género humano. Los paises ó los pueblos donde sus habitantes no se confiesan, ó se confiesan mal, se señalan por el número de crímenes que en ellos se cometen; así como los pueblos donde sus habitantes frecuentan el sacramento de la penitencia se distinguen por la pureza de sus costumbres y el

odio á los crímenes. La confesion, humillando la soberbia del corazon, estirpa de él las aviesas pasiones, sujeta en su origen los vicios, ahoga los ímpetus de la ira y la venganza, desenvuelve y fomenta las virtudes, y, perfeccionando al hombre en su parte moral, le civiliza y le hace útil á la sociedad en que vive.

Se desbordaron de tal manera las pasiones y los vicios luego que los herejes protestantes abolieron la confesion auricular, que el mismo Lutero llegó á decir preferiria mil veces la que él llamaba tiranía del Papa, que abolir la confesion. Los luteranos de Nuremberg se llenaron de tanto espanto al ver los crímenes que siguieron inmediatamente á la abolicion de la confesion auricular, que enviaron á Carlos V un mensaje suplicándole restableciese entre ellos, por medio de un edicto, el uso de la confesion; y los ministros de Strasburgo dirigieron la misma peticion al magistrado.

No quisiera pronunciar desde este sagrado sitio algunos nombres muy funestos para la religion; pero toda vez que de eso resulta cierta ventaja, digámoslo así, para sus sagrados dogmas, me parece conveniente, en tiempos como estos, no omitir sus testimonios. «Los enemigos de la Iglesia romana, dice Voltaire, que se han sublevado contra una práctica tan necesaria como la confesion, han roto el mas grande freno que puede ponerse á los crímenes secretos de los hombres (1).» «Inspirar el horror ó el arrepentimiento del crimen; dar un freno para la maldad y un apoyo para la inocencia; reparar las pérdidas ó daños que ha causado el usurpador; fortalecer los vínculos de caridad; sostener el amor de la concordia, de la subordinacion, de la justicia y de todas las virtudes; arrancar del corazon el hábito de los desórdenes, de la desunion, de la rebellion y de todos los vicios; ser para el bien de los hom-

(1) Anales del Imperio.

bres el juez de las conciencias y el censor de las pasiones: hé aquí lo que hace del ministerio del confesor uno de los oficios ó cargos mas propios para mantener las costumbres, y, por lo mismo, mas conformes al interes público (1).» Estas palabras son de Ceruti, ardiente amigo de Mirabeau.

No son solamente confesiones especulativas las que han hecho algunos filósofos respecto del importante punto que vengo tratando, sino que muchos de ellos se confesaron ó quisieron confesarse á la hora de su muerte.

Al verse el tristemente famoso La Mettrie próximo á morir, hizo una detestacion de la absurda filosofía que le habia arrastrado á cometer tan monstruosos escesos, condenó todos sus errores, hizo fuese un sacerdote para que le oyese en confesion, y dió pruebas inequívocas de verdadero arrepentimiento. Du Marsais, cuyo odio á la religion fue muy grande, recibió los últimos sacramentos, y ante el sacerdote que se los administró hizo un discurso en que manifestó lo vivo de su fe y la amargura de su arrepentimiento. El materialista Maupertuis murió entre dos religiosos que hizo llamar á su lado en los últimos momentos. Fontenelle, uno de los fundadores de la escuela filosófica, sintiéndose gravemente enfermo, pidió los Santos Sacramentos y los recibió con pleno conocimiento de lo que hacia. El incrédulo marques de Argens, al verse en peligro de morir, se confesó con humildes disposiciones, suplicando al sacerdote asistente le inspirase ó sugiriese algunas oraciones para el trance terrible de pasar desde el tiempo á la eternidad. Bouguer, profundo geómetra, de quien se dijo, al saberse su muerte, que la Academia de Francia acababa de perder la mejor cabeza, al fin de su vida pidió confesarse; y antes de hacerlo declaró públicamente que no habia sido incrédulo sino porque habia

(1) Diccionario anti-filosófico de Nonotte.

sido corrompido. El impío D'Alembert mostró antes de morir deseos de confesarse y de reconciliarse con Dios; pero su amigo Condorcet no permitió al cura de San Ger-
man que se acercase á su lecho. Al cura de San Sulpicio no se le permitió tampoco la entrada en la habitacion de Voltaire, que murió en una desesperacion horrible.

Aun podria citar otros hechos semejantes á estos; pero bastan los presentados para probar que en los momentos en que las pasiones están ya como muertas, todos, aun los que fueron los mayores enemigos de la Iglesia y del dogma de la confesion, recurrieron á este sacramento para devolver la paz á su conciencia y concluir sus dias en amistad con Dios, á cuya obra hicieron la guerra.

Hay ademas, en el sacramento de la penitencia, la ventaja de la facilidad con que podemos recibirle. Cuando Naaman Siro recurrió al profeta Eliseo suplicándole que le curase la lepra, se dió por ofendido porque el profeta le mandó se lavase siete veces en el Jordan, asegurándole que seria curado. «Yo esperaba, dijo el general de los ejércitos de Siria; yo esperaba que pusiese sobre mí su mano, é invocando el nombre de Dios, me librase de la lepra; y no solo no lo hace, sino que, como si no hubiese en Damasco mejores rios que en Israel, manda que me lave siete veces en el Jordan.» Viendo así irritado á Naaman sus criados, le dijeron: «Pero, señor, no os debeis por esto ofender. Si el profeta os hubiese exigido hiciéseis una cosa difícil, podríais hablar así; pero habiéndoois dicho que os laveis, lavaos y os quedareis limpio.» Lavose, en efecto, Naaman, como se lo habia ordenado el profeta, y se vió al instante limpio de su lepra (1).

Otro tanto, amados míos, os digo yo á vosotros. Si para obtener la remision de vuestras culpas se os prescribiese hacer largas peregrinaciones, ó practicar obras

(1) 4., Reg., 5.

difíciles ó costosas, aparecerian menos insensatas las escusas que alegáseis para permanecer en el cieno de vuestros pecados; mas tratándose de un medio tan fácil y sencillo, vuestro retraimiento del tribunal de la penitencia, ó significa impiedad, ó mucha corrupcion.

Pero ¿no es duro, me direis, ir á revelar á un hombre hasta nuestras mas secretas acciones y pensamientos? No, hermanos míos; no debe serlo. El confesor, en el tribunal de la penitencia, es el ministro de Dios, que os ama como padre, que os cura como médico, que os aconseja como abogado, que os instruye como maestro. No está allí el hombre, sino el ministro de Jesucristo, con su corazon lleno de amor y sus manos llenas de misericordia. No es fácil podais imaginaros los sacrificios que haria el confesor por las almas que se acercan á pedirle la absolucion de sus culpas. Ya mira como suyas, para entregárselas á Dios, aquellas ovejas que vienen á oír la voz del pastor que ha de traerlas al redil de Jesucristo. Mas alegría que experimentaria por la conquista del universo, siente su corazon ganando una alma para Dios. Unicamente se duele y acongoja el confesor cuando no ve al penitente con las disposiciones que son necesarias para recibir el Sacramento. Entonces son sus dolores, sus amarguras, sus angustias.

Estas disposiciones son, como sabeis, el dolor de haber ofendido á Dios; dolor que debe de ser sincero, eficaz, universal: confesion humilde de todas las culpas como son y como están en la conciencia, despues de haberla examinado detenida y escrupulosamente, con arreglo á nuestras obligaciones generales y á las particulares de nuestro respectivo estado: propósito firme de la enmienda, huyendo de todas las ocasiones de pecado; y la intencion de cumplir la satisfaccion ó penitencia que el confesor os imponga.

Solo así cogereis el fruto del sacramento de la penitencia: sacramento que, como habeis oído, es el único medio

ordinario que hay en la Iglesia de Dios para alcanzar el perdón de nuestras culpas. Sacramento instituido por Jesucristo al dar á sus apóstoles la potestad de atar y de desatar los pecados. Sacramento de uso perpetuo en la Iglesia y de grande provecho para la sociedad. Sacramento que han recibido ó han querido recibir en la hora de la muerte aun los impíos que fueran antes enemigos de la religion. Sacramento, en fin, que á los pecadores nos abre las puertas de la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

sobre el mismo evangelio.

Amen, dico vobis: quaecumque alligaveritis super terram, erunt ligata et in cælis; et quaecumque solveritis super terram, erunt soluta et in cælo. (Matt., 16.)

Lo que atáis en la tierra, será atado en el cielo; y lo que desatáis, será desatado.

ESTAS palabras de Jesucristo espresan *la potestad* que la Iglesia llama *de las llaves*, concedida por el Salvador á los apóstoles y á sus sucesores, para que pudiesen abrir ó cerrar á los hombres las puertas del cielo, absolviéndolos de sus culpas ó reteniéndolas: palabras que, si bien pueden llenarnos de terror cuando pecamos, nos sirven de gran consuelo cuando queremos dejar ya de pecar.

El uso ó ejercicio de esta potestad de las llaves no está limitado á la administracion del sacramento de la penitencia, sino que, aun fuera de él, pero contando con él, se estiende á remover los obstáculos que puedan impedirnos la entrada en el cielo, así como se estiende á crearlos para provecho nuestro y mayor honra de Dios. La Iglesia, pues, tiene potestad divina para imponernos penas satisfac-

torias y para aliviarnos de ellas , como enseña el santo concilio de Trento (1). Decreta como juez, y dispensa ó mitiga como juez y como madre.

Trato, con este motivo, de llamar hoy vuestra atencion hácia un punto del mas grande interes y de no pequeña importancia en las controversias católicas. Los protestantes, y antes de ellos algunos otros herejes, han combatido el uso de las *indulgencias* que la Iglesia hace con tan plausibles motivos y con tan altos fines. Desfigurando el significado que da la Iglesia católica á esa palabra, han logrado por desgracia introducir la confusion en la mente de muchos; y rebajando los motivos, han querido reducir á una especulacion mercantil el ejercicio de una potestad tan consoladora para los fieles.

Como tiene con esta importantísima materia tanta relacion la bula que en España llamamos de la *Santa Cruzada*, me propongo instruiros hoy: primero, sobre la inapreciable ventaja de las indulgencias; y segundo, sobre el inestimable don de nuestra bula de la Cruzada.

En la primera proposicion haré ver que *el uso de las indulgencias es provechosísimo para los fieles*; y en la segunda, que *la bula de la Santa Cruzada es un inapreciable don que la Santa Sede concede á la piedad de los españoles*.

(1) Ses. 14, can. 15.

Ave María.

PRIMERA PROPOSICION.

Todos los tiros que han dirigido á las indulgencias los diferentes enemigos de estas se reducen á decir: *primero*, que las indulgencias son injuriosas á la virtud ó eficacia de la Cruz de Cristo, en que hay bastante mérito para purificarnos enteramente de nuestras culpas: *segundo*, que las indulgencias fomentan la inmoralidad, por la facilidad con que se conceden y con que se ganan; y, *tercero*, que las indulgencias se han instituido por los Papas para llenar de dinero las arcas de la Iglesia. Voy á desvanecer estas tres acusaciones y á probaros la grandísima utilidad que de la concesion de las indulgencias nos resulta.

¿Qué son las indulgencias? No son mas, segun la doctrina católica, que la remision parcial ó total de la pena temporal debida á nuestros pecados, despues de haber sido estos perdonados en cuanto á la culpa y á la pena eterna: pena temporal, digo, que, en esta vida ó en la otra, hay que pagarla y espiarla antes de entrar en el reino de los cielos.

Esta definicion supone una verdad, que es verdad de fe; á saber: que al perdonarnos el Señor el pecado, no perdona siempre toda la pena que por él merecemos, segun lo tiene definido el santo concilio de Trento. *Si quis dixerit, totam pœnam simul cum culpa remitti semper á Deo... anatema sit* (1). Si alguno dijese, enseña el santo concilio, que Dios perdona siempre toda la pena al mismo tiempo que la culpa, sea anatematizado. Por el Papa Leon X

(1) Ses. 14, can. 12.

está condenada la proposicion en que Lutero afirmaba no valian las indulgencias para la remision de la pena debida por los pecados actuales á la divina justicia, y el Papa Pio VI ha condenado en la bula dogmática *Auctorem fidei* la proposicion que supone no sirven las indulgencias mas que para la mera remision de la antigua pena canónica.

Quédale al pecador, ¡oh hermanos míos! las mas veces una pena temporal que espiar despues de haberle sido perdonadas sus culpas y la pena eterna. David oyó de boca del profeta Nathan que su culpa estaba perdonada, y no obstante sufrió la pena de verse privado del hijo que era fruto de su delito. Cuando despues hizo fuese contado el pueblo de Israel, esta falta fue castigada con una severidad que se estendió á toda la nacion. Moisés y Aaron se habian hecho culpables por una ligera infidelidad á las órdenes de Dios; y si bien el Señor les perdona esta falta, los castiga privándoles de entrar en la tierra de promision, objeto de todos sus suspiros. En el Antiguo Testamento abundan hechos de esta naturaleza, con que se prueba que Dios, despues del perdon que concede á sus siervos, rara vez ó nunca deja de imponer una pena temporal y espiatoria, aun cuando fuesen sus fieles y predilectos amigos. Por eso eran entonces tan frecuentes las demostraciones públicas de dolor y de arrepentimiento, aun despues de haber sido alcanzado el perdon de las ofensas.

Quédase el hombre, dice San Agustin, obligado á la mortificacion y á sufrir los trabajos, aun despues de haberle sido perdonadas sus culpas... pues podria tenerse por leve la culpa si con ella se terminase la pena (1). Todos los santos padres enseñan unánimemente esta doctrina, aun segun confesion del mismo Calvino, el cual supone

(1) Tract. 124, in Joan, n. 5.

impía é irreverentemente que se equivocaron en ella , ó que incurrieron en un extremo de rigor y dureza (1).

Esta es ademas una doctrina que podemos decir la llevamos todos en la conciencia y en el corazon: es como un sentimiento natural y como un instinto , no solo del hombre cristiano , sino de la humana naturaleza. *Merito hæc patimur* : con justa causa, decimos como los hermanos de Josef cuando nos sobreviene una desgracia ; con justa causa padecemos por nuestros pecados los males que nos afligen. Si la peste , si el hambre , si la guerra , si la enfermedad , si la pobreza , si las tribulaciones nos cercan, solemos recibirlas como castigo de nuestras culpas , aun en los momentos en que nuestra conciencia no nos acusa de estar actualmente en pecado. El ayuno, el cilicio, la mortificacion, la penitencia, obras ó penas satisfactorias que el Evangelio recomienda , y que los mas grandes santos se impusieron á sí mismos para consumir en su carne, como dice San Pablo (2) , lo que falta á los padecimientos de Jesucristo por su cuerpo, que es la Iglesia , ¿qué significa todo esto sino que al hombre aun le queda mucho que hacer para ponerse en posesion de los tesoros de su Redentor , y que sus propios padecimientos son el medio de lograrlo?

Sí, señores: Dios, despues de la remision del pecado, se reserva el derecho de imponer al pecador un castigo temporal. Esta es la verdad de fe , sobre que descansa la doctrina católica acerca de las indulgencias. Segun esta doctrina, las indulgencias no son mas que la remision de toda ó de parte de esa pena ó satisfaccion temporal que debemos á Dios por los pecados cometidos y perdonados.

No se hace, pues, injuria al infinito mérito de la sangre del Redentor con las indulgencias; antes bien, teniendo estas por principal fundamento aquel mérito, y recono-

(1) Instit., lib. 3, cap. 4. (2) Ad Colos., 1, 24.

ciendo que en su virtud , y no en virtud de otra cosa, nos son perdonadas en el sacramento de la penitencia la culpa y la pena eterna , sin cuya previa remision no podemos ganar la indulgencia , esta, en vez de hacer injuria á la virtud del sacrificio del Hombre-Dios, le supone y realza. ¿De dónde, sino del infinito mérito de Jesucristo y del superabundante de los Santos, saca la Iglesia el tesoro de sus indulgencias?

Tiene la Iglesia, en verdad , este tesoro , pues siendo infinitos los méritos ó las obras satisfactorias de Jesucristo, superabundantísimos los de su Santa Madre , y superabundantes los de los justos que están ya en el cielo y los de muchos que aun viven en la tierra, estas obras constituyen un rico tesoro con que pagar en todo ó en parte nuestras deudas de pena temporal á causa del pecado. De este tesoro disponen, segun sus respectivas atribuciones, el soberano Pontífice y los Sres. Obispos para utilidad general de los fieles , como de él dispuso, al dispensar ó abreviar en nombre, ó por autoridad , ó por el mérito de Cristo, *in persona Christi*, el apóstol San Pablo, el tiempo de penitencia que le habia sido impuesta al incestuoso pecador de Corinto.

Déjase ver la divina justicia en que, remitida la culpa, aun tengamos que sufrir penas que no pueden espiarse mas que con grandes trabajos; y como para esto son pocas nuestras fuerzas, brilla la divina misericordia en que se nos conceda pagar nuestras deudas con las satisfacciones de otros. Por mas de diez siglos estuvo en uso en la Iglesia el que los Obispos absolviesen el Juéves Santo de toda pena ulterior á los fieles que habian sido absueltos al principio de la Cuaresma. Por las súplicas de los mártires rebajaban tambien los antiguos Obispos toda ó parte de la pena ó satisfaccion impuesta á los que caian en la idolatría, y á otros públicos pecadores. Tertuliano y San Cipriano hablan claramente de esta relajacion ó remision.

Paso ahora á desvanecer el error ó la ignorancia de aquellos que suponen se promueve la inmoralidad con la concesion de las indulgencias.

Si la Iglesia enseñase que con las indulgencias se alcanza la remision ó el perdon de los pecados, podria tener algun fundamento semejante suposicion.

Pero la Iglesia no dice eso, ni lo ha dicho nunca , ni lo dirá jamás. Las indulgencias no son mas que la remision de la pena temporal, en todo ó en parte , debida al pecado; pero al pecado ya perdonado , en virtud del dolor y de la confesion sacramental con que el pecador debe *prepararse* para ganar las indulgencias. Los verdaderamente contritos y confesados son los que pueden ganarlas. Así lo espresan siempre los Papas y los Obispos al concederlas, aunque no hay necesidad de que lo espresen. Porque siendo la culpa la que nos sujeta á pena eterna , subsistiendo la culpa subsiste siempre la condenacion de esta pena ; y mal podríamos vernos libres de la condenacion á pena temporal mientras subsistiese contra nosotros la condenacion á pena eterna.

Por esto solo conocereis ya que no hay razon para decir que las indulgencias fomentan la inmoralidad. Las indulgencias, segun la doctrina católica, no excluyen, sino que suponen nuestras satisfacciones, de las cuales son suplemento. Entendedlo bien. No nos eximen las indulgencias de las propias y personales obras satisfactorias , no; no nos autorizan para omitirlas ; sino que, siendo en nosotros tan imperfecta la penitencia ó la satisfaccion, pagamos nuestra deuda ó parte de ella con el caudal de otro, no omitiendo, empero, nada por parte de nuestro trabajo para pagarla. Las indulgencias nos sirven de consuelo, por razon de que lo imperfecto de nuestras satisfacciones sabemos que ellas lo perfeccionan ó lo completan; pero nunca pueden servirnos de motivo ó pretesto para que nos escusemos de darlas. Así observamos que al pecador de

Corinto no le concedió sin mas ni mas el Apóstol el perdón ó la indulgencia respecto de la pena impuesta ; sino que, viéndole cumplirla con fervor y celo, y queriendo evitar se contristase con esceso, acortó la duracion del castigo (1).

Las indulgencias suponen la obligacion de la satisfaccion sacramental en el que quiera ganarlas, el dolor de los pecados, el deseo de la penitencia y de todas las virtudes, y el estado de gracia. ¿Hay razon para decir, comprendiendo esta doctrina, que es la de la Iglesia, que las indulgencias contribuyen á aumentar los pecados y los pecadores?

Por otra parte, deseosos de gozar tanto bien como las indulgencias nos proporcionan, muchos, muchísimos pecadores se deciden á detestar sus culpas, á reformar en lo sucesivo sus costumbres, y de esta manera las indulgencias influyen poderosamente en la conversion del pecador. Por eso en tiempo de jubileo vemos tantas conversiones, tantas confesiones generales, tantos pecadores que se reconcilian con Dios, tantas buenas obras como se practican, tantas limosnas como se distribuyen, tantas oraciones como se hacen. Y ¿se podrá decir que las indulgencias dan al pecador carta blanca para pecar? Un insigne autor contemporáneo (2) refiere que, con motivo del jubileo en 1776, hubo tal cambio de costumbres en Paris, que Voltaire aseguró no habria podido hacerse la revolucion si se hubiera celebrado otro; y D'Alembert afirma que la retrasó veinte años.

Voy ahora á combatir la asercion de aquellos que dicen han sido inventadas las indulgencias para arrancar á los fieles el dinero.

En primer lugar, señores, la Iglesia desmiente semejante asercion concediendo gratuitamente las indulgencias,

(1) 2.^a, ad Cor., 2, 6, 10. (2) Perrone, *Teología*.

sin mas interes que el de la salvacion de las almas. Si en alguna época pudo haber en esto algun abuso, de que no hay libre nada cuando en ello intervienen los hombres, la Iglesia ha aplicado el conveniente remedio. Hay que considerar ademas que las limosnas que *alguna vez* daban los fieles no eran, no, precio de las indulgencias, sino como una condicion, ni mas ni menos que las demas obras pias; tanto mas, y notad bien esto, tanto mas cuanto aquellas limosnas se invertian en la defensa de la Europa contra furiosos enemigos, en construir iglesias, abrir caminos, levantar puentes, y en otras obras de pública y general utilidad. Por manera que, lo digo muy alto; por manera que mas ventajas ha reportado la sociedad de esas limosnas que la Iglesia que las recibia.

En Roma, á quien van dirigidos todos los tiros de los enemigos de las indulgencias; en Roma, digo, cuando se celebra el jubileo, en vez de llenarse de dinero, como aquellos suponen, las arcas del tesoro pontificio, se agotan los recursos de la pública y privada caridad para mantener á los viajeros y peregrinos que concurren á ganar la gracia á la Ciudad Santa. El gobierno pontificio, cuando se acerca esa época especialmente, tiene que pensar en reunir fondos destinados á ejercer la caridad con los muchos pobres que en tales tiempos se albergan dentro de sus muros. Este es un hecho de que se cercioran cuantos van á Roma en el año del jubileo, y basta para desvanecer las aserciones de los impíos.

La indulgencia es plenaria, ó parcial. Es plenaria cuando por su naturaleza remite ó perdona toda la pena temporal que puede remitirse ó perdonarse en virtud de la potestad de las llaves; y cuando á esta remision de toda la pena se añaden algunos privilegios, tales como el de absolver de casos reservados y de las censuras, y el de conmutar los votos y otras prerogativas, entonces se llama *jubileo*. Este jubileo, cuyo uso es de grande antigüedad en

la Iglesia, segun opinan algunos escritores (1), se concedia primero, por constitucion de Beneficio VIII, de cien en cien años: despues, de cincuenta en cincuenta: luego, de treinta y tres en treinta y tres; y, últimamente, de veinte y cinco en veinte y cinco años, que es la ley que hoy rige. Para ganar este jubileo es preciso practicar las obras que prescribe el soberano Pontífice.

Indulgencia parcial es la remision de parte de la pena temporal debida á nuestras culpas; y cuando se la señala con dias, como cuarenta, ochenta, ciento, etc., se alude á la antigua disciplina; y queremos decir que, ganando aquella indulgencia de ochenta dias, se nos remite la pena temporal que se nos remitiria practicando cuarenta dias la antigua canónica penitencia; ó que la indulgencia de ochenta dias, por ejemplo, es recibida por la Iglesia como el equivalente de una penitencia de la misma duracion.

Omito dilucidar ó esplicar otros puntos relativos á la presente materia, por ser mas propios de una disertacion teológica que de una sencilla esplicacion como la que estoy haciendo.

En resúmen: la doctrina católica sobre las indulgencias descansa ó se apoya en estos principios comunes: 1.º Por el pecado perdonado es debida á Dios una satisfaccion, autorizada y regularizada por la Iglesia. 2.º La Iglesia tiene facultad para mitigar, abreviar ó conmutar la penitencia que ella impone, y siempre ha mirado estas mitigaciones como válidas delante de Dios, que las sanciona y acepta. 3.º Los padecimientos de los Santos, unidos á los méritos de Jesucristo y en virtud de los méritos del Salvador, son un motivo y un tesoro suficiente para conceder estas mitigaciones. 4.º Las indulgencias concedidas oportunamente y segun las reglas de la prudencia, conducen al bien espiritual de los fieles; pues con ellas pagamos ó es-

(1) Perrone, *Teología*, Tratado de indulgencias.

piamos en todo ó en parte la pena temporal debida á nuestras culpas, y de este modo no solo evitamos venga sobre nosotros la ira de Dios en castigos temporales, sino que tenemos mas próximo acceso á las puertas del cielo. La pena temporal que pagamos ganando las indulgencias hay irremisiblemente que espiarla, ó en esta vida con grandes penitencias, ó en el purgatorio sufriendo sus tormentos. Si esto último es penosísimo, aquello es muy difícil. Luego ¿quién no ha de reconocer la inmensa utilidad de las indulgencias para los fieles cristianos?

Las indulgencias pueden tambien aplicarse á las almas del purgatorio por modo de sufragio, ofreciendo la Iglesia á Dios los méritos de Cristo y de sus Santos para que, dignándose aceptarlos por modo de solucion, tenga á bien condonar en todo ó en parte la pena que debian sufrir hasta satisfacer plenamente por sus culpas perdonadas. Me direis que, una vez aplicada una indulgencia plenaria por el alma de vuestro padre, por ejemplo, no habrá ya necesidad de aplicarle otra ni de orar por ella. Es equivocado este modo de discurrir. Depende de la voluntad de Dios el aceptar ó no aceptar la indulgencia para el alma á quien se quiere aplicar; y como no sabemos si ha sido ó no aceptada, no podemos quedarnos tranquilos con haberle aplicado una. Mas claro: Dios acepta los méritos que le ofrecemos con la indulgencia; pero no sabemos si han sido aplicados, ni en qué cantidad, digámoslo así, al alma determinada á quien era nuestra voluntad aplicarlos para que saliera del purgatorio. Es, pues, muy caritativa, muy laudable, muy santa la piadosa costumbre de aplicar por las almas del purgatorio las indulgencias que podemos aplicarles; y es no menos laudable la práctica de mandar celebrar por ellas el santo sacrificio de la misa en altares privilegiados.

Paréceme bastante lo que he dicho para haceros comprender que las indulgencias, tales como la Iglesia católica

las entiende, son provechosísimas para los fieles. Ahora, por la relacion que tiene con esto, oid cómo la bula de la Santa Cruzada es un inestimable don de la Santa Sede para los piadosos españoles.

SEGUNDA PROPOSICION.

Por mas que no falten personas que hagan de la bula de la Santa Cruzada el mas grande desprecio, esta bula no dejará de ser uno de los mas ricos tesoros é inestimables gracias que ha concedido á una nacion la Santa Sede.

El muy piadoso rey Felipe II fue el primero que las obtuvo en favor de los que partiesen de los dominios de España para pelear contra los infieles, ó que ayudasen á aquellas espediciones militares con peculiar auxilio, ó contribuyesen con alguna cantidad de dinero para los gastos necesarios. Ha debido la España á la natural bondad de los Papas el singular favor de que hayan ido prorogando y renovando hasta nuestros dias el mismo generosísimo indulto.

Concédese, en primer lugar, en la bula á todos y cada uno de los fieles cristianos que, *verdaderamente arrepentidos, confesasen sus pecados* dentro del año de la publicacion, y *recibiesen devotamente el Santísimo Sacramento* de la Eucaristía, ó que, no pudiendo recibir estos sacramentos, á lo menos lo desearan con un corazon contrito, la indulgencia plenaria y remision de todos y cada uno de sus pecados, que se habia acostumbrado conceder á los que iban á la recuperacion de la Tierra-Santa, y que se acostumbra conceder en el año de jubileo. No obstante, los que no pudieren confesar sus pecados y lo desearan con

un corazon contrito, pueden gozar solamente de la sobre-dicha indulgencia plenaria si en otra época hubiesen confesado dentro del tiempo que la Iglesia prescribe á todos los fieles, y no hubieren descuidado cumplir con aquel precepto confiados en la concesion pontificia. Por esta indulgencia, igual á la que se concedia á los que iban en las Cruzadas á la conquista de Tierra-Santa, es por lo que la bula ha tomado el nombre de la Santa Cruzada. Para ganar esta indulgencia, ¡qué costosos y sangrientos sacrificios no hacian los fieles de la edad media, incorporándose entre los cruzados ó prestándoles auxilios! Nosotros, sin embargo, profesando la misma fe, rehusamos dar la insignificante limosna que es condicion para ganar tan inapreciable gracia.

Ha querido tambien el Sumo Pontífice reinante favorecernos con un nuevo rasgo de bondad, concediendo en la reciente bula de 1849 nueva indulgencia plenaria para los dias en que es parcial la de la estacion de Roma, á los que, confesados y comulgados, hicieren la mencionada visita de cinco iglesias ó altares. Y estendiendo su misericordia á las almas del purgatorio, ha añadido que los que hagan esa visita con las mismas disposiciones de confesion y comunion en los dias llamados de sacar ánima, señalados en el sumario castellano, puedan aplicar por modo de sufragio, al alma que tuvieren á bien determinar, la misma indulgencia plenaria que en otro dia ganarian para sí mismos. El Sumo Pontífice no ha alterado los requisitos que antes se pedian para ganar las indulgencias estacionales; pero ha querido imponer como condicion precisa, para lograr esas nuevas indulgencias plenarias que concede, la recepcion de los sacramentos de la Penitencia y Comunion, tan utilísimos para el fomento de la verdadera piedad y para la reforma de las costumbres.

Es igualmente un muy distinguido privilegio el que nos concede la Santa Sede dándonos facultad para elegir un

confesor aprobado que, una vez en la vida y otra en la hora de la muerte, pueda absolvernos en el fuero de la conciencia de cualesquiera pecados y censuras reservadas á los ordinarios, y aun á la Sede apostólica, esceptuando el crimen de herejía, impuesta siempre una saludable penitencia, é imponiendo las demas cosas que deben imponerse por derecho. Gracia es tambien muy apreciable la que por la bula se concede, para que por el mismo confesor elegido puedan ser conmutados debidamente los votos simples hechos por los mismos fieles cristianos, esceptuando el que llamamos ultramarino, el de castidad y el de religion.

Concede tambien la bula á los que la tomen el privilegio de comer á su arbitrio huevos y lacticinios, aun en Cuaresma, y de que asimismo puedan los que tengan necesidad comer carne, de consejo de ambos médicos espiritual y corporal, en los dias de abstinencia, guardando por lo demas el ayuno las personas obligadas. Aunque en virtud del *Indulto apostólico* para el uso de carnes se concede á los fieles el que puedan comerlas en los dias de Cuaresma y demas vigiliass y abstinencias del año, esceptuando unas cuantas, no pueden usar de este privilegio no teniendo la bula de la Santa Cruzada.

Concede asimismo la bula al comisario de Cruzada facultad para que, solo en el fuero de la conciencia, pueda determinar competentemente una composicion sobre lo quitado ó adquirido injustamente, que ha de invertirse en piadosos fines, con tal que los dueños á quienes debiese restituirse, despues de hecha la debida diligencia, no puedan ser hallados, y con tal que los mismos deudores no hubiesen hecho el robo ó adquisicion bajo la confianza y la esperanza de dicha composicion.

Sin la bula de la Santa Cruzada, el fiel que haya cometido un pecado ó incurrido en censuras reservadas á la Santa Sede ó á alguno de los Sres. Obispos, no puede ser

absuelto por el confesor, no siendo en la hora de la muerte; y hay necesidad de recurrir á Su Santidad ó al señor Obispo respectivamente suplicando se digne deputar un sacerdote que le absuelva.

Sin la bula no podemos lícitamente usar y comer huevos, lacticinios ni carnes en los dias de Cuaresma, ni en los demas del año en que está prohibido tomar estas viandas.

Sin la bula, ademas de no poder ganar la indulgencia plenaria y remision de los pecados, que por ella se nos concede como á los antiguos cruzados, nos ponemos en el caso de no poder ganar las ochenta y siete indulgencias plenarias que ganar podemos en virtud de nueva concesion, en los dias de las estaciones en que en Roma no se gana mas que parcial, confesando y comulgando y visitando cinco iglesias ó altares.

Sin la bula no podemos aplicar en ciertos dias que se determinan al pie del sumario, la misma indulgencia plenaria á manera de sufragio por las almas del purgatorio.

Sin la bula no podemos usar del *Indulto apostólico* que nos autoriza para comer carnes saludables en los dias de Cuaresma y demas vigiliass y abstinencias del año, con escepcion de unas cuantas.

Sin la bula no pueden los fieles dejar de cumplir los votos simples que hubiesen hecho.

Otros privilegios se nos conceden á los españoles y á los que moren en estos reinos, que omito, ó porque se hallan claramente espresados en el sumario, ó porque toca mas principalmente á los confesores el conocerlos. Así los que omito como los que espreso son de inalterable precio; y esto lo conoceríamos aun mejor si la Santa Sede, viendo el desprecio que se hace de ellos, se determinase á no prorogarlos ó renovarlos; así como nunca conoceríamos mejor el beneficio de la luz que cuando el Señor nos la retirase por mucho tiempo.

Es condicion indispensable para poder gozar estas gracias y privilegios, el tomar cada persona el respectivo sumario y dar la limosna tasada. Digo *la limosna*, porque, segun he indicado antes, el dinero que damos al tomar la bula no es precio de ella, sino una condicion, así como las demas buenas obras que se prescriben para usar de tantos privilegios. Lo que damos es una limosna que se invierte en usos piadosos; y hoy se invierte en los gastos del culto divino y en auxilio de las iglesias de España, que, con las revueltas de los tiempos, tantos detrimentos han experimentado; así como las limosnas del *Indulto apostólico* para el uso de carnes se invierte en obras de caridad y socorros para los hospitales. Es decir, que la inversion se hace en beneficio del mismo pueblo español, de su culto, de sus templos y de sus hospitales.

No puede ser, en verdad, mas legítimo, laudable y santo el uso que se hace de la limosna que dan los fieles al tomar la bula, y la impiedad no puede encontrar en este uso ó inversion pretextos para desacreditarla. A mas de que, aun siendo cierto que se hiciese mal uso de estas limosnas, lo que al cristiano le interesa es gozar de sus gracias y privilegios; y en cuanto al uso de las limosnas, ante Dios responderán los que no las diesen la conveniente aplicacion. Aunque sepamos que el médico hace mal uso del dinero con que pagamos su trabajo, ¿dejamos por eso de llamarle cuando nos acosa una dolencia? ¿Dejamos de ir á la botica por medicina, aunque sepamos que nuestro dinero se invierte en usos reprobados?

Quisieran muchos que una bula sirviera para toda la vida; pero no tienen presente que, siendo una pura gracia de la Santa Sede, seria y es de temer se perjudicase, con el trascurso del tiempo, á su derecho y libertad, y á la misma ley general, si se nos concediese vitalicia la gracia. Las puras gracias hay que recibirlas y aceptarlas como se nos conceden, en forma y en tiempo. El mismo temor de que

mañana se nos pueda privar de la bula, nos obliga á usar bien de ella, á no dejar que pase el año sin ganar las gracias que otorga.

Desoid, hermanos mios, las perniciosas sugeriones de los impíos que, no creyendo hay otra vida despues de esta, ni un Dios en el cielo, desprecian y se rien de todo cuanto tiene relacion con la vida futura y con la observancia de la ley de Dios y de los preceptos de la Iglesia. Con una insignificante limosna podemos ganar innumerables gracias y usar de inestimables privilegios. No oigais su voz, que es voz de enemigo, sino la de la Iglesia, que es nuestra madre.

Seguid constantes en la doctrina de la Iglesia católica, fuera de la cual no hay salvacion: la salvacion que á todos os deseo para que vivais eternamente felices en la gloria. Amen.

Sermones que pueden aplicarse á este evangelio.

1.º *Sobre la escomunion y sus efectos.—En este mismo tomo.*

2.º *Necesidad de las tradiciones como regla de fe.—Tomo tercero.*

3.º *Como doctrinales, pueden verse las siete pláticas sobre el sacramento de la penitencia.—Tomo primero.*

SERMONES

sobre la epístola del segundo domingo despues de Pascua.

PUEDEN APLICARSE Á ESTA EPÍSTOLA.

- 1.º *Los dos sermones sobre la epístola del domingo de Ramos.—Tomo tercero.*
- 2.º *Puede verse el segundo sermon sobre la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.—Tomo idem.*
- 3.º *El sermon sobre la enormidad del pecado mortal.—Tomo idem.*

SERMONES

sobre el evangelio del mismo domingo.

PUEDEN APLICARSE A ESTE EVANGELIO.

1.º *Teoría cristiana del poder, y teoría cristiana de la obediencia.—Tomo segundo.*

2.º *Las prelacías eclesiásticas deben ser consideradas como cruz, y no como honras.—Tomo idem.*

3.º *La tolerancia religiosa condenada por la religion y por el interes de la sociedad.—Tomo tercero.*

4.º *Amor y respeto que los fieles deben á la Iglesia.—Tomo idem.*

SERMONES

**sobre la epístola del tercer domingo despues
de Pascua.**

PUEDEN APLICARSE A ESTA EPISTOLA.

1.º *Las austeridades corporales ayudan mucho para la salvacion.—Tomo segundo.*

2.º *El estado del cristiano es un estado de sacrificio.—Tomo idem.*

3.º *Teoría cristiana del poder, y teoría cristiana de la obediencia.—Tomo idem.*

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

*Amen, amen dico vobis: quia
plorabitis et flebitis vos. Mundus
autem gaudebit. (Joan., 16, 20.)*

En verdad, en verdad os digo,
que vosotros llorareis, y el mundo
se alegrará.

EL Salvador anuncia con estas palabras á sus discípulos las futuras persecuciones que contra ellos habia de suscitar el mundo luego que principiasesen á desempeñar su apostólica mision. Bien terminantemente les declara que la vida apostólica no ha de ser una vida de placeres, sino una existencia siempre combatida por los elementos del mundo, que la religion cristiana venia á reformar. Díceles que han de llorar mientras el mundo estará entregado á sus locas alegrías; y sin rodeos les profetiza que será tal el odio con que el mundo los mire, que se considerará como un obsequio hecho á Dios el llevarlos al patíbulo. Anúnciaselo tan claramente para que desde luego aceptasen el sacrificio como inherente á su mision, y recordasen, viendo llegar tan tristes horas, que su Maestro las habia predicho.

Pero al mismo tiempo no deja Jesucristo de ofrecer á sus apóstoles, destinados al sacrificio, la perspectiva de los mas inefables consuelos. «Vuestra tristeza, les dice, se convertirá en alegría, y en una alegría que nadie podrá ya arrebatáros. Os oprimirá el mundo; pero el mundo le he vencido yo, y por lo tanto no os vencerá á vosotros.»

Esto, que el Salvador decia á sus apóstoles, es tambien el anuncio de lo que habia de ser en el mundo la vida de los justos: vida de lágrimas, de persecucion y de muerte. En efecto: lo que diariamente vemos en el mundo es afliccion para los buenos y alegrías y prosperidades para los malos. *Mundus autem gaudebit*. Este espectáculo ó esta aparente injusticia suele contristar muchas veces á las personas timoratas, y aun suele ser para otros una tentacion que los arrastra á dudar acerca de la Providencia ó de la justicia de Dios. Job, aquel justo pacientísimo, figura del Redentor, preguntaba ya á Dios: «¿Por qué viven los impíos y se elevan y se enriquecen? Sus casas están seguras, y no se siente en ellas la vara de la divina justicia. Pasan en felicidad sus dias, y aun la muerte les viene sin largas y penosas enfermedades (1).» «¿Por qué prosperan, preguntaba tambien Jeremías; por qué prosperan en sus caminos los impíos? Todo les sale bien á los que prevatican y obran el mal.» *Quare via impiorum prosperatur* (2)?

Por manera que lo que vemos hoy es lo que ha sucedido siempre; y lo que Jesucristo anunció á sus apóstoles, lo habia ya antes experimentado el justo.

Preciso es que en la aparente injusticia que se nota por de pronto viendo al bueno rodeado de angustias y al malo nadando en prosperidad, haya ó se oculte algun misterio de la justicia y de la misericordia de Dios. Porque siendo Dios justísimo, nada puede hacer que no sea tam-

(1) Job, 21. (2) Jerem., 12.

bien justo. Este misterio ó secreto voy á descubriros, manifestando

Los designios de Dios en las aflicciones de los buenos y en las prosperidades de los malos.

Amen, amen, dico vobis, etc., etc.

Ave María.

Que en el mundo abunden los elementos contra la virtud y contra los que la prodiguen ó practiquen, compréndese sin trabajo no olvidándose de que, á consecuencia de la original culpa, la voluntad ha quedado tan arrastrada hácia el mal, y con tan pocas fuerzas para hacer el bien, que podemos decir son las pasiones, y no la razon, las que dirigen al hombre, y las que el soberano imperio ejercen en el mundo. Lucha constante del mal contra el bien, de las tinieblas contra la luz, del error contra la verdad, de los vicios contra las virtudes, de la rebeldía contra la sumision: hé aquí el hombre, la sociedad, el mundo. Todo, pues, tiene que participar ó resentirse de esta horrible lucha. El justo tiene que pelear contra los elementos mundanos para no pervertirse; y los malvados tienen que luchar contra los buenos, porque los confunden.

De aquí resulta que la vida de los buenos sea vida de tribulacion, como que tienen contra sí todos los elementos mundanos: contra su modestia, toda la soberbia humana; contra su mansedumbre, toda la ira de implacables pasiones; contra su caridad, todo el encono de mortales enemigos. «En todas las cosas, decia San Pablo, experimentamos tribulacion, pero sin por esto desanimarnos.» *In omnibus*

tribulationem patimur (1). Y el mismo Apóstol nos dice que la paciencia nos es en sumo grado necesaria para alcanzar lo que se nos tiene prometido. Luego si la paciencia nos es necesaria, señal es de que nos ha de probar la tribulacion.

Equivocado juicio formaria de la vida el que pensase que ella no ofrece mas que goces y placeres. La vida humana, como que por el pecado está, digámoslo así, fuera de su elemento, de su equilibrio ó de su regla, no puede dejar de ser, así para los buenos como para los malos, un valle de lágrimas, que recibe las de todos los descendientes de Adan, que fue el que derramó las primeras. La sentencia de Dios sobre nuestros primeros padres delincuentes se verifica siempre sobre el género humano, y no podemos librarnos de los multiplicados dolores que nos aquejan, ni de comer entre angustias el poco fruto que á fuerza de los sudores de nuestra frente nos da la tierra. ¿Por qué, pues, hemos de estrañar nos rodeen á todos tribulaciones y angustias, si este es el patrimonio legado á la humanidad por los primeros padres, y la pena impuesta á la culpa de Adan, en quien todos pecamos? Si por muchos conceptos somos culpables, ¿por qué hemos de quejarnos de las penas?

Hay, sin embargo, una gran diferencia entre el resultado que dan las aflicciones soportadas por el hombre justo y virtuoso, y las que experimenta el impío ó el malo. Unas mismas calamidades son como corona y mérito para el justo, y suplicio y demérito para el pecador. Al primero le prueba Dios por medio de la tribulacion, como en el horno prueba el alfarero el vaso, y le hace firme y compacto. «Os prueba Dios, decia Moisés á los israelitas, para que todos vean si le amais con todo vuestro corazon y toda vuestra alma, ó si no le amais.» *Tentat vos Dominus, ut*

(1) 2.^a ad Cor., 4, 8.

palam fiat, utrum diligatis eum, an non, in toto corde et in tota anima vestra (1). La paciencia en los trabajos y tribulaciones de que se ven casi siempre rodeados los buenos, es la prueba de fidelidad que Dios exige de ellos antes de poner sobre su frente la inmortal corona. Considerarse debe, por consiguiente, mas feliz el justo en la desgracia que en la prosperidad. «Job, dice San Fulgencio (2), fue feliz viviendo entre inmensas riquezas ; pero fue mas feliz cuando en la pobreza se mostró justo. Feliz fue cuando rodeaban su mesa diez hijos; pero mas feliz cuando, perdiéndolos, se mantuvo constante en el amor á su Dios. Feliz fue en la salud; pero mas feliz soportando con inalterable paciencia sus dolorosas llagas. Mas feliz fue en un muladar ó estercolero, que en un palacio cubierto de mármoles.»

Los bienes ó felicidades temporales concédense á los malos ó impíos por justa ordenacion de Dios, ó para su correccion, ó para su condenacion. Su divina justicia obra en esto con la misma rectitud que muestra en todas sus obras. Como los malos, por malos que sean, no dejan de practicar alguna accion buena, tiene que haber para esta accion su premio; y se le concede Dios en esta vida para poder castigar sus crímenes con mas rigor en la otra. El llamarnos tanto la atencion los bienes temporales del impío ó del pecador, es porque consideramos esos bienes en sí mismos y sin compararlos con los bienes eternos. Hé aquí por qué nos parecen grandes las dichas ó las felicidades del pecador; felicidades que nos parecerian desgracias si las comparásemos con los bienes eternos de que han de carecer los malvados, y que se han de conceder á los justos. Quiere Dios reservar al pecador para cuando llegue el dia de la perdicion, y hacerle sentir todo el peso de su furor. «No quiero, decia Job, despues de lamentarse de

(1) Deuter., 10. (2) Epis. 2, cap. 9.

la prosperidad de los impíos; no quiero seguir sus consejos. Como paja por el viento, así serán dispersados, y como pavesas que el torbellino disipa, así desaparecerán. Dios guardará para los hijos el dolor del padre, y el padre y los hijos beberán del furor del Omnipotente (1).»

Las tribulaciones que padecen los justos las ordena Dios á la mayor perfeccion de ellos mismos. David se hace digno del trono soportando con paciencia la persecucion que le suscita Saul. Dios perfeccionó ó probó á Jacob por medio de Esau, á Moisés por medio de Faraon, á Isaías por medio de Manasés, á los Macabeos por medio de Antíoco, á San Atanasio por medio de Constancia, al Crisóstomo por medio de Eudoxia, y á San Ambrosio por medio de Justina.

A los justos del Antiguo Testamento se les prometió la prosperidad temporal; pero á los del Nuevo no mas se les promete que recompensas y bienes espirituales. No es decir con esto que hayan de negárseles los bienes temporales; sino que de estos bienes no se les concede mas que lo que basta para la virtud, y de ninguna manera aquello que pudiera perjudicarla. Por eso dice el real Profeta que no estarán privados de todo bien los que temen á Dios, y que nunca habia visto al justo abandonado. *Timentes autem Dominum non minuentur omni bono...* (2) *Non vidi justum derelictum* (3).

Ademas de los muchos ejemplos y testimonios que podría alegar en favor de esta verdad, presentándoos á Tobías teniendo por médico á un ángel, á Job recibiendo de la mano de Dios doubles bienes de los que perdiera, y á David ascendiendo al trono que ocupa con tanta gloria, no puedo dejar de hacer especial mérito de la solicitud con que los ángeles encargados de castigar á Pentápolis ponen en salvo al justo Lot. «No podemos hacer nada, le dicen,

(1) Job, 24. (2) Salm. 32. (3) Salm. 36.

hasta que te pongas en salvo en la próxima ciudad de Segor.» *Non potero facere quidquam, donec ingrediaris illuc* (1). Pero los pecados de Sodoma, ¿no son muchos y horribles? Sí; mas no puedo hacer nada hasta que Lot esté puesto en salvo. Pero los crímenes de los impúdicos, ¿no han llenado ya la medida? Sí; mas no puedo hacer nada hasta que esté puesto en salvo el justo Lot. *Non potero facere quidquam, donec ingrediaris illuc*. Pero ¿no claman al cielo tantas maldades? Sí; mas no puedo hacer nada mientras Lot no esté fuera del peligro. Pero ¿no vais á ejecutar las órdenes de Dios sobre las ciudades pecadoras? Sí; mas no puedo hacer nada mientras Lot no haya subido al monte, para que ni vea el fuego, ni se entristezca viendo el número de culpables víctimas sacrificadas por el devorador elemento. *Non potero facere quidquam, donec ingrediaris illuc*. Luego con mucha razon ha podido decir David que el amigo de Dios no debe temer ni el temor nocturno, ni la saeta que vuela, ni los ataques del demonio durante el dia. *Non timebis à timore nocturno*.

Los buenos son castigados en este mundo para que purguen sus defectos y sean cada vez mas ensalzados. San Agustin, para probar esto mismo, cita á los dos patriarcas Jacob y Josef, que sufren, el primero una tribulacion de treinta años llorando la muerte de su hijo amado, y el segundo soportando una inmerecida prision, donde le arroja la mas atroz calumnia. «No pudiendo estar Jacob libre de pequeños pecados, dice el gran Obispo de Hipona, y queriendo Dios purificar en este siglo con el fuego de la tribulacion las leves culpas, cúmplase en él el dicho del Espíritu-Santo cuando afirma que suele castigar Dios al hijo que ama, y que el camino del cielo son las tribulaciones. Para presentar, pues, al justo Jacob puro como el oro en el último juicio, Dios borró antes en él las manchas

(1) Gén., 19, 22.

del pecado.» «Respecto de Josef, dice tambien el mismo santo doctor, si nos ponemos á considerar la causa de que estuviese dos años encerrado en una prision, la encontraremos en que, poniendo demasiada confianza en el criado de Faraon, á quien tuvo por compañero en la cárcel, dejó de ponerla en Dios, quien, por lo mismo, permitió se olvidase de Josef el siervo del rey, luego que salió del calabozo. De este modo Josef, aunque santo, permaneció en la cárcel todo el tiempo que fue necesario para que la prision le sirviese de pena por sus leves culpas, las cuales ni él ni nadie puede estar libre de cometerlas. Así se verifica tambien que Dios arguye y castiga á los que ama (1).»

Los justos ó los buenos cuando se ven afligidos, á lo que deben de atender es á que esta vida no es la vida de las promesas, ni de las mercedes y premios; y tanto no lo es, que, casi y sin casi, deberíamos mirar con lástima á los que en este mundo vemos son felices. A Tobías y á Job lo que les sostenia en la adversidad era la esperanza de la vida futura, donde, y no en la presente, la virtud ha de recibir su premio. Tobías, cuando sus parientes y amigos, viéndole ciego, le decian: «¿De qué te han servido tus limosnas?—No habéis así, les respondia: somos hijos de los Santos, y esperamos aquella vida que ha de dar Dios á los que permanecen en su fe.» *Vitam illam spectamus, quam Deus daturus est his, qui fidem suam numquam mutant ab eo* (2). Job, enmedio de sus tribulaciones, no encontraba mas consuelo que la esperanza que tenia depositada en su seno, de que vivia su Redentor, de que habia de ver á su Dios. *Scio quod Redemptor meus vivit... et in carne mea videbo Deum meum* (3).

Considerando que no es con bienes temporales, sino con eternos, con lo que Dios quiere premiar á los justos,

(1) Serm. 82, de Tempore. (2) Tob., 2, 18. (3) Job, 19. (1)

no debemos extrañar que estos se vean, casi siempre, rodeados de aflicciones. Esa es su predestinacion, esa es su dicha, esa es su felicidad. Cuando veais que á una persona todo en el mundo se le pone bien, y le salen de un modo próspero sus empresas ó proyectos, temed por ella, pues pudiera ser todo esto una señal de reprobacion. No digo que siempre lo sea, sino que las mas veces puede serlo. Temed cuando todas las cosas se os presenten segun vuestro gusto ó segun vuestros deseos. Cuando todo sea aquí prosperidad, peligro hay de que todo sea pena y dolor eterno despues de la muerte. ¡Oh, qué pobres son en sus riquezas, y qué desgraciados en su prosperidad, los felices de este mundo!

Porque, ó hemos de negar la existencia de un Dios justo, ó no podemos menos de reconocer y confesar que cuando premia en esta vida las buenas acciones, no las ha de premiar en la otra; y que cuando en la vida presente castiga nuestras culpas, no las castigará en la futura. Esto debe de ser lo que inspire terror al malo que goza y prospera, y lo que debe de sostener al bueno en las tribulaciones. Castiga aquí Dios temporalmente, para premiar despues eternamente. Premia aquí Dios por unos instantes, para condenar despues por toda una eternidad. ¿Qué es lo que preferís? Si teneis fe, ¿qué es lo que preferís? ¿Felicidad temporal y condenacion eterna, ó trabajos temporales y eterna felicidad?

Ultimamente, queriendo Dios ofrecer al mundo, y con especialidad á los débiles, grandes ejemplos de paciencia, permite Dios sobrevengan á los justos muchas tribulaciones, como, para ejemplo de paciencia, sobrevinieron á Tobías y á Job. No debe parecernos poco, ni en poco debemos apreciarnos, el que el Señor nos escoja para que demos ejemplo de esa virtud que es necesaria, como asegura el Apóstol, para conseguir las promesas, dándonos, como efectivamente nos da al mismo tiempo, fuerzas con que so-

portar la adversidad. Los gobiernos ó los reyes suelen conferir el mando de los ejércitos que van á pelear con el enemigo á alguno de los generales que les son mas queridos. ¿Y por qué es esto? ¿Por qué al general que aman le envían al lugar del peligro? Porque desean encuentre por este medio una ocasion de mostrar su valor, y recompensarle despues con mano generosa. Por manera que al que quieren premiar y ensalzar, le envían al lugar de los trabajos y de los peligros.

No hay que afligirse, pues, aunque se vean los justos afligidos y los pecadores ensalzados. Dios pone en el lugar de las tribulaciones á los que quiere eternamente salvar, y en el lugar de las prosperidades á los que se ve obligado á perder. Sobre todo, habiéndonos dado Jesucristo el ejemplo de la mas inaudita paciencia, nosotros no tenemos derecho á ser mejor tratados en el mundo. Una Cruz fue su suplicio, despues de no haber encontrado en la tierra donde reclinar la cabeza. Pero así como muriendo en esa Cruz alcanzó como hombre los homenajes del cielo, de la tierra y de los abismos, del mismo modo el justo afligido alcanza con esto su eterno gozo, y acordándose de este eterno premio se olvida de los trabajos de que suele ser presa. Jesucristo ha vencido al mundo. Sereis oprimidos, pero vencidos no lo sereis nunca. *In mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum.*

Breves son los dias de nuestra vida, y nuestros trabajos no pueden ser muy largos. Dejad al mundo en sus insensatos goces y placeres, y, como Tobías, tened puesta siempre vuestra vista en la futura gloria que esperamos. Así todo os parecerá pequeño, escoria y cieno en las felicidades mundanas. Dios antes que todo; Dios siempre; Dios en el corazon. Si sois felices, temblad, porque el Señor os premia en la tierra con tierra vuestras buenas acciones. Si sois desgraciados, permaneced en el temor de Dios, dándole gracias por los bienes eternos que os reserva. La

posesion de estos bienes os deseo en la eterna gloria.
Amen.

Sermones que pueden aplicarse á este mismo evangelio.

1.º *La alegría cristiana es la única alegría, al paso que la mundana llena de tristeza al pecado.—Tomo primero.*

2.º *Diferencia entre el bueno y el malvado cuando se hallan en la desgracia.—Tomo segundo.*

SERMON

sobre la epístola del cuarto domingo despues
de Pascua.

*Sit autem omnis homo... tardus
ad loquendum.*

(Jacob., Ep. 1, 19.)

Sea todo hombre muy detenido
para hablar.

El apóstol Santiago, en su carta, que es la primera de las que llamamos *católicas*, porque no fueron escritas para un pueblo particular, sino para todos, ó *canónicas*, porque contienen las reglas generales de la moral cristiana, prescribe, entre otras cosas, á los fieles que estén muy prontos para oír, pero muy tardos ó detenidos para hablar. Regla ó máxima de primera importancia para el hombre, á quien tantos males causa el abuso de la lengua. Pareceria increíble, si no lo palpásemos, que un miembro ó una parte tan pequeña de nuestro cuerpo pueda hacer tantos y tan grandes estragos entre las gentes. Mas víctimas tiene hechas ¿quién lo creyera? mas víctimas tiene hechas la lengua que la espada. Así lo enseña el Espíritu-Santo (1).

(1) Eccl., 28.

Voy, pues, á pedirlos un peso para vuestras palabras, y un freno para vuestros labios. Y, á la verdad, ¿en qué época se ha podido exigir esto mejor que en la nuestra? ¿Cuándo se ha hecho mayor abuso de la lengua que en los presentes tiempos? ¿Cuándo ha causado mayores incendios este fuego que en los actuales dias? ¿Cuándo esta víbora, segun la llama San Bernardo, ha soltado mas veneno que ahora? Si de las palabras desordenadas han nacido casi siempre las herejías, ahora podemos decir que de las palabras y del abuso de ellas han nacido las modernas revoluciones, que tantas lágrimas hacen derramar al género humano. ¡Qué manía de hablar! ¡Qué agitacion por echar palabras al viento! ¡Cuánto sofisma en las frases! ¡Cuánta seduccion y cuánta desgracia para los pueblos! La ley del silencio, impuesta por el filósofo Pitágoras á sus discípulos por el tiempo de cinco años, seria hoy entre nosotros una ley eminentemente social. El silencio seria ahora la salvacion de las modernas sociedades.

En vista de esto, cuando el charlatanismo ha invadido todos los terrenos; cuando la palabra, espresion del pensamiento, se ha convertido en instrumento de los mas perjudiciales errores; cuando todos quieren hablar y perorar, siendo tan pocos los que saben discurrir; cuando, por decirlo de una vez, el siglo se ve inundado en un diluvio de palabras, sin hallar una sola idea, necesario me parece el decir con Santiago: Sed, ¡oh hombres! muy tardos y detenidos para hablar. *Homo autem... tardus sit ad loquendum*. Nuestro propio interes y los intereses públicos así lo exigen. Hé aquí lo que intento demostraros al probar que

El abuso de la lengua ó el mucho hablar arrastra á cometer irremediabiles escesos.

Unica proposicion.

Ave María.

La lengua le ha sido dada al hombre como instrumento de su razon, y nada hay mas repugnante que el hacerla servir para espresar ideas que á la razon sean opuestas. El destino de esta pequeña parte ó miembro del cuerpo humano es en sí mismo muy noble, toda vez que, ademas de ser instrumento para espresar las ideas, lo es tambien para alabar á Dios con incesantes himnos y alabanzas. Para ejercer ó cumplir este doble y glorioso destino hásele concedido á la lengua un inmenso poder; de tal manera que, con ser tan pequeño miembro, cambia la situacion moral de las sociedades, hace revivir las ideas ó las generaliza, destruye los errores, propaga la verdad, y conmueve á los pueblos para llevar á cabo grandes empresas. El poder de la lengua es grande como el del pensamiento; pero este poder que es grande para crear ó para edificar, lo es tambien para destruir; pues nos dice el Espíritu-Santo que la lengua conmueve las muchedumbres, y las lleva de gente en gente, y destruye las ciudades fortificadas, y mina las casas de los poderosos, y destruye las virtudes de los pueblos, y disuelve las naciones fuertes (1). Porque todo poder que es grande para edificar, lo es tambien para destruir. Si en la lengua está la vida, en la lengua está tambien la muerte. *Mors, et vita in manu linguæ* (2).

Apenas hay en las Sagradas Escrituras un libro donde, con ejemplos ó con sublimes sentencias, no se nos instruya acerca de los escesos en que puede hacernos caer el abuso de la lengua.

En primer lugar, al mismo hombre locuaz ó hablador le anuncia el Espíritu-Santo muy graves males. No se justificará, dice Job, el hombre que hable mucho (3). No será dirigido en la tierra, dice David, el que abuse de su lengua (4). Donde hay muchas palabras, dice el libro de

(1) Eccl., 28, 16. (2) Prov., 18, 21. (3) Job, 11. (4) Salm. 12.

los Proverbios, allí hay frecuentemente pobreza (1); y los labios del necio causan la ruina de su alma (2); y á la manera de una ciudad que está abierta y sin muros, así es el hombre que en las palabras no puede contener su espíritu (3). Los labios del necio le precipitarán, dice el Espíritu-Santo en el libro del Eclesiástico; el principio de sus palabras será la necesidad, y el último error peor que el primero (4). La lengua del imprudente es su misma ruina, segun se lee en el mismo libro (5), y el que usa de muchas palabras perjudica á su alma (6), y su caída es insanable y mortal (7). Si alguno piensa que tiene religion y no refrena su lengua, su religion, dice Santiago, es vana (8). En el que habla mucho, no faltará nunca pecado.

No es posible reducir á guarismo los males que al prójimo y á la sociedad causa el abuso de la lengua. En los labios del malvado, dice el Espíritu-Santo, arde el fuego (9), y su boca provoca litigios (10), y separa á los príncipes (11), y es terrible en su ciudad el hombre hablador (12), y la muerte que causa la lengua es la peor de las muertes (13).

La lengua es fuego, dice el apóstol Santiago, y universal iniquidad; é inflamada por el infierno, mancha nuestro cuerpo é inflama toda nuestra vida. Ha domado el hombre, añade el mismo apóstol, las mas feroces bestias, y la lengua no ha podido domarla ninguno. Es ella un agitador mal, lleno de mortífero veneno (14).

La lengua es una víbora y una lanza, dice San Bernardo. Ya está la lengua preparada, dice el Nazianceno, como la saeta en el arco. Lo mismo hiere al cielo que á la

(1) Prov., 14. (2) Id., 18. (3) Id., 28. (4) Eccl., 10. (5) Id., 15.

(6) Id., 20. (7) Id., 28. (8) Jacob., 1. (9) Prov., 16.

(10) Id., 18. (11) Id., 16. (12) Eccl., 9. (13) Id., 25.

(14) Jacob., 3.

tierra; á los presentes como á la posteridad; á los buenos como á los malos; á los amigos como á los enemigos; á los que están lejos como á los que están cerca (1).

No hay que estrañar, en vista de esto, que Dios castigue severamente á los que abusan de la lengua, don precioso que concedió al hombre para que le alabara.

Todo el dia, dice David al pecador, ha estado pensando injusticia tu lengua. Amaste, ¡oh lengua falaz! amaste la malicia, y todas las palabras de precipitación: por lo mismo te destruirá el Señor para siempre. *Dilexisti omnia verba præcipationis, lingua dolosa, propterea Deus destruet te in finem* (2). El que habla iniquidades no podrá ocultarse, dice el libro de la Sabiduría, y no se librará del juicio que castiga (3). Dios conoce todas las palabras, las oye, las penetra, para castigar la iniquidad de los impíos. Por eso ha dicho el Espíritu-Santo que el que guarda su boca, guarda su alma, y que el inconsiderado en hablar experimentará muchos males. Sin duda alguna, cuando el rico epulon fue castigado en su lengua, segun se lee en el Evangelio, purgaba ó espiaba las muchas palabras ociosas ú ofensivas que, ebrio y repleto, pronunciaba. De tal manera quiere Dios que no abusemos de la lengua, que hasta de las palabras ociosas nos ha de exigir cuenta en el dia del tremendo juicio (4).

Luego bien podemos decir con el Espíritu-Santo, que el que modera sus labios es prudentísimo (5), y que se verá lleno de bienes, fruto de su boca (6). El que guarda su boca y su lengua, dice el libro de los Proverbios, libra de mil angustias su alma (7). ¿Quién, Señor, pregunta David, entrará en tu tabernáculo? El que habla verdad en su corazon y no engaña con su lengua (8). Bienaventurado

(1) San Greg. De jejun. silentio. (2) Salm. 51. (3) Sap., 1.

(4) Matt., 12. (5) Prov., 10. (6) Id., 12. (7) Id., 21.

(8) Salm, 14.

el hombre, dice el libro del Eclesiástico, que no se ha deslizado con su lengua (1).

Todo lo cual me conduce á recomendaros las ventajas del silencio. Bien conozco que recomendar el silencio en esta época tan locuaz y sofística, ha de parecer á muchos un absurdo ó una extravagancia; pero yo lo considero como un remedio para tantos males como ha causado y está causando la manía de hablar y de escribir. En el silencio y en la esperanza, os diré con Isaías, está toda vuestra fortaleza. *In silentio et spe erit fortitudo vestra* (2). En otro tiempo el hablar desmedidamente era por efecto de la natural flaqueza; pero ahora se habla, y se habla sin fin, y hablan todos, llevados de la idea de que el hablar mucho es señal de los progresos que hace la civilización, así como de los particulares adelantos de la persona que habla. Me parece un absurdo semejante idea ó semejante juicio.

El filósofo Pitágoras, según antes he indicado, enseñaba á sus discípulos á callar por el tiempo de cinco años, para que callando aprendiesen á pensar y á hablar. El silencio, dice San Lorenzo Justiniano, es el principio de hablar bien (3). Aquel, dice San Gregorio, que haya aprendido á callar, será el que con mas veracidad sabrá luego hablar (4). Así como mientras se construía el templo, dice San Pedro Damiano, reinaba el silencio entre los operarios, sin oírse mas ruido que el de los instrumentos del arte, y entre este silencio crecía la fábrica de la casa de Dios, así el templo del Espíritu-Santo se agranda en nosotros con el silencio; pues cuanto menos se derrama exteriormente el hombre por medio de las palabras, mas se eleva hácia el cielo su espíritu (5). En el silencio, dice San Basilio, es donde se aprende lo que hemos de hablar, cuándo hemos de hablar, y de qué manera hemos de ha-

(1) Eccl., 14. (2) Isai., 30. (3) Lib. de Discip., cap. 15.

(4) Hom. 2, in Ezeq. (5) Epist. 130.

blar (1). El silencio, dice San Juan Clímaco, es madre de la oracion, libertad del cautiverio, observacion del fuego del divino amor, diligente inspector de los pensamientos, espejo de los enemigos, amigo de las lágrimas, operario de la memoria de la muerte, indagador del juicio, apéndice de la ciencia, secreto progreso hácia Dios, y oculta ascension al cielo (2). ¿Quieres salvarte? pregunta San Arsenio; pues *huye y calla*; aprende á huir, y aprende á callar. De haber callado nadie se ha arrepentido, y de haber hablado se han arrepentido muchos. El silencio y la oracion son grandes armas de las virtudes. Contra los vicios y escesos de la lengua el mejor remedio, dice San Agustin, es el silencio (3). Cuando hablas, dice San Jerónimo, lo que no edifica al prójimo te perjudica á tí.

Si juzgamos, segun estos principios, la conducta de los cristianos, grandes temores deben asaltarnos de que la lengua cause á muchos eterna condenacion. ¿Quién contiene sus labios? ¿Quién se para á meditar sus palabras antes de pronunciarlas? ¿Dónde hay una mujer que no sea murmuradora? ¿Dónde hay un hombre que no sea blasfemo ó maldiciente? ¿Dónde hay uno solo que, si bien lo medita, no pueda culpar á la lengua, en todo ó en parte, de su eterna perdicion? Haced, os repito con el Espíritu-Santo; haced para vuestras palabras un peso, y frenos para vuestra boca (4). Trae tus palabras, dice San Bernardo, dos veces á la lima, antes de traerlas una vez á la lengua (5).

Para sujetar ó refrenar nuestra lengua nos ayudará mucho el considerar que con la lengua, como dice el Crisóstomo, hablamos con Dios, y que en la lengua recibimos primeramente la Eucaristía (6). Si fuera posible, deberíamos tener una lengua para hablar con Dios, y otra para

(1) In brevior resp., 208. (2) Grad., 11.

(3) In Psalm. 88. (4) Eccl., 28. (5) De specul. monach.

(6) In Psalm. 140.

hablar con los hombres; pero no teniendo mas que una, debemos conservarla pura, para con ella hablar con Dios. La oracion requiere gran pureza y santidad en la lengua. En el bautismo se pone sal en la lengua para significar que es un miembro que fácilmente se corrompe; y el Espíritu-Santo aparece en lenguas de fuego, y no bajo otra forma, para dar á entender que la lengua es un miembro inflamado, mas que otro, por el fuego infernal. Por eso la naturaleza la tiene como encerrada y presa; pues bien necesita de reclusion lo que tan propenso es á hacer mal.

Guardad, Señor, mi lengua. Poned puerta á mis labios, para que por ellos no salgan mas palabras que las que os den gloria y honor á vos y edifiquen á mis prójimos. No permitais que usemos mal del don de la palabra, que es uno de los mayores que nos habeis concedido. Con el silencio y la esperanza en vos seremos fuertes para vencer al mundo, y recibir la corona en la gloria. Amen.

SERMON

sobre la misma epístola.

Sit omnis homo velox ad audiendum. (Jacob., 1.)

Esté pronto todo hombre para oír.

Con estas palabras quiere significar el apóstol Santiago que el hombre ha de estar siempre pronto para obedecer. No dice el santo apóstol que el hombre ha de estar preparado para pensar ó para discutir, sino que ha de mostrarse dócil para oír la voz de la autoridad y del precepto. No se exige de nosotros que seamos buenos intérpretes ó comentaristas de la Biblia, como presumen los protestantes debemos serlo, sino que con los dos oídos que nos ha dado la naturaleza para oír, oigamos á los maestros y á los superiores. Así debe notarse cómo el apóstol, al paso que dice estemos prontos para oír, añade también que hemos de ser tardos ó detenidos para hablar. *Sit omnis homo velox ad audiendum... tardus autem ad loquendum.* La obediencia antes que todo, la obediencia pronta: hé aquí lo que se nos exige. La réplica y la contradicción: hé aquí lo que se nos prohíbe.

Como cada época, señores, tiene sus extravíos ó sus locuras, hay siempre en la sociedad nuevas necesidades morales y sociales que satisfacer. La nuestra no se distingue, por cierto, de otras por el espíritu de sumision y obediencia; antes bien, moviéndose al impulso de contrarias doctrinas y de opuestas opiniones, no ha conseguido mas que desvirtuar el principio de autoridad, que es el primer principio del poder, y establecer el principio de rebellion, que es el primer principio de la muerte de las naciones. Sin el principio de autoridad, y, por consiguiente, sin el principio de sumision ú obediencia, que le es correlativo, no hay, ni puede haber nunca, paz ni vida para los pueblos. Las actuales agitaciones de la sociedad, si bien las estudiamos, tienen por origen algunos errores que, en punto á la obediencia, se han propagado.

Esta consideracion me mueve á hablar hoy desde la cátedra del Espíritu-Santo acerca del deber de la obediencia; haciéndolo, no en el interes de estos ó de los otros hombres, sino en el de todo gobierno, en el de toda sociedad, y en el de la religion. Al efecto os haré ver que

La obediencia constituye el primer deber del hombre.

Unica proposicion.

Ave María.

Al criar Dios al hombre le impuso un destino y un deber: el destino de la propagacion de la especie humana, y el deber de la obediencia. Este deber bastaba para hacer que conociese el hombre otros deberes. Reconociendo á Dios como supremo y soberano Señor del mundo, y mostrándose obediente á su precepto, que se le impuso al

hombre para que se considerase siempre en dependencia de su Criador, el género humano no habria tenido que hacer mas sino dejarse conducir y gobernar por quien le habia criado para hacerle eternamente feliz. Si la obediencia constituia su primer deber, tambien la felicidad eterna era, digámoslo así, su derecho, pues con solo obedecer habria llegado á la posesion de la mas grande dicha que se puede alcanzar. La obediencia encerraba su vida, así la temporal como la eterna; era, por lo tanto, su primer deber; á este deber se hallaba ligada su felicidad; y olvidado é infringido este primer deber, cayó el hombre de todos sus derechos y perdió todos sus dones.

La desobediencia de Adan, como que afectó al primer deber, á un deber fundamental, afectó á todos los deberes y trajo tras sí todos los pecados. La obediencia le habria mantenido en la práctica de todas las buenas obras; la desobediencia le arrastró al abismo de todas las culpas. La desobediencia y la rebelion vienen manifestándose en primer término en el género humano desde la caida del primer hombre; esa es la llaga que le abre el primer pecado; esa es su enfermedad; esa es su muerte.

Por lo mismo, al tratar de redimir al hombre, al pensar en la abolicion de la primera culpa y en devolver al género humano, por el mérito infinito de una santa víctima, los derechos perdidos, hubo necesidad de restablecer, digámoslo así, en su fuerza el primer deber, y de cumplirle, para traer la humanidad al mismo lugar ó Paraíso de donde fuera arrojada. Hé aquí por qué Jesucristo se constituye obediente, y obediente hasta morir, y obediente hasta morir en una cruz. Al decir Jesucristo á su Padre: «No quieres la hostia y la oblacion, y me has preparado un cuerpo,» enseñan los espositores que en la palabra *cuerpo* se entienden los oidos para obedecer. Como si hubiese dicho Jesucristo: «Porque con la sangre de los toros no se pueden borrar los pecados, me has dado oidos para

que te oiga, y oyéndote te obedezca (1).» El destino de Jesucristo, como Redentor, era obedecer. Por eso lo que primero se lee en el libro de los designios de Dios sobre su Hijo eterno y sobre el género humano, no es que hubiese de obrar milagros, ni curar enfermos, ni mandar á los elementos; sino que habia de ejecutar la voluntad de su Padre; es decir, que habia de ser obediente. *In capite libri scriptum est de me, ut faciam, Deus, voluntatem tuam* (2).

Veis, pues, que tanto en la creacion como en la redencion lo primero que se deja ver, en punto á deberes, es la obediencia, y solo la obediencia. Ella es el primer deber que impone Dios á Adán, y el primero tambien que impone, digámoslo así, el Eterno Padre al divino Redentor. *In capite libri scriptum est de me*. Con la obediencia habria sido siempre feliz el género humano: sin la obediencia no se concibe que seamos hombres redimidos. Ved si he dicho con razon que la obediencia constituye el primer deber del hombre.

El hombre pertenece á dos sociedades, cada una de las cuales reconoce como primer deber de los asociados la obediencia á la ley. Si considerais al hombre como miembro de la Iglesia, la obediencia es la que le constituye hijo de ella; de tal manera, que el que no la oye ú obedece ha de ser considerado, segun dice el Evangelio, como gentil ó publicano. Obedeciendo la funda Jesucristo, y obedeciendo es como permanecemos dentro de ella. La Iglesia es el Paraiso, y en el Paraiso no podemos permanecer sino obedeciendo el precepto de Dios. Fuera del Paraiso fue arrojado Adán luego que desobedeció: fuera de la Iglesia seremos arrojados si no obedecemos. Por la obediencia ha ganado Jesucristo un trono, ante el cual cielos, tierra y abismos se rinden y humillan: por la obediencia

(1) Ad hebr., 10. Corn. á Lap. (2) Id., id.

cia llegamos nosotros á alcanzar la gloria eterna. Sin la obediencia no hay mas que pecados, efecto de la infraccion de la ley: con la obediencia todas las virtudes se adquieren y practican. La obediencia es la salvacion de los fieles, madre de todas las virtudes, la que encuentra el reino de los cielos, la que eleva á los hombres sobre la tierra, la que habita con los ángeles y es la comida de los Santos. Así como sin un jefe no se consigue la victoria, y sin un diestro piloto no se llega al puerto, del mismo modo sin la obediencia, dice San Lorenzo Justiniano, es imposible no naufragar en el puerto de la presente vida (1).

Si desde la consideracion del hombre como cristiano pasamos á la consideracion del hombre como individuo de la sociedad, veremos del mismo modo que la obediencia es su primer deber; y que sin el cumplimiento de este deber, ni el individuo cumple su destino social, ni la sociedad podria subsistir.

El apóstol San Pablo, para exhortar á los romanos á la obediencia y sumision á las potestades, alega que no hay potestad que no venga de Dios, y que todas las cosas por Dios están ordenadas. Luego el que resiste á la potestad, deduce San Pablo, resiste al orden de Dios; y resistiendo al orden de Dios, incurre en la propia condenacion. *Quæ autem sunt, à Deo ordinata sunt. Itaque qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit* (2). Dios, que es el padre y autor de la sociedad, no podia dejarla abandonada á la anarquía, porque hubiera equivalido á condenarla á una muerte desastrosa. En el orden providencial entra, por lo tanto, el establecer un orden gerárquico en el mundo; orden en cuya virtud unos han de tener el derecho ó la potestad de mandar, y otros la obligacion de obedecer. Este es el orden de Dios: y el que resiste á la potestad, resiste á ese orden.

(1) De ligno vitæ, cap. 3, de Obed. (2) Ad Roman., 13. ()

«No demos mas que á Dios, dice San Agustin, la potestad de dar el reino y el imperio; á Dios, que da la felicidad en el reino de los cielos solo á los buenos, pero que da el reino terreno á los buenos y á los malos, segun place á aquel á quien nada injusto place. El que dió el poder á Mario, se le dió á César; el que se le dió á Augusto, se le dió á Neron; el que se le dió á Vespasiano, se le dió á Domiciano; y el que se le dió á Constantino, diósele tambien á Juliano (1).» En punto á la legitimidad de los poderes constituidos y obediencia que se les debe, tenemos que ser muy cautos en promover cuestiones. La discusion acerca de tales puntos hiere siempre el corazon, y la pupila, digámoslo así, del ojo de la sociedad. Como del acero y del pedernal saltan chispas de fuego siempre que se chocan, así con semejantes cuestiones se encienden las discordias y se queman todos los vínculos sociales. Es siempre mas prudente sufrir los escesos de la autoridad, que el reprimirlos por medio de rebeliones.

La obediencia, repito, es el primer deber social, como es el primer deber religioso y el primer deber humano.

Por eso vemos en las sagradas letras tantos castigos ó amenazas contra los inobedientes. Por su desobediencia fueron arrojados del Paraíso nuestros primeros padres; y ¿pensamos nosotros entrar en él siendo inobedientes? Por ser inobediente la mujer de Lot, fue convertida en estatua de sal (2). Por ser inobediente fue arrojado del trono Saul (3). Un profeta fue devorado por un leon, porque no obedeció á Dios (4).

La desobediencia hace al hombre, en cierto modo, idólatra ó ateo, pues el desobediente niega á Dios segun que es universal Señor de todas las criaturas. El verdadero reconocimiento del dominio es la obediencia. ¿Por qué me lla-

(1) Lib. 5, de Civit. Dei., cap. 21. (2) Génes., 19.

(3) 1, Reg., 15. (4) 3, Reg., 13.

mais, dice Jesucristo, Señor, Señor, si no haceis lo que mando? *Quid vocatis me Domine, Domine, et non facitis quæ dico* (1)? El desobediente atrae sobre sí la maldicion. Maldito, dice el Señor, el que no permanezca en la observancia de la ley y deje de cumplirla. Sobre aquel que no quisiere oir la voz de su Dios ni ejecutar sus mandatos, vendrán todas estas maldiciones. Maldito será en la ciudad, y maldito en el campo. Maldito el fruto de su vientre, y maldito el fruto de su heredad. Malditas sus cosechas, y malditos sus ganados. Maldito cuando entre, y maldito cuando salga (2). Malditos, dice David, todos los que se apartan de tus mandamientos. ¡Ay de vosotros, dice tambien el Espíritu-Santo en el libro del Eclesiástico; ay de vosotros los que habeis abandonado la ley de Dios! Al nacer recogeréis maldicion, y al morir la maldicion será vuestra herencia (3). Esta maldicion la encontramos figurada con la que Dios fulminó contra la higuera que no daba fruto; es decir, que no obedecia á la ley natural de su existencia.

Considerando desde la alta region de la fe los males que nos afligen en este mundo, veremos que todos nacen de la desobediencia. La muerte, por la desobediencia de Adan, entró en el mundo. Si no obedeces los mandatos de tu Dios, vendrá sobre tí, segun se lee en el Deuteronomio, el hambre, y todas tus obras merecerán reprehension y castigo, hasta que seas exterminado (4). San Gregorio y San Agustin esplican bien esta especie de rebelion de la naturaleza contra el hombre. Las cosas inferiores, dice el primero, no te obedecen á tí dándote lo que les pides, porque tú no obedeces á Dios, ó al que ocupa en la tierra su lugar. El que no practica los preceptos de Dios, dice San Agustin, no merece alcanzar lo que en su oracion pide. Sirve al mayor, dice este mismo gran doctor, para que á

(1) Luc., 6. (2) Deuter., 28. (3) Eccl., 41. (4) Deut., 28.

tí te sirva el menor. Sirve al que te ha criado, para que te sirvan todas las cosas que para tí han sido hechas. Si tú no obedeces á Dios, por tu mismo siervo serás mortificado (1). A Josué le obedecieron el sol y la luna, porque él obedecía á Dios.

Cuando los que mandan se quejan de que los súbditos no los obedecen, miren si ellos obedecen á Dios, pues no obedeciendo ellos á Dios no pueden quejarse de que á ellos no les obedezcan los inferiores. La sociedad es una cadena cuyos eslabones se mueven segun el movimiento de los eslabones mayores.

Tiene ademas la desobediencia una especial repugnancia, que consiste en hacer al desobediente compañero del demonio. Entre todas las criaturas no hay mas que dos que desobedezcan á Dios; el demonio y los hombres malos. Aun cuando á su obediencia no hay prometida una recompensa, obedecen á Dios el sol, la luna, las estrellas, el cielo, la tierra, los ángeles, los animales, las plantas, las piedras; todas, todas las criaturas. Solo el demonio y el hombre desobedecen; el hombre, á cuya obediencia tan grande premio hay ofrecido.

Por eso, en las órdenes religiosas, que son, digámoslo así, *sociedades-modelos*, segun el espíritu del Evangelio, y sus consejos de perfeccion, la obediencia es el primero ó casi único fundamento. La obediencia es la absoluta sumision de la propia voluntad á la voluntad del superior; de tal manera, que donde la sumision es mayor ó mas absoluta, mas perfecta es la sociedad religiosa. Aquellas comunidades donde el fiel obediente no conoce, como dice San Bernardo, la tardanza, y huye de decir *mañana*, y prepara los ojos para ver, oidos para oir, lengua para la voz, manos para las obras, y para el camino pies, son las que mas robusta vida tienen y donde mas virtudes se prac-

(1) S. Aug., in Psalm. 143.

tican. No entra en muchas discusiones el obediente, porque no sabe juzgar, dice San Gregorio, el que ha aprendido perfectamente á obedecer (1). Ni hay tampoco que detenerse ante la dificultad del precepto; porque Dios, que insta con el mandato, como enseña San Leon, tiene ya preparado el auxilio.

Es, pues, la obediencia, diré para concluir, el primer deber del hombre, el primer deber del cristiano, el primer deber del ciudadano, el fundamento de la humanidad, el fundamento de la Iglesia, el fundamento de la familia, el fundamento de la sociedad. El que no obedece, infringe un gran deber, que afecta á la conservacion de la familia y de la sociedad; y por eso castiga Dios la desobediencia con grandes penas, y nos retrae de ella con terribles amenazas. Los públicos males que hoy nos rodean, producidos son por el espíritu de rebelion en que viene educándose la Europa hace algun tiempo. Y para que se verifique que ha de ser siempre el cristianismo el que salve la sociedad, levanta hoy su voz, diciendo con San Pablo: «Obedeced, porque resistiendo á la potestad, resistís al orden de Dios: obedeced, no solo por temor, sino por conciencia.»

Con la obediencia reinará la paz y florecerán todas las virtudes. Concedednos, Dios mio, oidos para oir vuestra voz y la de nuestros superiores, y alcanzar así la victoria temporal y la eterna, que en la gloria á todos os deseo. Amen.

(1) S. Greg., lib. 2, in 1 reg.

Sermones que pueden aplicarse á esta epístola.

- 1.º *Sobre la obediencia cristiana.—Tomo segundo.*
- 2.º *Sobre la murmuracion.—Tomo tercero.*
- 3.º *Sobre la blasfemia.—Tomo id.*
- 4.º *Sobre la venganza.—Tomo segundo.*

SERMONES

sobre el evangelio del mismo domingo.

PUEDEN APLICARSE AL PRESENTE EVANGELIO.

- 1.º *Sobre la fe.—En este mismo tomo.*
- 2.º *Sobre las tradiciones.—Tomo tercero.*
- 3.º *Sobre la divinidad de Jesucristo.—Tomos primero y tercero.*

SERMONES

sobre la epístola del quinto domingo despues
de Pascua.

PUEDEN APLICARSE A ESTA EPISTOLA.

1.º *Necesidad de las buenas obras.—Tomo segundo, pág. 502.*

2.º *La caridad y la tolerancia en su significacion verdaderamente cristiana.—Tomo primero.*

3.º *Sobre la mutua misericordia de los hombres entre sí, —Tomo segundo.*

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

*Amen, amen dico vobis: si quid
petieritis Patrem in nomine meo,
dabit vobis. (Joan., 16, 23.)*

En verdad, en verdad os digo que
cuando pidais algo á mi Padre en
mi nombre, os lo concederá.

GRANDES consuelos anunció á sus apóstoles Jesucristo, segun leemos en el Evangelio de San Juan, al mismo tiempo que les predijo horribles tribulaciones. Grandes gozos al lado de grandes tristezas; grandes triunfos al lado de grandes luchas; gran poder bajo las apariencias de la humana debilidad; y grandes promesas para los momentos de grandes peligros.

Sobre todo, el Salvador entrega á sus discípulos un arma con que han de mostrarse invencibles sabiendo con destreza manejarla. Viéndolos entristecidos porque le oyen decir que tendrá que separarse de ellos para subir al Padre, y temerosos aun, como que no habian recibido todavía al Espíritu-Santo, Jesucristo los anima prometiéndoles que lo que pidan al Padre en su nombre les será concedido. La oracion, pues, les recomienda el Salvador, vin-

culando en ella una especie de omnipotencia para los que oran, toda vez que es al Omnipotente á quien se dirigen, invocando la omnipotente virtud del infinito mérito de Jesucristo, cuya palabra, con doble afirmacion, asegura el buen éxito de nuestras cristianas peticiones. *Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem, etc.*

La Iglesia, recordándonos ahora esta solemne promesa del Salvador, parece querernos significar que, así como Elías, antes de ser arrebatado al cielo, dijo á su discípulo: Pídeme lo que quieras antes que me separe de tí: *postula quod vis, ut faciam tibi antequam tollar á te*; del mismo modo Jesucristo, antes de subir al cielo, nos dice á todos: Pedid cuanto querais, pero pedidlo en mi nombre, y os será concedido por mi Padre. Tal es el espíritu de la Iglesia en estos dias en que congrega á los pueblos para que, en pública rogativa ú oracion, pidan en nombre de Jesucristo al Eterno Padre lo que les convenga alcanzar para el remedio de sus necesidades. Nos dice el Salvador que oremos, que pidamos, que instemos, pues está asegurado el fruto de nuestra oracion. *Dabit vobis.*

Pero apenas hay quien ore: por eso hay pocos que reciban. A los cristianos se les podria decir: ¡Ni una hora en toda vuestra vida habeis podido velar y orar como manda Jesucristo! *Non potuistis una hora vigilare mecum.* No orando, faltamos á uno de los principales deberes del cristiano; porque (y ved la materia del discurso)

La oracion es un arma poderosa con que hemos de sostener la vida cristiana contra todos los peligros.

Ave María.

La oracion es un acto del entendimiento, ó, mejor dicho, una necesidad, toda vez que, ligando á la criatura racional tan fuertes vínculos con su Dios, y experimentando tantas miserias, hijas de su propia condicion, no puede prescindir de tener trato ó comercio con su Criador benéfico, para derramar en su divino seno lágrimas, ó para alcanzar de su generosa mano beneficios. No puede prescindir la criatura de orar y de pedir, como no podemos prescindir de ser hombres, y como no puede Dios dejar de ser Dios. La idea de la grandeza, bondad y omnipotencia de Dios, que es nuestro Criador y nuestro Padre, y la triste esperiencia de nuestros multiplicados dolores, efecto de la culpa, hacen necesaria cierta especie de comunicacion con Dios, á que propende irresistiblemente nuestra naturaleza. El mismo corazon nos eleva hácia el cielo en alas del suspiro, y el entendimiento tiene voces ó interiores palabras que no comprende nadie sino Dios. No hay un pais donde no se ore, bien sea gentil, bien viva envuelto en otros errores. No ha habido necesidad de que se nos imponga un mandamiento espreso sobre la oracion, como no la ha habido para que se nos mande tomar alimento.

Pero, sobre todo, el cristiano es el que ha de considerar que la oracion es para él un arma necesaria. Jesucristo, su Redentor y su maestro, así se lo enseña, orando él mismo, dictándonos las palabras con que hemos de orar, diciéndonos lo que hemos de pedir, y asegurando que nada ha de sernos negado de cuanto conduzca á nuestra santificacion. La natural necesidad de orar en que nos encontramos ha sido dirigida por Jesucristo, como lo ha sido todo hácia el sobrenatural objeto en que hemos de poner ó cifrar nuestra eterna dicha. Si no sabíamos orar, Jesucristo pone en nuestros labios las palabras. Si no sabíamos lo que nos convenia pedir, el Salvador nos lo declara. Si no teníamos confianza en nuestra oracion, Jesucristo nos asegura el buen éxito de ella. *Amen, amen dico vobis: si*

quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.

No podia ser tampoco de otro modo. Porque siendo la vida del cristiano una perpetua lucha de las pasiones contra la virtud y de la carne contra el espíritu, á cada hora necesitamos superiores auxilios con que poder salir triunfantes de todo peligro y tentacion. Dios no puede dejar de suministrar grandes medios á aquellos á quienes lleva á grandes fines; y pidiendo á la naturaleza, flaca y corrompida, triunfos contra la misma corrupcion, no podia dejar de otorgarla grandes auxilios. Pero estos auxilios quiere Dios se los pidamos por medio de la oracion, para que nosotros cooperemos á nuestra felicidad, y se vea que el que nos hizo sin nosotros no nos justifica sin nosotros, como dice San Agustin. *Qui fecit te sine te, non te justificat sine te* (1). Pide tambien Dios nuestras oraciones, porque en ellas se incluyen ó encierran y perfeccionan muchas virtudes, como son la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia y otras, sin las cuales no ora ninguna persona piadosa; y con estas virtudes podemos merecer tanto, que es mejor, segun dice Clemente Alejandrino, orar y no alcanzar, que alcanzar sin orar (2). Pues aunque orando no consigas lo que pides, tienen alto merecimiento las virtudes que acompañan á tu oracion. Quiere Dios que oremos para concedernos aun mas de lo que le pidamos. Ezequías ora, y no solo se le restituye la salud, sino ademas quince años aun de vida, un célebre triunfo de su enemigo, y el aumento de su familia. El real Profeta pide á Dios le libre de sus enemigos, y se le concede ademas vida larga y gloria sempiterna como progenitor de Cristo. Salomon no pide mas que sabiduría ó prudencia para gobernar, y se le conceden tambien grandes riquezas y grandes honores. El paralítico no pide mas que la salud de su cuerpo, y se le concede tambien la del alma. El querer Dios que ore-

(1) Serm. 15, de Verbis Apost. (2) Lib. 7, Stromat.

mos y pidamos es para provecho de los que, en virtud de la oracion, han de recibir mas de lo que pidan. Aunque Dios haya decretado concedernos un beneficio, quiere que con la oracion le merezcamos. A Acab le habia prometido Dios, por medio de Elías, la benéfica lluvia; y, sin embargo, el profeta debió orar para que lloviera (1). Con infalible certeza sabia el Salvador que los gentiles habian de ser su herencia, y, sin embargo, el Padre le manda orar para que lo sean. *Postula à me, et dabo tibi gentes hæreditatem tuam* (2).

Si no tienes oracion, es como si sacases del agua el pez. «Grande arma, dice San Juan Crisóstomo, es la oracion, gran seguridad, gran tesoro, gran puerto, lugar de refugio (3).» San Efrem llama á la oracion custodia de la templanza, freno de la ira, represion de la soberbia, medicina del odio, potencia de los reinos, tutela de la paz, sello de la virginidad, fe del matrimonio, fortaleza de los caminantes, guardia de los que duermen, abundancia de los labradores, salud de los que navegan, patrona de los reos, consuelo de los tristes y alegría de los alegres (4). Columna de las virtudes la llama San Agustin, escala de la deidad, fundamento de la fe, corona de los monges, alivio de los casados (5), presidio del alma santa, consuelo para el ángel bueno, suplicio para el diablo, grato obsequio á Dios, perfecta gloria, esperanza cierta, salud incorruptible (6). Orando Jeremías es confortado en la cárcel, Daniel se alegra entre los leones, los tres jóvenes juegan en el horno de Babilonia, Job triunfa de Satanás, el ladron halla desde la Cruz el Paraíso, Susana es defendida de los ancianos, Estéban vuela al cielo. La oracion del justo mitiga la ira de Dios, oponiéndose á ella como un escudo (7); trae los

(1) 3. Reg., 18. (2) Psal., 2.

(3) Crisóst., lib. 4 de Orando Deo. (4) Trat. de la Orac.

(5) Serm. 22. (6) In psalm. 65. (7) Sap., 18, 21.

ángeles cerca de los hombres (1), y presentan á Dios sus oraciones (2); libra al hombre de los males; le consigue el perdón y la salud presente y la eterna (3); ahuyenta los demonios del corazón y del cuerpo (4); domina á los elementos y á las criaturas; detiene el sol, hace bajar fuego del cielo, y divide y rasga el mar como si fuese un papel sutilísimo.

Es tanta la fuerza de la oración, tanta su virtud y tan grande su fruto, que mejor tolera y sufre el diablo las llamas en que se abrasa, según dice Pedro Celense, que nuestras lágrimas en la oración (5).

Las Sagradas Escrituras podrían suministrarme aun muchas sentencias y grandes ejemplos con que probar la eficacia de la oración; pero diciéndonos terminantemente Jesucristo que lo que pidamos á su Padre en su nombre no podrá negárnoslo, no me parece hay necesidad de insistir en las pruebas.

Lo que sí debe llamar nuestra atención y exige seais acerca de ello instruidos, es cómo, siendo tanta la eficacia de la oración, llegamos á conseguir rara vez lo que en la oración pedimos. No alcanzamos, porque pedimos mal. Por lo general nuestras oraciones ó peticiones se dirigen á que se nos concedan cosas ó felicidades temporales, y en este caso nada pedimos, ó pedimos nuestra ruina. Por manera que el negárnoslas es efecto de la misericordia de Dios, como sería efecto de su ira ó de su justicia el concedérnoslas. No quiere Dios que le pidamos cosas pequeñas, sino grandes. No quiere que le pidamos lo que concede al pecador, al gentil y al impío, como son las cosas temporales, sino lo que en sus infinitos tesoros tiene reservado para los que le aman, cosa á la verdad tan grande que ni el ojo lo ha visto nunca, ni lo ha percibido el oído,

(1) Dan., 9, 21. (2) Job, 42. (3) Id., 15. (4) Matt. ult., 17. (5) Lib. de Panib., cap. 12.

ni el corazon humano, aun gozándolo, puede, como es en sí, totalmente comprenderlo. ¿Pedís sabiduría? pues la sabiduría dañó á Salomon. ¿Pedís ciencia? pues la ciencia perdió á los filósofos. ¿Pedís fortaleza? pues la fortaleza perdió á Sanson. ¿Pedís hermosura? pues la hermosura fue fatal á Absalon. ¿Pedís la multiplicacion de vuestra familia? pues los hijos perdieron á Helí. ¿Pedís riquezas? pues las riquezas ponen muy estrechas, para los que las poseen, las puertas del cielo. ¿Cómo, siendo Dios nuestro Padre, ha de concedernos lo que puede sernos perjudicial? Si nosotros no concederíamos ni aun á nuestro enemigo un veneno si nos le pidiese, ¿quereis que Dios acceda á nuestras peticiones cuando pedimos nuestro propio daño? Pedid primero el reino de Dios, y lo demas se os dará por añadidura.

No solo se falta cuando en la oracion pedimos un bien temporal que puede sernos nocivo, sino que faltamos tambien cuando pedimos se nos libre de lo que contribuye á hacernos humildes; cuando pedimos dominados por la ambicion, como los hijos del Zebedeo, ó llevados de un celo indiscreto, como cuando los apóstoles pedian descendiese fuego sobre los samaritanos; cuando pedimos una cosa que conviene nos sea negada para obligarnos á perseverar en la oracion; y cuando pedimos un estado que sabe Dios habia de ser un obstáculo para nuestra salvacion eterna.

¿Cómo, pues, hemos de pedir? *Postulandum esse in fide, nihil hæsitando*, dice Santiago. Confianza se nos exige tengamos al tiempo de orar; confianza en que Dios es omnipotente para concedernos lo que pedimos; confianza en que oye nuestra oracion y conoce nuestras necesidades; confianza en que mejor que nosotros quiere nuestro bien; y confianza en que lo que sea mas conveniente para nuestra salvacion ha de concedernos. Hemos de pedir con intencion pura, con fervor, con perseverancia, y, para decirlo con una sola palabra, *con humildad*. Conformándo-

nos en un todo con la voluntad de Dios, bien sea que nos niegue lo que pedimos, bien sea que nos lo conceda, esta conformidad es una provechosa virtud que nos hará contraer un doble mérito ante la bondad divina; y sea que alcancemos, ó sea que no alcancemos, siempre saldremos ganando en nuestras oraciones.

Quéjense hoy los cristianos de que no son oídas por Dios sus oraciones; pero ¿somos humildes en ellas? ¿Somos perseverantes? ¿Oramos con puro corazón? ¿Nos sometemos totalmente á la suprema voluntad de Dios? O mas bien, ¿no van nuestras oraciones envueltas en soberbia é inconstancia? Pues no estrañéis nos diga el Señor por Isaias: «Aunque multipliqueis vuestra oracion, no he de oiros, porque están llenas de sangre vuestras manos.» *Si multiplicaveritis orationem non exaudiam, manus enim vestrae sanguine plenae sunt* (1). «Es execrable, dice el Espíritu-Santo, la oracion de aquel que aparta sus oídos del precepto de la divina ley (2).» Dios no oye al pecador, como no sea respecto del propósito que muestre de reformar su vida. Por eso, antes de la oracion, debemos preparar nuestra alma para no tentar á Dios obligándole á que, en vez de bendiciones, nos envíe maldiciones.

Sea con motivo de nuestras necesidades ordinarias, sea cuando se presenten calamidades públicas, lo primero es purificar la conciencia, para que sea escuchada por Dios nuestra oracion. *Scimus quia peccatores Deus non audit* (3). Pero ir al templo, ó comenzar nuestra oracion bajo el peso de culpas que no queremos sean borradas, equivale á pedir á Dios agrave nuestros males, y haga durar por mucho tiempo nuestras tribulaciones. Sin las lágrimas del dolor, que, como dice San Pedro Crisólogo (4), riegan el cielo, deshacen la tierra, apagan el infierno y

(1) Isai., 1, 15. (2) Prov., 28, 9. (3) Joan., 9.

(4) Serm. 93.

borran la sentencia contra la culpa, no esperemos escuche Dios nuestras peticiones y gemidos: temamos mas bien provocar de nuevo su ira.

Por eso no debemos extrañar que Dios, cuyos oídos estaban abiertos para oír las oraciones de los antiguos patriarcas y justos, estén hoy como cerrados para escuchar á los que piden *en nombre de Jesucristo*; es decir, á los que piden con mejores títulos para ser oídos que los que tenían los justos de la antigua ley. ¿Puede, por ventura, conciliarse el pedir en nombre de Jesucristo, por los méritos de Jesucristo, y para el fin de los méritos de Jesucristo, con permanecer obstinadamente en la culpa y en la impenitencia? ¿No nos envia Dios lluvias! pero ¿no debemos agradecerle que no nos envíe la sequedad que causan los incendios? ¿No envia Dios calor á nuestros campos! pero ¿no debemos agradecerle que sobre la tierra no envíe otro diluvio? ¿Nos castiga Dios con el hambre, con la guerra ó con la peste! pero ¿no debemos agradecerle que no haya pasado antes sobre nosotros la vara de un general esterminio? No nos quejemos de Dios, sino de nosotros mismos. No nos quejemos de Dios, que nos ama, como nos lo asegura Jesucristo, sino de nosotros mismos, que no le correspondemos. *Ipse enim Pater amat vos.*

O hemos de negar la Providencia de Dios, con que todas las cosas son regidas y gobernadas, ó no puede dejar de ser la oracion el arma mas poderosa contra los peligros de la vida cristiana. Jesucristo nos da las seguridades de que cuanto pidamos en su nombre ha de sernos concedido. Hasta ahora no habeis pedido cosa alguna en su nombre. Pedid y se os dará: llamad, y se os abrirán las puertas. Pedid al Padre, de quien todo don perfecto descende; pedid al Hijo, único mediador entre Dios y los hombres; y pedid al Espíritu-Santo, que hace sean gratas á los ojos de Dios nuestras oraciones. Pedid recurriendo como á intercesores á los Santos, que son nuestros abogados cerca de

Dios. Pedid en las aflicciones, en los trabajos, en la pobreza y en la prosperidad. Pedid lo principal, para que poseais tambien lo secundario. Pedid el cielo, y sereis tambien dueños de la tierra. Pedid el reino de Dios antes que todo, y lo demas, pequeneces del mundo, se os darán por añadidura.

Haced, Dios mio, que nuestra oracion sea como puro incienso en vuestra presencia. No nos concedais enojado lo que imprudentes, temerarios ó carnales pidamos, sino mostraos misericordioso, cerrando entonces vuestro oído á nuestra oracion. Lo que convenga á nuestra salvacion eterna, eso no mas os pedimos; y como el pedir esto es pedir en nombre de Jesucristo, vos, Señor, que nos amais, no dejareis nunca de oir nuestras preces y socorrer nuestras necesidades. Venga á nos tu eterno reino, y hágase siempre tu santa voluntad, que es santificarnos y darnos eterna gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

sobre la gloriosa Ascension de Nuestro Señor Jesucristo.

*Et cum hæc dixisset, videntibus
illis, elevatus est, et nubes susce-
pit eum ab oculis eorum.*

(Act. Ap., 1, 9.)

Despues de decir todas estas co-
sas, se elevó en presencia de sus
apóstoles sobre una nube, que le
apartó de su vista.

Ha terminado, digámoslo así, su carrera el héroe ver-
daderamente inmortal. Hacia treinta y tres años que el
cielo, si así puede hablarse, habia descendido á la tierra,
y luego la tierra misma parece subirse al cielo. Union por
tantos títulos admirable, en cuya virtud lo celestial se hace
terreno, y lo terreno se hace celestial.

Cuarenta siglos llevaba el mundo esperando al que en
sus manos tiene la llave de David para abrir las puertas
del cielo. La fe en el futuro Mesías habia podido justificar
á muchos, pero dilatando hasta la plenitud de los tiempos
el goce de la recompensa. Veian á lo lejos la tierra de
promision ofrecida; pero no les era dado penetrar en ella.
Desde las ribeiras de los rios de Babilonia, suspendidas

sus liras en los sauces, lloraban recordando la santa Sion de su eterna dicha; pero el libertador aun no habia tomado sobre su hombro el principado. Están cerradas las puertas de la eterna ciudad de las esperanzas, hasta que un robusto Sanson las arranque de su quicio y se las lleve al monte. Hasta entonces no serán coronados los que pelearon, ni verán á Dios los que, viéndole, han de ser eternamente felices.

Jesucristo habia padecido, habia muerto y habia resucitado; pero faltaba aun el último triunfo en su carrera de Hombre-Dios: habia triunfado de la muerte; pero era aun preciso triunfar del tiempo: habia ganado como hombre un trono, un imperio, un cielo; pero aun no habia entrado á poseerle: todo lo tenia bajo sus pies; pero aun no se habia sentado á la derecha del Padre: todos le debian homenaje; pero todavía no se le habian tributado en pública y solemne adoracion: estaban á la puerta del cielo los justos; pero aun no les era dado ver el objeto de sus esperanzas. El divino Jacob se vuelve á la casa de su padre con todas las riquezas que ha adquirido en Mesopotamia, y el mejor Josef sube desde las humillaciones al trono.

Despues de cuarenta dias, durante los cuales Jesucristo confirma á los apóstoles en la creencia ó en el hecho de su resurreccion, el Salvador, como un héroe cargado de triunfos, sube al cielo, llevando tras sí, como trofeos de su victoria, á aquellas generaciones de justos que le habian adorado antes de venir, ó le habian reconocido Dios bajo la forma de hombre. Está acabada la obra; el demonio vencido; la culpa borrada; el cielo abierto. La Ascension del Señor es como la primera y la última fiesta ó solemnidad de la Iglesia; es decir, el complemento de sus fiestas, y como el desenlace de sus misterios. La gloria es lo primero y lo último; lo primero en la intencion, y lo último en la consecucion. Ya está abierto el paraiso: ya tenemos gloria. En efecto,

Jesucristo sube á los cielos á prepararnos á nosotros el lugar ó el trono que con su sangre nos ha merecido.

Unica proposicion,

Ave María.

Jesucristo sube con su propia virtud al cielo. No asciende en un carro como Elías, porque este, como puro hombre, necesitaba de ajeno auxilio; pero Cristo, criador de todas las cosas, sobre todas debia elevarse al cielo con su propia virtud como Dios. La nube que le sirve de trono representa su gloria y majestad, y parece dejar tras sí un vestigio de gloria, que mantiene inmóviles á los apóstoles en aquel celestial éstasis en que entraron al ver subir desde el monte Olivete á los cielos al Salvador.

Ya habia manifestado Jesucristo, dice San Bernardo (1), que era Señor de la tierra, del mar, y hasta del mismo infierno, y le restaba hacer ver que tambien lo era del aire y de los cielos. La tierra le reconoció por soberano cuando á su voz devolvió el cadáver de Lázaro al pedírsele Jesucristo. El mar le reconoció como Señor cuando la fina superficie de sus aguas le sirvió de sólido pavimento; y el infierno le reverenció cuando vió amarrar con una cadena al insaciable homicida que llamamos Satanás. A la verdad, el que resucitaba los muertos, el que curaba á los leprosos, el que iluminaba á los ciegos, el que sanaba á los tullidos y ahuyentaba todas las enfermedades, era verdaderamente Señor de todas las cosas, y rehacia con una mano lo que hiciera con otra. Para cerrar, pues, su túnica inconsútil, y

(1) Serm. de Ascens.

para perfeccionar ó robustecer el argumento de nuestra fe, faltaba que, en presencia de sus discípulos, subiese por medio del aire, como Señor de él, sobre todos los cielos; y recibir, como soberano dueño de todas las cosas, las adoraciones que cielos, tierra y abismos debian de tributarle.

Pero mas que como triunfo de Jesucristo, quiero considerar hoy su gloriosa Ascension como causa de nuestra salvacion eterna.

Subiendo Jesucristo al cielo, prepara el camino por donde nosotros hemos de subir, y el lugar que luego hemos de ocupar. *Vado parare vobis locum* (1). En el mundo no vemos se obre de esta manera. A los reyes les preceden en el camino una ó dos jornadas sus criados, para prepararles convenientemente la habitacion; pero Jesucristo precede á los suyos para animarlos á que busquen el cielo, si como miembros han de estar unidos á su cabeza. Los miembros no pueden vivir separados de la cabeza, y donde se halla esta han de hallarse aquellos. *Ut ubi ego sum, et vos sitis* (2). Los sarmientos separados de la vid se secan y no sirven mas que para el fuego. Por eso, hallándose en el cielo Jesucristo, que es nuestra cabeza, y que es la vid, por el cielo debemos suspirar con incesantes esfuerzos. Esta es la voluntad del Salvador al subir á los cielos, en cuya virtud elevó ó llevó consigo á la gloria las almas de los Santos, que sacó del lugar donde permanecieron esperando su deseado advenimiento. Nuestro destino es la gloria, hallándose allí nuestra cabeza, Jesucristo. Nuestra estancia en la tierra es una especie de violencia: luego nuestra eterna separacion de Dios, si desgraciadamente fuésemos condenados, ¿qué será? El estar la cabeza en una parte y los miembros en otra, constituye una situacion tan violenta, que, si alguna vez pudiera Jesucristo

(1) Joan., 14, 2. (2) Joan., 14, 3.

dejar de ser feliz, dejaria de serlo al verse separado de los que forman su cuerpo místico ó sus miembros. Los que éramos indignos de la vida, somos ya llamados á la inmortalidad.

Subiendo Jesucristo al cielo, es la realidad ó el cumplimiento de lo que prefiguraba el antiguo sumo sacerdote cuando entraba en el santuario á pedir á Dios por el pueblo. *Intravit cælum ad interpellandum pro vobis* (1). Allí, como Pontífice eterno, cuya oracion es siempre oída, no cesa de pedir á su Padre por aquellos que por el mismo Dios le fueron entregados para que los salvase. Viendo Dios aquella humana naturaleza tan ennoblecida en su Hijo Divino, es como necesaria su misericordia respecto de aquellos por quienes el Verbo Divino tomó la mortal carne. Al subir Jesucristo á los cielos, no podemos prescindir de considerar su gloriosa Ascension como ascension tambien de la humana naturaleza al reino eterno, cuyas puertas le han sido abiertas. Es, en una palabra, como la toma de posesion del género humano del eterno destino que le está reservado, así como la espulsion de Adan del paraíso de delicias fue la condenacion del humano linaje á no entrar en la gloria para que fuera criado. ¿Puede haber cosa mas consoladora para nosotros que el saber asiste ante Dios, como Pontífice, siempre orando, su mismo Divino Hijo, con todas las señales del cruento sacrificio á que voluntariamente se condenó por satisfacer la justicia de su Padre y libertarnos de la muerte eterna? Si en el mundo se consideran seguros los que tienen cerca del príncipe reinante algun poderoso amigo y mediador, ¿con cuánta humilde confianza no podremos esperar nosotros los favores de Dios y la vida eterna, teniendo á la diestra del Padre Eterno al Hijo amado que nos ha redimido?

Desde el cielo tiene Jesucristo que llenarlo todo con sus

(1) Ad Hebr., 7.

dones. *Ascendit super omnes cælos, ut adimpleret omnia* (1). «Os conviene é interesa mucho, dijo á sus apóstoles, que yo parta de aquí; pues si no partiere ó no me separare de vosotros subiendo al cielo, no recibiríais el Consolador, no vendria sobre vosotros el Espíritu-Santo.» *Si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos* (2). No nos deja huérfanos nuestro Padre, no: con nosotros nos asegura ha de estar hasta la consumacion de los siglos. «Al subir al cielo, dice San Leon, no abandona á los que ha adoptado (3).» Nos priva de su presencia corporal ó sensible el Redentor; pero es para llenar nuestros corazones con los preciosos carismas del Santo-Espíritu. Ese mismo Espíritu, que hizo como fecundo el caos en el dia de la creacion, va ahora á regenerar el mundo y á llenarle con sus inestimables dones: va á llenar la tierra de fe, de religion y de culto, como dice San Anselmo (4); va á llenar el mundo de amor de Dios, ya que Dios está tan lleno, digámoslo así, del amor á los hombres.

Pero si bien en todo esto debemos encontrar motivos para alegrarnos y para alimentar una santa confianza respecto de nuestra salvacion, hay tambien otra razon muy poderosa para que temblemos al ver subir á los cielos al Hijo de Dios. Cuando los apóstoles se hallaban como estasiados despues que una nube arrebató á sus ojos á su divino Maestro, dos ángeles interrumpieron aquella especie de fruicion, diciéndoles: «¿Por qué estais con los ojos clavados en el cielo? El mismo Jesus, que acaba de subir al cielo, vendrá algun dia de la misma manera que le habeis visto ascender. Este dia será el del juicio universal, cuando todo hombre tenga que dar públicamente cuenta del uso que hizo de la sangre del Redentor.» *Sic veniet.*

(1) Ad Ephes. 4, 10. (2) Joan., 16, 7.

(3) Serm. 11 de Resurrecc., cap. 3.

(4) Citado por Alapide en el mismo capítulo.

El puesto ó el lugar, digámoslo así, que ocupó Jesucristo al subir á los cielos, fue la derecha del Padre, en lo cual debe entenderse, segun dice San Agustin, la potestad que para juzgar ha recibido aquel que vino antes á ser juzgado. *Ut veniat judicaturus, qui prius venerat judicandus* (1). Conviénele á Cristo la potestad de juzgar, segun que es Dios y segun que es hombre. Como Dios, le ha encargado el Padre todo juicio, y como todo lo hizo por medio del Verbo, todo por medio del Verbo lo juzga. *Pater omne judicium dedit Filio* (2). Como hombre, merecida tenia Jesucristo con su muerte la potestad de juzgar; pues para dominar á los vivos y á los muertos, segun enseña San Pablo, murió y resucitó el Salvador (3). Toda potestad le ha sido conferida en el cielo y en la tierra. No ejerce ahora totalmente esa potestad en la tierra el Hijo de Dios; es decir, no le están todavía sujetas todas las cosas, como enseña Santo Tomás (4), en cuanto á la ejecucion ó ejercicio de esa potestad; pero al hacer el juicio ó al juzgar á los hombres, la ejercerá soberanamente, cuando en todas las cosas se cumpla entonces su voluntad, salvando á unos y castigando á otros.

Derecho tiene el Hijo de Dios, ya que no ha subido al cielo hasta haber redimido la tierra; derecho tiene á juzgar luego al mundo con esa omnipotente potestad de que hoy aparece revestido sobre la tierra y sobre el cielo. La Ascension al cielo y la última terrible venida son dos hechos ó dos ideas que no podemos separar, toda vez que las unen los ángeles al decir á los apóstoles: «¿Por qué estais mirando al cielo? Jesucristo, como veis que sube, así volverá. *Quid statis, etc.* Viéndole subir rodeado de tanta gloria, temed al mismo tiempo el juicio que vendrá á hacer con tanta potestad.» *Sic veniet.*

(1) Lib. 2 de Simb., cap. 7. (2) Joan., 5, 22.

(3) Ad Rom., 14, 9. (4) Summa, 3 p., quest. 59, art. 4 ad 2.

Para no temer este juicio debemos imitar á los apóstoles, no apartando los ojos del cielo, adonde ha subido nuestro divino Redentor. *Quæ sursum sunt, quærite... quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram* (1). Estando en el cielo Jesucristo, allí está nuestra patria, y allí deben volar nuestros suspiros. En la tierra no tenemos patria, ni morada fija, ni esperanzas: el palacio y el trono, preparados y guardados nos los tiene en el cielo el Salvador. Dejad este puñado de tierra, que, como las hormigas, se le dividen entre sí los hombres con el hierro y con el fuego. Como siguen al águila sus hijuelos, así nosotros debemos seguir al cielo á nuestro Padre y Redentor. Pero tengamos presente, como dice San Agustin, que el orgullo no sube al cielo con el Dios de la humildad, ni la avaricia con un Dios pobre, ni la molicie con un Dios de dolores, ni la impureza con el Hijo de la Virgen, ni los vicios con el Padre de las virtudes.

Pensar que el lugar ó el trono que Jesucristo ha subido á prepararnos en el cielo no hemos de merecerle ó ganarle con nuestras buenas obras, es un error pernicioso, para nadie mas funesto que para nosotros mismos. Si Jesucristo no sube á los cielos sino despues de haber sido crucificado, crucificados debemos de ser nosotros para seguirle en su ascension. Nadie espere ocupar el trono que le tiene preparado el Salvador, si no lleva la Cruz. Por las puertas del cielo, que hoy se abren, no podemos entrar mas que con las señales ó cicatrices de nuestros sacrificios. Si huimos del Calvario, no subiremos á los cielos.

Enviadnos, Señor, desde el cielo vuestros santos dones, y no nos juzgueis, desde el trono que ocupais á la derecha del Padre, mas que segun vuestra infinita misericordia. En esta confiamos al abrigar la esperanza de subir á la gloria, que á todos os deseo. Amen.

(1) Ad. Colós., 3.

SERMON

sobre el evangelio de la misma festividad.

*Euntes in mundum universum
prædicate Evangelium omni crea-
turæ. Qui crediderit...salvus erit:
qui vero non crediderit, condem-
nabitur. (Marc., 16.)*

Id por todo el mundo á pre-
dicar el Evangelio á toda criatura.
El que creyere, se salvará; pero el
que no creyere, será condenado,

AL oirme pronunciar las palabras que sirven hoy de tema á mi discurso, posible es, señores, que á alguno de vosotros le hayan recordado una cuestion grande, capital, inmensa, con que está enlazada la existencia de la Iglesia, y que han traído al terreno de una peligrosa discusion los enemigos del Evangelio. Errores muy graves que se propagan en nuestros dias han descompuesto, digámoslo así, el mundo religioso, y tras esta descomposicion, que afecta poderosamente al órden moral, ha venido la anarquía de las ideas, tan ligada con las revoluciones sociales. Cuando se oye proclamar el imperio de la *razon* sobre todo imperio, y condenar el principio de autoridad, como depresivo de los que se llaman *derechos* del hombre, teoría, ó, mejor

dicho, error grave, que tiende á la destrucción de todas las verdades, ¿quién dejará de temer los estragos que está llamado á producir semejante desvarío? Por eso la defensa de los dogmas cristianos representa hoy algo mas que una pura instruccion religiosa. Envueltos en errores y en ruinas, no vemos luz y remedio para los males que todos deploran mas que en las verdades fundamentales que la Iglesia enseña.

Iglesia he dicho, señores, y no ha sido al acaso el decirlo. En otros tiempos se habria mirado como una ridiculez, como una extravagancia, ó como una vana oficiosidad, el venir á deciros desde este santo lugar que hay una Iglesia instituida por Jesucristo para realizar perpetuamente los altos fines de la redencion. Pero como en los presentes dias, y por escritores que gozan de reputacion y ejercen influencia, se ha dicho que el cristianismo no es mas, ni fue mas en lo primitivo que una creencia puramente individual, asercion que agrada mucho á los que no pueden soportar el yugo de una autoridad doctrinal y directiva, se hace indispensable salir al encuentro de tamaño error. El Evangelio de este dia suministra materia ó argumento para hacerlo, y voy, con el auxilio divino, á intentarlo.

Hay una Iglesia instituida por Jesucristo para que, creyendo lo que ella enseña, se salve el género humano.

Euntes, etc., etc. Única proposicion.

Ave María.

El objeto que se proponen los escritores á quienes antes me he referido, es hacer creer que la Iglesia es una institucion humana, y que podemos, en su consecuencia, ser cristianos sin ser católicos, ó sin estar sometidos á un magisterio público que tenga derecho á que le prestemos sumision, es decir, sin estar sometidos ni al Papa, ni á los Obispos, ni á los sacerdotes. Error de incalculable trascendencia, como que destruye por su base, digámoslo así, la obra de Jesucristo.

Repito que este error cunde, porque halaga al orgullo humano, enemigo de toda ley y de toda autoridad.

Las profecías habian anunciado á Jesucristo, no como Salvador solamente del pueblo de Israel, sino como el deseado de todas las naciones y la esperanza general de toda la tierra. Su obra no estaba limitada á santificar á una raza, sino á formar de todas un solo rebaño, de quien él seria el único pastor. Desde la cima del Calvario tomó posesion de su reino universal, y desde la Cruz ha traído hácia sí todas las cosas. Por eso al anunciar Jesucristo su doctrina lo hacia presentándola siempre como una religion absoluta y universal, sin limitaciones de lugar ni de tiempo. Declarándose Salvador del mundo, Jesucristo debia librar de la maldicion del pecado á la criatura, y restablecer entre Dios y el género humano las relaciones que fueron cortadas por la culpa; y de la misma universalidad de esta obra, que debia abrazar todos los siglos y naciones, resultaba la necesidad de reunir, formando una sociedad religiosa, á los hombres de todos los tiempos y paises.

Jesucristo no seria realmente el Salvador del mundo si no facilitase á todos los hombres, en todas partes y siempre, los medios de conseguir la vida eterna, como se los dió á sus contemporáneos en los dias de su vida mortal. Ahora bien: Jesucristo ejerció un triple poder para salvar á los hombres; el poder de su *palabra*, el poder de su omnipotente *virtud*, y el poder de su soberana *autoridad*.

Con su palabra instruía ; con su virtud perdonaba ; con su autoridad mandaba y sometía. Pero la obra de Jesucristo era y es perpetua ; y habiendo de subir el Salvador á los cielos , privando de su corporal presencia á la tierra , era preciso que dejase ó que quedase siempre en el mundo una *palabra*, verdadera , divina é infalible, como la palabra del mismo Jesucristo ; una *virtud* omnipotente como la de Jesucristo , que perdone los pecados y santifique las almas , y una *autoridad* con derecho á ser respetada como la del mismo Redentor. Sin esta palabra , sin esta virtud y sin esta autoridad no podía constituirse una Iglesia , y una Iglesia era también necesaria para conservar esa autoridad , esa virtud y esa palabra. Esta Iglesia se inauguró el día en que Jesucristo subió á los cielos. *Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit... salvus erit ; qui vero non crediderit , condemnabitur.*

Jesucristo ha fundado una Iglesia, es decir, un magisterio público, encargado de anunciar y explicar el Evangelio y la fe á todas las gentes. No es á la generalidad de sus discípulos á quienes constituye maestros de la doctrina y encarga la plenitud del poder que había recibido de su Padre , sino á la flor , digámoslo así, de ellos, á Pedro y á los apóstoles, quienes, como columnas de la Iglesia y continuadores de la obra de Cristo , van á anunciar á todo el mundo lo que han oído al Salvador , lo que han visto con sus ojos y lo que han tocado con sus manos. Desde luego, desde el primer instante, aparece la Iglesia perfectamente organizada, con cabeza, con miembros, con gerarquía, con hijos , con autoridad y con sumisión. Por lo mismo que la Iglesia había de ser universal, tenía que ser una ; y como para conservar esta unidad era necesario un lazo exterior que la fortificase , crea Jesucristo un primado de honor y de jurisdicción, de que hace depositario á Pedro, su amante discípulo. Así prepara y fija la *Piedra* sobre

que está edificada su Iglesia. *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.* Notad bien estas palabras del Salvador. No dice en ellas que otros edificarán su Iglesia, ni que la organizará el tiempo, ni que los fieles la darán una forma, sino que sobre la Piedra que Jesucristo pone, levantará ó edificará él mismo su Iglesia. *Ædificabo Ecclesiam meam.*

Diez dias despues de la Ascension del Señor, en el momento en que empezaba la solemne fiesta de la Pentecostés de los judíos, siéntese honda conmocion en la naturaleza, y recibe su confirmacion la nueva alianza. Sobre los apóstoles y discípulos descende el Espíritu-Santo en forma de lenguas de fuego, símbolo del don de lenguas que se les concede, para que todos los oigan y nadie se exima de obedecerlos, y signo del fuego divino que los purifica. En seguida las innumerables gentes que habian concurrido á Jerusalem oyen hablar y predicar á los apóstoles, cada uno en su propia lengua; y por las inspiradas palabras de San Pedro conviértense á Jesucristo tres mil hombres, primeros hijos, digámoslo así, del pontificado, y reciben, en nombre de la Santísima Trinidad, el regenerador bautismo.

Así quedó esteriormente establecida y confirmada para todos los tiempos la Iglesia de Jesucristo. Un nuevo orden de cosas nace y se organiza; el reino de Dios se establece y desenvuelve; la vida circula; la Iglesia brilla, y Jerusalem es el centro de la nueva sociedad. Si despues de la Ascension de Jesucristo habia de perpetuarse su mision, era de todo punto necesario que la sociedad religiosa que habia fundado para satisfacer las necesidades del género humano, estuviese garantida siempre por una intervencion y sancion divinas. El Salvador encontraba el modelo de la organizacion de su Iglesia en el Antiguo Testamento que vino á cumplir y perfeccionar; y apropió, en efecto, la gerarquía y las formas á la libre y espiritual constitucion de

la nueva sociedad. Y así como habia unido en su persona, hasta la muerte, todos los poderes del antiguo pontificado bajo el aspecto de la doctrina, de la liturgia y del gobierno, del mismo modo transmitió, al fin de su carrera terrestre, este triple poder á sus apóstoles, constituyéndolos ministros de su sacerdocio, comunicándoles la potestad de retener y perdonar los pecados, y encargándoles la enseñanza ó instruccion de todas las naciones. «Como mi Padre me ha enviado, dice Jesucristo á sus apóstoles, os envío yo: el que os desprecie, me desprecia:» palabras solemnes que recuerda San Pablo, cuando dice: «Que cada uno de vosotros nos considere como ministros de Jesucristo y dispensadores de los misterios de Dios.» La distincion, pues, entre maestros y discípulos, entre pastores y fieles, distincion que desde el Antiguo Testamento pasó á la Iglesia cristiana, es de derecho divino. Luego hay una Iglesia divinamente instituida, y con una gerarquía igualmente divina, revestida de un incontestable poder dogmático para enseñar á todas las naciones. *Euntes docete*. Lo hareis con la misma potestad que yo tengo, y esta potestad no la he recibido yo del mundo ó de los fieles, sino de Dios, mi Padre. *Data est mihi omnis potestas*. Con esto quedan refutados los filósofos é historiadores modernos, que, en punto á la enseñanza, no quieren conceder á la Iglesia otra organizacion que la que han recibido del tiempo, ó de los fieles, ó la que dicen ha usurpado á los pueblos.

Decir *Iglesia*, es decir el cuerpo de los fieles unidos á sus legítimos pastores, para ser por ellos instruidos y gobernados. Por manera que la Iglesia es un magisterio ó una autoridad doctrinal. Estas dos cosas son una misma, y no se destruye á la una sin destruir la otra. Los que niegan á la Iglesia su infalible magisterio ó autoridad para enseñar, quieren reducir, segun dije antes, toda la religion y toda la fe á un sentimiento puramente individual,

y á un juicio *libre* y aislado. ¿Establece Jesucristo una doctrina? Luego debia establecer tambien los medios de conservarla; y estos no podian ser el entregarla á la interpretacion individual, sino á un tribunal infalible por la misma infalibilidad de Jesucristo, que es Dios, y que con sus apóstoles, que enseñan, estará hasta el fin de los siglos. No es el que enseña el cuerpo de pastores, sino el mismo Jesucristo, por medio del Espíritu-Santo, que revela á los apóstoles la verdad y les asiste perpetuamente.

¿Ha querido fundar Jesucristo una sociedad? Luego no ha podido dejar de instituir una autoridad ó un poder dogmático, condicion indispensable para fundar la unidad de los espíritus por medio de la unidad de creencia. Es de notar que la unidad es como el signo ó distintivo por donde el Salvador queria fuese conocida su obra. «Yo no ruego solamente por ellos, dice Jesucristo, sino tambien por los que deben creer en mí por su palabra, á fin de que todos sean una misma cosa, como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos; que sean una misma cosa en nosotros, á fin de que el mundo crea que me habeis enviado (1).» Ninguna sociedad puede subsistir sin la unidad; llevándose á veces hasta el extremo las ideas que se llaman de centralizacion, especialmente cuando á la sociedad se la supone en peligro. La sociedad es la unidad: la unidad es la sociedad. Ahora bien: cuando en la sociedad temporal, donde hay diferentes lazos de union, se busca tambien la unidad por medio de la ley, por medio de la enseñanza, por medio de la autoridad, con especialísima razon en la sociedad de los espíritus ó de los ánimos y de los corazones, que es la sociedad que viene á fundar el Salvador, era necesario un elemento de unidad para contrarestar los elementos de division que lleva consigo la razon humana abandonada á sí misma. Para esto ha sido instituido el magisterio público que

(1) San Juan, 17, 20.

llamamos *Iglesia docente*. Su enseñanza han de oirla los fieles, so pena de eterna condenacion. *Prædicate... qui vero non crediderit, condemnabitur.*

Si ademas consideramos á Jesucristo como bienhechor del género humano, veremos que no debió ni pudo entregar las verdades religiosas á los individuales alcances ó esfuerzos del hombre. En punto á estas verdades no bastan conocimientos vagos ó incompletos, sino que son necesarias ideas precisas, para que puedan ser regla de la vida; ideas completas, para que nos hagan conocer el objeto y fin de nuestra existencia, y los medios para llegar á él; é ideas formadas, para que desde luego impriman direccion á nuestra vida y á todas nuestras acciones. Para llegar á poseer esta ciencia ó estas ideas no hay mas que dos medios: el trabajo individual y la autoridad doctrinal. No creo haya nadie que con formalidad se atreva á decir que el trabajo individual es bastante para descubrir la verdad religiosa, donde tantos misterios se ocultan. La esperiencia, por otra parte, lo desmentiria. Nada ha descubierto el ingenio humano en punto á religion: los esfuerzos de los mas grandes filósofos de la antigüedad fueron estériles; y como la religion es la primera necesidad y el primer deber del hombre, ha debido dársele ó facilitársele su conocimiento, sin los peligros de las propias aberraciones. Esto es lo que ha hecho Jesucristo, instituyendo su Iglesia como magisterio público é infalible para promulgar sus oráculos é instruir á los pueblos, que no serán nunca mas que una gran familia de pobres.

Para esto no hizo Jesucristo mas que adoptar ó acomodarse á un principio que está en la misma naturaleza del hombre, que forma la base de la familia y es el fundamento de la sociedad. Los filósofos, en virtud de ese principio, enseñan: los magistrados, por ese mismo principio, gobiernan: principio indispensable para la ciencia; principio legítimo y saludable; principio por cuya virtud

solamente pueden establecerse las creencias y perpetuarse con el género humano. Hablo del principio de la autoridad doctrinal, sin el cual, ni en ciencia ni en religion se ha hecho nada nunca. No importa que el hombre sea rudo, ó que no tenga tiempo para buscar la ciencia de la religion: la Iglesia le llevará esta ciencia á su misma casa, y se la hará oír en sus mismas ocupaciones; y para los grandes como para los pequeños ingenios llevará soluciones sublimes, que serán, como dice San Pablo, alimento sólido para unos y leche para otros.

Puede que al oirme hablar en estos términos se diga que me coloco muy distante de nuestra época, queriendo imponerla el yugo de la autoridad doctrinal. Precisamente, señores, nada veo mas necesario para esta época que la autoridad doctrinal ó dogmática de la Iglesia. Ilustrada y todo como sea, es tambien un hecho, un hecho deplorable, que atravesamos un período de descomposicion, en que las ideas ó las verdades mas útiles y mejor cimentadas han experimentado una alteracion terrible, sustituyéndolas errores ó decepciones que han turbado hondamente la sociedad. La Iglesia, cuando se la considera como magisterio público, no representa ó enseña verdades secundarias sin relacion con el cuerpo ni con los espíritus, con el tiempo ni con la eternidad. Las verdades que la Iglesia enseña son fundamentales, abarcan el cielo y la tierra, fijan todos los derechos y todos los deberes, y son como el sol en medio del firmamento. Su autoridad doctrinal es necesaria y eterna, como las verdades de que es depositaria. Yo estaré con vosotros, apóstoles y ministros míos, pastores de mi Iglesia, hasta la consumacion de los siglos.

Para reconstruir el mundo moral é intelectual envuelto en tantas ruinas, es indispensable ese magisterio público, que con sus verdades fundamentales ha de ser para la tierra como la luz que la ilumina. Mientras ese magisterio hable y sea escuchado, habrá salvacion; pero si, cerrando

los oídos y el corazón á sus lecciones, se empeñan los hombres en no dejarse guiar mas que por sus propias luces, un abismo nos arrastrará á otro abismo, y la libertad del pensamiento, que con tanto entusiasmo se proclama, no será mas que la libertad de morir arrojándonos por precipicios. *Qui crediderit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur.* El hombre se degrada, en efecto, cuando se somete á un magisterio ó á una autoridad doctrinal que no sea legítima, que no sea competente, que no tenga en su favor el derecho, que sea arbitraria ó absurda, como es la autoridad doctrinal en el sistema protestante; como es la autoridad doctrinal en el sistema racionalista; como es la autoridad doctrinal en los sistemas políticos que se deriven del principio de *libre exámen*; como es la autoridad doctrinal de doctores sin títulos y sin garantías, y que ni pueden dogmatizar sin usurpacion, ni ser creídos sin inconsecuencia. Pero hay otra autoridad investida de una delegacion santa, con poder para exigirnos una sumision; y aceptar esta autoridad cierta, legítima, provechosa, divina, es una sumision que glorifica tanto como deshonra una insensata independencia.

Así como el individuo no se salva fuera de la Iglesia, del mismo modo no hay salvacion para la sociedad fuera de esta arca que el divino Noé ha labrado. *Qui vero non crediderit, condemnabitur.* Las naciones que han querido encontrar en el hombre su regla de gobierno y su ley social, han tenido que retroceder ante el abismo que descubrieron; y sea acogiéndose á la Iglesia católica, ó sea aceptando ó adoptando mas ó menos esplicitamente alguno de sus fundamentales principios, como sucede en algunos países protestantes, es como mantienen su existencia ó se salvan de sus peligros. Esta necesidad irá sintiéndose cada dia con mas fuerza, porque los errores parece van llegando á su colmo, y dando sus tristes resultados en todos los terrenos. Verdades fecundas y puestas fuera de la posi-

bilidad de la discusion, es lo que pide y reclama el bien público; verdades de trascendencia y de inmediata aplicacion es lo que necesita la mortificada sociedad; y estas verdades no se encuentran mas que en el catolicismo.

Sea esto dicho, Señor, para honra y gloria de vuestra obra, que es la Iglesia. No nos negueis, Redentor mio, el don de la fe, y no permitais naveguemos fuera de vuestra arca, que es donde únicamente se encuentra la salvacion. Esta, así temporal como eterna, os deseo á todos por eternidades de siglos. Amen.

Sermones que pueden aplicarse al presente evangelio.

1.º *La incredulidad no tiene excusa, y sin excusa será condenada.*—Tomo tercero.

2.º *La fe es una necesidad de la criatura racional.*—En este tomo.

3.º *Sobre la tolerancia.*—Tomos primero y tercero.

SERMONES

sobre la epístola del domingo infraoctava de la Ascension.

PUEDEN APLICARSE A ESTA EPISTOLA.

- 1.º *La prudencia cristiana es el primer elemento de gobierno en el régimen de las naciones.—Tomo segundo.*
- 2.º *Sobre la prudencia, virtud cardinal.—Tomo primero.*
- 3.º *Sobre la oracion.—En este tomo.*
- 4.º *Sobre la mutua caridad.—Tomos segundo y tercero.*

SERMONES

sobre el evangelio del mismo domingo.

PUEDEN APLICARSE A ESTE EVANGELIO.

- 1.º** *Las prelacías eclesiásticas han de ser consideradas como una cruz.—Tomo segundo.*
- 2.º** *Designios de Dios en los trabajos de los buenos y en la prosperidad de los malos.—En este tomo.*
- 3.º** *Las contradicciones que experimenta la Iglesia prueban su divinidad.—Tomo primero.*

SERMON

sobre la fiesta de Pentecostés.

*Non derelinquam vos orphanos;
veniam ad vos. (Joan., 14, 18.)*

En este día, señores, se consuman todos los misterios de la religion, se publica solemnemente la ley, y se pone el sello á las promesas de Dios. Gran día, verdaderamente, en que se anuncia al mundo que no es solo Israel á quien Dios ha querido visitar y redimir, sino á todos cuantos amen á Dios. Gran día, en que el Espíritu-Santo descende del cielo á ofrecernos los ricos dones que Jesucristo compró con el precio de su sangre. Gran día, en que se nos asegura estar ya al lado del Eterno su Hijo querido, para orar sin intermision por nosotros, como patrono y abogado. Gran día, en que se nos anuncia estar abiertas ya las puertas del cielo, en que se nos promete la enseñanza de la verdad, y se nos deja la paz que no puede dar el mundo.

Jesucristo, despues de la última cena, hizo á los apóstoles la promesa del Espíritu-Santo, el cual vendria en su nombre, enviado por el Padre, para enseñarles todas las

cosas y recordarles lo que antes les habia dicho durante el curso de su predicacion. Con esto les dejaba la paz, no la que da el mundo, sino la paz hija del amor y de la caridad, por cuya causa no debia ya nunca turbarse ni temblar su corazon. La paz de Dios no habia de desampararlos; debia confortarlos contra los peligros que les amenazaban, enviándoles al Espíritu-Santo, y haciendo, de hombres ignorantes y débiles, sabios y fuertes campeones.

Esta es la promesa , y, si se quiere , la profecía. Ved ahora su cumplimiento, segun se lee en el libro de los Hechos Apostólicos.

«Cuando se cumplian los dias de Pentecostés, es decir, cincuenta dias despues de la Pascua , estando todos los apóstoles y la Virgen María reunidos en un mismo lugar con otros discípulos de Jesus, vino de repente un estruendo del cielo como de viento que soplaba con ímpetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas como de fuego , que reposaron sobre sus cabezas. Y fueron todos llenos de Espíritu-Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas , como el Espíritu-Santo les daba que hablasen... maravillándose de este prodigio la multitud que los oia.»

Este es el misterio que celebra hoy la Iglesia. En él se esconden grandes cosas, y quien tratare de examinarlas con insensata curiosidad , se espondria á verse oprimido por el peso de su gloria. No obstante, deseando sacar útiles enseñanzas de la presente festividad, voy á ocuparme en demostraros que

El Espíritu-Santo es el consuelo del mundo.

Si consigo que no resistais de hoy en adelante á sus inspiraciones, será un nuevo triunfo de la gracia, cuyos auxilios ayudadme á implorar antes de proseguir, por la mediacion de la Santísima Virgen.

Ave María.

En el hombre hay dos vidas: la vida de la razon, y la vida de la gracia. La vida de la razon quedó muy amortiguada desde que el pecado original abrió tan hondas heridas en el entendimiento y en la voluntad. Así se observa que los grandes hombres del paganismo, con verse dotados de un clarísimo ingenio, no salieron nunca del laberinto de los errores, pudiéndoselos considerar como los niños de la naturaleza. Sócrates, Aristóteles, Platon, Ciceron, Virgilio, Homero, Horacio, llenan las páginas de muchos libros; y si la simple razon, si la razon decaída, si la razon degradada ha tenido ilustres representantes, han sido aquellos preclaros filósofos. Sin embargo, no salieron nunca de las tinieblas, aunque se creían luz, ni encontraron mas que alguna incompleta verdad, aunque el mundo los honraba como sabios.

Para la vida de la razon perfeccionan las virtudes humanas al hombre, y este, para el fin que le es connatural, puede obrar por el juicio de aquella; pero en el hombre hay ademas otra vida, que es la vida de la gracia, la vida de Dios, la vida del hombre elevado á su mayor dignidad y perfeccion, vida necesaria á la vida de la razon; y hé aquí los efectos de la venida del Espíritu-Santo sobre el hombre. Sin el Espíritu-Santo no podemos comunicarnos con Dios. Por eso no se comunicaron con Él los paganos.

Es cosa sabida de todos, que entre una cosa que es movida y su agente motor, tiene que haber precisamente alguna relacion. Todo móvil ha de ponerse en estado de poder ser movido por su motor. Si el motor es muy alto, el móvil elige mas perfecta disposicion: así como para oír de un maestro doctrinas muy sublimes, es indispensable que el discípulo sea tambien muy ilustrado. Por lo tanto, la vida de la gracia, que es el trato y comunicacion con Dios, requiere en el hombre mucho mas altas perfecciones; y estas perfecciones se llaman dones del Espíritu-Santo, no solo porque los infunde Dios, sino porque con ellos nos dispo-

nemos á ser prontamente movidos por las inspiraciones divinas. *Dominus aperuit mihi aurem; ego autem non contradico, retrorsum non abii* (1). Para el fin último sobrenatural hácia el cual mueve la razon, segun que de algun modo é imperfectamente está informada por las virtudes teológicas, no basta el impulso de la razon, si no se añade el instinto y mocion del Espíritu-Santo. *Qui spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt...*

Los dones del Espíritu-Santo son cosas mas altas que las virtudes, porque perfeccionan al hombre para mas sublimes actos. Las virtudes son las reglas de la razon, y los dones son el impulso y el movimiento de Dios. Por consiguiente, los dones del Espíritu-Santo son necesarios para la salvacion; porque aun cuando las virtudes teológicas y morales perfeccionan al hombre en orden al último fin, no lo hacen de tal modo que no sea necesario ademas el superior instinto del Espíritu-Santo. «El Espíritu-Santo, dice San Gregorio (2), da la sabiduría contra la necedad, el entendimiento contra la torpeza, el consejo contra la precipitacion, la fortaleza contra el miedo, la ciencia contra la ignorancia, la piedad contra la dureza, la humildad contra la soberbia.» Hombre de pecado, ¿resistirás al Espíritu-Santo cuando viene á ilustrarte, sacándote del fondo de las tinieblas, enseñándote la verdad é introduciéndote en la region de la luz? ¿Resistirás al Espíritu-Santo, que viene á enriquecerte con todas las virtudes, como lo hizo con los habitantes de Samaria, de Galacia, Efeso, Tesalónica, con los gentiles y judíos, y con la familia y amigos del Centurion Cornelio? Amad á Dios de palabra y de obra, y toda la augusta Trinidad habitará en vosotros como en deliciosa mansion. Vuestra alegría será completa, y nadie podrá arrebatárosla. El Espíritu-Santo será vuestro consolador, vuestro guia y vuestro maestro. Su presencia hace todo

(1) Isai., 50. (2) 2, Moral.

el mérito del cristiano , porque sin el Espíritu-Santo todo suele ser criminal , frecuentemente peligroso , y siempre inútil. Con él todo es bueno, santo, meritorio. No hay virtud, no hay verdadera luz, no hay ciencia útil que no sea un don del Espíritu-Santo. Su presencia hace la alegría del cristiano , pues es tan grande la paz que nos comunica, que con ninguna tribulacion puede interrumpirse ; es tan vehemente la impresion que hace en nuestros corazones, y tan hondas las raíces que en él echa , que ninguna adversidad puede arrancarlás ; y , además , porque todo cuanto puede contristar á los escogidos , la omnipotencia del Espíritu-Santo hace que redunde en su propio bien. *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* Por último, la presencia del Espíritu-Santo constituye toda la esperanza del cristiano , porque Dios, que nos ha criado para la inmortalidad, nos ha dado por arras ó fianza su Espíritu divino.

Ved si por este lado podemos decir con toda seguridad que el Espíritu-Santo es el consuelo del mundo ; y os acabareis de convencer cuando considere, como voy á hacerlo, la venida del Espíritu-Santo , segun que con ella principia á obrar sus maravillas la Iglesia, en cuyo seno hemos de salvarnos.

Hoy se promulga la nueva ley : hoy queda constituida la Iglesia : hoy comienza el reinado de la verdad. Hoy, al descender el Espíritu-Santo sobre sus discípulos , segun habia prometido Jesucristo , tenemos que confesar que la Iglesia, en cuyo seno vivimos, es divina, y que debe de ser *una, santa, católica y apostólica.* ¡Ay de los que no viven en ella! Resistiendo al Espíritu-Santo, se atraen su propia perdicion. Viviendo en ella sin resistir á la gracia, probarán inefables consuelos.

La Iglesia de Jesucristo es divina, pues no es un hombre quien la funda, sino el mismo Dios. *Sermonem quem audistis non est meus, sed ejus qui me misit, Patris.*

Paracletus autem Spiritus-Sanctus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia quaecumque dixeró vobis. La palabra que habeis oído no es mía, sino del Padre que me envió... Y el consolador, el Espíritu-Santo que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo antes os hubiese enseñado. Sí: la doctrina que enseña la Iglesia no es doctrina de hombres, sino de Dios; y por lo tanto ni hay otra que sea verdadera, ni puede estar sujeta á los caprichos y opiniones de los hombres. En las cosas de la religion nada se puede innovar por los hombres, ora sean gobiernos, ora sean particulares: y tanto es así, que para mudar la antigua ley mosaica y establecer la ley de gracia, tuvo que descender del cielo el Espíritu-Santo, que es Dios igual al Padre y al Hijo, de quienes procede como de un solo principio. Desconocen la naturaleza divina de la Iglesia aquellos que la acusan de no admitir modificaciones que en su errado juicio la harían mas perfecta. ¡Oh necios! *Sermonem quem audistis non est meus, sed ejus qui missit me Patris.* Pobre mortal, por ilustrado que te creas, ¿quién eres tú para corregir las obras de Dios? ¿A dónde alcanza tu vista para que descubras lo que no percibe el ojo del Eterno? Tú, que no puedes añadir una hoja á la flor, ni hacer que la rosa se adelante un día, ¿te crees con facultad para anular ó modificar la grande obra de Dios? Pasarán todas las cosas; pasarán las generaciones y los siglos con sus ilustraciones buenas ó malas; pasarán los reinados; pasará todo; pasará el mundo, y la obra de Dios se sostendrá firme é inmutable. *Sermonem quem audistis, etc., etc.*

Es divina la Iglesia por lo que vemos sucede en este día al descender el Espíritu-Santo sobre los apóstoles. Vino de repente un estruendo del cielo, como de viento que soplaba con ímpetu... y se les aparecieron unas lenguas como de fuego... y fueron todos llenos de Espíritu-

Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas... *Quidnam vult hoc esse?* ¿Qué quiere decir esto? se preguntaban unas á otras las gentes. No hay que decir que este milagro sucede en la oscuridad. Residian entonces en Jerusalem judíos, varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo, á quienes la religion y solemnidad de las fiestas habían traído á la ciudad deicida: toda esta multitud de gente, luego que se estendió la fama del suceso, acudió presurosa y se quedó atónita al oír hablar á los apóstoles, cada uno de los oyentes en su propia lengua. Todos estaban atónitos, y admirados se preguntaban: «¿Pues no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en que nacimos? Partos y medos, y elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judea y Capadocia, Ponto y Asia, en Frigia y Pamfilie, Egipto y tierras de la Libia, que está comarcana á Cirene, y los que han venido de Roma, judíos tambien y prosélitos, cretenses y árabes, todos los hemos oído hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios.» *Quidnam vult hoc esse?* ¿Qué quiere ser esto?

La Iglesia no es mas que una, porque una sola es la verdad, y uno solo es Dios de quien la verdad procede. *Sermonem quem audistis*, etc. El Espíritu-Santo no descendió sobre los apóstoles y discípulos sino cuando se hallaban todos unánimemente reunidos en un mismo lugar. Unidad de doctrina, unidad de corazones. Asimismo es una respecto de su cabeza visible. Por eso cuando las gentes suponían ebrios á los apóstoles oyéndoles hablar todas las lenguas, no todos los apóstoles, sino San Pedro, que, por mandato divino, apacentaba las ovejas y los corderos, se levanta á defender la Iglesia, y pronuncia el enérgico y admirable discurso que se lee en el libro de los Hechos Apostólicos, convirtiéndose en el instante tres mil personas. Así comenzó á ejercer el supremo ministerio de la palabra y de la doctrina el príncipe de los apóstoles, ca-

beza visible de la Iglesia que acaba de nacer. Este es el primer triunfo que, á las órdenes de su primer jefe y caudillo, consigue la religion. Las victorias alcanzadas desde entonces hasta hoy, ¿quién podrá enumerarlas?

La Iglesia, ademas de ser *divina* y de ser *una*, es tambien *santa*, y tiene que serlo, pues el fuego en que aparecen envueltas las lenguas bajo cuyo símbolo ó figura descendia el Espíritu-Santo, es el fuego del amor de Dios, que en lo sucesivo debia abrasar á los apóstoles y á sus sucesores, así como á los fieles que despues de la penitencia recibiesen el Espíritu-Santo. El divino amor hace *santa* á la Iglesia; y como sus doctrinas y sus sacramentos no son mas que el divino amor iluminando al entendimiento y á la voluntad, la *santidad* es, con razon, uno de sus caractéres. ¿Qué significa este ruido de viento impetuoso que acompaña á la venida del Espíritu-Santo, sino que las palabras de los apóstoles habian de purificarlo y purgarlo todo, al modo que un viento rápido purifica y despeja la atmósfera?

La Iglesia es *católica*, y lo da á entender el don de lenguas que el Espíritu-Santo concede á los apóstoles para que llevasen la fe á todas las regiones del mundo, y fuesen entendidas sus palabras en todos los paises. ¿Qué significa este don mas que la catolicidad de la Iglesia? El Espíritu-Santo no dispensa vanamente sus dones, y lo que todos habian de oir, á todos era necesario.

Por último, no puede dejar de ser *apostólica* la Iglesia, porque los apóstoles son los que reciben el Espíritu-Santo, debiendo de ser considerados por esta razon como los doce fundamentos de la ciudad de Dios.

Hé aquí la obra del Espíritu-Santo al descender sobre los apóstoles. Toda Iglesia que no conserve la unidad de doctrina, de sacramentos y de cabeza, no es la Iglesia que rige y gobierna el Espíritu-Santo. Toda Iglesia que no conduzca á la santidad por medio de doctrinas santas, no

es la Iglesia que rige y gobierna el Espíritu-Santo. Toda Iglesia que no puede salir de un pequeño recinto, no es la Iglesia que se constituye en el Cenáculo al descender el Espíritu de Dios. Toda Iglesia que no permanezca en la fe de los apóstoles y descienda de ellos por una no interrumpida sucesion, no es la Iglesia que el Espíritu-Santo gobierna.

¡Cuántos desgraciados están fuera del camino de salvacion! Donde no está el Hijo, no está el Padre; donde no están el Padre y el Hijo, no está el Espíritu-Santo; y donde no está el Espíritu-Santo, está como cegada la fuente de toda gracia y santidad. ¡Ay, hermanos míos! ¡Cuán grandes deben de ser nuestros consuelos y alegrías considerándonos criaturas, digámoslo así, del Espíritu-Santo, y viviendo dentro de la Iglesia, única verdadera, fuera de la cual no hay salvacion! Con la venida del Espíritu-Santo el mundo va á trasformarse, como con el fuego se transforma la tierra en ricos metales. Todas las naciones van á ser bendecidas. Los huesos áridos del viejo y culpable mundo van como á rejuvenecer y á formar cuerpos donde habite el Espíritu-Santo. Ya no habrá mas que una sola familia, con una sola lengua.

Alegrémonos hoy al ver cumplidas todas las promesas. Está concluida la obra, y eternamente asegurada.

Venid, Santo Espíritu, á iluminarnos con los rayos de vuestra luz. Venid, Padre de los pobres, á enriquecernos con vuestros dones. Venid, divino Consolador, á ser nuestro amigo, nuestro descanso en el trabajo, nuestro alivio en el dolor. Venid á lavar lo manchado, á regar lo que está seco, á sanar lo que está enfermo. Dadnos el mérito de la virtud, el feliz éxito de la salvacion, la eterna alegría, las delicias que no se acaban jamás, y que á todos os deseo. Amen.

SERMON

sobre la misma festividad.

*Cum autem venerit ille Spiritus
veritatis, docebit vos omnem ve-
ritatem.* (Joan., 16, 13.)

Cuando venga ese Espíritu de
verdad, que os prometo, os ense-
ñará toda la verdad.

En presencia de esa incansable guerra que el racionalismo hace á la Iglesia católica y á toda autoridad doctrinal, no puede el ministro de Dios mostrarse frio é indiferente, so pena de incurrir en la tremenda responsabilidad que no puede menos de pesar sobre los que, no resistiendo al error, cooperan á que se sustente. Es cierto que, por la estrecha union que tienen entre sí los dogmas del catolicismo, no puede ser impugnado uno sin que amenace tambien peligro á los otros; pero hoy se han simplificado y como reducido á una todas las cuestiones, á una que es fundamental, á una de cuya resolucion, por lo tanto, en un sentido opuesto á la doctrina católica, nace el aniquila-

miento de toda religion, de toda ley y de toda sociedad; así como de su resolucion en el sentido católico nacen el órden, la paz y la concordia.

La cuestion fundamental, única, y podríamos decir última, en que han venido á simplificarse todas, no es mas que esta: ¿ha podido ó puede el hombre con sola su razon descubrir la verdad religiosa? ¿Hay necesidad de una revelacion sobrenatural? ¿Puede ser la razon juez competente en materia de creencias?

Esta cuestion, señores, es la que llamamos cuestion del *racionalismo*: palabra que indica haber un sistema filosófico, aunque no merece este nombre, encaminado á sostener y propagar la absoluta soberanía de la razon bajo todos los aspectos. Pero como este soberano magisterio trata de ejercerle el racionalismo con mas ahinco en materias de religion, ha venido á ser esa palabra como una contraposicion del catolicismo, su negacion, su aniquilacion.

La cuestion es capital, no solo por los intereses que encierra y por los esfuerzos que hacen los que la han suscitado, sino tambien porque la enseñanza que se da á la juventud no está, en todas las naciones, pura de los errores ó estravíos racionalistas. Este es el origen de la angustiosa situacion en que se encuentra la Europa, por mas que otras causas ó motivos aparezcan en la superficie de los sucesos. El enemigo es un gigante: yo no soy David; pero soy, aunque indigno, ministro de Jesucristo; ministro de aquel que dijo: «Cuando venga el Espíritu que os prometo, os enseñará la verdad.» *Cum autem venerit*, etc., etc.

En efecto: *sin la revelacion sobrenatural no podemos conocer la verdad religiosa ó la verdadera religion.*

Ave María.

El hombre nace con dos necesidades ó instintos inseparables: con una necesidad moral, y con una necesidad religiosa. Como seres libres, estamos convencidos de que existe una ley que debe gobernar nuestra voluntad; y como seres inteligentes, sentimos á cada instante que un objeto infinito es necesario á nuestro espíritu ó á nuestra alma. Instintivamente aspiramos á lo divino. El instinto moral y religioso es lo que hay primordial en el hombre, lo que es anterior y superior á toda religion y á toda filosofía, y el fundamento de toda creencia religiosa y de toda especulacion filosófica. El hombre, criado á imagen y semejanza de Dios, busca siempre á su semejante, y su vida es una aspiracion á lo divino, descubriéndolo y conociéndolo. Tan instintivo, vuelvo á decir; tan instintivo es al hombre el buscar á Dios y sostener con Dios relaciones, que si le quitais su Dios, él se creará dioses, y no habrá en el universo un *efecto* á quien no tribute los honores de *causa*, ó una *criatura* á quien no tribute el homenaje debido al *Criador*. La historia del pueblo hebreo es una prueba de esta verdad. El destino de aquel pueblo fue conservar la unidad de Dios y la promesa del Redentor: unidad de que el mundo iba olvidándose por el empeño de tener dioses cerca de sí; y promesa que anunciaba la mas íntima aproximacion de Dios hácia el hombre, y del hombre hácia Dios.

Puesto ya este fundamento, no es difícil levantar sobre él lo que falta al edificio que me he propuesto construir. Sin Dios no hay Dios para nosotros. Quiero decir, que si el hombre se empeña y obstina en buscar por sí solo al verdadero, al único Dios, y establecer ó determinar las relaciones que con Dios han de unirle y hácia Dios han de llevarle, vendrá á caer en los errores y absurdos en que vemos envueltos á los pueblos de la antigüedad, y aun á los pueblos modernos que no conocen la revelacion. Así como fue necesaria la revelacion no escrita, primero,

y la revelacion escrita, despues, para que en los tiempos que llamamos de la ley natural y en los de Moisés fuese conocido el verdadero Dios y adorado su santo nombre, del mismo modo será necesaria siempre la sobrenatural revelacion para que no se pierda el hombre en las investigaciones á que naturalmente se entrega, sobre su origen, sobre su destino, y sobre tantos enigmas é incertidumbres que le rodean en su condicion, así moral como religiosa, y aun podria decir en la material ó física.

Dios no se revela á cada hombre en particular. A los patriarcas, á los profetas y á los caudillos les descubre sus juicios ó sus perfecciones en la medida que es conveniente; y desde ellos se trasmite á los pueblos para que no ignoren lo que les conviene saber, y lo que por sí mismos no pueden descubrir. Solamente Moisés es el que sube al monte, y el pueblo se queda al pie, con prohibicion de tocar el límite que se le señala. Supone, pues, la sobrenatural revelacion un cuerpo conservador ó un conducto venerando, como fue el régimen patriarcal, por donde al pueblo, es decir, á los particulares ó individuos, llegue el conocimiento de las verdades que, so pena de condenarse, no pueden ignorar. Jesucristo ofreció enviar al Espíritu-Santo, no á los fieles en particular, para que á cada uno le inspirase ó revelase lo que debia de creer, sino al cuerpo de sus apóstoles, como se verificó hallándose estos reunidos en el Cenáculo esperando el cumplimiento de la promesa. *Docebit vos omnem veritatem*. Y ha de enseñarles á los apóstoles la verdad el Espíritu-Santo para que la enseñen á todas las naciones, segun la mision que les confiere el Salvador al despedirse de ellos en el dia en que sube á los cielos.

Tenemos, pues, que no solo ha de ser Dios el que nos enseñe, por medio de la revelacion, lo que no debemos ignorar, y lo que nosotros no podemos inquirir, sino que esta revelacion no se hace diariamente al hombre ó al individuo, cuando nace ó cuando llega al uso de la razon.

Fijo estos dos precedentes porque me conducen, como por la mano, á examinar el origen del sistema racionalista, que tiene por base el negar toda sobrenatural revelacion. Sabido es de todos que el protestantismo, rompiendo con el principio de autoridad, proclamó la infalibilidad del *juicio individual ó privado* en el exámen de las cuestiones religiosas de que al hombre no le es dado prescindir, por estar tan identificadas con su propio ser. De aquí tenia que resultar, no solo la abolicion del principio de autoridad, que era lo primero que los protestantes se proponian, sino tambien la consiguiente negacion de las verdades reveladas. Siendo estas muy superiores á las luces del hombre, y puestas fuera de sus limitados alcances, natural era que el ingenio humano, rechazando toda autoridad doctrinal que aclare en el modo posible lo oscuro, interprete el sentido oculto y conserve el depósito recibido, concluyese por no atender mas que á sus particulares percepciones y por negar la revelacion. Porque cuando entre el objeto que se quiere percibir y la capacidad del percipiente no hay la adecuada proporcion ó relacion, tiene que resultar, ó que este, el percipiente, reconozca la ineficacia é insuficiencia de sus facultades, ó que niegue la existencia de aquel, es decir, del objeto que se habia propuesto examinar.

Ahora bien: en el sistema protestante, fundado sobre la soberanía del juicio individual, no es factible el primer extremo; quiero decir, no es posible la humillacion del propio juicio ante su misma impotencia, porque esto equivaldria á dejar de ser protestante. Luego este, ó tiene que negar abiertamente la verdad revelada, ó tiene que sujetarla á sus caprichosas interpretaciones, lo cual equivale tambien á destruirla. El protestantismo, pues, al destruir el principio de autoridad doctrinal, ataca ó mina á un mismo tiempo la sobrenatural revelacion.

Ved aquí por qué se dice, y con pleno fundamento, que el racionalismo ha nacido del protestantismo; y quien dice

hoy racionalismo, dice un sistema que tiene por base la negacion de la revelacion sobrenatural. Esta y no otra es tambien la causa de que, puesto una vez el pie en el terreno ó en el sistema protestante, no se pueda evitar el caer en el ateismo. Aun cuando no fuese un principio inconcuso que, á proporcion que el hombre se reconcentra en sí mismo, arrastrado por el orgullo, se aleja de su centro, que es Dios, el ateismo tendria en su favor, tratándose de un protestante, á la inflexible lógica. Porque un Dios como el que suponen los protestantes, un Dios tan desfigurado á causa de las diversas y opuestas ideas que acerca de él hace formar ó *puede* hacer formar el protestantismo, es un Dios, digámoslo así, ridículo ó estravagante, y en tal caso, ó hay que adorar la divinidad con esas estravagancias, que son consecuencia de la libertad del pensamiento, ó hay que negar la existencia de Dios.

Tal es la procedencia del moderno racionalismo, y conviene no olvidarlo para saber el lado por dónde hemos de atacar á este terrible enemigo de la revelacion.

No es necesario recurrir á los argumentos que llamamos *à priori* para destruir todas las pretensiones de la orgullosa razon en punto al supremo magisterio á que aspira. O el concurso de Dios, podemos decir á los racionalistas, ha ilustrado la razon, ó no. Si lo primero, luego es necesario reconocer una revelacion sobrenatural. Si lo segundo, ¿por qué los primeros hombres no han conocido directamente y sin intermedio los dogmas? ¿No causa la mas profunda lástima el ver á los preclaros ingenios de la antigüedad buscando el *quid divinum*, digámoslo así, cuya necesidad sentian en su corazon y en su espíritu? Las religiones anteriores á Jesucristo, la de Egipto, la de Persia, la de Grecia y la de Roma, tuvieron por objeto satisfacer el instinto moral y religioso, y hallar las condiciones de la vida moral y religiosa del género humano. Pero ninguna alcanzó su objeto, y ninguna, por lo mismo, fue

digna del hombre. Entre los antiguos filósofos era una especie de axioma que se debía engañar á los pueblos en punto á religion. *Expedire falli in religione civitates.* San Agustin los arguye por esto, y, hablando de Séneca, «daba culto, dice, á lo mismo que reprendia; hacia lo que censuraba, y adoraba lo que creia digno de inculpacion.» *Colebat quod reprehendebat; agebat quod arguebat, quod culpabat, adorabat* (1).

En el culto ¡cuánta extravagancia! En las costumbres ¡cuánta corrupcion! En las leyes ¡cuánta injusticia! En la sociedad ¡cuánta barbarie! En la naturaleza ¡cuánta profanacion! Hay que cubrirse los ojos para no ver las degradantes escenas del paganismo, de que hablan Orígenes (2), Tertuliano (3), Clemente Alejandrino (4) y Lactancio (5). Escenas que tambien se repetirian hoy si no hubiese brillado sobre nosotros el sol de la revelacion, como se repiten en aquellos paises donde no es conocida ó donde ha sido olvidada.

Los filósofos modernos que combaten la revelacion, por parecerles que las sublimes verdades que conocen las saben ó conocen por sí mismos, no quieren persuadirse de que, sin las luces del Evangelio, un filósofo estaria hoy en el mismo terreno en que estuvieron Tales, Simónides y otros pensadores de quienes habla Ciceron en sus *Cuestiones académicas*. Tienen ya en su mano, digámoslo así, esos filósofos la solucion de muchas cuestiones importantes; pero olvidándose de que la tienen del Evangelio, ó por el Evangelio, ó la miran como producto de la razon, ó consideran que en lo sucesivo bastará ya esta para satisfacer las necesidades morales y religiosas de la humanidad. ¡Error grave y trascendental! La razon es tan impotente

(1) De Civit., lib. 7, c. 10. (2) Contra Cels., lib. 5.

(3) In Apolog., c. 14. (4) In cohortatione ad gentes.

(5) De divin. inst., lib. 1.

hoy para realizar aquel grande objeto, como lo fue siempre.

Ensálzanse mucho los fueros y la dignidad de la razon cuando se la exige se someta á las verdades reveladas, y se considera como una degradacion de la misma el que preste su asentimiento á verdades que son superiores á su limitada comprension. Si esto fuese exacto, habrá tambien degradacion cuando el entendimiento se someta á la autoridad de la ciencia, y cuando unos hombres se someten á otros que son mas ilustrados. Habrá degradacion en el entendimiento de un ciego, por ejemplo, cuando se presta á creer las maravillas de la óptica, que nosotros le referimos, y de las cuales no puede formarse él en su espíritu una idea. No, señores: nuestra razon no se degrada nunca sometiéndose á la razon de otros hombres que ven, que saben mas que nosotros. En la sociedad, unos á otros nos iluminamos, digámoslo así, segun la índole y medida de nuestros dones; y como en la genealogía del género humano subimos hasta Adam, y junto á Adam encontramos á Dios, del mismo modo en nuestras luces ó conocimientos, trasmitidos por la tradicion, especialmente aquellos que se refieren á la verdad religiosa, tenemos que subir hasta Dios, primer revelador, supremo revelador, divino revelador. *Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.*

Es imposible que nieguen los racionalistas el dictado de filósofos, y de filósofos eminentes, á los Santos Padres de la Iglesia, cuya profunda penetracion, cuyas sublimes ideas, cuyo refinado espíritu no cesarán nunca de ser objeto de admiracion para los verdaderos sabios. San Agustín y Santo Tomás, en defecto de otros, bastarian para hacer ver lo que puede elevarse la razon sobre las alas de la fe.

Otra prueba de la necesidad de la revelacion se ve en las consecuencias ó en los males que no puede dejar de producir el racionalismo en la sociedad. En vano seria di-

simularlo cuando se tocan los tristes efectos de su influencia. Las luchas y las contradicciones de los sistemas racionalistas están produciendo en los espíritus una enervación, una postración de todas las facultades y de todas nuestras superiores fuerzas. Todo se ha hecho problemático. Las verdades divinas han venido á ser objeto de duda, no por la fuerza de la razón, sino por su impotencia. La actual sociedad respira en una atmósfera de indiferencia religiosa y filosófica. El individuo, envuelto en dudas, pero que no puede hallar en sí solo la vida, y menos su vida mas noble, busca objetos que alimenten sus facultades, digámoslo así, devoradoras; y viéndose privado de pensamientos y afectos que le unan á Dios, tributa su culto al oro y al placer, ídolos que aparecen ahora en medio del cristianismo, como en las antiguas naciones paganas.

Andan los hombres muy agitados, presumiendo ó confiando en que la sociedad ha de encontrar la satisfacción de sus necesidades promoviendo lo que se llama el progreso material, y olvidándose de que el mundo no puede vivir sin Dios, sin fe, sin esperanza, sin caridad. Por un lado vemos el predominio exclusivo de los instintos, de las necesidades y de las tendencias materiales; y, por otro, la extinción del elemento divino en nuestra naturaleza, y por consiguiente el rompimiento de todo equilibrio en el desarrollo de las facultades humanas. Estos dos hechos, resultado del moderno racionalismo, esplican todos los fenómenos que presenta la sociedad en que vivimos.

Tres abismos hay abiertos ante la actual sociedad: el racionalismo sensualista la arrastra al materialismo; el psicológico al escepticismo, y el idealista al panteísmo. Los sentidos no perciben mas que la materia: luego lo que no sea materia, no existe. Este es el materialismo. El *yo humano* es limitado: luego fuera de este límite no debo afirmar nada. Luego no existe lo infinito. Este es el escepticismo. La idea pura y absoluta, creada ó imaginada por el

racionalismo, arrastra á una idea madre, á una idea-sustancia, á una idealidad universal. Este es el panteísmo.

Concluyamos, pues, afirmando que sin la revelacion no ha podido ni puede el mundo conocer la verdad religiosa, y deploremos al mismo tiempo los males que la soberbia de los entendimientos no puede dejar de producir en la sociedad. Sometámonos por propio interes á las verdades que Dios, por conducto del Espíritu-Santo, nos enseña, únicas que pueden satisfacer las necesidades de nuestra inteligencia y de nuestro corazon. Con la luz de esas divinas verdades se disiparán las tinieblas de que es mansion la tierra, y nos serán conocidos los caminos del cielo, que á todos deseo. Amen.

Sermones que pueden tenerse presentes al tratar este importante asunto.

1.º *Es necesaria una doctrina para la vida de la sociedad.—Tomo tercero.*

2.º *La fe es una necesidad de la criatura inteligente.—En este tomo.*

3.º *Divinidad del cristianismo, probada por su admirable propagacion.—Tomo segundo.*

SERMON

sobre el augusto misterio de la Beatísima Trinidad.

*Ut in personis proprietates, in
essentia unitas, in maiestate ado-
retur æqualitas.*

(Ecclesia in Præfatione.)

LA Iglesia, no obstante ser para ella perpetua y diaria la fiesta de la Santísima Trinidad, ha fijado un día para celebrar de un modo mas solemne las grandezas de tan augusto misterio, y ha determinado que este día sea el domingo despues de la venida del Espíritu-Santo, como para dar gracias al Padre, y al Hijo y al divino Espíritu por los beneficios que del nacimiento del Redentor, de su pasion, de su muerte, de su resurreccion y ascension, y de la venida del Espíritu-Santo, han resultado para el género humano. He dicho que todos los dias son como fiestas de la Beatísima Trinidad, porque la Iglesia, en todos sus himnos y oraciones, concluye con la invocacion á tan augusto misterio. Ademas, ¿qué triunfos, qué glorias, qué héroes de santidad celebra ó recuerda la Iglesia, qué bendiciones derrama,

qué sacramentos administra que no sean fruto del poder y del amor de la Trinidad Beatísima?

A esto, sin duda, debe atribuirse el que la Iglesia no haya establecido hasta muy tarde una solemnidad particular consagrada al primero y fundamental de todos nuestros misterios. Señalar un día para la fiesta cuya celebracion es y ha de ser continua en la Iglesia, debió quizá parecer que era como disminuir su importancia y limitar su memoria ó recuerdo.

Como quiera que sea, hoy debemos consagrarnos con doble motivo á considerar y adorar el augusto misterio, fuente inefable de todas las gracias divinas y de las dichas y felicidades humanas. No es, á la verdad, esta profunda materia una de aquellas en que el orador puede dar vuelo á su ingenio, revistiendo las ideas de todo el adorno de las palabras, ó haciendo razonamientos con que poder llevar la conviccion al ánimo de sus oyentes. Es tan fácil errar, tratándose del augusto misterio que celebra hoy la Iglesia, que es preferible el silencio. Con muy pocas palabras decimos lo que sabemos ó creemos acerca del misterio de la Santísima Trinidad. «Que el Padre es Dios, que el Hijo es »Dios, que el Espíritu-Santo es Dios, y que estas tres Personas distintas, pero igualmente perfectas, no son mas que »un solo Dios ó una sola esencia:» hé aquí nuestra fe. «Que el Padre no nace ó procede de nadie, que el Hijo »es eternamente engendrado por el entendimiento del Padre, y que el Espíritu-Santo procede como de un solo »principio, del eterno amor del Padre y del Hijo:» hé aquí, en cierto modo, la ampliacion ó esplicacion de nuestra fe. No sabemos decir mas que esto, y es ya mucho saber y mucho decir.

No alcanza la razon humana á probar este misterio, no porque el misterio sea opuesto á ella, sino porque es superior á ella; lo único que hacen los doctores católicos es manifestar por la Santa Escritura y por la tradicion la

verdad de esta creencia, y que en ella nada hay contrario á la razon.

En efecto : *Debemos adorar en las Personas la distincion ó la trinidad ; en la esencia la unidad, y en la majestad ó en la perfeccion la igualdad.*

Ut in Personis proprietas, etc.

Ave María.

En el prefacio que la Iglesia canta en este dia se expresa con muy pocas palabras el augusto misterio que hoy celebramos. Que adoremos, nos dice, la propiedad ó distincion en las personas, la unidad en la esencia, y la igualdad en la majestad ó perfeccion. *Ut in personis proprietas, in essentia unitas, in majestate adoretur æqualitas.* Palabras que van á servirme de guia en la esplicacion del misterio.

En el Antiguo Testamento se tuvo ya noticia ó conocimiento del augusto misterio de la Beatísima Trinidad, si no de un modo tan esplicito y general como ahora, al menos por medio de la tradicion reservada, que hacia parte ó era suplemento de la ley escrita. Peligroso habria sido hablar ó escribir acerca de Dios Trino y Uno, como nosotros lo hacemos, enmedio del pueblo hebreo, tan propenso á la idolatría. Moisés se propuso en todo conservar á los israelitas en la creencia de la unidad de Dios. El Pentateuco, ademas, no es una esposicion dogmática; antes bien, supone perpetuamente la antigua tradicion de los hebreos, y en ella se apoya para hacer respetar los preceptos que impone. Los dogmas de la revelacion primitiva casi nunca se

encuentran en el Pentateuco espuestos bajo una forma sistemática ó precisa. El inspirado autor se refiere frecuentemente á las creencias y prácticas de la religion patriarcal; pero no entraba en su plan ni en sus intenciones el formular un símbolo semejante al de nuestros catecismos. No encontramos, pues, en los primeros libros de la Biblia sino indicaciones misteriosas, pero que nos revelan suficientemente la opinion del autor del Pentateuco respecto de la pluralidad de las divinas Personas.

Desde las primeras letras de la Biblia ó del Génesis se nos muestra ya el augusto misterio de la Trinidad Beatísima; se nos muestra, digo, á nosotros, que vemos ya sin sombras lo que prefiguraba la ley. «En el principio, dice Moisés, ó por el principio, crió Dios el cielo y la tierra.» *In principio creavit Deus cælum et terra.* ¿Qué principio es este que abre la Escritura y es la primera palabra del libro inspirado? Esto que nos dice como en misterios y enigmas Moisés, nos lo declara el evangelista San Juan en las primeras palabras ó frases de su Evangelio. «Todas las cosas, dice, fueron hechas por el Verbo, y sin él nada se hizo de cuanto fue hecho.» *Omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est.* San Pablo igualmente al Hijo de Dios le llama *el principio*. *Et ipse Filius dilectionis Dei Patris est caput corporis Ecclesiæ, qui est PRINCIPIUM* (1).

El pueblo de Israel esperaba su Mesías, su libertador, su pacificador. Los judíos, á traves de los velos y misterios de la ley, debieron entrever la pluralidad de las divinas Personas. Es imposible esplicar los pasajes mas notables de las profecías, mientras se diga que los judíos esperaban por Salvador á un puro hombre. Aquel *Admirable*, aquel *Consejero*, aquel *Dios*, aquel *Fuerte*, aquel *Padre del siglo futuro*, de que habla Isaías; aquel descendiente

(1) Ad Colos. 1, 18.

de David , *engendrado en el resplandor de los Santos antes que la estrella de la mañana* ; aquel *Emmanuel, concebido en el seno de la Virgen, enviado por las nubes del cielo, y esperanza de las naciones*, ¿no habia de ser mas que un hijo de Adan?

El real profeta David dice en uno de sus salmos: «El Señor dijo á mi Señor: Siéntate á mi derecha...» *Dixit Dominus Domino meo: sede á dextris meis* (1). ¿Quién era este Señor de David? ¿Quién podia serlo? ¿A un puro hombre habia de llamar *Señor suyo* el ilustre rey? Y que estas palabras se refieren á Jesucristo, el mismo Salvador nos lo dice cuando, habiendo los fariseos respondido que Cristo era hijo de David: «¿Cómo, replicó el Salvador, ha de ser Cristo hijo de David, si David le llama *su Señor*?»

Salomon, en el libro de los Proverbios , hace hablar así á la *Sabiduría*:

«El Señor me poseyó en el principio de sus caminos...
»antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad fuí or-
»denada... antes que la tierra fuese hecha. Aun no eran los
»abismos, y yo ya era concebida... Antes que los collados
»era yo dada á luz... Cuando él preparaba los cielos, esta-
»ba yo presente. Cuando el Señor circunscribia al mar
»su término, y ponía ley á las aguas para que no pasasen
»sus límites; cuando ponía colgados los cimientos de la
»tierra, con él estaba yo concertándolo todo... Ahora,
»hijos, oid. Bienaventurados los que guardan mis cami-
»nos... bienaventurado el que me oye... quien me halla,
»hallará la vida. Los que me aborrecen, aman la muerte.»

La Sabiduría de que aquí se habla es una persona, pues se atribuye á sí misma cosas que no convienen mas que á un ser real. Todo el conjunto del testo supone haber existido antes de la creacion del mundo una persona distinta de la del Padre , y que toma parte en sus obras divi-

(1) Salm. 109, v. 1 y 4.

nas. Esta persona es el Verbo, á quien llama San Pablo la sabiduría y la virtud de Dios (1).

Si el primer versículo de la Biblia anuncia ya á Dios Padre, y á Dios Hijo, el segundo nos revela á Dios Espíritu-Santo, como opinan San Gerónimo, San Basilio, Teodoro, San Atanasio, y casi todos los Santos Padres (2). *Spiritus Domini ferebatur super aquas.*

La pluralidad de las divinas Personas la vemos indicada en el Viejo Testamento; pero hay todavía otros dos textos que parece la ponen aun en mayor claridad. Cuando pecó Adán, leemos haber dicho Dios: «Hé aquí que Adán es ya como uno de nosotros.» *Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est.* Si estas palabras no indican la pluralidad de personas, son ridículas, pues equivalen á decir: *Adán es ya como uno de mí.* El otro texto se refiere á la aparición hecha á Abraham en el valle de Mambre: texto que no puede tener una esplicacion racional si no se admite que el autor sagrado supone en él constantemente la existencia de tres Personas divinas. «El Señor, dice el sagrado texto, apareció á Abraham, que estaba sentado en la puerta de su tienda ó tabernáculo mientras duraba el calor del dia. Levantando Abraham los ojos, vió cerca de sí *tres* hombres... y los adoró postrado en tierra. Y dijo: Señor, si he hallado gracia en *tu* presencia, no *pases* de aquí sin detenerte... Y ellos dijeron: haz lo que ofreces... Y dijo otra vez (el Señor): volveré á tu casa en este tiempo ó en este mismo año, y tendrá un hijo Sara, tu mujer... Habiéndose levantado *aquellos* varones, dirigieron su vista hácia Sodoma... y dijo el Señor: ¿por ventura podré ocultar á Abraham lo que pienso hacer?»

Parece fuera de toda duda que en esta ocasion Dios se mostró á Abraham bajo el augusto misterio de su Trini-

(1) Ad Cor., 1, 24. (2) Corn. á Lapide in Genes., cap. 1.

dad en su Unidad. Vió Tres, canta la Iglesia, y adoró Uno. *Tres vidit, et Unum adoravit.*

En el Nuevo Testamento aparece ya enseñado ó revelado de un modo mas esplicito el augusto misterio de la Beatísima Trinidad. En el bautismo del Salvador, y en la trasfiguracion, el Padre habla, el Espíritu-Santo aparece bajo una forma sensible, y el Hijo recibe, digámoslo así, las bendiciones y homenajes de lo Alto.

En el magnífico é imponderable discurso que Jesucristo dirigió á sus apóstoles despues de la cena, discurso que llena cuatro capítulos del Evangelio de San Juan, el Salvador hace espresa mencion de su *Padre*, de sí mismo como *Hijo*, y del *Espíritu-Santo* como procedente de ambos. «Ninguno va al Padre, dice, sino por mí... Yo oraré al Padre y os enviará otro consolador... Espíritu de verdad... Espíritu-Santo, que el Padre enviará en mi nombre...» *Spiritus-Sanctus, quem mittet Pater in nomine meo* (1). «Bautizad, dijo Jesucristo á sus apóstoles, en el nombre del *Padre*, y del *Hijo*, y del *Espíritu-Santo*.»

Estas tres Personas son distintas, como aparece por todos los textos ó testimonios que acabo de alegar. La distincion no resulta aquí mas que por las relaciones personales, que son tres; á saber: paternidad, filiacion y procesion; pues aunque las relaciones sean cuatro, la que llamamos *Spiracion* conviene al Padre y al Hijo, y por consiguiente no es propiedad que constituya persona. Segun estas relaciones de oposicion, es como se distinguen únicamente entre sí las divinas Personas. El Padre conoce, entiende, comprende su esencia, su verdad, su bondad; y con esta intelccion, ó este divino entender, engendra eterna é inmaterialmente su *Verbo*: segunda Persona, llamada tambien *Hijo*, para mostrar que es connatural al Padre; llamada *Esplendor*, para manifestar que es coeterna con él; y

(1) Joan., 14, 26.

llamada *Imágen*, para mostrar que es enteramente semejante (1).

El Padre y el Hijo se aman mutuamente, y este amor es el Espíritu-Santo. En la naturaleza intelectual hay dos acciones ú operaciones *ad intra* ó interiores: la del entendimiento y la de la voluntad. La procesion del Verbo se atiende ó se verifica segun la operacion del entendimiento, y la del Espíritu-Santo segun la operacion de la voluntad; y en esta procesion de la voluntad, ó por medio de la voluntad, se termina ó acaba la procesion interior, *ad intra*, en la naturaleza intelectual. Por eso no son mas que tres las Personas divinas: el Padre, que es principio sin principio: el Hijo, que agota el entendimiento del Padre; y el Espíritu-Santo, que es el mutuo amor del Padre y del Hijo. No tiene propio nombre este amor; pero le llamamos *Espíritu-Santo*, porque, procediendo por modo de amor, procede como espíritu; nombre con que significamos un movimiento ó impulso vital, segun que se dice es alguno movido ó impelido por el amor á hacer alguna cosa. Puede llamarse *Spiracion*, porque es la procesion del espíritu.

Ved, pues, la Trinidad en la Unidad; *ut in Personis proprietates*. Ahora, navegando entre los mismos escollos y tinieblas nuestro entendimiento, espondré en el modo posible la Unidad en la Trinidad. *Et in essentia unitas*.

Por la razon natural podemos conocer de Dios, segun dice el Doctor Angélico, las cosas que pertenecen á la unidad de la esencia; pero no las que pertenecen á la distincion de las Personas (2). Y parece persuadirlo tambien así la razon natural; porque al primer golpe de vista ocurre que, ó no ha de haber Dios, ó este Dios ha de ser *uno*. Destruir la unidad de Dios es destruir al mismo Dios.

«Muéstranos el Padre, y nos basta,» dijo á Jesucristo

(1) Santo Tomás, Summa, De Trinitate.

(2) Summa, 1.^a part., quest. 32, art. 1.^o

su apóstol Felipe. *Ostende nobis Patrem, et sufficit nobis* (1). «Llevando ya tanto tiempo viviendo entre vosotros, respondió el Salvador, ¿aun no me conocéis? Felipe, el que me ve á mí, ve al Padre... ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Lo que yo hablo, no lo hablo por mí mismo, ó de mí mismo: el Padre, que permanece en mí, es el que hace las obras que yo hago. No creéis que yo moro ó estoy en el Padre, y que el Padre mora en mí (2).» Palabras que, si significan de una manera indudable la distincion de Personas, significan todavía mejor la unidad de naturaleza ó de esencia. Si viendo al Hijo se ve al Padre, luego el Hijo y el Padre son una misma cosa.

En la oracion que á su Eterno Padre dirigió despues de la Cena Jesucristo por los suyos, es decir, por sus apóstoles y fieles, no puede estar mas clara y terminante la palabra del Salvador tocante á la unidad de esencia ó naturaleza en que estaba con su Padre. «Tuyas son, Padre mio, dice, todas mis cosas, y mias son las vuestras... Guárdalos, Padre Santo, para que sean una misma cosa, al modo que lo somos nosotros... (3).»

Cuando Jesucristo hace á sus apóstoles la promesa de enviarles el Espíritu-Santo, no puede estar mas clara la alusion que hace á la unidad de esencia en que viven el Padre, y el Hijo, y el Espíritu-Santo que ha de serles enviado. «El Espíritu-Santo, dice el Salvador, que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas... (4).» «El Espíritu de verdad, dice en otra parte Jesucristo, que procede del Padre, y que yo enviaré de parte del Padre, dará testimonio de mí... (5), y me clarificará, porque tomará de lo que es mio... (6).»

Así como no debemos confundir las Personas, así no

(1) Joan., 14. (2) Id. (3) Id., 17. (4) Id., 14.

(5) Id., 15. (6) Id., 16.

debemos separar la sustancia. Una es la Persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu-Santo ; pero de los tres es una misma la divinidad, igual su gloria, y coeterna su majestad. Increado es el Padre, increado es el Hijo, increado es el Espíritu-Santo: inmenso es el Padre, inmenso es el Hijo, inmenso es el Espíritu-Santo: eterno es el Padre, eterno es el Hijo, eterno es el Espíritu-Santo; pero no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Omnipotente es el Padre, omnipotente es el Hijo, omnipotente es el Espíritu-Santo; pero no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu-Santo es Dios; pero no son tres Dioses, sino uno solo. Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor es el Espíritu-Santo; pero no son tres señores, sino un solo Señor.

Todas las cosas en Dios son una sola, menos allí ó en aquellas donde hay las relaciones de oposicion. Dios es espíritu purísimo y simplicísimo. La paternidad no es la filiacion; pero el Padre y el Hijo son una misma cosa. La paternidad y la filiacion no son la procesion; pero el Padre y el Hijo, de quienes el Espíritu-Santo procede, son, con este mismo Espíritu-Santo, un solo Dios. Las divinas Personas no se distinguen entre sí por alguna cosa absoluta, como enseña Santo Tomás (1), *secundum aliquid absolutum*; pues entonces se seguiria que no era una sola su esencia.

Esto es lo que llamamos adorar la unidad en la esencia: *et in essentia unitas*. Oid ahora cómo hemos de adorar en la majestad ó en la perfeccion la igualdad de las tres divinas Personas. *Et in maiestate adoretur æqualitas*.

(1) Summa, De Trinitate.

En la augusta Trinidad nada hay que sea mayor ó menor, anterior ó posterior, mas digno ó menos digno, sino que las tres Personas son eternas é iguales. Tan omnipotente es el Hijo como el Padre, y el Espíritu-Santo como el Padre y el Hijo. Tan sabio es el Hijo como el Padre, y como el Padre y el Hijo, el Espíritu-Santo. Eternamente es Dios el Padre, eternamente es Dios el Hijo, eternamente es Dios el Espíritu-Santo. El Padre es Criador, el Hijo es Criador, el Espíritu-Santo es Criador. El Padre justifica, el Hijo justifica, el Espíritu-Santo justifica. El Padre premia, el Hijo premia, el Espíritu-Santo premia. No hay dignidad mayor que la del Espíritu-Santo, como no la hay mayor que la del Hijo, ni mayor que la del Padre. Unicamente podemos decir que la persona del Padre no es la del Hijo ni la del Espíritu-Santo; pero es una misma su naturaleza, su divinidad, su eternidad, su inmensidad, su omnipotencia, su sabiduría, su bondad. *In majestate æqualitas.*

¡Oh santísimo y profundísimo misterio! Aunque la razon encuentre en él tanta oscuridad, el corazon no halla mas que consuelos. El hombre, obra de la Beatísima Trinidad en la creacion, es su obra aun mas costosa y predilecta al ser redimido. Sin creer esplicitamente este augusto misterio, no puede salvarse el cristiano. Este misterio es el fundamento de toda nuestra fe, y el que le niegue, niega toda la religion.

Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu-Santo. Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu-Santo. Amo á Dios Padre, amo á Dios Hijo, amo á Dios Espíritu-Santo: tres Personas distintas y un solo Dios verdadero. Creo, espero y amo; y como creo, espero y amo, adoro la Trinidad en las Personas, la unidad en la esencia, y la igualdad en el poder ó en la perfeccion. *Ut in Personis proprietates, et in essentia unitas, et in majestate adoretur æqualitas.*

Derramad, Trinidad Beatísima, sobre nosotros vuestras bendiciones, para que alcancemos celebrar vuestras grandezas y bondades, y veros sin enigmas y sombras en el cielo. Amen.

SERMON

sobre el mismo agosto misterio (1).

Gloria Patri, et Filio, et Spiritui-Sancto.

EL Evangelio de este dia nos presenta el retrato del buen pastor, y al mismo tiempo nos declara que Jesucristo, no solo es la puerta por donde entran en el redil las ovejas, sino tambien el mas fiel guardador de su rebaño, por cuya salud entrega voluntariamente la vida. «Conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen á mí, dice Jesucristo, como el Padre me conoce, y como yo conozco al Padre... y por eso me ama el Padre, porque pongo mi alma para volverla á tomar.» Palabras misteriosas, al propio tiempo que son tan claras, y que nos muestran cuán empeñadas por nuestra salvacion están las divinas Personas de la Trinidad Beatísima. Siempre que se trata de favorecer al hombre, de enaltecerle y de hacerle feliz, parece que

(1) Predicado el tercer dia de Pascua de Pentecostés, en la octava que se consagró al misterio. Madrid, 1849.

ninguna de las tres divinas Personas quiere dejar de contribuir á esta obra, y que á cada paso repiten la magnífica frase de la creacion : *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. No dice Dios voy á hacer al hombre, sino hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. Le crean, le redimen, le santifican. Do quiera que hay gracia y amor para los hombres, allí obra la Santísima Trinidad. Es obra y empeño suyo salvar al hombre formado á su imágen y semejanza, y si para salvarle se necesita un gran poder, una gran sabiduría y un grande amor, el Padre obra con su poder infinito, el Hijo con su eterna sabiduría, y el Espíritu-Santo con su ilimitado amor.

El mismo Evangelio de hoy confirma la exactitud de mi pensamiento. «Por eso me ama el Padre, dice Jesucristo, porque pongo mi alma por mis ovejas para volverla á tomar.» Ese amor es un mismo amor. Uno mismo es el amor con que el Padre ama al Hijo, que aquel con que al Hijo ama el Padre, porque pone su vida por sus ovejas. Jesucristo es la puerta por donde hay que entrar en el rebaño de la Iglesia; es el buen pastor; pero ¿de quién es el movimiento con que las ovejas y los corderos entran en el redil? Del Espíritu-Santo, que con su gracia las mueve, las escita, las impele á que entren por la puerta, y no por otra parte; á que entren, no para devorar el rebaño, sino para salvarle: á que entren, no para satisfacerse con el pasto terrenal, sino para ser conducidos, pastores y rebaños, al redil de los escogidos. Tenemos, pues, al Padre amando al Hijo, porque el Hijo nos ama: al Hijo constituyéndose pastor de nuestras almas y puerta de nuestra salvacion, porque nos ama el Padre; y al Espíritu-Santo comunicándonos su aliento y su gracia para que busquemos el redil de la Iglesia, y señalándonos el camino, la verdad y la vida con sus santas inspiraciones.

Admiraos, pues, de lo que debemos á la Beatísima Tri-

nidad. No podemos ya recibir mas ni en el órden de la naturaleza ni en el de la gracia. Parece como que hemos hecho agotar todos los tesoros del cielo. Nuestra gratitud tiene que ser tambien grande, incesantes nuestros cultos, frecuentes nuestras oraciones.

En una palabra, *tenemos estrecho deber de consagrarnos á la devocion de este inefable misterio.*

Esto quiero haceros comprender, y esto es lo que intento probar, secundando las piadosas intenciones de esta religiosa congregacion.

Ave María.

Voy á revelaros desde luego todo el plan de mi discurso. Exijo de vosotros que seais devotos de la Beatísima Trinidad, por tres razones: primera, porque este inefable misterio es el mas grande objeto de nuestra fe: segunda, porque es el único principio de nuestra felicidad; y tercera, porque es el verdadero modelo de nuestra perfeccion. Voy á demostrarlo.

Primera. Este augusto misterio es el mas grande objeto de nuestra fe. *Mysterium fidei* le llama San Pablo, y lo es mas que cualquiera otro, porque él es toda la vida íntima de Dios. ¿Y qué es esta vida? El Ser por esencia; y el Ser por esencia es la actividad infinita, y la actividad infinita es la accion infinita, es decir, la accion que constituye en Dios la vida misma de Dios. La accion ademas es un movimiento que busca un fin, esto es, una cosa que le falta al Ser, y por consiguiente todo movimiento tiende á producir y producirá en proporcion del grado de actividad que obtenga. Ser infinito, actividad infinita, accion infini-

ta, movimiento infinito, produccion asimismo infinita: tal es la vida íntima de Dios; y así puede esplicarse en alguna manera el inefable misterio de la Trina personalidad en la unidad de esencia ó naturaleza. Todos los seres tienden á producir una cosa igual á sí mismos en la plenitud de sus facultades. La vida produce la vida; la vida infinita tiende á producir en sus actos principales la vida infinita; en una palabra, en la actividad infinita se encierra la infinita fecundidad. Si Dios fuese infinitamente activo sin ser infinitamente fecundo, tendríamos que decir, ó que la vida de Dios es improductiva y que se consume en la impotencia de una esterilidad eterna, lo cual es un absurdo; ó que no puede producir sino *ad extra*, sin vida propia, ó sin mas vida que el universo, por donde llegaríamos indeclinablemente al panteísmo.

Dios es espíritu puro, y su vida íntima es conocer y amar. El pensamiento en Dios representa á Dios todo entero por su actividad y fecundidad infinitas, y es único y absoluto porque agota todo el abismo de las cosas cognoscibles ó inteligibles, es decir, el abismo de lo infinito. Por eso es el pensamiento su palabra, su imagen, el esplendor de su gloria, la figura de su sustancia, su Hijo, en fin, único, eterno, natural, consustancial, segun la enérgica expresion del concilio de Nicea. El pensamiento no es toda la vida de Dios; así como en nosotros la generacion del pensamiento no es el término donde se encierra la vida. Del pensamiento nace el amor, que es el movimiento hácia el objeto conocido; y en Dios, el Espíritu-Santo es el movimiento ilimitado y coeterno del amor divino. El Espíritu-Santo agota en Dios el amor, como el Hijo agota el conocimiento: y ahí teneis terminado el círculo de la fecundidad y de la vida divina. Pero ¿por qué los términos de la relacion toman en Dios la forma de la personalidad? ¿Por qué el Padre, y el Hijo y el Espíritu-Santo son tres Personas distintas? Persona es todo individuo que tiene la con-

ciencia y la inteligencia de su individualidad, es decir, de sí mismo. La piedra es individualidad, pero la criatura racional es persona; y cuanto mas racional y espiritual sea el ser, con mayor razon será persona: es así que Dios es espíritu infinito, y del mismo modo es espíritu todo lo que le constituye, es decir, sustancia y términos de relacion; luego cada término de las relaciones divinas tiene conciencia é inteligencia de sí mismo, y por lo tanto es persona, esto es, distinto de las otras como término de relacion, y una misma cosa bajo el aspecto de sustancia ó esencia. Sí, una misma cosa; porque la relacion consiste en la aproximacion de dos términos distintos; y como la aproximacion perfecta es la unidad, así como la pluralidad es la perfecta distincion, resulta que la relacion perfecta es la unidad en la pluralidad: Un solo Dios en tres Personas (1).

Disimulad, señores, que haya querido con mi frágil mano levantar la punta del espeso velo que cubre la majestad de Dios, y démosle gracias porque no me ha oprimido con el peso de su gloria, habiendo sido temerario investigador de sus misterios. El primero de todos es la Trinidad Beatísima, porque de él se derivan los demas, y él no tiene principio, al paso que los otros le tienen en él. Si dudásemos acerca de este misterio, seria destruir todas las verdades, todos los dogmas; redencion, encarnacion, creacion, la existencia de Dios; todo hay que negarlo si negamos este augusto misterio. Al mismo tiempo que es el primero de todos, es tambien el mas augusto; porque en otros misterios hay hombre, hay cosa humana, y, por consiguiente, flaqueza, debilidad, miseria, y todo menos lo que sea pecado ó propension á él; pero en el inefable misterio de la Beatísima Trinidad, todo es Dios: todo es á la vez eternidad, inmensidad, omnipotencia, ciencia infinita, su-

(1) Lacordaire comenta así ó casi copia literalmente la admirable y profunda doctrina de Santo Tomás.

prema verdad, santidad por esencia, luz indefectible, justicia indeclinable, dominio universal.

Segunda. Debemos ser muy devotos ademas de tan augusto misterio, porque es el único principio de nuestra felicidad. *Ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia* (1). Todo lo recibimos y tenemos de Dios, como autor, *ex ipso*: por Dios, como conservador, *per ipsum*: en Dios como último fin, *in ipso*. Gloria al Padre, de quien proceden todas las cosas: gloria al Hijo, por quien todas las cosas nos vienen: gloria al Espíritu-Santo, en quien todas las cosas se consuman. De la Beatísima Trinidad debemos esperar todo en esta vida, porque obra de sus manos son los bienes temporales, y obra suya son ademas nuestra redencion y justificacion.

Despues del pecado original pudo Dios maldecir al hombre para siempre, entregándole á todas las consecuencias de su infidelidad, sin darle entonces, ni despues, ni ahora un solo consuelo, una sola esperanza. Dios, sin embargo que es tan grande en misericordia como en poder, lejos de mandar á todas las criaturas que vindicasen su gloria sepultando al hombre y á la mujer en los abismos, hace, con motivo de tanta desgracia, la promesa bien clara de un Mesías que viniese á destruir la obra del infernal tentador, y á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. Los Patriarcas no dejaron de suspirar por el que ha de venir, y los profetas interpelaban al cielo para que enviase su rocío; y al fin de cuarenta siglos *Dios amó de tal manera al mundo que le dió su Unigénito*, para que nos salvemos por él, siguiéndole como pastor divino y entrando por él en la gloria, como puerta que es del redil de los escogidos. Hasta tal punto el Eterno Padre nos ama, que ama doblemente, digámoslo así, á su Hijo, porque pone su alma, como buen pastor, por nuestra vida y

(1) Ad Roman., 11, 36.

seguridad. *Propterea me diligit Pater; quia ego pono animam meam.*

El Hijo se presta voluntariamente al sacrificio por la felicidad del género humano. *Ecce adsum*; aquí estoy, Padre mio, para hacer por el hombre cuanto tengais á bien determinar. Aquí estoy pronto para cumplir vuestra voluntad santa. El sacrificio se realiza, y el Hijo de Dios queda constituido Pastor que va delante de sus ovejas señalándoles el buen alimento, defendiéndolas de los lobos rapaces y del pastor mercenario, para que tengan vida y la tengan en mas abundancia: Pastor que conoce sus ovejas y da su vida por ellas, y llama á otras que no son de este aprisco para que oigan su voz y no haya mas que un solo rebaño y un solo Pastor.

El Espíritu-Santo es el don, el amor, la gracia de Dios, que nos mueve hácia el bien, nos escita á la virtud, nos sostiene en los combates, y nos pone en el camino de la gloria. Ved por qué la Iglesia concluye siempre sus oraciones con la fe en el augusto misterio, y por la misma razon los buenos cristianos invocan á la Santísima Trinidad al comenzar todas sus obras.

Si en la vida hay tanto que esperar de este inefable misterio, no hay menos que esperar tambien en la hora de la muerte. Momento terrible, en que la incertidumbre, la duda y el temor desgarrarian el alma si la esperanza no la sostuviese; para ningun otro caso necesitamos mas que para este los auxilios de la Santísima Trinidad. En todas las oraciones con que el sacerdote despide de la tierra al moribundo, se hace especial mencion y se invoca á la Santísima Trinidad, como si el recuerdo de este misterio fuese la mas tierna despedida de la Iglesia y el consuelo mas eficaz para el enfermo. Y no puede, en efecto, menos de ser así; porque la Trinidad que crió al hombre, es quien le redime y santifica, y quien en la hora de la muerte perdona y al mismo tiempo premia. Haced por agradar en

la vida al Juez que os ha de sentenciar en la muerte:

Hasta en la vida futura consiste nuestra felicidad en ver á las claras este misterio. Ahora vemos entre velos y espesas nieblas; y aun en esto que conocemos al traves de tantos celajes, siente ya nuestro espíritu cierta anticipada felicidad, que es un imperfecto preludio del torrente de delicias en que se abismará nuestra alma al ver á Dios como es en sí: Trino y Uno; tres Personas en una sola esencia. Si cuando logramos descifrar un enigma, resolver un problema y penetrar el secreto de un acontecimiento que no podíamos explicar, parece como que el espíritu sale de su esfera, y goza porque ha tocado su objeto, que es la verdad, ¿quién podrá calcular las inefables delicias del alma al ver al Padre engendrando eternamente á su Hijo con la fecundidad del pensamiento, y al Espíritu-Santo procediendo del Padre y del Hijo como de un solo principio? Ni el ojo vió, ni el oído oyó jamás, ni el entendimiento puede comprender lo que Dios tiene preparado á los que le aman.

Tercera. Por último: la Beatísima Trinidad es el verdadero modelo de nuestra perfeccion. *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Modelo de nuestra perfeccion respecto de Dios, de nuestra perfeccion respecto del prójimo, y de nuestra perfeccion respecto de nosotros mismos. En este augusto misterio está el modelo de nuestra perfeccion respecto de Dios, porque así lo ordena Jesucristo: *Estote perfecti, sicut Pater vester perfectus est*. Nuestros pensamientos, nuestros deseos y nuestras afecciones deben dirigirse al mismo objeto que, ocupando por toda la eternidad á Dios, hácele engendrar su Hijo y producir su Espíritu. Todos nuestros pensamientos y afecciones han de propender á conocernos á nosotros mismos, y á amar lo que en nosotros sea digno de amor, refiriendo á Dios todas nuestras bondades, y amándole como el principal objeto de nuestros pensamientos y de-

seos. Si buscamos en otra parte los medios de ser felices, nos encontraremos desnudos cuando creamos hallarnos ricamente vestidos.

Este inefable misterio es el modelo de nuestra perfeccion respecto del prójimo. *Sint unum, sicut et nos.* Unidad en la pluralidad. Somos muchos en cuanto á las personas; somos muchos en cuanto á las naturalezas; pero podemos ser una misma cosa todos los cristianos y todos los hombres, por la fe y por la caridad. En todo hemos de procurar marchar hácia la unidad de espíritu y de corazon. Ese es, por otra parte, nuestro destino, y esa es la inclinacion natural de los seres. Desde el momento en que las opiniones nos dividan y los intereses nos pongan en discordia, abdicamos la dignidad de cristianos, y hasta la cualidad de hombres. Un Dios, una fe y un bautismo es la base mas fundamental de la humanidad; y cuanto mas nos separemos de esa fórmula, que espresa uno de los mas sublimes pensamientos de San Pablo, mas se separa la humanidad, y mas se separan las sociedades de su destino, de su felicidad, de su sosiego y de su gloria. Así como no habria Dios si no fuese Trino, y dejaria de ser si no fuese Uno, así el género humano no puede subsistir en sus condiciones de gran familia si no junta la pluralidad con la unidad, es decir, los pensamientos, las afecciones y los intereses múltiples con la fe y la caridad, que hace de todos los corazones uno solo. *Sint unum, sicut et nos.*

Modelo de perfeccion, por último, es este augusto misterio respecto de nosotros mismos. *Si vis perfectus esse... veni, sequere me.* ¿Cómo ha de ser esto? Deseando nuestra propia salvacion, y trabajando en ella con tanto celo como el que ha mostrado la Santísima Trinidad por hacernos felices. El Eterno Padre no ha perdonado á su propio Hijo por salvarnos, pagando lo que nosotros debíamos pagar. El Hijo se ha entregado gustoso á los dolores y á la muerte, para que nosotros gocemos y vivamos. El Espíri-

tu-Santo ha sido enviado y dado para que sea nuestro mejor consolador é infalible maestro. El Eterno Padre ha designado por Pastor de los hombres á su Hijo divino: el Hijo es la puerta por donde entran en el redil los que se han de salvar: y el Espíritu-Santo es el que nos inspira é impele para que busquemos al querido Pastor de nuestras almas. No imitamos como modelo á la Beatísima Trinidad, si en vez de buscar con ahinco nuestra salvacion buscamos nuestra ruina; si en vez de agradecer al Padre el sacrificio de su Hijo, le provocamos con la ingratitud; si en vez de imitar al Hijo, que se ofrece por nosotros, conculcamos sus méritos; si en vez de imitar al Espíritu-Santo, que nos llama, rechazamos y despreciamos sus dones; si en vez de seguir al buen Pastor, de quien nos habla hoy el Evangelio, seguimos á esos lobos rapaces que devoran nuestra alma, arrebatándonos la fe y la virtud.

No sé, amados hermanos míos, si mientras os he hablado con la lengua de la fe se habrá alarmado alguna vez vuestra razon mirando como locura ó como absurdos los misterios de Dios. No seria Dios lo que es si no estuviese rodeado de estas santas oscuridades para el débil mortal que peregrina por el desierto y la lobreguez de la vida. La misma naturaleza perderia para nosotros sus maravillas y encantos si penetrásemos todos sus secretos. Dejad, dejad al hombre en su propension á lo misterioso, y ya que no podeis decirle, ¡oh infatuados racionalistas! lo que es ese pequeño insecto que se mueve á vuestras plantas, ó ese grano de arena que el huracan arrastra de unas á otras playas, no le turbeis en su fe y en la creencia de los misterios divinos, que son para él, enmedio de su oscuridad, una luz vivísima que le alumbra en las tinieblas! Si en lo pequeño hay infinitos misterios, ¿cómo quereis que no los haya en Dios, grandeza sobre todas las grandezas imaginables? Si vosotros estais llenos de misterios, y nunca os revelais todo ni aun á vuestros mas íntimos amigos, ¿cómo

quereis que en aquel abismo de perfecciones no haya algo oculto á nuestra mirada de míope?

No, señores, no; la fe es una necesidad de nuestra vida individual, religiosa y social. Ya está cansado el mundo de teorías, y hasta tal punto necesita de fe, que incurre en el esceso de creer todas las extravagancias y sueños de los hombres. La fe nos llama: no dejemos que pase el tiempo en balde. Vamos á salvarnos con la fe en el tiempo y en la eternidad.

Sed devotos del augusto é inefable misterio de la Beatísima Trinidad, porque es el mas grande objeto de nuestra fe; porque es el principio de nuestra felicidad, y porque es el modelo de nuestra perfeccion. Alistaos entre los individuos de esta religiosísima congregacion, fundada para tributar homenajes al profundo misterio. De Dios, por Dios y en Dios recibireis el premio que para todos deseo sea eterno. Amen.

SERMON

sobre el mismo augusto misterio (1).

*Sic Deus dilexit mundum ut
Filium suum unigenitum daret, ut
omnis qui credit in eum non pe-
reat, sed habeat vitam æternam.*

(Joann., 3.)

Está puesta fuera de toda duda la necesidad de que el hombre crea algunas cosas que son superiores á su razon. La criatura racional que se perfecciona, no solo con aquello que le conviene segun su propia naturaleza, sino con lo que se le atribuye en virtud de cierta sobrenatural participacion de la divina bondad, es un ser limitadísimo; al paso que Dios, con quien debe de estar en comunicacion, es perfectísimo, omnipotente é incomprensible. ¿Cómo para la criatura limitada no ha de haber misterios en Dios?

Por otra parte, ¿á dónde vuelve el hombre la vista que no encuentre misterios? ¿Qué es nuestra alma, nuestra memoria, nuestra voluntad, nuestra razon, nuestra imaginacion, nuestra misma vida, sino misterios? El cuer-

(1) Predicado en Madrid, año de 1848, en la octava de la Santísima Trinidad.

po, ¿no ofrece tambien misterios innumerables? La voluntad manda, y vuestros miembros obedecen: ¿por qué? Misterios. Vuestro ojo, tan pequeño, abarca la tierra, el cielo, el mar... ¿por qué? Misterios. Misterios en los cielos, misterios en la tierra, misterios en los abismos, misterios en el insecto, misterios en el grano de arena, misterios en todas partes: y las ciencias divinas, es decir, Dios, grande, inmenso, infinito, ¿no los habia de tener para nuestra razon tan limitada? Ademas, estos misterios de la religion son, como para el niño que estudia, elementos oscuros que deben conducirnos á la ciencia perfecta en el seno de la ciencia infinita.

Entre los misterios de la religion ocupa el primer lugar el augusto de la Trinidad Beatísima, que es el grande objeto de nuestra fe. *Mysterium fidei* (1). Este misterio es el fundamento de la religion, y de él nacen los demas misterios. Es el mas augusto de todos; porque en los otros hay algo del hombre, y aquí todo es Dios. Es, por último, el principio de nuestra felicidad. *Ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia* (2).

Grande, pues, deberá de ser la confianza que nos inspire tan augusto misterio.

Acerca de esto voy á ocuparme en los momentos presentes, tomando por medio de demostracion el Evangelio que acaba de cantarse. *Sic Deus*, etc., etc. No se me oculta la cautela y modestia con que debe hablarse de tan inefable misterio, porque, como dice San Agustin, *nec periculosius alicubi erratur, nec laboriosius aliquid queritur, nec fructuosius aliquid invenitur*.

Ave María.

(1) S. Tim., 3. (2) Rom., 11.

Aunque no fuese necesario para la salvacion creer explícitamente el augusto misterio de la Santísima Trinidad, nos convendria siempre invocarle por la confianza que nos inspira y los beneficios que nos dispensa. Esta confianza se funda: 1.º, en que el Padre ha amado de tal manera al mundo, que por él dió á su Hijo Unigénito: 2.º, en que el Hijo nos ha adquirido la vida eterna, no pereciendo ninguno de los que creen en él: y 3.º, en que el Espíritu-Santo nos enriquece y enriquece á la Iglesia con sus carismas celestiales.

La primera Persona de la Santísima Trinidad, á quien llamamos con los nombres nocionales de Ingénito, Padre, Principio, crió el mundo y colocó en él al hombre como rey de la naturaleza, imponiéndole un precepto en testimonio de la subordinacion en que debia vivir; precepto cuya fácil observancia habia de hacer la dicha del género humano, y cuya infraccion traeria, como trajo, sobre los descendientes de Adan indecibles calamidades en el cuerpo y en el alma.

Bien hubiera podido Dios entonces maldecir al hombre, maldecirle para siempre, entregarle á las consecuencias de su infidelidad, sin darle entonces, ni despues, ni nunca, un solo consuelo, una sola esperanza. La soberbia no era ni es nunca acreedora á ninguna consideracion. Dios, sin embargo, que estan grande en su misericordia como en su poder, lejos de mandar á todas las criaturas que vindicasen su gloria, sepultando al hombre y á la mujer en los abismos, hace, con motivo de tanta desgracia, la promesa bien clara de un Mesías que viniese á destruir la obra del infernal tentador, y restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. Las desgracias del género humano fueron aumentándose progresivamente en toda la serie de los tiempos; los patriarcas suspiraban por el que habia de venir, y los profetas interpelaban al cielo para que enviasse su rocío. El llanto duró cuarenta siglos, y al fin de ellos

Dios amó de tal manera al mundo, que le dió su Unigénito. Notad bien estas palabras. Dios, Señor de todas las cosas, que se basta á sí mismo, que no necesita de nada ni de nadie; Dios, inmortal y sin principio, cuya grandeza no tiene límites y cuyo poder no tiene medida; Dios amó de tal manera al mundo que dió su Unigénito: al mundo, dice el Evangelio; esto es, no á los judíos solamente, con quienes habia hecho su alianza, sino á todo el género humano, abrumado con pecados: al mundo, es decir, á seres corrompidos, llenos de culpa, formados de la tierra y del polvo. A estos amó Dios de tal manera, que por ellos dió su Hijo Unigénito. Jamás ha dado un padre tales muestras de bondad á un hijo como las que ha dado Dios á sus siervos ingratos.

Dios hubiera podido enviar su Hijo Unigénito para juzgar al mundo y condenarle: y, en tal caso, ¿cuál no habria sido el espanto de los hombres al ver entre ellos á su juez armado de toda la justicia para castigarlos? Pero Dios *non misit Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.*

Ahora bien, cristianos: si el Padre Eterno, si la primera Persona de la Santísima Trinidad nos ha dado su Hijo Unigénito para que nos salvemos, ¿qué será lo que nos pueda ya negar? Suspende el sol su carrera, trastornar los elementos, verificar una segunda creacion en favor nuestro, todo es menos que darnos su Hijo Unigénito; por consiguiente, así para nuestra felicidad temporal como para la eterna, debe inspirarnos una suma confianza la bondad del Padre, obligándonos por lo tanto á un profundo reconocimiento, que á nadie, por otro lado, puede ser mas provechoso que á nosotros mismos. *Sic Deus, etc., etc.*

Veamos ahora qué motivos de confianza nos ofrece la segunda Persona de la Santísima Trinidad, á quien llamamos *Hijo*, porque desde la eternidad es engendrado;

y *Verbo*, porque procede por el entendimiento que en el Padre, á causa de su perfeccion, es fecundísimo, y por cuya perfeccion el Verbo divino es una misma cosa en naturaleza ó esencia con la Persona de quien procede como de principio. El Hijo, pues, nos ha adquirido la vida eterna, no pereciendo ninguno de los que verdaderamente creen en él. *Ut omnis qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam æternam.*

El Evangelio repite hoy una y otra vez que la fe en Jesucristo es nuestra salvacion, la salvacion del género humano, y la salvacion de la sociedad. «El gran objeto de nuestra fe, dice San Juan Crisóstomo, es mirar la cruz del Salvador como el origen de la vida de los hombres.» «La fe de la verdad católica, dice San Eusebio, es la luz del alma, la puerta de la vida y el fundamento de la salvacion eterna.» Aquel que la abandona por seguir las luces engañosas de su inteligencia, debe ser comparado con el insensato que quisiera edificar una casa sin levantar antes el cimiento; ó con el temerario que, marchando entre tinieblas, se cubriese los ojos, teniendo á un lado y á otro profundos abismos. Desde que la naturaleza del hombre quedó viciada con el pecado original, todo le arrastra á perniciosos extravíos cuando se abandona á sus propias luces. La razon, como que no recibe consejo mas que de los sentidos, se entrega á preocupaciones que falsean sus juicios, y se encierra en la estrecha esfera de las cosas materiales por las desordenadas afecciones del corazon. Así se esplica esa serie de errores y crímenes que manchan la historia de la humanidad degradada: así se esplica la inutilidad de los esfuerzos hechos por el hombre para encontrar por sí solo la verdad: así, por fin, se esplica el paganismo antiguo con todas sus monstruosidades, y el paganismo moderno con todos sus vicios. Asociándonos la fe á la inteligencia del mismo Dios y á sus pensamientos, nos hace conocer sus perfecciones como Criador,

y su sabiduría y misericordia en el plan que adoptó para redimir á los hombres. Esa fe no está ociosa en nosotros cuando somos dóciles á sus inspiraciones ; porque al propio tiempo que nos enseña á deponer nuestros pensamientos para que juzguemos las cosas segun el juicio que Dios hace de ellas, nos hace entrar á nosotros mismos en los saludables caminos de la regeneracion , purga nuestros corazones de las afecciones corrompidas, nos sostiene en la práctica de las buenas obras, y se verifica al pie de la letra que Dios amó de tal manera al mundo que dió su Unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.

Bien podia decir Isaías : «Levántate, Jerusalen, porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre tí... Las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad los pueblos ; mas sobre tí nacerá el Señor, y su gloria se verá en tí ; y andarán las gentes á tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento (1).» Sí, en verdad : andarán las naciones á tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. La historia de lo pasado y la esperiencia de lo presente confirman el vaticinio profético. La humanidad comienza á mudar de faz luego que en Jerusalen aparece la luz del mundo. El género humano abundaba ya en elementos de disolucion : el paganismo mas detestable cubria toda la tierra : no parecia sino que la razon habia sido dada al hombre para inventar monstruosidades y el corazon para formar fieras. No habia derechos respetados, ni aun los mas santos y legítimos de la naturaleza : el infanticidio, el uxoricidio, la esclavitud mas bárbara, las costumbres mas reprobables, todos los crímenes, en fin, inundaban el mundo cuando Jesucristo vino á salvarle, verdaderamente á salvarle bajo todos conceptos. Ya la mujer no será esclava ; los hijos serán

(1) Isai., 60.

considerados como una misma cosa con sus padres ; las leyes serán humanas ; el señor verá un hermano en su esclavo ; los crímenes no se llamarán virtudes ; los entendimientos serán alumbrados con la verdad, y los corazones palpitarán con sentimientos generosos. Aquí teneis el principio de la civilizacion del mundo, y todo lo que sea despreciar este principio es caminar á pasos agigantados hacia la barbarie.

¿De dónde proviene, si no, el estado lamentable en que se encuentran las ideas y las cosas, mas que del desprecio que se hace de la fe de Jesucristo? *Hoc est autem judicium*, os diré con el Evangelio de hoy, *quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem*. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz. Si el mundo ha de salvarse en sus grandes contratiempos ; si para el desbordamiento de las ideas y los injustos y públicos arranques de las pasiones se busca un eficaz remedio ; si en los corazones ha de haber caridad, única medicina que yo hallo contra el egoismo reinante ; si ha de haber una luz para los entendimientos lanzados temerariamente en todo género de investigaciones ; si el mundo ha de salvarse, repito, habrá que recurrir al catolicismo ; porque solamente él tiene un grado de poder superior á la resistencia general ; porque solamente él está armado de una certeza mas fuerte que todas las dudas ; porque solamente él ejerce una influencia tan poderosa, que no hay inclinaciones que no pueda desarraigar, disgustos que no pueda vencer, preocupaciones á que no pueda resistir. Vosotros, que temeis el rayo y la tempestad, y os poneis pálidos al oir el murmullo aterrador de las inundaciones, sed de veras católicos. Padres y madres, á quienes las penas agobian, y cuyos hijos llevan ya en la frente un sello desastroso, sed de veras católicos. Monarcas, que temblais por vuestras diademas ; ricos, que temblais por vuestros teso-

ros; legisladores, que no sabeis dónde encontrar leyes; poetas y escritores, que no sentís inspiracion; hijos del pueblo, que temeis la miseria; os ruego á todos, por las entrañas de Jesucristo, que digais todos una misma cosa; que no haya divisiones entre vosotros; que seais de veras católicos, y se salvarán todos los que creen en el Hijo de Dios. *Ut omnis*, etc.

Ved, pues, cómo sobran tambien motivos por parte del Hijo para que nos inspire suma confianza el inefable misterio de la Santísima Trinidad. Otro tanto sucede respecto del Espíritu-Santo; y exijo aquí de vosotros, si cabe, una doble atencion.

Jesucristo habia prometido á los apóstoles el Espíritu-Santo, para que les enseñase todas las cosas y les recordase lo que antes les habia dicho en el curso de su predicacion. Esto equivalia á dejarles la paz; no la que da el mundo, sino la paz hija de la caridad. Por lo tanto su corazon no debia turbarse; pues la paz de Dios los sosten-dria siempre, y luego que descendiese el Consolador, ellos, que eran hombres ignorantes y débiles, se convertirian en sabios y fuertes campeones.

Tal es la promesa de Jesucristo, y la Iglesia celebra en estos dias su puntual cumplimiento (1).

En efecto: la tercera Persona de la Santísima Trinidad á quien por no tener otra palabra llamamos Espíritu-Santo, nombre comun, pues conviene tambien al Padre y al Hijo; á quien llamamos *Donum et Amor*, *Don y Amor*, porque procede por la voluntad como impelente y movente; la tercera Persona, digo, desciende á la tierra para ponernos en comunicacion con Dios por medio de las perfecciones

(1) En lo que sigue podia haberme referido al sermón sobre la venida del Espíritu-Santo, donde se hallan estos mismos párrafos; pero he preferido repetirlos (cosa que nunca ó rara vez hago) para el mejor uso.

que se llaman dones del Espíritu-Santo. *Qui spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt...* Estos dones son necesarios para la salvacion; porque aun cuando las virtudes teológicas y morales perfeccionan al hombre en orden al último fin, no lo hacen de tal modo que no sea necesario ademas el superior instinto del Espíritu-Santo, como dice el Angélico Doctor. «El Espíritu-Santo, dice San Gregorio, da la sabiduría contra la necedad, el entendimiento contra la torpeza, el consejo contra la precipitacion, la fortaleza contra el miedo, la ciencia contra la ignorancia, la piedad contra la dureza, la humildad contra la soberbia.»

Pero en lo que mas debemos parar hoy la atencion, tanto por la festividad del dia como por la materia designada para mi discurso, es en que el Espíritu-Santo descende sobre los apóstoles y discípulos, para promulgar la nueva ley, constituir definitivamente la Iglesia y dar principio al reinado de la verdad. Sí: la Iglesia es divina, y es una, santa, católica y apostólica. La venida del Espíritu-Santo va á suministrarme las pruebas.

La Iglesia de Jesucristo es divina, porque no es un hombre quien la funda, sino el mismo Dios. *Sermonem quem audistis non est meus, sed ejus qui me misit Patris. Paraclitus autem Spiritus-Sanctus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia quaecumque dixero vobis.* La palabra que habeis oido no es mia, sino del Padre que me envió... Y el consolador, el Espíritu-Santo que enviará el Padre en mí nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiese dicho antes. La doctrina que enseña la Iglesia, bajo la asistencia del Espíritu-Santo, no es doctrina de hombres, sino de Dios; y por lo tanto, ni hay otra que sea verdadera, ni puede estar subordinada á los caprichos y opiniones de los hombres. En las cosas de la religion nada pueden innovar los hombres, por grande que sea la altura en que se hallen colocados; y tanto es

así, que para abolir la ley mosaica y establecer el Nuevo Testamento tuvo que descender del cielo el Espíritu-Santo, que es Dios igual al Padre y al Hijo, de quienes procede como de un solo principio. Desconocen la naturaleza divina de la Iglesia aquellos que la acusan porque no admite modificaciones que, en su errado juicio, la harían mas perfecta, como sucede con las instituciones humanas. *Sermonem quem*, etc. ¡Pobre mortal! Tú, que no puedes añadir una hoja á la flor, ni hacer que se adelante media hora la rosa, ¿te crees á propósito para perfeccionar la palabra de Dios? ¡Oh! pasarán todas las cosas, pasarán los siglos con sus ilustraciones buenas ó malas, y la palabra de la verdad subsistirá mas firme que la tierra y los cielos. *Sermonem quem*, etc.

La Iglesia es divina, por lo que vemos sucede al descender el Espíritu-Santo sobre los apóstoles y discípulos. Vino de repente un estruendo del cielo, como de viento impetuoso... y se les aparecieron unas lenguas como de fuego... y fueron todos llenos de Espíritu-Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas... *Quidnam vult hoc esse?* ¿Qué quiere decir esto? se preguntaban unas á otras las gentes. Y no hay que decir que este portentoso milagro se realizase en la oscuridad. Residian entonces en Jerusalem judíos, varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo, á quienes la religion y solemnidad de las fiestas habian traído á la ciudad deicida. Toda esta gente, luego que se estendió la fama del suceso, corrió presurosa á cerciorarse, y quedó pasmada al oír hablar cada cual en su lengua á los rústicos galileos. *Quidnam vult hoc esse?*

La Iglesia no es mas que *una*, porque una sola es la verdad, y el Espíritu-Santo no descendió sino cuando los apóstoles y discípulos estaban todos reunidos en un mismo lugar. Unidad de doctrina, unidad de corazones. Asimismo es *una* respecto de su cabeza visible. Por eso cuando las gentes suponían ebrios á los apóstoles oyéndoles hablar en

todas las lenguas, San Pedro, que apacentaba las ovejas y los corderos por mandato divino, se levanta á defender la Iglesia, y pronuncia el admirable discurso que se lee en el capítulo segundo de los *Hechos apostólicos*, convirtiéndose en seguida cerca de tres mil personas. Así comenzó á ejercer el supremo ministerio de la palabra el príncipe de los apóstoles, cabeza visible de la Iglesia. Este es el primer triunfo que, á las órdenes de su primer jefe y caudillo, consigue la religion. Desde entonces hasta hoy, ¿quién podrá enarrar las victorias alcanzadas?

La Iglesia es *santa*, porque el fuego en que aparecen envueltas las lenguas bajo cuyo símbolo descendia el Espíritu-Santo, es el fuego del amor de Dios, que en lo sucesivo debia abrasar á los apóstoles, á sus sucesores, y á los fieles que despues de la penitencia recibiesen el Espíritu-Santo. El amor hace *santa* á la Iglesia; y como sus doctrinas y sus sacramentos no son mas que el amor divino aplicado al entendimiento y á la voluntad, la santidad es con razon uno de sus caractéres. ¿Qué significa ese ruido de viento impetuoso que acompaña la venida del Espíritu-Santo, sino que las palabras de los apóstoles habian de purificarlo y purgarlo todo, al modo que un viento rápido purifica y despeja la atmósfera?

La Iglesia es *católica*, y bien lo da á entender el don de lenguas que el Espíritu-Santo concede á los apóstoles para que llevasen la fe á todas las partes del mundo, y fuesen entendidos en todos los lugares. Siendo galileos los apóstoles, los oyeron hablar en su propia lengua, inmediatamente despues de descender el Espíritu-Santo, todas las gentes que habia en Jerusalem; partos y medos y elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judea y Capadocia, Ponto y Asia, en Frigia y Pamfilia, Egipto y tierras de Libia y Cirene, y los que habian ido de Roma, judíos tambien y prosélitos, cretenses y árabes; todos oyen hablar en sus propias lenguas las grandezas de Dios. ¿Qué

era esto mas que la catolicidad de la Iglesia? No otra cosa significaba tambien el viento impetuoso del cenáculo, sino que la fe recorrería todo el mundo en alas de los vientos.

Por último, la Iglesia es *apostólica*, porque los apóstoles reciben el Espíritu-Santo, y son por esta causa los doce fundamentos de la ciudad de Dios.

Toda Iglesia que no conserve la unidad de doctrina, de sacramentos y de jefe, no es la Iglesia de Jesucristo. Toda Iglesia que no conduzca á la santidad por medio de doctrinas santas, no es la Iglesia de Jesucristo. Toda Iglesia que no puede salir de un pequeño recinto, no es la Iglesia de Jesucristo. Toda Iglesia que no permanezca en la fe de los apóstoles y descienda de ellos por una no interrumpida sucesion, no es la Iglesia de Jesucristo. ¡Cuántos desgraciados están fuera del camino de salud! Felices nosotros, que vivimos en la fe católica apostólica romana, donde gozamos del amor del Padre, de la fe del Hijo y de los dones del Espíritu-Santo. ¡Cuántos motivos tenemos para poner nuestra confianza en el inefable misterio de la augusta Trinidad! El Padre nos amó de tal manera, que dió su Hijo Unigénito: el Hijo nos ha adquirido la vida eterna al precio de su sangre; y el Espíritu-Santo nos enriquece con sus celestiales carismas, y vela por la Iglesia para que nos salvemos en ella como en arca de salvacion. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu-Santo.

Gloria al Padre, que no tiene principio; gloria al Hijo, que es engendrado del Padre; gloria al Espíritu-Santo, que procede del Padre y del Hijo, como de único principio. Gloria á la Trinidad en la Unidad; gloria á la Unidad en la Trinidad. Gloria á Dios Uno y Trino. Amemos á quien tanto nos ama, para amar luego eternamente en la gloria. Amen.

SERMON

sobre la sagrada Eucaristía.

Lætamini cum Jérusalem... ut deliciis affluatis ab omnimoda gloria ejus. Quia hæc dicit Dominus: Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam gentium.

Alegraos con Jerusalem... para que abundeis en delicias de toda su gloria. Porque esto dice el Señor: Hé aquí que yo derivaré sobre ella como un río de paz, y como arroyo que inunda la gloria de las gentes.

(Isaías, cap. 66, 10, 11 y 12.)

No encuentro nada comparable á las patéticas y sublimes páginas de Isaías cuando dibuja con tan felices pinceladas la grandeza, la fecundidad y la gloria de la futura Iglesia de Jesucristo en los tiempos de su presente plenitud. El hijo de Amós es á mis ojos el profeta de la esperanza; y al mismo tiempo, cuando me abruma la idea de las terribles pruebas por que está pasando la verdadera Iglesia de Dios, encuentro en sus inspiraciones un lenitivo para el dolor, y un dulce consuelo para las amargas inquietudes del espíritu. El profeta agota todos los recursos de la poesía

oriental para describir las bellezas de la futura Iglesia; y el monte donde estaria la casa del Señor; y los rios saliendo de la cumbre de los collados; y las fuentes enmedio de los campos; y el desierto convertido en estanques; y el sitio de las tiendas ensanchado; y los pabellones estendidos; y el rio de paz sobre Jerusalem; y el arroyo que inunda la gloria de las gentes; y el cordero donde estaba el leon, y la paloma donde estaba el tigre... Todas estas son frases que espresan, no un suceso natural y ordinario, sino una maravilla superior á cuantas habia realizado el dedo omnipotente entre su antiguo pueblo; la maravilla de la Encarnacion, primero; la maravilla de la redencion, despues; y, por último, la maravilla de la presencia verdadera, real y sustancial de Jesucristo en la Eucaristía, que es el monumento y compendio de todas las maravillas, como lo significa espresamente el sagrado concilio de Trento. Las sublimes frases de Isaías no llegan á tener su completa realizacion mientras no las apliquemos á la presencia real de Jesucristo en el sacramento de nuestros altares, última y mas grande maravilla de su poder y de su amor.

Este gran prodigio le reconozco, le admiro, le ensalzo; pero al mismo tiempo, en cierto modo, le esplico; no el misterio, sino el hecho del misterio. Estábamos antes del pecado original, bien lo sabeis, unidos á Dios por el espíritu, que es destello suyo, y por las gracias, que son sus dones. La culpa original nos arrebató del todo unas gracias, y nos dejó muy lastimados en otras; pero llegó la hora de la redencion, y hay una célebre y profunda frase de San Pablo, diciéndonos que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia; lo que equivale á decir que por mucho que nos haya quitado la original culpa, nos ha dado aun mas la gracia de la redencion. ¡Oh culpa feliz, canta la Iglesia, que tanta gracia nos ha merecido!

Es decir que en la ley de gracia, ley de plenitud y de perfeccion, debíamos de ser, bajo cierto aspecto, mas de lo

que fue la humanidad inocente. No basta ya que estemos unidos á Dios del modo que lo estuvo , por corto tiempo, Adán: es preciso aun mas, y Dios quiere aun mas, y á la Iglesia no le conviene menos. En la ley de gracia se nos ha de dar todo lo que Dios puede darnos en nuestro estado de viadores, y relativamente á nuestra salvacion y union con Jesucristo. ¿Y por qué? Porque todo es ya menos que dar el Padre Eterno su propio Hijo para que se sacrifique cruentamente por nuestras culpas. Ahora bien: para ser mas que Adán; para que nuestra condicion de hijos redimidos, ademas de hijos creados, sea aun mas noble y elevada que la de nuestros antiguos padres bajo el aspecto de union con Dios, era necesaria é indispensable la presencia verdadera, real y sustancial de Jesucristo en la Eucaristía, para unirse del modo mas estrecho con el hombre, nutriéndole en la vida del espíritu, y elevándole en la comunicacion con Dios á una altura adonde no llegan los ángeles. Verdaderamente ha sobreabundado la gracia donde habia abundado la culpa.

Aquí hay grandezas sobre toda grandeza : aquí hay méritos y seguridad sobre todo mérito y seguridad : aquí hay amor sobre todo amor. Las grandezas hablan á nuestra fe: los méritos hablan á nuestra esperanza : el amor habla á nuestro amor. Y hé aquí cómo voy á considerar la Eucaristía en esta mañana en que tributa cultos, segun su instituto, á Jesus sacramentado, la ilustre y antigua archicofradía del Santísimo Sacramento de esta no menos ilustre parroquia.

La Eucaristía es el sacramento de nuestra fe: primera proposicion. *La Eucaristía es el sacramento de nuestra esperanza:* segunda proposicion. *La Eucaristía es el sacramento de nuestra caridad:* tercera proposicion.

Las tres comprenden el conjunto de todas las maravillas divinas que celebraba Isaías; y al mismo tiem-

po corresponden á las palabras del santo concilio de Trento, que literalmente dicen: «*Ergo Salvator noster, discessurus ex hoc mundo ad Patrem, sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui erga homines amoris velut effudit, memoriam faciens mirabilium suorum... Pignus præterea id esse voluit futuræ nostræ gloriæ et perpetuæ felicitatis, adeoque symbolum unius illius corporis, cujus ipse caput existit cuique nos tanquam membra, arctissima FIDEI, SPEI, ET CHARITATIS connexionē adstrictos esse voluit.*» (Ses. 13, cap. 2.)

Ave María.

PRIMERA PARTE.

Todos los sacramentos pertenecen á la fe, ó porque son una solemne protestacion de ella, como el Bautismo, ó en cuanto por ellos nos ponemos en relacion y órden con Dios, cuyo trono, así como los caminos que á él conducen, es oscuro é inaccesible para los débiles mortales. Pero la Eucaristía, que es el compendio de las maravillas de Dios, como dice el concilio de Trento; la Eucaristía, que es el fin y la consumacion de todos los sacramentos, como dice San Dionisio, y la consumacion asimismo de la vida espiritual, como dice el Doctor Angélico, es con doble y mayor razon el sacramento de nuestra fe.

Las maravillas del poder de Jesucristo, si bien comienzan en la eternidad, porque es Dios, terminan, digámoslo así, en la Eucaristía; porque ni su omnipotencia puede hacer ya mas en la esfera del amor, ni su amor puede in-

ventar ya otra cosa en la ilimitada esfera de su sabiduría. Maravilla y muy grande se deja ver cuando consideramos al Hijo de Dios, engendrado eternamente sin madre, y hecho despues hombre, sin padre, en el seno de una casta doncella que no conoció varon, ni dejó un momento de ser vírgen en el espíritu y en el cuerpo; pero la Eucaristía ofrece aun á nuestra fe un misterio que en su idea complexa, digámoslo así, presenta el mayor de todos los milagros, y la realizacion temporal y sensible, si así puede decirse, de las eternas operaciones y designios de Dios. Es verdad que el Hijo, siendo eternamente engendrado, agota el entendimiento del Padre; y el Espíritu-Santo, procediendo del amor del Padre y del Hijo, agota este mismo amor; pero la consumacion de estas operaciones eternas se verifica dentro de Dios, como dicen los teólogos; y de tal manera es así, que no son mas que una esencia las tres divinas Personas. Esto no se comprende, pero se esplica en cierto modo por el ser, por la actividad y la fecundidad de Dios, sin que sea preciso recurrir de un modo muy directo á su omnipotencia, como lo hacemos en todos aquellos casos en que obra Dios fuera de sí mismo y en un órden superior á las leyes ordinarias de la naturaleza. Dios es fecundo; pero esta fecundidad no basta ni es la que hace directamente que Dios sea hombre, y que Dios esté verdadera, real y sustancialmente presente en nuestros altares; pues en tal caso seria hombre, y estaria verdadera, real y sustancialmente presente desde la misma eternidad, en que es Dios. Como que hay ya leyes generales establecidas, que constituyen lo que se llama el ser humano y las condiciones del modo de ser, de subsistir y de obrar, que le es propio, así como las hay para todos los demas seres, Dios no puede sujetarse de ninguna manera á estas condiciones restrictivas ó de limitacion, ó á alguna de ellas, sin los recursos de su propia omnipotencia, que acerca entre sí dos cosas infinitamente distantes: Dios y el hombre; la eterni-

dad y el tiempo; el cuerpo de Jesucristo y las especies sacramentales; su carne y nuestra carne; su vida y nuestra vida; la inmensidad y las pequeñas dimensiones y partículas de una hostia; lo inmortal con lo que se acaba; lo incorruptible con lo que se corrompe. De modo que para hacerse pequeño tiene Dios que mostrarse muy grande.

Así que, ni los sentidos, ni el entendimiento humano por sí mismo, pueden llegar á ver el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo en el Sacramento eucarístico: solamente la fe nos dice y puede decirnos que no hay pan donde vemos el color, el olor, el sabor, y las apariencias de pan; y que no hay sustancia de vino y de pan donde vemos los accidentes de pan y de vino. Toda la sustancia de pan, en virtud de las palabras de la consagración, se ha convertido en verdadero cuerpo de Jesucristo, y toda la sustancia de vino en verdadera sangre; pero en la hostia está el cuerpo con la sangre, con la divinidad y la humanidad de Jesucristo; y en el cáliz está la sangre con el cuerpo, con la divinidad y la humanidad de nuestro Salvador. ¡Gran maravilla del poder de Dios! ¡Conjunto admirable de todos sus prodigios! En efecto: mucho me sorprende cuando leo las primeras páginas del Génesis y veo á Dios sacando de la nada, con la fuerza de su palabra, los cielos y la tierra; iluminando el día con un astro y la noche con otro; ordenando ese ejército de estrellas con indecible armonía; criando al hombre del lodo de la tierra, é inspirando en él con un soplo el espíritu de vida: mucho me sorprende al leer los prodigios que hace Dios por medio de su siervo Moisés y de otros caudillos para libertar al oprimido pueblo de Jacob y ponerle en posesión de aquella tierra, que producía leche y miel, prometida á los descendientes de Abraham; pero al lado del portento que adoramos en la Eucaristía, ni el ver cómo aparece el sol y cómo brilla la luna, luego que Dios los llama, me admira; ni el hombre

adornado con tantas gracias me sorprende; ni el prodigio de las plagas me sobrecoge; ni la docilidad del mar Rojo me asombra; ni el maná que desciende del cielo para los hijos de Israel; ni el sol que se detiene para que triunfen, ni los demas portentos de que están llenas las páginas del Viejo Testamento, me mueven ya hasta el punto que debieran hacerlo. Esos prodigios, hermanos míos, los hacia Dios, digámoslo así, con su dedo: *digitus Dei est hic*; pero el gran prodigio eucarístico le hace Dios con toda su mano, con todo su poder, con todos sus esfuerzos.

Por eso este prodigio es superior á todos los demas: *primero*, porque aquellos se realizaban al imperio de la voz de Dios, y este le hace la palabra de un hombre: *segundo*, porque aquellos se reducian á poner una cosa donde no habia otra, y este consiste en que toda una sustancia se convierta en otra sustancia: *tercero*, porque aquellos, al mostrarnos las aguas de los rios convertidas en sangre, y la vara en serpiente, las aguas y la vara trasformadas perdieron asimismo todos sus accidentes; y aquí permanecen los accidentes de la sustancia primitiva, habiendo ya esta totalmente desaparecido: *cuarto*, porque aquellos prodigios sucedian una vez, dos veces, veinte veces, y este se perpetuará todos los dias mil veces hasta la consumacion de los siglos: y, *por último*, al suspender las leyes ordinarias de la naturaleza, y al convertir las rocas en agua, y aun al multiplicar el mismo Jesucristo los panes y los peces, se ve allí el poder de Dios; pero no está allí el mismo Dios, ni el agua prodigiosa es Dios, ni está Dios en los panes que se multiplican; al paso que en el sacramento de la Eucaristía el pan deja de ser pan para ser verdadero cuerpo de Jesucristo, y el vino deja de ser vino para ser verdadera sangre del Redentor. Diga, diga ahora Isaías que el Salvador ha abierto un rio de paz para Jerusalem y un arroyo de gloria para las gentes.

Todos los sacramentos se subordinan al de la Eucaris-

tía, y no hay motivo para extrañarlo; pues si en los otros sacramentos se contiene cierta virtud instrumental que se deriva de Cristo, en este se contiene verdadera, real y sustancialmente el mismo Salvador, Dios y hombre verdadero. Así vemos que los demás sacramentos se refieren siempre al sacramento eucarístico. El *Bautismo* confiere cierta capacidad, que luego se asegura con la *Confirmación*, para recibir este augusto sacramento. El *Orden* tiene, como sabeis, la consagración de la Eucaristía por objeto. La *Penitencia*, y aun la *Extremaunción*, preparan al hombre para que reciba dignamente el sagrado cuerpo de Jesucristo; y, por último, el mismo *Matrimonio* se refiere, al menos con su significación, á este sacramento, en cuanto representa la unión de Cristo y de la Iglesia, figurada por la Eucaristía. Todos los sacramentos santifican, á fin de que por este medio nos preparemos para recibir ó consagrar dignamente la divina Eucaristía. Es por lo tanto este sacramento la consumación de la vida espiritual, que consiste en la mas estrecha é íntima unión con Dios, nuestro único bien y nuestra única felicidad. Río de paz para Jerusalén; arroyo de gloria para las gentes.

Por lo tanto, aunque todos los sacramentos sean sacramentos de nuestra fe, lo es con especialísima razón el de la Eucaristía, por los motivos que quedan espuestos. Si es tambien *el sacramento de nuestra esperanza*, vamos á verlo en la

SEGUNDA PARTE.

Así como por la fe se adhiere el hombre á Dios en cuanto Dios es para nosotros principio de conocer la verdad, así la esperanza nos une á Dios segun que es el principio de la bondad perfecta, pues con su divino auxilio as-

piramos á conseguir la eterna bienaventuranza. Esto supuesto, ¿quién me negará que la Eucaristía es tambien *el sacramento de nuestra esperanza?*

En este punto son tan terminantes las palabras de Jesucristo hablando de la Eucaristía, que no hay que hacer sino leerlas para saber lo que de este augusto sacramento debemos esperar. «El pan que yo daré es mi carne por la »vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi »sangre, mora en mí, y yo en él... Soy el pan de la vida, y el »que á mí viene, no tendrá hambre... El que me come, »vivirá por mí...» No se cansa Jesucristo de significar una y otra vez que este sagrado pan, es decir, este sagrado cuerpo dado sacramentalmente al hombre, le confiere la vida de la gracia, así como apareciendo visiblemente en el mundo, la vida de la gracia comunicó tambien al mundo que venia á iluminar y redimir. El efecto que la pasion de Jesucristo causó en el mundo, ese mismo produce este sacramento en el alma del hombre que dignamente le recibe; y lo que veis que hacen la comida y la bebida material en el cuerpo, sustentándole, aumentándole, reparándole y deleitándole, otro tanto hace la Eucaristía en el alma en lo relativo á la vida espiritual. Tal virtud tiene este sacramento para conferir la gracia y aumentarla, y para perfeccionar la vida espiritual, que aun con solo el voto y el deseo, bien entendido, de recibirle, se vivifica espiritualmente el alma que en la actualidad recibirle no puede. La gracia que hace la vida del mundo es esa carne. La gracia que nos une tan estrechamente á Dios, es esa carne y esa sangre que hacen more Jesucristo en nosotros, y nosotros en Jesucristo. La gracia que satisface los apetitos y deseos del alma es ese pan de vida, que deja sin hambre al que le come en alimento. La gracia que nos comunica la vida de Dios es ese cuerpo, que nos hace vivir por Jesucristo y en Jesucristo. *Qui manducat me, vivet propter me.*

Pues bien: la gracia es el auxilio en que confia la es-

peranza para llegar á obtener la gloria eterna: ¿y nos conduce en efecto á este término glorioso el sacramento de la Eucaristía? Oidlo á Jesucristo. «El que comiese de este pan, dice, vivirá eternamente. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna.» *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum. Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam.* Vuestros padres, judíos obstinados, comieron el maná, y murieron; vosotros, malos cristianos, comeis placeres, y morís; pero este pan da la vida eterna, comunicándonos virtud para llegar á la gloria, que es lo que hace sea llamado con tanta razon *Viático*, en el santo y sublime lenguaje de la Iglesia.

Elías temió un dia á Jezabel, se marchó con pena al desierto, y pidió la muerte. Rendido de cansancio y dolor, se entregó á un profundo y melancólico sueño: un ángel le toca, le despierta, y le manda comer de un pan cocido entre ceniza, y beber agua de un vaso, que estaban allí inmediatos. Elías come y bebe, y se duerme de nuevo. El ángel del Señor le despierta segunda vez, y le manda se levante y que coma, pues le quedaba que andar mucho camino. El profeta se levanta, comió y bebió nuevamente, y, confortado con aquella comida, anduvo cuarenta dias y cuarenta noches, errando de una parte á otra por el desierto, hasta llegar al monte de Dios, Horeb. Ved aquí, señores, una bellísima figura de la Eucaristía, segun que es camino y nos presta fuerzas para llegar á la vida eterna. Tememos las luchas con el mundo, y huimos pavorosos desconfiando de nuestras fuerzas, y aun de Dios; y dejándonos acaso vencer por negligencia, pedimos la muerte y la buscamos. Las dificultades nos abruma; no tenemos valor para arrostrar los peligros, y la debilidad nos abate hasta hacernos indolentes. La vida del cristiano es la guerra. ¿Quién puede sostenerla sin desfallecer? Tú, hermano mio; tú puedes: levántate y come de ese pan

que está junto á tu cabeza , de ese pan bajado del cielo, y fortalecido con él andarás por el desierto de la vida cuarenta dias y cuarenta noches hasta que logres subir á la cima del eterno Horeb de la gloria. *Surge et comede*. Levántate y come, alma abatida ante los peligros y trabajos que acompañan á la profesion de cristiano ; come ese pan sagrado, y recobrarás fuerzas para andar, como los primitivos fieles, el largo camino de las pruebas y de las adversidades. *Surge et comede*. Levántate del sueño del pecado y come, alma cristiana, abrumada con el peso de las propias iniquidades; come del pan que te ofrece la mano del sacerdote, y tomarás ánimo para recorrer las ásperas sendas de la penitencia hasta purificarte de todas tus manchas y llegar al monte de la santidad. *Surge et comede*. Levántate y come, alma sumergida en la oscuridad de los errores; come de ese pan divino que adoras en el altar , y te sentirás interiormente iluminada para subir al monte donde brilla el refulgente trono de Dios. *Surge et comede*. Hay mucho que andar y que padecer... sábelo : *grandis enim tibi restat via*. Pero al fin de ese camino está *Horeb*, el monte de Dios, la gloria eterna. Anímate, levántate y come. *Surge et comede*.

Me va faltando el tiempo, señores; y ya conoceis cómo es en verdad la Eucaristía el sacramento de nuestra esperanza. Resta que veamos si es tambien *el sacramento de nuestra caridad* ó de nuestro amor. Y estoy en la

ULTIMA PARTE.

Si Jesucristo nos da en este sacramento los testimonios mas irrecusables de su amor, ¿por qué no ha de ser sacramento de nuestro amor el de la sagrada Eucaristía? ¿Qué

hace aquí Jesucristo, y qué debemos hacer nosotros? ¿Qué nos da y con qué debemos pagarle? Todas las muestras de su amor están ahí patentes ; y todas las correspondencias del amor nuestro deben de ir ahí constantemente dirigidas.

El amor significa tres cosas : *preferencia, sacrificio, identificacion*. Bajo este triple aspecto sobre el amor de Jesucristo á los hombres en este sacramento, no puede haber ni ha habido nunca otro amor mayor. *Amor que prefiere*, porque habiendo podido Dios dejarnos en el abismo de nuestra miseria, nos redimió voluntariamente; y pudiendo trasladar su fe á otros países donde fuese mejor tratado por los colonos el Hijo del dueño de la viña, no hay ninguna nacion tan grande y feliz como las naciones católicas, que tienen tan cerca de sí al verdadero Dios. *Amor con sacrificio*, porque el amor que no dispone al que ama á sacrificarse por la persona amada, no es verdadero amor; no es aquel amor de quien dice Salomon que es mas fuerte que la muerte. Por eso Jesucristo, ademas de darnos una tan distinguida preferencia en la Eucaristía, se sacrifica mil veces en ella por nosotros; pues si no se sacrificase, no seria aun perfecto amor. *Amor con identificacion*, porque el término del amor es la union, ó la fusion de dos seres en los mismos pensamientos y en los mismos deseos; hasta tal punto, que de los dos no se haria mas que una sustancia, si esto fuese posible, en la vida humana. Por eso Jesucristo, no satisfecho con preferirnos y con inmolarse por nosotros, en la Eucaristía nos eleva á sí y nos identifica consigo mismo, haciéndonos participantes, en cierto modo, de su divinidad, viviendo él en nosotros, y nosotros en él, despues de la Comunión. *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in eo*. El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí, y yo en él. No tiene fuerzas, digámoslo así, para separarse de nosotros: quiere vivir entre nosotros, aunque nosotros le rechazemos; quiere hablar-

nos, aunque nosotros no queramos oírle; quiere hacernos dioses, aunque nosotros nos empeñemos en ser bestias. Todo esto lo hace su amor.

Pues si el amor exige igual correspondencia, debemos á Jesucristo, en la Eucaristía, *preferencia, sacrificio é identificacion*. Si no preferimos este pan divino á las ponzoñosas viandas del mundo, no amamos á Jesucristo. Si no frecuentais este sagrado altar por frecuentar los peligrosos espectáculos, ó por dedicaros exclusivamente á vuestros negocios temporales, no amais á Jesucristo. Si además de preferir á Jesucristo, como Jesucristo nos prefiere, no nos sacrificamos por él crucificando nuestras pasiones y nuestros apetitos, no le amamos segun debemos amar. Si además de la preferencia y del sacrificio no nos identificamos en pensamientos y en deseos con el Verbo encarnado, oculto bajo las especies sacramentales, huyendo y abandonando todos aquellos objetos que impidan esta identificacion, no amamos á Dios como amarle debemos. Meditad ahora el crimen del sacrílego que comulga indignamente, ó del cristiano que no viene al altar. En vez de preferir á Jesucristo, lo prefiere todo á él, aunque sea el mas hediondo objeto y apetito. En vez de sacrificarse por Jesucristo, lo sacrifica todo, hasta el mismo Jesucristo, á la criminal satisfaccion de sus deseos. En vez de identificarse con Dios, el sacrílego se identifica con los mas despreciables objetos. ¡Ay! Reo será del cuerpo y de la sangre del Señor el que se acerque á ese altar sin las disposiciones que la santidad del Sacramento reclama. No incurrais, hermanos míos, en tan horrible abominacion. Encontrareis la muerte en la misma fuente de la vida.

Mirad la Eucaristía como el *sacramento de nuestra fe*, y creed en Jesucristo y en sus grandezas y palabras. Mirad la Eucaristía como el *sacramento de nuestra esperanza*, y confiad en las finezas del amantísimo Salvador. Mirad, por último, la Eucaristía como el *sacramento de*

la caridad, y amad con todas vuestras fuerzas al que tanto nos ama.

Ahora me atreveria á preguntaros si no creéis urgente restablecer , mejorar y fomentar estas santas instituciones que debemos á la acendrada piedad de nuestros antepasados. Meditad, meditad, señores, sobre la actual situación de la sociedad y sobre los males que la rodean ; estudiad las causas de los trastornos y perturbaciones públicas ; profundizad en el exámen de las desgracias que nos abruman , y de otras mayores que quizá de cerca nos amenazan , y vereis, y os lo aseguro desde este santo lugar, que no va á haber otro remedio para salvar al mundo que la influencia de la fe, de las doctrinas y del culto católico. Que no olvide esto el pobre, á quien tal vez esperen dias de grande miseria : que no olviden esto los ricos, que pueden verse amenazados : que no olviden esto los pueblos , si temen su ruina y desolacion. Apreciad estos avisos, señores ; y vosotros, individuos de esta real, antigua é ilustre archicofradía, no dejéis que desaparezca poco á poco una institucion fundada en el año 1511 para honrar á Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, y agregada á la archicofradía de Santa María de Minerva de Roma. Trasmitid á las generaciones venideras estos monumentos de la piedad de vuestros padres, y nunca mas que ahora debeis mostraros celosos de la propagacion del culto católico.

Soberano Señor Sacramentado, aumentad nuestra fe, para que no sigamos mas que á vos, camino, vida y verdad. Sed toda nuestra esperanza, para que el mundo no nos seduzca y engañe ; y sed nuestra caridad , para que á nadie amemos mas que á vos y por vos. Amen.

SERMON

sobre el mismo augusto misterio (1).

*Qui manducat meam carnem,
et bibit meum sanguinem, in me
manet, et ego in eo.*

(Joan., 6, 57.)

Quien come mi carne y bebe mi
sangre, mora en mí, y yo en él.

No podemos hallar una esplicacion para lo presente sin atender á lo pasado: no entendemos la nueva ley sin estudiar la antigua: no comprendemos la redencion sin la caida primitiva y sus consecuencias: no percibimos la realidad sin haber tocado antes la figura: no gozamos en la plenitud si no nos dolemos antes de los que vivieron en el tiempo de las sombras. San Pablo, el mas sublime intérprete de los pensamientos divinos, y el mas profundo investigador de la obra de la redencion, no ve mas que dos hombres en el mundo: el primer Adan, y el segundo. La

(1) Está formado teniendo á la vista el Catecismo de Perseverancia de Gaume.

naturaleza caída en Adan, y la naturaleza reparada en Jesucristo: hé aquí toda la religion, dice San Agustin ; quien añade que por todo el Viejo Testamento está rebosando Jesucristo, están rebosando las esperanzas.

El Viejo Testamento, en efecto, es preparacion y tránsito para otro Testamento Nuevo á la vez y eterno; y para saber hácia dónde va el género humano al buscar la perfeccion y la plenitud de la ley , es preciso considerar su punto de partida en la ley de las figuras y de las sombras. El punto de partida para el caso presente es la culpa original. Aquí comienza la cadena de símbolos y figuras que conduce á la humanidad hasta el Calvario, donde Jesucristo, el segundo Adan, deshace toda la obra del primero, y realiza los eternos y misericordiosos designios de Dios. El pecado original separó de Dios *nuestro espíritu* , *nuestro corazon* y *nuestro cuerpo*, uniéndolos al espíritu , al corazon y á la carne del delincuente Adan, en quien pecaron todos los hombres. Viniendo Jesucristo á anular lo que Adan habia hecho, su ley, la ley, digo, de gracia, el cristianismo tiene que significar necesariamente una triple union con el nuevo Adan; y no solo la significa, sino que la realiza. Realiza la union *del espíritu* con Dios por medio de la fe; realiza la union *del corazon* con Dios por medio de la caridad; y realiza la union *del cuerpo* con Dios por medio de la Eucaristía, que es la mas escelente y perfecta de todas estas uniones, y como si dijésemos su magnífica consumacion.

No bastaria verdaderamente para los efectos de la redencion que estuviésemos unidos al nuevo Adan por el entendimiento y la voluntad , si no lo estuviésemos tambien por nuestra carne y nuestros sentidos. La redencion en tal caso no se habria estendido á tanto cuanto se estendió la culpa que degradó al hombre en todas las partes de su ser. La Eucaristía era, pues, necesaria en el plan de la redencion, y ha venido á ser en la tierra la última y mas

grande y mas perfecta obra del cristianismo. Contempladla, señores, admiradla, adoradla. No podeis ya pedir mas, á no ser que pidais que la tierra sea el cielo. No puede daros Dios mas siendo, como es, omnipotente y generoso. La Eucaristía es todo el amor divino; por consiguiente, *la Eucaristía es todo el cristianismo*. Sí, señores, la Eucaristía reasume todo el cristianismo.

Esta es la única proposicion que va á servir de materia á mi discurso, y quizá no os desagrade ver compendiada en una fórmula y en una *forma* toda la economía, digámoslo así, de la religion. Pidamos la gracia, etc., etc.

Ave María.

Puede decirse que la fiesta del Santísimo Sacramento data desde el origen del mundo, como la de la augusta Trinidad. Los patriarcas la celebran ofreciendo sus sacrificios, que eran una figura de la gran víctima; los pueblos renuevan y perpetúan su memoria sobre los altares ensangrentados; y de la idea primitivamente revelada de una víctima pura, capaz de espiar los crímenes de la tierra, ha venido al género humano la universal idea del sacrificio. Pero desde la publicacion del Evangelio, sobre todo, se ha hecho continua y perpetua en la tierra la fiesta Eucarística. La sangre divina, desde aquella época, no ha cesado un instante de correr por todas las partes del mundo; y esa sangre, ó, mejor dicho, ese sacrificio sin sangre, el mismo que se consumó cruentamente en el Calvario, representa, significa y es todo el cristianismo. No por otra

cosa hay tanta analogía entre la fiesta de la Trinidad y la de la Eucaristía. El adorable misterio de la Trinidad es el objeto esencial y primitivo de toda la religion y de todas las fiestas; y la augusta Eucaristía es el sacrificio perpetuo y el culto mas santo que se tributa á la Trinidad en todas las fiestas que celebra la Iglesia católica. En otros términos: todo el año es fiesta de la Trinidad que adoramos; y fiesta de la Eucaristía, por cuyo medio principalmente adoramos, pedimos y damos gracias á Dios Padre, que es nuestro Criador; á Dios Hijo, que es nuestro Redentor, y á Dios Espíritu-Santo, que es nuestro vivificador. Hé aquí por qué no debemos extrañar se haya tardado tanto en designar dias particulares en que honrar estos dos grandes misterios, cuyas fiestas, por otra parte, son diarias y perpetuas. Dios, término del culto católico, y Jesucristo, mediador entre Dios y el hombre, y Pontífice y víctima del culto católico: hé aquí toda la liturgia, hé aquí toda la religion, hé aquí todo el cristianismo.

Toda la religion, todo el cristianismo se reduce á unir á Dios y al hombre, separados por el pecado. En el Antiguo Testamento todo promete esta union, todo la figura, todo la predice, todo la prepara; y en el Nuevo todo se refiere á ella, y en ella viene todo á terminarse. El símbolo es la union; el decálogo es la union; los sacramentos son la union; pero ni el símbolo, ni el decálogo, ni los sacramentos que no son el de la Eucaristía nos llevan todavía por sí á la union perfecta, ni son mas que caminos para ella. La consumacion de la vida espiritual está en la Eucaristía; porque si en virtud de la original culpa el entendimiento y la voluntad solamente hubiesen sido desordenados, la fe y la caridad bastarian para restablecer la union; pero estando asimismo viciada la sangre, la carne y los sentidos del hombre, no hay orden, restauracion ni union perfecta mientras la sangre, la carne y los sentidos no estén tambien unidos á Dios. En aquello que realice esta

triple union del entendimiento, de la voluntad y de la carne con Dios, allí está todo el cristianismo; es decir, allí está la union total del hombre con Dios.

Por eso he dicho, señores, que la Eucaristía es todo el cristianismo, pues en ella se verifica esta union deífica, viniendo á ser en la religion este sacramento lo que es el centro en el círculo, el corazon en el cuerpo, el sol en el cielo y Dios en el universo. La Eucaristía, dice Santo Tomás, es el fin de todos los sacramentos. La Eucaristía es Jesucristo, el mediador, el nuevo Adán encarnado perpetuamente en el mundo, y uniéndose á todos los hombres para librarlos de la degradacion primitiva y comunicarles un nuevo ser. Bajo el Evangelio como bajo la ley, en los siglos pasados como en los presentes y futuros, Jesucristo es el alma, el centro, el alpha y el omega de la religion. Todo se refiere á él y á nuestra union con él. Por eso se refieren á la Eucaristía todos los sacramentos. El Bautismo nos hace capaces de contraer la union eucarística; la Confirmacion la asegura y nos hace aun mas dignos de ella; la Penitencia borra el pecado que ha roto esta union, y nos pone en el caso de contraerla de nuevo; la Estremauncion, admirable suplemento de la Penitencia, quita los obstáculos que podian impedirla, ó acaba de afirmarla en el momento de la muerte; y el Orden y el Matrimonio la perpetúan, perpetuando la Iglesia; es decir, los sacerdotes que conservan á Jesucristo, siempre presente en la tierra, y los fieles que le reciben. La Eucaristía confiere á los demás sacramentos una consumada perfeccion; es realmente el origen de todas las gracias, pues contiene al Autor de ellas en persona. Establecida, colocada sobre la santa montaña de la Iglesia católica, la Eucaristía comunica al mundo sus aguas saludables por seis grandes canales, que son los otros seis sacramentos. Todo lo que florece y da frutos de virtud entre los fieles, es debido á las aguas de esta fuente saludable y fecunda que sale del corazon de

nuestro Salvador. La Eucaristía es la vivificación de todo el cristianismo.

¿Qué union es esta que se verifica por medio de la Eucaristía entre Dios y los hombres? Union íntima y perfecta; la mas íntima y perfecta á que podemos aspirar en la tierra. El hierro que, haciéndose ascua, toma todas las cualidades del fuego, sin perder su propia naturaleza; dos gotas de cera, que se juntan y hacen una misma cosa; el alimento, que se convierte en sustancia del que le digiere; la unidad, por último, que hay entre las tres divinas Personas: tales son las sublimes ideas que los maestros de la fe nos dan acerca de la union que se verifica, por medio de la Eucaristía, entre Jesucristo y cada uno de los fieles que le reciben sacramentalmente. Así se espresan San Cirilo, San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Agustin, San Hilario y Santo Tomás. San Francisco de Sales, sobre todo, pinta con admirable elegancia esta feliz union. «Siéntese, dice, cómo Jesucristo se comunica á todas las partes de aquellos que comulgan dignamente. Tienen á Jesucristo en la cabeza, le tienen en el corazon, le tienen en el pecho, le tienen en los ojos, le tienen en la lengua, le tienen en los oidos, le tienen en las manos, le tienen en los pies. ¿Qué hace en todas estas partes el Salvador? Allí lo dirige todo; allí lo purifica todo; allí lo mortifica todo; allí lo vivifica todo. Ama en el corazon; entiende en la cabeza; anima en el pecho; ve en los ojos; habla en la lengua; oye en los oidos, y anda en los pies. Ya no somos nosotros los que vivimos, sino Jesucristo es quien vive en nosotros, y lo hace todo en todos nosotros. Vivimos con su vida, que es vida de dulzura, de humildad, de paciencia, de caridad; vida de todas las virtudes y de todas las buenas obras; la vida, en fin, de todo el cristianismo.»

La Eucaristía es, por lo tanto, segun dicen los Padres y los teólogos, la estension de la Encarnacion. En esta no se unió el Verbo eterno mas que á un solo cuerpo y á

una sola alma ; pero en la Eucaristía se une al cuerpo y al alma de cada uno de nosotros : y si esta union no iguala , como es verdad , á la union hipostática , es , despues de ella , la mas estrecha é íntima que podia y puede concebirse. El objeto ó fin del nuevo Adan en este misterio inefable es hacer de todo el género humano otro Jesucristo , de quien el Eterno Padre , contemplándole desde el cielo , pueda decir : «Hé aquí mi hijo amado , en quien tengo todas mis complacencias. El género humano , unido antes á Adan por la culpa , está ya unido á Jesucristo.» Este es todo el fin de la redencion : este gran fin se realiza , y Jesucristo puede decir á su Padre : «Los hombres son ya conmigo una misma cosa , al modo que somos nosotros teniendo una misma é idéntica naturaleza en distinta personalidad.»

Interésase ademas en esta union de Jesucristo con el hombre la gloria de Dios , porque unido Jesucristo á nosotros por la Comunión , como la cabeza á sus miembros , Jesucristo es quien adora á su Padre cuando nosotros le adoramos ; Jesucristo canta sus alabanzas cuando nosotros las cantamos ; Jesucristo trabaja y sufre cuando nosotros trabajamos y sufrimos por la gloria de Dios. No era aun bastante para Jesucristo haber tomado un cuerpo en el seno de la Virgen y haberse unido á una sola alma , sino que quiere unirse místicamente con el cuerpo y el espíritu á todos los fieles , sirviéndose de ellos como de otros tantos instrumentos para glorificar él mismo de este modo á su Eterno Padre. Era aun poco para él haber trabajado treinta años en la tierra para hacerle honrar en ella , y quiere trabajar en este concepto hasta el fin de los siglos. Los límites de la Judea le parecen estrechos para el ardor de su celo , y quiere se sienta su actividad por todo el universo. Una boca , una lengua y un corazon no le bastan para satisfacer el deseo de publicar las grandezas de su Padre , y de hacerle amar por todas las gentes , y quiere

que todos los corazones y todas las lenguas le sirvan de órganos para anunciar sus admirables perfecciones , haciendo sea de todos amado y admirado. El cristianismo es la gloria del Padre Eterno , vengada, digámoslo así , por el Hijo; y, como acabais de ver, la Eucaristía es un tributo de alabanza y de gloria á la infinita bondad de Dios. ¿Veis , señores; veis hasta dónde nos eleva la union con Jesucristo por medio de la Eucaristía? ¿Sabemos apreciarlo? ¿Sabemos agradecerlo?

Todo lo que es el cristianismo para la sociedad , y es mucho, y es muchísimo, y lo es todo , lo es por la Eucaristía. La sociedad se forma y se sostiene por el amor y por la caridad; y la Eucaristía, que es el principio de la caridad y de la virtud en el hombre, es asimismo el principio de la caridad y de la virtud en la sociedad. Todos los milagros ó portentos de caridad que, por el espacio de diez y nueve siglos, ha admirado el mundo de uno á otro polo , son milagros y portentos de la Eucaristía. Ved esas vidas de sacrificio; ved á tantos misioneros recorriendo el universo , y sufriendo toda especie de dolor y todo género de muerte. Vedlos espirar en mil partes cantando himnos , y derramando á torrentes , sobre los Calvarios del Japon con especialidad , la sangre del Redentor que corre por sus venas , sin que haya un desierto ó una roca , aun allí donde no ha penetrado el cálculo del comerciante ó la astucia de la política, que no contenga el sepulcro de algun ilustre mártir de la caridad. Cuando al parecer deberíamos ver ya agotado, despues de tantas pérdidas, el amor, que es la vida de la Iglesia y de la sociedad, vemos, al contrario, que este amor se reproduce en el seno del cristianismo, bajo todas las formas, en esa multitud de congregaciones religiosas, cuyos miembros, consagrados con alma y cuerpo al servicio de la paciente humanidad, se sacrifican con un doble martirio; porque si es necesario un esfuerzo de valor para sacrificar la

vida, es necesario algo mas para soportar toda una vida de sacrificio.

¿Cuál es el origen de esa caridad católica, tan fecunda en maravillas, y tan superior á la filantropía mundana y á la beneficencia protestante? Preguntádselo á esos ángeles de la tierra, consagrados al cuidado de los pobres que padecen; preguntadlo al misionero católico, perdido entre los salvajes, y todos os mostrarán la Eucaristía como el horno, digámoslo así, de la milagrosa caridad de la Iglesia católica. Allí donde se deja de creer ó de participar de este misterio de amor, se estingue la caridad, y no queda mas que el egoismo ó una vana filantropía. Unicamente entre los católicos que comulgan hay sacrificios heróicos en beneficio del hombre que sufre, misioneros que padecen, y hermanas de la caridad que por sus prójimos se resignan con la muerte. ¿Y sabeis por qué? Porque al católico que comulga le pide Dios amor por amor, corazon por corazon, vida por vida; y como para sí no tiene Dios necesidad de cosa alguna, cede sus derechos á los pobres, á los enfermos, á los desgraciados y á los miserables, que son sus hermanos; y el católico lo da todo y se da á sí mismo, haciéndose siervo de los pobres y víctima de la caridad, por lo mismo que Dios se le comunica tambien como víctima en el sacramento Eucarístico.

El protestantismo, señores, negando la presencia real de Jesucristo bajo las especies sacramentales, hace retrogradar, digámoslo así, la obra divina; pues en tanto que reconoce que la religion ha recibido por Jesucristo un desarrollo inmenso bajo el punto de vista de la moral y del dogma, la deja, bajo el aspecto de la comunión con Dios, en un estado inferior al judaismo, destruyendo el cristianismo en el hecho de dejarle imperfecto, y arrastrándole á la muerte arrebatándole esa vida. Como no hay verdad sin *autoridad*, no hay amor sin la Eucaristía, y ved cómo queda de hecho destruida, si negais este sacramento, toda

la obra de Jesucristo. Sí, señores, la Eucaristía es todo el cristianismo.

Aun digo mas. La Eucaristía realiza en el universo la unidad, que es precisamente uno de los signos de la sabiduría y omnipotencia de su Autor. Para comprender esta verdad, obsérvese lo que pasa alrededor de nosotros mismos. Todas las criaturas tienden á perfeccionarse, es decir, á pasar de una vida menos perfecta á otra vida mas perfecta, perdiendo para esto su vida particular y propia. Los cuerpos inorgánicos, aire y agua, por ejemplo, haciéndose alimento de los cuerpos orgánicos, dejan su vida propia para tomar las del ser que se los asimila. El vegetal, á su vez, es absorbido por el animal, que le comunica su vida, trasformándole en su sustancia. El vegetal, el animal, todos los reinos los asume el hombre y se los identifica comunicándoles su vida. Dios, en fin, trae el hombre á sí en la Eucaristía, y le comunica su vida divina é inmortal. El hombre puede y debe ya decir: «No soy yo el que vivo; Dios es el que vive en mí.» Poseyendo al hombre, posee Dios la plenitud de sus obras, porque el hombre es de ellas un maravilloso compendio. Es, pues, la Eucaristía como el sol; y así como todo gravita hácia este refulgente astro, cuya luz y calor llevan por do quiera la vida y la fecundidad, así en el cristianismo, y aun en el mundo, todo gravita hácia la Eucaristía. En su virtud, la creación, que se desprende de continuo, digámoslo así, del seno del Criador, vuelve á él incesantemente. El hombre es el compendio de la creación, y la Eucaristía es la deificación de todas las cosas creadas. *Divinæ consortes naturæ*. Hácia mí he atraído yo todas las cosas de la tierra.

No es, pues, á un misterio solamente ó á un solo objeto del cristianismo á lo que tributamos culto adorando la augusta Eucaristía; le tributamos á todo el cristianismo, de quien este sacramento es símbolo, representación, compendio y vida. Por eso vemos que en aquellos países don-

de ha sido abolida la Eucaristía, tal como la Iglesia católica la venera, ha perecido ó está para perecer el cristianismo; no quedando de él mas que algunos vanos nombres y alguno que otro dogma, en parte ó en todo, desfigurado. Si no hay presencia real de Jesucristo en la Iglesia y en el sacrificio, el corazon humano encuentra fria é incompleta toda la liturgia, y melancólico é ineficaz el culto. El corazon nos lo revela á cada paso; y es una prueba de esto mismo el empeño que se muestra en todas nuestras iglesias de tener manifiesto al Señor en las solemnidades, por parecer que sin esto falta toda la vida á las funciones religiosas. Podrá, si se quiere, haber cierta especie de abuso en estos tiernos empeños; pero el hecho revela en su fondo una importante verdad.

No estraño, por lo tanto, que nuestros antepasados, como nobles españoles y como fieles católicos, se hayan mostrado en todo tiempo muy devotos del augusto Sacramento del Altar, legando á las futuras generaciones, no tan piadosas como ellos, vivos testimonios de su fe y de su religiosidad; sobre todo en la época que precede inmediatamente al protestantismo, es decir, á la abolicion del sacramento eucarístico en muchos paises de Europa: y como si se tratase de buscar anticipadamente un remedio para el mal, vemos fundarse en España, en este pais clásico de la fe, y en Madrid, en este pueblo eminentemente cristiano, diferentes congregaciones y archicofradías con el objeto de adorar y tributar solemnes cultos á Jesucristo en el sacramento de su amor. Entre estas insignes congregaciones ocupa un lugar muy distinguido la real, ilustre y muy antigua archicofradía sacramental de San Nicolás de Bari, y Hospital de la Pasion de esta corte, que reconoce como hermanos mayores y protectores perpetuos á los reyes de España, monarcas en todo tiempo piadosísimos, y espejo donde, para imitar sus virtudes, se han mirado siempre los españoles. Las personas mas distinguidas de la corte han

sido y son individuos de esta insigne archicofradía: los infantes de la familia real de España son reputados como sus primeros consiliarios, y el cargo de director perpetuo le ha desempeñado siempre uno de los mas distinguidos prelados. Hónrala tambien en gran manera la reverencia con que acompaña á Jesus Sacramentado, cuando para cumplir el precepto pascual le reciben los pobres enfermos de esto santo hospital, á cuyo acto han asistido tambien nuestros reyes en muchas ocasiones.

Mucho os honra tambien á vosotros, ilustres archicofrades, mostraros fieles á las tradiciones de vuestros antepasados, enmedio del espíritu innovador que forma el carácter de este siglo. La sociedad, señores, va marchando por inciertos caminos: las ideas, rompiendo la valla que es su natural límite, luchan entre sí con encarnizamiento: los hombres no son ya miembros de la sociedad, sino individualidades de banderías: todo está falseado y conmovido en este terreno donde ponemos nuestros pies; y el corazón parece que deja de latir en el pecho cuando nos ponemos á considerar el último resultado á que podrá conducir á la sociedad su presente situacion. Lo digo sin rodeos desde aquí: he perdido la fe en todas las doctrinas, principios é instituciones humanas para el caso de salvar por sí solos la sociedad; y no veo mas arca en este diluvio, ni mas signo de paz en esta inundacion, que la fe y el culto católico con la influencia de sus dogmas regeneradores, de su moral purísima y de sus inspiraciones sublimes. Animo, pues, señores, y trabajad por que al morir no dejéis á vuestros hijos enmedio de una sociedad sin leyes, de una Iglesia sin culto, de una nacion sin creencias. No os hagais sordos al ruido de la tempestad que suena á vuestras puertas. Sed católicos como lo fueron vuestros padres, y buenos españoles como vuestros antepasados. Así se salvan aun temporalmente las sociedades: así os salvaréis vosotros: así se salvará vuestra posteridad.

Soberano Señor sacramentado, Padre y Dios nuestro, que tolerásteis en casa del fariseo que una mujer pecadora regase con lágrimas vuestros pies, y los enjugase con sus cabellos, y los ungiese con unguento, permitidnos y permitid á esta ilustre archicofradía que se postre al pie de vuestros tabernáculos para adoraros sacramentado por nuestro amor, y protestar hoy de nuevo su gratitud á vuestras misericordias. Colmadla de gracias y concededla la gloria. Amen.

SERMON

sobre el mismo augusto misterio.

Hoc facite in meam commemorationem. (Luc., 22, 19.)

Haced esto en memoria de mí.

SIEMPRE que considero la grandeza y la inmensidad de la Eucaristía, ora mirándola como sacramento, ora como sacrificio, no me admiro, señores, de que en el Viejo Testamento, camino y preparacion de Jesucristo y de su ley, no se anticipe ninguna noticia que pueda considerarse como directamente relativa al augusto misterio del cuerpo y de la sangre del Redentor, ocultos bajo las especies sacramentales. Leemos allí claramente anunciados hasta los pormenores menos importantes de la vida, pasion y muerte del Mesías que esperaban las naciones; pero se advierte tanta reserva en lo tocante á la institucion eucarística, que únicamente podemos aplicar á este augusto misterio algunas emblemáticas figuras miradas por su lado menos directo, y en un sentido casi puramente acomodaticio. Ahora que tenemos ya en la mano la llave de

David y está abierto el libro de los Siete Sellos, nos es fácil acomodar á la realidad que tocamos la figuras primitivas; y no me causa, en verdad, extrañeza que la Eucaristía haya sido para los siglos anteriores á Jesucristo un misterio verdaderamente escondido en los impenetrables arcanos de Dios.

Es un prodigio inaudito, sobre toda ponderacion, lo que hace Dios al quedarse invisiblemente entre nosotros hasta la consumacion de los siglos, en el sacramento de la Eucaristía. Le reconozco, le admiro, le ensalzo; pero al mismo tiempo le esplico, no el misterio, sino el hecho del misterio. Recordad las relaciones que antes del pecado original habia entre Dios y los hombres, y el lamentable estado en que quedó sumergida la humanidad despues de la caida primitiva. Sin estas dos cosas no puede explicarse nada, no digo ya en el cristianismo, pero ni siquiera en la humanidad y su historia. Antes del pecado, el hombre, obra de los esfuerzos, digámoslo así, de la Beatísima Trinidad, era amigo de Dios, estaba íntimamente unido á Dios; lo uno, por el espíritu de vida, destello de la divinidad que Dios inspiró en su alma; y lo otro, por los abundantes dones de gracia con que el Señor le habia generosamente enriquecido. Pero peca el hombre, y todo cambia de aspecto: los dones gratuitos se pierden, y los naturales quedan muy deteriorados. Sabeis bien cómo hemos sido redimidos, y hay una célebre y profunda frase de San Pablo diciéndonos que donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia: lo que equivale á decir que, por mucho que nos haya quitado y perjudicado la culpa original, nos ha dado aun mas la gracia de Dios, por la gracia de la redencion. La Iglesia lo comprueba cuando canta: « ¡oh culpa feliz, que tanta gracia nos ha merecido! »

Es decir, que en la ley de gracia, ley de plenitud y de perfeccion, debíamos de ser, bajo cierto aspecto, mas de lo que fue la humanidad inocente. No basta ya que este—

mos unidos á Dios del modo que lo estuvo por corto tiempo Adán : es preciso todavía mas ; y Dios quiere aun mas, y á la Iglesia no la conviene menos. En la ley de gracia se nos ha de dar todo lo que Dios puede darnos en nuestro estado de viadores, y relativamente á nuestra salvacion y union con Jesucristo : ¿y por qué? porque todo es menos, señores, que dar el Padre Eterno su propio Hijo para que se sacrifique cruentamente por nuestras culpas. Ahora bien : para ser mas que Adán, para que nuestra condicion de hijos redimidos, ademas de hijos creados, sea aun mas noble y elevada que la de nuestros antiguos padres bajo el aspecto de union con Dios, era precisa, necesaria é indispensable la presencia verdadera, real y sustancial de Jesucristo en la Eucaristía para unirse del modo mas eficaz con el hombre, nutriéndole en la vida del espíritu, y elevándole en la comunicacion con Dios á una altura adonde no llegan los ángeles. Esta es la superabundancia de la gracia de que habla la profunda frase de San Pablo. Porque en la creacion no fuimos mas que hombres : en la redencion estamos sobre los ángeles. En el paraíso la fruta de un árbol daba la vida : y en la Iglesia el mismo Dios ¡qué maravilla! se nos da por alimento. En la creacion, despues del pecado, Adán se oculta de la presencia de Dios que le llama : en la Iglesia, despues del pecado, y ¡qué horror! hasta con el pecado, la carne de Jesucristo es nuestra comida, y su sangre es nuestra bebida. Sí : sobreabundó la gracia donde habia abundado la culpa.

Luego digno es el Cordero de Dios de recibir nuestros homenajes en la Eucaristía, donde parece encierra toda su vida para dárnosla sin reserva y sin ninguna limitacion. Su vida como Dios y su vida como hombre : tal es el magnífico don que Jesucristo nos presenta en los altares de la nueva ley.

Si es *grande*, la Eucaristía representa esa grandeza : si

ha *sufrido dolores*, la Eucaristía representa esos dolores; si es soberanamente *bondadoso*, la Eucaristía representa esa bondad. *Grande, paciente, bondadoso* : hé aquí los caracteres del Hombre-Dios; y *la Eucaristía*, en efecto, *representa las grandezas, los dolores y las bondades de Jesucristo*.

Tres breves y sencillas reflexiones que van á formar todo mi discurso, en este momento en que desearia yo tener la elocuencia de los Crisóstomos para fomentar en vuestros corazones la devocion á Jesus sacramentado y oculto en los Santos Sagrarios.

Pidamos, para proseguir, los auxilios del Espíritu-Santo por la intercesion de María Santísima, á quien saludamos con el Angel.

Ave María.

PRIMERA PARTE.

Las grandezas de Jesucristo, si bien comienzan en la eternidad, porque es Dios, terminan, digámoslo así, en cierto modo en el tiempo, cuando para nuestra dicha tuvo la dignacion de hacerse hombre. Hasta tal punto es esto exacto, que San Pablo, elevado al tercer cielo para penetrar, si me es lícito decirlo así, los secretos de la Divinidad, parece darnos á entender que Dios esperó tomase forma de siervo su Hijo y se sometiese obediente á la muerte de Cruz para darle un nombre sobre todo nombre; haciendo que le adore toda rodilla en los cielos, en la tier-

ra y en los infiernos, y confesando toda lengua que Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. *Propter quod et Deus exaltavit illum.*

Grande, sin duda, aparece el Hijo de Dios, engendrado eternamente en el cielo, sin madre, pero no sin padre, y haciéndose luego hombre en la tierra, sin padre, aunque no sin madre. La Eucaristía, empero, nos ofrece aun otro prodigio mayor, porque Jesucristo nace en ella sin padre que le engendre y sin madre que le conciba. Una palabra nada mas hace este inaudito prodigio; pero ¿qué palabra? ¿Por ventura aquella á cuyo imperio salieron todas las cosas de la nada? ¿Por ventura aquella que formó los cielos que dan vueltas sobre nuestras cabezas? ¿Por ventura aquella que aseguró la tierra bajo nuestros pies y encerró las aguas en los abismos? No, señores: si fuese la palabra de Dios viva, eficaz, fuerte, la que obrase el portentoso, mi admiracion no seria tanta, porque para un efecto grande encontraria una causa grande tambien y poderosa. Pero la palabra omnipotente no es aquí la palabra de Dios, sino la palabra de un hombre, la palabra de un sacerdote, la palabra quizá de un gran pecador. Sale esa palabra de los labios del sacerdote, y los cielos y la tierra se someten al imperio de su voluntad. El Hijo de Dios, sin dejar la morada eterna de la gloria, se pone en el altar; y el pan y el vino del sacrificio dejan de ser sustancia de pan y sustancia de vino, sin perder el color, el olor, el sabor, los accidentes y las apariencias de vino y de pan. La sustancia de pan se ha convertido en cuerpo de Jesucristo, y la sustancia de vino en sangre; pero en la hostia está el cuerpo con la sangre, con la divinidad y la humanidad de Jesucristo; y en el cáliz está la sangre con el cuerpo, con la divinidad y la humanidad de nuestro Salvador. Prodigio que la lengua quiere espresar con palabras, pero que el entendimiento no puede comprender por medio de razones.

La carne de Jesucristo hace en la Eucaristía lo que

Dios solamente puede hacer. Esta carne posee una especie de inmensidad en el augusto Sacramento del Altar; porque aun estando bajo las especies que ocupan un lugar limitado, ella no lo está por ningun espacio; antes bien puede estar á la vez en todos los lugares del mundo, cualidad que, como sabeis, es propia de Dios. La carne de Jesucristo está en la hostia, al modo de los espíritus: toda en toda, y toda en la parte mas mínima de ella: cualidad asimismo de todo punto milagrosa. Esta carne es como eterna é incorruptible en el Sacramento del Altar; ó quizá digamos mejor que muere aquí todos los dias con una muerte mas maravillosa aun que la inmortalidad de que goza en el cielo, toda vez que, si muere, es para renacer continuamente en virtud de las sublimes palabras de la consagracion. Pero todavía hay otro prodigio en el cual se contienen los demas, y que mas espresamente hace notar Jesucristo. ¿Qué prodigio es este? El prodigio de que la carne del Hijo de Dios sea el alimento de nuestras almas. ¿Y cómo se verifica este prodigio? No lo sé, ni lo sabemos. El hecho, el prodigio es que Jesucristo dice: *Caro mea vere est cibus*: mi carne es verdaderamente comida: palabras que hacen notar á San Ambrosio que no es el alma ni la divinidad de Jesucristo lo que hace nuestro alimento espiritual, aunque por concomitancia se nos den tambien en el Sacramento; sino su carne, la carne del Hombre-Dios es lo que se nos da directamente en calidad de alimento para nuestra alma. Todo es aquí sobrenatural; porque en el orden de la naturaleza el alma conserva el cuerpo, y en el orden de la gracia el cuerpo de Jesucristo conserva nuestra alma: grandeza y gloria para el cuerpo del Hijo de Dios, en el grado mas sublime y eminente.

La carne del Hombre-Dios es nuestra comida. ¿Sabeis qué exige de nosotros un don tan magnífico? No hay amor, no hay adoracion con que podamos suficientemente agradecerlo. Todo lo que Dios ha hecho es todavía poco res-

pecto de lo que hace en la Eucaristía. Grande se ostentó Dios al criar los cielos y la tierra con la virtud de su palabra, y sometiéndolo todo despues al imperio del hombre; pero al fin puso un límite á los gustos de su apetito, prohibiéndole que comiese del árbol de la ciencia del bien y del mal. En la Eucaristía no hay limitacion: la carne de Jesucristo es nuestra comida. No hay favores que puedan compararse con este favor. Cuando el Señor dijo á Abraham: «Alza tus ojos y mira hácia el Setentrion y el Mediodía, »hácia el Oriente y el Poniente: toda la tierra que alcanzas »á ver daré á tí y á tu posteridad para siempre.» Abraham fue á morar junto al valle de Mambre, y edificó allí un altar al Señor. ¿Cuántos altares deberemos los cristianos erigir á Dios en nuestro corazon, y cuántas adoraciones tributarle ante los Sagrarios, donde vemos con los ojos de la fe, no la tierra de Canaan, sino la carne de Jesucristo, que se nos da en comida, y su sangre, que se nos da en bebida? Dejad al mundo, cuyos favores son veneno ó favores inconstantes. Ved al antiguo Josef salvando el Egipto contra el hambre de siete años, y elevado casi al trono al lado de Faraon: servicio y recompensa dignos siempre de respeto. No obstante, los descendientes de Jacob, oprimidos por los Faraones, sufren despues la mas dura esclavitud, y no se libran de ella sino con los auxilios de la Omnipotencia divina. Jesucristo no se cansa nunca de dispensarnos favores; y si la Eucaristía representa, como habeis oido, sus grandezas, ved ahora cómo representa tambien sus dolores.

SEGUNDA PARTE.

Jesucristo instituyó la Eucaristía pocas horas antes de que comenzase su dolorosa pasión; y si se estudian las palabras del Salvador al tiempo de dar á los apóstoles su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino, y de conferirles potestad para que pudiesen ellos reproducir este mismo prodigio, poniendo el cuerpo y la sangre de Jesucristo en el altar, bajo las especies sacramentales, se conocerá desde luego que la Eucaristía tenía que ser una conmemoración ó representación de los dolores del Hijo de Dios.

Así sucede en efecto, porque la Eucaristía es una representación del sacrificio de la Cruz; representación real y efectiva, con la misma hostia, con el mismo sacerdote, con el mismo altar, donde hay efusión misteriosa de sangre, elevación por las manos del consagrante, destrucción del ser sacramental, estado de muerte, sepultura, en fin, por medio de la Comunión. Representación á todas luces gloriosa; porque el sacrificio de la Cruz fue un deicidio, y la Eucaristía es el ejercicio de la religión: el Calvario fue un lugar de crueldades contra Dios, y la Eucaristía es para Dios fuente pura de gloria. Representación perpetua y universal; porque no satisfecho el Salvador con haberse inmolido una vez sensiblemente, determina eternizar y estender por todas partes la oblación de su cuerpo y de su sangre. *Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis.* «Anunciareis, dice San Pablo, la muerte del Señor siempre y cada vez que comais este pan y bebais este cáliz.»

Pero hay todavía mas, hermanos míos; porque parece que se refieren á los dolores que nueva y diariamente habia de padecer Jesucristo en la Eucaristía, aquellas palabras de Jeremías cuando dice: *Saturabitur opprobriis*, se satisfará, se hartará de oprobios; porque en la Eucaristía efectivamente se renuevan los oprobios de la pasión del Redentor; y con esto me dirijo á los falsos cristianos que incurren en la monstruosa contradicción de llamarse discípulos de Jesucristo, profanando al mismo tiempo sacrílegamente el sacramento de su amor, el sacramento de su carne, de su humanidad y de su divinidad. No sé de qué manera pintaros los dolores que causan á Jesucristo en la Eucaristía los pecadores que conculcan su cuerpo y su sangre. Como Judas le entregan, no á las turbas, sino á sus mas abominables pasiones, con un falso beso de paz: le llevan, no al Calvario, donde resplandezca de gloria en medio de los tormentos, sino á un corazón corrompido y dominado por los mas execrables vicios: le crucifican, no en una cruz, desde donde llame á sí todos los pueblos, sino en el cenagal de sus inmundos escesos: le sepultan, no en un monumento de piedra custodiado por los soldados romanos para que sus discípulos no roben el cadáver, sino en un cuerpo hediondo y en una alma negra, custodiados por legiones de demonios. Así crucifican á Jesucristo en los Sagrarios y en la Eucaristía los que vienen al templo á insultar al Dios que le llena y á recibirle con un alma manchada. Sí: dolores mas sensibles hacemos padecer, en cuanto está de nuestra parte, á Jesucristo en el sacramento de su amor, que los agudísimos que sufrió con la muerte de Cruz; porque en el Calvario reparaba la gloria de su Padre ofendida, y salvaba al hombre perdido; pero en la Eucaristía no tiene el Cordero inmaculado ese consuelo, porque el pecador ofende gravísimamente á Dios y se come su propia muerte, es decir, consume su mas grande ruina. Mas le valiera á semejante hombre no haber

nacido; porque cuanto mas santo es el sacramento mayor es su culpa, y cuanto mayor es su culpa mayor será su castigo. Sí: mas le valiera á semejante hombre no haber nacido. *Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille.*

Estos dolores que representa la Eucaristía deben esci-
tarnos á venir con frecuencia al pie de los Santos Sagrarios
para velar con Jesucristo y adorarle, ya que tantos, des-
conociendo su amor, vienen á prenderle y crucificarle.
Tristis est anima mea, nos dice, *usque ad mortem... vi-*
gilate, et orate... Triste está mi alma, nos dice; triste está
mi alma hasta la muerte en este Sagrario que convierten los
pecadores para mí en huerto de dolor y de amargura...
Triste está mi alma; y ojalá, Padre mio, que pudiese pasar
de mí este cáliz... Velad y orad para que no entreis en la
tentacion de pecar y de profanar mi cuerpo y mi sangre.
¿Será posible que mientras á nuestro amoroso Jesus sacra-
mentado le prenden y le insultan y le crucifican de nuevo
en el altar tantos sacrílegos pecadores, os negueis á velarle
unos cortos momentos? *Non potuistis una hora vigilare*
mecum? ¿No habeis podido velar ante el Sagrario una hora
conmigo? ¿Conmigo, que he nacido y vivido para vosotros?
¿Conmigo, que he padecido y muerto por salvaros? ¿Con-
migo, en fin, que me he encerrado en este sepulcro para
que vosotros, comiendo mi carne y bebiendo mi sangre, vi-
vais eternamente? *Non potuistis una hora vigilare mecum?*
¿No podeis velar una hora conmigo, que me he propues-
to estar con vosotros sin cansarme hasta la consumacion de
los siglos? ¿Conmigo, que soy el autor de vuestra vida y el
señor del tiempo y de la eternidad? ¿Conmigo, que soy
omnipotente, y aquí por vuestro amor parezco débil; que
soy inmenso, y aquí por vuestro amor soy muy pequeño;
que soy fuerte, y aquí por vuestro amor parezco flaco; que
soy luz, y aquí por vuestro amor parezco oscuro; que soy
vida eterna, y aquí por vuestro amor parezco muerte? ¿No
podeis velar en los Sagrarios una hora conmigo, que velo

incesantemente por vosotros, que soy mediador de vosotros con el Padre, y que no desisto nunca de redimiros? *Non potuistis una hora vigilare mecum?*

TERCERA PARTE.

La Eucaristía representa, por último, todas las bondades de Jesucristo. *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* Amó á los suyos en el mundo, y al fin parece que los amó mas, por las pruebas que les dió de su generoso amor. El padre ama siempre tiernamente á sus hijos; pero al despedirse de ellos, al tiempo de morir, ó al emprender un largo y peligroso viaje, parece como que entonces los ama mas, á causa de que el sentimiento del amor se escita fuertemente con la idea de la separacion, á que aquel naturalmente resiste. La institucion de la Eucaristía fue, digámoslo así, la despedida de Jesucristo, y es, por lo tanto, la obra maestra de su divino amor.

Encontrareis en el mundo quien se entregue por bondad á un amigo, ó á dos, ó á tres, ó á muy pocos mas; pero observareis que al mismo tiempo se aparta de la generalidad de los hombres, si es que no los odia en su corazon. Jesucristo se da, se comunica, se entrega en la Eucaristía á todos, sin reserva, sin distincion, ora lleven sobre sus hombros mantos de púrpura, ora sean Lázaros cubiertos de harapos. Encontrareis en el mundo quien se entregue á la amistad, á la caridad, ó al amor, en un tiempo; ó siendo rico, ó siendo pobre; ó siendo jóven, ó siendo anciano; ó mientras sois felices, ó mientras sois desgracia-

dos; pero Jesucristo se nos da en el sacramento de su amor en todo tiempo, bien la adversidad azote vuestra existencia, bien la fortuna os encumbre á sus altas regiones. Encontrareis en el mundo quien os favorezca en un lugar, y os olvide en otro; quien os atienda en una ciudad, y os desprecie en la corte; quien sea vuestro amigo fuera de la patria, y dentro de ella sea vuestro adversario; pero Jesucristo se nos comunica en la Eucaristía en todos los lugares, ora le llameis desde la casa paterna que fue vuestra cuna, ora desde el rincón de un país extraño y desconocido: bien le pidais desde los suntuosos palacios, bien desde la humilde y solitaria cabaña. «Venid á mí los que estais fatigados, nos dice, y yo os aliviaré (1). Aquel que á mí viene, no le echaré fuera (2). Id á las salidas de los caminos, y á cuantos halláreis, llamadlos á las bodas (3).» ¿Habeis visto un amor semejante á este amor?

Amor no solamente liberal, sino fuerte como la muerte; porque el exceso del amor que Jesucristo nos muestra en la Eucaristía, le obliga á sufrir el exceso de las ingratitudes humanas que pudiera en cualquiera momento castigar. Amor tan fuerte, que Jesucristo reconcentra en él todos los esfuerzos de su poder, no para abrumarnos bajo el peso de los cielos, prontos á caer sobre el ingrato pecador, sino para amarnos aun mas y llamarnos á su gracia y amistad. Amor tan fuerte, que obliga á Jesucristo á que oculte la sublimidad de sus perfecciones, para hacerse accesible á la pequeñez del hombre, que no podría contemplarlas en todo su esplendor. Amor tan fuerte, que obliga á Jesucristo á olvidar los intereses de su gloria, para que nos acerquemos con mas confianza á esa santa oscuridad. No estais, no, ante una montaña que retumba con el trueno y brilla con el relámpago porque va á hablar Dios con su siervo; sino en el templo, donde el amoroso Jesus sa-

(1) Mat., 11. (2) Joan., 6. (3) Mat., 22.

cramentado busca el retiro y el silencio para poder conversar dulcemente con las almas de sus escogidos.

Amor tierno con que no puede compararse ningun otro amor, aunque sea el de un padre como Jacob respecto de Josef, ó el de una madre como Sara respecto de Isaac. «El que tenga sed, que venga á mí y beba,» dice Jesucristo: palabras que tienen una alta significacion. La sed es casi una continua necesidad del hombre, y por lo mismo el agua abunda por toda la superficie de la tierra. Decir Jesucristo que venga á él todo el que tenga sed, es decir que á todas horas y en todas nuestras necesidades recurramos á su amor, aunque la tierra nos ofrezca por su parte consuelos y satisfacciones. «Los que teneis sed, venid á mí, aunque tengais agua en el mar, en los rios y en las fuentes cristalinas. Venid á mí, que ni me cansan las instancias, ni se me agotan los tesoros.» ¿Veis qué amor, señores; veis qué amor?

Jesucristo, oculto en la Eucaristía bajo las especies sacramentales, y oculto ademas en el Sagrario pidiendo nuestras adoraciones y esperando, digámoslo así, nuestros memoriales, es digno de todo nuestro amor. Si las grandezas nos interesan, la Eucaristía las representa. Si los dolores nos mueven, la Eucaristía los reproduce; y si el amor nos seduce, la Eucaristía es un mar de bondades. Unámonos á Jesucristo con tanto ardor como el que Jesucristo muestra por unirse á nosotros. Me enternezco mucho cuando veo á Daniel, cautivo en Babilonia, abrir las ventanas en su cámara hácia Jerusalem, hincar sus rodillas tres veces al dia, y adorar y dar gracias al Dios de sus padres (1). El pobre cautivo enviaba desde lejos suspiros por el aire al templo de Dios. ¡Cuán diferente es nuestra situacion! Aquí, cerca de nosotros, en el Sagrario, tenemos á nuestro Dios; abrid las ventanas de vuestro corazon y presen-

(1) Mat., 6, 10.

tádsele puro y agradecido. En esa arca está nuestra salvacion: en esa oscuridad está nuestra luz: en ese pequeño huerto cerrado están las flores medicinales para curar nuestras dolencias. Postraos, hermanos mios, ante el Rey de la gloria: no profaneis el templo, que es casa de Dios, y no le negueis una adoracion y una luz de que no necesita, porque es sol inestinguible, pero de que necesitamos nosotros, que andamos entre tinieblas. Digna es esta real, ilustre y primitiva congregacion de todos nuestros elogios, y no quedará sin recompensa en el cielo la edificante solicitud con que cuida de que se alumbre y dé culto al Señor en los Santos Sagrarios. Ayudadla, hermanos mios, con vuestras limosnas; unid vuestros esfuerzos á los suyos; que por una luz que pongais ante los Santos Sagrarios sereis introducidos en los resplandores de la luz eterna. Pedid, y recibireis: pedid la gracia, y con sus auxilios ganareis la gloria. Amen.

SERMON

sobre el mismo misterio.

Hoc facile in meam commemorationem. (Luc., 22, 19.)

Haced esto en memoria de mí.

Excmo. Sr. (1):

EN estos dias invita la Iglesia á todos los cristianos á que celebren con himnos y cánticos las bondades de Jesucristo, que, no contento con haberse hecho hombre por nuestra salud, hase quedado en la Iglesia, verdadera, real y sustancialmente presente, para perpetuar la memoria del sacrificio de la Cruz y compendiar en una todas las maravillas. Vosotros debeis felicitaros, real, ilustre y antiquísima archicofradía, de ser los primeros á quienes por títulos muy gloriosos toca celebrar oficialmente, digámoslo así, en esta religiosa capital las grandes misericordias de Dios en el Sacramento de nuestros altares: y en verdad

(1) Asistia el Sr. Nuncio, Brunelli.

que habríais puesto á prueba hoy mis escasísimas luces si, al responder á vuestra benévola invitacion, no hubiese tomado en cuenta la fecundidad de la materia, la natural sublimidad del asunto y los afectos puramente piadosos de mi religioso auditorio.

No voy, señores, á considerar hoy el Sacramento ni sus inefables gracias, sino el sacrificio con su grandeza y su utilidad. Razones muy poderosas me obligan á ello. Se escribe y vocifera que aun no es perfecta esta Iglesia, de quien somos hijos, y se afecta desconocer que, siendo muy fuerte en el hombre el sentimiento del egoismo, la sociedad no puede constituirse y vivir sin la abnegacion y el sacrificio. Contra los que dicen lo primero, y contra los que no quieren comprender lo segundo, me propongo hoy esponer á vuestra consideracion la verdadera doctrina, hablándoos de la Eucaristía, considerada bajo el punto de vista de sacrificio, y en sus relaciones con la Iglesia y la sociedad. Pero ¿qué es el sacrificio? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo hemos llegado á esta plenitud de tiempos, en que dentro de las pequeñas dimensiones de una hostia se oculta la mas pura de las oblacones, la mas augusta de las víctimas y el mas santo de los sacerdotes? ¿Habia necesidad de este sacrificio incruento y oculto despues del sacrificio sangriento y público del Calvario? ¿Le necesitaba la Iglesia? ¿Le necesitaba la sociedad? ¿Le necesitan los cielos y la tierra? A esta altura, si mi flaco ingenio me lo permitiese, quisiera yo considerar el asunto; y para hacerlo con medianos resultados, voy á fijar los antecedentes que pueden conducir á la mayor ilustracion de la materia.

El sacrificio es una necesidad del género humano, y su idea se hace perceptible con solo comparar la bondad y la omnipotencia de Dios con la naturaleza y las necesidades del hombre. Por consiguiente, el sacrificio es tambien de derecho natural. Los hombres culpables se creyeron

siempre en la necesidad de aplacar á los dioses que son justos con sacrificios que sean espiatorios: tal fue la antigua creencia, aun la mitológica y pagana, y tal es aun hoy, bajo diferentes formas, la de todo el universo, que admite la degradacion primitiva universal. Fue una opinion tan antigua como el mundo que el cielo, irritado contra la carne y la sangre, no podia ser aplacado sino con sangre. Por eso Moisés, á quien vemos siempre huir de las ceremonias paganas y separar al pueblo hebreo de los demas pueblos por medio de ritos particulares; Moisés, digo, á propósito de los sacrificios, abandona su sistema general para conformarse con el rito fundamental de las naciones; y no hay una ceremonia entre las prescritas por el gran Legislador, y sobre todo no hay una purificacion que no exija sangre (1).

Aparte de los horribles abusos que han podido nacer de esta idea, tales como los sacrificios humanos, condenados siempre por Dios, la sustitucion, la redencion por la sangre fue una idea fundamental en el mundo, aunque el mundo no pudiese adivinar cuál fuese la sangre de su solemne reparacion. Pero los tiempos han pasado: antes éramos tinieblas, y ahora somos luz; antes éramos niños débiles, y ahora somos varones robustos; antes vivíamos bajo una ley de dureza y de sombras, y ahora nuestra carga es leve y nuestro yugo suave; antes éramos esclavos de la letra, y ahora somos ya libres hijos de Dios. ¿Para qué queremos la redencion por la sangre ó su equivalente? ¿Qué necesidad hay de ella? ¿Qué utilidad nos trae el sacrificio? ¡Oh! Señores, estas son ideas de suma importancia; y para tocarlas, aunque sea muy de ligero, voy á probar la necesidad de que haya en la Iglesia cristiana y en la sociedad un sacrificio augusto y perfectísimo, pero al mismo tiempo oculto.

(1) Maistre.—Sobre los sacrificios.

La Iglesia cristiana no puede subsistir sin el sacrificio eucarístico : primera proposicion. La sociedad no tendria sin este sacrificio un gran modelo y correctivo contra el egoismo : segunda proposicion.

Ambas serán el objeto de vuestras atenciones.

Ave María.

PRIMERA PROPOSICION.

Ya habrá advertido vuestra discrecion que no voy á hablar del sacrificio de la Cruz, ni á probar su necesidad, su importancia, sus efectos y sus utilidades. Le doy por consumado, le admiro y adoro en Gólgota, y felicito al género humano por su redencion. Lo que he de probar ahora es que, aun consumado el sacrificio del Calvario, era necesario en la Iglesia el sacrificio incruento de nuestros altares.

El sacrificio es el acto mas solemne del culto, el lazo que une á los fieles entre sí, y la espiacion continua contra el continuo pecado. No hay Iglesia ni puede haberla sin sacrificio, porque no puede haberla sin culto; y supuesto que Jesucristo venia á instituir una Iglesia donde las realidades alejasen para siempre las sombras, ¿qué sacrificio debia yareemplazar á los sacrificios figurativos? ¿Podian continuar las antiguas víctimas, y las hostias y los holocaustos primitivos? ¿Habia de manchar aun los atrios y el pavimento del templo, y el altar santo, la sangre de los animales? No : la plenitud de los tiempos era llegada, y el sa-

crificio de la nueva ley no podia ser otro mas que el sacrificio de la Cruz, pero sin derramamiento de sangre. El entendimiento humano se sobrecoge al considerar cómo habia de realizarse esta gran maravilla; pero se verifica á impulsos de ese amor omnipotente, que no encuentra obstáculos para comunicarse á los corazones, identificándolos, digámoslo así, con la propia naturaleza del amante. El Hombre-Dios, que se ofreció una vez tan íntegra y completamente por nosotros, consiente en ofrecerse siempre y á cada hora; porque el tiempo, que aun para nosotros no es nada, es todavía menos para Dios, y no puede hacer ó querer una vez lo que no pueda hacer, ó querer, ó estar haciendo siempre. Por eso el Hijo de Dios, que encarnó una vez en el vientre de María, vuelve á encarnar todos los dias en nosotros, segun el sublime pensamiento de San Juan Crisóstomo y de San Francisco de Sales.

«Tomad y comed: este es mi cuerpo... haced esto en memoria de mí.» No pueden leerse palabras mas terminantes. Las profecías, por otro lado, hablan con claridad; y Daniel, sobre todo, anuncia que el Cristo seria muerto... y las víctimas y los sacrificios abolidos (1); al paso que Malaquías predice que desde Levante á Poniente seria grande el nombre del Señor entre las naciones, y que en *todo* lugar se ofreceria á su nombre una ofrenda pura (2). ¿Y qué ofrenda podia ser esta sino el sacrificio eucarístico de la nueva ley? Todos los espositores lo afirman unánimemente. Y, en verdad, tratándose de una ley perfecta, como la de gracia, no se concibe que pudiese subsistir sin un sacrificio perfecto; y como llamo perfecta á la ley porque justifica, llamo perfecto al sacrificio porque justifica tambien por sí mismo. *Qui manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum*. Si antes, en el tiempo de las sombras, eran figurativos todos los sacrificios, porque no podian ser de otro modo, en aten-

(1) 9, 26. (2) 1, 11.

cion á que los animales sacrificados carecian de virtud para borrar una ofensa infinita, despues de reconciliados el hombre y Dios, los cielos y la tierra, el sacrificio en que se reproduce la redencion tiene que ser real, es decir, adecuado, y, por consiguiente, igual al gran sacrificio de l Calvario, que abolió todos los antiguos sacrificios. Tiene que ser su mas completa, su mas sublime, su mas idéntica representacion. La ley de gracia no seria una ley perfecta si su sacrificio no fuese único y perfecto; el único, el mas perfecto. ¿De qué podria servir ya el sacrificio del *becerro* despues de haber sido inmolado Cristo, que es la misma virtud? ¿Qué podria aprovecharnos el *cordero* despues del sacrificio de Jesus, que es la misma inocencia? ¿Qué significacion tendria hoy el *carnero*, habiendo sido inmolado el Hijo de Dios, á quien corresponde el principado? ¿Qué objeto descubriríamos ahora en la presentacion del *macho de cabrio*, si el mismo que aceptó la semejanza de la carne de pecado se ha ofrecido en sacrificio? ¿Qué simbolizarian en la nueva ley la *tórtola* y la *paloma* despues de haber muerto Jesucristo, que era la misma castidad y la caridad misma? ¿A qué vendria ofrecer hoy el *pan* cuando ha sido inmolado Cristo, pan vivo que ha descendido del cielo? Pan vivo, que estaba en *espiga* en la ley natural, en la fe de los padres; que estaba en *harina* en la doctrina de la ley y de los profetas; que fue pan *formado* en cuanto asumió la humanidad; pan *cocido al fuego* del amor en el vientre de la Virgen; cocido tambien por los trabajos de la Cruz, y quemado como en un horno en el madero sacrosanto? *Ego sum panis vivus qui de cælo descendi*. Todo tenia que desaparecer para que á la sombra sucediese la realidad, á las figuras su cumplimiento, y á la ley de esperanzas gloriosas la ley de mas gloriosas satisfacciones. No era, pues, posible en la Iglesia cristiana otro sacrificio sino el sacrificio de la Eucaristía.

Ademas, señores, los hombres de todos los tiempos

han ofrecido siempre á la Divinidad los alimentos con que se mantenian, significando con esta ofrenda que Dios es soberano dueño de la vida, y que todo le es debido, aun aquello que es mas necesario para conservarla. De esto ha resultado que la naturaleza de los sacrificios ha sido siempre análoga á la especial manera de vivir de las naciones. Los pueblos agrícolas han ofrecido á Dios los frutos de la tierra; los pueblos nómadas, la leche de los ganados; los pueblos cazadores, la carne de los animales; los árabes, el humo de los inciensos; y el primer ejemplo de sacrificios sangrientos que se lee en la Escritura, es el de Noé al salir del arca, en el momento en que Dios le permitió, y lo mismo á sus hijos, alimentarse con la carne de animales. Ahora bien: nuestra vida, despues de la redencion, es vida de espíritu mas bien que de carne: nuestra vida, como cristianos, es el principio de la eterna; nuestro principal alimento, por consiguiente, nuestra comida y nuestra bebida no consisten *in comessationibus et ebrietatibus*, sino en el *pan vivo* que descende del cielo y nos comunica la vida eterna. Hé aquí, por lo tanto, la necesidad de ofrecérsele en *sacrificio* al Eterno Padre, que nos presta el alimento para el cuerpo, y el alimento, la fuerza y la vida y la paz para el alma en el *Sacramento* del Altar. ¿De qué otro modo mas conveniente y mas digno podia la Iglesia ofrecer á Dios un sacrificio de reconocimiento á su poder, y de gratitud á su inmenso amor, sino repitiendo todos los dias en el altar el sacrificio del Hijo divino que el Padre entregó á la muerte por redimir al género humano?

Por último, señores, la Iglesia tiene que ser un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo; y ved aquí, en la Eucaristía, el gran principio de la unidad, aplicado á la vida íntima de los espíritus y de los corazones. Pero ¿qué especie de unidad es esta? Unidad entre los hombres, y unidad entre los hombres y Jesucristo, al modo de la que hay entre el Eterno Padre y su Hijo divino. *Ut sint unum sicut*

et nos. Y así, en efecto, se verifica tanto cuanto es posible; he dicho mal: mas de lo que parecia posible se verifica por medio de la participacion del sacrificio eucarístico. ¿Sabeis lo que significaba aquella parte de algunos de los antiguos sacrificios, que se distribuia entre los sacrificadores y su pueblo ó familia? Pues significaba la unidad; dando á entender, con participar del sacrificio que se ofrecia á Dios, que querian unirse á él; y con distribuirla entre sí, que eran y querian ser todos una misma cosa. Pues si los hombres habian de ser entre sí y con Jesucristo una misma cosa, al modo que lo son el Padre y el Hijo, *ut sint unum sicut et nos*, ved la necesidad del sacrificio eucarístico en la nueva ley. Porque como hay un espíritu para la vida de nuestro ser, hay un espíritu que hace la vida de los seres colectivos; y donde el espíritu es uno, la vida es tambien una, y cuanto mas uno sea el espíritu, mas una es tambien la vida y mas sólida es tambien la paz. Necesariamente ha de haber comunión y unidad y paz entre los fieles, y comunión y unidad y paz entre los fieles y Dios, siendo el mismo Dios el vínculo de esta unidad. Por eso San Agustin, esponiendo el capítulo 6.º de San Juan, dice que «esta comida y esta bebida hacen á los que las toman »inmortales é incorruptibles, esto es, la misma sociedad »de los Santos, donde habrá *paz y unidad plena y perfecta*; y que por lo tanto Nuestro Señor Jesucristo nos da su »cuerpo y su sangre en cosas que, siendo muchas, se reducen á una, como sucede con el pan, que se forma de muchos granos, y con el vino, que se hace de muchos racimos, y aun de muchas vides diferentes.» El cuerpo de Jesucristo es la vida comun del cristianismo, del catolicismo, de la Iglesia; y por lo tanto aquellos que de él participan viven una misma vida, tienen unos mismos pensamientos y deseos, y viven en profunda paz, porque hacen un solo pan y un solo cuerpo, segun la sublime expresion del apóstol San Pablo: *Quoniam unus panis, et unum cor-*

pus multi sumus omnes qui de uno pane, et de uno calice participamus (1).

Ved, pues, la unidad realizada por medio del sacrificio, y probada por consiguiente la necesidad del de la Eucaristía en la nueva ley. Pero quiero llamar ahora vuestra atención hácia un punto que indiqué al principio, y á cuyo propósito no creo inoportuno preveniros contra algunos de los errores modernos mas trascendentales. Dícese que la Iglesia ha sido necesaria hasta hoy para dirigir la humanidad, pero que en lo sucesivo tendrá que subordinarse á la razon, demasiado adelantada ya para necesitar de pedagogo. Esta es una blasfemia, una herejía y una impiedad, porque supone que vivimos en una ley imperfecta, que el cristianismo es un judaismo ilustrado, y que sobre Jesucristo han venido ó han de venir todavía otros maestros y reveladores á darnos la paz. Toda la obra de la redencion cae por tierra con semejantes errores: la Iglesia es atacada en sus fundamentos, y Jesucristo reducido á un puro aunque distinguido personaje humano. Este error, bajo diferentes formas, cunde por las filosofías racionalistas de la época; pero este error se desvanece con probar que el sacrificio eucarístico, centro y alma, digámoslo así, del culto católico, es un sacrificio perfecto y de infinita virtud. Esas Iglesias futuras y de *pura* razon, ¿tendrian sacrificio? Y, teniéndole, ¿se concibe que pueda ser, de algun modo, superior al de la nueva ley? ¿Habria sacrificios de animales? pero esto seria retroceder á los tiempos del judaismo. ¿Habria culto sin sacrificio? pero seria un culto estéril, frio y puramente ceremonial, donde no se reconoceria el supremo dominio de Dios sobre las criaturas, ni ninguno de sus atributos. ¿No habria tal vez culto? pero esto seria el deismo, y luego el ateismo, es decir, la negacion de todo sentimiento religioso. Si no quereis la Eucaristía,

(1) 1.^a ad. Cor., 10, 17.

no quereis sacrificio; si no quereis sacrificio , no quereis culto; y no queriendo culto, no quereis religion; y negando la religion teneis que negar á Dios y negaros á vosotros mismos. Esta es la infalible lógica, señores; y ved á cuántos absurdos arrastra el separarse de la Iglesia católica, no digo ya en una de sus principales creencias como es esta , sino aun en cualquiera de las que parecen menos importantes.

Sí : es necesario á la Iglesia el sacrificio eucarístico. Veamos ahora si este mismo sacrificio es necesario á la sociedad, como vínculo y modelo contra las consecuencias y estragos del egoismo. Así voy á demostrarlo en la

SEGUNDA PROPOSICION.

Si me preguntais qué entiendo por estado social, os diré que un estado de sacrificio. Porque, señores , en el hombre todo tiende al individualismo, y ninguno se aísla mas que aquel que no tiene valor ó virtud para sacrificarse, es decir, para hacerse á sí mismo violencia en obsequio de sus semejantes y de la sociedad. La misantropía generalmente nace de la soberbia ó del egoismo ; y nada se opone tanto á la idea de *sociedad* como el egoismo y la soberbia, pues cortan las mas dulces y caras relaciones que unen entre sí á los seres racionales. La idea de sociedad, por consiguiente, lleva consigo la idea de sacrificio ; porque significando comunión ó comunidad, supone violencia á las inclinaciones escéntricas que arrastran al hombre al aislamiento. El monarca tiene que sacrificar su vida y su libertad por el bien de los pueblos, y estos, cuando llega el caso, derraman su sangre por el monarca ó se sacrifi-

can por la obediencia. El opulento se ve precisado á sacrificar una parte de sus riquezas por el bien comun, y el pobre se sacrifica por su trabajo, contentándose con tener en la semana un dia de descanso y holgura. Los padres se sacrifican, y se sacrificarian mil veces, por sus hijos, y estos á la vez sacrifican el cariño que profesan á sus padres para hacerse una misma cosa con otro ser, en beneficio de la sociedad. Los hombres de inteligencia se sacrifican por hallar la verdad, guia del mundo, y los ignorantes harto sacrificio hacen con resignarse á ser gobernados por otros hombres y á no gozar las consideraciones que al talento dispensa la sociedad. Todo, en una palabra, es sacrificio: genio, inclinaciones, sentidos, corazon, entendimiento, todo hay que sacrificarlo cada dia, á todas horas, por la sociedad, por la familia, por la amistad, por nosotros mismos, y las mas veces sin recompensa.

Pues bien: cuando los sacrificios tienen que ser tantos y tan frecuentes, que dificilmente habrá momento en nuestra vida que no esté señalado con alguno, se hace preciso que en la sociedad, por la cual nos sacrificamos, se reconozca y se tenga siempre á la vista un sacrificio modelo, un sacrificio augusto, y al mismo tiempo reservado, para que se verifique que en cierto modo es un sacrificio sin gloria, porque cuando resulta gloria ya no es tan grande el sacrificio. En este sentido, repito que el sacrificio eucarístico es necesario en la sociedad. *Hoc facite in meam commemorationem*. Quien no se decida á sacrificar por sus semejantes y por la sociedad el amor desordenado á la independencia y el odio al yugo del deber, venga á postrarse ante un tabernáculo, y la víctima encerrada en él no podrá menos de recordarle que Dios-Hombre, con ser el soberano dueño de la tierra y del cielo, está ahí como sin voluntad propia, y sujeto, digámoslo así, siendo el primer motor, el movimiento de las especies sacramentales. *Hoc facite*, etc., etc. Si hay alguno que desde la altura

de su orgullo se arrogue el derecho de juzgar y censurar todas las cosas, sin perdonar al cielo, póstrese ante un tabernáculo en el silencio del día, y la víctima santa le dirá que siendo Dios y juez supremo aparece ahí como abatido y espuesto á los inicuos juicios de los herejes y á las censuras de los malos hombres. *Hoc facite*, etc., etc. Si hay alguno que no quiera sacrificar la exagerada opinion que él mismo tenga formada de sus luces y de su sabiduría, ni su escesivo amor á las alabanzas, acérquese á visitar un Sagrario, y la santa víctima le recordará que siendo la sabiduría infinita se deja ahí vendar, digámoslo así, los ojos, y que le hieran los sacrílegos como á un fatuo ó á un demente. *Hoc facite*, etc., etc. ¿Se desdeñan de hacer un sacrificio los hombres que ocupan las primeras dignidades, y en cuyas cabezas bullen tantos proyectos de grandeza, halagándose con la idea de ver á sus semejantes rendidos á sus pies? Pues vengan por un momento ante un sagrado tabernáculo, y Dios escondido les dirá que, siendo la misma inocencia y el poder mismo, vive ahí como en prisiones, al paso que los hombres entran en el templo á insultarle con irritante libertad. *Hoc facite*, etc., etc. Los que teneis que sacrificar vuestros bienes ó vuestros deseos; los que sois desgraciados, y lo son muchos, venid, venid á tomar fuerzas ante un tabernáculo, y al ver en estado de diario sacrificio al soberano dueño de los cielos y de la tierra, inmortal y eterno, infinito, inmenso, grande y poderoso, ¿qué alma saldrá desconsolada del templo? ¿Qué espíritu saldrá atribulado? ¿Qué corazón no quedará satisfecho? ¿Qué vida no quedará contenta? ¿Qué sacrificios no será capaz de hacer el hombre mas tímido, mas egoista ó soberbio? *Hoc facite*, etc., etc.

No hay que desconocerlo. La Eucaristía es el principio de la virtud y de la caridad, y, por consiguiente, el principio del sacrificio en el estado social. Todos los milagros de la caridad, es decir, del sacrificio, son hijos de la Eucaristía.

En las naciones donde no se reconoce y adora la Eucaristía, no hay caridad propiamente dicha, sino egoismo; no hay sacrificios eficaces, sino esfuerzos casi estériles de la ley, y frias aquiescencias del individualismo humano. En toda esa parte de Europa donde domina religiosa y políticamente el espíritu del protestantismo, no se conoce sino como escepcion el sacrificio, y hay que ofrecer á manos llenas á los hombres el oro y los honores para que en un caso de peligro presten algun servicio eminente á la sociedad, ó hay que abrir un *teatro* para atender con su producto á objetos de *beneficencia*. En nada de esto hay sacrificio: antes bien hay una verdadera satisfaccion de pasiones mas ó menos mezquinas.

Esos señores que tanto hablan de fraternidad, ¿cómo quieren que los hombres sean hermanos si no les dan un mismo padre? ¿Y cómo les habeis de dar un mismo padre si no reconocéis la necesidad y la ley de un inmenso amor? ¿Y cómo reconocereis la necesidad y la ley de un inmenso amor si no adorais la Eucaristía, que es el amor elevado á su mas alta potencia? Si despreciais la Eucaristía, destruíis el amor; si destruíis el amor, haceis la guerra á la suprema paternidad; si negais la suprema paternidad, negais la universal fraternidad; si negais la fraternidad, proclamad entonces con vuestras teorías el estado salvaje... ¿es esto lo que se quiere? Pues decidlo; y así entenderemos perfectamente lo que significa la palabra *civilizacion* en el siglo XIX.

Si me permitiéseis decir aun dos palabras, aunque no vayan directamente al aspecto bajo el cual estoy considerando ahora la Eucaristía, os recordaria, para escitar vuestra devocion, que hay un momento en la vida en que todas las criaturas abandonan al hombre, y le miran hasta con cierto horror, y se preservan de tocarle y de hablarle, y de recibir su aliento: hay un momento en la vida en que las personas mas allegadas á nosotros no pueden hacer

en nuestro favor mas que derramar unas pocas lágrimas, que por cierto se secan bien pronto: hay un momento en que todo se nos escapa de la mano, sin quedarnos con otra cosa mas que nuestra conciencia para presentarnos con ella ante un Juez que descubre manchas en el sol: en ese momento, que va á ser el último del tiempo y el primero de la eternidad, ¿quién viene á consolarnos? ¿Quién nos comunica fuerza para hacer el terrible tránsito, ante cuya idea se estremecen los mismos justos? ¡Ay! señores: de esos tabernáculos, ante los cuales acaso no habeis querido doblar ni una vez la rodilla; de esos tabernáculos, á quienes negais una luz, encerrándose en ellos el mismo que la criara; de esos Sagrarios, donde debieran estar atesoradas las divinas venganzas... sale el amor, sale el Viático, sale Jesus, sale Dios para consolar-nos cuando nos aflige la idea de la muerte, entrando en nuestra casa aunque sea pobre, acercándose á nuestro lecho aunque sea hediondo, hablándonos aunque no podamos responderle, entrando en nuestra boca aunque exhale pestífero aliento, pasando á nuestro pecho aunque sea podredumbre, é identificándonos consigo mismo y conduciéndonos ante su Padre, como generoso mediador.

No lo olvideis, señores. La Eucaristía es un sacrificio necesario en la Iglesia y en la sociedad. En la Iglesia, por razon del culto, de la perfeccion y de la unidad; y en la sociedad, por razon de los sacrificios que continuamente debemos hacer por ella, luchando contra la fuerza de nuestro egoismo, y para lo cual es necesario tener siempre á la vista, como modelo, un sacrificio perfecto.

Así podreis comprender, real é ilustre archicofradía, que os mostrais tan amigos y devotos de la sociedad como de la Iglesia, tributando solemnes y religiosos cultos á Jesucristo Sacramentado. Hijos y sucesores de una generacion santa, que lleva mas de cuatro siglos adorando al Santísimo Sacramento con especial celo, devocion y solicitud, ofre-

ceis hoy mas de un consuelo á los que , avergonzados de vivir en una época tan descreida como la presente, buscan un lenitivo para sus dolores, y un motivo para sus esperanzas en los restos de esas generaciones que nos han precedido , y que temíamos hubiesen arrastrado consigo al sepulcro la antigua piedad de los españoles. Los desengaños ¡ay! y los temores de una disolucion social, van despertando instintivamente el sentimiento religioso ; y aquellos que, como esta real archicofradía, se muestran fieles á su Iglesia y á la memoria de sus antepasados, prestan un eminente servicio á la fe y á la patria. Oidlo sin preven- cion , hermanos mios : para los actuales padecimientos de la humanidad no hay otro remedio que la influencia de la fe, de las doctrinas y del culto católico. Cada dia que pase os traerá una prueba mas, y acaso terrible, de esta ver- dad. Continuad, continuad, pues, esa larga cadena por en- tre las generaciones escépticas; porque ademas del buen ejemplo , nunca del todo perdido , que ofreceis al mundo, son muchas las gracias de que os haceis participantes, co- mo individuos de esta ilustre archicofradía; tales como in- dulgencia plenaria al entrar en ella; indulgencia plenaria asistiendo confesados y comulgados á la procesion de este dia; indulgencia plenaria á los hermanos impedidos que no puedan asistir, confesando y comulgando; indulgencia ple- naria á la hora de la muerte, y otras muchas gracias que seria prolijo enumerar.

Soberano Jesus sacramentado y dulce Jesus mio: ya sabemos que no puede faltar jamás vuestra palabra , sino que antes han de faltar los cielos y la tierra; pero abreviad los dias de la prueba; amansad las olas que tienen actual- mente tan agitada la navecilla del pobre pescador; mandad á los vientos que refrenen su violencia, y consolad á vues- tro Vicario en la tierra de su peregrinacion (1). Muchos,

(1) Pio IX se hallaba en Gaeta.

muchísimos son nuestros pecados... pero, Señor, que no digan los impíos con insultante y sacrílega ironía: «¿Dónde está ahora su Dios?» En el cielo, en el altar y en todo lugar estais para nuestro consuelo, y para juzgar á las naciones y á los individuos, segun sus obras. Miradnos con ojos de misericordia, y derramad vuestras bendiciones sobre esta ilustre archicofradía y sobre todos cuantos os aman y adoran, sobre la España y su insigne Iglesia. De este modo podremos cantar aquí vuestras glorias, y recibir el premio en la eternidad. Amen.

SERMON

sobre el mismo agosto misterio.

*Caro enim mea vere est cibus, et
sanguis meus vere est potus.*

(Joan., 6, 56.)

Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida.

Uno de los dogmas que han sido y son mas combatidos es el de la presencia real de Jesucristo en el sacramento de nuestros altares. Por lo mismo que encierra tanta dulzura y suavidad para las almas, parece como que le rechaza el carnal apetito; y siendo fineza de tan alto precio, resístese el hombre á creer que el cielo haya podido ó querido dispensársela. Por un lado, el desprecio y hastío de las cosas celestiales, y, por otro, la falta de fe: hé aquí los enemigos que tiene Jesucristo en la mas tierna muestra que nos da de su amor inagotable.

Pero ni la ingratitud de los unos, ni la falta de fe de los otros, podrán hacer que Jesucristo deje de ponerse bajo las especies sacramentales, á la voz de su ministro, como

no deja Dios de regir el mundo aunque no cese de enviar blasfemias al cielo el impío. Es Jesucrito en la Eucaristía como el sol que ilumina su Iglesia; como la nube que hace fecundos en virtudes los corazones; como la lluvia de la mañana, que preserva la tierra de los ardores del astro abrasador; como el perfume de las flores, que difunde por todas partes la fragancia. Sin la Eucaristía no tendríamos vida; porque así como el Hijo vive por el Eterno Padre que le envía, nosotros, comiendo el cuerpo de Jesucristo, por Jesucristo vivimos. *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Si el dogma encuentra impugnadores, la verdad no puede dejar de hallar quien la defienda ante esos sencillos fieles á quienes tan fácilmente se les puede arrastrar al error. Tratándose de defender ó esponer los dogmas, la palabra de Dios es lo primero que ha de tener presente el orador cristiano; y aquí, tratándose de la Eucaristía, es decir, de la presencia real de Jesucristo bajo las especies sacramentales, están las palabras del Salvador, en el Evangelio de San Juan y en el de San Mateo, tan claras, tan explícitas, tan terminantes, que no admiten tergiversacion en punto á lo que declaran. *Caro enim mea vere est cibus; et sanguis meus vere est potus.*

Oid:

Las palabras de Jesucristo, consignadas en los Evangelios de San Juan y San Mateo, se refieren al dogma eucarístico tal como le enseña la Iglesia católica.

Unica proposicion.

Ave María.

Cuando Jesucristo pronuncia estas palabras, era la mas propicia ocasion para imbuir en el ánimo de los que le seguian, el dogma de su presencia real bajo las especies sacramentales con que habia de enriquecer al mundo. Una multitud, en número como de cinco mil personas, seguia al Salvador oyendo sus palabras de vida eterna, y alimentándose con el sustento que multiplicaba su poderosa mano. Cinco panes y dos peces suministran mas que suficiente comida á la gran turba: prodigio patente é inaudito, que arrancó á aquella multitud la confesion de que Jesucristo no podia dejar de ser el profeta que esperaba el mundo. *Quia hic est vere propheta, qui venturus est in mundum.* El Salvador, sin embargo, que penetra el interior de los corazones, el resorte que los mueve y los motivos que los hacen obrar, cuando le preguntan en qué tiempo habia llegado, díceles: «Me buskais, no por los prodigios que habeis visto, sino porque os hartásteis de pan, y deseais hartaros otra vez.»

De aquí toma principio ó motivo Jesucristo para hacer fuese penetrando en el espíritu de las turbas el deseo de otro alimento que da la vida eterna. *Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam, quem filius hominis dabit vobis.* El Salvador va á terminar el discurso que en aquella ocasion dirige á las turbas, ofreciéndoles que ha de darles su carne como comida y su sangre como bebida; pero antes de hacerles oir estas aserciones, que luego califican de duras los que las oyen, exígeles Jesucristo que crean en aquel que el Padre ha enviado. Sin esta fe no encontrarian mas que repugnancias en el ánimo de sus discípulos las indicaciones de darles por comida su carne y por bebida su sangre, que despues habia de hacerles. *Hoc est opus Dei, ut credatis in eum quem misit ille.*

Es admirable la manera con que el Salvador va acercándose á su objeto, que era hablar de su cuerpo como

comida y de su sangre como bebida, á las turbas á quienes se dirige. «¿Qué milagro haces, le habian dicho, para que, viéndole, creamos? Nuestros padres comieron el maná en el desierto; maná que fue pan del cielo.» Lo cual parece equivalió á decir: «Nos has alimentado en el desierto con pan y peces, multiplicándolos, es verdad; pero eso no era maná como el que en el desierto comieron nuestros padres.» Jesucristo, adelantando siempre en su propósito de llegar al fin: «No fue Moisés, les responde, el que os dió pan del cielo, sino mi Padre es el que os da el verdadero pan celestial: pan de Dios, que baja del cielo y da la vida al mundo... Yo soy el pan de la vida; el que venga á mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá sed.»

En todas estas frases Jesucristo habla de la fe; pero va llegando por este camino á su fin, que es persuadirles que él es el pan de la vida, el pan vivo que ha descendido del cielo, y que ha de dar la vida eterna al que le coma. *Ego sum panis vitæ... ego sum panis vivus, qui de cælo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum.*

Jesucristo usa aquí ya de otro lenguaje. Ya no habla de la fe que habian de tener los judíos en aquel que el Padre enviaba; ya no habla de que se acerquen á él para que no tengan hambre, ni de que crean en él para que no tengan sed; sino que clara y esplicitamente afirma que él es el pan de la vida, que él es el pan del cielo, que él es el pan vivo, que al que *le come* le causa la vida eterna, y que su carne era ese pan.

Pero ¿habla aquí Jesucristo de su mismo cuerpo como pan que hemos de comer, y de su sangre como bebida que hemos de gustar? Esta es la cuestion que promueve el protestantismo con el objeto de negar la presencia real del Salvador en nuestros altares, y reducir sus palabras á la necesidad de la fe, y no á otra cosa. Para desvanecer se-

mejante error, basta que examinemos en qué sentido entendieron los judíos las palabras de Jesucristo, y qué sentido les dió el mismo Salvador.

Que los judíos entendieron las palabras de Jesucristo en su sentido obvio ó natural, es decir, que lo que les habia de dar á comer era su propio cuerpo, es evidente; pues los mismos judíos disputan entre sí sobre cómo podia ser que les diese á comer su propia carne. *Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?* Conviene tener muy presente el sentido ó la inteligencia que dan los judíos á las palabras del Salvador; porque si vemos que Jesucristo no rectifica ó no corrige ese sentido ó esa inteligencia; si vemos que insiste en las mismas palabras y en las mismas frases; si vemos que una y otra vez repite que habrán de comer su carne y beber su sangre si aspiran á no morir, sino antes bien á alcanzar la vida eterna, tendremos derecho para afirmar que el Salvador habla efectivamente de darnos por comida su carne y por bebida su sangre.

Pues bien: Jesucristo, lejos de rectificar la idea ó el sentido que los judíos dieron á sus palabras, como hubiera debido hacerlo, y como lo hubiera hecho en el caso de que no fuese su carne lo que habia de darnos como alimento, repite con doble afirmacion sus anteriores palabras. «En »verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne »del Hijo del hombre y bebiéreis su sangre, no tendreis »vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi »sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último »dia. Mi carne, pues, es verdaderamente comida, y mi »sangre verdaderamente bebida. El que come mi carne y »bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él... El que »me coma, vivirá por mí... El que coma este pan, vivirá »eternamente.»

Es preciso no perder de vista que el Salvador, siempre que sus discípulos ú oyentes no entendian bien alguna de sus frases, y los veia en peligro de incurrir por ello en

algun error, les explicaba la frase ó la sentencia que no habia sido bien comprendida ; como vemos lo hace cuando explica las palabras que dirigió á Nicodemus sobre la necesidad de renacer de nuevo para entrar en el reino de Dios (1); como vemos lo hace cuando explica el sentido en que dijera debian guardarse los judíos de la levadura de los fariseos (2); como vemos lo hace cuando, al decir á sus discípulos que él tomaba un alimento que ellos no conocian, y pensando que alguno le habria traído de comer, les explicó que su alimento era hacer la voluntad del Padre (3); como vemos lo hace cuando los discípulos pensaron que hablaba del sueño de Lázaro (4), y como vemos lo hace siempre que sus palabras no son comprendidas en el sentido en que las dice. Luego si el Salvador tiene por costumbre rectificar ó explicar sus frases cuando sus discípulos no las entienden en el sentido en que Jesucristo las pronuncia, y si vemos que en el caso presente, lejos de modificar ó explicar las palabras que habian chocado á los judíos, las repite, y exige de sus oyentes que las crean, prueba es de que los judíos entendieron, como debian de entender, las palabras del Salvador, ó, lo que es lo mismo, que Jesucristo hablaba verdaderamente de dar su carne como comida y su sangre como bebida. *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.*

Pero hay todavía mas. Pareciéndoles á los judíos duro el lenguaje de Jesucristo al decir habian de comer su carne y beber su sangre, muchos se separaron del Salvador; y ¿qué hace Jesucristo? ¿Les detiene diciéndoles que han entendido mal sus palabras? No : los deja marchar, antes bien; y á sus apóstoles, que no quieren retirarse ó apartarse de él, y que en sus palabras admiran palabras de vida eterna, los reconoce por discípulos suyos. «¿ Por ventura, les dijo, no os he escogido yo á vosotros doce?»

(1) Joan., 3, 3. (2) San Mat., 16. (3) San Juan, 4, 32.

(4) Idem, 11.

Es verdad que el Salvador dice que sus palabras son espíritu y vida, que el espíritu es el que vivifica, y que la carne no aprovecha. Pero Jesucristo no quiere decir con esto que hubiese hablado antes en sentido figurado al prometer su carne como comida y su sangre como bebida, sino que no habia de darnos su carne en pedazos, como lo entendian los judíos.

En este capítulo sexto del Evangelio de San Juan se contiene la promesa de la futura institucion de la Eucaristía. Examinemos ahora las palabras con que San Mateo refiere ya la institucion, y llegaremos al mismo resultado; es decir, á ver establecida la presencia real de Jesucristo bajo las especies sacramentales.

«Y estando ellos cenando, dice el evangelista, tomó Jesus el pan y lo bendijo, y lo partió, y lo dió á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed, *este es mi cuerpo.*» Y tomando el cáliz, dió gracias, y lo dió á ellos, diciendo: «Bebed de este todos, *porque esta es mi sangre* del Nuevo »Testamento, que será derramada por muchos para remi- »sion de los pecados (1).»

Las palabras de Jesucristo son terminantes. «Este es mi cuerpo, dice; esta es mi sangre.» Por mas que los enemigos del dogma eucarístico se empeñen en sostener que las palabras del Salvador se refieren al sentido figurado, queriendo decir con ellas que el pan era la figura ó representacion de su cuerpo, y el vino la figura ó representacion de su sangre, esta interpretacion es arbitraria y violenta. Discurriendo segun la idea falsa de que se hallan dominados, todos los testimonios, aun los mas claros, los someten á ella, haciendo á su arbitrio las mas estrañas interpretaciones sobre el testo en que se funda la doctrina católica. No pretenden, no, los adversarios del dogma deducir del testo la doctrina, sino acomodar á su doctrina el

(1) Mat., 26.

testo. Para lograrlo, no hay falacia á que no recurran, violentando el sentido, y faltando á la mas clara filosofia del lenguaje. Está demostrado (1) que en la lengua sirio-caldea hay palabras con que poder significar que una cosa representa ó prefigura otra; y de esas palabras se habria valido Jesucristo si, al decir *este es mi cuerpo, y esta es mi sangre*, hubiese querido significar lo que los protestantes pretenden.

Los apóstoles no muestran estrañeza al oir estas palabras de Jesucristo, porque ya, segun hemos visto por el Evangelio de San Juan, habian sido instruidos acerca del dogma ó del misterio de su cuerpo y de su sangre. Por eso no se sorprenden, sino que, humildes y reverentes, toman de la mano del Señor, no una figura ó representacion de su cuerpo y de su sangre, sino su mismo cuerpo y su misma sangre, el mismo cuerpo y la misma sangre que se formó en el vientre de la Virgen, y que despues habia de ser entregado á la muerte por la remision de nuestros pecados. Ajeno era de la bondad y de la sabiduría de Dios, cuando llega el caso de hacer, digámoslo así, su testamento, usar de frases equívocas y figuradas, para dejar perpetuamente en su Iglesia ocasiones de discordia y de idolatría. Por otra parte, si en la Eucaristía no hay mas que pan, resultará que el pan ha sustituido al Cordero Pascual en cuanto á ser figura de la pasion de Cristo: lo cual tan distante está de la exactitud y de la propiedad, que nos veríamos obligados á confesar que eran mas oscuras las sombras en la Nueva Ley que en la antigua, en cuanto á este dogma. Porque ¿qué relacion hay entre el pan y el cuerpo de Cristo crucificado? El Cordero Pascual era tipo mas propio, mas análogo y perfecto.

Ademas, lo que Jesucristo tiene en sus manos y da á

(1) Wisseman, Conferencias, tomo 2.º, 2.ª, sobre la Transustanciacion.

comer á sus apóstoles es, segun dice el mismo Salvador, el cuerpo que para provecho de ellos habia de ser entregado, y la sangre que en bien suyo habia de ser derramada. *Hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur... hic est sanguis meus novi testamenti, qui pro vobis effundetur.* Luego lo que Jesucristo tenia en sus manos es lo que fue entregado, y lo que habia en el cáliz lo que fue derramado: es así que lo que fue entregado fue su cuerpo, y lo que fue derramado fue su sangre; luego lo que dió á sus discípulos el Salvador bajo los accidentes de pan fue su cuerpo, y lo que les dió bajo los accidentes de vino fue su sangre.

San Pablo, escribiendo un pasaje enérgico sobre la Eucaristía, dice que se hace reo del cuerpo del Señor, es decir, de ofensa contra el cuerpo del Señor, el que comulga indignamente. *Reus erit corporis, et sanguinis Domini* (1). Si el cuerpo del Señor no estuviese realmente presente en la Eucaristía, no se haria reo de ese cuerpo ó de ofensa contra ese mismo cuerpo el que indignamente le recibiese, como no se hace reo del cuerpo del rey ó de ofensa contra el cuerpo del rey el que donde no está el cuerpo del rey hiere. «¿Por ventura, pregunta el Santo Apóstol, el cáliz de bendicion que bendecimos no es la comunión de la sangre de Jesucristo, y el pan que partimos no es la comunión ó participacion del cuerpo del Señor (2)?» San Pablo quiere que los fieles sepan discernir el cuerpo de Cristo, esto es, que sepan distinguirlo de la vianda ordinaria; lo cual seria una exigencia insensata si no supusiera la presencia real del Salvador.

Ademas de la creencia universal de la Iglesia durante quince siglos, han definido este mismo artículo de nuestra fe ocho concilios generales; á saber: el primero y el segundo de Nicea, el de Roma en tiempo de Nicolás II, el

(1) 1.^a ad Cor., 9, 27. (2) Id.

Lateranense, el de Viena, el de Constanza, el de Florencia y el de Trento. ¿Qué mas? El mismo Berengario, que fue el primero que combatió este dogma; el mismo Lutero y el mismo Melanton, personajes ambos de tanta importancia entre los protestantes, vienen á confesar la presencia real de Jesucristo en el Sacramento, aunque Lutero supone que tambien se conserva el pan. Berengario, despues de haber reincidido en el error que antes condenara, dijo, en la pública confesion de fe hecha en el concilio Romano celebrado en tiempo de Gregorio VII, que «con el corazon creia y con la boca confesaba que el pan y el vino se convertian en la propia carne y en la propia sangre de Nuestro Señor Jesucristo... en propiedad de naturaleza y en verdad de sustancia.» «El testo del Evangelio, decia Lutero, es demasiado claro y convincente, y no puede destruirse, y menos con palabras ó glosas hechas por cabezas de vértigo.» Y Felipe Melanton, escribiendo á Federico Micon, le dice: «Si por el cuerpo entiendes la figura del cuerpo, ¿qué queda ya que con semejante arte no pueda ser destruido? De ese modo se podrá cambiar y destruir toda la forma de la religion (1).»

No hay argumentos contra la omnipotencia de Dios. En el principio crió el cielo y la tierra. Nació de una Virgen Jesucristo, dejándola intacta. Salió del sepulcro sin remover la piedra. Entró donde estaban sus discípulos sin que se abriesen las puertas. Sobre la superficie del mar, como sobre sólido pavimento, sentó su divina planta. ¿Qué argumentos pueden hacerse contra semejante poder? ¿Qué límites pueden designársele?

Es, pues, una verdad, que no puede traerse á discusion, que las palabras de Jesucristo, consignadas por los Evangelistas San Juan y San Mateo, se refieren á la Eu-

(1) Cornelio á Lápide in Ep. 1.^a ad Cor., cap. 11.

caristía, tal cual la enseña y esplica la Iglesia católica.

Vivid firmemente adheridos á esta fe, que llena de tantos consuelos el alma, y tomad con respeto ese sagrado cuerpo que nos hace inmortales y nos conduce á la gloria. Amen.

SERMON

sobre el sagrado Corazón de Jesús.

SERMON

sobre el sagrado Corazon de Jesus.

Et dabo eis cor unum, et spiritum novum. (Ezeq., 11, 19.)

Les daré un solo corazon, y un nuevo espíritu.

PARÉCEME, religioso auditorio; paréceme que el género humano se quedó sin corazon luego que perdió la inocencia y original justicia. Porque al considerar el triste cuadro que presenta la humanidad en los siglos que se deslizan desde el Paraiso perdido y preceden al advenimiento del hombre Dios; cuando el historiador recoge cuidadoso las noticias que se encuentran consignadas en los archivos de los pueblos, en sus monumentos públicos, en sus museos, en sus decoraciones, en sus ruinas y acontecimientos tradicionales; cuando con mano trémula escribe el hombre lo que ya pasó, lo que pretende revelarnos y lo que el tiempo reclama; en fin, el instante aquel en que, levantado, parece capitanear las generaciones, y convocándolas y pasándolas en revista las ve desfilar delante de sí, paréceme que es el instante mas horrible de las humanas situaciones. Véolo con la mano en la frente, con la fisonomía

alterada, y girando en derredor de sí y latiendo su corazón, acertar apenas á detallar el estado en que encontró las sucesivas legiones que vió formarse y desaparecer. ¿Qué es esto? preguntará aquel historiador curioso; ¿qué es esto? ¡Desgraciada humanidad! Tú respondes con tu propia condicion, con tu mísera existencia, con tus extravíos, con tus prevaricaciones, con tu orgullo y rebelion; y tú sola eres la clave de ese misterio de inícuas convulsiones por donde ha pasado la sociedad.

En efecto: los crímenes de la tierra desde la rebelion del primer hombre hasta las infamias de sus últimos hijos; cuatro mil años de escándalos, de orgullosa embriaguez, de crueldades y disolucion; tanto horror, tan grandes catástrofes, tan espantosas escenas, tan general inundacion de males, todo, todo está revelando que el género humano, segun he dicho antes, perdió el corazón luego que perdió la inocencia y original justicia. Un corazón, pues, debia ofrecérsele, en el caso de que el cielo quisiera devolverle la vida que habia perdido: un corazón debia anunciársele cuando se le anunciase llegaria para él un dia de general rehabilitacion; y un corazón, en efecto, se le anuncia y promete.

Es indudable que cuando los profetas anunciaban al afligido pueblo de Israel aquellas dichas y felicidades que parecen superar á las primitivas del Paraíso, no deben ser entendidos en tan literal y estricto sentido que quede cerrada la puerta, digámoslo así, á interpretaciones ó aplicaciones mas generales, mas altas, mas misteriosas. Aun digo mas: la letra en esos vaticinios contiene el espíritu, pero el espíritu escede los límites de la letra; y, atendido el providencial destino del pueblo hebreo, á quien aquellas prosperidades se anunciaban, estas mas eran sustancia para el género humano luego que fuese redimido, que letra para aquel pueblo castigado ó esclavizado. Si, pues, en las profecías no debemos de perder nunca de vista á

Jesucristo, que es el objeto de ellas, tampoco debemos perder al pueblo cristiano, que habia de ser el pueblo de las bendiciones. Ahora bien; yo observo que, tratándose del templo erigido por Salomon, promete el Señor que en él, en ese templo, estarían todos los días sus ojos y su corazón. *Oculi mei, et cor meum ibi, cunctis diebus* (1). Observo además que, cuando Ezequías convocó á Israel y á Judá para que concurriesen á Jerusalem á celebrar la Pascua en el segundo mes, por no haber podido celebrarse antes, nos hace notar la Escritura que en Judá hizo la mano de Dios que no hubiese para esto mas que un solo corazón. *In Juda vero facta est manus Domini ut daret eis cor unum* (2). Observo asimismo que por Jeremías promete Dios dar al pueblo de Israel, subyugado entonces por el rey de Babilonia, un solo corazón y un solo camino. *Et dabo eis cor unum, et viam unam* (3). Y observo, últimamente, que por Ezequiel ofrece Dios reunir al pueblo de Israel, que estaba disperso, dándoles un solo corazón, y poniendo en sus entrañas un nuevo espíritu. *Et dabo eis cor unum, et spiritum novum tribuam in visceribus eorum* (4).

Pues bien: yo no puedo conformarme con que estas palabras, que son del mismo Dios; con que estas palabras, que envuelven promesas tan lisonjeras, hayan de limitarse á significar puramente una union de deseos ó de intenciones entre los miembros del israelítico pueblo. El corazón, sin duda, de que aquí se habla, el corazón que se promete, el corazón que se ofrece, ha de ser algo mas que un corazón de hombre; ha de ser algo mas que una moral union de afectos. En lugar de Dios, que habla por su profeta, poned á Jesucristo; y en lugar del pueblo de Israel, á quien inmediata y literalmente se hacen las promesas, po-

(1) Paralip., 7, 16. (2) Id., 30, 12. (3) Jerem., 32, 39.

(4) Ezeq., 11, 19.

ned al pueblo cristiano, que es la verdadera realizacion de ellas, y vereis cómo lo primero que os ocurre y se os presenta es el Corazon de Jesus, corazon ya del género humano, como la naturaleza humana es naturaleza de Jesus. Que no comprendereis altas promesas si no las comparais con maravillosas realidades. Yo no comprendo qué corazon es ese que ofrece Dios á Israel por medio de Ezequiel, si no le considero como oferta ó anuncio del Sagrado Corazon de Jesus. En todo el Antiguo Testamento no veo mas que á Jesucristo prefigurado; así como en el Nuevo no se ve mas que la magnífica y divina realidad del Salvador.

La parte dogmática, por lo que toca al culto que tributamos al Sagrado Corazon de Jesus, me parece se os ha espuesto en los dias anteriores: hoy voy á considerar yo este piadoso asunto bajo otro punto de vista.

Voy á hacer ver que *el Corazon de Jesus es el corazon del género humano; y que así como el corazon es en el hombre el principio de las fuerzas vitales, segun dice Santo Tomás (1), del mismo modo el Corazon de Jesus es el principio de vida para la sociedad.*

Et dabo eis cor unum, et spiritum novum.

Unica proposicion.

Ave María.

He dicho al principio que el género humano se quedó sin corazon luego que perdió la inocencia y original justicia. Porque á la manera que el individuo no puede vivir sin corazon, así el género humano no puede vivir sin las

(1) 3. p., q. 90, 3.

tiernas afecciones de que el corazon es como origen ó asiento. Lo mismo sea corromperse el corazon, se corrompen tambien esas afecciones, que son el fundamento de la sociabilidad humana, y el mundo queda necesariamente entregado á la violencia de las mas horribles pasiones, y á las agonías de una espantosa y prolongada muerte.

El mundo antiguo nos está diciendo en todas sus páginas que no tenia corazon. Cain personifica ya la inhumanidad, digámoslo así, de la humanidad, y es como el exordio de la sangrienta historia de los corazones humanos. El mal cunde en progresivo aumento, y la naturaleza humana se queda sin corazon, y el mundo moral sin vida. Las abominaciones del gentilismo, las mismas infidelidades del judaismo, la crueldad de las leyes paganas, la tiranía del amo y la esclavitud del siervo, el despotismo brutal del marido y la horrible degradacion de la mujer, el sacrificio de los hijos y los públicos sangrientos espectáculos, todo está diciendo que en la sociedad anterior á Jesucristo no habia corazon, y que por eso no habia en ella tiernas afecciones. Estudiando la antigüedad bajo este punto de vista es como únicamente podemos explicar tanta degradacion en la criatura racional, y cómo siendo conocidas algunas verdades naturales, en teoría, dieron tan pocos resultados en la práctica. Faltaba corazon á la sociedad degradada, y de esto, mas que de defecto de luz, aunque realmente le habia, nacieron las espesas tinieblas del antiguo mundo.

En el antiguo Faraon de Egipto veo un símil que puede explicar algun tanto mi pensamiento. Desde la segunda plaga comenzó ya Faraon á reconocer que Dios estaba con Moisés y su pueblo; y, sin embargo, la Sagrada Escritura nos hace notar y repite muchas veces que el monarca de Egipto se negaba á conceder la libertad á la descendencia de Jacob, porque el corazon del rey se endurecia. *Induratum est cor Pharaonis*. Faraon tocaba el prodigio, le

veia, veia la luz; pero como no tenia corazon, fluctuaba entre aquellas agitaciones é incertidumbres que leemos en el sagrado libro del Exodo. «En esta vez, le dijo Dios por medio de Moisés, enviaré sobre tu corazon todas las plagas.» *In hac vice mittam omnes plagas meas super cor tuum* (1). Justo, pues, era que, haciéndose ostentoso é inhumano alarde de no tener corazon, sobre el corazon viniesen las plagas del cielo. A este modo, el género humano, aunque llevaba consigo mismo la luz natural, no vió sus resplandores, ó, mejor dicho, los ahogaba, porque las concupiscencias del corazon levantaban en derredor del trono de la verdad las mas densas tinieblas. El corazon era lo primero que habia que reformar en la humanidad, supuesto era el que mas habia padecido á consecuencia de la original culpa: el corazon era, en una palabra, lo que primero habia que devolver á la sociedad, que estaba sin vida.

Jesucristo realiza los grandes designios de misericordia, que Dios habia anunciado á nuestros primeros padres delincuentes, y el género humano reconquista el corazon que estaba enterrado al pie del funesto árbol del perdido Paraíso. El divino David, que venia á derribar al suelo al soberbio gigante, no con una piedra, sino ahogándole con su propia preciosa sangre, dice á sus servidores, mejor que al antiguo real Profeta: *Si pacificè venistis, cor meum jungatur vobis* (2). Si venís en paz, mi corazon se da y se junta á vosotros: mi corazon es ya vuestro corazon; y de este modo, señores, se verifica la palabra del mismo Dios, que habia dicho por Ezequiel: «Quitaré de vuestra carne el corazon de piedra, y de carne os daré yo un corazon.» *Auferam cor lapideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum* (3).

(1) Exod., 9, 14. (2) 1, Paral., 7, 16. (3) Ezeq., 36, 26.

Así esplico yo cómo se verifica la segunda y mas maravillosa creacion por medio de la Cruz. Dar nueva vida al género humano sin destruirle ; sacarle del sepulcro; formar una tierra nueva y un cielo nuevo, perseverando materialmente los antiguos: tal debia de ser la segunda creacion; y esta segunda creacion se verifica, en efecto, dándonos Dios para todos un solo corazon en el Corazon de Jesus, y un nuevo espíritu en el espíritu de ese corazon. *Dabo eis cor unum, et spiritum novum.*

Así vemos siempre el Corazon de Jesus afectado y conmovido en todos los pasos de su mortal vida. Ese corazon es el que ama; ese corazon es el que obra; ese corazon es el que vela; ese corazon multiplica los prodigios; ese corazon es el que suspira por la Cruz en que ha de ser traspasado. Notad bien una doble circunstancia que se advierte en la historia de los padecimientos de Jesus, y convendreis conmigo en que la grande obra de nuestra libertad era exclusivamente obra del Sagrado Corazon del Redentor divino. El sacrificio de Jesus principia por el corazon, y por el corazon acaba. Antes que las turbas se apoderasen del Redentor, Jesus suda sangre en el monte de las Olivas; y cuando la pasion está terminada, el inhumano soldado traspasa con dura lanza su sagrado pecho. En ambos casos, el Corazon de Jesus es lo primero que se nos manifiesta. *En el uno*, aunque no faltan autores que afirman fue milagroso el sudor de sangre de nuestro Salvador, no obstante, este sudor se esplica naturalmente considerando que, siendo el corazon el centro del sistema vascular sanguíneo, ó, como ahora se dice, irrigatorio, sistema que, junto con el nervioso, preside á la vida del cuerpo animal, se comprende, por los mismos principios de la ciencia, que, perturbados en sus funciones los dos movimientos del corazon, llamados *systole* y *diastole*, que sirven para que circule la sangre; perturbados, digo, á causa de la tris-tísima afeccion que en el ánimo de Jesus producía, no la idea

de la muerte, sino mas bien, como dice Santo Tomás (1), la causa de esa muerte, que eran los pecados de todos los hombres, presentes entonces á su espíritu, con el sudor, que es la parte acuosa de la sangre, se comprende, repito, saliese tambien esta, especialmente tratándose de una naturaleza finísima como la de nuestro Salvador. Aquel sudor de sangre eran ya esfuerzos de amor de su Sacratísimo Corazon. *En el otro caso*, es decir, cuando la dura lanza traspasó el divino pecho, fue, en realidad, para abrir puerta al corazon, que queria darse á todos los hombres. Siempre el corazon, como veis, siempre el corazon. No parece sino que en el huerto de las Olivas queria ya deshacerse en sangre el Corazon de Jesus, por las dulces ansias de ver cuanto antes abierto su pecho para dársenos á cada uno de nosotros.

Desde este instante tiene ya corazon el género humano; un solo corazon y un nuevo espíritu, como habia profetizado Ezequiel. *Dabo eis cor unum, et spiritum novum*. Aquí principia la vida del mundo, vida de corazon, vida de espíritu. Aquí principian las grandes cosas, las grandes luces, los grandes afectos, las grandes civilizaciones. Aquí principia la rehabilitacion del género humano, aquí se inicia ese movimiento progresivo, que algunos espíritus muy limitados consideran como palpitacion del corazon del hombre, cuando tiene su punto de partida en el corazon del Hombre-Dios. De ese corazon, mejor que de aquel otro lugar de deleites del Paraíso, sale un rio que, dividido en cuatro partes, riega la árida tierra de una sociedad de pecado, convirtiéndola en una Iglesia florida é inmaculada. De ese corazon sale un Nilo de gracias, que, como el de Egipto, desahoga en el mar de nuestras necesidades por las siete puertas de los sacramentos. De ese corazon sale rápidamente un rio de fuego de amor, que va

(1) Citado por Maldonado. Mat., 26, 37.

abrasando las malezas de la humana malicia, prefigurado en aquel que vió Daniel salía del rostro del Anciano de los tiempos sentado en flamígero trono. De ese corazon, en fin, sale aquel torrente de agua viva que vió San Juan desprenderse, como cristal refulgente, del asiento de Dios y del Cordero, para lavar nuestras inmundicias y no dejar señal de nuestras iniquidades.

Como hubo ya corazon, hubo tiernos afectos en la sociedad cristiana. Hubo ya padres para hijos, é hijos para padres; esposa para esposo, y esposo para esposa; individuos para constituir familia, y familias para constituir sociedad. La sociedad europea, que es la sociedad civilizada, no ha nacido de otra manera; es hija de los cristianos afectos del corazon, que hicieron se cambiase todo el órden social antiguo; y los tiernos afectos se los comunicó ó devolvió á la humanidad el Corazon de Jesus, sacrificado en el cruento altar de su inefable amor hácia los hombres, y hecho alimento de nuestros corazones por medio del sacramento eucarístico. Tanto fuego debia producir grande incendio: tan grande amor debia producir grande amor. De este modo se purifican los corazones, los afectos se estienden y comunican, y de los corazones, tanto ó mas que de las cabezas, sale la nueva civilizacion que disipa las monstruosidades de la antigua sociedad pagana. Sí: lo repito. La civilizacion es hija del amor cristiano, y este amor tiene su origen y principio en el Corazon de Jesus. Luego la civilizacion por el amor, que es la mas noble civilizacion, al Corazon de Jesus tiene por principio. *Dabo eis cor unum, et spiritum novum.*

Vengo dando al discurso este giro, porque veo que la actual sociedad va quedándose tambien sin corazon, como se quedó sin él la antigua. Vamos retrogradando espantosamente á los tiempos del individualismo pagano; á las virtudes han sustituido las pasiones; á la generosidad y al sacrificio el egoismo; á la caridad la dureza del corazon. Va-

mos perdiendo el corazon: vamos quedándonos sin corazon. Sí, señores. Todos los males que la actual sociedad deplora, todos los que teme le sobrevengan, si bien los examináis, reconocereis que provienen de no tener corazon, ó de que va perdiéndole la moderna sociedad. Estudiadlo, meditadlo, examinadlo, y os convencereis de la exactitud de mis indicaciones. En esta inundacion de males y de extravíos, en este diluvio de miserias y crímenes, aunque no de-jo de conocer la parte que tiene en ello la cabeza, la cabeza, volcanizada con el fuego de ideas nuevas ó viejas, es aun mayor la influencia que ha ejercido y ejerce el corazon, entregado á todas las damnables concupiscencias de la carne. Vamos marchando hácia un estado en que habremos de decir: *hay hombres, pero no hay sociedad*; porque no habrá afectos; porque no habrá corazon, aunque haya corazones; porque no habrá corazones de carne, aunque haya carne de corazon. Nos amenaza un nuevo paganismo en los afectos, al mismo tiempo que la indiferencia religiosa toca á nuestras puertas, por no decir, con grandolor, que se ha introducido ya en nuestros hogares.

El Corazon de Jesus nos es hoy mas necesario que nunca, como lo es el sol cuando hay densas tinieblas, y como lo es el agua cuando la tierra se abrasa de sequedad. Cuando llegan para los pueblos estas épocas de frio egoismo, en que todo se sacrifica al interes ó al placer individual, como sucedia en la sociedad pagana, es preciso, ó resignarse á perecer, ó pedir á Dios que no retire de entre nosotros su Corazon, ó que nos le devuelva si por desgracia nos le hubiese retirado. Esto tiene de admirable la redencion obrada por Jesucristo: que no es necesaria ya otra muerte espiatoria para curar nuestros males, pues que en la de nuestro Salvador tenemos el remedio para todas las dolencias que acosan á la humanidad degradada. Donde hay siempre un abundante manantial abierto, ¿para qué se necesitan otras fuentes? Si el costado de Jesus no estuviese

abierto, si por esa abertura no viésemos su Sacratísimo Corazon saltando de inquietud por venir á unirse al nuestro, y si no viésemos correr y caer por los labios de esa herida la preciosa sangre que á su Corazon la hace despedir el amor, quizá vacilantes y temerosos á causa de nuestras grandes culpas, tendria excusa nuestro reverente retraimiento. Lo que por parte del inhumano soldado fue tan grande ofensa para Jesus, rasgándole con dura lanza el pecho, ha sido y es para nosotros fuente de dichas y de felicidad. En el Corazon de Jesus teníamos un Paraiso; pero antes de la lanzada no nos estaba abierta la puerta. En ese Sacratísimo Corazon teníamos un abrigo y tabernáculo; pero no acertábamos á tocar su entrada. Oíamos el ruido de las aguas de su amor en esa impetuosa corriente de gracias; pero por medio habia una muralla que nos impedia gustarlas. Ya todo está franco y abierto. Ven, siglo mio, si buscas delicias, ven á este Paraiso: ven, siglo mio, si buscas seguridad, á este tabernáculo: ven, siglo mio, si buscas hartura, á esta inagotable fuente.

Que estamos sin corazon, señores; que nos quedamos sin corazon. Sabiamente ha instituido la Iglesia esta fiesta; la Iglesia, que va siempre delante de nuestras necesidades preparándolas remedio. Todas las fiestas de la Iglesia tienen un significado social, ademas de tenerle dogmático. En este siglo, en que, por una parte, habia de negarse por sistema la divinidad de Jesucristo, y proclamarse, por otra, el reinado del egoismo, nada era tan conveniente como establecer el culto especial que ahora tributamos al Sagrado Corazon de la persona del Verbo; culto que es una profesion de fe respecto de la divinidad de Jesus, y una leccion de amor á nuestros secos y helados corazones. Si los dos principios disolventes que hoy nos devoran son la indiferencia hácia Dios, y el egoismo, contra ambos principios es una solemne protesta el culto que tributamos al Sagrado Corazon de Jesus, y las adoraciones que deposi-

tamos al pie de sus altares. Imposible es que se niegue á dar el corazon á sus semejantes quien sepa y agradezca que Jesus le haya dado á él el suyo. Por eso el amor es la sustancia y el genio, digámoslo así, del cristianismo, su fondo, su esencia, su vida : el amor á Dios, que nos da su Corazon, y el amor á los hombres, á quienes, por Dios, debemos dar el nuestro.

Y bien: ¿tiene ó puede tener la sociedad un cimiento mas sólido que este doble amor, en cuya virtud, unidos entre sí los corazones, constituyen la sociedad moral mas bella, mas firme, casi divina, que podemos imaginarnos en la tierra? Vosotros, los de las teorías nuevas y especiosas ; vosotros, los que hablais de la fraternidad universal; vosotros, los que exagerais la dignidad del género humano; vosotros, que os llamais hombres de corazon, y os quejais de que no hay corazones, oscuridad, ¡ay! oscuridad no mas darán vuestras luces, agitaciones no mas causarán vuestros pensamientos, tremendas luchas no mas suscitarán vuestros himnos de paz, mientras del Corazon de Jesus no tomeis el amor que, desde vuestras tumultuosas tribunas, predicais á vuestros semejantes. El culto, pues, que rendimos á este Sagrado Corazon es un principio de luz y de orden para la sociedad contemporánea, que sucumbe, que muere, no por amor, sino por falta de amor.

Yo estoy sobrecogido con la idea de si habremos obligado á Jesucristo á que nos retire su Corazon y nos cierre su amoroso pecho. Yo me desconsuelo al considerar si habrá llegado, ó estará próxima á llegar para nosotros aquella tristísima hora que llega, mas tarde ó mas temprano, para los pueblos que no saben ó no quieren conservar entre ellos el Sagrado Corazon de Jesus. Porque esta es, hermanos míos, la ley constante de la Providencia : cuando las naciones no cuidan solícitamente de ese Corazon, se les arrebatá para dársele á otras que le

rindan sinceros homenajes. Ese Corazon habitó en otro tiempo en las célebres ciudades de Cartago é Hipona, donde brillaron los Ciprianos y Agustinos ; en Constantinopla , por donde corrieron los rios de elocuencia de San Juan Crisóstomo ; en Inglaterra, que fue una isla de Santos , y en otras naciones que ahora viven sumergidas en las tinieblas del error. Se me erizan los cabellos y el corazon me tiembla cuando de algun pais idólatra leo que hay en él buenas preparaciones para recibir la fe ; porque entonces me pregunto á mí mismo : ¿Quién será el Esaú que se quede sin bendicion? ¿Quién será el Manasés pospuesto al menor Efraim? ¿Qué pueblo será el que se quede sin el Corazon de Jesus? Si al considerar, por un lado , los grandes servicios que la España tiene prestados á la fe , y su antigua piedad , me alienta la esperanza de que Dios, en su infinita misericordia, no nos privará ò despojará de su Corazon, tambien temo que, oyendo á su justicia, nos le arrebate y nos cierre su amoroso costado en castigo de la indiferencia religiosa que se estiende, de la corrupcion que cunde , de las malas doctrinas que se propagan y de las costumbres que se pervierten. No debo ocultaros mis temores , no ; los tengo, con gran dolor en mi espíritu.

Vengan, sí, Dios mio; vengan en mayor número que las estrellas del cielo nuevas gentes á adorar tu Corazon; pero que sea sin oscurecerse la nuestra, la estrella española. Vengan en mayor número que las arenas del mar nuevos pueblos á introducirse por la herida de vuestro Sacratísimo costado ; pero que nosotros, los españoles, no seamos arrojados como tierra podrida en el fondo del Océano. Vean otros pueblos la luz; pero no nos cubrais á nosotros los ojos, ó, mejor dicho, no permitais que nosotros mismos los cerremos. Dad, en una palabra, á todos vuestro Sagrado Corazon; pero no nos priveis de él á nosotros, sino, antes bien, prometednos que, mucho mejor que en el

templo de Salomon, le tendreis todos los dias, ofrecido en holocausto, en nuestros santos altares.

Deseo, pues, que en vuestra memoria quede firmemente impreso que el principal objeto de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus es esencialmente espiatorio y reparador; y precisamente hemos de sentir escitado nuestro celo, nuestras afecciones, nuestro amor, y hemos de animarnos á hacer los mas grandes sacrificios siempre que fijemos los ojos en ese Sagrado Corazon, modelo de los mas puros sentimientos, espejo de todas las virtudes, horno de la caridad mas encendida, tipo perfecto de la humildad y abnegacion mas profundas, manantial inagotable de las misericordias divinas, y tesoro de todos los dones que el Espíritu-Santo se complace en difundir sobre los hombres de fe y de buena voluntad. Tampoco podemos olvidarnos de que Jesucristo en lo único en que nos manda le imitemos es en las virtudes de su Corazon; pues el Salvador no dijo á sus discípulos que aprendiesen de él á obrar milagros, ni á ser elocuentes, ni á espeler demonios, sino á tener un corazon dulce y humilde, como él le tenia. *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Por manera que el único tesoro que nos ofrece es su Corazon, y el único modelo que nos presenta es tambien su Corazon. Siempre su Corazon; su Corazon siempre. Y á la verdad, pidiéndonos Jesucristo úordenándonos que nuestro corazon sea como el suyo, os digo que no tanto el Salvador se ha mirado á sí como nos ha mirado á nosotros mismos. Porque sin corazon, esto es, sin las cualidades del corazon producidas por la gracia, no son mas que mentira, vanidad, humo, polvo, á los ojos del filósofo cristiano, todas las cosas de la tierra: la nobleza, la ciencia, las riquezas, los honores, las dignidades. Todo es vanidad y afliccion de espíritu, si con las virtudes no se ponen en armonía los esplendores de la grandeza humana.

Aunque á primera vista parece que Jesucristo nos pide

nuestro corazon para sí, creedme, mas nos le pide para nosotros mismos.

Recibidle, ¡oh Redentor mio! y no permitais que sea otra vez presa de los enemigos de nuestra alma. Pues que vos le formásteis, vuestro es; y no saciándose con cosa alguna de la tierra, concedednos la gracia de que se sienta satisfecho luego en el cielo. Amen.

SERMONES

**sobre la epístola del primer domingo despues
de Pentecostés.**

PUEDEN APLICARSE A ESTA EPISTOLA LOS SERMONES
SIGUIENTES.

1.º *Los vengativos se cierran á sí mismos las puertas del cielo.—Tomo segundo.*

2.º *No podemos amar debidamente al prójimo mientras no amemos á Dios como debemos amarle.—Tomo idem.*

3.º *El amor cristiano de nuestros semejantes es el mejor fundamento de la sociabilidad humana.—Tomo idem.*

4.º *Aunque practiquemos ó hagamos muchas grandes obras, no podemos salvarnos si no amamos á Dios.—Tomo idem.*

5.º *Importancia del amor de los enemigos bajo el aspecto cristiano y social.—Tomo tercero.*

6.º *Los cristianos han de distinguirse de las demas gentes por el amor que se tengan entre sí.—Tomo idem.*

SERMONES

que pueden aplicarse al evangelio del mismo domingo.

1.º *La hospitalidad es una de las mas santas obligaciones cristianas.—Tomo segundo.*

2.º *La mutua misericordia de los hombres entre sí es una virtud identificada con la condicion de cristianos.—Tomo idem.*

3.º *Sin la buena fe ó probidad en el trato humano ó social no se cometen mas que irreparables injusticias.—Tomo tercero.*

4.º *La envidia es un pecado capital de funestísimos resultados.—Tomo idem.*

5.º *Sobre la murmuracion.—Tomo idem.*

6.º *Sobre la limosna.—Tomo idem.*

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

SERMONES

**sobre la epístola del segundo domingo despues
de Pentecostés.**

*A esta epístola pueden aplicarse los mismos sermones que
á la del domingo anterior, y algunos de los que se aplican al
evangelio del mismo dia.*

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

*Dico autem vobis, quod nemo
virorum illorum, qui vocati sunt,
gustavit cœnam meam.*

(Luc., 14.)

Os digo que ninguno de aquellos
que fueron llamados gustará mi
cena.

JESUCRISTO aprovecha, como solia hacerlo siempre, la ocasion ó el momento de asistir á un convite en casa de uno de los principales fariseos, para instruir á los asistentes ó convidados, y para instruirnos á todos, acerca de la preferencia que hemos de dar á nuestros deberes espirituales sobre los temporales ó terrenos. Preparada tiene el Señor, en su infinita misericordia y bondad, una gran cena ó felicidad á que á todos los hombres llama y convida; pero nosotros, dejándonos dominar por los sentidos mas que por el interes de nuestra salvacion, nos excusamos con frívolos pretextos de asistir al convite. *Rogo te, habe me excusatum.*

En nuestros dias, en que tanto se ha desarrollado el escesivo amor á los bienes materiales; cuando nadie piensa

mas que en el cuerpo y sus placeres; cuando ninguno cree mas que lo que percibe y goza con sus sentidos; cuando el órden espiritual es considerado como una invencion, ó del miedo, ó del interes; cuando el dinero es el único Dios de la tierra, de temer es que el Señor con doble razon se enoje viéndonos retraidos de su servicio, y fulmine la terrible sentencia de que no gustemos su cena ninguno de los que á ella habíamos sido llamados.

Causa gran desconsuelo, en verdad, el observar lo materializada que está la actual sociedad, olvidada completamente de Dios y del futuro destino del género humano. Reduciendo á los estrechos límites del tiempo y de los sentidos la vida, nuestra época ha reproducido las antiguas del paganismo, y no se agita mas que por encontrar dioses en la tierra, para no acordarse nunca del único Dios que reina en el cielo. Estas agitaciones que sentimos, que deploramos, y que tan conmovida tienen á la actual sociedad, no provienen mas que de la falta de fe en un órden espiritual superior á la vida del cuerpo, y regulador de los instintos materiales que arrastran al hombre al egoismo. No se mira mas que á la tierra, y el cielo no parece existir sobre nuestras cabezas mas que para recibir las blasfemias de la soberbia y de la desesperacion.

Nos llama Dios, nos llaman sus ministros, nos obligan é impelen á entrar en el espléndido convite que tiene preparado; pero nosotros, entretenidos con las bagatelas del mundo, rehusamos tomar asiento en el festin, y somos condenados á no gustar la cena ó la felicidad eterna que el Señor nos tenia preparada.

En efecto: *el escesivo apego á las cosas terrenas nos cierra las puertas del cielo.*

Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustavit cœnam meam.

Ave María.

De tres maneras se manifiesta nuestro apego á las cosas terrenas: aspirando á la dominacion á al dominio, para que en todo se haga y sea respetada nuestra voluntad; *villam emi*: poniendo el corazon en las riquezas, y no pensando mas que en aumentarlas: *juga boum emi quinque*; y no reconociendo para nuestro cuerpo y nuestros sentidos mas ley que los placeres: *uxorem duxi*. Ambicion, codicia y lujuria: hé aquí las tres grandes é insaciables concupiscencias, los tres grandes pecados, los tres grandes obstáculos que nos impiden consagrarnos al servicio de Dios, y hacen se nos cierren las puertas del cielo. *Dico autem vobis quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustavit cœnam meam.*

Nada hay que retraiga tanto del servicio de Dios como el empeño del hombre en no pensar mas que en su propio engrandecimiento. La soberbia nos arrastra á la apostasía. El ángel se miró á sí mismo, pensó en sí mismo, quiso elevarse á sí mismo, y apostató de Dios. El hombre se vió perfecto y feliz; pero pareciéndole que le faltaba algo, faltándole la libertad de tocar á un árbol ó á un fruto, pensó tambien mucho en sí mismo, y su pensamiento le arrastró á la desobediencia. El ángel y el hombre aspiraron á ser mas de lo que eran y de lo que debian de ser, en su condicion de criaturas, y desde entonces se hicieron, digámoslo así, incompatibles con Dios. No puede haber mas que un Dios y una absoluta soberanía: y todo cuanto en el mundo aspire á ser Dios contra ese Dios, y á ser soberano contra ese Soberano, se convertirá en ruinas, como la torre que en Babel erigia la soberbia.

Tienen de suyo estos tres grandes vicios ó pecados el ser insaciables. Por lo que toca á la ambicion ó deseo de engrandecimiento, aunque nuestras miras parezcan limitarse muchas veces á poseer un pueblo, una ciudad, un reino, nos engaña entonces el corazon, como engaña á su madre el niño que para conseguir le sea dado un juguete

la da palabra de que no ha de pedirla otro. Aunque poseyerais todos los pueblos; aunque fuéseis dueños de todas las ciudades; aunque domináseis todos los reinos, vuestro corazon gemiria aun pareciéndole muy estrecha la tierra, y seria intranquilo vuestro sueño imaginándoos que aun habia en el universo muchos seres á quienes no alcanzaba vuestra dominacion, ó que Dios habia hecho muy pequeño el mundo para un corazon tan grande como el vuestro. Los deseos, sucediéndose unos á otros con admirable rapidez, son los verdugos del espíritu, le agitan, le mortifican, le destrozan. No hay mas pensamiento ni mas idea dominante que el engrandecimiento, que elevarse sobre todo lo que se ve, y escalar el cielo buscando un trono como el ángel soberbio.

¿Cómo quereis que piense en Dios quien tan soberbias pretensiones abriga? *Villam emi*, os dirá siempre que le recordeis los deberes que tiene que cumplir para con su alma. Yo no puedo pensar ahora en eso. Estoy ocupado con un proyecto que ha de serme muy ventajoso; no puedo descuidarme en un negocio que asegura para mí una brillante posicion; tengo que dedicar ahora todos mis esfuerzos al buen éxito de una empresa en que todo mi porvenir se encierra; escusadme de que no pueda responder por ahora al llamamiento de Dios para que asista al festin de sus bondades. *Villam emi... rogo te, habe me excusatum*. La idea de que el mundo pueda vernos humillados; el temor de que nuestros enemigos puedan complacerse en nuestra ruina; la triste perspectiva de una posicion menos ventajosa, ocupa de tal manera el ánimo del hombre, que todo está resuelto á sacrificarlo porque el mundo no le vea media pulgada mas abajo de donde le ha visto una vez. ¡Qué sueño tan intranquilo! ¡Qué alarmas tan frecuentes! ¡Qué mortales temores! ¡Qué zozobras tan continuas! ¡Qué desesperacion, por último, tan desgarradora! ¿Cómo ha de pensar este hombre en Dios? ¿Cómo ha de asistir al

convite á que es llamado? ¿Cómo ha de hacer pedazos sus ídolos? *Villam emi... rogo te, habe me excusatum.*

Ved, hermanos míos, por qué nos interesa tanto refrenar desde un principio los instintos de la ambición. Dejando que se desarrollen por el calor que les comunica el fuego de nuestra soberbia y de nuestro egoísmo, nos crearemos un enemigo á quien luego ha de ser muy difícil vencer. Los mismos progresos ó adelantos que en nuestra respectiva carrera hagamos se convertirán en lazos ó compromisos en que va oculta nuestra ruina, si no sabemos prepararnos en la fortuna para la adversidad, y no templamos con la humildad los ímpetus de la soberbia. Para todos los actos de virtud, para todo lo que sea responder y servir fielmente á Dios, para todo otro negocio que no sea el del propio engrandecimiento, nos sirve de grande obstáculo la concentracion de todas nuestras miras en nosotros mismos, como si no tuviéramos que pensar mas que en la posesion que hemos comprado, y en los respetos que deben los demás tributarnos. *Villam emi...*

¡ Bien ! pero Dios tiene una terrible respuesta para estos que se escusan de asistir al convite. Os digo, pues, afirma Jesucristo, que ninguno de los que fueron llamados gustará mi cena ó la felicidad que prometo. *Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabunt cœnam meam.* A Dios hay que responderle en el instante en que llama, porque no sabemos si en el instante siguiente se dignará otra vez llamarnos. Hay que ocupar sin tardanza el asiento, por temor de que vengan otros á ocuparle. Si queremos que Dios nos escuse ó disculpe de que no correspondamos á su divino llamamiento, por hallarnos ocupados en la posesion que hemos adquirido, tambien el Señor querrá le disculpemos ó escusemos, digámoslo así, de que no nos admita luego al eterno convite de su gloria. Dios tiene otras posesiones á que atender, es decir, otras almas que salvar; y las llama, las busca y las

hace buscar, para que ellas ocupen el lugar de los primeros convidados, y estos se queden *con su posesion*, si, pero fuera del convite. *Dico autem vobis*, etc.

La segunda manera de manifestarse nuestro escesivo apego á las cosas terrenas, es poniendo nuestro corazon en las riquezas, y no pensando mas que en aumentarlas. *Juga boum emi quinque, et eo probare illa. Rogo te, habe me excusatum*. La avaricia nos cierra, igualmente que la ambicion, las puertas de la gloria, que es donde se nos prepara la gran cena ó felicidad.

En los cinco pares de bueyes de que habla la parábola del presente Evangelio, y que dieron pretesto al convidado para no asistir á la gran cena, diciendo tenia que probarlos, parece significarse los cinco sentidos con que el hombre codicioso trabaja para acumular insaciablemente riquezas. De noche y de dia no le ocupan mas pensamientos que los de aumentar su caudal. Todas las cosas tienen su término ó llegan á su conveniente altura; las yerbas, las plantas, los árboles, las bestias, el hombre: solo la codicia es la que crece sin fin, y crece con mas fuerza conforme son mayores las riquezas que el hombre va acumulando. ¿Quién piensa en Dios mientras el corazon está ocupado con el dinero? *Juga boum emi quinque, et eo probare illa*.

¿Tiene el cristiano que santificar el domingo, ocupándose de dar honor á su Criador y de alimentar su alma con el pasto espiritual de la doctrina? Pues la codicia le lleva al campo, ora á trabajar, infringiendo el precepto, ora á recrearse con el buen aspecto de sus mieses, ó á entristecerse y desesperarse con su mala condicion. *Juga boum emi quinque*. ¿Tiene el cristiano que frecuentar los Santos Sacramentos, para recibir por su conducto la gracia, sin la cual no puede llenar cumplidamente sus deberes? Pues la codicia le obliga á salir hoy del pueblo á tratar un negocio que ha de dejarle mucha utilidad. *Juga boum emi quin-*

que. ¿Tiene el cristiano que visitar á los enfermos, consolar á los tristes y socorrer á los necesitados? Pues la codicia le tiene ocupado en ir ofreciendo con usura su dinero, en indagar los apuros y conflictos de sus vecinos, y en asegurar el cumplimiento de inicuos contratos. *Juga boum emi quinque.*

Si en el convite á que Dios le llama encontrara dinero el hombre, de seguro no faltaria á la invitacion; pero como no percibe con ninguno de sus cinco corporales sentidos las inestimables viandas ó riquezas de que está adornada la mesa del Padre de familia, ruega que se le escuse de no ir á ocupar su asiento. *Rogo te, habe me excusatum.* Hace propósitos y forma resoluciones el codicioso, manifestando ha de entregarse á una vida mas tranquila luego que logre suba su capital á una cantidad determinada. ¡Error! ¡Ilusion! ¡Obcecacion! Cuando vea han crecido sus riquezas hasta el punto que se proponia, pensará en nuevas especulaciones; nuevos proyectos se formarán en su cabeza; nuevos planes ocuparán su atencion toda; nuevos deseos le estimularán á seguir el anterior impropio trabajo; nuevos temores le tendrán en sobresalto; nuevas esperanzas le tendrán distraido, y cuando le llame Dios: «Déjame en paz ahora, dirá, que voy á probar nuevos caminos y nueva fortuna.» *Juga boum emi quinque, et eo probare illa.*

Entretenido siempre en nuevos pensamientos de lucro, cogerá de improviso al codicioso la muerte. Entonces dirá: «Allá voy, Señor, que me habeis llamado; allá voy al convite; allá voy á ocupar mi asiento.» Pero Dios, que viendo rehusaban venir los primeros convidados, llamó á otros que ocupasen su lugar, les responde con irrevocable sentencia: «Os digo que ninguno de los que primeramente fueron convidados, gustarán mi cena.» *Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabunt cœnam meam.* ¡De qué os servirá entonces, ¡oh soberbios!

vuestra soberbia; ¡oh ricos! vuestra riqueza? *Quid nobis profuit superbia, aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tanquam umbra* (1). Todo se ha disipado como la sombra, y yo me quedo fuera del convite. ¡Ay de mí! ¡Oh funesta ceguedad!

Ultimamente, el apego á las cosas terrenas se manifiesta en los placeres carnales, á que el hombre se entrega como un bruto. *Uxorem duxi*. La voluptuosidad impide que los llamados por Dios al convite asistan á recoger los favores de su gracia. *Non possum venire*.

Notad aquí cómo en los dos casos anteriores ruegan los convidados que se les escuse de que no asistan. *Rogo te, habe me excusatum*. El voluptuoso ó lujurioso usa otro lenguaje, lenguaje audaz, altanero, protervo. Tengo mujer, y no puedo ir. Parece como que en esta respuesta se halla marcado todo el frenesí de que se ven dominados los lujuriosos.

Entregados á la carne los voluptuosos, se ponen en una situacion diametralmente opuesta á la del espíritu. Afec-ciones, deseos, ideas, todo es carnal, todo es material, todo es hediondo, todo es impuro, todo es corrompido. Hablad al voluptuoso de las cosas del espíritu, y no os comprenderá. Habladle del alma, y os responderá que no sabe si la tiene. Habladle de Dios, y os dirá que no puede concebir exista otra cosa mas que la materia. Habladle de deberes, y él os hablará de impurezas. *Non possum venire*. Al hombre que desgraciadamente se encuentre en esta situacion, decidle que Dios le llama á un convite, y á un convite de felicidad eterna, y no comprenderá vuestro lenguaje. Todas las ideas espirituales son para él una ficcion ó una quimera. Lo que no sea goces de presente y satisfacciones del carnal apetito, es insípido para su paladar, es amargo, es repugnante. No le llameis al convite

(1) Sapient., cap. 5.

de las cosas santas, pues os dirá sin rodeos y con petulancia que no puede gustarlas. *Non possum venire.*

(1) No quiero omitir, apropósito de esto, el hacer algunas indicaciones sobre el alto objeto y sublime fin que tienen los votos religiosos solemnes, tan mal comprendidos en nuestros dias. Porque siendo, como habeis oido, la soberbia ó la ambicion, la codicia y los placeres lo que principalmente impide al hombre el responder á los llamamientos de Dios y asistir al espléndido convite que el Padre de familia tiene preparado para los suyos, el profesar la obediencia contra la soberbia, la pobreza contra la avaricia y la castidad contra los placeres equivale á cortar de raiz los obstáculos que nos impiden tomar un asiento en el eterno feliz convite.

Esta es la vida religiosa, y no otra cosa. Sus ventajas, no bajo el punto de vista de la supuesta comodidad, de que tanto hablan los enemigos de las corporaciones monásticas, corporaciones cuyas prácticas no podrian soportar ellos ni tres dias; las ventajas, digo, de la vida religiosa consisten en que el hombre rompe de un modo solemne y perpetuo con las tres mas fuertes pasiones que le asedian, y de esta manera encuentra mas fácil el camino del eterno festin á que ha sido convidado. Quien, por voto perpetuo, se ha obligado á obedecer siempre, no le detendrá, al ser llamado al convite, el deseo del propio engrandecimiento. No podrá decir: *villam emi*. Quien, por voto perpetuo, se ha obligado á ser siempre pobre, no le detendrá, al ser llamado al festin, el deseo de enriquecerse. No podrá decir: *juga boum emi quinque, et eo probare illa*. Quien, por voto perpetuo, se ha obligado á renunciar para siempre á los placeres, no le detendrá, al ser llamado á la gran cena, la solicitud de buscar mujer á quien unirse. No podrá decir: *uxorem duxi, et non possum venire*.

De esta manera rompe con el mundo, representado en las tres concupiscencias de que habla San Juan, y con sus

mas fuertes pasiones ó estímulos, la persona que se consagra á Dios en el claustro. Los hombres materiales, los que no saben lo que es luchar con sus pasiones, porque siempre las tienen satisfechas, los que no comprenden la vida del espíritu, que es la mas noble vida, miran como vida únicamente de comodidad, y no de perpetuo sacrificio, la de los claustros; la desprecian, la ridiculizan, la combaten. ¿Podeis apetecer mas, ¡oh mundanos! que el tener menos competidores en vuestros proyectos de engrandecimiento, de acumulacion de riquezas y de placeres? ¿O es que no podeis soportar el contraste de la virtud estraña con el vicio propio?

Dejad que otros asistan al convite en que vosotros rehusais tomar parte. Si el apego á las cosas terrenas os tiene clavados en el mundo, dejad que los demas, á la invitacion del siervo del Padre de familia, corran á tomar asiento en el festin preparado. Los gastos hechos por el Padre de familia que prepara la gran cena, ¿han de ser perdidos? Su invitacion bondadosa, ¿ha de ser desairada? Los asientos, ¿han de estar vacíos? No: por los barrios y plazas de la ciudad saldrán los ministros de Dios á llamar á los pobres y á los débiles, á los ciegos y á los cojos, obligándolos á que entren en la casa de Dios, y ocupen los asientos que debian ocupar los primeros convidados. Ninguno de estos, ¡terrible sentencia! ninguno de estos, dice Dios, gustará mi cena. *Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabunt cœnam meam.*

Venid presurosos vosotros, ¡oh buenos cristianos! venid presurosos á tomar asiento en el convite á que os invita Dios. Dejad á un lado todo cuanto pueda impediros que santifiqueis vuestras almas; que de este modo, y no de otro, llegareis á gustar la cena eterna que para los suyos tiene Dios preparada en la gloria, que á todos deseo. Amen.

Sermones que pueden aplicarse al presente evangelio.

1.º *Sobre la santificación de los dias festivos.—Tomo segundo.*

2.º *Sobre la ambicion.—Tomo tercero.*

3.º *Sobre el bueno y mal uso de las riquezas.—Tomo idem.*

4.º *Sobre la impureza.—Tomo primero.*

SERMON

sobre la epístola del tercer domingo despues de Pentecostés.

*Humiliamini igitur sub potenti
manu Dei, ut vos exaltet in tem-
pore visitationis.*

(1.^a Pet., cap. 5, 6.)

Humillaos bajo la poderosa mano
de Dios, para que seais ensalzados
cuando os visite.

El mundo tiene ideas muy equivocadas acerca de la grandeza que mas interesa al hombre adquirir. Poniendo en los exteriores bienes ó adornos toda su atencion, y haciendo consistir su esperanza en la acumulacion de las riquezas y honores, el hombre equivoca su destino, y espone su ánimo y su corazon á las terribles pruebas de la vanidad y del desengaño. El error en un principio trae fatales consecuencias en los fines. Consideraron inconmovibles la hoja del árbol y el grano de arena, en que pueden ser representados todos los atractivos del mundo, y cuando sopló el viento y se desprendió del árbol la hoja y se escapó de la tierra la arena, sintieron los mortales abrir-

se en su corazon una herida profunda, y quedarse su ánimo entregado al mas triste desconsuelo. No hay cimientos en los edificios de su orgullo, y se desmoronaron al primer encuentro con el soplo de la adversidad.

Por eso nos interesa tanto conocer los caminos que nos hacen llegar á la verdadera grandeza. Como quiera que el espíritu del hombre se ve siempre agitado por los deseos de engrandecimiento; como quiera que nunca se olvida de que es un rey destronado; como quiera que instintivamente va buscando el bien, nada puede sernos mas provechoso que hallar la senda que nos conduzca á realizar nuestro destino y á ver cumplidas nuestras esperanzas. Pero encuéntranse aquí en oposicion la fe y el mundo, como casi siempre sucede. El mundo dice á los suyos: busca la grandeza, cómprala con el oro, sostenla con la elevacion, muéstrate sobre todos; y la fe predica á los cristianos: busca el abatimiento, ocupa el último lugar, mírate como el último de todos, humíllate de corazon. Así serás grande. *Humiliamini sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis.*

¿Es esto una paradoja, señores, es un delirio, ó es una eterna verdad? Esto es lo que vamos á ver. Al efecto voy á demostraros que

La humildad es el único camino por donde podemos llegar á la mayor exaltacion y grandeza.

Ave María.

El hombre está soñando siempre con su propio engrandecimiento. Felices eran nuestros primeros padres en el Paraíso, y oyendo que, traspasando el precepto, serian como Dioses, desobedecieron á su Criador, y se vieron envueltos, y nos envolvieron á todos, en una comun ruina. A esta caída lamentable han seguido males sin cuento; pero el hombre, en el desórden de su apetito, no ha cesado por eso de aspirar á la grandeza y elevacion por los mismos torcidos caminos que arrastraron á sus padres al precipicio. Hemos heredado el pecado, y heredando el pecado tenemos siempre abiertos los oídos para escuchar y seguir al que nos diga: *Sereis como Dioses*. Este es el pecado original, este es el pecado de todos, este es el hombre tal cual le ha dejado la culpa.

Natural era que, viniendo Jesucristo á borrar la culpa, se mostrase en todos sus actos como el mas perfecto modelo de humildad, para que la humildad fuese el principio de la gracia y de la gloria, como la soberbia habia sido el principio de la culpa y del infierno.

No ha bajado, en efecto, Jesucristo del cielo mas que para enseñarnos la humildad. Para esto el Unigénito Hijo de Dios tomó la forma de nuestra flaqueza, como dice San Gregorio. Para esto el invisible no solo se hizo visible, sino despreciado. Para esto sufrió las afrentas, las irrisiones, los dolores, los tormentos, la muerte. Para esto descendió desde el cielo al seno de la Virgen, y desde el seno de la Virgen al pesebre, y desde el pesebre al Jordán, y desde el Jordán á la Cruz. Todo esto lo hizo Jesus para que Dios humilde enseñase al hombre á no ser soberbio. Gran virtud, pues, ha de ser la humildad, cuando por enseñarnos á ser humildes se hizo tan pequeño el que es tan grande. Mas admiro yo, y mas debemos admirar todos, la humildad del Salvador sufriendo tanta afrenta, que todos sus milagros. Su gran milagro es su profunda humildad.

Nuestro gran enemigo Lucifer, creado grande entre

todas las cosas, quiso sobre todas las cosas aparecer elevado; y nuestro Redentor, grande sobre todo, quiso entre todo ser el mas pequeño. El autor de la muerte dijo: subiré hasta el cielo; y el autor de la vida dice: inundada en males está mi alma, y mi vida se aproximará al abismo. El ángel rebelde dijo: sobre los astros pondré mi trono; y el Salvador, viendo al género humano espulsado del Paraíso, le dice: pronto vengo, y habitaré en medio de tí. El demonio dijo: me sentaré en el monte del Testamento, y sobre las alas del Aquilon; y Jesus dice: soy gusano, y no hombre, oprobio de los hombres y burla de la plebe. Satanás dijo: subiré á las mas altas nubes, y seré semejante al Altísimo; y el Verbo divino dice: soy igual á Dios, y voy á tomar la forma de siervo.

Esta es, por consiguiente, la virtud que Jesucristo nos manda practiquemos, presentándonos él mismo como modelo. *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* No dice que aprendamos de su omnipotencia á hacer milagros, ni de su sabiduría á escribir libros, ni de su bondad á curar á los enfermos, sino que de su humildad aprendamos á ser humildes. *Discite à me, etc.* No hemos de aprender de los ángeles, ni de los hombres, ni por los libros á ser humildes, sino del mismo Jesucristo, *à me*, cuyos designios son humildad, cuya vida es humildad, cuya muerte es humildad. *Discite à me.* Con cuyo ejemplo nos ha mostrado Cristo que el camino mas seguro para llegar á la grandeza es la humildad.

La humildad hizo descendiese del cielo el Verbo divino, y la humildad ha de hacer que entre en el cielo el ser humano. Habiendo preguntado al Salvador sus discípulos quién habia de ser mayor en el reino de los cielos, Jesucristo hizo se acercase un párvulo, y, colocándole en medio de ellos, les dijo: «En verdad os digo que si no os convirtiéseis en niños no entrareis en el reino de los cielos.» El que se humille como este niño, ese será el mayor en el

reino de los cielos. Jesucristo, al presentar un niño en medio de los apóstoles, ocupados con pensamientos de grandeza, quiso representar en él la humildad; por manera que al decirles no entrarían en el reino de los cielos no haciéndose niños, les dijo no podrían entrar en la gloria si no eran humildes, y que tanto mayores serían en el reino de los cielos cuanto mas humildes hubiesen sido en la tierra.

El que mas se abate voluntariamente en el mundo, mas teme á Dios, mas le reverencia, mas le honra, mas le ama, mas le mira como único bien que el corazon llena. En este caso, conforme muestra mas empeño el hombre en humillarse, mas empeño, digámoslo así, muestra tambien Dios en ensalzarle. ¿A quién miraré, dice entonces, sino al pobrecillo, al contrito de espíritu y al temeroso de mi palabra? ¿A quién mas que á ese he de mirar? *Ad quem respiciam, nisi ad pauperculum, et contritum spiritu, et tremantes sermones meos* (1)? ¿A quién miraré? Salvarás al pueblo humilde, dice David, y humillarás los ojos de los soberbios (2). ¿A quién miraré? Al soberbio, dice Salomon, seguirá la humillacion, y al humilde la gloria (3). ¿A quién miraré? Derriba, dice la Virgen en su cántico de accion de gracias; derriba de su solio á los poderosos, y ensalza á los humildes; llena de bienes á los hambrientos, y deja vacíos y pobres á los ricos. ¿A quién miraré? Porque Saul era pequeño á sus propios ojos, fue constituido cabeza de las tribus; y cuando á sus propios ojos fue grande, cayó reprobado.

Así como para beber de una fuente que encontremos en la tierra tenemos que inclinarnos hácia el suelo, del mismo modo, para beber de la viva fuente de Cristo y del rio del Espíritu-Santo, nadie puede hacerlo si antes no se inclina humildemente. Si no te inclinas, no bebes; si no te humillas, no tendrás virtudes; pues en todo acto de virtud

(1) Isai., 66. (2) Salmo 147. (3) Prov., 29.

interviene la humildad, como en todo acto de pecado interviene la soberbia. Crezca en tí, dice San Fulgencio, la humildad del ánimo, que es la verdadera grandeza del cristiano, y tanto mas crecerá en tí la gracia de Dios cuanto mas abunde en tu corazon la humildad (1). ¿Buscas las alturas? pregunta San Agustin: pues por el valle subes al monte. ¿Buscas un trono de claridad? pues bebe primero del cáliz de la humildad (2). Camina por la humildad, dice el mismo Santo, para que llegues á la eternidad (3). La humildad, dice Casiano, es la maestra de todas las virtudes, el firmísimo fundamento del celestial edificio, y el magnífico y propio don del Salvador (4). La humildad, dice San Basilio, es el segurísimo tesoro de todas las virtudes (5), y el vaso que las contiene todas (6). Toda la vida del Salvador, dice San Leon, que vencía al demonio y al mundo, en humildad fue concebida, y en humildad fue terminada (7). Es la humildad una torre de fortaleza enfrente del enemigo, y el alma humilde un valle colocado entre montes, abundante siempre en frutos.

Pero lo que hay aquí todavía que notar es que, así como la soberbia, segun afirma San Gregorio, es el signo evidentísimo de los réprobos, la humildad es el signo infalible de los escogidos. *Evidentissimum reproborum signum est superbia, electorum vero humilitas* (8). En efecto: Dios resiste á los soberbios, dice el Espíritu-Santo por la pluma de San Pedro; y si Dios resiste á los soberbios, del soberbio ¿qué será? ¿Quién puede formarse una idea de lo que es resistir Dios á una persona ó á una criatura? Abandonarnos Dios, dejarnos Dios, olvidarse de

(1) Epíst. 6, c. 9. (2) Serm. 16 de mártir.

(3) Serm. 3 de Verb. Domini. (4) Colac., 15, cap. 7.

(5) Constit. monast., cap. 17. (6) De abdicat. rerum.

(7) Serm. 7 de Epiph. (8) 34 Moral., cap. 18.

nosotros Dios, entregarnos Dios á nosotros mismos, es ya nuestra perdicion, nuestra ruina, nuestra muerte. Luego, cuando Dios se proponga resistirnos, es decir, oponer á nuestros esfuerzos de soberbia sus esfuerzos de poder, ¿qué será de nosotros? Si el retirar de sobre nosotros sus bondadosas manos es ya perdernos, el oprimirnos con ellas para que no seamos soberbios, ¿qué será? El retirar de nuestro espíritu sus luces es sumergirnos en la oscuridad: luego el valerse de las tinieblas para que confundan al insensato que aspira á igualársele, ¿qué será? Esta es la reprobacion, la condenacion, la muerte eterna. *Evidentissimum reproborum signum est superbia.*

La humildad es, al contrario, signo de predestinacion. Cuenta San Atanasio, en la vida de San Antonio Abad, que habiendo visto este solitario habia estendidos por el mundo muchos lazos como una red, en que pudiesen caer por suggestion diabólica los cristianos, preguntó á Dios: «¿Quién, Señor, se librará de tantos peligros?—*El humilde*, le respondió Dios: ese será el que de ellos se libre.» Quejándose el demonio de que el abad Macario le vencía en una sola cosa, y preguntándole el vencedor cuál era, respondióle Satanás: «Solo por tu humildad me vences.» Santo Tomás de Aquino, preguntado por qué señal podia discernirse al santo y perfecto, respondió: *Por la humildad*; de tal manera, que, aun viendo hacer milagros, si no vemos un corazon humilde no debemos reputar santo al que los haga.

Esta respuesta del Doctor Angélico me facilita ocasion de sacar del error á muchas personas que se suponen buenas cristianas, ó quizá perfectas, ó en camino de perfeccion, solo porque evitan caer en algunos vicios, frecuentan los templos y los sacramentos, y practican obras edificantes, pero que conservan en su corazon un gran fondo de soberbia, ó de estimacion de sí mismas sobre las demas, y de sus obras sobre las de los otros. ¡Válgame Dios, qué

lamentable ceguedad! Vese á esas personas prontas para hacer el bien, dispuestas para el sacrificio, preparadas para el trabajo; pero ha de ser en el primer lugar, ha de ser con ruido, ha de ser cogiendo los aplausos de sus obras. Despreciadlas; decidles que ocupen el último lugar, porque no son dignas de otro; disponed que no figuren entre la concurrencia; apreciad en poco sus trabajos; obligadlas á que reconozcan su vileza é inutilidad... ¡Ay, Dios mio! No podreis dejar de sorprenderos al ver en sus ojos, en sus ademanes, en su marcado disgusto, el enojo que les causa el ser tenidas en poco... ¿Qué es esto mas que soberbia? ¿Qué es en tal caso la humildad en los ojos mas que soberbia? ¿Qué es en tal caso la humildad en el vestido mas que soberbia? ¿Qué es en tal caso mas que soberbia la humildad? Iluminad, Dios mio, á tales almas, para que conozcan el peligro de condenacion en que viven; peligro tanto mas temible cuanto, por vivir una vida por otra parte morigerada, no le temen. Romped, Dios mio, ese velo que cubre sus ojos, para que se vean á sí mismas en su propia indignidad y bajeza.

Y, á la verdad, ¿ve el hombre en sí mismo mas que motivos para humillarse? Su vida es flor de heno, que se marchita al primer soplo. Hermosura, posicion, riquezas, todo, dice el Espíritu-Santo, pasa como sombra, y como nave que no deja vestigio en las aguas, y como ave voladora que no imprime rastro en el aire, ó como saeta que no deja señal en su tránsito, como espuma que se deshace, como humo que se desvanece (1). Agregad á esto las culpas pasadas, los diarios defectos, tentaciones, caídas, infidelidades, y todo, todo nos enseña á ser humildes, pero humildes de espíritu ó de corazon, que es la verdadera humildad, la humildad á quien está prometida eterna bienaventuranza. Tierra, ceniza, polvo, ¿por qué has de en-

(1) Sap., 5.

greirte? Miseria, corrupcion, nada, ¿por qué no has de humillarte?

Dios que es tan alto, huye de los altos, y se complace en asociarse á los pequeños. Dios, que ha enviado al mundo su Hijo para que con su pobreza nos haga á todos ricos, y con su humildad nos ensalce, y con sus humillaciones nos magnifique, no mira en nosotros ni el vestido, ni el patrimonio, ni la ciencia, sino la humildad, que es inseparable de la caridad. Cuando nos visite, preguntará: «¿Dónde están los pequeños?» porque para ellos tendrá preparados premios grandes.

Esta es la verdad, hermanos míos, que nos importa conocer. La soberbia está minando los cimientos de la sociedad en que vivimos. Todos los corazones imitan hoy á Satanás, no soñando mas que en el propio engrandecimiento. Si la soberbia fue siempre la llaga del género humano, hoy es ya su gangrena, su disolucion, su muerte. Todas las aspiraciones son de soberbia. A ocupar los primeros puestos se dirigen los esfuerzos de todos. Nadie quiere ser inferior á otro. La humildad se reputa deshonra.

¡Qué trastorno de ideas! ¡Qué fuente tan abundante de pecados y crímenes! ¡Qué síntoma tan mortal para la sociedad!

Sed, pues, humildes, para que seais ensalzados. En vano intentareis erigiros contra Dios y sus preceptos. Su mano es omnipotente; y resistiéndoo con omnipotente mano, ¿á dónde ¡oh soberbios! ireis á descender?

Infundidnos, Dios mio, el espíritu de humildad, para que, agradándoos y haciéndonos semejantes á vos, logremos ser ensalzados por eternidades en la gloria. Amen.

SERMON

sobre la misma epístola.

*Omnem sollicitudinem vestram
projicientes in eum, quoniam ipsi
cura est de vobis.*

(1.^a Petr., 5.)

Encomendad todas vuestras solici-
tudes á Dios, que es el que cuida
de vosotros.

SAN Pedro nos exhorta con las anteriores palabras á que, humillándonos bajo la poderosa mano de Dios, le confiemos todos nuestros cuidados y solitudes. Es, en efecto, una prueba de que nos sometemos á su divina providencia el descargarnos de todos aquellos cuidados y afanes que, pudiendo arrastrarnos á confiar demasiado en nosotros mismos, lo cual siempre es funesto, nos impiden además el consagrarnos al servicio de Dios, como hijos reconocidos que se consagran al servicio de su amoroso Padre.

Por desgracia se observa que los cuidados mundanos ó terrenos son los que ocupan del todo á las gentes, no pareciendo sino que en el cielo no hay un Dios conservador de las criaturas que formara. Se las ve agitadas, inquietas,

zozobrosas, con el pensamiento en el dia, no ya próximo, sino futuro, temiendo no haya en él ni agua para sus campos, ni lana para sus vestidos, ni alimento para su cuerpo. Al observar este extremo de solicitud se diria que no creen en Dios, ó que presumen poder, por sus propios esfuerzos, alargar un minuto mas el dia, ó hacer crezca un punto mas la yerba de los campos. ¡Insensatos! que se olvidan de que tienen en el cielo un Padre á quien incumbe el cuidar de todas las necesidades de sus hijos, y en quien, por lo mismo, deben declinar todas sus solicitudes. *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis.*

Necesario me ha parecido, enmedio de semejante desorden, instruiros acerca del límite que debeis poner á vuestra solicitud por las cosas terrenas que temeis perder, y por las cosas necesarias que desconfiais adquirir. Estos temores y esta desconfianza desagradan mucho á Dios, y hacen ademas que, lejos de pensar en su servicio, consumais todo el tiempo en servicios propios, con la circunstancia de que nunca podreis hacer nazca la yerba un minuto antes del tiempo prescrito.

Oid, pues, con atencion, porque la materia es importante, y al mismo tiempo consoladora.

Nuestra escesiva solicitud por adquirir las cosas terrenas necesarias para la vida, es ofensiva á Dios y perjudicial á nosotros mismos.

Omnem sollicitudinem vestram, etc.

Ave María.

No toda solicitud por adquirir las cosas necesarias para la vida es reprehensible, segun han supuesto algunos herejes. Como que no nos es permitida la ociosidad; como al perezoso le amenaza el Espíritu-Santo con la pobreza, y le propone como modelo la hormiga, claro es que hay una solicitud ó un trabajo que, no solo nos es lícito, sino que hasta se nos exige, para que correspondamos con nuestra fuerza ó nuestra industria á las facultades de que Dios nos ha dotado. Además, pesa sobre nosotros una sentencia que nos obliga á ganar el sustento con el sudor de nuestro rostro. La religion consagra el trabajo, le fomenta, le premia; no prohíbe seamos económicos y aplicados, antes bien, á ello nos alienta; no condena que reservemos hoy para mañana; pero condena y prohíbe que nuestra solicitud sea viciosa, es decir, escesiva, de tal manera, que pongamos en las cosas temporales nuestro último fin, ó pongamos escésivo estudio en adquirirlas, olvidándonos así de las espirituales; ó temiendo que, aun despues de trabajar lo que debemos y podemos, nos falte Dios en las cosas necesarias, como temen los gentiles que ignoran su Providencia. Siempre que nuestra solicitud ó nuestros cuidados toquen en cualquiera de estos extremos, son viciosos, ilícitos, damnables, y aun á nosotros mismos perjudiciales.

Lo que primero hemos de buscar solícitos es el reino de Dios, y practicar las virtudes que en él nos introducen; y todo lo demas, es decir, las cosas temporales ó exteriores, se nos darán como añadidura. *Querite primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis* (1). Se nos darán, he dicho, como *añadidura*, porque no se nos darán como *premio*. Desgracia, y muy grande, seria la nuestra si el Señor premiase con bienes temporales ó terrenos nuestras virtudes y buenas obras. No; el Señor no da á los suyos premios tan frágiles y pequeños

(1) Mat., 6, 33.

como son todas las cosas del mundo; las da como *añadi-
dura* nada mas; lo cual conviene tener muy presente para
que no nos equivoquemos al pedir, y no censuremos la
providencia de Dios en la distribucion de los bienes y de
los males, que observamos en el mundo.

Siendo el reino de Dios y las virtudes lo primero que
busquemos, el Señor, el mismo Dios será el que cuide de
nosotros. «No te dejaré ni abandonaré, dijo Dios á Josué,»
y esto mismo repite á las almas fieles. *Non te deseram,
neque derelinquam* (1). «¿Veis, dice David, cómo la
sierva tiene fijos siempre los ojos en su señora, para pro-
veerla y servirla en cuanto necesite?» Pues así nuestros
ojos deben de estar siempre en Dios, hasta que de nosotros
se compadezca (2): en Dios, en cuyas manos, como dice
el mismo real Profeta, desde el vientre de nuestra madre
somos arrojados. *In te projectus sum ex utero* (3).

Tiene Dios, en cierto modo, el deber de atender solí-
cito á todas nuestras necesidades, como Dios que es, no
solo Criador, sino conservador de las cosas criadas. «El
que cuidó de tí, dice San Agustin, antes de que existieses,
¿cómo no ha de cuidar de tí, siendo tú lo que él quiere
seas? No faltes tú á Dios, y vive seguro de que Dios no te
faltará á tí (4).» La suave y benéfica providencia de Dios
exige que tome sobre sí todos nuestros cuidados, moles-
tias y angustias; y, en efecto, Dios Omnipotente, dice el
mismo Santo Doctor, cuida de cada uno de nosotros como
si solos estuviésemos en el mundo, y cuida de todos como
cuida de cada uno (5).

Obligan á Dios á esto mismo la fe y confianza que pone
el hombre en su divina bondad y providencia; en cuya
virtud, bajo su proteccion se coloca, como los polluelos
bajo las alas de la gallina. Esta confianza honra mucho á

(1) Josué, 1, 5. (2) Salm. 122. (3) Id., 22.

(4) In Psalm. 39. (5) Confesion., 3, 11. (1)

Dios, porque indica que tenemos una alta idea de su poder y de su fidelidad : idea que no permite Dios quede frustrada, ya por defender su propio honor, ya por no faltar al que en él espera. Así se verifica que los ojos de Dios, como dice David, están fijos sobre el justo, y sus oídos atentos á sus preces, oyéndolos siempre, librándolos de todas las calamidades, y guardando hasta sus huesos, de tal manera que ni uno de ellos se pierda (1). «Si Dios me ilumina y es mi salud, dice el mismo real Profeta, ¿á quién temeré? Si es el protector de mi vida, ¿de quién he de temblar (2)?» ¿Qué temes, ¡oh hombre! qué temes, estando en el seno de Dios (3)?

Pero ¿para qué he de buscar argumentos en otra parte cuando el mismo Jesucristo los presenta tan claros y terminantes? «No seais solícitos, dice, acerca de lo que habeis de comer y beber;» y aduce para ello siete razones ó argumentos.

¿No vale mas el alma que la comida, y es la primera razon, y el cuerpo mas que el vestido? Luego Dios, que nos ha dado el alma y el cuerpo, con mayor motivo nos dará la comida y el vestido. *Nonne anima plus est quam esca, et corpus plus quam vestimentum?* Si Dios, y es el segundo argumento, suministra pasto á las aves del cielo, aun á las ociosas, como el cuervo, ¿cómo no ha de daros alimento á vosotros, hijos suyos, criados á su imagen, y redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo? *Nonne vos magis plures estis illis?* ¿Quién de vosotros, y es la tercera razon, puede añadir un codo á su estatura? Luego menos podreis, por medio del alimento, alargar vuestra vida. *Quis vestrum... potest adjicere ad staturam suam cubitum unum?* Mirad los lirios, cuya hermosura eclipsa la brillantez de Salomon en toda su gloria. Si, pues, y es el cuarto argumento, tan ricamente vestidos los tiene el

(1) Salmo 33. (2) Salmo 26. (3) Serm. 6, de Verb. Dom.

Señor, y eso que han de marchitarse mañana, ¿cómo ha de permitir que vosotros carezcáis del necesario vestido? *Si autem fœnum agri... Deus sic vestit, quanto magis vos modicæ fidei?* Los paganos, y es el quinto argumento, son los que se muestran tan solícitos en buscar la comida, la bebida y el vestido, porque ignoran la providencia de Dios; pero el cristiano, que la conoce, que la experimenta, que la toca, que la palpa, no puede mostrarse tan escesivamente inquieto por las cosas temporales. *Hæc enim omnia gentes inquirunt.* Además, Dios, como Dios, ve todas vuestras necesidades; como padre, quiere atenderlas y socorrerlas; y, como omnipotente, ningún obstáculo encuentra para cubrirlas. *Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis.* Ultimamente, ¿por qué hemos de inquietarnos por el día de mañana, que no sabemos si para nosotros ha de llegar? Cuando llegue ese día, dadle vuestros cuidados, que bastante os da que hacer la malicia del día presente; es decir, sus molestias y necesidades. *Crastinus enim dies sollicitus erit sibi ipsi. Sufficit diei malitia sua* (1).

El mismo Jesucristo es el que presenta esta serie de argumentos á los hombres de poca fe; y dándonos Dios estas seguridades respecto de la solitud con que atiende á nuestras urgencias, ¿cómo no hemos de ofender á Dios desconfiando de sus paternales cuidados?

Esta desconfianza es para nosotros sumamente perjudicial. Porque entregándonos, en su virtud, á escesivos cuidados sobre nuestras necesidades de mañana, no solo esta solitud nos impide fijar nuestra atención en las cosas espirituales, sino que obligamos á Dios á que, viéndonos á nosotros tan solícitos, deje á nuestro único y exclusivo trabajo el proveer á todas nuestras necesidades. En este caso, como dice San Juan Crisóstomo, si tú cuidas de tí,

(1) Mat., 6.

cuidarás como hombre, y evitarás que Dios cuide de tí como Dios.. *Si satágis, tanquam homo satages; si vero dimittas, Deus providebit* (1).

¿Quién, pues, cuidará mejor de tí? ¿Tú, como débil y pobre hombre, ó Dios, como bondadosísimo y sapientísimo provisor? ¿Quién podrá mejor daros pan? ¿Vosotros mismos, flacos mortales, que no podeis evitar caiga de su caña la espiga, ó Dios, que cuando quiere multiplica los panes, ó hace descender maná del cielo? ¿Quién podrá mejor vestiros? ¿Vosotros, seres miserables y destructores, ó Dios, que viste los campos y hace no se destruya el vestido ni desgaste el calzado de los israelitas que caminan por el desierto?

Pues bien: en esta alternativa se colocan los hombres escesivamente solícitos por las cosas corporales. Si ellos toman sobre sí el cuidado, ellos no pueden nada: y si se le encomiendan á Dios, Dios lo puede todo. ¿Qué escogeis? *Ut igitur*, diré con el mismo Crisóstomo, *eorum magnam gerat providentiam, ipsi soli omnia committe* (2). ¿Quieres ver á Dios desplegando en tu favor toda su providencia? Pues encárgale á él solo todos tus cuidados y solitudes. «Porque esa segura confianza, dijo Cristo á Santa Gertrudis, con que el fiel se entrega y me entrega todas sus cosas, creyendo que puedo, que sé y que quiero socorrerle, me traspasa el corazon, y hace tanta fuerza á mi piedad, que no puedo dejar de favorecerle (3).»

Ved, pues, lo que pierden aquellos mundanos que no se ocupan mas que de proveerse para mañana, sin confianza en Dios, y con inquietud suma que los devora. En el dia presente no viven, y el dia futuro los atormenta. Habien-

(1) Homil. 56 ad popul., et 69 in Mat.

(2) Crisost., loco ante citato.

(3) Luis Blosio, citado por Cornelio á Lapide, in epíst. 1.^a, S. Pet., cap. 5.

do quien vele por ellos, no pueden en sus cuidados atraer el sueño.

Buscad, vuelvo á deciros; buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demas se os dará como añadidura. Pensad vosotros en Dios, y Dios pensará en vosotros. Seamos nosotros para él, y para nosotros será Dios. Nuestra escesiva solicitud le ofende, pues le usurpa ó niega su divino carácter de conservador y de padre; y á nosotros nos es sumamente perjudicial, porque, ademas de impedirnos el pensar en las cosas espirituales, obligamos con ella á Dios á que nos abandone, entregándonos á nuestros pobres é impotentes esfuerzos. Reconoced humildemente y adorad la bondad, la sabiduría, el poder y la providencia de Dios; y confiad en que, siendo Dios quien cuide de vosotros, nada podrá dañaros, nadie podrá arrancaros ni un cabello de vuestra cabeza. Buscad su reino, y Dios os dará la fertilidad de la tierra, como añadidura al premio eterno que nos prepara en la gloria. Amen.

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

*Ita dico vobis , gaudium erit
coram angelis Dei super uno pec-
catore pœnitentiam agente.*

(Luc., 15.)

Así, os digo, habrá alegría en el
cielo por la conversion de un pe-
cador.

AQUEL gran Dios que en el Antiguo Testamento se ma-
nifiesta inaccesible, que prohibió se acercase el pueblo al
monte donde tenia que hablar á Moisés , y castigó á los
bethsamitas porque se aproximaron por curiosidad al
Arca, se nos presenta, en el Evangelio que hoy canta la
Iglesia, como un amorosísimo padre, recibiendo lleno de
bondad á los publicanos y pecadores que se acercan á
oirle,

Nada hay mas consolador para el culpable como la ins-
truccion que nos presenta hoy el Evangelio en boca del
mismo Jesucristo. Acusado ó censurado el Redentor por-
que recibia á los pecadores y comia con ellos , propone á

los escribas y fariseos dos símiles, con que confunde su malicia y alienta nuestra esperanza. «Si alguno de vosotros, les dice primeramente, tuviere cien ovejas y se le perdiese una, claro es que dejaría en el prado ó en el monte á las noventa y nueve, y correría presuroso á buscar la perdida: hallada la cual, y puesta sobre sus propios hombros, volvería lleno de gozo á su casa, y convocaría á sus amigos y vecinos para que tomasen parte en su regocijo.» Pues á esta manera hay en el cielo mayor alegría por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan hacer penitencia. «¿Qué mujer, les dice además, teniendo diez monedas y perdiendo una, no enciende una luz y registra y limpia su casa hasta lograr encontrarla? Y, hallada que sea, ¿no convoca á sus amigas y vecinas para que vengan á celebrar con ella el hallazgo?» Pues así se alegran los ángeles de Dios cuando un pecador hace penitencia. *Ita dico vobis, gaudium erit coram angelis Dei super uno peccatore pœnitentiam agente.*

¿Qué habian de responder á esto los censores de Jesus? ¿Y qué palabras mas oportunas y consoladoras podian oir aquellos publicanos y pecadores que se habian acercado á escucharle? Por eso he dicho que, con esos dos símiles, confunde la malicia de los unos y alienta nuestra esperanza. Resolvámonos, pues, á convertirnos pronto á Dios, haciendo penitencia por nuestras culpas; y, para animaros á realizarlo, voy á manifestaros

La universal alegría que causa en el cielo la conversion de un solo pecador.

Ita dico vobis, etc.

Ave María.

Como que es la eterna sabiduría la que habla, claro es que no podia espresarse mejor la tierna solicitud con que Jesucristo busca el alma perdida del pecador, de como se espresa en la presente parábola. Tanto en el carácter de pastor, que el Hijo de Dios se da á sí mismo, como en el de oveja, que da al pecador: tanto en la inquietud de la mujer que ha perdido una de las diez monedas que tenia, como en la significacion misma de esta moneda, se hallan perfectamente representadas la ternura y solicitud de Dios buscando al pecador, que, como la sencilla oveja, nada puede hacer por sí mismo si Dios con su gracia no le busca y ayuda, y, como la moneda perdida, no puede levantarse si una mano solícita no la mueve. Nada, pues, hay mas natural y mas justo que al encontrar Jesucristo la oveja perdida y la moneda estraviada haya en el cielo universal alegría, como la hay entre los amigos y vecinos del pastor y de la mujer que hallaran lo que habian perdido. *Ita dico vobis, gaudium erit coram angelis Dei super uno peccatore pœnitentiam agente.*

La alegría de los cielos consiste en ver cumplida la voluntad de Dios, objeto soberano que adoran con profundo acatamiento los espíritus celestiales. Jesucristo, al tomar nuestra carne y al ofrecerse al sacrificio, no se propuso mas que cumplir la voluntad de su Padre, que era y es traer al pecador estraviado á los caminos del arrepentimiento y de la vida. Para cumplir el Hijo de Dios esta soberana voluntad del Padre, no podia dejar, ni puede dejar de considerarse como pastor, á quien está encomendada la custodia de las ovejas; pues nada hay que espresa tanto la solicitud con que debemos cuidar lo que se nos entrega ó encomienda como el llamarnos pastores de un rebaño.

En efecto, es oficio del pastor conducir las ovejas; no perder de vista á ninguna de ellas; buscarles, aun con molestia propia, los mejores pastos; sufrir el rigor del calor y

del frío mientras se alimentan; dormir con intranquilo sueño mientras las guarda; contarlas á menudo por miedo de que alguna se estravie; llamar á la estraviada, y no viniendo, ir él mismo por ella, dejando las demas en el campo; y no pudiendo ella andar, colocarla alegre sobre sus hombros, y esponer y dar, en una palabra, su vida por la de su rebaño. Hasta tal punto es preciso se halle identificada con la vida de las ovejas la del pastor, que este no debe alimentarse mas que con la leche, ni vestirse mas que con las lanas de su ganado. De este modo son una misma cosa el pastor y el rebaño, un mismo interes, una misma vida.

Si Jesucristo ha cumplido y desempeñado superabundantemente el oficio de pastor del género humano, á la vista lo tenemos. Por la culpa estábamos perdidos entre impenetrables asperezas; no teníamos armas con que defendernos del enemigo, como no las tiene la inofensiva oveja; y como esta bala al verse separada del rebaño, nosotros, con los profetas, patriarcas y justos de la antigua ley, llamábamos á Dios para que nos enviase la salud, y clamábamos al cielo para que las nubes lloviesen al justo. Jesucristo, dejando las noventa y nueve ovejas, es decir, sus ángeles, viene al mundo á buscar la oveja perdida; y no solo á buscarla, sino á traerla sobre sus hombros; y no solo á traerla sobre sus hombros, sino á sacrificar su vida para que su oveja no muera, víctima del lobo infernal que la sacó del hermoso huerto del Paraíso. Hallada esta oveja perdida, el Salvador subió á los cielos, y, convocando á los ángeles, les dijo: «Felicítadme, pues, felicitadme, que he hallado y salvado á mi oveja estraviada.» *Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat.*

Ahora bien: esto, que es tan exacto tratándose del género humano, no lo es menos tratándose de un solo pecador. El pecador es ahora la oveja estraviada. Separándose del rebaño de los buenos, y desoyendo la voz del pastor,

se ha metido en un laberinto de culpas, de donde no le es dado salir si no se le prestan eficaces auxilios. Habiendo decaído del estado de gracia, ni puede resistir al demonio, que la hace su presa y su víctima, ni puede llamar á su auxiliador que la liberte, ni quiere llamarle mientras la gracia no la facilite la voluntad de salir de la culpa. A esta oveja perdida hay que suponerla como muerta, y hay que darla todo: luz, fuerzas, voluntad, y, las mas veces, hasta heroismo.

No llega el poder del hombre á infundir en otro una resolucion ó un denuedo como el que se necesita para que salga de un estado en que todas sus pasiones se encuentran halagadas y satisfechas. En esta mutacion de voluntad y de afectos tiene que intervenir el poder divino por medio de la gracia, llamando á la oveja perdida, levantándola, poniéndola sobre los hombros, y trayéndola al rebaño de donde se separara; y el poder divino, efectivamente, por medio de los sacramentos, que son los medios ordinarios de justificacion para el pecador; de los sacramentos, por cuya virtud se nos aplica el infinito mérito de la sangre que derramó el Divino Pastor, encuentra la oveja perdida, el alma extraviada, la levanta, la acaricia y la introduce en el rebaño del cielo, invitando á todos sus felices moradores á que se congratulen con Dios, porque ha hallado su oveja perdida. *Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam quæ perierat.*

Por si con el símil del pastor no estaba aun suficientemente declarado el celo con que Jesucristo busca su oveja perdida y el gozo que experimenta al hallarla, añade el Salvador el de la mujer que, habiendo perdido una de las diez monedas que tenia, enciende una luz, limpia la casa, y trabaja diligente hasta encontrarla. Semejante al gozo de esta mujer, que, habiendo hallado su moneda, convoca á sus vecinas y amigas para que tomen parte en su alegría, es el gozo del cielo por el pecador arrepentido. Nada, en

efecto, hay comparable con la solicitud de la mujer que busca el objeto precioso que ha perdido. Su habitual diligencia toma nuevas y mas grandes dimensiones, y como la son tan conocidos los rincones de su casa, y se halla tan familiarizada con los muebles que la ocupan, difícilmente se escapa á su perspicacia nada donde pudiera estar oculta la moneda estraviada.

En esta solícita mujer se halla significada la eterna sabiduría de Dios, que viendo se ha perdido un alma donde, como en la moneda la imágen del rey, está la imágen del Criador, y deseando encontrarla, ha iluminado al mundo con los resplandores de la Divinidad; ha encendido la candela de la fe, y ha limpiado de idolatría y vicios la tierra. Así han sido halladas las almas que vivian en la sombra, en la oscuridad y en el pecado; y Dios invita á los ángeles á que celebren el hallazgo de esta moneda, donde brilla la imágen de la Trinidad Beatísima. *Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perderam.*

Es, en efecto, alegría universal la que causa en el cielo la conversion de un pecador. Regocíjase la Trinidad Beatísima, viendo reparada en el hombre la imágen de Dios, que tan horriblemente desfiguró el pecado. Regocíjase el Padre, viendo cumplida su soberana voluntad, con gloria del Hijo; regocíjase el Hijo, viendo fructificar su sangre, con gloria del Padre; regocíjase el Espíritu-Santo, viendo los efectos de sus inspiraciones y su gracia, con gloria del Padre y del Hijo. Regocíjase María, la Madre y el refugio de los pecadores, viendo en puerto de salvacion á sus hijos. Alégranse los ángeles, viendo á la criatura reconociendo el supremo dominio de Dios. Alégranse los santos, viendo aumentado el número de los justos, y atendidas las oraciones que dirigen incesantemente al Señor por la conversion de los pecadores. Invita Dios á sus vecinos, que son las personas de la Santísima Trinidad y la

Virgen María, y á sus amigos, que son los ángeles y los santos, á que se alegren, á que se regocijen, y á que le den parabienes por la oveja salvada y por la moneda que no quedó perdida. *Congratulamini mihi.*

Dios manda que el cielo se alegre : y ¿cómo no ha de alegrarse mandándolo Dios? Si los designios, si los deseos, si la voluntad de las tres Divinas Personas es la salvacion del pecador, ¿cómo no ha de haber regocijos en el cielo cuando un pecador se salva? Cuando Abraham vió ya en salvo á su hijo ; cuando vió sano al suyo Jacob ; cuando al suyo le vió incólume Tobías, sus corazones palparian de gozo, y habrian querido tomasen parte en su alegría todas las gentes. ¿Quién podrá medir exactamente la alegría del padre que ve llegar á los umbrales de su casa al hijo disipador, la de aquella viuda que ve resucitado al suyo por la virtud y contacto del Profeta, y la de la desconsolada madre que en Naim ve á su hijo devuelto á la vida? El gozo de Marta y María y de todos sus parientes y amigos al ver resucitado á su hermano Lázaro, ¿quién podrá declararles? Ahora bien : ni el amor de aquellos padres á sus hijos vivos, ni el de esas madres á sus hijos muertos, ni el de estas hermanas á su enterrado hermano, puede compararse con el amor de Dios hácia los hombres. Luego al ver arrepentido y en camino de salvacion, no temporal, sino eterna, al pecador, ¿cuál será su alegría y la de los espíritus y justos que forman su corte?

Esta alegría es tal, que Jesucristo se ha visto como obligado á usar, al parecer, de una hipérbole para espresarla. Porque á los escribas y fariseos, que se escandalizaban viéndole hablar y comer con los pecadores, les dice, despues de haberles puesto el símil del pastor que encuentra la oveja perdida: «Así en el cielo hay mas ó mayor alegría por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan hacer penitencia.» *Ita gaudium erit in cælo super uno peccatore pœnitentiam*

agente, quam super nonaginta justis, qui non indigent pœnitentia.

Para esplicar estas palabras, que, á primera vista, segun he dicho antes, parecen hiperbólicas, no podemos prescindir del símil con que están enlazadas. El pastor no ama mas á una oveja que á noventa y nueve; pero como las noventa y nueve no están perdidas, como lo está una, claro es que no pueden ser halladas, y no siendo halladas no se experimenta la alegría que es natural al encontrar una cosa perdida. La alegría por la fidelidad de los noventa y nueve justos es perpetua, habitual, digámoslo así, pacífica; pero al ver convertido un pecador, esta alegría se manifiesta de un modo sensible ó nuevo, y en este sentido se dice que hay mas ó mayor alegría en el cielo por la conversion de un pecador, que por noventa y nueve justos que no necesitan hacer penitencia. El hijo pródigo no era mas querido de su padre que sus hermanos, y sin embargo, al verle llegar arrepentido, manda se le vista con la mejor túnica, y que sea celebrada su venida con un festin que en obsequio de los otros hermanos no habia dado nunca el padre. El hijo mayor, al saber por un criado el motivo de tan inusitada alegría, se resintió ú ofendió hasta el punto de negarse á entrar en la casa. Entonces el padre, con amoroso lenguaje: «Mira, hijo mio, le dijo; tú siempre estás conmigo, y tuyas son todas mis cosas... Esta alegría es porque tu hermano habia muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y ha sido hallado.» *Frater tuus hic mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus est.* Todas las cosas de Dios son de los justos ó de las almas fieles; pero como el pecador se habia perdido y ha sido hallado, muestra el cielo de un modo exterior, ó sensible, ó nuevo, una alegría por este hallazgo.

Puede tambien decirse que en el cielo es mayor la alegría por la conversion de un pecador que por noventa y nueve justos que son fieles, en cuanto el pecador arrepen-

tido suele , como dice San Gregorio , resarcir con lucros ó ganancias las antiguas pérdidas, al modo que el soldado que huyó ante el enemigo y vuelve arrepentido á su campo, suele mostrarse despues mas intrépido ante el peligro que aquel otro que no huyó nunca, pero que no hizo proezas heróicas (1). San Pedro y la Magdalena nos enseñan lo que puede hacer el pecador luego que reconoce sus culpas.

Ahora bien, pecador : ¿te negarás á dar al cielo un dia de alegría? El Pastor supremo, Jesucristo, viéndote perdido, te busca, te llama, quiere traerte sobre sus propios hombros al rebaño, quiere dar por tí su vida : y ¿no responderás á sus amorosas voces mas que con el desprecio, la ingratitud y la impenitencia? Pecador: los ministros de Dios, pastores de tu alma, te buscan, te llaman, te ofrecen el tesoro de los méritos de Cristo para que con él compres tu salvacion. ¿Y te negarás á seguirlos? ¿Preferirás vivir entre las malezas y arideces de la culpa, á alimentarte con la misma divina sangre de tu Redentor? ¿Quieres negar al cielo un dia de gozo?

Pecador : la Iglesia, como solícita mujer que ha perdido una moneda, te busca á tí, que eres la imágen de tu Criador ; te busca á tí, pidiendo por tí, llorando por tí, formando y enviando ministros para tí; ¿y no has de responderla? La Iglesia, con exhortaciones, con amenazas, con castigos, te busca y te llama ; ¿y no has de oirla? La Iglesia abre sus tribunales de penitencia para tí ; ¿y tú has de retirarte de ellos? ¿Dejarás burlada á la Iglesia , tu madre, en sus esperanzas? Ella, con la luz de la doctrina, quiere iluminarte ; con sus sacramentos quiere limpiar de inmundicias tu corazon , y con su amor te busca diligente; ¡ y tú, oh pecador, has de preferir estar ciego , sucio y perdido!

(1) Hom. de centum ovib.

No lo permitais, Dios mio, sino antes bien haced que, mostrándonos dóciles á vuestra voz y diligencia, nos encuentres, perdonándonos nuestros pecados, nos conduzcas, concediéndonos tu gracia, y nos concedas entrar en el redil de la gloria eterna. Amen.

No lo perdonáis, Dios mío, sino antes bien hacéis que
mostrándonos fáciles á vuestra voz y diligencia, nos en-
cuentres, perdonándonos nuestros pecados, nos conduzcas
concediéndonos la gloria eterna. Amen.

SERMON

sobre el mismo evangelio.

*Quis ex vobis homo, qui ha-
bet centum oves, et si perdiderit
unam ex illis, nonne dimittit no-
naginta novem in deserto, et va-
dit ad illam quæ perierat, donec
inveniat eam? (Luc., 15.)*

¿Qué hombre de entre vosotros,
teniendo cien ovejas, y perdiendo-
sele una, no deja en el campo las
noventa y nueve, y corre á buscar
la perdida?

El demonio pone en juego todos los recursos y ardidés para apartar al pecador del pensamiento de convertirse. Unas veces le representa la justicia de Dios tan implacable, que no deja al pecador esperanza alguna de poder conseguir la venia: y otras le representa su misericordia tan accesible y propicia, que le hace concebir una temeraria confianza respecto de su salvacion. En ambos casos el designio del demonio es que el pecador, ora considerando irrevocable su condenacion, ora mirando su salvacion como cosa fácil en cualquiera instante, permanezca en sus culpas y no se reconcilie nunca con su Dios. Por eso dice

San Bernardo (1) que la misericordia y la verdad son los dos pies del Señor, y que no podemos besar uno sin besar el otro; porque la idea de su justicia nos conduciría á la desesperacion, y la de su misericordia á una temeraria seguridad.

Estos dos extremos son igualmente temibles, porque conducen al pecador á un término idéntico: á la impenitencia, á la ruina, á la muerte eterna. Necesario es destruir estos ardides del enemigo de nuestras almas, rectificando las falsas ideas que él inspira para adormecernos en la culpa; y voy ahora á hacerlo respecto de la misericordia de Dios.

El Evangelio de hoy presenta oportuna ocasion para que admiremos la misericordia de Dios con las almas extraviadas. Censurándole los escribas y fariseos porque recibia á los publicanos y pecadores y comia con ellos, les preguntó si habian visto alguna vez que un hombre perdiese una oveja de las ciento que guardaba, y no dejase en el desierto las noventa y nueve para ir á buscarla y traerla sobre sus hombros al aprisco. *Quis ex vobis*, etc.

Con este símil se nos da á entender cuánta es la misericordia de Dios para con aquellas almas que se han extraviado y perdido. No abandona, no, Dios á esas almas; les comunica, ademas de la luz natural que les es propia, auxilios ordinarios y extraordinarios; les da interiores y exteriores avisos; las sigue, las persigue, digámoslo así, con el remordimiento, y apenas pasará un instante sin que el pecado no les cause profunda amargura. ¿Qué es todo esto sino el cuidado que Dios se toma por nuestra salvacion? Hé aquí, pues, lo que debe formar nuestro consuelo al tiempo de reconocer nuestras culpas y querer dolernos de ellas. Este consuelo quiero inspiraros, haciéndoos ver que

(1) Serm. 6., in Cantica.

La misericordia de Dios debe alentarnos á salir, sin pérdida de tiempo, de los caminos de nuestras culpas.

Quis ex vobis, etc.

Ave María.

Dios es misericordia, porque es la suma bondad; es tan grande é infinita su misericordia, como infinita es su esencia divina; y es tan infinitamente misericordioso, como es infinitamente omnipotente. No sabríamos que hay un Dios si no supiésemos que hay una misericordia infinita; y Dios es un ser perfecto, porque nada falta, como dice San Fulgencio (1), donde hay una misericordia omnipotente y una omnipotencia misericordiosa. De aquí resulta que, así como no podemos decir adecuadamente qué cosa es Dios, de la misma manera no podemos contar sus misericordias. *Quis adjiciet enarrare misericordiam Domini* (2)?

Seria preciso citar todos los capítulos de la Sagrada Escritura si tratase de apoyar, en la misma palabra de Dios, la confianza que puede poner el hombre en la divina misericordia. Que esta misericordia es infinita; que es eterna; que es inagotable; que es mas alta que los cielos; que llena toda la tierra; que ella forma la riqueza de Dios, y que Dios se da á sí mismo el título de Dios de la Misericordia, todo esto se encuentra consignado en los Sagrados Libros, donde la palabra de Dios está escrita. Es misericordioso en tan supremo grado y de un modo tan esencial nuestro Dios, que aun las mismas obras de su divina jus-

(1) S. Fulg., 7 ad Venant., cap. 4. (2) Eccl., 18, 4.

ticia, como dice el Doctor Angélico (1), presuponen siempre la obra de su misericordia, y en ella se fundan. Así que, en toda obra de Dios aparece la misericordia como primera raíz de ella.

En la antigua ley, con ser ley de temor, y, por consiguiente, de justicia, se deja ver la misericordia de Dios de un modo que ya da á entender el temible Jehová era antes Dios misericordioso que Dios justiciero. Sin embargo, faltaba aun dar al mundo la mas grande prueba que Dios podia darle de la misericordia con que le miraba. Faltaba darle su Hijo, es decir, darle sus entrañas, darse él mismo como prenda de misericordia. Vino Jesucristo al mundo, y á la misericordia divina tenemos ya con esto un derecho, digámoslo así, que no puede ser desatendido. ¿No tomó Jesucristo nuestra naturaleza para padecer? ¿No padeció en ella como víctima inmaculada? ¿No le dió la naturaleza humana la sangre que habia de derramar? Luego esta misma naturaleza, luego vosotros, luego yo, podemos alegar una especie de derecho á la misericordia divina, siempre que nos mostremos dispuestos á detestar nuestras culpas.

Porque habiendo dado el Padre al Hijo la potestad de juzgar, el Hijo, viéndonos contritos, no podrá juzgarnos mas que por aquella ley que él mismo escribió con su sangre en el Calvario. No podrá juzgarnos sino como juzgó á la contrita Magdalena, á Pedro, á los humildes publicanos, al ladron que al tiempo de morir le dirigió una súplica, y aun á sus mismos crucifixores, para quienes desde la Cruz imploró la misericordia del Padre. No podrá juzgar al pecador contrito sino como tiene que juzgar el que dijo: «No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores... he venido á salvar lo que habia perecido... soy el buen pastor, que da la vida por sus ovejas... Quiero que donde

(1) 1.^a part., quæst. 21, art. 4,

yo estoy, estén los que tú, Padre mio, me has dado... como tú me has amado, los amo yo...»

¿No es ya una prueba de la misericordia divina el haber sufrido con tanta paciencia los ultrajes que habeis hecho á Dios desde que os hicisteis esclavos del demonio? En beneficio vuestro, dice San Pedro, muéstrase Dios paciente, por no querer que ninguno perezca, sino que todos hagan penitencia. *Patienter agit propter vos, nolens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti* (1). Ha podido Dios confundirnos luego que cometimos el primer pecado, y no dejar de nuestra existencia señal ni vestigio en la tierra; pero nos ha tolerado un dia, un mes, un año, muchos quizá, esperando vernos arrepentidos. *Patienter agit*. Ha podido el Señor castigar nuestra primera rebelion, nuestra primera ingratitud, nuestro primer sacrilegio, sepultándonos para siempre en los abismos de la tierra; pero su generosidad ha hecho callar al cielo, á la tierra, y al mismo infierno que pedian venganza, confiando en que en este dia volveríamos arrepentidos, como el hijo pródigo, á la casa de nuestro padre. *Patienter agit*. Como á otros pecadores los ha precipitado el Señor en el infierno, ha podido, hace tiempo, precipitarnos á nosotros; pero su paciencia ha preferido el sufrir, por darnos tiempo al arrepentimiento. *Patienter agit propter vos, nolens aliquos perire, sed ad pœnitentiam reverti*.

Pero hace aun mas la misericordia de Dios. No se muestra puramente pasiva ó paciente al vernos cometer todos los dias muchas y muy graves culpas; sino que, como buen pastor, deja en el desierto su rebaño, al parecer abandonándole, por ir á buscar la oveja extraviada. ¡De cuántas maneras, hermanos míos, nos busca Dios cuando estamos perdidos! Esos remordimientos y amarguras que experimenta el pecador, aun en el lleno de sus pla-

(1) 2. Pet., cap. 3.

ceres, ¿qué son mas que misericordiosas voces de Dios? Esos propósitos que el pecador hace de recobrar la amistad de Dios, y esos rayos de luz y de esperanza, que con frecuencia le dejan ver la magnitud de sus extravíos y le hacen confiar en la bondad suprema, ¿qué son mas que voces de la divina misericordia? Los rigores y aflicciones que experimentamos en el mundo, que nos obligan á buscar en los brazos de Dios el consuelo; las pérdidas, las enfermedades, las tristezas, las muertes de nuestros parientes y amigos, ¿qué son sino voces de la infinita misericordia de Dios? Las amenazas que nos hace, y el terror que nos causa á veces la palabra de Dios leyéndola ú oyéndola, ¿qué es todo esto mas que silbidos del Pastor misericordioso que va buscando la oveja perdida?

La misericordia divina no solo nos espera y nos busca, sino que nos acoge y recibe, como si hallándonos hallase para el cielo un tesoro. Ha dejado su rebaño en el desierto el pastor, ha buscado la oveja perdida, y la ha encontrado; pero al encontrarla, ¿la ha vejado? ¿La ha maltratado? ¿La ha castigado? ¿La ha, por lo menos, reprendido? Nada de eso: la levanta del suelo, la acaricia, la reconoce con tierna solicitud, la limpia, la ofrece entonces mismo alimento por si está hambrienta, la dirige palabras de dulzura, y, si pudiera, la introduciria en sus entrañas de misericordia. El buen pastor lo olvida todo. Sobre sus hombros toma la oveja perdida, para que no se canse subiendo ó andando las escabrosas sendas que hay que andar; sobre sus hombros la lleva hasta el sitio donde se halla el rebaño, y sobre sus hombros la conduce hasta la ciudad ó el redil si observa se halla cansada.

Mira, ¡oh pecador! en este buen pastor lo que es para tí el Pastor divino. Tú temes que al encontrarte Dios ha de confundirte haciendo manifestaciones de su poder y majestad; que ha de reprenderte, que ha de echarte en cara tu ingratitud, que ha de ponerte á larga distancia suya, que

no ha de permitirte veas su semblante apacible... No, hijo mio, no. No te arredren ni te detengan, ¡oh pecador! esos temores. Mira con qué suavidad te ha buscado; mira de qué manera tan dulce ha hecho resuene en tu corazón su voz amorosa; pues esto es un anuncio de la feliz acogida que podrás encontrar en los brazos de Dios si de corazón á él te conviertes. «¡Hijo mio! te dirá Dios: ¡qué feliz soy al hallarte! No te escondas, no huyas, no temas. Yo soy el Pastor de tu alma. ¿No he descendido del cielo para buscarte? ¿No he derramado yo mi sangre para redimirte? ¿Para quién, sino para tí, he instituido yo los sacramentos? ¿Para quién, sino para tí, he dejado en mi Iglesia y he dado á mis ministros la potestad de remitir los pecados? Si fuera posible que me olvidara de los justos, me olvidaría por buscarte y acariciarte á tí; como preferí, al parecer, Magdalena á Marta, Pedro á Juan y Pablo á Estéban. Ven, oveja mia, á mis brazos, que he dejado las noventa y nueve en el desierto por buscarte á tí, que estabas perdida.»

Bien puede decirse, en vista de esto, que todos los caminos de Dios son misericordia y verdad, y que sus misericordias y piedades están sobre todas sus obras. No hay motivos sino para que el pecador se anime y resuelva á dejar los caminos del pecado, y á reconciliarse con Dios que le espera, le llama y le busca, con las mismas amorosas ansias con que el pastor busca su oveja, ó la solícita mujer la moneda perdida. ¿Qué he de decirte, ¡oh pecador! para animarte á salir del triste estado de la culpa? ¿Eres impío? te diré con San Juan Crisóstomo: pues acuérdate de los magos, á quienes les sacó de las tinieblas la fulgente estrella. ¿Eres ladrón? pues acuérdate del publicano, que recibe las misericordias divinas. ¿Eres impuro? acuérdate de aquella pecadora, á quien se la perdonó mucho, porque mucho amó. ¿Eres asesino? pon ante tus ojos aquel ladrón que en un instante alcanzó el Paraíso. ¿Eres un malvado? pues trae á la memoria aquel Pablo, antes

blasfemo, luego Apóstol; antes perseguidor, luego Evangelista; antes lobo, luego pastor; antes plomo, luego oro; antes pirata, luego piloto. ¿Has pecado? pues arrepiéntete. ¿Mil veces has pecado? pues arrepiéntete mil veces: *Millies peccasti? millies recipisce* (1).

Pero para que esta misericordia de Dios podamos experimentarla, no debemos dejar para mañana nuestra conversion; no debemos dilatar un solo instante el buscar á Dios por medio de la penitencia; no debemos resistir á las inspiraciones de su santa gracia, con que nos llama y despierta. «Me compadeceré, dice el Señor, de quien me haya compadecido. *Miserebor cui miserebor*. Es decir, me compadeceré de aquel que, correspondiendo á la gracia con que de él me compadecí, se decida á dejar la culpa y á purificarse de los vicios.» El querer, el desear salir del pecado, es obra de la gracia; pero á esta gracia hay que corresponder saliendo efectivamente del estado de culpa con los auxilios que esa misma gracia nos presta. El dejar para mañana la conversion confiando en la gracia, es una temeridad y un funesto abuso que de la gracia quiere hacerse. El Señor sufre una vez, sufre muchas, sufre mucho tiempo; pero ¿sabes si sufrirá ya mas? ¿Sabes si es hoy el último dia en que te dispensa su gracia? ¿Sabes si es hoy cuando te llama por última vez á su amistad? ¿Sabes si mañana no te llamará ya á su juicio? *Miserebor cui miserebor*. Si ha resuelto el Señor, por tu ingratitud y soberbia, retirarte su gracia, te verás, ¡oh pecador! siempre perdido, y no habrá misericordia para tí, porque no correspondiste á la primera misericordia. *Miserebor cui miserebor*.

Por eso está la justicia de Dios tan cerca, digámoslo así, de su misericordia. Así como desde los brazos de su justicia pasamos, por la penitencia, á los de su misericordia, así por la ingratitud y la impenitencia podemos pasar

(1) Hom. in Psalm. 50.

desde los brazos de su misericordia á los de su justicia. Un punto no mas ~~las~~ divide. No traspasemos ese punto con nuestra ingratitud, porque es cosa terrible el caer en las justicieras manos de Dios.

Dice el real Profeta que así como los ojos de la criada ó de la sierva están clavados en las manos de su señora para servirla á la mas pequeña señal que vea hacerla, así los nuestros no deben cansarse de mirar á Dios hasta alcanzar su divina misericordia. *Ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri* (1). Mira á Dios, pecador de mi alma, y sus misericordias no te serán negadas. Pon en Dios tus ojos, y Dios pondrá en tí los suyos. Pon en Dios tus ojos, pero tus ojos humildes, tus ojos llorosos, y Dios pondrá en tí los ojos de sus piedades. No resiste Dios á nuestras miradas de hijos arrepentidos. Ante sus ojos hallaremos gracia, si Dios ve lágrimas en los nuestros.

Cuando Dios ha desplegado los rigores de su justicia, ha sido despues de haber visto no habia quien invocase su misericordia. Su justicia es, digámoslo así, su último recurso, su última arma, su medida extrema. Cien años esperó la penitencia del mundo antes de enviar el diluvio. En Sodoma y Gomorra buscó diez justos que le aplacasen, y no fueron hallados. Moisés fue bastante para arrancarle, digámoslo así, el perdón de las infidelidades de Israel muchas veces. Una palabra que pronuncia David con su corazón, le vale la remision de su culpa. A una Magdalena que ama mucho, mucho le fue perdonado. Al ladron que le dirige una corta plegaria, le concede mas de lo que le fue pedido.

Animo, pues, pecadores. El Señor, infinitamente misericordioso, nos llama para concedernos el perdón de nuestras culpas. *Venite ad me omnes qui laboratis, et*

(1) Salmo 122.

onerati estis, et ego reficiam vos. Venid á mí, los que estais cargados, y yo aliviare vuestro peso. Venid á mí, hijos mios, á mí, que soy padre de las misericordias, y os libraré del peso de las culpas que os agobian. Venid á mí, hijos pródigos, á mí, que soy padre bondadoso, y tengo reservada para vosotros la mejor túnica; venid, y yo os recibiré con amor y ternura en mi casa. *Venite ad me.* Aunque os veais cargados de muchas culpas y de muy graves pecados, venid, pecadores, venid á mí, dice Jesucristo, y yo otorgaré el perdón á los arrepentidos.

No dejeis, pecadores, que pasen los dias de la misericordia. Apresuraos á salir del estado de la culpa. Mañana quizá no habrá ya para vosotros mas que justicia, justicia inexorable, y hoy se os ofrecen los ricos tesoros de las divinas misericordias. Hoy te puedes salvar, pecador, y acaso mañana tengas asegurada tu condenacion. Hoy te oye Dios, y mañana te repelerá con su brazo. Hoy te llama, y mañana quizá no querrá oírte. Aprovechate de la luz mientras la hay, antes que vengan las tinieblas en que no podrás obrar.

No permitais, Dios mio, que los cristianos desoigan la voz de vuestra misericordia. Acogedlos como amoroso padre, y recibidlos en la casa de vuestra gloria. Amen.

SERMON

sobre la epistola del cuarto domingo despues de Pentecostés.

*Existimo enim quod non sunt
condignæ passionēs hujus tempo-
ris ad futuram gloriam, quæ re-
velabitur in nobis.*

(Ad Rom., 8, 18.)

Pienso que todo cuanto padezca-
mos en el mundo no nos hace dig-
nos de la futura gloria que se mani-
festará en nosotros.

SIEMPRE que tratemos de estudiar al hombre ó al gé-
nero humano, tendremos que ir por precision á buscarle
en el Paraiso. Allí, como en una mansion de felicidad, el
hombre no habria experimentado nunca las tristezas y mi-
serias que forman hoy la primera ley de la vida humana;
pero arrojado, como desobediente, del Paraiso, donde la
bondad de Dios le colocara, no hay para él en la tierra
mas que espinas y abrojos, debiendo regar con el sudor
de su rostro el pan que le sirva de alimento. *Spinās et
tribulos germinavit tibi... in sudore vultus tui vesceris
pane* (1).

(1) Genes., 3, 19.

Este es el destino del hombre en la tierra: trabajos, tribulacion, lágrimas, miserias, dolores, muerte: destino espiatorio, destino terrible, destino perpetuo de la humanidad, de que no puede evadirse en su peregrinacion por la tierra. Para tantos dolores, para tantos trabajos, para tantas tristezas, para tanto sufrimiento, necesario es haya una virtud que preste al hombre fuerzas, y le haga mirar como bienes los mismos males. Esta virtud es *la paciencia*: virtud sin la cual todo es para nosotros mal, y con ella todo es para nosotros bien.

¿A dónde volvemos la vista que no descubran nuestros ojos motivo para que deje de sentir el corazon? La vida es amargura, tribulacion, valle de lágrimas. Por lo pasado, por lo presente, por lo futuro, en todas partes, la tristeza nos levanta obstáculos para que no podamos hacer el bien, y la adversidad azota, no nuestras espaldas, sino nuestros corazones. A la caña ó al junco en la corriente de los rios los sostiene su raiz contra el continuo oleaje de las aguas; y al hombre, puesto en la corriente de las impetuosas aguas de la tribulacion, ¿no ha de sostenerle nada contra el azote de la desgracia?

El cristianismo, señores, que es una perpetua y eficaz medicina para los males del hombre caido, le suministra paciencia y grandes motivos para conservarla y ejercerla. De las utilidades de esta virtud voy á hablaros, haciéndoos ver que

La paciencia convierte para nosotros los males en eternos bienes.

Existimo enim, etc.

Ave María.

La paciencia, como virtud moral, remueve la tristeza que causan en nuestro ánimo los males y adversidades, y que nos impide resistir al ímpetu de las pasiones, y hace sucumbamos bajo el peso de la desgracia. Siéndonos como connaturales los males, á causa del original pecado, natural y como necesaria es tambien la tristeza que de ellos se origina: de donde se infiere que la paciencia nos es necesaria, no como otras virtudes que lo son para determinados casos, sino en todo tiempo, en toda ocasion, en toda hora, en todo instante. Porque, ¿hay en la vida humana un instante siquiera en que el hombre pueda decir: *no padezco*? ¿Le cierra una vez los ojos el sueño sin que pueda decir: *no he sufrido ó temido hoy un nuevo mal*? ¿Hay una alegría, un placer, una fiesta en que pueda decir: *mi corazon está lleno*? Luego, á la manera que es necesario al hombre el sustento para poder vivir, le es necesaria la paciencia para soportar la vida. Sin el sustento, muere el hombre; sin la paciencia, no puede el hombre vivir.

Es decir que, por nuestro propio interes, por el interes de vivir una vida menos desgraciada, debemos adquirir la virtud de la paciencia, y, conservándola, podemos decir, con Clemente Alejandrino, que poseemos todos los bienes.

En efecto: si atentamente consideramos cuál es la causa de nuestras imperfecciones y de nuestros males, veremos que, de un modo ó de otro, directa ó indirectamente, lo es nuestro amor propio, que herido y exaltado al vernos nosotros mismos sin salud ó sin bienes, hace mas amargas nuestras desgracias, y envenena la punta del puñal que introduce la adversidad en nuestros corazones. Habitándonos á soportar con paciencia los males y adversidades, estas mismas adversidades y estos males amortiguan el amor propio, y quitan así mucho jugo y mucha intensidad á los dolores y aflicciones de la vida humana.

Pues viendo que una fiebre, que una desgracia nos reduce tan fácilmente á un estado de debilidad é impotencia, conoce el hombre que no es sino miseria, flaqueza y corrupcion, y que poco á poco va convirtiéndose en polvo, que es la materia de que fue formado. Refrenado de este modo el amor propio, no hay en nosotros ni tanta soberbia, ni tanta susceptibilidad, y por consiguiente ni tanta sensibilidad. Es decir, que la paciencia no solo nos da fuerzas para soportar los males, sino que los disminuye, así en número como en intensidad.

De tanta importancia y necesidad es esta virtud, que sin ella no puede subsistir ninguna otra. La humildad no puede ser una verdadera virtud, si con la paciencia no soporta los oprobios y desprecios. No puede ser verdadera virtud la pobreza, si con la paciencia no soporta gustosamente la miseria, el hambre, la sed y las otras privaciones. Ni aun puede ser verdadera virtud la caridad, si con la paciencia no tolera las flaquezas de los prójimos, y aun las de los enemigos. Por cuyo motivo ha dicho Tertuliano que no hay una virtud que no tenga por compañera, y aun por guia, á la paciencia. *Nulla est virtus quæ non comitem, imo et ducem habeat patientiam* (1). «La paciencia, dice el mismo Tertuliano, fortifica la fe, gobierna la paz, ayuda al amor, instruye á la humildad, rige la carne, guarda el espíritu, sujeta la lengua, contiene la mano, vence las tentaciones, repele los escándalos, consume el martirio, consuela al pobre, modera al rico, deleita al fiel, atrae al gentil, y en toda edad y en todo sexo es hermosa (2).» «La paciencia, dice San Cipriano, nos guarda y recomienda á Dios, templá la ira, refrena la lengua, gobierna la razon, guarda la paz, rige la disciplina, quebranta el ímpetu de la concupiscencia, comprime la violenta soberbia, templá el poder de los ricos, socorre la

(1) Lib. de Patient., cap. 11. (2) Lib. de Patient., cap. 15.

miseria de los pobres, fomenta en las vírgenes su feliz integridad, en las viudas su castidad, en los casados el amor; nos hace humildes en la abundancia, fuertes en la adversidad, sufridos contra las injurias; combate las tentaciones, sufre la persecucion, consume los martirios (1).» «Si quieres subir, dice San Basilio, á la cumbre de la perfeccion, adquiere la paciencia, que es muy grande virtud del alma (2).» «La paciencia, dice San Gregorio, es la raiz y la guardadora de todas las virtudes (3).»

Así, no debemos extrañar haya dicho Jesucristo que con la paciencia seremos dueños de nuestras almas; lo cual podria equivaler á decir que seremos fuertes ó dueños de nosotros mismos. La verdadera fortaleza está en la paciencia. Job, soportando pacientemente los insultos de los ismaelitas, los de su propia mujer, los de sus amigos, las enfermedades, la pobreza y los trabajos, fue mas fuerte que Sanson venciendo á los filisteos. Josef, sufriendo con paciencia el odio de sus hermanos, el destierro, la esclavitud, la calumnia y la cárcel, fue mas fuerte que cuando con su sabiduría subyugó á Faraon y todo Egipto. David fue mas fuerte venciendo la envidia de Saul, que derribando al suelo á Goliath; y mas fuerte que el que toma por asalto ciudades es el que soporta sin impaciencia la prueba y la tribulacion.

Muéstrase lo que es un hombre por la paciencia en los trabajos que le afligen. Los sabios y los héroes no se darian á conocer como tales, ó dejarian de merecer esos gloriosos nombres, si en el dia de la prueba no se mostrasen superiores á sus propias desgracias. «Por la paciencia, dice el Espíritu-Santo, es por donde se muestra la sabiduría del hombre.» *Doctrina viri per patientiam noscitur* (4). «Y tanto mas docto, dice San Gregorio, se muestra el hom-

(1) Lib. de bono patient. (2) In admonit. ad filium spir.

(3) Hom. 35 in Evang. (4) Prov., 49.

bre, cuanta mayor paciencia mostrare.» *Tanto quisque doctus ostenditur, quanto patiens fuerit* (1). Jesucristo, pues, mostró mas su sabiduría en la suma paciencia con que soportó tanta afrenta, tantos tormentos y tan cruel muerte, que en sus discursos y parábolas. Los mártires y los santos, con la paciencia es con lo que han dado á conocer su doctrina, la doctrina divina que profesaban, y por la cual morian. Viéndolos el mundo alegres y serenos en medio de los horribles tormentos á que se les sometia, dedujeron que no podia dejar de ser verdadera y divina la fe por que se sacrificaban. Por manera que podemos decir, con San Ambrosio, que la paciencia es madre de fieles, como decimos que la sangre de los mártires es semilla de cristianos (2).

El cristiano, sobre todo, es el que ha de darse á conocer como tal, por la paciencia que muestre en los trabajos y adversidades. En la historia romana se lee que habiendo el jóven Cayo Mucio pasado al campamento del rey Porsena, que sitiaba á Roma, fue apresado por los soldados sitiadores, y conducido al tribunal que habia de juzgarle por el delito de haber asesinado al secretario del rey pensando que era el rey mismo: «Ciudadano romano soy, fue lo primero que respondió el jóven, y es propio de romanos el hacer y sufrir grandes cosas.» *Facere et pati fortia, romanum est*. Si, pues, era propio de los romanos el saber sufrir grandes trabajos por su patria, aun es mas propio de cristianos el sufrirlos por ganar la gloria.

El Apóstol San Pablo, en la epístola y capítulo de donde he tomado las palabras de mi tema, alega muchos argumentos para animarnos á soportar con paciencia toda clase de trabajos. Si Jesucristo ha padecido, ¿por qué no hemos de padecer nosotros? ¿Cómo quieren eximirse los soldados de la ley á que se ha sujetado el caudillo? Ha-

(1) Lib. 2 in Ezeq., Hom. 24. (2) Lib. 1, Epíst. 4.

biendo padecido la cabeza, ¿cómo no quieren padecer los miembros? ¿Cómo no quieren padecer los hijos habiendo padecido tanto el padre? ¿Cómo quieren no experimentar la tribulacion los culpables, habiendo pasado por ella y anegándose en ella el inocente por naturaleza? ¿Ha de ser de mejor condicion el discípulo que el maestro, y el siervo que su señor? ¿No es la cruz nuestro estandarte? ¿Y significa la cruz mas que el sacrificio y el martirio? *Si tamen compatimur.*

Pero si padecemos con Cristo, es decir, si imitando la paciencia de Cristo y por Cristo toleramos gustosos los trabajos que el Señor nos envia, tambien se nos ofrece por ello la gloria del Hijo de Dios. *Ut et conglorificemur.* Ha de proporcionarnos ó ganarnos nuestra paciencia una gloria, no como quiera, sino la misma gloria de Cristo; pues si el padecer nos ha de ser comun, el gozar ó el premio debe tambien sérnoslo. ¿Quién no querrá padecer con Cristo, para con Cristo gozar? Además, ¿qué comparacion hay entre la intensidad de nuestros dolores ó trabajos, por grandes que sean, y la gloria que se nos promete? ¿Qué comparacion hay entre padecimientos de un dia ó de un siglo, con el eterno premio que se nos ofrece? *Non sunt condignæ pasiones hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis.* ¡Padecer un dia, y gozar eternamente! Si pudiera Dios ser injusto, diríamos lo era en esto: en darnos un premio muy superior al trabajo. Por eso, y para que nuestro trabajo ó nuestra paciencia tenga en cierto modo un mérito infinito, debemos asociarnos, padeciendo, al Hombre-Dios paciente; y de este modo, é identificados con sus padecimientos los nuestros, tienen en sí un sobrenatural mérito que en otro caso no tendrían; como no le tuvieron aquellos trabajos ó pruebas que con tanto heroismo soportaron muchos filósofos gentiles.

No nos empeñemos en huir de los padecimientos y trabajos; ellos vendrán á buscarnos do quiera nos encontremos.

mos. Es destino general de las criaturas el padecer, y no le es dado al hombre evadirse de esa ley. «Toda criatura, dice el Apóstol, llora y padece, y ha llorado y padecido hasta hoy.» *Omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc.* Recorred los campos y las ciudades, penetrad en las casas, hablad á las familias, oid todas las historias secretas ó particulares, y estoy seguro de que, mas querreis, como decia Solon, quedaros con vuestros propios trabajos, que tomarlos del comun acervo de los trabajos extraños. No mires como trabajos tuyos los que son trabajos comunes á todos.

Este cuerpo que padece, padeciendo es como ha de ganar la resurreccion gloriosa que le está reservada. Padeciendo se hará impasible, y sufriendo se hará glorioso. Esta esperanza debe animarnos en nuestros trabajos y adversidades. Atravesando el rio de las tribulaciones nos mojamos el pie, pero es para pasar á la orilla, que es jardin amenísimo. Ni tampoco estamos solos ó abandonados á nosotros mismos en nuestros trabajos, sino que el Espíritu-Santo ayuda á nuestra flaqueza y pide por nosotros. Con tal auxiliador nada debemos temer, y por nada nos debemos acobardar. *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram, et postulat pro nobis.* Y no puede dejar de ayudarnos toda vez que nos ayuda á realizar nuestra predestinacion, y nuestra predestinacion es el ser conformes al Hijo de Dios, así en paciencia como en gloria. A estos que padecen llama Dios sus amigos y escogidos; y estando Dios con ellos, ¿qué pueden ya temer? «Si quieres estar, dice San Agustin, exento de trabajos, escluido estarás del número de los fieles (1).» «Pon siempre, dice Tertuliano, cerca de Dios tu injuria, y él será vengador; pon tu daño, y él será tu restituidor; pon tu dolor, y él será tu médico; pon tu muerte, y él te resucitará.»

(1) Lib. de Part.
TOMO IV.

Todo se convierte en bien para el que sabe sufrir. Los males mismos, que son como necesarios, los convierte la paciencia en voluntarios; por manera que en sufrirlos después que se presentan, contraemos el mismo mérito que si los sufriésemos por haber ido voluntariamente á buscarlos. La miseria, el hambre, la enfermedad, los trabajos, siendo todo esto un mal, y un mal muy amargo, lo convierte en bien la paciencia: poder que parece usurpa á Dios, que es quien de los mismos males saca bienes. Las desgracias son oro con que compramos la eterna dicha.

Si, pues, nuestros ojos han de derramar siempre lágrimas; si tantas utilidades nos trae la paciencia y tantos motivos tenemos para ejercerla, ¿quién no querrá padecer para sacar del padecimiento tanto provecho? «No me quites, Señor, esta cruz, decia San Francisco Javier, sino dándome otra mayor.» O padecer, ó morir, era el suspiro de Santa Teresa. «Aunque fuera sufrir diariamente por un poco tiempo el infierno, dice San Agustin, para hacernos dignos de ver á Cristo, seria poco (1).» «Tanta es la gloria que espero, decia San Francisco, que toda pena, toda dolencia, toda humillacion, toda persecucion, toda mortificacion me deleita. Los padecimientos de esta vida no son dignos de la remision que se concede á nuestras culpas pasadas, de los consuelos que al presente se nos prodigan, y de la gloria que para lo futuro se nos promete (2).» Algunos santos han deseado fuese mas larga la vida para mas y mas padecer. Por otra parte, ¿hay un mal que por nuestras culpas no merezcamos? ¿Tan limpios nos hallamos de manchas que no necesitemos lavarlas con las aguas de la tribulacion? Y por muchos que sean nuestros trabajos y nuestras cruces, ¿igualan á la que por nosotros llevó Jesucristo? Animo, pues, cristianos: ánimo para padecer, supues-

(1) Serm. 2, de festo omn. Sanct.

(2) De convers., ad cler., cap. 30.

to es tan grande el premio que ha de darse á nuestra paciencia. Recibamos los bienes y los males bendiciendo, como Job, la mano de Dios que los envia; y así recibiremos dobles bienes, bienes eternos en la gloria. Amen.

Sermones que pueden aplicarse á esta misma epístola.

1.º *En las desgracias y calamidades no hemos de buscar consuelo mas que en Dios.—Tomo primero.*

2.º *Diferencia entre el bueno y el malo cuando se encuentran en la adversidad.—Tomo segundo.*

3.º *Obligaciones del enfermo respecto de la curacion de su alma.—Tomo tercero.*

4.º *Designios de Dios en los trabajos de los buenos y en la prosperidad de los malos.—Tomo idem.*

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

*Duc in altum, et laxate retia
vestra in capturam... noli timere:
ex hoc jam homines eris capiens.*
(Luc., 5.)

Lleva la nave á alta mar, y echad
vuestras redes para pescar... no te-
mas: en lo sucesivo cogerás ó pes-
carás hombres.

ADMIRANDO las turbas aquella superior y celestial doc-
trina que Jesucristo les predicaba, le seguian atentas y so-
lícitas, deseando les volviese á dirigir sus palabras de vida
eterna. Un dia en que Jesus se hallaba junto á las aguas
llamadas mar de Galilea, lago de Genesareth y mar de
Tiberíades, viose el Salvador acometido, digámoslo así,
por una multitud de gentes, ansiosas de oir su santa pala-
bra. En esto vió Jesucristo dos navecillas ó lanchas en la
ribera, y dos pescadores ocupados en limpiar sus redes; y
entrando en una, que era de Simon, le mandó la apartase
un poco de la tierra, y sentado allí, principió á hablar á las
gentes que le seguian. Luego que Jesus hubo concluido su
discurso, ordenó á Simon condujese la navecilla á mas alta

mar y echase sus redes á lo profundo. Simon, que acababa de pasar la noche en aquellas aguas sin pescar nada, se lo dijo al Señor, pero añadiendo que en nombre suyo arrojaría al mar la red: hecho lo cual entró en ella tan grande multitud de peces, que se vió obligado á llamar á otros pescadores para que le ayudasen á sacar del mar la red, próxima á romperse. Admiráronse todos de tal suceso, y Simon Pedro quedó como confundido viendo tan cerca de sí al Señor, suplicándole se retirase de la compañía de un hombre pecador. El Señor le dijo: «No temas: en adelante serás pescador de hombres.» *Duc in altum, et laxate retia vestra, etc.*

Grande es la guerra que hacen á la Santa Sede sus implacables enemigos. Es verdad que esa barquilla, para que saque desde ella cargados de hombres las redes el ilustre pescador que la conduce, tiene que sufrir las pruebas de la tempestad, como las pruebas de la calma; pero diez y nueve siglos de triunfos y de beneficios, ¿no bastaban ya para que se rindiesen á la luz y se confundiesen ante su impotencia los enemigos del Papa? No han bastado, por lo visto, ó no se quieren para el porvenir los principios que han salvado la sociedad hasta el presente. ¡Error inconcebible, que quizá cueste mucha sangre á esta Europa civilizada!

Por eso, siguiendo el espíritu del presente Evangelio, voy á defender una importante y doble verdad, que conviene no olvidar nunca, y menos en estos tiempos. Tiene que ser Pedro quien eche en el mar, en nombre de Cristo, la red, para que en ella entren los peces. Quiero decir que

Sin el Papa no puede subsistir la Iglesia: lo vereis en la primera parte; y que sin el Papa no puede salvarse la sociedad: lo vereis en la segunda.

Ave María.

PRIMERA PARTE.

Ya sé que he dicho una verdad trivial al anunciar que sin el Papa no puede subsistir la Iglesia; pero observando que en esta época, y antes de esta época, hay un decidido empeño en separar entre sí dos cosas inseparables, como lo son el cristianismo y el catolicismo, la Iglesia y el Papa, hay necesidad de insistir en que el cristianismo no vive mas que por el catolicismo, ó, lo que es igual, por el Papa. Para pescar á los hombres es preciso que sea Pedro quien eche en el mar del mundo las redes.

Ese decidido empeño de separar lo que es inseparable, tiene que dar por resultado un escepticismo universal. Los que quieren una Iglesia sin Papa, no quieren Iglesia; y los que se estasian al hablar del Evangelio ó del cristianismo sin querer el catolicismo, es decir, sin querer el yugo de la autoridad, la autoridad del magisterio, el magisterio del cuerpo de pastores, bajo la direccion de Pedro que tiene que confirmar en la fe á sus hermanos, esos ni quieren el cristianismo, ni quieren, como es claro, la fe, que significa sumision, ni quieren el Evangelio, cuyas máximas, por otra parte, tanto ensalzan. La religion, segun que constituye una verdadera y fuerte necesidad del hombre y de los pueblos, no puede ser un sentimiento vago que nosotros á nuestro gusto hayamos de desenvolver, dirigir y perfeccionar; porque en lucha siempre con nosotros mismos, dominados generalmente por las pasiones y los sentidos, que tanta influencia ejercen en nuestra vida,

el sentimiento religioso, tan vago como es cuando no es católico, se evaporaría con facilidad suma; y el cristianismo, sin el principio de autoridad que el Papa representa, sería un conjunto de doctrina admirable; pero no sería una religion tal cual el hombre y los pueblos la necesitan, contra sus densas oscuridades y aberraciones el primero, y contra sus estravíos siempre crecientes los segundos. Y aun la palabra cristianismo no está propiamente usada cuando los que la pronuncian ó la escriben no la consideran como inseparable del catolicismo ó del Papa; pues al dejarnos el Divino Maestro una regla que seguir, no lo hizo para que nosotros la interpretásemos segun nuestro particular juicio, sino sometiéndola únicamente al magisterio público que estableció en su Iglesia, cuya voz no podemos desoir sin desoir á Jesucristo.

En las cosas de la religion es necesaria una regla infalible, ya que nos obligan á tanto, y por lo mismo que se trata de facilitarnos el camino de la salvacion eterna. Para el hombre que alcanza poco debe haber una luz que le guie: no llegamos á la tierra prometida si no nos conduce una columna de nube en el dia, y una columna de fuego en la noche. Pues esa regla infalible contra las decepciones de nuestros juicios, esa luz contra las oscuridades de nuestro espíritu, esa columna de nube en el dia de nuestra razon, y esa columna de fuego en la noche de nuestros escesos, es el Papa, cabeza de la Iglesia, sin el cual no se concibe en ella gerarquía, ni infalibilidad, ni estabilidad, ni principado principal, ni cátedra única que retenga á todos en la unidad. Sin esta cabeza no hay cuerpo, sin este Pastor no hay pastores, sin este Doctor no hay doctores, sin este Padre no hay hijos, sin este Maestro no hay discípulos, sin este Capitan no hay soldados, sin este Sacerdote no hay fieles; y donde no hay fieles, ni soldados, ni discípulos, ni hijos, ni doctores, ni pastores, ni cuerpo, no hay Iglesia. Sin el Papa, pues, no hay Iglesia.

Por eso se observa que aquellos que han querido ó quieren hacer la guerra á la Iglesia, se la hacen primero, y encarnizadamente, al Papa. Herido el pastor, luego se dispersan las ovejas y los corderos. Pareciéndoles que es empresa demasiado atrevida levantarse de frente contra la Iglesia, se encaran con el Papa, recurriendo á ardides de palabras ó á confusiones de cosas. Unas veces usando la ya odiosa frase de curia romana; otras protestando que no se trata de las cosas de la fe, y otras haciendo alarde de su amor á las prerogativas de los pueblos, lo cierto es que las saetas salen del arco dirigidas al corazon, al Papa, como Papa; al Papa, como maestro; al Papa, como piedra sobre la cual está fundada la Iglesia; á la Iglesia, en fin, que no puede vivir sin el Papa. Tanto en los cuerpos físicos como en los morales, tanto en los edificios como en los demas artefactos que salen de la mano del hombre, hay un punto, ó un resorte, que es el secreto de la vida y del movimiento; pues bien: eso que es la piedra angular en el edificio, y la savia en el árbol, y el alma en el cuerpo, y el sol en la naturaleza, y el eje en el globo, y las velas ó el vapor en la nave, eso, eso mismo es el Papa en la Iglesia. Nada vive sin él, nada crece sin él, nada se mueve sin él, nada sin él fructifica. La esperiencia confirma todas mis aseveraciones. Un dia en el Norte de Europa se levantó un genio díscolo á predicar contra el abuso de las indulgencias, cuestion que, mirada superficialmente, parecia no tener nada de comun con el pontificado y con la Iglesia; y, sin embargo, esa cuestion tomó luego, al instante, colosales dimensiones, y á pesar de los grandes esfuerzos de prudencia y de las grandes muestras de saber que hizo y dió la Santa Sede en aquellas circunstancias, la cuestion, por parte de sus promovedores, llegó á su término, es decir, á emanciparse del pontificado, á constituir una Iglesia puramente humana, á sostener tantos errores cuantas eran las cabezas, y á dejar en el seno de Europa

y del mundo un gérmen de revoluciones religiosas, políticas y sociales, cuyos frutos estamos cogiendo. No se toca al Papa ó á su autoridad sin tocar á la Iglesia ; no se conserva puro el Evangelio si no hay un magisterio público, divinamente establecido, que le lea y explique. No podemos salvarnos sin el Papa ; no podemos entrar en el reino de los cielos si Pedro, con las llaves que le fueron entregadas, no nos abre las puertas.

Así es que mas, en cierta manera, que á los libros de osada impiedad, temo esos otros que, bien filosóficos, bien religiosos, ó bien políticos, predicán el cristianismo, pero un cristianismo sin otro maestro ni intérprete que el juicio particular ; ensalzan el Evangelio, pero el Evangelio sin la autoridad de la tradicion y de la enseñanza eclesiástica ; y hablan mucho del sentimiento religioso y de las ideas religiosas, pero sin direccion suprema y autoritativa sobre el individuo. El protestantismo y el racionalismo, que se llaman religiosos, no escriben mas que en ese sentido. Quieren ser cristianos sin ser católicos ; quieren ser Iglesia sin tener Papa ; quieren ser discípulos de Jesucristo sin querer estar subordinados á aquel á quien Jesucristo dió la mision de confirmar en la fe á sus hermanos. Sarmientos que se secan bien pronto separados de la vid. Aunque hablen mucho de la fe, aunque hablen mucho del sentimiento religioso, aunque hablen mucho de la caridad y del cristianismo, lo digo con franqueza, desconfio mucho de los libros y de los autores, cuando observo que no tocan ó no insisten en recomendar el principio de autoridad á que es correlativo el principio de sumision, cuyo olvido es la verdadera llaga adonde en esta época, y como vulgarmente se dice, debemos llevar el dedo. Por eso los sistemas de libre exámen en literatura, en religion ó en política, proclamados en el sentido absoluto, entendedme bien, en el sentido absoluto en que suelen proclamarse, tienen, mas tarde ó mas temprano, que ponerse en pugna

con el Papa, que personifica el principio opuesto, es decir, el principio de autoridad.

La redencion que se verificó por Jesucristo tiene que perpetuarse por su Vicario, á quien, en la persona de San Pedro, comunicó el Salvador la plenitud de poder que habia recibido de su Padre; y como todo el que ejerce un gran poder debe considerarse como mártir ó en disposicion de serlo en beneficio de su pueblo, para ser elevado á la gran dignidad de cabeza visible de la Iglesia era preciso ofrecer la mas grande garantía, que es el amor, el amor, que da fuerzas para padecer: garantía que dió San Pedro cuando, antes de constituirle Vicario suyo, le preguntó Jesucristo si le amaba; y garantía que supo hacer efectiva muriendo y partiendo la victoria en la muerte con otro compañero con quien antes la habia partido en los combates. En aquella Roma, metrópoli del mundo conocido, y ciudad tan eminentemente práctica como Grecia era científica y especulativa; allí, en la dominadora de las naciones, debia fijar su Sede y morir el primer Vicario de Cristo, y desde allí dirigir *urbi et orbi* sus dos Cartas, en la primera de las cuales hay una dignidad y un vigor de que todavía participan las solemnes palabras de sus sucesores; y en la segunda, que puede ser considerada como el testamento del jefe de la Iglesia, usa ya una de sus innatas prerogativas, condenando las doctrinas y malas artes de los falsos doctores, y aprobando los escritos de San Pablo, que presenta como regla á los fieles.

Nada importa que martiriceis á los Papas; ese es su destino; no es destino de gloria, sino de muerte. Por eso los llamamos *Santísimos*, porque los veneramos ya como mártires. Matareis un Papa; pero quedará realizada la institucion. Será encerrado un Pontífice en el calabozo y en las prisiones; pero por la ventana de su cárcel arrojará este Pontífice á la calle un pergamino con algunas palabras mal escritas por su mano octogenaria,

con un alfiler ó con un lapicero , y este pergamino removerá el mundo, hará temblar á los fuertes, sostendrá á los débiles y confundirá á los soberbios. ¡Miserables imbéciles!... Pero no puedo detenerme en esto mas: hemos visto que sin el Papa no hay cristianismo ni Iglesia, que era la primera proposicion: veamos ahora cómo *sin el Papa no puede salvarse la sociedad*, que es la

SEGUNDA PARTE.

La navecilla de la Iglesia ha llevado siempre consigo la suerte de los pueblos. Con las luces y la civilizacion del imperio romano, que habia sabido apropiarse; con los adelantos científicos de las célebres escuelas de Alejandría y Antioquía, que hizo sirviesen á su objeto; con su mision, y con la unidad de su sólida gerarquía, la Iglesia es, desde Roma, la tutora de la sociedad en su infancia; prepara los adelantos progresivos para las edades posteriores, y despide los rayos de su luz á una inmensa circunferencia que los mares no pueden cortar, ni los mas altos montes reducir, ni los siglos mas bárbaros cambiar. Los Papas, no en el interes de las usurpaciones que inmerecidamente se les atribuyen, sino en el de la civilizacion que representan, es como han ejercido siempre su influencia. Condenando las herejías y desenvolviendo la doctrina de Jesucristo, comenzaron desde un principio á guiar con la luz de la verdad á los pueblos extraviados. Cuando la sociedad entraba en un período difícil y peligroso, Dios la deparaba un Pontífice hábil. San Leon el Magno es la mas gloriosa personi-

ficacion de la influencia ejercida por los Papas en todos los siglos, y especialmente en los primeros, cuando la civilizacion cristiana tuvo que luchar á la vez con la herejía y con la barbarie. Deteniendo al jefe de los hunos y al jefe de los vándalos á las puertas de Roma, salva al mundo, y adquiere ya el primer título á la soberanía temporal de la antigua ciudad de los Césares. San Gregorio el Magno personifica la civilizacion de Inglaterra. Anastasio II veia, en el augusto discípulo de San Remigio, la esperanza de la Iglesia y de los gaulas. El Papa Sergio confia la conversion de los frisonos al sacerdote Wilibrord, y Gregorio II encarga al infatigable Bonifacio la conversion de la Alemania. Silvestre II, que representaba toda la ciencia de su tiempo, concibe la primera idea de las Cruzadas; idea que, realizada luego por interes puramente cristiano, causó en el mundo una revolucion tan provechosa para todas las civilizaciones. Gregorio VII se propuso salvar con el catolicismo al mundo, y regenerar, digámoslo así, por la accion central del pontificado el poder espiritual y el poder político; y en unos tiempos de violencia como aquellos, en que se sentia la necesidad de una influencia moral capaz de sujetar la brutal fuerza de los poderes temporales, el pensamiento del gran Pontífice fue acogido con entusiasmo, y produjo los resultados que no han querido apreciar los detractores de ese eminente Papa. Con la preponderancia del principio religioso, en tiempos del eminente Inocencio III, tan censurada hoy por los hombres que no quieren estender su vista mas allá de lo que les rodea, nació y comenzó á desarrollarse todo lo grande, que hace ahora, como hizo entonces, las glorias de la civilizacion europea, que es propiamente civilizacion pontificia. Bonifacio VIII, mas censurado de lo que merece serlo, sin duda porque no quieren reconocerse las dificiles circunstancias en que gobernó la Iglesia, no se propuso otro fin que evitar, por todos los medios posibles, la guerra, que tanto pesa sobre los

pueblos; y si quereis que os hable de Alejandro VI, de aquel Borgia, os diré que su pontificado ofrece el hecho importante de haber sometido la turbulenta aristocracia de los Estados romanos, y el no menos apreciable de haber protegido la Europa contra los sectarios de la Media-Luna, representantes de la nueva barbarie que se le venia encima. Por manera que, aun los Papas mas defectuosos, han hecho muchísimo en favor de la civilizacion. Julio II, belicoso, con su corazon de guerrero, y Leon X con su ardiente alma de artista, cada uno llena en su época una mision importante; el primero contra los venecianos, y el segundo contra los protestantes. Cada uno tuvo su destino que cumplir, y ambos supieron realizarle. Paulo III, Julio III y Pio IV brillan con las glorias de Trento, y Pio V con las de Lepanto. Las artes y las letras deben mucho á la influencia del catolicismo, en tiempo de Clemente VIII. A Gregorio XV no le pagará nunca la civilizacion los servicios que la ha prestado con el impulso que dió á las misiones extranjeras. Al gran Lambertini no le olvidarán nunca los sabios. Abreviemos: Pio VI brilla como un sol enmedio de las oscuridades revolucionarias, y resplandece como una angelical virtud enmedio de una sociedad de crímenes. Pio VII, como leon que despierta, presenta una resistencia apostólica al tirano de Europa. Leon XII merece el nombre de hábil reformador. Gregorio XVI es una de las modernas glorias de la Santa Sede; y Pio IX, que felizmente reina, el mejor, y el mas noble, y el mas grande de los corazones, en la peor y en la mas ingrata y pequeña de las épocas.

Pido que se me disimule si he recordado cosas que son de todos sabidas. Lo pasado nos trae á lo presente, y todavía mas necesario que antes es ahora el Papa para salvar la sociedad. Cuando San Pedro y San Juan subieron en cierta ocasion al templo, les pidió limosna un cojo ó un paralítico, que se hallaba necesitado. «Míranos,» le dijo Pe-

dro, y los miró. «Oro y plata no tengo, añadió el príncipe de los apóstoles; pero lo que tengo te doy. En nombre de Jesucristo, levántate y marcha.» Lo mismo dice el Papa á las naciones: Miradme... y levantaos y marchad. Las naciones, que están como paralíticas, no pueden levantarse si no miran al Papa. El siglo xix no puede marchar si no mira al Pontífice. ¿Qué busca el siglo xix? Aunque os parezca una paradoja, busca la unidad. La escuela histórica de Berlin, bien sea la que sigue el dogmatismo absoluto, sin cuidarse de las fórmulas abstractas y exclusivas, y sin ver en el curso de los sucesos y en la aparición de los hombres mas que el desarrollo lógico de las ideas *à priori*, bien la que mira la observacion y la ciencia como los mejores guias para encontrar la verdad; ese espíritu analítico de la escuela escocesa; los sistemas de la razon pura; las filosofías trascendentales; las teorías políticas, desde la mas lata democracia hasta el poder uno mas ilimitado; toda esa actividad política; todos los esfuerzos de las inteligencias privilegiadas, todo tiende, aunque los medios no sean los mas acertados, á reconstruir en el hombre y en la sociedad la vida moral; y en la filosofía, en la política, en las letras y en las ciencias, el trabajo del siglo xix, su ambicion, su pasion es llegar á la unidad; á la unidad, sí, señores; porque quien busca para la historia una filosofía, es decir, una razon parcial y una razon suprema, como llave de los hechos, busca la unidad; quien con los auxilios del análisis quiera penetrar por todas las partes de una ciencia ó de una idea para encontrar su principio constitutivo y fundamental, busca la unidad; quien se adhiere á filosofías trascendentales, investigando la parte que estas tienen en todos los seres capaces de recibir su aplicacion y trascendencia, y el modo con que la idea madre se propaga con la actividad propia ó con la complexa de las facultades humanas, busca la unidad; quien por lo relativo va en investigacion de lo absoluto, busca la unidad; quien apela

la guerra, que tanto pesa sobre los

al sufragio universal, ó al sufragio mas limitado, busca por la induccion la unidad; y quien proclama el poder uno, uno, indivisible, busca la unidad por medio del axioma y del derecho. Los caminos no serán quizá los mejores ni los mas adecuados: no entro ahora á discutir esto; pero á buscar la unidad es á lo que se enderezan los esfuerzos que hace nuestra época para cimentar el presente y el porvenir en la paz profunda de un comun pensamiento.

Siendo, pues, la unidad, no solo la condicion indeclinable de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, sino un sentimiento enérgico de la época que vamos atravesando, el pontificado es hoy una institucion mas necesaria, si puedo decirlo así, que en los tiempos anteriores en que tanto la hemos visto brillar. Y no quiero decir con esto que los Papas hayan de resolver por sí mismos ó inmediatamente los arduos problemas que la filosofía, la ciencia, la historia y la política han traído á público debate: no; yo prescindiendo de las varias manifestaciones del sentimiento para elevarme al sentimiento mismo, y deciros, ó que no hay unidad, ó que los Papas han de sostenerla. Porque no hay unidad, no es posible la unidad sin ideas comunes; y no solo ideas comunes, sino ideas inmutables; y no solo ideas inmutables, sino ideas fundamentales; y no solo ideas fundamentales, sino ideas eternas. El Papa representa estas ideas fundamentales, las esplica, las desenvuelve, las conserva, las pone en relacion y contacto con el hombre como individuo, con el hombre como cristiano, con el hombre como miembro de la sociedad, con la sociedad, con el tiempo, con la eternidad.

El Papa ha satisfecho siempre las grandes necesidades sociales de su época. Cuando las ideas fundamentales eran adulteradas por la herejía, ó cuando la fuerza material oprimia á los pueblos, el Papa, condenando los errores y protestando contra los abusos de la autoridad, salvó siempre la civilizacion y la libertad. Nunca, sin embargo, lle-

garon á verse tan amenazados como ahora los principios tutelares de la humanidad, supuesto que enmedio de aquellas disputas y escesos habia respeto para algunos principios, y veneracion para algunas ideas; y si entonces, cuando todavía no estaba proclamada como una máxima absoluta la independendencia de la razon, el pontificado fue tan necesario, que sin su influencia y su autoridad hubiera la sociedad perecido, con mayor razon hoy habremos de recurrir á su direccion sublime y sagrada viéndonos en peligro de perder todas las verdades enmedio de las exageraciones de algunos principios y doctrinas, cuya aplicacion requiere restricciones muy prudentes. Nunca es mas necesaria la vigilancia de los padres sobre los hijos, que cuando estos juegan y se mueven sobre un terreno peligroso; y cuantos mas precipicios rodeen al sitio de las pueriles distracciones, mas viva, enérgica y necesaria tiene que ser la accion de los tutores. Hé aquí lo que hace hoy al Papa todavía mas necesario que nunca, como representante del *principio de autoridad*, que todo lo salva, contra el *exagerado* principio de *libre exámen*, que todo lo debilita ó lo destruye: mas necesario que nunca, como luz puesta sobre la montaña para iluminar á aquellos que buscan la verdad; como faro refulgente que sirve de guia á los navegantes que, cansados, buscan el puerto; como candelero que luce sobre un monton de tinieblas; como aurora que abre con sus dedos las puertas que tenian encerrado al sol... Este es hoy el Papa. Los que, propagando errores, piensan destruir la Santa Sede y hacer polvo el anillo del pescador, esos darán, sin quererlo, nuevo realce á los triunfos del pontificado; porque viéndose la sociedad próxima á ser sumergida en las olas de los delirios de los hombres, levanta sus ojos y su corazon hácia el Papa para decirle, como en otro tiempo á Jesucristo sus discípulos: *Salva nos, perimus*. Salva, Vicario de Jesucristo, salva los reyes y salva á los pueblos: salva las naciones y salva los

gobiernos: salva los principios y salva los intereses. Tu voz en virtud, tu voz en magnificencia, resuene de un extremo del mundo al otro, confirmando en la fe á tus hermanos, y siendo la *Piedra* de la Iglesia y de la sociedad. Sin el Papa no puede subsistir la Iglesia: sin el Papa no puede salvarse la sociedad.

Voy á concluir. Contra el Papa no hay palabra: contra el Papa no hay fuerza. En él, como que es una *Piedra*, se estrellarán todos sus enemigos: en él, como que es la verdad, encontrarán su confusion los sectarios. Calculad con cuánto respeto debemos oir la voz de Pedro, y someternos en todo y en todas partes á su juicio. Dios tiene otros ojos que los hombres. El hombre no ve mas que el dia de hoy, y en el dia de hoy la hora presente, y en la hora presente no ve mas que lo que se encierra en un círculo bien estrecho; y Dios ve el último dia de los tiempos, y subordina todos los sucesos al plan general que en el mundo se propone realizar la Providencia. Guardaos de los falsos doctores... que traen sobre sí mismos apresurada ruina. Guardaos de los impostores artificiosos que andan segun sus propias concupiscencias.

Oid á Jesucristo, que predica desde la navecilla de Pedro, y dentro de esta nave os salvareis en el tiempo, para salvaros en la eternidad. Amen.

SERMON

sobre el mismo evangelio, para una profesion religiosa (1).

*Relictis omnibus , secuti sunt
eum. (Luc., 5.)*

ESTAS, que podrian llamarse grandes solemnidades del espíritu, son una manifiesta condenacion de las pasiones mundanas, y una contraposicion sublime del imperio de la carne. Cuando la sociedad se ve invadida por un diluvio de doctrinas que proclaman como lícito el placer y como santo el egoismo; cuando llegan tiempos en que á todos los poderes se les disputa su legitimidad, y para el entendimiento no se quiere freno, ni para la voluntad se aceptan reglas; cuando el hombre no quiere ser súbdito de nadie, ni del deber, ni de la ley, sino de sí mismo, entonces el sacrificio, en su sentido absoluto y perpetuo, ofrece la mas

(1) Le prediqué en San Plácido de Madrid, en la profesion de tres hermanas, paisanas mias, año de 1852.

lisonjera perspectiva al cristiano, y al mismo tiempo una saludable lección á la sociedad.

Al tenaz é injusto empeño de no querer conocer, ya que no admirar, lo que hay de heróico y sublime en el sacrificio cristiano, tal como se consuma en virtud de la profesion religiosa, es debida, sin duda, la obstinacion de muchos hombres cuando atacan los institutos monásticos sin ningun género de miramientos. De esperar es, no obstante, que cuando hayan visto los estragos que la inmoralidad y la mas desenfrenada licencia causan entre las gentes; cuando hayan contado el número de víctimas que las pasiones sacrifican, y se persuadan de que hay en la humanidad algo mas que heridas y llagas corporales á que aplicar remedio, reconozcan el inapreciable mérito de los votos solemnes religiosos, no solo ante Dios, sino ante los mismos hombres, y ante esta misma sociedad que parece condenarlos.

Grande importancia han de tener á mis ojos las indicaciones que acabo de hacer, cuando en el principio del discurso, y con mi corazon conmovido, he podido prescindir del entusiasmo que en mi ánimo escitan las circunstancias de esta ceremonia, pocas ó ninguna vez, como aquí, reunidas. Todo, en efecto, es aquí singular; todo apropósito para que de ternura se parta el corazon. Tres hermanas que en un mismo dia se consagran para siempre á Dios en esta ejemplarísima casa: su propio hermano celebrando en ese altar el incruento sacrificio, para ofrecer con él á Dios el que hacen sus hermanas: su propia madre y otras dos hermanas sirviendo como padrinos en la tierna ceremonia; y, últimamente, el predicador, el que ahora tiene la honra de dirigiros la palabra, bautizado é instruido en la misma iglesia, educado en la misma escuela, y llevando, no en remoto origen, la misma sangre... aquí presentes tambien sus padres y los míos, y mucha parte del pueblo que nos ha visto nacer, correr y crecer... todo, repito, todo es aquí

tierno, todo es singular, todo es apropósito para servir de alimento aun á corazones que no fuesen tan sensibles y enérgicos como el mio.

Pero la materia ofrece de suyo tan ancho campo para consolar á los unos, para instruir á los otros y para edificar á todos, que no es posible prestar gran atencion aun á los mas tiernos accidentes. He llamado grandes solemnidades del espíritu á las que ahora se celebran en este santo retiro, y no puedo distraerme ni un momento de la manifestacion de tan importante verdad. Porque ¿qué es lo que vemos? Poca fe, poca esperanza, poca caridad: hé aquí lo que se observa por una parte: mucha insubordinacion, mucha codicia, mucha impureza: hé aquí lo que se observa por otra. Pues bien: la profesion religiosa, ese absoluto sacrificio que, en virtud de los votos solemnes, hace el alma, para entregarse totalmente á Dios, es un consolador espectáculo al lado de tantas miserias y prevaricaciones. Los que no atienden en el mundo mas que al órden material y corporal, cometen un yerro de inmensa trascendencia; ignorando ó afectando ignorar que en el órden moral, en el órden inteligente y el sobrenatural hay corazones que satisfacer, entendimientos que iluminar y conciencias que dirigir. Este es el órden mas alto y mas perfecto, no solo bajo el punto de vista sobrenatural, sino tambien bajo el punto de vista humano.

La profesion religiosa, por consiguiente, constituye el estado mas perfecto en el cristianismo y en la humanidad.

Unica proposicion, que me pondrá en el caso de desvanecer algunas preocupaciones que reinan tocante á las religiosas del claustro.

Vosotras, ¡oh nuevas esposas de Jesucristo! que acabais de levantar un muro impenetrable entre el mundo y vuestro corazon, prestad oido á mi palabra; porque si, hablándoos de vuestros nuevos deberes, puede arredraros,

os consolará muchísimo cuando os hable de vuestras esperanzas. Habeis escogido, os diré con Jesucristo, á María; habeis escogido la mejor parte y herencia. *Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.* Nadie podrá ya arrebatárosla.

Vos, Señor, que sois esposo de sangre, porque con la vuestra habeis rescatado nuestras almas, alumbrad hoy mi entendimiento para poder decir al mundo lo que gana un alma que todo lo pierde por vos, y lo que vos os complacéis en el sacrificio que de todo hacen estas almas que á vos se consagran. La causa, Señor, es vuestra y del catolicismo, cuya gloria hacen las vírgenes que sepultan su vida para siempre en la oscuridad del retiro y en las mortificaciones de la penitencia. Esta gracia os pedimos, poniendo por intercesora á la Reina y á la mas pura de las vírgenes, María Santísima, saludándola al efecto con el Angel:

Ave María.

Donde no hay sacrificio, no hay mérito; luego donde haya mayor sacrificio, hay mayor mérito; luego donde haya sacrificio absoluto y completo, allí está el mayor de los méritos, allí está la perfeccion, allí está la mejor parte.

Optimam partem. Comprendo bien que una época egoista, donde lo que se recomienda y lo que se busca no es el sacrificio, sino la satisfaccion de todos los apetitos, dé poca importancia, y hasta odie y abomine á las esposas de Jesucristo, que todo lo sacrifican por Dios; pero lo que no

podré nunca explicar ni comprender es que personas, por otra parte, virtuosas y de no vulgar talento, desprecien ó desconozcan lo que hay de perfecto en el estado religioso, lo que hay de heróico en su sacrificio, lo que hay de sublime en su abnegacion, lo que hay de angelical en su espíritu, lo que hay de magnánimo en sus resoluciones, lo que hay de preternatural en su constancia. Dícese muchas veces, como para rebajar el mérito de las religiosas del claustro; dícese muchas veces que donde hay un mérito sobre todo mérito es en ciertas instituciones ó congregaciones que se consagran al servicio de los enfermos, manteniéndose voluntariamente constantes entre los miasmas corruptores de los hospitales. Conocereis, señores, que, viviendo yo, por razon de mi destino (1), en frecuente relacion con alguna de esas instituciones ó congregaciones, he de ser su amigo, su defensor, su apasionado, y lo soy, en efecto, hasta el entusiasmo; pero soy todavía mas amigo de la verdad, y no puedo consentir que, con fin ó sin él, se estravien las ideas en una materia de tanta importancia, como que afecta á la perfeccion que recomienda el cristianismo.

¿Sabeis, señores, en lo que consiste la perfeccion ó la mejor parte? No consiste solo en dejar el mundo y sus bienes y sus esperanzas, sino en dejar la propia voluntad, y para siempre. Este es el gran sacrificio, y este es, por consiguiente, el gran mérito y la mejor parte. Muchos filósofos dejaron las cosas del mundo; pero como no supieron dejarse á sí mismos, no obtuvieron mérito ni galardón. No cuesta gran trabajo dejar lo que tenemos; pero cuesta grande el dejar lo que somos, es decir, el dejar la propia voluntad. Allí, pues, donde veais que ha quedado algo de nosotros mismos, es decir, algo de nuestra voluntad, ó

(1) El autor era entonces capellan mayor del Hospital General de Madrid.

nuestra voluntad, allí no hay todavía sacrificio completo; allí, por lo tanto, no hay todavía perfeccion. Cuando trateis de comparar estados con estados, y méritos con méritos, examinad si ha sido sacrificada totalmente la voluntad, y, mientras no lo sea, no hay estado perfecto. Por manera que, cuando oigo decir á algunas personas que tales ó cuales congregaciones que asisten á los enfermos contraen el mayor mérito que puede contraerse, por cuanto pudiendo salirse de los hospitales no se salen, no saben los que así discurren que precisamente en esa razon que alegan para ensalzar su mérito está la prueba que le rebaja. ¿Qué significa el poder salirse, sino que se han quedado con toda su voluntad? Será laudable, será meritoria, será heroica su conducta; pero no hay todavía sacrificio completo, como le hay en las religiosas, que, en virtud de los votos solemnes con que se consagran á Dios, se quedan ya sin voluntad, sin deseos y sin esperanzas, y para siempre.

Esta es la perfeccion, estos son los consejos evangélicos, este es el sobresaliente mérito. Aunque dejemos mucho, si no dejamos la voluntad, no dejamos sino muy poco. Aunque dejemos poco, si dejamos la voluntad y los deseos, dejamos muchísimo, lo dejamos todo. Los apóstoles, al seguir á Jesucristo, no dejaron mas que unas miserables barquillas y unas redes de bien poca importancia; y, sin embargo, se atreven á decir al Salvador: «Señor, todo lo hemos dejado por seguirte; ¿qué premio vas á darnos?» Y tenían razon en decir que todo lo habian dejado, con ser tan insignificantes cosas aquellas de que se habian desprendido. Tenían razon, porque dejaron la voluntad y los deseos, que es cuanto hay ya que dejar. *Ecce nos reliquimus omnia...* Este mismo es el mérito del estado religioso. Si las monjas no pueden ya dejar de ser lo que son, en eso precisamente consiste el mérito; en haberse quedado ya sin voluntad; y tan voluntarios y libres como son en ellas los votos solemnes que hacen en su profesion, tan vo-

luntarios y libres y meritorios son todos los demas actos que, á consecuencia de la profesion, practican por toda su vida en el claustro: el mismo mérito que acaban de contraer ahora esas esposas de Jesucristo haciendo su profesion, el mismo contraen y le aumentan con el fervor y la repeticion de actos en cada una de sus mas insignificantes operaciones de la vida monástica. La profesion religiosa, por consiguiente, constituye el mas perfecto estado en el cristianismo y en la humanidad. *Maria optimam partem elegit.*

Vivimos en un tiempo, señores, en que no puede dejarse sin rectificacion cualquiera idea mal concebida ó mal interpretada. Por eso me he detenido en esponer á vuestra religiosa consideracion el mérito, sobre todo mérito, de los votos solemnes que hacen las esposas de Jesucristo, materia acerca de la cual observo se sostienen algunas preocupaciones.

Hay aun otra preocupacion, muy general en esta época de materia y de positivismo, contra la vida puramente contemplativa de los institutos monásticos, y me permitireis tambien decir dos palabras para desvanecerla. El demonio trató ya de que se diese culto, digámoslo así, á los bienes materiales, cuando propuso á Jesucristo que convirtiese en pan las piedras del desierto; pero el Salvador, confundiendo al tentador, y dando con esto una leccion á los modernos economistas, le dijo que no vivia el hombre solamente con pan, sino tambien con la palabra que sale de la boca de Dios. *Non in solo pane vivit homo.* La parte superior en el hombre es el espíritu, y como alimento y guia, al mismo tiempo, del espíritu, la contemplacion de la verdad, y sobre todo de la divina verdad y de la bondad divina, constituye el estado mas perfecto de la criatura racional. Tan cierto es esto, que Platon, llamado el filósofo divino del paganismo, dice que el mejor de los Estados ó reinos seria aquel donde los gobernantes y los gobernados

se ejercitasen en la contemplacion de las verdades eternas, y practicasen las virtudes que recomienda la buena filosofía. Esto decia un pagano, á quien eran desconocidas las verdades que á nosotros nos hace conocer la revelacion; que si él hubiera tenido la fortuna de ser cristiano, habria agotado todos los recursos de su privilegiada inteligencia para dar á entender cuánta dulzura, y utilidad, y provecho, y entusiasmo se encuentra en contemplar á Dios y sus divinos atributos, y en subir la criatura, por medio del éstasis y arrobamiento, hasta el seno de Dios, y descansar allí en su regazo el espíritu, bebiendo, como sediento ciervo, el agua de las divinas consolaciones. Esto es demasiado árido, bien lo conozco, para los espíritus livianos de nuestros dias; pero que dejen en paz con su Dios y con sus divinos amores á las almas privilegiadas que el celestial Esposo elige para que sean sus íntimas amigas. No es dado á todos comprender esta palabra; pero, los que la comprenden, ¿por qué no han de practicarla?

La vida contemplativa es la vida mas perfecta. Muy ocupada se hallaba Marta en la vida activa, ó servicial ó ministrante, cuando se quejó á Jesucristo de que su hermana, la contemplativa María, no la ayudaba; y Jesucristo, con la dulzura que formaba su carácter, respondió á la querellante Marta estas palabras: «*María, dada á la contemplacion, ha escogido la mejor parte. Maria optimam partem elegit.*» Las que enseñan y las que curan han escogido buena parte; pero las que, como María, contemplan, han escogido *la parte mejor*. Hé aquí lo que digo á este siglo, que todo lo confunde, y que todas las ideas trastorna.

La religiosa escoge la mejor parte, porque profesando, y consagrándose, en virtud de su profesion, á Dios, halla infaliblemente y sin trabajo en el claustro el tesoro del reino de los cielos, que es aquel *unum necessarium* de que hablaba tambien Jesucristo á las hermanas Marta y María. Ese tesoro no se encuentra ni en el abismo ni en el mar, que

á cada deseo y á cada suspiro de nuestro corazon responden: *non est mecum*: no está conmigo, no le tengo yo. No se encuentra ese tesoro ni en las altas cumbres de la soberbia, ni en los hediondos goces de los placeres, que á cada paso nos gritan: *non est mecum*: no está conmigo, no le tengo yo. No se encuentra ni en el amontonamiento de las riquezas, ni entre los ofuscadores atractivos de los tronos, que á cada momento nos gritan: *non est mecum*: no está conmigo, no le tengo yo. No se encuentra ni en el bullicio del mundo, ni en las mas brillantes situaciones, que á cada instante nos gritan: *non est mecum*: no está conmigo, no le tengo yo. Lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y concupiscencia de la vida. Lo que hay en el mundo son pobres sin pobreza de espíritu, humillados sin humildad, desgraciados sin resignacion. El verdadero tesoro del reino de los cielos le encuentra la religiosa en los claustros; en la alegría con que sufre y se mortifica por Dios; en la dulzura que la causa el pensar, como San Pablo, que se cautiva y está en prisiones por Jesucristo; en el interior gusto con que soporta su yugo; en los consuelos interiores de la penitencia, preferidos á los placeres de los sentidos, y en la paz del alma, que causa una vida austera. *Maria optimam partem elegit.*

En elegir la religiosa á Dios, como mejor parte, ó como único bien, hay muchas circunstancias que hacen á esta eleccion la mejor de las elecciones. Esta eleccion es gloriosa á Dios, porque con ella se da á entender que es nuestro Dios, y nuestro único Dios, supuesto que por su amor todo lo abandona la religiosa en el mundo. Es provechosa para nosotros mismos, porque semejante eleccion, mientras subsiste, es prenda segura, tanto como en la vida puede serlo, de que amamos á Dios con amor de preferencia, en lo cual consiste la plenitud de la ley. Esta eleccion nos hace necesario á Dios, por cuanto habiendo dejado por él todas las cosas, ¿qué seria de la religiosa si Dios llegase á

faltarla? Se habria quedado sin todas las cosas y sin Dios, que es toda la desdicha que pudiera recaer sobre su alma. En virtud de esta eleccion que hace de Dios el alma que á él se consagra, resulta que solo Dios le basta, poseyendo con Dios todas las cosas, no obstante el no ser dueño de ninguna. *Tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.* El mundo con todos sus bienes no basta á un avaro; ni el mundo con todos sus honores basta á un soberbio; ni el mundo con todos sus placeres basta á un lascivo; y Dios solo, sin esos bienes, sin esos honores y sin esos placeres, basta al alma que le ha elegido por Esposo y único bien. Con razon, pues, ha dicho Jesucristo que aquel que dejare su casa por seguirle recibirá el céntuplo, esto es, cien veces mas de lo que hubiere dejado. Este céntuplo no son las bendiciones de Esaú, ni las cosechas de la tierra, sino los rocíos y las gracias del cielo. Este céntuplo es el preferente derecho que la religiosa tiene á los dones espirituales, que son los mejores dones de Dios. Este céntuplo es el honor que tienen las vírgenes cristianas de ser, por escelencia, esposas de Jesucristo. Este céntuplo es la libertad de espíritu, y la independendencia en que viven respecto de las tiránicas leyes del mundo y de sus escándalos. Este céntuplo es la paz interior de la conciencia, la alegría de la esperanza, el fervor de la emulacion, el socorro de los buenos ejemplos y la plenitud de los celestiales consuelos. Este céntuplo, por último, que ofrece por recompensa Jesucristo á los que le siguen, son las mismas cruces que la religiosa soporta, cruces, no de esclavas, sino de esposas, que les adelantan la felicidad en la tierra y se la asegura por eternidades en el cielo. Verdaderamente *Maria optimam partem elegit.*

Vosotros, desgraciados mundanos, no comprendéis el sacrificio ni sus recompensas. Dominados vuestros corazones por insaciabiles deseos, que son vuestros tiranos y verdugos, arrastrais una vida inquieta y azarosa, triste

preludio de aquella donde no habrá orden alguno, sino horrores sempiternos. Las religiosas, que todo lo han dejado por Dios, ocuparán luego, en el día del juicio, las sillas desde donde se ha de pronunciar sentencia contra las tribus. Esas mismas religiosas, que con su voto de obediencia condenan vuestra insubordinación, y con el de pobreza la codicia reinante, y con el de castidad el desfreno de las pasiones; esas mismas que ahora acusan á los cristianos inobservantes y á los cristianos frios, esas mismas serán vuestros jueces en aquel día en que, á presencia de todo el universo, habeis de ser examinados y sentenciados. Respetad, mundanos, estos asilos, que no sois dignos ni de besar sus paredes.

Vosotras, vírgenes del Señor, amigas y esposas de Jesucristo, que acabais de inmolaros en este oscuro y estrecho Calvario, gustad, gustad los suaves rocíos del cielo, mientras los israelitas carnales se ceban en los ajos y cebollas de Egipto. Llevad, sin desmayar nunca, la cruz que acabais de poner sobre vuestros hombros: la obediencia os guiará en el camino de esa cruz, y la humildad os le hará suave. Mantened siempre encendida la lámpara de vuestro fervor, no sea os desconozca luego vuestro Esposo Jesucristo. Vivid como si en el mundo no hubiese mas que Dios y vosotras.

Vosotras para Dios, y Dios eternamente para vosotras. Amen.

SERMON

sobre el mismo evangelio.

*Et subductis ad terram navibus,
relictis omnibus, secuti sunt eum,
(Luc., 5.)*

Colocadas en tierra las naves y dejadas todas las cosas, siguieron á Jesucristo.

DA compasion y lástima ver á las gentes tan olvidadas del primer negocio y del principal interes de que debian ocuparse. Distraida y disipada su atencion con las cosas de la tierra, no se acuerdan del cielo, y viven con el tiempo, como si no hubiese una eternidad que ganar y una eternidad de que huir. ¡Desgraciados mortales! que en su afan por añadir casa á casa y palacio á palacio en el mundo donde no han de vivir mas que un dia, no se acuerdan de edificar allí donde han de vivir eternamente. Edifican lo que han de dejar, y no construyen lo que no ha de perecer. Semejantes al insensato viajero que en el camino por donde no ha de hacer mas que pasar edificase un magnífico palacio, los hombres amontonan riquezas y levantan habitaciones que han de dejar muy pronto, para entrar en una region donde no han procurado levantarse un tabernáculo.

Muéveme á despertar hoy á tales gentes dormidas el ejemplo que veo nos dan aquellos pescadores del mar de Galilea, los cuales, dejando sus redes, que eran toda su riqueza, siguen á Jesucristo, que los llama para hacerlos sus apóstoles y ministros. De todo nos ocupamos hoy menos de nuestra salvacion. No parece sino que hemos nacido de la tierra para vivir eternamente en ella. Ninguna otra cosa nos ocupa. Cuando nos ocurre algun pensamiento saludable, cuando el deseo de nuestra salvacion nos hace meditar alguna vez sobre nuestro destino futuro, bien pronto soltamos, digámoslo así, esta carga, este peso de dudas, aplazando precisamente para la hora mas difícil el resolvernó á meditar sobre nuestra salvacion, que es nuestro primer negocio. Para salvarnos es para lo que hemos nacido; para que nos salvemos nos mantiene Dios en el mundo ; luego todo lo que sea obstáculo para lograr este fin, debemos abandonarlo. *Subductis ad terram navibus, relictis omnibus, secuti sunt eum.*

Nuestra salvacion es el primer negocio de que debemos ocuparnos.

Quiera el Señor iluminar mi entendimiento y ablandar vuestros corazones, para que os convenzais de tan importante verdad.

Ave María.

— Cuando en el mundo nos ocupamos de algun negocio que consideramos grave, sea pleito, sea pretension, ó sea cualquiera proyecto en que esponemos nuestra fortuna, no hay precaucion que no tomemos, ni recursos de que no nos valgamos para asegurar el buen éxito y preservarnos

de una funesta ruina. Por el bienestar, por la libertad, por el honor, por la vida, ¡cuántos sacrificios no hacemos! ¡cuántas molestias no toleramos! ¡cuántas noches pasamos en vigilia y en trabajo, como los pescadores de Galilea, sin alcanzar resultados! Sin embargo, en el negocio mas importante, en el primero, en el único de que debe ocuparse el hombre, nos mostramos frios, indolentes, y quizá incrédulos. Para el negocio de nuestra salvacion, digo, reservamos todas nuestras indiferencias. Para sacar peces del mar trabajamos con gusto toda la noche, es decir, no omitimos diligencia para adquirir ó salvar los bienes temporales; pero para seguir á Jesucristo todos son impedimentos y obstáculos.

Y es que no estamos convencidos de que nuestro primer negocio es salvarnos. Este ha de ser nuestro primer interes, así por la grandeza de los bienes que de ahí nos resultan, como por la gravedad de los males que pueden sobrevenirnos si le olvidamos. *Unum est necessarium* (1).

Los bienes que de manejar bien este único negocio nos resultan, son bienes infinitos que, segun el lenguaje del Apóstol, ni el ojo puede ver, ni el oído oír, ni el espíritu humano imaginar cosa que se les parezca. Bienes que, en espresion de San Agustin, esceden nuestros votos y deseos. Bienes que con la divina gracia podemos merecer y adquirir, pero que no podemos suficientemente estimar. *Acquiri possunt, aestimari non possunt*. Bienes puros, que nada puede alterarlos; bienes perfectos, que ninguna otra cosa hacen necesaria en los que los obtienen; bienes eternos, que por nada pueden ser limitados; bienes tan excelentes, continúa San Agustin, que, aunque deis mucho por ellos, siempre puede decirse que se os dan gratuitamente. *Gratis datur, quando tam grande est quod emitur*. El que no sepa lo que vale su alma, el que no estime la feli-

(1) Luc., 10, 42.

cidad eterna, el que no aprecie los frutos del sacrificio de Jesucristo, ese será el que no considere como el primer negocio é interés de su vida el negocio de su salvacion.

El fin del hombre en el mundo, el fin de su vocacion, el fin de su estado es salvarse, es salvar su alma, es salvarse para siempre. *Omnia propter electos, ut et ipsi salutem consequantur* (1). No quiere decirse con esto que el hombre haya de pensar en su salvacion de tal manera que abandone todas sus ocupaciones, negocios, intereses y cuanto se refiera al bien temporal propio y de sus familias; no: sino que nada de esto le impida el trabajar por su salvacion. No se nos prohíbe el ser industriosos; antes bien, se nos pone delante el ejemplo de la laboriosa hormiga: no se nos prohíbe el poseer, toda vez que el colegio apostólico, cuya cabeza era Cristo, tenia su pequeño peculio, de que era depositario Judas; pero se nos prohíbe poner el corazon en las cosas terrenas, y darles la preferencia. Se nos manda poseer, como si no poseyésemos; poseerlo todo, como si no poseyésemos nada; guardar y reservar sin codicia, usar de las cosas sin pasion, buscarlas sin inquietud, y conciliar nuestra subsistencia, y aun nuestra comodidad respectiva, con el socorro y alivio de las necesidades de nuestros desgraciados hermanos. Esto se nos manda; pero hay otra cosa que se nos aconseja, y es dejarlo todo, abandonarlo todo, renunciar á todo por seguir á Jesucristo y llevar su cruz. Este es el consejo; esta es la perfeccion evangélica.

Vamos andando, hijos mios, entre dos eternidades: una eternidad feliz, y una eternidad desgraciada. Si no alcanzamos la una, incurriremos en la otra. Aquí no hay posibilidad de un medio entre ambas eternidades: ó eternamente feliz, ó eternamente desgraciado. En el mundo podemos, respecto de cualquiera negocio, mostrarnos indife-

(1) 2. Tim., 11.

rentes ó neutrales; pero aquí, en el negocio de nuestra salvacion, es necesario determinarse, es preciso obrar; y la vida no se nos da mas que para esto; para ser coronados en el cielo, ó para ser reprobados en el infierno.

Este es el mal que nos amenaza, no considerando el negocio de nuestra salvacion como el primero y mas necesario negocio. No perdais de vista esta doble idea del bien y del mal, de felicidad eterna y de eterna desgracia: repetid muchas veces en vuestro corazon estas palabras: *el alma, la eternidad, el cielo, el infierno*; el alma, rescatada con la sangre de Jesucristo; la eternidad, inmensa, infinita, inmutable; el cielo, morada de todos los bienes, plenitud de todos los deseos, lugar de reposo y de paz, que nada turba; el infierno, lugar sin esperanza y de horror eterno; meditad esto, y decidme si podeis dejar de considerar como el primero, y hasta como el único negocio, el negocio de vuestra salvacion.

Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur (1)? ¿Qué puede aprovechar al hombre, dice Jesucristo, el ser dueño y Señor de todo el universo, si pierde su alma? Riquezas y tesoros del mundo, honores, placeres, grandeza, elevacion, fortuna, hijos, amigos; si pierdes tu alma, pecador, ¿de qué te habrá servido y de qué te servirá todo eso? Oid. Cierta dia se acercó á Jesus un hombre, y le dijo: Señor, manda á mi hermano que parta conmigo su herencia. ¿Quién, respondió Jesucristo, me ha constituido á mí juez ó divisor entre vosotros? Oid, les dijo. Habia un hombre muy rico, cuyos campos le dieron abundantísimos frutos. ¿Qué haré, decia entre sí, pues no tengo donde conservar tanto? Destruiré mis antiguos graneros, y construiré otros nuevos mucho mayores: allí reuniré mis frutos y mis bienes, y diré á mi alma: ya tienes abundantes bienes reser-

(1) Mat., 16, 26.

vados para muchos años; descansa ahora, come, bebe, goza. Y díjole Dios: necio, esta noche te pedirán tu alma; lo que has guardado y atesorado, ¿de quién será? (1).

Esto mismo puede Dios decirnos á todos nosotros. Atesoramos lo que no podemos conservar, y no adquirimos lo que habia de ser eterno. Si perdemos nuestra alma, todo lo hemos perdido; salvándola, todo lo hemos ganado. Ved ese opulento rey ó emperador, señor de la mitad de la tierra: si se condena, ha sido el mas pobre y miserable del mundo. Ved ese pobre mendigo arrastrándose por las calles y pidiendo de puerta en puerta el sustento: salvándose, ha sido el hombre mas rico y feliz del universo.

Hemos sabido discurrir, hablar, negociar, gobernar; pero ¿no hemos sabido salvarnos? pues somos los mas necios de los hombres, como dice Salomon. *Stultissimus sum virorum* (2). Hemos sabido concluir tratados, hemos sabido sacar á puerto la nave del Estado, hemos sabido determinar el curso de los astros; pero ¿no hemos sabido salvarnos? pues somos los mas necios de los hombres. *Stultissimus sum virorum*. Hemos sabido organizar ejércitos, ganar batallas, conquistar fortalezas, dominar provincias; pero ¿no hemos sabido salvarnos? pues somos los mas necios de los mortales. Habeis sabido aumentar vuestra fortuna, enriquecer vuestra familia, acomodar vuestros hijos; pero ¿no habeis sabido salvaros? pues sois los mas necios y desdichados de los hombres. *Stultissimus sum virorum*.

No solo es importante el negocio de nuestra salvacion por los bienes que perdemos y los males en que incurrimos descuidándole, sino que es difícil, á causa de los enemigos ú obstáculos que para salvarnos tenemos que combatir. Lo cual hace que no podamos menos de dar á este negocio la primera preferencia.

Tres grandes enemigos tiene nuestra alma ó nues-

(1) Luc., 12. (2) Prov., 30.

tra salvacion: uno interior, que somos nosotros mismos; y dos exteriores, que son el mundo y el demonio.

Por lo que toca á nosotros, somos, en primer lugar, flacos ó débiles, y en segundo, corrompidos. Nuestra debilidad y corrupcion son un doble enemigo interior, contra el cual debe estar siempre velando nuestro espíritu. El hombre está medio muerto en el camino de Jericó. Es un pobre enfermo que va arrastrándose por los caminos de la vida, teniendo á su lado hondos precipicios, y tras sí á maliciosos enemigos que quieren precipitarle. El hombre es ese enfermo; el mundo es el camino; el infierno son los precipicios; los demonios son sus enemigos. Quien en tan triste situacion se encuentra, ¿podrá vivir un solo instante olvidado de sí mismo? La Sagrada Escritura compara el mundo á la mar, y el hombre á un bajel que por esa mar va navegando. El bajel está abierto; las aguas de la malicia entran en él por todas partes; los escollos son frecuentes; los piratas son numerosos; los vientos fuertes; el abismo profundo.

Nuestra propia corrupcion es del mismo modo nuestro enemigo. El cuerpo, rebelándose contra la razon, la carne contra el espíritu, las pasiones contra la virtud, todos son para nuestra alma enemigos y peligros. Llevamos dentro de nosotros una ley ó una inclinacion que nos arrastra al mal. Son enemigos de nuestra alma los sentidos, los hábitos inveterados, las ocasiones peligrosas, las inclinaciones, y casi todos los objetos que tienen algun atractivo. El vicio tiene para nuestro corrompido corazon mil encantos, y su veneno es dulce para nuestro paladar. Cuando vamos á practicar el bien nos hallamos como entorpecidos, al paso que cuando cometemos el mal todo nos ayuda.

Otro de nuestros enemigos es el mundo, que con sus ejemplos, sus enseñanzas, su depravacion, sus espectáculos, sus compromisos, sus usos, sus locuras, nos arrastra á cometer males sin cuento, y nos pone á cada instante al

borde de mil precipicios. Si hay un elemento para el bien, el mundo presenta ciento para el mal: lo que construyamos ha de procurar destruirlo el mundo. Somos uno contra mil, ó son mil contra uno que se proponga hacer el bien. El demonio, por último, no descansa en su obra de perdernos, y rugiendo como leon, busca nuestra alma para devorarla. Su empeño es arrastrar en pos de sí á la tercera parte de las estrellas, para arrebatár á Dios adoradores. En todos los buenos caminos en que nos pongamos, allí se presenta para disputarnos el paso y empujarnos en las sendas de perdicion.

Ahora bien: tratándose de un asunto en que tanto hay que perder, y cuando con enemigos tan encarnizados hay que pelear, no podemos ser indolentes, no hay precauciones que no debamos tomar, ni virtudes que no debamos adquirir, ni esfuerzos que no debamos hacer. Nada basta, nada es demasiado, nada es superfluo, cuando tan grandes bienes nos esponemos á perder y tan grandes males á sufrir. «Nunca debemos creernos seguros, dice San Agustin, cuando peligra una eternidad.» *Nulla satis magna securitas, ubi periclitatur æternitas*. Me encuentro en estado de pecado mortal, pero saldré pronto de esta horrible situacion... Mira, pecador, que se trata de una eternidad, y no sabes si vivirás mañana. Tengo que reconciliarme con Dios y con mi prójimo; pero lo haré para la Pascua... Mira, pecador, que se trata de una eternidad, y no sabes si habrá Pascua para tí. Tengo que restituir lo que injustamente poseo; tengo que devolver la buena fama á mi prójimo; pero lo haré en la primera oportuna ocasion que se me presente... Mira, pecador, que se trata de una eternidad, y no sabes si te se presentará esa ocasion que esperas. *Nulla satis magna securitas, ubi periclitatur æternitas*. No te detengan ni cosas grandes ni cosas pequeñas: deja á un lado tu fortuna, tu casa, tu familia, si con tu familia, con tu casa y tu fortuna has de caer en el

infierno. Dejad las redes en la tierra, y seguid, como los pescadores de Galilea, á Jesucristo.

Este negocio de la salvacion, hermanos mios, es puramente personal: cada uno de nosotros es el que ha de concluirle, porque cada uno de nosotros es el que ha de salvarse. Siendo este un negocio tan importante y tan difícil, ¿puede concebirse la indiferencia con que le miran los cristianos? ¿Puede concebirse el olvido, ó quizá el desprecio, con que miramos nuestra salvacion? En ella pensareis; pero será cuando la muerte vaya á cerrar ya vuestros párpados y á helar vuestro corazon. En ella pensareis; pero será cuando ya esté sentado Dios en su tribunal para juzgaros. En ella pensareis; pero será cuando vayais á caer en el profundo lago del infierno. Entonces no habrá ya salvacion, ni esperanza, sino muerte, infierno, eternidad...

No permitais, Dios mio, que así suceda. Romped estos vínculos que nos tienen sujetos en la tierra: llamadnos con vuestra eficaz gracia, para que, dejándolo todo por vos, todo por vos lo poseamos en la gloria. Amen.

Sermones que pueden aplicarse á este mismo evangelio.

1.^o *La predicacion católica no produce los efectos que debe producir, por faltar en los fieles las debidas disposiciones.*
—Tomo segundo.

2.^o *El escesivo apego á las cosas temporales nos cierra las puertas del cielo.*—En este mismo tomo.

SERMON

sobre la epístola del quinto domingo despues
de Pentecostés.

*Dominum autem Christum sanc-
tificate in cordibus vestris.*

(Ep. 1.^a Pet., 3, 15.)

Santificad en vuestros corazones
á Nuestro Señor Jesucristo.

El apóstol San Pedro, en el capítulo tercero de su primera Carta, retrata á los cristianos tales como debe hacerlos ó formarlos la fe que profesan; enumera las virtudes que han de tener, y señala algunos de los vicios de que han de huir. Tan poco parecidos son á este retrato los cristianos de hoy, que si hubiésemos de buscarlos con las palabras de San Pedro en la mano, no encontraríamos uno, ó seria muy raro, á quien poder aplicárselas. Las costumbres de los cristianos han degenerado tanto de su primitiva hermosura y pureza, que por ellas nadie podria distinguirlos de los mahometanos y paganos. ¿Quién sabe si muchos de estos son mas morigerados, mas racionales, mas equitativos, mas temerosos de Dios que los que se llaman hijos y fieles de la religion única verdadera? Porque entre

muchos, entre muchísimos cristianos, no solo los preceptos divinos y los eclesiásticos son conculcados, sino hasta los naturales son desatendidos.

Han llegado á tal colmo los escesos, y tanto hemos degenerado de nuestros padres y antepasados en la fe, que el ministro católico se ve precisado hoy á educar de nuevo, digámoslo así, al pueblo que se llama cristiano, á instruirle acerca de los deberes que á su estado son inherentes, á predicarle acerca de las virtudes que está obligado á practicar, y á apartarle de los vicios de que tiene la precisa é indispensable obligacion de huir. Al menos, en los primitivos tiempos, cuando los maestros y apologistas de la fe tenian que instruir al pueblo, contaban con la sencillez y docilidad de este; pero ¡ahora! en este tiempo de indocilidad y de rebelion, el sacerdote se ve obligado á derramar muchas lágrimas ante Dios, viendo la casi general indiferencia con que se le oye. ¿Será esto por culpa del sacerdote, ó será que Dios tenga decretada ya la ruina de los que no quieren oirle? No lo sé; pero me aterro al considerarlo.

Para descargarme yo de responsabilidad, é instruiros á vosotros acerca de los deberes, voy á haceros ver

El retrato del cristiano tal como le pinta San Pedro, ó sea las virtudes que constituyen la vida ó la profesion verdaderamente cristiana.

Ave María.

Despues de trazar el apóstol San Pedro la conducta que deben observar los cristianos en algunos estados particulares, como los amos y los criados, los príncipes y los súbditos, los maridos y las mujeres, señala en general las virtudes ó cualidades que han de tener los que sigan la fe de Jesucristo.

Lo primero que San Pedro exige de los cristianos, y la primera virtud que pide, digámoslo así, á la Iglesia, es la unanimidad, la union de los ánimos y de los corazones, la concordia, en fin, que hace invencibles á las gentes y á los pueblos. El pecado original, favoreciendo al orgullo y egoismo humano, separó á los hombres y los puso en guerra: luego Jesucristo debia unirlos, y los une, proclamando hermanos á todos los hombres y llamando á todas las naciones al pie de la Cruz, para que en la tierra no haya ya mas que un solo pueblo. *Omnes unanimes*.

Esta es la virtud del cielo, si así puedo hablar, y esta tiene que ser la virtud de la tierra. De tal manera son una misma cosa las tres Personas de la Trinidad Beatísima, que forman una sola naturaleza ó esencia. Entre tantos como son los millones de ángeles que forman la celestial corte, hay suma union y concordia; y todo es concordia y armonía en la naturaleza. *Qui facit concordiam in sublimibus* (1). Entre los primitivos cristianos esta union y esta concordia eran tales, que parecia no tener mas que un solo corazon y una sola alma toda aquella multitud de creyentes, que formaba la primitiva Iglesia. Esta union y concordia hizo fuertes á los cristianos, y hace invencibles á los débiles. «¡Ay del solo! dice el Espíritu-Santo, porque si cae no tendrá quien le levante... Si hay quien trate de vencer á uno, le resistirán dos; una cuerda hecha de tres, difícilmente se rompe (2).» «Las murallas de Sparta, decia Age-

(1) Job., 25. (2) Eccles., 4.

silao, rey de los lacedemonios, son la union y concordia de sus ciudadanos.»

Estando entre sí unidos y concordes los cristianos, precisamente han de compadecerse los unos de las miserias y trabajos de los otros, como miembros que son de un mismo cuerpo, unidos á una misma cabeza. *Compatientes*. San Pablo dice: «Alegraos con los que se alegren, y llorad con los que lloren (1). Si padece un miembro, compadézcanle todos: si un miembro se alegra, todos deben alegrarse (2). Llevad unos las cargas de los otros, y de este modo cumplireis la ley de Cristo (3).» Es decir que nos han de ser comunes las desgracias y las alegrías de nuestros prójimos. La alegría, viendo á nuestro prójimo llorar, nos haria crueles é inhumanos, y la tristeza, viéndole alegre y contento, nos haria envidiosos. No somos miembros separados unos de otros, no; sino formando un mismo cuerpo, y unidos y dirigidos por una sola cabeza. «Porque aquel es verdadero amigo, dice San Máximo, que sobreviniendo el infortunio sufre, sin consternarse ni turbarse su ánimo, las tribulaciones, dificultades y desgracias de sus hermanos como si fuesen propias (4).

Para animarnos á esta mancomunidad en el infortunio, recomienda San Pedro á los cristianos el amor á la fraternidad. *Fraternitatis amatores*. Puede decirse que en este amor, por medio del cual obra la fe, consiste todo el cristianismo. Este amor fraternal es el centro, la base y como el alma de la Iglesia, como el odio y la envidia son su ruina. «El que no guarda este amor fraternal, dice San Isidoro, debe ser privado de la participacion divina.» No friamente y de palabra, sino con obra y verdad, con vehemencia, con el alma, con liberalidad y profusion, hemos de amar á nuestro prójimo. *Fraternitatis amatores*.

(1) Roman., 12. (2) 1.^a ad Cor., 12. (3) Ad Galat., 6.

(4) De Charit., lib. 3.

A este amor va inherente la misericordia, virtud que tambien nos exige San Pedro, y consiste en dolernos de la miseria ajena; pero dolernos, no como quiera, sino del interior de nuestras entrañas. Esta virtud es tan característica de la profesion del cristiano, que el verdadero prójimo del miserable es aquel que ejerce con él misericordia, segun lo enseña Jesucristo con la parábola relativa al hombre que dejaron medio muerto los ladrones en el camino de Jericó, y cuyas heridas vieron indiferentes el sacerdote y el levita. *Quis tibi videtur proximus? qui fecit misericordiam.* No es esta virtud, como suponen los estóicos, una debilidad del ánimo, sino una fuerza ó vehemencia de afecto, y ternura de corazon para con nuestros semejantes.

La modestia es otra de las virtudes que recomienda ó exige San Pedro á los cristianos. *Modesti.* Esta virtud compone, digámoslo así, honesta y decentemente al hombre exterior, como al interior le componen ó dirigen otras virtudes. La modestia es la composicion ó el compuesto y moderado ademan de los miembros, de los sentidos, de las palabras, de los ojos, del semblante, y de todos los movimientos y actos esternos. Es, como dice San Ambrosio, la púrpura de las virtudes, y adorna á los fieles mas que la púrpura á los monarcas. Como un cuerpo hermoso adorna al alma, y un hermoso vestido adorna al cuerpo, así la modestia adorna al vestido, al cuerpo y al alma. Pone modo, límite ó regla á todos los actos y movimientos del hombre, y decorosamente los modera. Edifica á nuestros prójimos, que no ven las interiores virtudes mas que por la exterior modestia; por lo cual la persona modesta es como estatua viva de virtud. La modestia es como el efecto ó acto esterno de la virtud y de la composicion interior; y así es imposible que alguno se muestre constantemente y en todos sus actos modesto y compuesto, si antes no sujeta y compone sus costumbres, sus afectos y pasiones inter-

nas. Es virtud la modestia que forma el adorno del cristiano y del hombre social.

Para adquirir esta importante virtud, conviene no olvidar nunca que estamos en presencia de Dios y de los ángeles, y que de ellos somos vistos, oídos y observados en todos nuestros actos y movimientos. La presencia de un monarca ó de otro gran personaje nos haria ser modestos ó morigerados en nuestras palabras y acciones; y ¿no lo seremos en presencia de Dios y de sus ángeles que nos miran? La compañía ó el trato con las personas modestas ayuda mucho á adquirir esta encantadora virtud; pues no puede dejar de componer sus palabras y movimientos quien ve tan moderadas las palabras y acciones de los demas.

De la modestia es hermana la humildad, virtud que recomienda igualmente San Pedro á los cristianos, y consiste en que, conociendo nuestros defectos, nos estimemos en muy poco, y nos consideremos indignos de todo honor y miramiento. *Humiles*. San Efrem llama á la humildad el principio y el fin de todos los bienes (1). «Como baja el agua, dice San Agustin, de los altos y engreidos montes, y corre apaciblemente por los valles, así la gracia huye de los soberbios, y toma asiento en los humildes (2).» «El humilde, dice San Basilio, es semejante á Dios, y le lleva en el templo de su pecho. Parecerá indignísimo en su exterior, pero es glorioso en virtudes. Pequeño le reputará el mundo, pero en la presencia de Dios será grande.» «Nada es tan grato al Señor, dice San Juan Crisóstomo, como el que nos contemos siempre entre los últimos. Entonces el Señor se acerca á nosotros, y nos ensalza colocándonos entre los primeros. La humildad es el distintivo del cristiano: si no hay humildad, no hay derecho á llevar ese nombre, reservado para los discípulos que siguen á un Dios humillado.

(1) Serm. 4, de evers. superb. (2) Serm. 27.

Sufre y tolera de todos las ofensas que te hagan, y no hagas tú ninguna á nadie.»

Adornado el cristiano de todas estas virtudes, claro es que de su ánimo estarán lejos la ira y la venganza, que es lo que San Pedro sigue recomendando. *Non reddentes malum pro malo*. En la tolerancia de las injurias y en el amor de los enemigos consiste la perfeccion de la vida cristiana. No quiere decirnos con esto San Pedro que hayamos de renunciar á nuestra defensa y á los derechos que nos den la justicia y la ley; pero quiere el Santo Apóstol no nos dejemos llevar de la ira, ni del espíritu de venganza ó enemistad, ni obremos por nuestra propia autoridad. No hemos de volver mal por mal, sino vencer el mal con el bien. Nada desarma y refrena tanto al que hiere ú ofende, como la paciencia y modestia del ofendido. No se apaga el fuego con fuego, sino con agua. Las enemistades y rencores deben escribirse en el agua para que desaparezca su memoria; así como la amistad debe escribirse en bronce para que nunca sea borrada.

En vez de maldecir al que nos maldice, quiere el Príncipe de los apóstoles que le bendigamos. *Sed è contrario benedicientes*. Si el que nos maldice nos hace un bien, dándonos ocasion á que ejercitemos la paciencia, cuyos frutos son tan preciosos, no con un mal, sino con un bien, debemos pagarle. «Concedamos algo, dice el Nazianceno, para conseguir mucho: toleremos el ser vencidos, si hemos de ser vencedores. Mucho debemos á Cristo: concedamos perdon, para obtenerle nosotros; perdonemos, para que se nos perdone (1).» «Por este medio, añade San Pedro, es decir, por la tolerancia de las injurias y bendiciendo á los que nos maldicen, hemos de conseguir la bendicion, así presente como eterna, de nuestro Dios.» *Quia in hoc vocati estis ut benedictionem hæreditate possideatis*. Pre-

(1) Apud Antonium in Melissa, part. 1.^a, serm. 55.

guntando Séneca á un cortesano cómo habia logrado alcanzar larga vida y vejez en los palacios, se le dió esta respuesta: *Sufriendo injurias y dando gracias.*

Continúa el Príncipe de los apóstoles trazando la vida del verdadero cristiano , y dice que el que pretenda vivir una vida tranquila y pasar dias felices, refrene su lengua, huya del dolo ó engaño, apártese del mal y obre el bien, y busque la paz y la conserve. San Pedro , despues de darnos estas saludables reglas de conducta cristiana , sale al encuentro de la objecion que podríamos hacer, diciendo que de esa manera estaríamos siempre espuestos á las injurias, insultos y rapiñas de todos. «No , dice el Príncipe de los apóstoles, no sucederá así; porque los ojos del Señor están fijos y como clavados en el justo, para ver sus apuros y sus necesidades , y para premiar hasta sus mas ocultos sacrificios , así como su majestuoso semblante , airado , terrible , está sobre los que obran el mal , para borrar de la tierra su memoria. Nada hay oculto que no se revele: los ojos de Dios , mas resplandecientes que el sol, verán nuestras tinieblas y los abismos de nuestros corazones. Para conocer lo que el divino semblante de Dios hará sobre los malos, baste decir que en el dia del juicio final quisieran no haber salido del infierno, y dirán á los montes y á las piedras: «Caed sobre nosotros, y ocultadnos de »la faz ó semblante del que se sienta sobre el trono.» Esto quiere San Pedro tengamos presente para no encontrar dificultades insuperables en la adquisicion y conservacion de las virtudes que nos recomienda. Dios te mira; luego él te defenderá: Dios mira á los que obran el mal; luego él los reprimirá. No te inquietes. *Quis est qui vobis noceat si boni æmulatores fueritis?*

«Ademas , prosigue San Pedro , figuraos ó suponed que hayais de padecer por ser cristianos , ó justos, ó querer guardar la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia: Jesucristo llama bienaventurados á los que por esta causa

ó motivo padecen. *Sed et si quia patimini propter justitiam beati.* Y por mucho que padezcamos, todo es poco en comparacion de la eterna gloria que se nos promete. Donde abundan los padecimientos, abundan los consuelos.» «Cuando hay persecuciones, entonces se dan coronas á la fe, dice San Cipriano (1); entonces se prueban los soldados de Dios. Entonces se abren á los mártires las puertas del cielo. El martirio es un bautismo mayor en la gracia, mas sublime en la potestad, mas precioso en el honor: bautismo en que bautizan los ángeles, que consuma el incremento de nuestra fe, que nos une á Dios, y nos pone la corona de las virtudes. No temais, pues, á los que pueden atormentar vuestro cuerpo.» *Timorem autem eorum ne timueritis.* «No se quebrante ó rinda el justo, dice San Ambrosio, con las injurias, ni los peligros le muevan, ni la adversidad le abata, ni la fortuna le engria (2).» «El fuego, la cruz, las bestias, todos los tormentos del diablo vengan sobre mí, decia San Ignacio, para gozar de Cristo. Grano de Cristo soy; seré molido con los dientes de las bestias, para convertirme en mundo y limpio pan.»

Con estas virtudes, hermanos míos, santificamos ú honramos á Cristo en nuestros corazones: sin ellas, no hacemos mas que servir al demonio.

Ante este retrato que hace San Pedro de las virtudes que forman la vida cristiana, quiero poner á los cristianos de nuestros dias, quiero que nos pongamos todos, para ver si en algo nos parecemos á ese diseño ó pintura.

¿Qué uniformidad ó concordia hay entre nosotros, cuando tan divididos nos encontramos, cuando las discordias políticas nos arrastran á nuestra perdicion? ¿Qué compasion hay entre nosotros de unos para otros, cuando no se piensa mas que en perjudicarnos y dañarnos mutuamente? ¿Qué fraternal amor hay entre nosotros, cuando no

(1) Lib. 4, Epíst. 6, ad Tibaritan. (2) In Psalm. 118.

cesamos de hacernos unos á otros, vecinos á vecinos, hermanos á hermanos, implacable guerra? ¿Qué misericordia mostramos hácia nuestros semejantes, cuando los vemos indiferentes perecer en su desgracia? ¿Qué modestia es la nuestra, cuando todos nuestros movimientos son testimonios de desenvoltura? ¿Cuál es nuestra humildad, cuando quisiéramos tener bajo nuestros pies á todos los hombres, y aun al mismo Dios? ¿Cuál es nuestra generosidad en el perdón de las ofensas, cuando nos devora el fuego de la venganza? ¿Cuál es nuestra moderación de la lengua, cuando con ella destrozamos las mas bien sentadas reputaciones? ¿Cuál es nuestra aversión al dolo y al engaño, cuando no se piensa mas que en tender lazos al prójimo? ¿Cuál es nuestro amor á la paz, cuando no omitimos medio para perpetuar la guerra? ¿Cuál es nuestra fortaleza en las pruebas y tribulaciones, cuando no tendríamos valor para confesarnos cristianos á la vista del mas pequeño tormento? Digámoslo con dolor, con lágrimas en los ojos: no hay entre los cristianos de este tiempo unanimidad ó concordia, ni compasión, ni fraternidad, ni misericordia, ni modestia, ni humildad, ni caridad, ni paciencia, ni santidad.

Luego ¿qué somos? Todo, menos cristianos. Yo no lo digo. San Pedro designa las virtudes que el cristiano ha de tener: es así que no tenemos esas virtudes; luego no somos cristianos mas que de nombre.

¡Qué horror! ¡qué desconsuelo! ¡qué situación tan falsa y tan triste! No nos dejeis, Dios mio, perecer: antes bien, miradnos con esos ojos que no pierden de vista al justo; comunicadnos vuestra luz y vuestra gracia, para que, practicando las virtudes cristianas, alcancemos el premio eterno. Amen.

Sermones que pueden aplicarse á esta epístola.

- 1.º *Sobre la concordia.—Tomo tercero.*
 - 2.º *Sobre la modestia.—Tomo, idem.*
 - 3.º *Sobre la humildad.—Tomos primero, segundo, y en este mismo.*
 - 4.º *Sobre el amor del prójimo.—Tomos primero, segundo y tercero.*
 - 5.º *Sobre la misericordia de los hombres entre sí.—Tomo segundo.*
 - 6.º *Sobre la venganza.—Tomo segundo.*
 - 7.º *Sobre los designios de Dios en los padecimientos del justo.—Tomo tercero.*
 - 8.º *Sobre la paciencia.—En este tomo.*
 - 9.º *Sobre la murmuracion.—Tomo tercero.*
-

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

*Vade prius reconciliari fratri
tuo, et tunc veniens offeres mu-
nus tuum. (Matt., 5.)*

Anda primero á reconciliarte con
tu hermano que tenga algo contra
tí, y ven luego á hacer tu oblacion
ante el altar.

AL leer estas palabras de Jesucristo, naturalmente ocurre al ministro de Dios el llorar un grave mal, que, no solo pone en inminente peligro la vida eterna de nuestros prójimos, sino que arrastra á la disolucion y á la muerte á la sociedad. Muy desde el principio del mundo comen- zaron ya los hombres, á consecuencia del pecado, á ofen- derse y dividirse, á tener contiendas entre sí, y á mos- trarse como incompatibles sobre la tierra. Los primeros hijos de Adan nos ofrecen ya un triste ejemplo, á causa de la envidia y malignidad de Cain; y si en una época tan próxima á la creacion, si en una época en que aun se veia, digámoslo así, la mano del Criador sobre la criatura, no

pueden ya vivir juntos dos hermanos, ¿qué extraño es que en la larga sucesion de los tiempos, desordenándose cada vez mas la naturaleza, corrompiéndose cada vez mas el corazon, aumentándose cada vez mas la malicia, haya llegado el mundo á ser un campo de batalla donde, hombres contra hombres, y hermanos contra hermanos, y familias contra familias, y pueblos contra pueblos, peleen con encarnizamiento?

Este parece ser el triste destino de los hijos de los hombres en la tierra: destino de guerra, de discordia, de incompatibilidad, de destruccion. El amor propio hace de cada hombre un ser único, un ídolo, que el mísero mortal presume deben adorar sus semejantes, sin creerse él obligado á adorar otro. El mismo es para sí todo. A sí mismo lo refiere todo, y lo subordina; para él solo ha de ser la tierra; él solo quiere ocupar el mundo. ¡Triste condicion! Los mismos deseos se frustran y se gastan en la propia impotencia; y de ahí provienen los disgustos, los tedios, las desesperaciones, los rencores y los demas escesos que el corazon del hombre engendra para arrojarlos enmedio de la sociedad y trastornarla.

Así que, nada hay tan propio del cristianismo como oponerse á semejante estado de lucha, de rencores y de inquietud; y nada tampoco hay tan propio del ministerio sacerdotal como proclamar la reconciliacion entre los hombres. *Reconciliacion* he dicho, señores; y al oir esta palabra, ¿no han palpitado con doble fuerza vuestros corazones, como ha palpitado el mio al pronunciarla? ¿No habeis recordado, no habeis sentido la necesidad de poner término á los muchos males que en nuestros odios y divisiones tienen su origen? ¿No os ha ocurrido que la reconciliacion es, en efecto, uno de nuestros primeros deberes? Oidlo á Jesucristo. Si al acercarte á ofrecer un don á Dios recordares que tu prójimo tiene algo contra tí, deja tu ofrenda y anda á reconciliarte con él, y despues de esto

ofrecerás tu don á Dios. *Vade prius*, etc. En su consecuencia, escuchad:

Sin estar reconciliados con nuestros hermanos, no acepta Dios nuestros dones y buenas obras.

Ave María.

De la indicacion que hice al principio del discurso se infiere que la venida de Jesucristo al mundo habia de tener por objeto unir lo que estaba separado y conciliar lo que estaba dividido. Toda su obra vemos tender á este objeto y realizarle, como las profecías lo habian indicado. Inclinarsen los montes y alzarse los collados, como para encontrarse; habitar el lobo con el cordero y la paloma con la serpiente, no significan otra cosa. Destruir el templo de Jerusalem, para que en todo lugar fuese adorado el verdadero Dios, ¿qué es sino hacer de todas las naciones una? Tomar la naturaleza humana, esta naturaleza decaida donde está el origen del mal, tomarla y unirla Dios á su persona, ¿qué es sino querer unirlo ó unificarlo todo para que, como Dios es un solo Dios, el género humano no sea mas que un solo hombre? El atraer, ó el anunciar Jesucristo que desde la Cruz atraeria hácia sí todas las cosas, ¿qué era sino anunciar que esa Cruz es el centro de la union, de la unidad y de las reconciliaciones? Esta era la obra de Jesucristo, y la reconciliacion, por consiguiente, es obra fundamental y esencial en la ley cristiana. Sin la reconciliacion no hay mérito aceptable en nuestras obras y ofrendas.

Tan exacto es esto, que el mismo Salvador temió, si

puedo hablar así, temió no fuese aceptado su gran sacrificio si antes no daba público testimonio de que no reconocía enemigos ; de que para sus crucifixores no quería mal alguno, sino el perdón ; de que se reconciliaba con todos los que le odiaban, si es que puede decirse propiamente que se reconcilia quien nunca ha hecho mas que amar. Clavado en un madero, cuando va exhalar el último suspiro, cuando en el ara de la Cruz va á ofrecer la rica ofrenda de su vida, cuando va á consumir el grande sacrificio, abre sus divinos labios, y dirige á su Eterno Padre una peticion que está bien lejos de esperar la cruel multitud que le mira y escucha. En efecto, nada esperaban menos sus verdugos que la súplica que dirige entonces al cielo el Redentor. Quién presumiría que iba el moribundo á hablar por última vez con una parábola ; quién, que les echaria en cara su ingratitud y su crueldad ; quién, que les anunciaria para el fin terribles castigos ; pero que pidiese á su Padre el perdón para sus crucifixores, disculpando su maldad, ¡oh! esto no podrian adivinarlo. «Perdónalos, Padre mio, dijo, que no saben lo que hacen.»

Ya lo oís. Esto fue como acordarse de que sus hermanos podrian tener algo contra él, y quiso el Redentor, antes de consumir el sacrificio en el altar de la Cruz, dar un público testimonio de que entrañablemente los amaba.

Esta es nuestra regla, y no podemos olvidarnos de ella. Porque si Jesucristo, que iba á presentar al Eterno Padre la gran oblacion, cuyo infinito mérito nada habia que pudiese rebajarle, perdona á sus verdugos, ¿cómo pretendemos nosotros sean oidas nuestras oraciones y aceptadas nuestras buenas obras y sacrificios sin reconciliarnos antes con nuestros enemigos ó con nuestros ofendidos hermanos?

Vade priùs reconciliari fratri tuo. Estas palabras no significan un consejo, sino un precepto. Antes de acercarte al altar, reconcílate con tu hermano ofendido. Porque ofendido se mostrará Dios mientras en la ofensa de nues-

tro hermano permanezcamos. Porque siendo el sacrificio un símbolo y una protestacion de paz, no le aceptará Dios mientras en paz no estés tú con tu prójimo. Porque Dios mas ama la concordia de los fieles, que son los ciudadanos de su Iglesia, que las ofrendas y dones. «¿Cómo quieres, pregunta Tertuliano, acercarte sin paz á la paz de Dios? ¿Cómo quieres te se remitan tus deudas no remitiendo tú las de otro? ¿Cómo ha de aplacar al Padre el que está enojado contra el hermano (1)?» «Lo que quiere el Señor, dice San Agustin, eres tú, y no tus cosas; le ofreces tus dones, pero no te ofreces tú como don de Dios; y mas te quiere Cristo á tí que á lo que sacas de tus graneros (2).

No nos equivoquemos, hermanos míos, en punto á la significacion que debemos de dar al nombre de cristianos que llevamos. El cristianismo es la ley del amor; por eso es ley nueva. El odio y los rencores son viejos; y como en el mundo, antes de la venida de Jesucristo, lo que reinaba era la division y la guerra, el Salvador, al prescribir á los hombres el amor, les dice que da un precepto ó un mandato nuevo. *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos* (3). Precepto nuevo, no porque en la antigua ley no estuviese prescrito amar al prójimo, sino porque es el principal del Nuevo Testamento, recomendado principalmente por Cristo con sus palabras y con sus ejemplos. Precepto nuevo, en cuanto el nuevo legislador, Jesus, le establece con doble autoridad: nuevo, por cuanto en la ley cristiana tiene nuevo origen, que es el Espíritu-Santo, que descende visible y copiosamente el dia de Pentecostés: nuevo, en cuanto hay una nueva razon formal para amar á nuestros prójimos, que es la union de los fieles con el Verbo, como consecuencia de la Encarnacion: nuevo, porque hay una nueva causa ejemplar de

(1) Lib. de Orat., cap. 10. (2) Serm. 16, de Verb. Dom.

(3) Joan., 13.

amar, que es el haber sacrificado Jesucristo su vida por el amor á los hombres: *nuevo*, por razon del fin, pues el Salvador, por medio de este precepto, quiere hacernos nuevos hombres, despojándonos del viejo, como dice San Bernardo (1): *nuevo*, porque es el mas sublime, mas excelente, mas útil y necesario de todos: *nuevo*, porque es el último que dió Jesus al ir á la muerte: *nuevo*, porque habia de producir nuevos efectos, como son las obras heroicas que habian de hacer los apóstoles y santos por el amor de sus prójimos, cuya salvacion buscaban: *nuevo*, por último, porque la caridad ó el amor pertenece al Nuevo Testamento, y es lo que le distingue del Antiguo. *In hoc cognoscent omnes quod discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*. Palabras de Jesucristo, acerca de las cuales dice San Cirilo que la gloria de la caridad es el rostro é imagen de Cristo, esculpidos en nosotros, y por cuyas señales damos á conocer somos suyos. Un solo corazon y una sola alma tenian los antiguos cristianos; y Tertuliano dice que los gentiles los distinguian por el amor que mutuamente se profesaban.

Luego no amándonos unos á otros, sino, antes bien, odiándonos, aborreciéndonos y permaneciendo sin reconciliarnos, ¿quién ha de conocer somos cristianos? No puede ser. Nos falta la primera virtud del cristianismo; nos falta la señal con que de las demas gentes hemos de ser distinguidos; nos falta el amarnos unos á otros como nos amamos á nosotros mismos. Luego no podemos llamarnos cristianos sosteniendo odios y rencores. Nos falta el amor entre nosotros mismos, que es lo que distingue, como dice San Agustin, á los hijos de Dios de los hijos del diablo (2). «Hagan todos en su frente, continúa el mismo Santo, la señal de la Cruz; entonen cánticos; sean bautizados; entren en el templo; erijan basílicas: por nada de esto se les dis-

(1) Serm. 5 in Coena Dom. (2) Tratad. 5.

tingue de los hijos del diablo, sino solo por la caridad. Ten lo que quieras, nada sin ella te aprovecha; pero no tengas otras cosas, y ten esta, y has cumplido la ley.» Sin la caridad ó sin el amor á Dios y á nuestros prójimos, que es, como dice el Apóstol (1), la plenitud de la ley; que es, como dice San Agustin (2), la verísima, la plenísima y la perfectísima justicia; que es, como dice Tertuliano (3), el sumo sacramento de la fe y el tesoro del hombre cristiano; que es, como dice San Cipriano (4), el fundamento de la paz y de la firmeza de la unidad; que es, como dice San Basilio (5), la raiz de los mandamientos; que es, como dice el Nacianceno (6), la cabeza de nuestra doctrina; que es, como dice San Gerónimo (7), la madre de todas las virtudes; que es, como dice San Cirilo (8), una virtud que se compone de todas; que es, como dice San Gregorio (9), la madre y guardadora de todos los bienes; y que es, por último, como dice San Bernardo (10), la madre de los hombres y de los ángeles, que pacifica, no solo lo que hay en la tierra, sino lo que hay en el cielo: sin este amor mutuo ó recíproco entre nosotros mismos; sin este amor, que es todo lo que habeis oído, no somos ni podemos llamarnos cristianos, sino demonios. Porque si Dios, como dice San Juan, es amor, luego el diablo es odio y rencor: luego así como el que ama tiene á Dios, el que odia, aborrece ó persigue tiene dentro de sí al demonio.

Por lo tanto, el que dice vive en la luz, en la luz del Evangelio, de la fe y de la gracia, y aborrece á su hermano, negándose á reconciliarse con él, se halla en tinieblas, en las tinieblas de una ignorancia práctica, en las tinieblas de la ira, del odio, de la concupiscencia y demas

(1) Roman., 13. (2) De nat. et grat., cap. 42.

(3) Lib. de Patient. (4) Lib. de bona Patientiæ.

(5) Orat., 3. (6) Epist. 20. (7) Epist. ad Theoph. (1)

(8) In cap. 13, Joan. (9) Lib. 6, Ep. 60. (10) Epist. 2.

pecados, pues como ciego no ve el gran mal que es el odio, lo que Dios le aborrece, los estragos que causa, los daños que á sí mismo le ocasiona, y los tormentos infernales de que le hace merecedor. *Qui dicit se in luce esse, et fratrem suum odit, in tenebris est usque adhuc* (1). «El que aborrece á su hermano y no se reconcilia con él, está en tinieblas, y no ve, dice San Juan Crisóstomo, cómo se precipita en el fuego infernal é incurre en la pena (2).» Está en tinieblas, porque camina hácia el tenebroso infierno, y porque le posee el demonio.

Ahora bien: aun cuando trateis de ofrecer á Dios vuestros dones, ¿cómo ha de aceptarlos si estais dominados por el demonio? ¿Ha de aceptar lo que le ofreceis en nombre del diablo? ¿Ha de aceptar el cielo las ofrendas de vuestro corazon, que es un infierno? El homicida de su hermano, ¿cómo ha de agradar al comun Padre? Porque todo el que odia ó aborrece á su hermano, es homicida. *Omnis qui odit fratrem suum, homicida est* (3).

Sí, señores: el que no se reconcilia con su hermano, es homicida; es decir, mata á su hermano, y se mata á sí mismo. El odio ó el rencor arrastra al homicidio, porque del corazon salen los malos pensamientos y las malas obras. Por eso Jesucristo, tratando de cortar los caminos, digámoslo así, que conducen al homicidio ó á privar de la vida á nuestro hermano, amplia, esplica y perfecciona el precepto de la antigua ley, que dice: *no matarás*. «A los antiguos dijoseles esto; pero yo os digo, añade Jesucristo, que el que desprecia ó insulta á su prójimo, ó se enoja con él, será juzgado y condenado.» El aborrecer á nuestro prójimo equivale á matarle, al menos con el deseo; y si este deseo pudiera realizarse impunemente, el que odia ó aborrece seria siempre homicida ó asesino. «Naciendo del odio el

(1) 1. Joan., 2. (2) Homil. de Erudit. Disciplinæ.

(3) 1. Joan., cap. 3.

homicidio, dice San Gerónimo, todo el que aborrece, aunque no hiera con espada, mata con su ánimo.» *Cum homicidium ex odio sæpè nascatur, quicumque odit, etiamsi necdum gladio percusserit, animo tamen homicida est* (1). Como el deseo ó la concupiscencia arrastra ó es camino para el adulterio, así el odio es camino para el homicidio. Odiar es alimentar y encender el deseo de matar: luego el que aborrece á su hermano, es homicida; luego el que no se reconcilia con su prójimo, no tiene parte en el reino de Dios.

Además, el que aborrece á su semejante, no solo es homicida de su hermano, sino tambien homicida de sí mismo. «El que aborrece, dice San Ambrosio (2), antes se mata á sí mismo que á su prójimo.» «El rencor contra el prójimo, dice San Gregorio (3), mata la vida del alma, y traspasa como una espada las propias entrañas; y mientras del corazon no arranquemos esta espada con que nosotros mismos le hemos traspasado, nada alcanzaremos de Dios con nuestras preces; pues en los miembros donde se ha introducido hierro, no puede ponerse medicina mientras el hierro no sea sacado.» Por eso dice San Juan que el que no ama á su prójimo permanece en la muerte. *Qui non diligit, manet in morte* (4). Permanece en pecado habitual y en reato de muerte eterna. Permanece en muerte de eterna condenacion, sin esperanza de vida eterna. «Todo el que me encuentre, puede decir el que odia, como dijo Cain; todo el que me encuentre me matará, porque yo he asesinado á mi hermano.»

Nada hay, hermanos míos, mas bello que el ver dos enemigos reconciliados; y nada hay tan grande como perdonar de corazon una ofensa. Si es bello, en efecto, ver á Jacob esperando de rodillas en el camino á Esaú, no es

(1) Epist. 36, ad Castorin. (2) Precation., ad Missam.

(3) Lib. 10, Mor., cap. 41, núm. 18. (4) Joan., 3, 14. (1)

menos encantador ver á Esaú adelantarse , abrazar á su hermano, besarle, regando su cuello con abundancia de lágrimas, y ofreciéndose mutuamente dones (1). No es menos bello el espectáculo que ofrece Josef olvidando la ofensa que le hicieran sus hermanos, y descubriéndoles los designios de Dios permitiendo el mal que ellos pensaron causarle. Edificante es tambien la generosidad de David perdonando á Semei, que tantos insultos le habia dirigido; y lo que aquí debemos notar es que á Abisai , que aspiraba á que se castigase con la muerte al que habia maldecido al ungido del Señor , le reprende David diciéndole no hiciese con él los oficios de Satanás. *Cur effcimini mihi hodiè in Satan* (2)? Sí: inspirado , dirigido , gobernado está por Satanás quien no quiere reconciliarse con su hermano. ¿Cómo ha de oir Dios á aquellos en cuyo corazon habita el demonio?

¿Conque entonces, me preguntareis, qué he de hacer con mi prójimo, que me ofende, que me insulta, que me daña? No quiero ser yo el que responda: quiero que oigais al mismo Jesucristo. Acababa el Salvador de prescribir y ordenar el precepto de la correccion fraterna, cuando San Pedro le preguntó: «¿Cuántas veces perdonaré á mi prójimo las ofensas que me haga? ¿Le perdonaré siete veces?» Y díjole Jesus : «No digo siete veces , sino setenta y siete veces debes perdonarle : esto es, debes perdonarle innumerables veces, debes perdonarle siempre.»

Señores: esto enseña Jesucristo ; y Jesucristo es tambien el que hoy nos dice que nos reconciliemos con nuestro prójimo antes de ofrecer á Dios cualquiera buena obra. Pues bien: ¿á quién quereis oir , á Dios, ó á vuestro corrompido corazon; á Jesucristo, ó á vuestras pasiones? Nada de cuanto hagais lo acepta Dios no reconciliándoos con vues-

(1) Genes., 33. (2) 12 Reg., 19.

tros hermanos; perdeis el mérito de las buenas obras; vivís en tinieblas; permaneceis en la muerte.

Pecadores, hijos míos, almas redimidas con la sangre del Cordero, perdonad, perdonad, perdonad para que se os perdone. Reconciliaos con vuestros prójimos, para que Dios os admita á su reconciliación. Perdonad, perdonad muchas veces, para que Dios os perdone siempre. Perdonad, para que seais eternamente perdonados. Amen.

tres hermanos; perdéis el mérito de las buenas obras; vivís en tinieblas; permanecéis en la muerte. Pecadores, hijos malos, almas manchadas con la sangre del Corbeto, perdonad, perdonad, perdonad para que os perdone. Reconciliad con vuestros hermanos, para que Dios os admita a su Reino. Perdonad, perdonad muchas veces, para que Dios os perdone siempre. Perdonad, para que Dios os perdone siempre. Amen.

SERMON

sobre el mismo evangelio.

—
*Qui autem dixerit fratri suo
Racha, reus erit Concilio.
(Mat., 5.)*

El que dirigiere á su hermano una palabra de desprecio, será juzgado por el Concilio.

Se están tributando todos los dias himnos y elogios á la dignidad del hombre; se habla mucho de sus derechos; se trata, para no verle humillado, de establecer una absoluta igualdad; se le fascina con la perspectiva de una soberanía imaginaria; se le llama ciudadano, rey, y poco falta para que se le llame Dios; se le dice que es el juez de las controversias; que es, en una palabra, todo, ó que todo puede serlo.

Muy bien, señores: la dignidad del hombre, no hay duda, es grande, es alta, es sublime, es casi celestial, habiendo sido creado á imágen y semejanza de Dios, y es casi divina despues de la Encarnacion del Divino Verbo. *Divinæ consortes naturæ*. La dignidad del hombre es grande; del hombre, compendio del universo; del hombre,

rey de la creacion; del hombre, llamado á la inmortalidad. La dignidad del hombre es grande, como que con su entendimiento mide el curso de los astros, con su voluntad apetece el bien infinito, y con su memoria recorre todas las edades.

La dignidad del hombre es grande; pero ¿esta dignidad ha sido y es por todos reconocida? ¿Ha sido y es de todos respetada? En la historia de lo pasado y en la crónica de lo presente, ¿aparece siempre el hombre en el lugar que le corresponde?

Estas ideas han venido á mi mente al oír decir á Jesucristo que todo el que á su hermano ó prójimo le dirija una palabra de desprecio, será digno de que le juzgue el Concilio; así como será digno del fuego infernal el que le llame fatuo. *Qui autem dixerit fratri suo Racha, reus erit Concilio.*

Señores: con la idea de presentar como innecesario el cristianismo, trátase de borrar sus indelebles glorias, y encomendar á vanas teorías, que la esperiencia tiene ya juzgadas, la mision humanitaria y social que aquel viene desempeñando con las luces de la verdad y con la pureza de sus dogmas. Hasta se ha dicho que el cristianismo envilece al hombre; asercion blasfema, impía y absurda, que la historia desmiente, y que el género humano está interesado en rechazar, por el interes de su conservacion propia. No negueis al cristianismo sus glorias, y no le condenéis sin oírle y sin estudiarle.

Voy á combatir un error de tanta trascendencia, haciéndoos ver que

El cristianismo es el único que reconoce la dignidad del hombre, y proclama los legítimos respetos que le son debidos.

Qui autem dixerit fratri suo Racha, reus erit Concilio.

Ave María.

Conforme se fueron olvidando las primitivas tradiciones del género humano, fue decayendo la dignidad del hombre, identificada con la historia de la creación. Desfigurada la imagen del Criador, ó casi borrada por el pecado, y arrastrándose el hombre por la tierra, olvidado enteramente de la parte que él tenía del cielo y en el cielo, llegó á tal punto la degradación, que el hombre no era ya ni la sombra de aquella obra donde la Beatísima Trinidad puso sus manos, sino como el bruto, donde no hay entendimiento. En la caída de nuestros primeros padres, con toda la serie de tristes consecuencias que ella trajo, comienza la degradación general que envolvió al mundo en tinieblas y desórdenes. Ni Dios, ni el hombre, ni el Criador, ni la criatura, ni la obra, ni el artífice fueron ya conocidos. Buscando á Dios en la tierra, y muy cerca de sí mismos, no encontraron los hombres mas que barro para hacer ídolos, pasiones para divinizarlas, animales y hasta insectos para adorarlos. El hombre, á consecuencia de tales extravíos, descendió desde la categoría de rey, en que Dios le habia colocado, al triste destino de ser adorador de las mas viles criaturas. ¿Qué dignidad habia ya de conservarse y reconocerse en el hombre, que adoraba el cieno y la corrupción? ¿Qué concepto noble habia de formar de sí mismo el que se consideraba obligado á tributar culto á lo mas vil de la tierra?

Tras esto tuvieron que venir, y vinieron en efecto, para el hombre todas las degradaciones y desdichas, todas las tinieblas y vicios, todas las afrentas y humillaciones. Comparad este hombre, este hombre del pecado y de la degradación, con el hombre del Paraíso, y os llenareis de espanto viendo á aquel tan distante y tan diferente de este.

Con razon era esperado el Mesías como el deseado de las gentes y de las naciones. Habia de ser en efecto su restaurador, su rehabilitador, su redentor; Dios con nos-

otros, Dios otra vez con el hombre, Dios con el género humano. *Nobiscum Deus.*

El cristianismo, reanudando, digámoslo así, los tiempos posteriores con los anteriores, los tiempos últimos con los primeros, y trayendo la creacion al seno del Criador, ha colocado otra vez al hombre en el Paraiso, y le ha elevado aun mas alto del lugar donde fue puesto. El cristianismo parte desde la creacion del hombre: considera primero lo feliz que fue criado, para llorar despues las desgracias de que le hizo reo la culpa, y aliviarlas; y no concebiríamos cómo la Trinidad Beatísima decretó el redimirle, si nouviésemos presente que debia redimirle quien habia tenido la infinita bondad de criarle. A la obra de Dios, Dios debia levantarla. Por manera que, desde el primer paso, digámoslo así, el cristianismo procede reconociendo en el hombre la imágen y semejanza de Dios, y la primera de sus obras; y, por consiguiente, la mas alta dignidad y nobleza.

Todo en el cristianismo tiende á realzar al hombre. Si considerándole en su origen le mira como obra de la Beatísima Trinidad, al presentárnosle redimido le ofrece á nuestra vista como hijo de Dios, naciendo, no ya de sus manos en virtud de la omnipotente palabra, sino de su divino corazon, á esfuerzos del mas grande amor de que Dios, con ser Dios, puede verse impelido ó inspirado. Primero fue hijo el hombre de la bondad de Dios, que quiso comunicarse; pero luego es hijo el hombre del divino amor, que quiere con nosotros identificarse. En la creacion se comunicó Dios, en el modo posible, al hombre; pero en la redencion se identifica con él; y Dios se hace hombre, para que el hombre se haga Dios. Tanto como en la Encarnacion se baja ó humilla Dios, tanto somos ensalzados nosotros. Dios toma carne humana, para que nosotros tomemos el espíritu; Dios se hace mortal, para hacernos á nosotros inmortales; Dios toma la forma de siervo, para que

nosotros ascendamos á la dignidad de hijos; Dios baja á la tierra, para que nosotros subamos al cielo. Grande, pues, ha de ser la dignidad del hombre, cuando para salvarle se sacrifica el mismo Dios. Naciendo una vez en las manos de Dios y otra en su divino corazon, sus cartas de nobleza son legítimas é imperecederas.

Estas ideas, que son fundamentales en el cristianismo; ¿no hacen formar de la dignidad del hombre el mas alto concepto? Mientras esas ideas se conserven, y se conservarán siempre, ¿puede temer el hombre la degradacion y el envilecimiento? Cuando esas ideas, ó cuando el cristianismo que las conserva, sea combatido, ¿no habrá entonces motivo para decir que el género humano camina hácia su degradacion? Luego las sectas, enemigas del cristianismo, lejos de ensalzar al hombre tanto como ellas se vanaglorían de hacerlo, lo que hacen es rasgar sus cartas de nobleza, y rebajarle al nivel de las bestias. Las sectas materialistas, que suponen la eternidad del mundo, ó que atribuyen su origen al acaso; las sectas que niegan la existencia de Dios; las que no consideran en el hombre mas que su organismo; las que no reconozcan el dogma de la caida primitiva y el de nuestra rehabilitacion por Jesucristo, y las que no funden su sistema de moral sobre el Evangelio, todas son enemigas del hombre, todas le consideran como pura materia, como un animal mas bellamente desarrollado que los otros, y sin mas destino que el de vivir con la tierra, acabar en la tierra y convertirse en tierra. Los enemigos del cristianismo son, pues, enemigos del hombre, y de su dignidad y nobleza.

Si desde la creacion y desde la Encarnacion, donde el hombre es tan realzado, pasamos á considerar los preceptos del cristianismo, relativos á dirigir las relaciones que deben mediar entre hombre y hombre, y las que deben de unir al hombre y á la sociedad, no admiraremos menos la solitud con que la Iglesia procura no sea rebajada

nunca, ni olvidada la dignidad humana. Solo el precepto que obliga á que amemos á nuestros prójimos como nos amamos á nosotros mismos, basta para darnos una idea del respeto con que quiere la religion miremos y tratemos á nuestros semejantes.

Que seas rey, que seas ciudadano; ora mandes, ora obedezcas; rico, ó pobre; sabio, ó ignorante; caudillo, ó soldado; legislador, ó súbdito; cualquiera, pues, que sea tu posicion, no puedes olvidarte de que has de amar á tu prójimo como á tí mismo, sea tu prójimo feliz, ó sea desgraciado. Tienes que olvidarte de que eres cristiano, y aun de que eres hombre, para dejar de amar á tus semejantes como á tí mismo te amas. Tienes que amarlos, ó dejar de amar á Dios, de quien el hombre es imágen y semejanza. Ha querido Dios que quien á él le ame, ame tambien al prójimo; especie de identificacion, que eleva al hombre á una posicion gloriosa. Un mismo amor para Dios y para el hombre: en una misma voluntad y en un mismo corazon ha de ponerlos juntos el amor del hombre, como en una misma naturaleza humana puso juntos á Dios y al hombre el amor divino.

No permite Dios que el hombre falte ú ofenda á su prójimo, ni aun de palabra. Aunque los espositores no están conformes en cuanto al significado que tiene en el Evangelio la palabra *Raca*, convienen todos en que significa ó denota desprecio ó vilipendio en la misma palabra que dirijamos á nuestro prójimo, ó en el modo ó gesto con que lo hagamos. Pues bien: esto nos está prohibido bajo pena grave, y, por consiguiente, el faltar es pecado grave. «El que llame á su hermano *Raca*, dice Jesucristo, será juzgado por el Concilio; y el que le llame *fatuo*, será reo del infernal fuego.» No solo se nos prohíbe el matar á nuestro prójimo, sino enojarnos con él y dirigirle palabras ó calificaciones deshonorosas. ¿Habeis visto, señores, que en otra parte sea tan respetada la dignidad humana? ¿Podeis

concebir que fuera del cristianismo se mire al hombre con el respeto con que debe ser mirado?

No: ahí está el protestantismo gloriándose de ser la espresion del Evangelio, y reduciendo, no obstante, al hombre á una degradante situacion. Porque si bien es cierto proclama la soberanía individual y coloca, al parecer, al hombre en un trono de rey, es una soberanía que le hace esclavo, y un trono que equivale á un patíbulo. Si fuesen todos los hombres iguales en capacidad y en riqueza, el principio protestante de *soberanía individual*, aun siendo tan absurdo como es, ofrecería otro aspecto, aunque siempre desastroso; pero no existiendo ni pudiendo existir esa igualdad, el resultado tiene necesariamente que ser mucha soberbia y orgullo en los sabios y poderosos, y mucha degradacion y esclavitud en los que no lo sean, que es la generalidad de los hombres. El que pueda ejercer esa absurda soberanía por medio del talento ó del dinero, será el soberano; y el infeliz que no cuente con ninguna de esas dos cosas, será esclavo de la opinion ó del poder de otro, y arrastrará siempre una cadena bajo su manto de púrpura. Esta es la verdad, y estos son los hechos. El protestantismo fomenta el orgullo humano: luego por precision el fuerte será escesivamente soberbio, y el flaco, grande y lastimosamente miserable. La dignidad humana será respetada en los poderosos, y á los débiles no se les considerará mas que como indignos instrumentos ó siervos de los señores. Raza de señores y raza de esclavos: ahí teneis otra vez establecida la antigua diferencia que estableció el paganismo en la familia humana.

Advertid, ademas, el fin que el cristianismo asigna al hombre, y esto será un nuevo motivo para que admiremos lo mucho que realza la dignidad humana. No ha sido criado el hombre para vejetar y morir enteramente en la tierra, sino para ganar un premio y un trono al lado de Dios en el cielo. La imágen y la semejanza tiene que unir-

se al original, la criatura á su Criador, la obra á su artífice, el hombre á Dios... Este es su destino. ¿Quién ha de atreverse á ofender al hombre sabiendo que es imágen de Dios, y que á unirse á Dios es llamado? En el mundo se mira ya con cierto respeto al niño que se educa, de orden del príncipe, para que sea luego su servidor y consejero; y ¿no hemos de respetar al hombre, formado por la mano de Dios, redimido con la sangre del Hombre-Dios, y llamado á ser uno de los cortesanos que llenan el cielo?

El dogma de la inmortalidad del alma y de una vida futura realza sobremanera al hombre, ofreciéndole á nuestros ojos, no como una sombra que se desvanece ó como un insecto que se corrompe, sino como un noble viajero que camina por el mundo para llegar á su feliz destino, que es la eternidad. Los que igualan el hombre con el bruto, los que le suponen únicamente carne y materia, sin mas destino que la sepultura donde el cadáver es enterrado, rebajan su dignidad, la destruyen, la aniquilan. El hombre sin alma, el hombre sin vida futura, el hombre sin inmortalidad, no es digno del respeto que se le tributa en los paises civilizados. Hemos de considerar al hombre como el cristianismo nos le presenta, si ha de ser respetada su dignidad y nobleza.

Por eso en los tiempos anteriores á Jesucristo, y hoy mismo en los paises donde no es adorada la Cruz, vemos á los individuos de la familia humana sepultados en la degradacion, arrastrando la cadena de la esclavitud, y vivir envueltos en las tinieblas de la ignorancia. Esos mismos paises, que la codicia del comerciante busca, que la curiosidad del viajero estudia, que la solicitud del anticuario observa, que la erudicion del historiador y del filósofo examina, miradlos, miradlos, y no vereis mas que degradacion y barbarie, aun despues de haber pasado en ellos muchos años los hijos de la civilizacion. Pero que se abran

las fronteras y puertas de esos países á los misioneros; que sea vista y venerada en ellos la Cruz; que oigan la doctrina y la verdad de boca de los ministros de Dios; que penetre allí, aunque no con todos sus resplandores, el sol del cristianismo, y vereis convertida con el tiempo en tierra de corderos y palomas la que era habitacion de tigres y panteras; vereis suavizadas las costumbres; vereis mas desarrollada la razon natural; vereis al jóven respetando al anciano, y al anciano amando al jóven; á los padres conservando sus hijos, y á los hijos cuidando de los padres; al rico no olvidándose del pobre, y al pobre siendo agradecido al rico; á los gobernantes mas humanos, y á los súbditos mas dóciles. Esto vereis, como lo ven cuantos recorren esos bárbaros países donde ha podido penetrar con su cruz y su báculo el misionero católico.

Todo, pues, en el cristianismo tiende á realzar al hombre, y á hacer sea respetada su dignidad. Lo que nos enseña respecto de nuestro origen, lo que nos enseña tocante á nuestra redencion, lo que enseña respecto de nuestro destino futuro, lo que enseña sobre la naturaleza de nuestra alma, los deberes que nos prescribe para que los cumplamos unos con otros, las mismas virtudes que nos exige y los vicios que condena, ese prodigioso y celestial pan que la Iglesia nos da como alimento de nuestro espíritu, los bienes que se nos prometen, todo, todo en el cristianismo contribuye á que la dignidad humana sea respetada.

Callad, callad, enemigos de la fe cristiana; callad para siempre. Sin ella no seríais lo que sois; sin ella no viviríais en esta Europa civilizada; sin ella no seríais mas que salvajes, ó todo lo mas corrompidos ciudadanos como los de la pagana Roma. Callad para siempre. Esas luces de que os gloriais, esa suavidad de costumbres, esas leyes benéficas, ese orden, todo lo debeis al cristianismo. Sí, al cris-

tianismo lo debeis todo; y tendríais que arrepentiros de ser hombres, si no fuéseis cristianos.

Amad al cristianismo, padre de la luz, padre de la civilizacion; sed fieles á sus preceptos, para que con vuestra vida de cristianos ganeis la eterna, que á todos deseo. Amen.

SERMON

sobre la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

de la epístola del apóstol domingo después de

Trinitas.

SERMON

sobre la epístola del sexto domingo despues de Pentecostés.

Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem.

(D. Paul. ad Roman., cap. 6, 4.)

Hemos sido enterrados con Jesucristo por el bautismo, para morir al pecado.

Con estas palabras trataba el Apóstol de traer á los romanos á una nueva vida, recordándoles los deberes que, recibiendo el bautismo, habian contraído. «Hemos muerto, les decia, para el pecado, y por medio del bautismo nos hemos sepultado con Jesucristo para no volver á pecar, así como el Salvador no ha de volver á morir. Hemos enterado al hombre viejo, para que nazca el hombre nuevo; y nueva ha de ser nuestra vida, nuevas nuestras costumbres, nuevos nuestros pensamientos y deseos.» *Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem.*

Estas palabras hay que repetirlas con frecuencia, como un recuerdo á los cristianos que se olvidan de los deberes que les impone su profesion; y si el Apóstol, en el tiempo del fervor, se las dirigia á los fieles de Roma, ¿qué ten-

dremos que hacer hoy nosotros, los ministros de Dios, viendo tan despreciados sus preceptos y tan desfigurada la vida de los cristianos? Al observar cuán distante ó cuán opuesta es á la profesion del cristianismo la conducta de muchos fieles, ocurre el decirles lo que los habitantes de Babilonia dijeron á su rey cuando supieron habian sido destruidos por Daniel los ídolos Bel y Dragon. «¿Por ventura, dijeron, se ha hecho judío el rey?» *Congregati adversus regem dixerunt: judæus factus est rex? Bel destruxit, Draconem interfecit, et sacerdotes occidit* (1).

¿Por ventura, os digo, se han hecho paganos los cristianos? ¿Se ha cambiado el Evangelio? ¿Permite ahora la ley lo que antes prohibia? ¿Prohíbe ahora lo que antes mandaba? *Judæus factus est rex?* Entrad en nuestros pueblos y ciudades, penetrad en la vida secreta de las familias, seguid los pasos á cada individuo, y no vereis que esté conforme la conducta de los que se llaman cristianos con las prescripciones de la santa ley que profesan.

Para que no os equivoqueis en punto á los deberes que os impone vuestro estado, voy á instruiros acerca de esto, haciéndoos ver

Las obligaciones ó deberes que el bautismo impone á los cristianos.

Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem.

Ave María.

(1) Daniel, 14.

El sacramento del Bautismo es el primero de los sacramentos, y la puerta por donde entra el hombre en la Iglesia de Dios. Por su virtud queda borrado en nosotros el pecado original, y tambien los pecados actuales en los adultos que le reciben; de tal manera, que si el bautizado muriese sin haber cometido despues de recibir este sacramento culpa alguna, no encontraria ningun obstáculo para entrar inmediatamente en el cielo. A cada fiel, cuando recibe el bautismo, se le podria decir lo que dijo Jesucristo al buen ladron: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

Habiendo venido Jesucristo al mundo principalmente para borrar el pecado original, debia instituir un sacramento por cuyo medio, aplicándonos el mérito de su pasion y muerte, quedase, en efecto, borrada aquella mancha, y convertido el hombre en hijo de Dios, hermano de Cristo y coheredero de su gloria. El cristianismo parte, digámoslo así, desde este principio ó desde el gran hecho de la abolicion del pecado original por la muerte del Salvador. El primer paso, pues, el primer camino, el primer punto de partida en la religion cristiana, tiene que ser el libranos del pecado original: por eso instituyó Jesucristo el sacramento del Bautismo, que es la cisterna donde se lava y purifica nuestra alma de la mancha de la original culpa.

Atendiendo á la *materia* de este sacramento, le llaman los Santos Padres agua saludable y rio de agua vital; por razon de la *forma*, le denominan sello de la fe, sacramento de la fe, confesion de la fe, sacramento de la Santísima Trinidad; y considerando el *efecto*, llaman al bautismo sacramento de iluminacion y regeneracion, sacramento de los cristianos, distintivo del soldado de Cristo, diluvio de los pecados, rio de la gracia, vientre de la Iglesia, muerte de las culpas y vida de las virtudes. «El bautismo, dice el Nazianceno (1), es el esplendor de las almas, principio

(1) Citado por Cornelio á Lapide.

de mejor vida, auxilio de nuestra flaqueza, desprecio de la carne, participacion del Verbo, diluvio del pecado, comunicacion de la luz, opresion de las tinieblas, vehículo que nos lleva hácia Dios, peregrinacion con Cristo, adinículo de la fe, perfeccion del entendimiento, llave del reino celestial, conmutacion de la vida, repulsion de la esclavitud, solucion de los vínculos que nos atan, el mas precioso y rico de los dones de Dios.» «En virtud de este sacramento, dice San Basilio, se nos restituye el Paraíso, se nos devuelve el reino de los cielos, se nos adopta como hijos, se nos dan títulos para que confiemos en Dios y le llamemos Padre, se nos confiere derecho para participar de la gracia de Cristo y de la eterna gloria, y, si he de decirlo en dos palabras, para vivir en una plenitud de bendicion, así en el presente siglo como en el futuro (1).»

De aquí deducireis que el hombre viejo se convierte, por la virtud del sacramento del Bautismo, en hombre nuevo: hombre nuevo como debe de serlo en una ley nueva, en una ley de gracia, en una ley que significa la abolicion del pecado. En esta ley nueva, en esta ley de gracia, en esta Iglesia no se entra sino por el bautismo; es decir, hay que entrar en ella sin pecado, y purísimos, para que toda nuestra vida sea sin pecado y purísima.

De aquí la necesidad de recibir este santo sacramento. «El que no renazca ó sea regenerado por el agua y el Espíritu-Santo, dice Jesucristo, no puede entrar en el reino de Dios.» *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu-Sancto, non potest introire in regnum Dei* (2). «El que crea y sea bautizado, dice tambien el Salvador, será el que se salve.» *Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit* (3). Hay que pasar por estas aguas del mar Rojo para llegar desde Egipto á la tierra de promision.

(1) Lib. de Spir. Sanct., cap. 15.

(2) Joan., 3. (3) Marc., 16.

Atendiendo á esta necesidad, ha querido el Señor que la materia del sacramento del Bautismo sea el agua, que es elemento que en todas partes se encuentra. Cualquiera otra cosa que Jesucristo hubiese designado como materia remota de este sacramento, posible es no se hallase en todas las partes del mundo, resultando que para un sacramento necesario faltarian elementos ó medios fáciles de administrarle y recibirle; pero abundando el agua por toda la tierra, ya en rios, ya en fuentes, ya en cisternas, corresponde la facilidad de medios á la universal necesidad de recibir el sacramento.

Deducid de aquí cuánta debe de ser la solicitud de los padres por que sus hijos reciban sin demora el santo bautismo, para evitar que, sobreviniendo la muerte sin que hubiesen recibido este sacramento, sean condenadas esas pobres criaturas á carecer de la vista de Dios, en que consiste la eterna bienaventuranza. Por gran dicha deben de tener los padres el haber engendrado un hijo para Dios, un hermano para Cristo, un miembro para la Iglesia, un ciudadano para el cielo. Cuanto antes, sin demora alguna, han de hacer sea inscrito el nombre de su niño en el libro de los vivientes; y de esta sublime idea nacen las lágrimas que tiernamente derraman los padres cuando ven y reciben á su niño por primera vez despues de bautizado. ¡Oh! ¡Qué cosa tan santa y tan grande es aquel parvulito de quien ha dicho el Eterno Padre, *este es ya mi hijo amado*, y en cuyo corazon ha entrado el Espíritu-Santo para vivificarle con la gracia que producen los méritos de Cristo! Por eso se administra este santo sacramento invocando el nombre de la Beatísima Trinidad, cuyas tres Personas concurren á regenerarle, como concurrieron á criarle.

Para facilitar igualmente los medios en la recepcion del sacramento del Bautismo, quiere tambien el Señor que, en caso de necesidad, pueda administrarle, pero sin cere-

monia ó solemnidad, cualquiera persona, hombre ó mujer, aunque sea infiel, judío ó hereje, siempre que al aplicar la materia y pronunciar las palabras de la forma tenga intencion de hacer lo que hace la Iglesia católica cuando administra este sacramento. Por lo cual deben de saber todos lo que concierne á la administracion del sacramento del Bautismo; pues podria suceder se encontrase alguno en el caso de ver morir á un niño ó adulto que no estuviese bautizado, y por no saber administrar este sacramento perderse para siempre aquella alma, rescatada con la sangre del Redentor. Tómase agua bendita, ó en su defecto agua natural, y, derramándola sobre la cabeza del niño, se dice: «Yo te bautizo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo.»

Todo esto prueba y testifica la necesidad de recibir el santo sacramento del Bautismo, no para vivir una vida gentílica, sino una vida verdaderamente cristiana, por cuanto el bautismo nos hace hijos de una Iglesia que no tiene manchas ni arrugas. ¿Cómo podremos ser hijos de Dios siendo, por el pecado, hijos del diablo? ¿Cómo hemos de ser hermanos de Cristo, siendo hijos y esclavos de la corrupcion? ¿Cómo hemos de ser hijos de la luz, arrojándonos y viviendo voluntariamente en las tinieblas? ¿Cómo hemos de mostrar que en nosotros está borrado el pecado, origen de todos, si no hacemos mas que cometer culpas? ¿Cómo damos á entender que hemos recibido en el bautismo al Espíritu-Santo, si obramos como si únicamente estuviésemos poseidos del demonio? *Quæ enim participatio justitiæ cum iniquitate? Aut quæ societas luci ad tenebras? Quæ autem conventio Christi ad Belial? Quæ pars fidei cum infidei? Quæ consensio templo Dei cum idolis? Vos enim estis templum Dei vivi* (1). Esto, que decia San Pablo á los fieles de Corinto, puedo decirlo yo hoy á los

(1) 2.^a ad Corint., 6.

cristianos de nuestros dias, que, siendo por el bautismo templos de Dios vivo, adoran en su corazon los ídolos de las pasiones, como si fuesen infieles ó hijos de Belial.

Todas las ceremonias que acompañan á la administracion del sacramento del Bautismo, nos dicen que la santidad ha de ser el signo distintivo del soldado de Cristo, y que nuestra vida ha de ser pura en virtud del pacto que, como dice el Nacianceno (1), hacemos, por el bautismo, con Dios. La Iglesia, cuando administra el bautismo, junta á esta administracion las ceremonias del antiguo catecumenato, es decir, aquellas ceremonias que en los antiguos tiempos acompañaban á la instruccion y preparacion de los adultos para recibir este santo sacramento.

La fe pide á la Iglesia de Dios el bautizando, ó, si es párvulo, el padrino, para que la fe le confiera eterna; no la fe sin las obras, sino la fe con ella, por lo cual dice el sacerdote: «Si quieres entrar en la vida eterna, observa los mandamientos.» El bautizando, como veis, principia ya á oir las obligaciones que va á imponerle el sacramento: obligaciones que se le esplican aun mas cuando, soplando tres veces suavemente el sacerdote en el rostro del niño, mandando salir al demonio para preparar lugar al Espíritu-Santo, dícele, haciendo en la frente y en el pecho la señal de la cruz: «Recibe el signo de la cruz en la frente y en el pecho, toma la fe de los celestiales preceptos, y sean tales tus costumbres que puedas ya ser *templo de Dios*.» Poniendo luego en la boca del niño ó del bautizando sal bendecida, se le da á entender que ha de preservarse de la corrupcion, y no ha de tomar gusto mas que á las cosas divinas.

Tal es el anuncio, digámoslo así, que se hace al bautizando acerca de las obligaciones que va á imponerle el bautismo; pero todavía no ha llegado el momento de la

(1) Orat., 40.

solemne renuncia ó promesa que va á hacer, siendo testigos de ella la tierra y el cielo. El sacerdote introduce en la Iglesia al niño, rezando los padrinos y demas asistentes el Símbolo ó Credo, porque sin la fe no podemos agradar á Dios, y el Padre nuestro, para darnos á entender que la oracion ha de ser para nosotros un arma poderosa con que vencer al enemigo. Todo está aquí lleno de misterios. Como Jesucristo curó al sordo-mudo poniendo saliva en su boca y en sus oidos, diciendo *abriros*, así el sacerdote ó la Iglesia quiere que se abran, para oir la verdad, los oidos del bautizando. Ahora principia la solemne promesa. «¿Renuncias á Satanás?» pregunta el sacerdote. «Renuncio,» responde el bautizando, si es adulto, ó los padrinos, si es párvulo. «¿Y renuncias á todas sus obras?» vuelve á preguntar el ministro de Dios. «Renuncio,» responde el que ha de ser bautizado. «¿Y renuncias á todas sus pompas?» pregunta otra vez el sacerdote. «Renuncio,» responde el bautizando. Y el sacerdote le unge el pecho y las espaldas con el óleo de los catecúmenos, para darle á entender que la vida cristiana ha de ser milicia ó lucha sobre la tierra.

¡Oh cielos! un nuevo ciudadano va á ser inscrito en el número de los vuestros. El sacerdote cambia el color triste ó morado de la estola por el blanco, que es signo de alegría. Hácese la confesion del augusto misterio de la Santísima Trinidad, y preguntando en seguida el sacerdote «¿quieres ser bautizado?» y respondiendo el neófito ó los padrinos «quiero,» «yo te bautizo, dice solemnemente el sacerdote, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo,» derramando tres veces, en honor del augusto misterio, sobre la cabeza del niño ó del adulto, el agua de la regeneracion.

Sobre nuestra frente está ya el signo indeleble. La Iglesia tiene ya un hijo mas. El cielo cuenta ya con un nuevo ciudadano. «Ya estais limpios, diré con San Pablo;

ya estais santificados, ya estais purificados.» *Abluti estis; sanctificati estis, justificati estis* (1). «Ya gozan de libertad, diré con el Crisóstomo, los que estaban cautivos; ya son ciudadanos de la Iglesia los que peregrinaban por los caminos del error; ya están en posesion de la justicia los que vivian en la confusion del pecado. Son ya, no solo libres, sino santos; no solo santos, sino justos; no solo justos, sino hijos; no solo hijos, sino herederos; no solo herederos, sino hermanos de Cristo; no solo hermanos de Cristo, sino coherederos suyos; no solo coherederos, sino miembros; no solo miembros, sino templo; no solo templo, sino órganos del Espíritu-Santo. No consiste la celestial gracia del bautismo en la remision de los pecados, sino tambien en esos diez honores que nos confiere (2).»

Renunciar á Satanás, á sus obras y á sus pompas: hé aquí lo que hemos prometido en el bautismo. El cielo ha oido esta renuncia, los ángeles la han escrito, la Iglesia la ha consignado. Hemos muerto para el mundo; hemos muerto para el pecado. Los placeres, el orgullo, las vanidades, todo esto se nos prohíbe en el hecho de haber sido bautizados. «Repíte, dice San Ambrosio, las preguntas que te se hicieron; mira lo que prometiste, que fue renunciar al diablo y sus obras, al mundo y á su lujuria y disoluciones; tu voz no está escrita en el túmulo de los muertos, sino en el libro de los vivientes (3).» Pecando contristais al Espíritu-Santo, por el cual fuísteis sellados en el día de la redencion, como dice el Apóstol (4).

¡Ay, hermanos míos! ¿Quién, viendo nuestras acciones, dirá que estamos bautizados? A escepcion de no adorar los ídolos de tierra, de madera ó de metal, ó los astros, que adoran los paganos, nuestras costumbres, ¿en qué se diferencian de las suyas? Yo no lo veo: yo no veo mas

(1) 1.^a Corint., 6. (2) Homil. ad neophitos.

(3) De iis qui mist. init., cap. 2. (4) Ad Ephes., 4.

sino que Satanás reina, que practicamos sus obras y seguimos sus pompas. Cuando el Señor nos diga, como Isaac á Jacob : «Acércate, hijo mio, para tocarte y ver si eres ó no Esaú ; acércate para ver tus acciones y saber si eres cristiano,» habrá de decirnos : «La voz es de Jacob; pero las manos, las manos son de Esaú.» La voz, el nombre, la profesion, las palabras son de cristiano ; pero las manos, las acciones son de gentil. Con tu voz ó tus palabras confiesas la fe ; pero con tus manos ó acciones te muestras incrédulo. La voz, sí, la voz es de Jacob ; pero las manos son de Esaú.

Grandes son las obligaciones que nos impone el bautismo ; pero tambien recibiendo el sacramento adquirimos derecho á las gracias que son necesarias para el cumplimiento de nuestros deberes. Los ángeles nos guardan, la Iglesia pide por nosotros, y nos alimenta como alimenta una madre á sus hijos, y los santos son nuestros abogados é intercesores.

Para que lo sean mas especialmente y nosotros tengamos un modelo que imitar, tomamos en el bautismo el nombre de un Santo, bien el de aquel cuya memoria celebra la Iglesia en el dia en que hemos nacido, ó bien el de cualquiera otro. De aquí deducireis qué error tan lamentable es, qué estravío, qué manía, qué absurdo, y aun qué impiedad, el imponer á los niños nombres enteramente profanos, gentílicos ó mitológicos. Todo lo menos que eso puede significar es ignorancia en las cosas de la religion ; pues, ó se ignoran las ventajas que reportamos de la intercesion de los santos, ó se supone que, sin auxilios superiores, podemos llenar ó cumplir suficientemente la ley. Y digo que esto es lo menos, porque si se negasen aquellas ventajas ó se supusiese la suficiencia del hombre por sí solo para cumplir la ley, seria incurrir en herejía, ó revelar un fondo de impiedad.

Dad, ¡oh padres! á vuestros hijos por protectores,

santos, y no guerreros ó héroes de la antigüedad profana. Esta manía, la llamaré así; esta manía de imponer á los niños nombres ridículos ó profanos, tiene una tendencia muy grave, y no sé por qué ha de mancharse con algunos nombres el libro donde la Iglesia inscribe el de sus nuevos hijos. Todo tiende á que nos vayamos olvidando del cristianismo, de sus prácticas, de sus héroes y de sus virtudes. Esta es la tendencia, padres cristianos; esta es la tendencia de esa manía.

Los mismos padrinos, que en defecto de los padres están obligados á procurar sean instruidos en los deberes y prácticas cristianas sus ahijados, no deberian acceder á que al niño se le impusiesen esos nombres extravagantes ó ridículos. Vergüenza deberia causarles el pronunciarlos en el acto sagrado y sublime de conferirles el bautismo. Abolid semejante abuso: proscribidle: reprobadle.

Ya habreis meditado cuáles son los deberes que impone al cristiano el santo bautismo. Morir para el pecado, y vivir para la virtud: esta es nuestra profesion. Renunciar á Satanás, á sus obras y pompas: este es nuestro juramento. Cumplámosle, si aspiramos á que Dios nos mire como hijos, Jesucristo como á hermanos, el cielo como á cortesanos suyos. Cumplamos nuestros deberes, para alcanzar la vida eterna que pedimos al pedir á la Iglesia el bautismo. Seamos cristianos, no de palabra ó de nombre, sino con las obras, para merecer la gloria. Amen.

Sermones que pueden aplicarse á esta misma epístola.

1.º *El espíritu de sacrificio constituye el verdadero carácter del cristiano.—Tomo segundo.*

2.º *Con las buenas obras debe el cristiano hacer cierta su vocación.—Tomo idem.*

3.º *Retrato del cristiano, hecho por San Pedro.—En este tomo.*

4.º *Sobre la reincidencia en el pecado.—Tomo tercero.*

5.º *Sobre la gravedad del pecado.—Tomo idem.*

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

Misereor super turbam... Si dimisero eos jejunos in domum suam, deficient in via. (Marc., 8.)

Me compadezco de esta multitud... Si los dejo marchar sin haber comido, desfallecerán en el camino.

VED aquí una gran multitud siguiendo á Jesucristo, ansiosa de oír su divina palabra y de recibir los beneficios que el Salvador derramaba en todas partes. No nos dice el Evangelio que aquella turba pidiese de comer; pero nos hace ver espresamente que Jesucristo, observando no tenían con que alimentarse, convocó á sus discípulos revelándoles la compasion que le causaba ver hambrientas á las turbas que hacia tres dias le seguian; siendo imposible no desfalleciesen en el camino al tiempo de volver á sus hogares, de donde muchos de ellos estaban ya distantes. *Misereor super turbam... Si dimisero eos jejunos in*

domum suam, deficient in via. Los apóstoles, todavía carnales, digámoslo así, no obstante haber visto antes el prodigio de haber alimentado con cinco panes y dos peces á cinco mil personas, respondieron al Salvador que no era fácil dar pan en el desierto á aquella multitud. «¿Cuántos panes teneis?» preguntó el Salvador: «Siete,» respondieron; y mandando se sentase la turba, tomó en sus manos el pan, y con los siete panes y unos pocos peces distribuyó alimento, por medio de sus discípulos, á unas cuatro mil personas, que quedaron hartas, sobrando aun pan suficiente para llenar siete espuelas ó canastos.

A la vista de este magnífico espectáculo, me ocurre comparar con la conducta del Salvador la de muchos que se dan á sí mismos el nombre de *amigos del pueblo*.

En efecto: muchos son hoy los que se dan á sí mismos ese nombre. Filántropos, humanitarios, comunistas, socialistas, todos, á voz en grito, proclaman su amor al pueblo, su amor á las clases pobres y desvalidas, su amor, en fin, á la humanidad. Pero ¿qué pruebas tienen dadas de que en sus obras ó proyectos no se proponen mas fin que el bien de ese pobre pueblo? ¿Dónde están anotados los sacrificios que han hecho por sus semejantes? ¿Dónde están los testimonios de su amor á los pobres? ¿Dónde están los actos de su generoso desprendimiento en favor de los desgraciados? Porque no es lo mismo perorar en una reunion ó escribir un informe ó reglamento desde un cómodo gabinete, que realizar aquello mismo que se proclama. No veo ninguno entre esos humanitarios, absolutamente ninguno que, por socorrer á sus semejantes, haya menoscabado su fortuna ó deteriorado su salud; antes bien, lo que se ve son algunas fortunas, hechas quizá á costa de los pobres y de los pueblos.

Pues bien: yo vengo á decir á todos esos filántropos que únicamente Jesucristo es el verdadero amigo de los pueblos y el verdadero padre de los pobres. El Salvador

es el que se compadece de aquella multitud que le sigue; y porque su compasion nacia del verdadero principio de donde debe nacer, halló pan para tantos hambrientos. *Misereor super turbam*, etc. No naciendo la compasion del principio de donde debe nacer, darán pocos resultados en favor de los pobres aun los mas grandes esfuerzos. Por lo tanto, la filantropía humana no será ciertamente la que haga milagros en beneficio de los desvalidos. La que sabe hacerlos, la que los ha hecho, la que los hará siempre, es la Iglesia católica con su caridad cristiana.

Convenceros de esta verdad es lo que intento al proponerme probar que

La Iglesia, heredera del espíritu de Jesucristo, es la única que, con la caridad católica, se muestra verdadera amiga de los pobres, y la que puede resolver, sin destruir la sociedad, los problemas que principian á tener en agitacion al mundo.

Misereor super turbam, etc.

Ave María.

No quiero yo decir, al sentar la proposicion que dejo establecida, que no pueda ser el hombre naturalmente compasivo con sus semejantes. Seria preciso, para atreverse á decir esto, olvidarse de que si hay en todas las cosas una especie de atraccion que las une ó aproxima para que, no obstante su variedad, contribuyan á la unidad del que llamamos *universo*; si hay ademas entre los indivi-

duos de una misma especie una fuerte simpatía que los hace á su manera amarse, con mayor razon los individuos de la especie humana habrán de sentirse impelidos á amarse mutuamente, á socorrerse y á unirse. Está en el corazon humano impresa una ley de piedad hácia nuestros semejantes, ley que no podemos desconocer sin rebajarnos de la dignidad de hombres.

Por eso no podemos dejar de ver en el gentilismo, aun siendo la degradacion del hombre, algunas acciones laudables y aun heróicas respecto de la compasion ó liberalidad que debemos mostrar hácia nuestros semejantes, pobres ó necesitados. Pisistrato hacia fuesen tras de él dos ó tres criados con provision de dinero con que poder aliviar la miseria de los pobres que encontrase. Tito, llamado, por su liberalidad, *delicias del género humano*, consideraba como perdido el dia en que no hubiese hecho alguna limosna. *Diem perdidí*. Alejandro Severo, cuando veia á alguno que no le habia pedido ó le habia pedido poco, le reconvenia diciéndole: «¿Cómo no me pides nada? ¿Quieres constituirme deudor tuyo?» *Quid est cur nihil petis? An me tibi vis fieri debitorem?* Y Marco Antonio solia decir: «No tengo mas que lo que he dado.» *Hoc habeo, quodcumque dedi*.

Podria citar otros muchos testimonios de benevolencia ó compasion natural que nos ofrece la historia del gentilismo; pero ¿sabeis por qué la historia consigna con tanto cuidado esos hechos de los antiguos reyes ó filósofos? Precisamente porque eran pocos los que se dejaban guiar por esa natural cualidad del corazon, que hace no veamos indiferentes la miseria de nuestros prójimos. Esos hechos y esas frases se conservan porque eran los menos, eran muy raros los compasivos ó misericordiosos. Pero viene Jesucristo al mundo, y lo que era escepcion en el paganismo se hace regla ó conducta general en la Iglesia cristiana.

La venida del Mesías tuvo por objeto levantar al hombre caído por la primitiva culpa; y como al caer, además de perder los dones gratuitos, quedó tan lastimado en los naturales, resulta que al levantarlo Dios en el orden espiritual ó sobrenatural, le levantó también y le mejoró en punto á las facultades ó apetitos naturales. Por manera que al género humano se le devolvió lo que perdiera, y se le mejoró en lo que aun poseía. De este doble principio resulta la capacidad humana para el progresivo mejoramiento, y la feliz disposición de la sociedad para progresar en los medios que la conduzcan fácilmente á su destino.

Es desde luego notable que de una descendencia pobre y humilde, si bien gloriosa en sus antepasados, naciese el Redentor, que viene á levantar tan alto á la especie humana. Es notable que en la hora de nacer no hallase su Santísima Madre sino un pobre y oscuro establo donde dar á luz al que ni la tierra ni el cielo podrían preparar digna morada. Es ya notable que los primeros treinta años de la vida de Jesús se pasasen en tanta oscuridad, que desde su nacimiento hasta tres años antes de morir no sabríamos si el Niño que se nos había dado vivía, si no le viésemos en el templo conferenciando con los doctores. Es del mismo modo notable que cuando llega el momento de anunciar al mundo que va á principiar su misión el Cordero que ha de borrar los pecados, un precursor humilde también es el que le prepara los caminos. Pobres pescadores son también los que escoge por apóstoles. Quiero decir que desde luego se estaba viendo, no solo que la pobreza y humildad habían de ser realzadas, sino que con ellas habían de ser vencidas la opulencia y la arrogancia. La debilidad, la humildad, la miseria, van á atraerse las miradas de Dios, que tendrá sus delicias en habitar entre los hijos de los hombres.

Luego que Jesucristo principia á desempeñar su misión

de Maestro y Redentor, manifiéstase en todas sus obras como el mejor amigo de los humildes y miserables. Prescindiendo de los beneficios que va dispensando por todas partes, beneficios que señalan cada uno de los pasos de su mortal vida, especialmente en los últimos tres años de ella ; prescindiendo de esto, digo, lo que mas realza su ministerio es la doctrina que, segun las ocasiones y la oportunidad, enseña ó esplica como regla de nuestras relaciones con los demas hombres. No era necesario, en verdad, un gran libro para contener los preceptos ó la doctrina que el Salvador consideraba como la primera y fundamental en orden á la union en que debíamos vivir con nuestros semejantes. Pocos preceptos eran necesarios, y pocos dió Jesucristo ; pero fueron y son tan fecundos , que por toda la serie de los siglos van desenvolviéndose cada dia bajo nuevas formas, y este desarrollo , en vez de aniquilarlos , dales , al parecer, nueva y mas robusta vida.

Condenando, por una parte, Jesucristo el orgullo humano, y proclamando, por otra, como plenitud de la ley el amor á Dios y á nuestros prójimos, sentaba, digámoslo así, los cimientos de esa admirable moral cristiana que ha venido deduciendo de tan celestial principio las mas benéficas consecuencias para la sociedad, como son la obligacion de la limosna y demas obras de misericordia que prescribe hagamos con nuestros semejantes.

Heredera de este espíritu la Iglesia, no ha cesado nunca de mostrar que considera como una de sus primeras obligaciones el realizar ó cooperar á que se realicen los proyectos de que ese espíritu benéfico de su divino fundador no puede menos de ser frecuente origen. Jesucristo habia dicho en una ocasion solemne que los apóstoles tendrían siempre consigo ó cerca de sí pobres á quienes poder hacer bien : lo cual no solo sirvió para justificar el amoroso homenaje que una mujer tributaba al Redentor, sino

para darles á entender que les incumbia el ~~mirar~~ ^{mirar} por los pobres y desgraciados.

En efecto: á los mismos apóstoles los vemos ya cuidar, con especial solicitud, de los pobres y miserables, recomendando á los fieles de una iglesia ó de una provincia las necesidades en que vivían los de otra, y encargando á los diáconos cuidasen solícitamente de ellos. Los Obispos, instruidos por las cartas de San Pablo, consideraron siempre como uno de sus primeros deberes la hospitalidad, de tal manera que San Juan Crisóstomo fue censurado porque comía solo, lo cual era efecto de sus dolencias, y no del olvido de sus deberes episcopales.

Conforme fue la Iglesia tomando fuerzas, digámoslo así, iban naciendo y creciendo en número y magnificencia los establecimientos donde los pobres, ó los enfermos, ó los débiles, ó las viudas, ó las vírgenes hallaban un generoso asilo. Omitiendo otras muchas, haré mencion de aquella *nueva ciudad*, como la llama el Nacianceno (1), que San Basilio erigió á pocos pasos de la episcopal para recibir en ella á los pobres: establecimiento magnífico, donde los ricos llevaban, no solo lo superfluo, sino aun lo necesario, por las exhortaciones de su Santo Obispo. Por cuya razon llama el Nacianceno á aquella nueva ciudad asilo de piedad y tesoro de los poderosos. Haré tambien mencion del caritativo celo con que San Juan Crisóstomo buscaba recursos propios y estraños para erigir, como efectivamente erigió, casas de refugio, así para los pobres como para los enfermos y toda clase de necesitados. A los habitantes de Constantinopla, que le decían eran muchos los pobres que habia en la ciudad para poder realizar un benéfico proyecto de su Santo Obispo, les persuadió acerca de lo fácil que la caridad haria la realizacion del proyecto, que era reunir todos los pobres para mejor cuidar de ellos;

(1) Orat., 20.

realizacion, les decia el elocuentísimo Padre, que podria traer á la Iglesia católica á los paganos que aun habia. A causa de las tempestades suscitadas luego contra el Crisóstomo, no pudo este gran prelado llevar á cabo sus pensamientos.

Si desde Oriente nos trasladamos al Occidente, veremos á los ilustres prelados de la Iglesia latina mostrar un incansable celo por aliviar la desgraciada suerte de los pobres y de los enfermos, ó, mejor dicho, de toda clase de necesitados. El grande Agustino fue en esto un apostólico modelo. Para los peregrinos, para los pobres y los enfermos erigió casas de asilo, honra suya tanto como de la religion que le inspirara tan nobles pensamientos. Los fieles se mostraban tambien muy celosos en el ejercicio de la caridad, fundando casas de asilo para todas las miserias. La insigne Santa Paula, el no menos noble Pamaquio, y la ilustre Fabiola, almas caritativas de quienes habla San Gerónimo, recogerán siempre las bendiciones de los pobres á quienes consagraron sus bienes. Mientras el imperio romano fue gentil, los Obispos, es decir, la Iglesia, fue la que exclusivamente cuidó de toda clase de pobres. Ella enjugaba todas las lágrimas, socorria todas las miserias, atendia á todas las necesidades, no olvidando nunca que al prójimo debemos amarle como á nosotros mismos, que el que recibe y socorre al pobre recibe y socorre á Jesucristo, y que no ha de quedar sin recompensa ni un vaso de agua fria que demos en su nombre. Imbuida, encarnada, digámoslo así, la Iglesia en este espíritu de su divino fundador, ¿cómo no habian de ser y cómo no han de ser sus entrañas, entrañas de misericordia?

Ese es siempre el espíritu de la Iglesia. En la sucesion de los siglos, conforme va alcanzando su libertad, va desplegando en grande escala su caridad, de aquel modo ingenioso y fuerte que forma el carácter de esta virtud divina. La Iglesia erige diariamente hospitales, hospicios,

hospederías, asilos, escuelas, todo cuanto hacen necesario las miserias crecientes del hombre : de todo cuida, en todo interviene, por todo cela, como madre de los desgraciados y esposa del que vino á consolarlos.

No es posible decir cuánto es capaz de hacer la Iglesia, animada de tan sublime espíritu. Era preciso lo considerasen los que hoy se llaman humanitarios, esos que pretenden no intervenga la Iglesia en el ejercicio de la beneficencia pública, figurándose que ellos solos bastan para aplicar bálsamos á las heridas de la sociedad. ¡Error lamentable, indigno de un pueblo cristiano !

En el estado á que han llegado hoy las cosas, por motivos que no es ahora del caso indicar, y relativamente al asunto de que vengo hablando, el bien público, el bien verdaderamente social exige que trabajemos para conciliar dos cosas que hoy hay empeño en presentar como opuestas: el respeto á la propiedad, y el posible bienestar de los pobres ó indigentes. Tocante á lo primero, me parece puede presentarse como un testimonio de las ideas de la Iglesia en esta parte, la respuesta que dió Jesucristo á aquel que le pidió mandase á su hermano dividiese con él su heredad ó su hacienda. *Magister, dic fratri meo ut dividat mecum hæreditatem.* «¿Quién me ha constituido á mí, respondió el Señor, juez ó divisor entre vosotros?» *Quis me constituit judicem aut divisorem super vos* (1)? Y es de notar que aquel hombre pedia, digámoslo así, justicia contra la inicua retencion de sus bienes en manos de su hermano. Jesucristo rehusó constituirse juez ó divisor entre dos hermanos que se disputaban unos bienes; pero ¿no dijo nada para condenar la conducta del hermano que retenia bienes ajenos, y las exigencias, quizá desmedidas, del que los reclamaba? Sobre esto quiero llamar vuestra atencion, porque revela el modo con que el cristianismo

(1) Luc., 12.

obra como director de las relaciones públicas y sociales.

El cristianismo, segun dije antes, conociendo el origen de todos los males humanos, ha establecido pocos preceptos; pero estos van tan directamente encaminados á remediar el mal en su principio, que bastan para regenerar esta degradada naturaleza. Así que, el cristianismo siempre recurre al principio, á la doctrina, al precepto, y de este modo mantiene viva la luz para disipar nuestras oscuridades y la regla para dirigir nuestras acciones. En el caso presente, y despues de decir el Salvador que no era juez ni divisor entre los hermanos, propone el símil del rico que, habiendo edificado nuevos y espaciosos graneros para sus frutos, viene la muerte en aquella noche misma, y pasan á otras manos los bienes del codicioso. *Quæ autem parasti, cujus erunt?*

Aquí, señores, teneis la medicina. No dijo el Salvador: devuelve esos bienes á tu hermano que los reclama; pero condenó la avaricia, y espuso la fragilidad de las riquezas. No dijo al reclamante el Salvador: deja esos bienes que pides á tu hermano, ni te impacientes por ellos; pero oyendo la parábola, pudo conocer aquel hombre los peligros de que estaba libre, no siendo rico. Con semejante doctrina; con la que nos enseña el amor que hemos de tener á nuestro prójimo; con la que prescribe la obligacion de la limosna de nuestras superfluidades, y aun á veces de lo necesario; con la recompensa ofrecida á los que den de comer al hambriento, y de beber al sediento, y reciban al peregrino, y vistan al desnudo, y visiten al enfermo, y con los mismos ejemplos que Jesucristo, como modelo nuestro, nos ofrece, con todo esto es con lo que forma el cristianismo hombres caritativos, amigos de sus semejantes, que poseen como si no poseyesen, y miran en cada pobre, no un hombre, sino al mismo Dios. «Lo que á uno de estos hicísteis, dice Jesucristo, conmigo lo hicísteis.» Este espíritu es el que forma esas almas generosas, que au-

mentan sus riquezas depositándolas en el seno de los pobres.

Porque eso que se llama humanidad ó filantropía, ¿qué es sin la religion ó sin la caridad católica? No es mas que un sentimiento natural que no se escita sino en raras ocasiones. El hombre irreligioso, siendo sensible, socorrerá á todos los desgraciados que recurran á él; pero el cristiano no se contenta con esto, sino que va á buscar á los pobres, cuando los pobres no le buscan á él. La beneficencia mundana no es un sentimiento habitual, y menos aun una inclinacion dominante: no hace mas que sacrificios momentáneos, y no se impone privaciones extraordinarias. Produce algunas acciones de ostentacion, pero no sublimes ni sorprendentes. La caridad católica, por el contrario, siempre igual, siempre activa, siempre tierna, y fuerte como la muerte, no se ocupa mas que del pobre, y esto en silencio; busca esas miserables chozas donde habita una madre desolada, ó una huérfana sin apoyo; penetra en esos lugares donde el dolor y la muerte son, digámoslo así, los señores; descende á las prisiones y sube á los cadalsos para llevar consuelos al que padece, y pan á los que lo necesitan.

De este modo la caridad católica es la verdadera *niveladora*. Al rico no le hace pobre, y al pobre le hace rico. Porque otra cosa, señores, es una locura. ¿Quién evita que no haya vicios, ni pereza, ni indolencia, ni malas costumbres? Pues, cuando podais evitar esto, estinguireis la ignorancia y el pauperismo, Que trabajen esos filántropos, que trabajen para cortar los vicios, y este será el mejor progreso social, y el socialismo verdaderamente humano. Otra cosa, es una lamentable aberracion.

Convenid, pues, en que la Iglesia, con la caridad católica, es la verdadera amiga de los pobres, y que ella es la única que puede resolver esos ardientes problemas que hoy agitan al mundo. Sin la Iglesia habrá proyectos rui-

dosos, grandes ceremonias, ostentacion sin límites; pero pocos resultados, pocos hospicios, pocos hospitales, pocos recursos: con la Iglesia, sin ruido, sin ostentacion, sin que una mano sepa lo que hace la otra, la caridad será fecunda, y los resultados admirables. No se sabrá quizá quién ha hecho ó dado las limosnas; pero las habrá abundantes.

Sed agradecidos, hijos de esta Iglesia católica, que con su caridad ha llenado de establecimientos benéficos el mundo. Seguid su espíritu, para que, siendo vosotros misericordiosos, lo sea con vosotros el Señor, y os dé la vida eterna. Amen.

Sermones que pueden aplicarse á este evangelio ó asunto.

1.º *Lo que son la tolerancia y la caridad en su significacion verdaderamente cristiana.—Tomo primero.*

2.º *Divinidad de la Iglesia católica, probada por su espíritu benéfico hácia los pobres.—Tomo idem.*

3.º *Sobre la limosna.—Tomo tercero.*

4.º *Sobre la divinidad de Jesucristo, probada por sus obras.—Tomo idem.*

5.º *Sobre el deber de la hospitalidad.—Tomo segundo.*

6.º *Sobre la misericordia de los hombres entre sí.—Tomo idem.*

SERMONES

sobre la epístola del sétimo domingo despues de Pentecostés.

PUEDÉN APLICARSE A ESTA EPISTOLA.

- 1.^o *La salvacion es el primer negocio de que debemos ocuparnos.—En este tomo.*
- 2.^o *Sobre la lujuria ó impureza.—Tomo primero.*
- 3.^o *Sobre el pecado y sus consecuencias.—Tomo tercero.*
- 4.^o *El cristianismo es el que respeta la dignidad del hombre.—En este mismo tomo.*

SERMONES

sobre el evangelio del mismo.

PUEDEN APLICARSE A ESTE EVANGELIO.

1.^o *Lo que son la caridad y la tolerancia en su significacion verdaderamente cristiana.—Tomo primero.*

2.^o *Necesidad de las buenas obras para hacer cierta nuestra vocacion.—Tomo segundo.*

3.^o *Los fieles deben de estar muy prevenidos contra los discursos ó lecturas que, abundando en palabras seductoras, pervierten el corazon y atacan á la sociedad.—Tomo tercero.*

4.^o *Sobre la penitencia como virtud.—Tomo primero.*

5.^o *Sobre la penitencia como sacramento.—En este tomo.*

SERMONES

sobre la epístola del octavo domingo despues
de Pentecostés.

PUEDEN APLICARSE A ESTA EPISTOLA.

- 1.º *El espíritu de sacrificio constituye la vida del cristiano.—Tomo segundo.*
- 2.º *Las mortificaciones corporales nos ayudan mucho para ganar nuestra salvacion.—Tomo idem.*
- 3.º *Dignidad de los hijos adoptivos de Dios.—Tomo primero.*

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

Homo quidam erat dives, qui habebat villicum; et hic diffamatus est apud illum, quasi dissipasset bona ipsius. (Luc., 16.)

Era un hombre rico que tenía un administrador, el cual fue acusado de que disipaba los bienes de su amo.

LAS palabras que acabo de pronunciar son del mismo Jesucristo cuando á sus discípulos les propuso, oyéndolo los fariseos, aquella parábola en que habla del infiel administrador, acusado ante su amo de disipar los bienes que se le confiaran. Este mayordomo, viéndose espuesto á ser arrojado de la casa de su señor, discurrió un medio que le ofrecia para lo sucesivo alguna esperanza de que para su miseria no faltarian socorros. Llamó á cada uno de los deudores de su señor, diciéndoles: «¿Cuánto debes á mi amo?» Y á cada uno de ellos les fue rebajando una parte de la deuda, haciendo nueva obligacion en que constase no

eran mas que cincuenta ú ochenta los débitos que llegaban á ciento. De este modo confiaba el criado infiel en que aquellos á quienes así favorecia no le rehusarian un socorro cuando en su pobreza se acercase á su casa á pedirle. Supo el amo que así habia obrado el criado, y aunque no le pudo agradar el perjuicio que se le hacia, alabó la prudencia ó astucia del disipador.

Hay en esta parábola muchas circunstancias en que detenerse para deducir de ellas importantes consideraciones cristianas; pero ahora no quiero fijar mi atencion mas que en la parte relativa á la infidelidad con que aquel criado ó mayordomo corresponde á la confianza que en él puso su amo.

Por desgracia, reina una lamentable y casi general ignorancia respecto de los deberes que mutuamente se deben los hombres en los diferentes estados á que pertenecen; y no son los criados los que mas instruidos se hallan acerca de los deberes que tienen que cumplir en casa de sus amos, ni estos acerca de los que tienen con los criados. Olvido ó negligencia ó ignorancia lamentable, que trae en pos de sí resultados ó consecuencias desastrosas. Disipemos, pues, esas tinieblas, y derramemos alguna luz sobre ellas. Esto trato de hacer, manifestando:

Primero. *Los deberes de los criados en la casa de sus amos.*

Segundo. *Los deberes de los amos para con los criados.*

Ave María.

PRIMERA PARTE.

En la sociedad no puede nadie pasar ó prescindir de la ayuda, cooperacion ó servicio de otro, así como en el cuerpo ninguna parte puede decir á otra que no la necesita. La cabeza necesita de los pies, y los pies necesitan de la cabeza. De esta necesidad nacen los diferentes estados ó condiciones que hay en la sociedad, y que se prestan un respectivo apoyo para que resulte el equilibrio ó la compensacion, que es condicion de la vida social. Por mas que discurremos, siempre ha de haber amos y criados, como hay gobernantes y súbditos; y casi estoy por decir que todos somos criados ó servidores, porque unos lo son de estos señores, estos señores lo son de otros, y así va subiéndose hasta el último eslabon de la cadena ó de la gerarquía social, donde tambien encontramos siervos que han de serlo de Dios. Ante Josef dobló la rodilla Egipto; pero Josef era á su vez siervo ó servidor de Faraon, y Faraon tuvo que reconocer por superior á Dios, cuyos portentos veia. Si, pues, es yugo de todos el servir, no se acongojen los que comunmente son llamados criados, viéndose en esta humilde condicion. ¡Quizá su sueño es mas tranquilo que el de su opulento señor!

Pues bien: así como ascendiendo desde el mas ínfimo siervo hasta el último eslabon de la cadena social vemos que todos, de un modo ó de otro, somos siervos, del mismo modo, para distinguir los deberes que como criados ó servidores nos incumben, hemos de considerar el respeto que las mas altas gerarquías sociales deben á Dios, á quien sirven; y ese respeto que Dios exige para sí de aquellos que

le son inferiores, ha de ser el punto de partida para que lleguemos á conocer el respeto á los deberes que los criados mas inferiores deben á sus amos. Porque como Dios es el origen de toda paternidad, es tambien el origen de toda dominacion, Rey de reyes y Dominador de los que dominan.

Lo primero que han de hacer los criados es considerar á los amos como representantes de Dios, y tener presente que, sirviéndoles, á quien sirven es á Dios, cuya voluntad cumplen. Así lo enseña San Pablo, cuando dice: «Obedeced, ¡oh siervos! á vuestros amos... como á Cristo... y como siervos de Cristo, haciendo ó cumpliendo la voluntad de Dios.» *Servi, obedite dominis... sicut Christo... ut servi Christi, facientes voluntatem Dei* (1). ¿Qué es, pues, lo que debemos á Cristo ó á Dios? Amor, respeto y obediencia; luego lo mismo deben los criados á sus amos.

No han de servir los criados á los amos por puro temor, sino por amor, con buena voluntad, y con todo afecto del ánimo. No miren los criados el que sean hombres como ellos los amos á quienes sirven, sino á Dios, cuya voluntad es que sirvan, y á la eterna recompensa que, sirviendo fielmente, han de encontrar en el cielo. Con Dios y con esta recompensa á la vista se mostrarán los criados complaciendo en todo á los amos, segun manda el Apóstol. *In omnibus placentes*. Como modelo de criados puedo presentaros Elíezer, aquel siervo de Abraham, enviado por este Patriarca á buscar mujer en la Mesopotamia y entre su propia familia para su hijo Isaac. ¡Con qué ternura pide este criado á Dios misericordia para su señor Abraham! ¡Con qué habilidad busca un medio de hallar mujer para Isaac! Un siervo tan amante de su amo no podia dejar de hallar una Rebeca; y, oyendo sus razones, no po-

(1) Ad Ephes., 6.

dian menos de acceder á su peticion Laban y Bathuel. Aunque los hermanos de Rebeca y su madre se empeñan en detener al menos diez dias en su casa al siervo de Abraham, este no accede por no dilatar un instante el llevar la buena nueva á su amo querido, y una esposa al predilecto Isaac.

En punto al respeto que los criados deben á sus amos, fácil es conocer que, amándolos como deben amarlos, y considerándolos como deben considerarlos, no pueden dejar de mostrarles aquel respeto que Dios exige para sí y para los que en la tierra le representan. Bajo el punto de vista del respeto, Jacob, como criado de Labán, es un bello modelo. Habíale prometido Laban al hijo de su hermana que le daría por mujer á Raquel, despues que Jacob le hubiese servido siete años. Pasáronse, en efecto, estos, y cuando Jacob debia tomar á Raquel, dale Laban á Lia, obligándole á que por otros siete años le sirviese si aspiraba á tener á Raquel por compañera. Motivo era este para que Jacob, viendo defraudadas sus esperanzas, y á Laban obrando contra lo convenido, echase en cara con indignacion á su amo la falta que obrando así cometia. Arguye, es verdad, arguye Jacob á Laban por este proceder; pero lo hace con tanto respeto, que no necesitó el amo sino hablar unas pocas palabras para que el criado se resignase. *Acquievit placito* (1).

En cuanto al respeto que deben los criados á los amos, es tambien un sublime ejemplo el que presenta José, hijo de ese mismo Jacob.

Habíale solicitado su señora para que cometiese un feo pecado; pero resistiéndose el casto hebreo, y viendo burlada su pasion la mujer de Putifar, acusa á Josef de haber tenido pretensiones lascivas. El casto hijo de Jacob es arrojado en una cárcel, y no abre jamás sus labios para es-

(1) Genes., 29, 28.

poner la verdad de lo sucedido. Prefirió padecer en un calabozo á pronunciar una sola palabra de ofensa contra su señora; respeto que el Señor remuneró, elevándole á la alta gloria adonde todos sabeis llegó el prudente Salvador de Egipto.

Del amor y del respeto que los criados deben á los amos, se deducen la necesidad y obligacion en que aquellos están de obedecer á sus señores, no solo á los buenos y modestos, como dice San Pedro, sino tambien á los discolos (1). Si el no amar el criado á su amo puede ser culpa; si el no respetarle lo es en efecto, el no obedecerle, especialmente en materia grave, es faltar á las obligaciones de su estado, cometiendo pecado mortal, siempre que los amos no manden ejecutar alguna accion ú omitir un acto de cuya ejecucion ó de cuya omision resulte culpa.

Descendiendo ahora á individualizar otras obligaciones especiales que deben cumplir los criados en casa de los amos, deben saber aquellos que pecan gravemente, y están obligados á resarcir los daños, si no trabajan y no sirven con fidelidad segun lo pactado y convenido, y segun la condicion y calidad del servicio á que se dediquen. Pecan tambien gravemente los criados causando á los amos grave daño, ó permitiendo se lo causen otros, pudiendo ellos impedirlo; y si aquello en que los amos sufren el daño les está especialmente confiado para que de ello cuiden, entonces, ademas de pecar gravemente, se hallan obligados á la restitucion. Pecan de la misma manera, ó sea gravemente, los criados, cuando sin una causa gravísima dejan el servicio antes de llegar el término ó plazo convenido. Pecan gravemente los criados cuando roban ó venden los comestibles ó bebidas de la casa de sus amos; y aunque la suma total del hurto no resulte mas que de es-

(1) 1.^a Pet., 2, 18.

tos hurtos pequeños, están obligados, bajo pena de pecado mortal, á hacer la debida restitucion á sus señores. Pecan igualmente los criados cooperando al pecado de su amo, siempre que sea por acciones ó actos que por sí mismos y próximamente concurren á la culpa. Pecan tambien poniendo actos indiferentes de suyo, y segun su física condicion, pero que en momentos dados van directamente encaminados al pecado. El llevar sobre los hombros una escalera, es de suyo indiferente; pero si ha oido el criado que su amo va á matar á otro hombre, y le manda al mismo tiempo coger una escalera ú otro instrumento que, atendidas las circunstancias, pueda servir para cometer el pecado, el criado peca obedeciendo á su señor. Pecan los criados escribiendo ó llevando billetes ó recados que tienden directamente á cometer pecado, como hurto, desafío, pecado de lujuria ó cualquiera otro; pero si acerca de estas cartas ó avisos abrigase duda el criado sobre si tenian ó no aquel fin, no peca obedeciendo, porque, en caso de duda, la presuncion está en favor del amo.

Fácil les es á los criados conocer las demas obligaciones que les incumben, teniendo presente que los amos ocupan el lugar de Dios y de padres, y que se les debe amor, respeto, obediencia, fidelidad y gratitud. Cualquiera falta que se oponga á una de estas virtudes, es pecado mas ó menos grave, segun las circunstancias que le acompañen. No puedo calificar, ó no viene al caso el hacerlo, hasta qué punto faltó Agar á Sara despreciándola, y Giezi á Eliseo pidiendo á Naaman dones, contra la voluntad del profeta, por haber sido curado; pero veo á Agar arrojada de la casa de su señor, y errante en el desierto, y á Giezi castigado por su amo Eliseo con la lepra de Naaman, así como su descendencia.

A los criados les ofrece Dios mucho honor siendo lo que ser deben. «El criado prudente, dice el Espíritu-Santo, dominará á los hijos necios, y dividirá la heredad entre

los hermanos (1).» «Al criado sensato, dice el mismo Espíritu-Santo, le servirán los hijos ó los libres (2).»

Tales son las primeras ó mas principales obligaciones de los criados para con los amos. Oid ahora las de los amos para con los criados.

SEGUNDA PARTE.

Así como para adquirir el conocimiento de las obligaciones que ligan á los criados con los amos he dicho que estos ocupan el lugar de Dios y de padres, de esta misma representacion debemos deducir los deberes de los amos respecto de los criados.

«Si tienes un criado fiel, dice el Espíritu-Santo, ámale como á tu alma, y trátale como á tu hermano. *Sit tibi quasi anima tua, quasi fratrem sic eum tracta* (3). Basta oir este precepto que da Dios á los amos, para que estos comprendan todos sus deberes. Es, pues, obligacion de los amos amar á sus criados y considerarlos como hijos suyos. No pueden los amos, sin incurrir en grave pecado, retener el salario á los criados. «No negarás, dice Dios, el jornal á tu hermano indigente y pobre, sino págasele en el mismo dia, antes de ocultarse el sol, porque es pobre, y con su trabajo sustenta su vida (4).» «Dad, ¡oh amos! dice San Pablo, lo que sea justo y equitativo á vuestros criados, pues vosotros teneis tambien un Señor ó amo en el cielo (5)...» «Sabad, ¡oh amos! dice el mismo Apóstol, que para

(1) Prov., 17, 2. (2) Eccl., 10, 28. (3) Eccl., 23, 31.

(4) Deuter., 24. (5) Ad Colos., 4.

vosotros, como para vuestros criados, hay un Señor en el cielo, que no es aceptador de personas (1).» Lejos de que los amos puedan defraudar el jornal á los criados, mandaba Dios en la antigua Ley que cuando el Señor diese libertad al siervo no le dejase ir vacío... quedando obligado Dios á pagar su generosidad con bendiciones (2). «A tu siervo prudente ó sensato, dice el Espíritu-Santo, no le prives de su libertad, y no le dejes pobre (3).» Una de las cosas ó pecados que claman al cielo, es que el amo defraude ó prive de su jornal al criado que lo gana con su trabajo.

No pueden los amos obligar á los criados á que trabajen en los dias festivos. Seria una crueldad, hija de la codicia, el que obligasen á sus criados á derramar el sudor en el dia en que deben descansar. «El último dia es el sábado, dice Dios á Moisés, dia del descanso del Señor. No trabajarás en ese dia, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu buey, ni tu asno... descansen tu criado y tu criada, como descansas tú. *Requiescat servus tuus, et ancilla tua, sicut et tu* (4). Acuérdate que t' serviste en Egipto, y Dios te sacó de la esclavitud.»

Es obligacion de los amos hacer que sus criados oigan la misa, sepan la doctrina, y cumplan las demas obligaciones del cristiano. De esto, lejos de seguirse á los amos algun perjuicio, les resultan mayores utilidades. Porque si la piedad es útil para todas las cosas, como dice San Pablo (5), ¿cómo no lo ha de ser para aumentar y conservar los bienes domésticos? Voy á referiros un hecho que es muy instructivo. En cierta ciudad llamó mucho la atencion de un eclesiástico la solicitud con que el amo de un establecimiento procuraba frecuentasen los sacramentos sus depen-

(1) Ad Ephes., 6. (2) Deut., 15.

(3) Eccl., 7. (4) Deut., 5, 14. (5) Ad Thimot., 4.

dientes, siendo él incrédulo ó ateo; y preguntándole el sacerdote cómo se conciliaba una cosa con otra: «Porque he observado, respondiolo el comerciante, que frecuentando mis criados los sacramentos y siendo buenos cristianos, me son fieles y no me roban; cosa que no puedo lograr de otra clase de gentes.» La respuesta es breve, pero contiene una brillante apología de la moral cristiana, y un elocuente aviso á los amos que presumen sufrir perjuicios en su hacienda cuando ven á los criados consagrar algunos momentos á prácticas religiosas. *Pietas ad omnia utilis est.* ¿Cuánto no ganó la casa de Ivan de Vargas teniendo por criado á San Isidro?

Deben los amos hacer sean bien asistidos sus criados en las enfermedades, y mientras de ellas no estén curados no se les debe obligar á trabajar. En una palabra: todo lo que la caridad cristiana prescribe debemos hacer con nuestros semejantes, y todo lo que el sentimiento natural exige de nosotros prestemos á los que se hallan á nuestro lado, formando parte de nuestra familia, eso deben hacer los amos con sus criados. No ha dicho Dios, ni puede decirlo, que no deba haber quien sirva; pero nos dice que amemos mucho á los que nos sirven, considerándolos como hijos de Dios, ni mas ni menos que nosotros, y como hermanos nuestros. No perdiendo nunca de vista esta consideracion, no es fácil se encuentren amos injustos, crueles é inhumanos con los criados.

Concluyo, pues, recomendando á los criados el filial amor, el respeto, la obediencia y la fidelidad hácia los amos, y á estos el amor paternal, la solitud, el celo y la caridad hácia sus criados. No pagareis nunca suficientemente al cristianismo el beneficio que hace á la sociedad formando criados humildes y fieles, y amos humanos y equitativos.

Sirvan con fidelidad los criados á sus amos, y amen estos como deben á sus criados, y haciendo así la voluntad

de Dios, al mismo tiempo que presteis un servicio á la sociedad, ganareis la vida eterna. Amen.

Sermones que pueden aplicarse al mismo evangelio.

1.^o *Sobre el bueno y mal uso de las riquezas.—Tomo tercero.*

2.^o *Sobre la limosna.—Tomo idem.*

3.^o *Sobre la prudencia cristiana.—Tomos primero y segundo.*

4.^o *Sobre la impureza.—Tomo idem.*

5.^o *Sobre la mormuración.—Tomo tercero.*

6.^o *Sobre las buenas obras para hacer cierta nuestra vocación.—Tomo segundo.*

7.^o *Sobre la humildad.—Tomo primero, y en este.*

8.^o *Utilidad de los testimonios para adelantar en los caminos de la perfección.—Tomo tercero.*

Settimane che si applicano al nostro
evangelio.

2. Sober la limosna. — Toda vez.

SERMONES

sobre la epístola del nono domingo despues de Pentecostés.

PUEDEN APLICARSE A ESTA EPISTOLA.

- 1.^o *Sobre la gula.—Tomo primero.*
- 2.^o *Sobre la impureza.—Tomo idem.*
- 3.^o *Sobre la murmuracion.—Tomo tercero.*
- 4.^o *Sobre las buenas obras para hacer cierta nuestra vocacion.—Tomo segundo.*
- 5.^o *Sobre la humildad.—Tomo primero, y en este.*
- 6.^o *Utilidad de las tentaciones para adelantar en los caminos de la perfeccion.—Tomo tercero.*

SERMONES

sobre la epistola del nono domingo despues de
Pentecostas.

PUEDEN APLICARSE A ESTA EPISTOLA.

- 1.º Sobre la gula.—Tomo primero.
- 2.º Sobre la impureza.—Tomo idem.
- 3.º Sobre la murmuracion.—Tomo tercero.
- 4.º Sobre las buenas obras para hacer cierta nuestra vocacion.—Tomo segundo.
- 5.º Sobre la humildad.—Tomo primero, y en este.
- 6.º Utilidad de las tentaciones para adelantar en los caminos de la perfeccion.—Tomo tercero.

SERMON

sobre el evangelio del mismo domingo.

*Et non relinquent in te lapidem
super lapidem, eo quod non cogno-
veris tempus visitationis tuæ.*

(Luc., 19.)

No dejarán en tí piedra sobre
piedra, porque no conociste el tiem-
po en que te visitó Dios.

Estas palabras las pronuncia Jesucristo el domingo en que entró triunfante en Jerusalem, recibido por los judíos entre palmas y aplausos. Al bajar desde el monte de las Olivas, miró á la ciudad que le recibiría con aquellos mentidos honores para conducirle seis dias despues al Calvario. El Salvador, que veia los corazones mejor que yo estoy viendo las paredes de este templo, y á cuya mirada no hay oculto ningun secreto del porvenir, lloró la ceguedad y la obstinacion de aquel pueblo, que era tan incansable en aborrecerle como Jesus en amarle, y las desgracias de que seria víctima treinta y ocho años despues aquella tan rica, tan floreciente Jerusalem. *Flevit super illam.* No llora el Salvador por lo que él ha de padecer,

sino por lo que han de padecer los que iban á crucificarle . No llora la ruina de su cuerpo, que al tercer dia habia de ser reedificado, sino la del templo de Jerusalem , que no habia de volver á levantarse. *Et non relinquent in te lapidem super lapidem.*

¡Qué terrible profecía! No podríamos explicarla no teniendo á la vista el gran crimen de que fue merecida, aunque todavía incompleta , espiacion. Al ver que han pasado diez y nueve siglos, tiempo mucho mayor del que han necesitado y necesitan los pueblos para levantarse ó reconstruirse , y la nacion judáica sigue , no obstante , llevando sobre su frente el signo de reprobacion, dispersas por todas partes las piedras de su templo , pero sin estar una sobre otra , y sin jueces ni sacerdotes, naturalmente ocurre preguntar : ¿cómo, en la incesante alternativa de las cosas y de los imperios, no ha podido el pueblo hebreo, pueblo de tantos recuerdos y de tanta gloria, levantarse de su postracion, ó , mejor dicho , constituirse de nuevo? Hay constituidos pueblos bárbaros , hay constituido un pueblo musulman, y de sus mismas cenizas van resucitando otros con estas ú otras formas ; pero el pueblo judío no se levanta nunca , no está en ninguna parte, y le vemos en muchas; no tiene actualmente vida ni historia, y eso que es tan rico en tradiciones.

¡Qué terrible profecía! vuelvo á decir. Su cumplimiento debe llamar la atencion de todos los hombres pensadores. ¿No fue mas que un impostor , no fue mas que un fanático , no fue mas que un hombre el que, llorando sobre Jerusalem, la anunció tan grandes desastres? ¿No fue mas que un hombre el que dijo á las mujeres, viéndolas llorar, que no llorasen por él, sino por ellas mismas y por sus hijos? Pues entonces, ¿cómo explicais ese perpetuo cumplimiento de sus proféticas palabras?

Yo creo que con solo este hecho, que es un perpetuo milagro, y el constante cumplimiento de una profecía,

hay bastante para probar la divinidad de la religion cristiana, en que tenemos la inestimable dicha de vivir. En efecto:

La destruccion de Jerusalem , anunciada con lágrimas por el Salvador, es un patente testimonio de la divinidad de Jesucristo.

Ave María.

El corazon se comprime y los cabellos se erizan al leer la historia de la destruccion de Jerusalem y su templo, segun la refiere Josefo, historiador judío, nada sospechoso en esta materia. El tiempo de las gracias se habia concluido para aquel pueblo ciego, y era preciso empezase el cumplimiento de las profecías. Cumplimiento tan fiel, que él solo debe convencer al obstinado judío de la venida del Mesías, y al cristiano de la verdad de nuestra religion. Jamás la venganza divina se ha declarado mas terrible ni mas visiblemente que en esta última desolacion de Jerusalem. Ni los judíos padecieron tanto en el cautiverio de Egipto, Asiria y Babilonia, como males lloraron y sufrieron de Tito y los romanos. «La atrocidad del delito, dice San Juan Crisóstomo, exigia un castigo atroz, y el deicidio cometido por la Judea no puede espiarse sino con tan larga serie de padecimientos.»

Pero parémonos aquí. Este tropel de males, la espada de la justicia divina, ¿cae sobre Jerusalen, como cae el rayo sobre el pobre caminante, que no le siente sino cuando ya es víctima? No; todo al contrario. Jerusalen ingrata, con señales y con prodigios es llamada á la paz y á la penitencia, y hace derramar lágrimas al Redentor porque rehusaba conocer el día en que su Dios la visitaba. Era preciso que no fuese Jesucristo al suplicio sin denunciar á Jerusalen cómo seria algun día castigada por haberle tratado con tanta ingratitud.

Al ir al Calvario, llevando la Cruz sobre sus hombros, era seguido de una grande multitud de pueblo y de mujeres que se daban golpes en los pechos y lloraban su muerte. Se detuvo, y, volviéndose hácia ellas, las dice estas palabras: «Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí; pero llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos: porque se acerca el tiempo en que se dirá: «¡Dichosas las estériles! ¡Felices las entrañas que no han traído hijos, y los pechos que no los han alimentado!» Los apóstoles mismos oyen con asombro las profecías del Señor. Mostrándole el templo y los edificios del contorno, admiraban el orden, la belleza y solidez, y él les dijo: «¿Veis estas grandes fábricas? No quedará piedra sobre piedra en ellas.» Atónitos por estas palabras, le preguntaron el tiempo de un suceso tan terrible, y les manifiesta algunas señales que han de preceder. «Pestes, hambres, rumores de guerra: esto será el principio de los dolores. Pero luego que viéreis que la abominacion de desolacion se ha introducido en el lugar santo, bien podeis huir á los montes los que esteis en la Judea, para no perecer en el naufragio comun; con la advertencia que esta generacion de hombres no pasará sin ver lo que os anuncio.» *Non præterivit generatio hæc.*

A mas de las profecías de Jesucristo hubo otras de muchísimos discípulos suyos, y entre ellas las de San Pe-

dro y San Pablo. Cuando iban al suplicio aquellos dos fieles testigos de Jesucristo Crucificado, denunciaron á los judíos su próxima ruina. Que Jerusalem, les decian, seria enteramente arruinada: que perecerian de hambre y desesperacion: que serian desterrados para siempre de la tierra de sus padres, y enviados cautivos por todo el mundo: que el término no estaba distante; y que todos estos males les sobrevendrian por haber insultado con tan crueles irrisiones al muy amado Hijo de Dios, que con tantos milagros se les habia manifestado. Así que, nada sucede á los judíos que no les haya sido profetizado. La causa de sus calamidades está claramente señalada en el desprecio que hicieron de Jesucristo y sus discípulos. Se les anuncia esto: cuarenta años se les concede para arrepentirse y hacer penitencia, y rehusan aprovecharse de estos avisos. Su ruina era ya inevitable, despues de su obstinacion y ceguedad voluntaria. Hasta aquí hemos visto las profecías; su cumplimiento lo leeremos en las historias.

En efecto: es tradicion constante entre los judíos, confirmada por sus rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalem, tiempo que con poca diferencia conviene con el de la muerte de Jesucristo, se veian incessantemente en el templo cosas estrañas. Todos los dias se dejaban allí ver nuevos prodigios: de suerte que á un rabino se le oyó esclamar un dia: «¡Oh templo, oh templo! ¿Quién es el que te mueve, y por qué tú á tí mismo te atemorizas?» No hay cosa mas notada que aquel ruido espantoso que fue oido por el sacerdote en el Santuario el dia de Pentecostés, y aquella voz clara que salió de lo interior de aquel lugar sagrado: «¡Salgamos de aquí, salgamos de aquí!» Los santos ángeles, protectores del templo, altamente declararon que le abandonaban, porque Dios, que habia establecido su mansion en él por tantos siglos, le habia reprobado. Aun hay otro prodigio que resaltó á vista de todo el pueblo, y tal, que ninguno habia

visto jamás cosa semejante. Cuatro años antes de la declaración de la guerra, un paisano, dice Josefo, empezó á gritar : «Una voz ha salido de hácia el Oriente; una voz ha salido de hácia el Occidente; una voz ha salido de hácia los cuatro vientos: voz contra Jerusalem y contra el templo: voz contra los recién casados y recién casadas: voz contra todo el pueblo.» Y desde entonces no cesó día ni noche de gritar : «¡Ay de tí, Jerusalem! ¡Ay de tí, Jerusalem!» Redoblaba sus clamores los días de fiesta, y ninguna otra palabra salió jamás de su boca: los que le compadecían como los que le maldecían, jamás le oyeron sino esta terrible palabra : «¡Ay de tí, Jerusalem!» ¿Quién puede dudar que la venganza divina se había hecho como visible en aquel que no subsistía sino para pronunciar sus sentencias, y á fin de que sus gritos igualasen á las desventuras de su pueblo?

Además, los judíos veían palpablemente aparecer ya las señales precursoras de su ruina. Las historias dan fe de que jamás las pestes, hambres y terremotos fueron mas frecuentes que en aquellos días. Jesucristo así lo había profetizado; como también guerras sangrientas, que todas las naciones se sublevarían unas contra otras, y que se vería toda la tierra en agitación. ¿Podían representársenos mejor los últimos años de Neron, cuando todo el imperio romano, esto es, todo el universo, tan tranquilo desde la victoria de Augusto y bajo del poder de los emperadores, comenzó á vacilar y moverse de improviso? La venida de los falsos Cristos y profetas parecía ser una vereda mas próxima á su última ruina; porque la suerte ordinaria de los que rehusan dar oídos á la verdad, es dejarse llevar, por engañosos profetas, á su perdición. Así sucede, en efecto; porque despues de quinientos años en que profeta alguno no había aparecido en Israel, se presenta un tropel de impostores que atraían al pueblo al desierto con sus engaños. La ceguedad, pues, de los judíos se hizo inescusa-

ble, y no debió pasar mucho tiempo sin empezar ya á padecer. ¡Oh, Dios mio! ¡Padre amantísimo, alabada sea para siempre vuestra misericordia! Pero Jerusalem no oye vuestra voz; pero la Judea no quiere rasgar el velo voluntario que cubre su vista; pero los profetas falsos quieren oscurecer las profecías, y la ciudad, y el templo, y sus torres, todo será devorado por el fuego, sin quedar una piedra sobre otra.

Tito se acerca al efecto á Jerusalem, cuyos habitantes, con los demas de la Judea que habian venido á celebrar la Pascua, se dividen en tres partidos para perdicion suya. En vano se les dice que no hagan resistencia, pues sus falsos profetas los fascinan con victorias imaginarias. El desorden se introduce entre ellos: un falso celo los ciega y los hace odiosos á todos los hombres. Déjalos Dios en manos del sentido réprobo. Tito mismo que los arruina, reconoce que solo sirve de instrumento á Dios irritado contra ellos. En vano quiere reservar el templo, que era embeleso del mundo: el Dios de las venganzas habia dicho que no quedaria en él piedra sobre piedra, y el vaticinio debia cumplirse. El fuego devorador todo lo consume, y aquel majestuoso lugar es igualado con el suelo. La fortaleza de sus puertas, la amplitud de sus patios, nada existe ya. La venganza divina jamás se mostró tan inexorable. Tito con sus romanos gana la ciudad: noventa y tres mil prisioneros y un millon y cien mil muertos en todo el tiempo del cerco, son los frutos de su victoria, ó mas bien las víctimas del enojo del Señor. Adriano acaba de esterminarlos: echados de su tierra y esclavos por todo el universo, no tienen ya ni templo, ni altar, ni sacrificio, ni pais; ni se ve en Judá forma alguna de pueblo. Ellos han buscado su ruina, su perdicion es de ellos mismos, porque no hicieron mérito de los avisos del Señor.

Diez y nueve siglos hace, señores, que estas grandes catástrofes sucedieron, y aun subsisten sus ruinas ó sus

efectos. Hay en el tiempo un doble poder : el de destruir y el de edificar. Cuando el tiempo destruye, el tiempo suele otra vez edificar aprovechándose de las ruinas, á la manera que el tiempo marchita las flores, y el tiempo las hace brotar de nuevo. Esta es su obra ó su alternativa. Pero cuando vemos que al tiempo le falta poder para levantar lo que está viendo por tierra, entonces hay que elevar el pensamiento mas alto, para descubrir si fue la mano del tiempo, ó la de Dios, la que causó aquellas ruinas.

Respecto de Jerusalem, del templo y del pueblo judío, no hay quien pueda dejar de ver la irritada justicia de Dios ejerciendo sus venganzas. ¿Cómo no se ha levantado ese pueblo á la manera que se han levantado otros? ¿Le ha faltado el tiempo? No : diez y nueve siglos han pasado desde que las profecías se cumplieron. ¿Le han faltado protectores y amigos, y no amigos y protectores como quiera, sino poderosos y decididos á devolverle su antigua vida? Tampoco : el apóstata Juliano, para desmentir la profecía de Jesucristo y la de Daniel, y aspirando á probar la falsedad de la religion de que habia apostatado, convocó á los judíos dispersos por todo el imperio, animándolos á reconstruir el templo ; á cuyo efecto no solo dió las órdenes convenientes al gobernador de la provincia, sino que del tesoro público suministró una parte de los recursos que eran necesarios.

¿Qué resultado dieron estos esfuerzos del emperador apóstata? El que se cumpliese á la letra la profecía del Salvador. Porque desembarazadas ó estraídas las ruinas, arrancados del todo los cimientos, que en parte estaban calcinados por el fuego, y cuando al pie de la letra se verificaba no haber ó no quedar ya piedra sobre piedra, el fuego del cielo se une al de la tierra, y abrasa las herramientas, los materiales y los trabajadores. Si otra y otra vez intentan principiar á reconstruir el templo, otra y otra vez el fuego prodigioso abrasa á los que se proponen eje-

cutarlo. Juliano, pues, tuvo que renunciar á su sacrílego é impío proyecto, y la profecía se ha cumplido de un modo admirable.

Pero este hecho ¿es tal que no admita dudas de ninguna especie? Porque siendo cierto, parece debería bastar para convencer á los judíos y convencer á todos acerca de la divinidad del cristianismo.

El hecho es tan cierto, que nadie puede abrigar sobre él la mas pequeña duda. Hay testimonios en su confirmación, dados por todos los autores contemporáneos. Entre los cristianos, San Ambrosio habla de él al emperador Teodosio; San Juan Crisóstomo le hace valer para probar contra los judíos y paganos la divinidad del cristianismo, afirmando que aun vivian algunos testigos oculares, y que todavía se advertian ruinas acá y allá dispersas; San Gregorio Nacianceno refiere el mismo prodigio, añadiendo que apareció entonces en el cielo una cruz luminosa, y se vieron cruces de fuego impresas en los vestidos de los trabajadores. Rufino, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto narran este suceso como un hecho incontestable y por todos reconocido. Entre los judíos, uno de sus rabinos (1) afirma en su historia este mismo hecho, refiriendo la circunstancia de que se deritieron los hierros del edificio y murieron muchos judíos; pero considerando este milagro como un castigo por haberse emprendido la obra de orden de un emperador gentil. Entre los paganos, el sofista Libanio, apologista y adulator de Juliano, consideró aquel hecho como presagio de la muerte de su héroe. El mismo Juliano confiesa en una de sus cartas que quiso, en efecto, reconstruir el templo, y que no le espantaban los cristianos con repetirle á cada paso el que llamaban *grito de la Providencia*. Ammiano Marcelino, sobre todo, afirma el he-

(1) Gedaliah Ben Joseph Sechaia.

cho, diciendo que viendo al fuego tan obstinado en abrasar la construccion, la empresa de levantar el templo fue abandonada. Y nótese que el testimonio de este escritor es de irrecusable fuerza, por cuanto antes de dar á luz su historia fue leida en Roma y aprobada por una reunion de sabios paganos; y porque ademas miraba á Juliano como su héroe por haber apostatado del cristianismo.

En cuanto á la autoridad de los autores cristianos que atestiguan este hecho, claro es que tratándose del interes de la religion y de un suceso que presentaban como público, de un suceso de cuya certeza no dudaban los mismos paganos, y del que existian algunos testigos oculares, no podia ser que así hablasen siendo falso.

El pueblo judío no puede levantarse. Muy próximo está á nuestros dias Napoleon I, el cual tuvo el proyecto de reorganizar la nacion hebrea, proyecto que fue imposible realizar. ¿Para qué mas? En nuestros mismos dias, en estos dias que se llaman de tolerancia, y en un pais donde se hace alarde de profesarla, estamos viendo cómo son rechazados del parlamento los judíos, negándoles siempre la entrada, aun á riesgo de provocar crisis políticas. La Inglaterra, señores, niega un asiento en sus asambleas legislativas á los discípulos de Moisés.

Este hecho es muy interesante, porque revela cuán ignominioso se considera el sello que lleva en su frente el pueblo deicida, y el origen altísimo que tiene la proscripcion que sufre ese pueblo.

Voy á concluir haciéndome á mí mismo una pregunta. ¿Cómo no se acuerda nadie de reconstruir el templo y de resucitar la nacionalidad judáica ó hebrea? Hay hombres que aspiran á realizar hasta las mas absurdas teorías, y á sacar del sepulcro muertas y aniquiladas nacionalidades; y, sin embargo, nadie piensa en el pueblo judío; y no puedo comprenderlo, ó responderme á mí mismo, sino diciendo: «porque todos y en todas partes conocen que el pueblo

judío ha sido reprobado por Dios.» Hé aquí por qué nadie piensa en rescatarle, nadie se acuerda de él, nadie invoca su nombre ni su historia.

Repito, pues, que este solo hecho basta para probar la divinidad del cristianismo, ya porque se cumple la profecía de su Fundador, y ya porque estamos viendo un continuo milagro en la perpetua y universal reprobacion del pueblo judío.

Evitemos que Dios llore sobre nosotros viendo que no conocemos el día en que nos visita con su gracia. La correspondencia á los auxilios que nos dispensa es la que nos asegura el derecho á la gloria. Amen.

Es la catástrofe que el Salvador anuncia á la delcada ciudad, debemos ver prorrogada nuestra ruina si permanecemos sordos á los avances de Dios. ¡Oh Jerusalén! dice el Salvador: si al menos hoy conocieras lo que conviene á tu salud, no llegarías á pervertir; pero como estas cosas te son ocultas, porque tú misma te pones la venda sobre los ojos, es inevitable tu ruina. Vendrán para ti terribles días; y los enemigos te cercarán con vallado para que no puedas salir ni nadie pueda entrar á socorrerte; y te rodearán de gente y máquinas de guerra; y te estrecharán por todas partes; y te reducirán á polvo á ti y á tus hijos; y no quedará en tí piedra sobre piedra, por no haber conocido el día en que Dios, por medio de su Hijo, te ha visitado.»

SERMON

sobre el mismo evangelio.

*Videns civitatem, flevit super
illam.* (Luc., 19.)

Mirando Jesucristo á Jerusalen,
lloró por ella.

En la catástrofe que el Salvador anuncia á la deicida ciudad, debemos ver prefigurada nuestra ruina si permanecemos sordos á los avisos de Dios. «¡Oh Jerusalen! dice el Salvador: si al menos hoy conocieras lo que conviene á tu salud, no llegarías á perecer; pero como estas cosas te son ocultas, porque tú misma te pones la venda sobre los ojos, es inevitable tu ruina. Vendrán para tí terribles dias; y tus enemigos te cercarán con vallado para que no puedas salir ni nadie pueda entrar á socorrerte; y te rodearán de gente y máquinas de guerra; y te estrecharán por todas partes; y te reducirán á polvo á tí y á tus hijos; y no quedará en tí piedra sobre piedra, por no haber conocido el dia en que Dios, por medio de su Hijo, te ha visitado.»

¡Cuántas veces damos motivo nosotros para que el Señor llore por nuestra alma viéndonos sordos á sus llamamientos, y ciegos á las luces con que quiere disipar nuestras tinieblas! Llorá Dios por nuestra alma, porque no conocemos lo que nos importa mucho conocer para nuestra paz y salvación. Llorá Dios por nuestra alma al verla ya en aquel triste día en que se verá cercada, angustiada y apremiada por sus implacables enemigos. Llorá Dios por nuestra alma viendo que del templo que su mano omnipotente construyera no ha de quedar piedra sobre piedra. *Videns civitatem, flevit super illam.*

Como gran desgracia debe de considerar el pecador el dar motivo á Jesucristo para que llore por su alma. El Salvador, al vernos desde lejos, derrama lágrimas abundantes que le arranca nuestra ingratitud; lágrimas mucho mas amargas que las que vertió sobre la tumba de Lázaro, y tanto como lo fueran aquellas que derramó en la Cruz al pedir al Padre misericordia para el género humano. Estas son las tres ocasiones en que Jesucristo, como hombre, lloró, durante el tiempo de su predicación ó ministerio.

Jerusalén es aquí una figura de nuestra alma, y en este místico sentido voy á hablaros para que, apartándoos del pecado, siquiera por temor á los males que sobre vuestra alma han de sobrevenir, no deis motivo á que llore Jesucristo, viéndoos endurecidos. Al efecto, escuchad:

La ruina de Jerusalén representa la perdición del alma del pecador en la hora de la muerte.

Ave María.

En la hora de la muerte del cristiano es cuando el demonio hace todos sus esfuerzos y pone en juego toda su malicia para perder nuestras almas. Al justo trata de perderle, haciéndole caer, ó en la desesperacion, para lo cual le pinta con terribles colores la justicia de Dios, ó en la presuncion, por lo cual trata de abultar ó exagerar los méritos propios. Pero el justo, fortalecido con los auxilios de la divina gracia, rechaza todas esas sugerencias y ataques, y en cierto sentido puede decir como el Salvador: «Viene el príncipe de este mundo; pero sobre mí no tiene potestad.» *Venit princeps mundi hujus, et in me non habet quidquam* (1). No sucede así con el pecador. El demonio tiene sobre él una tiránica potestad, y sitia y asedia, en la hora de la muerte, su alma, como los romanos sitiaron y asediaron á Jerusalem.

Lo primero que los romanos hicieron con aquella ciudad fue rodearla con un valladar, para que ni los de dentro pudieran salir, ni entrar los de fuera; y esto mismo hace el demonio con el alma del pecador, cerrándola, digámoslo así, todas las salidas, para que no pueda escaparse al cielo. Cércala con los pecados, los cuales, representados por el demonio, en su número, en su magnitud y gravedad, en su fealdad y hediondez, son como un valladar por donde el alma no puede escaparse. Los malos ejemplos que diera el pecador, los bienes que tiene que devolver, las muchas honras que despedazó y que tiene que restituir; todo esto de tal manera lo representa el demonio en la hora de la muerte, que el alma del pobre pecador se halla como dentro de una cárcel donde no hay ya salida. Porque esta es la astucia del demonio; cuando nos induce á pecar, nos presenta como muy anchas las puertas del cielo, muy llano el camino de la salvacion, y muy disculpables nuestros defectos; pero en la hora de la

(1) Joan., 14.

muerte obra de opuesta manera, presentando la imposibilidad de nuestra salvacion á causa de la multitud de nuestras culpas, y encerrando nuestra alma dentro de ese vallado que la impide salir á derramar lágrimas ante Dios.

Sabiendo esto, pecadores, será una locura que aumenteis pecados á pecados, y no trateis, con tiempo, de borrarlos por medio de una buena confesion, á fin de que en la hora de la muerte no tenga el demonio materiales con que construir el valladar infernal donde para siempre esté encerrada vuestra alma.

Lo segundo que hicieron con Jerusalem los romanos fue, ademas de cercarla con vallado, cercarla tambien de gente y de máquinas de guerra, para evitar saliesen los sitiados á destruir el valladar. *Et circundabunt te.* En la hora de la muerte, como leones que rugen, cercarán al alma del pecador innumerables demonios, para inutilizar todo esfuerzo que tratase de hacer para saltar el vallado, y presentarla luego á su príncipe Lucifer como trofeo de su victoria. Cercarán especialmente al alma aquellos demonios que mas la indujeron al pecado. La cercará ó la asediará el demonio de la soberbia, aquel que la inspiró tantos pensamientos, tantos deseos, tantos proyectos, tantas injusticias para que sobresaliese el pecador entre todos los hombres; aquel que la inspiró tanta simulacion, tanta inobediencia, tanto engaño, tanta vanagloria, tanta rebeldía. *Et circundabunt te.* La asediará el demonio del odio, que propondrá á la vista del pecador sus detracciones, sus adulaciones, sus alegrías en la desgracia de sus semejantes y sus tristezas al verlos prosperar. *Et circundabunt te.* La cercará, la asediará el demonio de la ira, echándola en cara sus calumnias, sus malas palabras, sus burlas, sus disputas, sus contiendas, sus deseos, sus venganzas, sus juramentos, sus execraciones. *Et circundabunt te.* No faltará tampoco entonces el demonio de la gula, el de la lujuria y el de la pereza, que atormentarán

la memoria del pecador, haciéndole ver que no pensó mas que en dar gusto á su carne y adorar como Dios á su vientre. *Et circundabunt te.* Asediará tambien al alma del pecador en la hora de la muerte el demonio de la avaricia, que la representará todos los fraudes, mentiras, falsos juramentos, hurtos, rapiñas, usuras, simonías, infidelidades, envidias, bienes usurpados, y... qué se yo cuántos crímenes mas. Cada uno de estos enemigos de nuestra alma buscará en ella, en la hora de la muerte, su propia obra para sostenerla y defenderla, y presentar luego sus triunfos al infierno. *Et circundabunt te.*

Sabiendo esto, pecadores, aborreced el pecado, y seguid las inspiraciones de vuestro ángel y del santo de vuestro nombre, para que en el terrible trance sean vuestros defensores contra tantos y tan fuertes enemigos.

Lo tercero que hicieron con Jerusalem los ejércitos romanos fue reducirla á una grande angustia, por medio del hambre y de la peste y de otras tribulaciones. *Et coangustabunt te undique.* En la hora de la muerte del pecador, cuántas sean las angustias de su alma no hay lengua que pueda decirlo. Ningun consuelo encontrará, sino grandes desesperaciones. Sobre sí verá á Dios muy irritado, porque no quiso conocerle en el dia en que le visitó ofreciéndole la paz : bajo de sí verá un abismo sin fondo, arrojando inestinguibles llamas : en sí mismo no verá mas que una conciencia agobiada con el peso de innumerables delitos : fuera de sí verá amigos, parientes, bienes, honores, riquezas, palacios que no volverá á habitar, que no volverá á ver, que no volverá á recuperar : verá en derredor suyo innumerables demonios de aspecto tan horrible, que preferiria sufrir todos los tormentos del mundo mejor que ver á aquellos enemigos. *Et coangustabunt te undique.* «Grande ansiedad, dice San Juan Crisóstomo (1), será

(1) Hom. 63, ad Pap. Antioc.

la del pecador en la hora de la muerte, estando para dejar todos los bienes y para entrar á padecer todos los males...» *Et coangustabunt te undique*. Grande angustia será considerarse próximo al infierno, donde ha de padecer penas terribles, penas eternas, para siempre, sin esperanza... *Et coangustabunt te undique*.

Sabiendo esto, pecadores, yo quisiera exhortaros á que os estrecheis á vosotros mismos, á que os mortifiqueis, á que encerreis vuestras pasiones dentro de los límites que la razon prescribe, para que eviteis padecer en la hora de la muerte las angustias y hambre y sed de consuelos que ha de experimentar el pecador.

Lo que en cuarto lugar hicieron los romanos en Jerusalem, fue reducir á escombros aquella ciudad insigne, morada de los reyes de Israel y de sus pontífices, y su famosísimo templo. Del mismo modo el pecador, en el último instante de su vida, se sentirá como muerto ó aniquilado. Los espíritus infernales apartarán de él todo otro pensamiento que el de las cosas terrenas, el de la enfermedad, de la mujer, de los hijos, de la medicina, y de esperar alivio ó mejoría. Será el pecador castigado con esta pena, porque ya que se olvidó de Dios en vida, se olvide de sí mismo próximo á la muerte, como dice San Agustin (1). Infundiendo al pecador el espíritu maligno la idea de que puede ya desesperar de su salvacion habiendo cometido tantos y tan graves pecados, el alma se queda como muerta, en una especie de postracion ó indiferencia, que es la señal de su ruina. *Et ad terram prosternent te*. Si alguna vez intenta levantarse, la derribará el espíritu maligno, echándola encima, digámoslo así, todo el peso de sus muchas culpas. *Et ad terram prosternent te*.

Sabiendo esto, pecadores, procurad manteneros de pie,

(1) Serm. 1, de Innocent.

con la gracia de Dios, para no caer, y evitar vuestra ruina, en manos de vuestros enemigos.

Lo que sucedió, en quinto lugar, á los judíos sitiados en Jerusalem por los romanos, fue perecer todos los que estaban en aquella ciudad víctimas del hambre, de la peste ó de la espada, ó quedar esclavos de los sitiadores. *Et filios tuos qui in te sunt.* Otro tanto sucede á los pecadores en la hora de su muerte. Tus hijos, es decir, segun entiende San Gregorio (1), tus pensamientos de grandeza, tus esperanzas de mayores riquezas, tus proyectos, todo, ¡oh pecador! quedará sepultado. «Esta noche, ¡oh necio! dice Jesucristo, te pedirán tu alma; y lo que tienes ¿de quién será?» Las ambiciones que se levantan en tu corazon, los errores que alimentas en tu entendimiento, las confianzas que pones en tu poder, esos, que son tus hijos, caerán tambien á tierra, desvaneciéndose como ligera nube á los primeros rayos del sol. *Et filios tuos qui in te sunt.* Tus hijos serán destruidos como tú; tus hijos, que educaste mal, que pervertiste con tu ejemplo, que dejaste de corregir con tu autoridad, te acompañarán, ¡oh pecador! en tu destruccion, y te maldecirán, considerándote autor de su eterna ruina.

Sabiendo esto, no dejemos de poner freno á nuestras pasiones, y no dejeis, ¡oh padres de familia! de educar bien á vuestros hijos; porque dejar de corregirlos aquí, equivale á ser luego eternamente condenados.

Por último, el sexto castigo de los judíos fue, no solo la destruccion de la ciudad y del templo, sino el no quedar allí piedra sobre piedra. *Et non relinquent in te lapidem super lapidem.* Por estas piedras podemos entender místicamente, con Orígenes, las obras buenas que los hombres, cuando están en gracia, practican, y las cuales preparan

(1) Hom. 19, in Evang.

para nosotros en el cielo hermosos palacios y tronos; pero luego que pecamos, luego que perdemos esa gracia, luego que abandonamos á Dios, luego que la muerte nos arrebató envueltos en la culpa, esos palacios caen á tierra, y no queda en ellos para nosotros una piedra sobre otra. *Et non relinquent in te lapidem super lapidem.* Tambien pueden significarse en estas piedras las de los palacios ó casas que edifica la soberbia humana. Nada quedará de nada para el pecador. Se afanó por edificar en la tierra, y no ha quedado piedra sobre piedra en sus obras.

¿Qué hemos, pues, de hacer en vista de semejante perdición? Practicar y aumentar las obras buenas con perseverancia para no ver destruidos los palacios que ellas nos preparan en el cielo. «Asegurad lo que teneis, os diré con el Apocalipsis, para que nadie os arrebate vuestra corona (1).» ¿Puede darse mas grande pena que el haber sido hijos de Dios, y vernos luego, á causa del pecado, desheredados de su celestial reino? *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.*

¿Por qué vinieron sobre Jerusalem tantas desgracias? No fue mas que por no haber conocido el dia en que Dios la visitaba. Visitola Dios en carne mortal, colmándola de infinitos beneficios, llamándola á la penitencia, y amenazándola con una reprobacion. Mostrándose sorda Jerusalem á tantos avisos y llamamientos, se hizo merecedora de los castigos que arrojó el cielo sobre ella.

Esta misma ceguedad, por parte nuestra, para no conocer el dia en que Dios nos visita, es la que nos trae la eterna perdición. Visítanos Dios cuando nos dispensa beneficios, queriendo llevarnos hácia sí por medio del

(1) Apoc., 3.

amor. *Visitā nos in salutari tuo.* Visítanos Dios por medio de castigos y tribulaciones, queriendo llevarnos hacia sí por el temor y el castigo. *Visitabo in virga iniquitates eorum et in verberibus peccata eorum.* Visítanos Dios por medio de los avisos, amonestaciones y discursos que oímos á los doctores y maestros de su Iglesia: nos visita por medio de las buenas inspiraciones, por medio de los sacramentos, y especialmente por el del altar, donde él mismo viene á nosotros para visitar nuestra alma, curarla, sanarla y enriquecerla.

Ahora bien: ¿cómo correspondemos nosotros á estas visitas que el Señor nos hace? ¿Cómo oímos sus avisos? ¿Cómo recibimos su doctrina? ¿Cómo agradecemos sus beneficios? ¿Cómo le recibimos en nuestro pecho? Jerusalen crucificó á su Mesías, pero le crucificó una vez, no sabiendo lo que hacia. *Nesciunt quid faciunt.* Pero nosotros, ¡oh dolor! nosotros crucificamos al Hijo de Dios muchas veces todos los días, sabiendo que es Dios hecho hombre para redimirnos. Luego si Jerusalen, una vez deicida, pereció de un modo tan terrible, nosotros, deicidas muchas veces en cuanto está de nuestra parte, ¿qué horrible perdicion no deberemos experimentar?

Alejad, Dios mio, de nosotros ese dia en que sobre el pecador habeis de ejercer vuestras justas y terribles venganzas. Os oiremos cuando nos habéis; os seguiremos cuando nos conduzcáis; os conoceremos cuando nos visiteis. La paz que vos nos ofreceis es lo único que nos conviene alcanzar y poseer, y no queremos rehusar el aceptarla para que no lloreis por nosotros como llorásteis por Jerusalen.

Cristianos: ¡ay de aquel pueblo por cuyo destino llora Dios! Sus muros y sus casas serán destruidas, y sus habitantes quedarán cautivos ó muertos. La fe de aquel pueblo pasará á otras gentes, que heredarán las misericordias

de Dios. La ingratitud y la ceguedad á los llamamientos de Dios atraen sobre las naciones grandes desdichas. Evítadla, recibiendo á Dios cuando viene á visitarnos, y de esta manera nos haremos dignos de visitarle en la gloria. Amen.

Sermones que pueden aplicarse á este mismo evangelio.

1.º *La vocacion de los gentiles á la fe es un irrecusable testimonio de la divinidad de Jesucristo.—Tomo segundo.*

2.º *A las naciones que no cuidan solícitamente de su fe, en justo castigo se les arrebatara para darla á otros pueblos.—Tomo idem.*

3.º *Disposiciones con que deben recibir los pueblos á los ministros de Dios que van á pedirles frutos de penitencia.—Tomo tercero.*

4.º *Los que profanan los templos son merecedores de los mas duros castigos de la ira de Dios.—Tomo idem.*

FIN DEL TOMO IV.

INDICE

de los sermones contenidos en este cuarto tomo.

	Págs.
Sobre la epístola del domingo de Resurreccion, con aplicacion á la Eucaristia. —La Eucaristía, segun que es la inmolacion del Cordero inmaculado, nos saca de la esclavitud de Egipto; y segun que es maná llovido del cielo, nos alimenta hasta introducirnos en la vida eterna.	7
Sobre la misma epístola. —La vida del cristiano tiene que ser conforme á la índole del Cordero Pascual, que por nosotros ha sido inmolado.	25
Sobre la misma epístola. —El estar escomulgado es la mayor desgracia que puede sobrevenir á un cristiano.	35
Sobre el evangelio del mismo domingo. —La resurreccion de Jesucristo es el fundamento de nuestra fe y de nuestra esperanza.	44

Sobre la epístola del primer domingo despues de Pascua.—	
La fe es una necesidad de la criatura racional.	54
Sobre el evangelio del mismo domingo, aplicado á la Eucaristía.—	
La paz que Jesucristo ha dado al mundo con la institucion eucarística, nadie puede ya arrebatlarla.	65
Sobre el mismo evangelio.—	
El Sacramento de la Penitencia es el medio ordinario que ha dejado Jesucristo en la Iglesia para que el pecador consiga el perdon ó remision de sus culpas.	77
Sobre el mismo evangelio.—	
El uso de las indulgencias es provechosísimo para los fieles; y la Bula de la Santa Cruzada es un inapreciable don que la Santa Sede concede á la piedad de los españoles.	93
(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones que pueden aplicarse á este evangelio) (1).	
Sobre la epístola del segundo domingo despues de Pascua.—	
(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones que pueden aplicarse á esta epístola.)	110
Sobre el evangelio del mismo domingo.—	
(Señálanse de los tomos anteriores cuatro sermones que pueden aplicarse á este evangelio.)	111
Sobre la epístola del tercer domingo despues de Pascua.—	
(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones que pueden aplicarse á esta epístola.)	112
Sobre el evangelio del mismo domingo.—	
Designios de Dios en las aflicciones de los buenos y en las prosperidades de los malos.	113
(Señálanse de los tomos anteriores dos sermones que pueden aplicarse á este evangelio.)	
Sobre la epístola del cuarto domingo despues de Pascua.—	
El abuso de la lengua, ó el mucho hablar, arrastra á cometer irremediables escesos.	124
(1) Se hacen estas referencias para no repetir los mismos asuntos ó materias.	

- Sobre la misma epístola.**—La obediencia constituye el primer deber del hombre. 132
(Señálanse de los tomos anteriores cuatro sermones que pueden aplicarse á esta epístola.)
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones para este evangelio.) . . . 141
- Sobre la epístola del quinto domingo despues de Pascua.**—
(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones para esta epístola.) 142
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—La oracion es un arma poderosa con que hemos de sostener la vida cristiana contra todos los peligros. 143
- Sobre la Ascension del Señor.**—Jesucristo sube á los cielos á prepararnos el lugar ó el trono que con su sangre nos ha merecido. 153
- Sobre el evangelio de la misma festividad.**—Hay una Iglesia instituida por Jesucristo para que, creyendo lo que ella enseña, se salve el género humano. 161
(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones que pueden aplicarse al presente evangelio.)
- Sobre la epístola del domingo infraoctava de la Ascension.**
—(Señálanse de los tomos anteriores cuatro sermones que pueden aplicarse á esta epístola.) 172
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones para este evangelio.) . . . 173
- Sobre la fiesta de Pentecostés.**—El Espíritu-Santo es el consuelo del mundo. 174
- Sobre la misma festividad.**—Sin la revelacion sobrenatural no podemos conocer la verdad religiosa, ó la verdadera religion. 183
(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones que pueden aplicarse á este asunto.)
- Sobre el auguste misterio de la Beatísima Trinidad.**—Debemos adorar en las Personas la distincion ó Trinidad; en la esencia la unidad, y en la majestad ó perfeccion la igualdad. 193

Sobre el mismo misterio. —Tenemos estrecho deber de consagrarnos á la devocion del misterio de la Santísima Trinidad.	205
Sobre el mismo misterio. —Grande debe de ser la confianza que nos inspire este misterio augusto.	216
Sobre la Sagrada Eucaristía (1). —La Eucaristía es el Sacramento de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor.	228
Sobre el mismo misterio. —La Eucaristía compendia todo el cristianismo.	242
Sobre el mismo misterio. —La Eucaristía representa las grandezas, los dolores y las bondades de Jesucristo.	255
Sobre el mismo misterio. —La Iglesia cristiana no puede subsistir sin el sacrificio eucarístico; y sin este sacrificio no tendria la sociedad un gran modelo ó correctivo contra el egoismo.	269
Sobre el mismo misterio. —Las palabras de Jesucristo, consignadas en los evangelios de San Juan y San Mateo, se refieren al dogma eucarístico, tal como le enseña la Iglesia católica.	285
Sobre el Sagrado Corazon de Jesus. —El Corazon de Jesus es el corazon del género humano; y así como el corazon es en el hombre el principio de las fuerzas vitales, segun dice Santo Tomás, del mismo modo el Corazon de Jesus es el principio de vida para la sociedad.	296
Sobre la epístola del primer domingo despues de Pentecostés. —(Señálanse de los tomos anteriores seis sermones que pueden aplicarse á esta epístola.).	311
Sobre el evangelio del mismo domingo. —(Señálanse de los tomos anteriores seis sermones para este evangelio.). . .	312
Sobre la epístola del segundo domingo. —(Señálanse de los tomos anteriores varios sermones para esta epístola.) . .	313

(1) Adviértase que al principio de este tomo hay dos sermones sobre este misterio.

- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—El escesivo apego á las cosas terrenas nos cierra las puertas del cielo. 314
(Señálanse de los tomos anteriores cuatro sermones para este evangelio.)
- Sobre la epístola del tercer domingo.**—La humildad es el único camino por donde podemos llegar á la mayor exaltación y grandeza. 325
- Sobre la misma epístola.**—Nuestra escesiva solicitud por adquirir las cosas terrenas necesarias para la vida es ofensiva á Dios, y perjudicial á nosotros mismos. 334
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—Universal alegría que causa en el cielo la conversion de un solo pecador. . . . 342
- Sobre el mismo evangelio.**—La misericordia de Dios debe alentarnos á salir, sin pérdida de tiempo, de los caminos de nuestras culpas. 352
- Sobre la epístola del cuarto domingo.**—La paciencia convierte para nosotros los males en eternos bienes. 362
(Señálanse de los tomos anteriores cuatro sermones para esta epístola.)
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—Sin el Papa no puede subsistir la Iglesia, ni salvarse la sociedad. 372
- Sobre el mismo evangelio, aplicado á una profesion religiosa.**—La profesion religiosa constituye el estado mas perfecto en el cristianismo y en la humanidad. 386
- Sobre el mismo evangelio.**—Nuestra salvacion es el primer negocio de que debemos ocuparnos. 397
(Señálanse de los tomos anteriores dos sermones para este evangelio.)
- Sobre la epístola del quinto domingo.**—Retrato del cristiano, tal como le pinta San Pedro, ó sea las virtudes que constituyen la vida ó la profesion verdaderamente cristiana. 406
(Señálanse de los tomos anteriores nueve sermones para esta epístola.)
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—Sin estar recon-

- ciliados con nuestros prójimos no acepta Dios nuestros dones ó buenas obras. 417
- Sobre el mismo evangelio.**—El cristianismo es el único que reconoce la dignidad del hombre, y proclama los legítimos respetos que le son debidos. 428
- Sobre la epístola del sexto domingo.**—Obligaciones ó deberes que el bautismo impone á los cristianos. 438
- (Señálanse de los tomos anteriores cinco sermones para esta epístola.)
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—La Iglesia, heredera del espíritu de Jesucristo, es la única que, con la caridad católica, se muestra verdadera amiga de los pobres, y la que puede resolver, sin destruir la sociedad, los problemas que principian á tener en agitacion al mundo. . . . 450
- (Señálanse de los tomos anteriores seis sermones que pueden aplicarse á este evangelio.)
- Sobre la epístola del sétimo domingo.**—(Señálanse de los tomos anteriores cuatro sermones que pueden aplicarse á esta epístola.). 462
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—(Señálanse de los tomos anteriores cinco sermones para este evangelio.) 463
- Sobre la epístola del octavo domingo.**—(Señálanse de los tomos anteriores tres sermones para esta epístola.) 464
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—Deberes de los criados para con sus amos, y de estos para con sus criados. 465
- (Señálanse de los tomos anteriores tres sermones que pueden aplicarse á este evangelio.)
- Sobre la epístola del nono domingo.**—(Señálanse de los tomos anteriores seis sermones que pueden aplicarse á esta epístola.) 477
- Sobre el evangelio del mismo domingo.**—La destruccion de Jerusalem, anunciada con lágrimas por el Salvador, es un patente testimonio de la divinidad de Jesucristo. 479

Sobre el mismo evangelio.—La ruina de Jerusalem representa la perdicion del alma del pecador en la hora de la muerte. 491

(Señálanse de los tomos anteriores cuatro sermones que pueden aplicarse á este evangelio.)

NOTA.

No se insertan en esta lista mas que cuarenta y dos sermones, porque habria que dividir los que pone el autor sobre la epistola de los que pone sobre el evangelio del decimo domingo, lo cual es irregular e inconveniente.

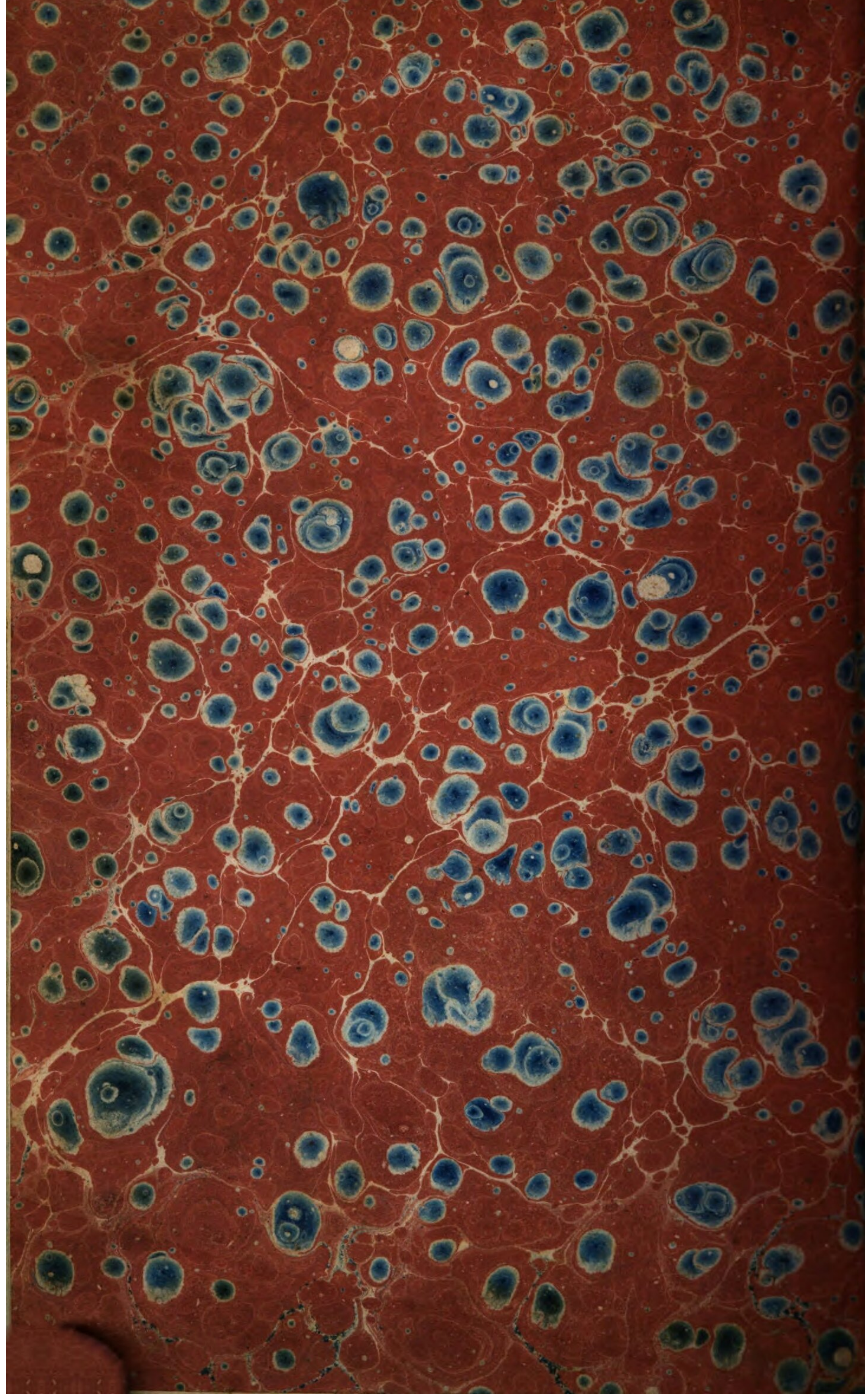
491	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)
492	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)
493	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)
494	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)
495	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)
496	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)
497	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)
498	... sobre el mismo evangelio. -- La ruina de Jerusalén repre-
	... senta la perdición del alma del pecador en la hora de la
	muerte.
	(Señalase de los sermones anteriores cuatro sermones que
	pueden aplicarse á este evangelio.)

NOTA.

No se insertan en este tomo mas que cuarenta y dos sermones, porque habria que dividir los que pone el autor sobre la epístola de los que pone sobre el evangelio del décimo domingo, lo cual es irregular é inconveniente.

NOTA.

No se insertan en este tomo mas que cuarenta y dos sermones, porque habria que dividir los que pone el autor sobre la epistola de los que pone sobre el evangelio del decimo domingo, lo cual es irregular e inconveniente.



González, Juan,

Sermones doctrinales, morales, dogmáticos, panegíricos y apologéticos ó de
controversia católica y social, acomodados á las mas urgentes y
apremiantes necesidades de los actuales tiempos
Bd.: IV

Madrid 1854

Hom. 590 mc-4

urn:nbn:de:bvb:12-bsb10459409-9